

BIBLIOTECA "GOATHEMALA"
DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA DE GUATEMALA
DIRIGIDA POR J. FERNANDO JUAREZ MUÑOZ
VOLUMEN XVIII

NUEVA RELACION

QUE CONTIENE

LOS VIAJES DE TOMAS GAGE EN LA NUEVA ESPAÑA

Sus diversas aventuras, y su vuelta por la provincia de Nicaragua hasta la Habana; con la descripción de la ciudad de México, tal como estaba otra vez y como se encuentra ahora (1625); unida una descripción exacta de las tierras y provincias que poseen los españoles en toda la América, de la forma de su gobierno eclesiástico y político, de su comercio, de sus costumbres, y las de los criollos, mestizos, mulatos, indios y negros

PROLOGO DE
SINFOROSO AGUILAR

GUATEMALA, C. A.—1946

Prólogo de la edición guatemalteca

La Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala ofrece ahora la edición guatemalteca de la Nueva Relación que contiene los Viajes de Tomás Gage en la Nueva España. Para esta edición se ha tenido a la vista la española de 1838 (París, Librería de la Rosa) que, aunque adolece de omisiones, es bastante fiel en forma y fondo. La edición española de 1838, según se indica al principio del prólogo, es traducción de la quinta edición francesa (1699): desde la segunda edición inglesa sufrió el libro de Gage recortes y cambios, según indica el profesor A. P. Newton, autor de la introducción de la última edición de Londres (1928), que tengo a la vista. Al principio tuve intención de indicar, por medio de anotaciones, las discrepancias entre la edición española de 1838 y esta inglesa de 1928; pero, como el mismo profesor Newton declara que ésta también ha sido objeto de omisiones, y porque las que yo había advertido carecen de importancia,—creo innecesario proceder a mi primer intento. De todos modos, el libro que ahora se presenta a los lectores guatemaltecos ofrece los principales puntos de vista del fraile renegado.

Como historia, el libro de Gage debe tomarse con reserva. Es libro tendencioso, y su interés principal consiste más bien en su carácter de relato novelesco tendiente a incitar a los ingleses a arrebatarse a España sus posesiones de América. El mismo Gage lo indica en su dedicatoria a su excelencia sir Thomas Fairfax, caballero, lord Fairfax de Camerón, capitán general del ejército del parlamento, y de todas las fuerzas de Inglaterra y del dominio de Gales. Esta dedicatoria está ausente en la traducción de París.

Gage sabía que sus equivocaciones—voluntarias, desde luego— serían pronto descubiertas: "me dicen otros que ésta puede ser la obra más aceptable; pero a mí mismo me digo yo que será coja e imperfecta, y por eso necesitaba abrigarse a la sombra de alguna alta protección, que humildemente a vuestra excelencia ruego concederme". Se odiaba a Gage y de él se desconfiaba en Inglaterra, y él se mantenía temeroso de que lo asesinaran. Por eso decía al de Fairfax: "como últimamente ha hecho Dios de vuestra excelencia feliz instrumento no tan sólo para salvarme a mí sino a gran número de buenas y bien inclinadas gentes de este condado de Kent (donde ahora resido por

favor del parlamento), de inminente ruina y destrucción tramada contra ellos por sus más implacables enemigos,—el mismo Dios que ha guiado a vuestra excelencia entre tantas dificultades hacia el establecimiento de la paz de este reino, y a la reducción de Irlanda, querrá, después de dar término a ésta (lo cual Dios en su merced apresurará), dirigir su noble pensamiento a emplear las tropas de este reino en tan justos y honorables designios en las partes de América, para que la inacción en casa no sea carga para ellas ni para el reino..."

*
* *

Thomas Gage pertenecía a familia de rancio catolicismo. Originaria del condado de Sussex, llegó a riqueza y prominencia al servicio de la casa de Tudor, dice el profesor Newton. Fundador de la fortuna de la familia fue sir John Gage, quien sucedió a su padre en el solar de Firlle Place cuando aún era menor. Se educó en el hogar del duque de Buckingham, y de allí pasó a la brillante corte del joven rey Enrique VIII, con quien entró en término de estrecha amistad personal; fué buen servidor y buen soldado y prosperó entre los nuevos hombres de aquel monarca. Pero le impidieron celebridad sus prejuicios acerca del divorcio. Convenía en la supremacía real de la iglesia, pero se mantenía en las viejas doctrinas y se oponía al partido protestante que con Enrique VIII llegó al poder.

La familia de los Gages se identificó entonces con el partido católico. Sir John hubo de retirarse a la vida privada. A la ascensión al poder de la reina María, sir John gozó de gran privanza hasta su muerte (1556), y ardentemente apoyó el matrimonio de María con Felipe II de España. De ahí el interés de la familia por España, durante varias generaciones.

Cuatro hijos tuvo sir John, cuyo testamento dejó al segundo, Roberto, la propiedad de Hailing Park, cerca de Croydon, Surrey. Roberto y su mujer, hija de comerciante de Lieja, con muchos de la clase media del lugar practicaban diligentemente la fe católica, y daban abrigo a los curas que iban y venían de los Países Bajos. Su hijo menor, Roberto, se vió complicado en el complot de Antony Babington para asesinar a la reina Isabel y liberar a María, reina de Escocia, y en septiembre de 1586 fué procesado y colgado por alta traición.

Al año siguiente murió Roberto Gage padre, y Hailing Park pasó a propiedad de su hijo Juan, quien casó con Margarita Copley, hija de sir Thomas Copley, de Gatton, Surrey. Esos Copleys eran católicos recalcitrantes "y probablemente los más devotos sostenedores de los jesuitas en el sur de Inglaterra". En 1590 Juan y Margarita fueron aprehendidos bajo sospecha de esconder en casa al cura misionero Ricardo Garnet, y durante dos años guardaron prisión. "En 1592 fueron juzgados y convictos conforme a las salvajes leyes contra los recusantes, y sentenciados a muerte. Cuando se les llevaba en carro al lugar de la ejecución, ignominiosamente maniatados, Margarita recibió carta en que se suspendía la sentencia, y ambos quedaron en

libertad." El lord almirante Carlos Howard, earl de Nottingham, había intercedido en su favor — y, como precio, cobró arrendamiento de Hailing Park durante veintitán años; la muerte civil de los Gages impidió que recuperaran su propiedad —, y paupérrimos quedaron, pero más adictos a la causa de los proscritos jesuitas. Sus familiares los auxiliaban, y después de algún tiempo de exilio en el Flandes español, volvieron a vivir quietamente con sus amigos de Londres.

El hijo mayor de estos Gages, Enrique, nació en 1597; Tomás, el segundo, quizá nació en 1600. En 1601 volvió a ser presa Margarita, con una señora Line, por encubrir a cura jesuita, el padre Page. La señora Line y el jesuita fueron colgados, y la señora Gage quedó en libertad por influencia de los Howards.

En 1609, a los doce años de edad, fué enviado Enrique a que los jesuitas lo educaran en el seminario de St. Omer (Francia), y allí estuvo hasta 1615 cuando pasó al colegio inglés de Roma. Entró al servicio de España como oficial de la legión inglesa de los Países Bajos, y ganó gran reputación entre los soldados de su tiempo. Mucho hizo en organización y amaestramiento de los ejércitos durante la guerra civil inglesa, y en 1644 murió en acción cuando era gobernador de Oxford.

Destinado por sus padres al sacerdocio, Thomas siguió a su hermano a St. Omer. Se sometió a las duras disciplinas con Thomas Holland y otros muchachos ingleses dedicados por sus padres a la conversión de Inglaterra, muchos de los cuales solamente lograron ser mártires.

Aunque adquirió sólida instrucción, no se sabe si Tomás ganó premio especial o llamara la atención, como Enrique. Los otros hermanos fueron William, jesuita; George, sacerdote secular; Francis, uno de los más celebrados predicadores de la iglesia católica romana de Inglaterra, después de la restauración.

En 1617 volvió Tomás a Inglaterra para visitar a su familia: se supo su intención de regresar a St. Omer, y fué arrestado y sometido al consejo privado; después de algunos días quedó en libertad y pudo ir a continuar sus estudios.

Los alumnos de los jesuitas destinados al sacerdocio pasaban de St. Omer, para completar su preparación, a España. El colegio inglés de Valladolid había sido fundado por el padre Robert Parsons, jesuita, en 1589: era su finalidad inspirar a los estudiantes admiración por las glorias españolas, y obediencia en la española disciplina que de ellos haría arma eficiente para la proyectada conquista y conversión de Inglaterra. Los planes de Parson fueron mal ejecutados, y en el colegio hubo desde el principio disensiones y deficiencias: los jesuitas españoles estaban determinados a mantener en sus manos la educación de los jóvenes ingleses,—y los católicos ingleses gustaban poco de curas españolizados y éstos no eran bienvenidos cuando regresaban a emprender su labor de proselitismo. Tampoco era simpático el colegio a las órdenes religiosas regulares, y esto, con sus fines políticos, condujo a frecuentes dificultades y desórdenes entre los estudiantes. Antes de 1620, cuando Gage llegó a Valladolid, tales desórdenes eran tan intensos que resultaron en abier-

to escándalo. Sobre todo los benedictinos estaban prestos a recibir en su seno a estudiantes desertores del colegio de jesuitas, y, según palabras del rector "los estudiantes, viendo que eran codiciados, engreídos, faltaban a la disciplina del establecimiento, o, más bien, la despreciaban. Perdían interés en estudio y predicación y celebraban juntas" para concertar medidas que molestaran a sus superiores.

En semejante atmósfera, aumentó la repugnancia de Gage por el sistema de los jesuitas y la insidiosa disciplina de St. Omer. No reunía el colegio condiciones sanitarias, y los muchachos sufrían las plagas recurrentes que barrían Valladolid; eran tan escasas las dotaciones que en el colegio había hambre y necesidad. Los muchachos ingleses, distraídos de los teológicos estudios y comprometidos en disputas políticas entre los jesuitas españoles y el rector, dejaban de estar a la altura requerida, y se frustraban los fines de su educación. "Posiblemente podemos atribuir algunos de los defectos de carácter de la vida posterior de Gage y su egoísta falta de escrúpulos a tales deficiencias de su educación", dice el profesor Newton.

Gage decía, en la edición de 1648 de su obra, que "ningún odio es comparable al existente entre jesuita y fraile, y, sobre todo, entre jesuita y dominico..." En toda España instigaban entonces los jesuitas al pueblo contra sus rivales, "de tal modo que en las calles se increpaba a los dominicos como herejes, y se les apedreaba... y ellos, pobres frailes, se veían forzados a mantenerse en guardia dentro de sus propios claustros en muchas ciudades para defenderse de ruda y feroz multitud".

Los frailes recibían a los estudiantes prófugos del campo contrario, y no dejaban de dar pasos para incitarlos. Parece que Gage aún estaba en el colegio de jesuitas de Valladolid cuando el príncipe Carlos y Buckingham llegaron a Madrid: Thomas Holland, el condiscípulo de Gage en St. Omer, fué designado para expresar en oración latina la lealtad de los estudiantes ingleses y la esperanza de tiempos más favorables para su religión. Poco después siguió Gage el ejemplo de numerosos compañeros, y del colegio de jesuitas se pasó a los dominicos.

Ello fué duro golpe para su padre, que apasionadamente lo había dedicado a los planes de los jesuitas, y esperaba que sus hijos fueran principales apóstoles de la conversión de Inglaterra. Reprochó a Tomás y éste dice: "la cólera de mi padre y su áspera carta me dieron a entender el desplacer de la mayoría de mis amigos y parentela, y la penosa indignación de mi padre por haber gastado tanto dinero en educarme, mientras yo no solamente rehusaba ser de la orden de los jesuitas—lo cual era su única esperanza—, sino en mis afectos me constituía en mortal enemigo y antagonista de ellos. Decía que si devenía yo general de la orden de los dominicos, jamás pensara en ser bienvenido por hermanos ni parientes de Inglaterra, ni por él; que jamás debía esperar saber de él, ni me atreviera a verlo si a Inglaterra volvía: debía yo esperar que él me indispusiera aún con los jesuitas, de quienes había yo desertado y a quienes me oponía, para que me echasen de mi patria: que vendería Hailing House, con el consentimiento de mi hermano mayor, aunque la había perdido con mucho más por la religión de su vida; que de la propiedad ni el dinero resultante de ello gozaría yo la parte de hijo que me correspondía"... .

Nada importó a Tomás. En 1625 fué recibido por los dominicos y se hizo recidente de uno de sus conventos de Jerez. En mayo de ese año llegó comisario del papa con licencia para reclutar curas destinados a la conversión de indígenas de las Filipinas. Entre los reclutados estaba un Antonio Meléndez, amigo de Gage desde Valladolid. Aunque el ingreso de ingleses en las Indias Españolas era estrictamente prohibido, cedió Gage a su persuasión y aceptó servir en la misión. Se proponía ir por la vía de México y atravesar el Pacífico y posiblemente ir hasta el Japón, de cuyas maravillas y riquezas había sabido.

De la vida de Gage durante los próximos doce años solamente se sabe por lo que él dice, "aunque cuidadosa búsqueda en archivos de Guatemala y México daría mayores detalles". Ya en México decidió quedarse en América. El profesor Newton deja de interesarse por esos doce años de la vida de Gage y pasa al tiempo en que, "habiendo amasado alguna fortuna con la credulidad de sus feligreses indígenas, volvió a Europa en 1637". Gage viajó por México y Centroamérica, observando carácter y riqueza de los dominios españoles; pero su principal interés "parece haber estado siempre en las interminables disputas entre las diferentes órdenes religiosas que trabajaban entre los indios, y sus páginas abundan en desfavorables comentarios sobre supersticiones y general exceso de los eclesiásticos entre quienes servía. El converso es por lo regular más hostil a la fe que ha abandonado, que el observador imparcial; y por ello no se necesita excusa porque usamos el bisturí para ahorrarnos al lector moderno muchas de las maliciosas diatribas, ocultas en la jerga de sus días, de que tanto gustaban sus puritanos lectores. La razón de ellas en el original, aparecerá cuando tracemos la historia de la carrera de nuestro autor".

Después de sus doce años de México y Guatemala, Gage se cansó y deseó regresar a Europa. Presume él que su anhelo obedecía a razones de religión, y "quería huir de ese lugar de diaria idolatría, a Inglaterra; para descansar". Y explica el cura sin escrúpulos: "Me pesaban la aflicción y el reproche que me seguirían después de tantos honor, placer y riqueza que había gozado durante unos doce años en ese país; pero, en otra balanza de mejor consideración, pesé la turbación de conciencia herida y las espirituales alegría y comodidad que podría gozar en casa, con el pueblo de Dios, y así resueltamente determiné... más bien sufrir aflicción... que gozar los placeres del pecado en esta vida, estimando el reproche de Cristo en más que los tesoros del Egipto". Ante estas lágrimas de cocodrilo, el profesor Newton se hace la reflexión: "Es de temer que esos fueron pensamientos posteriores para agradar el paladar de sus lectores puritanos, y antedatados a fin de convencer a sus patrones de su sinceridad. En 1637 aún no consideraba el abandono de su fe católica, en la cual se había exaltado; más bien se movía por descontento con el duro trabajo y la monotonía de la vida de misionero que ya no tenía por vocación".

Interesante el relato de su viaje de aventura y peligro. El 28 de noviembre de 1637 llegó a San Lúcar, cerca de Sevilla, y un mes después pisó suelo inglés después de veinte años. "No podía hablar sino pocas palabras de su nativa lengua, y tan sólo tenía poco del dinero hecho en América. Por eso se dirigió a sus relaciones, los Gages y Copleys, para saber qué le había dejado su padre, muerto cuatro años antes. Pero tuvo el disgusto de saber que su

reclamo de participación en la herencia no había sido tomado en cuenta, y su padre había cumplido con la amenaza de cuando había rehusado ser jesuita, y lo había lanzado de su memoria." Un año o más vivió Gage con uno u otro de sus amigos de Surrey y Londres, en cercano contacto con dominicos, benedictinos y jesuitas que medraban en la corte de la reina Enriqueta María. Todavía ejercía funciones sacerdotales y de vez en vez predicaba y celebraba misa.

Después de uno de sus sermones, el padre jesuita Thomas Holland, su antiguo condiscípulo, fué a felicitarlo de manera particular por su buen éxito y a pedirle decir misa en su lugar en una capilla de Holborn. "Estaba, pues, en completa comunión con sus correligionarios.

Pero Thomas Gage estaba descontento con sus circunstancias de relativa dependencia y la falta de cumplimiento de las promesas de favor que había recibido del secretario católico de estado, sir Francis Windebanke, y otras personas de influencia. Pidió licencia al general de los dominicos para visitarlo en Roma, y, provisto de dinero para el viaje por su tío Copley de Gatton, salió de Inglaterra a principios de la primavera de 1639, y pasó por los Países Bajos. Su hermano mayor, el coronel Enrique Gage, a quien no había visto desde que eran muchachos en St. Omer, estaba al mando de la legión inglesa al servicio de España y acampaba contra los holandeses cerca de Gante. Thomas recibió cordial bienvenida y promesa de apoyo financiero. Muchos amigos tenía el coronel en altos círculos de Bruselas, y allí presentó a su hermano, le procuró muchas recomendaciones que le sirvieran en Roma. Como sus padres, era el coronel seguro adicto de los jesuitas, y había escogido para capellán suyo al padre Peter Wright, jesuita. Mucho lo vió Tomás durante su permanencia en el ejército, y tuvo muchos conocidos entre los curas misioneros que iban y venían de Inglaterra, "lo cual les fué de malaventura para años después".

Dice Tomás haber llegado a Italia en agosto de 1639. En febrero de 1640 sufrió de calenturas en Trento. Llegó a Roma en abril y fué cordialmente recibido en círculos íntimos de la curia. Entró en cercano contacto con eclesiásticos ingleses muy comprometidos en políticas intrigas para volver Inglaterra a la obediencia de la Santa Sede. Su hermano menor, el reverendo George Gage, bien conocido en Roma como complotista, y Tomás, ansiaban ganar promoción por sus servicios a la causa. Años después, sostuvo que había empleado su tiempo en Alemania en busca de la verdad por medio de los luteranos y demás protestantes; pero sólo se tiene su palabra y parece más probable que todavía en 1640 se inclinaba tan sólo hacia las oportunidades de llenar sus ambiciones dentro de la iglesia católica. Su régimen de vida probablemente había debilitado, si no destruido, su sentimiento religioso y tan sólo ambicionaba ventajas mundanas. "A esto estaba presto, y con pocos escrúpulos de conciencia, y cuando la guerra de Escocia hizo fracasar las esperanzas de Carlos I, su reina y los complotistas católicos por igual,—Gage vió que había llegado el momento de cambiar de partido."

Al principio pensó residir en Francia durante algún tiempo, y consiguió licencia del general de los dominicos y carta de recomendación para convento de la orden en Orleans. "Pronto abandonó el plan, porque noticias de Ingla-

terra devenían siempre más adversas a las esperanzas católicas." Como cuenta con cierta mezcla de piedad y egoísmo, "en este buen propósito mío, percibí que el Dios de la verdad sonreía con lo que yo sabía ordenaba en Inglaterra mediante ejército de Escocia levantado para la reforma, y por nuevo parlamento convocado en Westminster; y vi a papistas y jesuitas comenzar a temblar y a decir que eso anularía sus designios y todas sus esperanzas de imponer al papado... Con todas esas buenas noticias mucho me esperancé y animé a abandonar mi viaje a Francia y regresar a Inglaterra, donde no temía a mi hermano ni a pariente alguno ni el poder de los papistas, sino comenzaba a confiar en la protección del parlamento, del cual se me informaba que refor-



Thomas Gage, simbólicamente, recibe homenajes de los representantes de los pueblos americanos que visitó.

maría la religión y emitiría las leyes tendientes a terminar con los complots de los jesuitas y la confusión de los errores y la religión romanos".

El día de San Miguel de 1640 volvió a Inglaterra, presto a dar el salto en la rueda de la fortuna: "Hallé que el espíritu de mi hermano se atemorizaba poco ante el nuevo parlamento, y algunos de los más orgullosos papistas, quienes esperaban la pronta disolución de aquél. Pero cuando ví frustradas sus esperanzas por el consentimiento de su majestad a la continuación del parlamento, pensé que me había llegado el momento oportuno de ya no apartarme de Dios, el mundo y mis amigos, y así resolví decir adiós a carne y sangre y poner a Cristo por sobre toda mi parentela, para confesarlo y profe-

sarlo contra toda oposición de infierno y parentela". Pero, dice el profesor Newton, Gage "había de esperar cerca de dos años para convencer a los obispos anglicanos de la sinceridad de su conversión, y no fué sino hasta el 28 de agosto de 1642 cuando se le permitió decir su sermón de retractación en la catedral de San Pablo". Ese sermón fué impreso con el título de la tiranía de Satán, descubierta por las lágrimas de pecador convertido.

Gage no halló entre los dirigentes del parlamento, padrino influyente. Cuando se publicó el sermón, dos meses después (octubre), lo protegió sir Samuel Oldfield, parlamentario del campo y sin importancia. Gage reflexionaba: "pensé que aún debía yo hacer más para satisfacer de mi sinceridad al mundo, sabiendo que la mayoría de las gentes difícilmente creen en los conversos, a menos de ver en ellos acciones que repudien Roma para siempre". Desde luego trató de contraer matrimonio: casado logró que le dieran canonjía en Acrise, Kent. Newton revela: "pero aún pasó mucho de su tiempo en Londres, y, por lógica deducción, sabemos que entonces fué cuando escribió gran parte de su libro".

Con horror vieron los Gages la apostasía de su pariente: se ufanaban intensamente de su devoción a la antigua fe, por la cual tanto habían sufrido. El coronel Gage le escribió, ofreciéndole £1,000 al contado si volvía a Flandes; pero Tomás había ido demasiado lejos para volver atrás, y, a fin de ganar mayor confianza en los de su nuevo credo, se prestó a traición que era aún más imperdonable: secretamente había estado durante meses dando información contra sus conocidos de la misión inglesa,—y en octubre de 1642 fué detenido su excondiscípulo el padre Thomas Holland, sindicado conforme a las leyes penales del crimen capital de ser cura romano que había celebrado misa en suelo inglés. Principalmente por el testimonio de Tomás Gage, el jesuita fué sentenciado a muerte. Pocos días después fué colgado y descuartizado en Tyburn; pero antes oraba por que su muerte volviera a "ese religioso apóstata" Thomas Gage, al seno de la madre iglesia.

Indignados los familiares, no pudiendo pillarlo por buenos medios, decidieron emplear los malos. Tomás fué asaltado en Aldersgate Street, y otra vez, según él mismo cuenta, "por poco me mata en Shoe Lane un capitán del regimiento de mi hermano, venido desde Flandes con el propósito de salir de mí o llevarme... de él me libró graciosamente Dios mediante débil mujer, mi mesonera". Hacia ese tiempo entró Tomás en relaciones con Thomas Chaloner, el regicida prominente entre los del parlamento, pero "quien estaba tan lejos de ser puritano o presbiteriano como el oriente está del occidente, puesto que era amigo por dádivas... era de la religión natural y gustaba del goce de cómodas importancias de su vida". Aunque aún no era consejero de estado, a instancias suyas publicó Gage el relato de sus viajes. Lo dedicó a quien anteriormente vimos, y tal dedicatoria evidencia que Gage se movía en interés político.

*

* *

Gage incitaba a Inglaterra contra España, cuyos puntos débiles indica inocentona pero ostensiblemente. Puede verse esto desde luego. Traigo a la vista el tomo II de la edición española de 1838.

Capítulo II: "Descripción geográfica de la provincia de Guatemala, de su comercio, de sus costas y puertos y de las estaciones propicias para arribar allí; de la debilidad o fortaleza de sus plazas de mar y tierra, y de otras muchas particularidades de aquella provincia". Desde luego hace saber que "si la población de Guatemala es grande, careciendo de armas y municiones de guerra, no es debido sino a los negros desesperados y esclavos que viven en las haciendas de añil". Los ingleses, pues, hallarían inermes a los guatemaltecos, y a los desesperados negros prontos a la rebelión. Da el fraile, también, indicación de cómo podrían los ingleses hacerse fuertes en los puertos: después de describir las ventajas de Realejo, agrega que "esta cala o pequeño golfo no está fortificada ni defendida, lo que se podría hacer fácilmente colocando dos cañones a la desembocadura".

Habla de la actividad comercial de Santo Tomás de Castilla: los barcos descargan allí e inmediatamente cargan y zarpan. Las mercaderías de Guatemala esperan en los almacenes durante meses la llegada de barcos, "de suerte que durante julio, agosto y septiembre se está seguro de encontrar riquezas en este sitio." La incitación a los piratas no podía ser más elocuente, sobre todo con esta reflexión que sigue a la noticia anterior: "con todo eso la confianza de los españoles es tan grande, que fian la guarda de estas riquezas solamente a uno o dos indios y otros tantos mulatos, gentes que por su mala conducta han sido confinados en este viejo y arruinado castillo de Santo Tomás de Castilla" Evidentemente confunde Gage el puerto de Santo Tomás con San Felipe, por eso ha dicho que "el lado principal de Guatemala es el que se extiende al este hacia el golfo Dulce o Santo Tomás de Castilla". Confunde también la bahía de Puerto Barrios con el Golfete, de donde la sugestión: "Se podría fácilmente fortificar este golfo, colocando dos buenos cañones a su entrada, la que es estrecha a causa de dos montañas o grandes rocas que existen a uno y otro lado, sobre las cuales se podrían asentar otros dos cañones que dominarían a una flota entera, etc... pero como no está defendido, los buques entran libremente y con toda confianza, como lo han hecho algunos ingleses y holandeses: una vez dentro se encuentra una rada y una ensenada tan ancha y espaciosa, que podrían anclar mil navíos sin tener miedo a San Pedro ni a Santo Tomás de Castilla". Se refiere, seguramente, al lago de Izabal, cuyas excelencias como base de operaciones ponderaba ante los ingleses, a quienes mañosamente instigaba: "muchas veces he oído a los españoles reírse de los ingleses y holandeses, porque habían entrado en este golfo, y se habían retirado sin saltar a tierra".

Habla de la llegada de piratas holandeses a Trujillo: la mayor parte de los habitantes se escaparon a los bosques, teniendo más confianza en sus piernas que en la fuerza de sus brazos y de sus armas; porque todos los habitantes de este país no tienen ni ánimo ni valor. Pero los holandeses, lejos de fortificar esta plaza a internarse en el país, y después de haberlo fortificado venirse a hacer otro tanto en el golfo, como se decía por todo el país de Guatemala donde no había persona alguna que pudiese resistirles, abandonaron Trujillo contentándose con un mediano botín, de lo que se alegraron tanto los españoles que hicieron procesiones públicas para dar gracias a Dios, y mani-

festar el regocijo que tenían de haber escapado de peligro tan grande". *Era esto decir a sus compatriotas que, si no se daban prisa, los holandeses les ganarían la partida.*

Habla en el siguiente párrafo de las relativas facilidades del camino del golfo a Guatemala, y después dice que los españoles temen mucho a los negros prófugos, aliados en potencia de los ingleses invasores: "ellos mismos han dicho repetidas veces que la causa principal de haberse refugiado en estas montañas era la de estar dispuestos a unirse a los ingleses u holandeses, si algún día éstos tomaban tierra en el golfo, porque sabían muy bien que serían libres, siendo así que con los españoles no lo serían jamás". Hábíl era el bellaco fraile renegado para despertar la codicia de sus compatriotas. En el capítulo siguiente, el III, habla de minas de oro y, por supuesto, reproduce las exageraciones del otro dominico, Fray Bartolomé, a propósito de las crueldades de los españoles; y, en los siguientes, de las riquezas de los indios, como para picar más la ambición de quienes, tratando de justificar los propios excesos contra los españoles, se daban a pregonar las malas condiciones de éstos,—como si robo y asesinato no fueran tales al infligirse a presuntos ladrones y asesinos.

Acerca de otros puertos españoles del Caribe hace las mismas sugerencias sobre facilidad de apoderarse de ellos. No seguiré glosando a nuestro autor, porque sería copiar aquí su libro. Pero después veremos que no hilo fino en estas consideraciones: después se verá por cuanto el profesor Newton nos revela de las relaciones de nuestro fraile nada menos que con Cromwell, quien pretendió apoderarse de la isla de Santo Domingo.

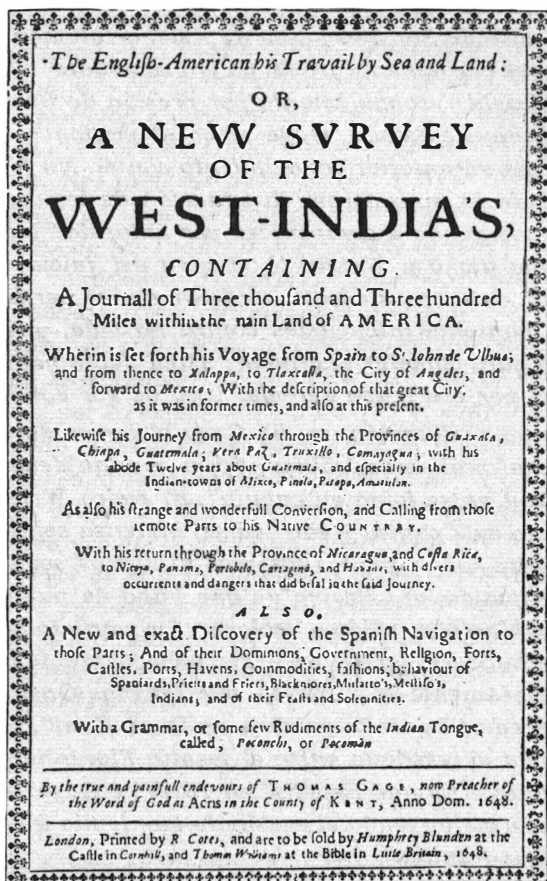
*
* *

En su dedicatoria al capitán general del ejército del parlamento, enca-recía Tomás Gage que, una vez pacificado el reino y reducida Irlanda, se emplearan las tropas inglesas en tan justos y honorables designios en América. "Para los ingleses de la primera mitad del siglo XVII, por lo general el término América significaba las regiones descubiertas por los españoles, y cuya posesión había hecho del rey de Castilla el monarca más rico de Europa", explica, al comenzar su introducción, el profesor Newton.

Hubo poeta, un Chaloner, que "intentó dar las notas patriótica y poética" a propósito del libro de Gage, según fragmento de grandilocuente poema: suenan ahí tambores y recuento de glorias militares; lucen banderas desplegadas, y codicia pirática recuerda bodegas atestadas de oro, perlas y gemas. Sugiere tierras de América, plenas de gran riqueza, "pero, sobre todo, donde están millares de indios atropellados a quienes liberaréis del yugo español y la idolatría de Roma". El belitre fraile renegado aprovechaba las tendenciosas falsedades de nuestro fray Bartolomé de las Casas, para tocar, con oropeles redentores, las dos cuerdas más sensibles de la lira inglesa: el odio a España—obra en mucho, debe reconocerse, del paranoico Felipe II y sus torpes consejeros—, y el odio a Roma, a la Roma de los papas. Apoderarse de las

tierras por Gage descritas como fuente inagotable de riquezas e indefensas por completo, significaba, además de enriquecimiento de Inglaterra, golpe mortal para la odiada España, mandoble rudo para la temida Roma.

Después de transcribir el fragmento de ese poeta, dice el profesor Newton que "el ataque a las Indias españolas que The English American se proponía promover, había de esperar, sin embargo, hasta cuando Cromwell hubiera subyugado Escocia, Irlanda y las colonias". "The English American, his Travail by See and Land: or a new Svrvey of the West-Indias", etc., era el título de la edición de 1648.



Facsimile de la carátula de la primera edición de los Viajes de Gage en 1648.

Thomas Gage continuó con su ministerio en Acrise, pero a menudo estaba en Londres, "y más de una vez fué llamado por las autoridades para información acerca de los católicos ingleses". Su familia no olvidaba ni perdonaba su testimonio contra el infortunado padre Holland; "pero él lo eclipsaba en infamia durante el juicio del capellán del regimiento de su hermano, el padre Peter Wright. La persecución contra los católicos había cedido algo durante los últimos años de la guerra civil; pero estalló con renovada

violencia a fines de 1650. El padre Wright fué preso y enviado a juicio con el padre Dade, provincial de los dominicos de Inglaterra. Las autoridades ordenaron a Thomas Gage venir a Londres desde Kent y atestiguar contra ellos. Y su hermano George determinó hacer cuanto pudiera para evitarlo. Para citar a historiador jesuita: "No temió, aunque en considerable riesgo, al ir a la guarida de vicio donde el vil libertino se alojaba para advertirlo del divino juicio que sobre él pendía si se hacía culpable de inocente sangre".

George logró que Thomas, a pesar de cierta vieja inquina contra el padre Dade, prometiera no cometer el enorme crimen de atestiguar "contra sacerdotes de Dios". El renegado mantuvo su promesa en cuanto a los dominicos; "citando el caso de San Francisco de Asís, astutamente alegó en su declaración que, aunque ciertamente fraile, no era sacerdote". Dade fué absuelto; pero no el padre Wright: probablemente por presión de Bradshaw, el regicida presidente del consejo de estado, Gage atacó al prisionero con virulencia, y atestiguó de lleno por su anterior conocimiento con él. No hizo eso ostensiblemente por su sacerdocio, sino porque la situación de los asuntos públicos así lo requería, y fué compelido a comparecer por autoridad legal. "No declararé contra usted", había dicho a Wright la víspera del juicio, "que usted había resuelto mi muerte, aunque usted era confesor de mi hermano y se le había notificado que él mantenía intenciones contra mi vida, y había sobornado a un Vincent Burton para cometer el crimen: usted debió haberlos disuadido de su mala intención; por eso tengo derecho para actuar como lo hago."

Después de su declaración, se dió Gage al temor de que lo asesinaran, y solicitó del tribunal protección militar; "pero era tan despreciado y malquerido, que su solicitud no se tomó en cuenta". El padre Wright fué condenado a muerte y ahorcado en Tyburn, y ello "causó inmensa sensación no poco movida por piedad entre todos, menos los más exaltados sectaristas". Gage fué más malquerido y temido, al extremo de que hubo de publicar panfleto para explicar cómo lo habían compelido a declarar. Su panfleto se titulaba: "Duelo entre jesuita y dominico, empezado en París, gallardamente librado en Madrid, y terminado victoriosamente en Londres, por Thomas Gage, alias the English American, ahora predicador de la palabra en Deal, Kent". Equiparaba sus diferencias con Wright al conflicto entre el jesuita Florentia y el dominico Domingo de Torres ante el rey de España, en 1622, "y Gage terminaba las ocho páginas del panfleto, atribuyendo el asesinato que temía a despecho, malicia y odio de sus enemigos jesuitas".

Volvió Gage a Deal, y nada se sabe de él sino hasta tres años después, cuando Cromwell entró en serio en su Western Design y llamó al renegado para información y consejo. "La idea de atacar las Indias había sido considerada a menudo por el parlamento de Long, y mucho se discutió en 1648 antes de que la rebelión naval lo impidiera". Tal circunstancia promovió la primera edición en ese año de "The English American".

En diciembre de 1654 encargó Cromwell a Gage preparar informe sobre los objetivos del ataque y la mejor forma de efectuarlo. Se sabe de esto, dice Newton, por los papeles de Thurloe, reimpresos en Watts A. P., *Histoire des Colonies Anglaises aux Antilles, 1649-60*, páginas 452-7. Gage "lo debe haber

discutido con *Milton*, entonces secretario del exterior, y puede haber sido personalmente consultado por el lord protector; pero acerca de eso no hay informes". El memorándum de Gage fué en parte considerable sumario de su libro "presentado en el pío lenguaje entonces en moda". El motivo misio-nero se encarecía para disimular el tinte de mera codicia de oro: "ruego que estas pocas observaciones sean aceptadas por vuestra excelencia de quien por muchos de estos años ha observado, ¡qué! admirado la actividad de la fe de vuestra alteza, que espera la conversión de los pobres indios ansiosos de ver la luz del evangelio avanzar más y más hasta que se haga en el oeste entre esos pobres, simples y en verdad cegados americanos".

Gage vió colmadas sus aspiraciones. Nombrado en la expedición capellán del general Venables, fué transportado en fragata desde Deal hasta Portsmouth, donde la expedición se preparaba. Después de que ésta zarpara, se publicó nueva edición del libro de Gage, con alteración del título que habían de tener todas las ediciones inglesas posteriores: *A New Survey of the West India's or the English American*; se adornó con tres mapas que reproduce la edición de 1928: islas de las Indias occidentales; la Nueva España, y el nuevo reino de Granada. Las regiones del imperio colonial de España donde los piratas, desde Drake, habían cometido mayores tropelías.

"La expedición, se recordará, fracasó completamente en la Española, y su único hecho fué la ocupación de Jamaica. Allí murió Gage a principios de 1656, como sabemos por la circunstancia de que el consejo de estado, en julio de ese año, determinó el pago de las sumas que se le debían a su viuda María Gage y a ésta se otorgó la pensión de 6 chelines 8 peniques semanales. Su largamente acariciado proyecto de fundar imperio inglés en América fue nugatorio; pero vivió para ver las cruces rojas ondeando sobre la isla que había de devenir potencia naval de Inglaterra en el Caribe, y podemos justamente abonarle su parte en la fundación de la más grande de nuestras colonias en las Indias occidentales. Pero únicamente su libro queda para mantener su memoria como primer extranjero que describe por dentro las colonias españolas", comenta el profesor Newton.

*
* *

No sé hasta dónde pueda llegar el privilegio de que se conserve la memoria nuestra si, después de mentir y calumniar a quienes nos dieron hospitalidad cordial y provechosa, — nuestro propio prologuista, siglos después, mantiene el recuerdo nuestro con las revelaciones que acabamos de leer. El converso es por lo general más hostil a la fe que abandona, que el observador imparcial, reflexiona el profesor A. P. Newton, cuyo prólogo he seguido en cuanto se refiere a la información de vida, costumbres y amoralidad de Thomas Gage.

En la edición que tengo a la vista, la inglesa de 1928, se empleó el bisturí "para ahorrar al moderno lector muchas de las maliciosas diatribas ocultas en la jerga corriente de sus días", dice el prologuista. Y si esta edición expurgada de maliciosas diatribas contiene calumnias inicuas, ¿cómo habrá fatigado

la infamia este fraile renegado en las ediciones inglesas y francesas del siglo XVII, que tanto sirvieron para que el inglés Cromwell y el francés Colbert instigaran codicia y brutalidad de sus piratas contra España y sus colonias? Una década anterior al segundo centenario de la publicación de la edición príncipe de The English American,—esta edición española de 1838 que ahora reproducimos siguió sirviendo los designios de Gage, con la gravedad de que, en el siglo XIX, ya no fastigaría bajas pasiones de vulgares lobos de mar, sino envenenaría mente y corazón de los hispanoamericanos contra España, y para medro de comerciantes ingleses, franceses y holandeses. Editores de estas tres nacionalidades se apresuraron a multiplicar las tiradas, en los tres idiomas, de la obra de Gage, para satisfacer las malsanas intenciones de este mal hombre. La edición inglesa de 1928, se engalana frente la portada con ilustración de la primera edición alemana y con ocho ilustraciones fuera de texto de la edición holandesa de 1700.

Y los editores de la tirada española de 1838 tan bellacos fueron como los de las primeras inglesas, holandesas y francesas del siglo anterior: consciente el traductor de la infamia de ese libro, no se atrevió a estampar allí su nombre,—la traducción es anónima. Y los editores, con pueril rubor ante su acción, se limitaron a reproducir el prólogo de la edición francesa de 1699: “Después de una infinidad de historia que los españoles nos han dado de sus primeras conquistas en la América, parece que para acabar de satisfacer nuestra curiosidad sobre este asunto, no tenemos más que desear que relaciones modernas del estado actual de sus colonias.—Pero su política habiéndoles hecho prohibir en lo sucesivo lo que su vanidad los había hecho publicar al principio de su descubrimiento; sólo un milagro puede hacernos ver lo que ellos nos ocultan con tanto cuidado después de más de un siglo de pacífica posesión.” No puede ser más evidente la bellaquería que, después de la independencia hispanoamericana, actualiza embustes y calumnias de ciento treinta y nueve años antes:

“Por eso es digna del mayor aprecio la relación que nos ha dado Tomás Gage, por su rareza, y por la exactitud con que él observa todo lo que encuentra de remarcable en el tiempo que estuvo, tanto de México y las otras ciudades principales de la Nueva España como de los diferentes viajes que hizo por mar y tierra.”

Sospechoso ese afán de dar a conocer cosas de América bajo la lente de autor inglés en traducción tendenciosa—se proponía guiar a los piratas en sus correrías por acá— de 1699, cuando en Francia, para servir la natural curiosidad por América recién independizada, se tenía, entre otras obras, nada menos que el célebre Voyage dans l'intérieur de l'Amérique méridionale, de La Condamine, quien, después de sus trabajos de determinación de tamaño y forma de la tierra, durante diez años recorrió casi toda la América del sur y había publicado su libro en 1745. Echar mano de relación seminovelesca e indocumentada, desdeñando libro de compatriota como La Condamine, indica sin temor de equivocarse a dónde querían ir quienes exhumaron al ente despreciable y despreciado en su propia patria, según nos ha explicado el profesor Newton.

Lo verdaderamente lamentable es que los hispanoamericanos, durante todo el siglo XIX y aún ahora, han tomado como verdades absolutas las imposturas de Thomas Gage y sus congéneres ingleses, franceses, holandeses y alemanes. Esta edición de The English American (1838) estuvo muy en boga en Guatemala, y a ella debe achacarse en mucho ese odio sarraceno de los guatemalenses contra España y los españoles, y la desmedida admiración por los ingleses, que tanto nos han perjudicado,—puesto que minaron por la base nuestro verdadero espíritu nacional.

Para ejemplo de las falsedades de Thomas Gage que han tomado carácter de verdades históricas aún entre nosotros, basta traer a cuento la leyenda de la monja disipada y el obispo imbécil que de ella se prendó y por ella empobreció. Al terminar el capítulo primero de la parte tercera contentiva de la "descripción del estado, del gobierno, de las riquezas y de la grandeza de la ciudad de Guatemala y del país que de ella depende",—Gage dió a luz su célebre leyenda. Trataba el dominico puritanizado de echar espuelas de iniquidad y de desprestigio sobre la religión de Roma, puesto que de ésta nunca consiguió prebenda de consideración, y necesitaba fatigar la abyección para ganar el favor de los nuevos amos de Inglaterra.

Así, pues, con naturalidad pasmosa, relata el renegado que en el convento de monjas de la Concepción "las que quieren tener criadas pueden hacerlo, aumentando el dote a proporción o pagando su pensión", — de donde el convento se convertía en posada. El lector leerá toda la relación referente a "la doña Juana de Maldonado, hija del juez Juan de Maldonado de Paz, a quien el obispo de la ciudad veía muy seguido... El Obispo estaba tan enamorado de ella", etc. El obispo determinó hacer abadesa a la doña Juana, "y hubo muchos caballeros y comerciantes que corrieron al convento con la espada desnuda en la mano, amenazando de echar las puertas por tierra y entrar para defender a sus hijas", lo cual habrían hecho si el presidente no hubiera llamado al padre de la chica para que la disuadiera del empeño.

"Esta Juana de Maldonado de Paz era no solamente la admiración del convento sino también de la ciudad, tanto por la belleza de su voz y el perfecto conocimiento que tenía de la música, como por la buena educación que había recibido..." Era Caliope y "el obispo mismo confesaba que era una de las cosas que le habían hecho encontrar más placer a su conversación..." Caliope Maldonado tenía en el convento "gabinetes enriquecidos de oro y plata, y ya imágenes con coronas de oro y piedras para adornar su cuarto. De suerte que con todo esto unido a los regalos del obispo, que le daba cuanto tenía, hasta el grado de que cuando murió no dejó con qué pagar sus deudas... se hizo tan rica que mandó fabricar a su costa una casa para ella dentro del mismo convento, compuesta de muchos cuartos y galerías y un jardín para pasearse en particular. Tenía además seis negras para servirla y trabajar en sus labores; pero tenía un particular placer en adornar una capilla..." La edición de 1648 dice: "costly cabinets faced with gold and silver, pictures and idols for her chamber with crowns and jewels to adorn them". En cuanto a la capilla: "but above all she placed her delight in a private chapel or closet to pray in, being

hung with rich hangings, and round about it costlly láminas (as they call them) or pictures painted upon brass set in black ebony frames with corners of gold, some of silver, brought to her from Rome".

Todos sabemos que la fábula de esa monja libertina, de veinte años de edad, suele pasar como hecho verdadero. Sin embargo, los investigadores guatemaltecos Joaquín y Federico Pardo en balde perdieron meses, buscando en archivos civiles y eclesiásticos documentos relativos a doña Juana de Maldonado de Paz: ni la más vaga referencia a ella pudieron hallar.

En la edición francesa de 1699, o su traducción española de 1838—la que tengo a la vista—se suprimieron, después de decir que en su gabinete jugaba (sic) música bien sola o con sus amigas, estas palabras: "*and here especially she entertained her beloved the Bishop*" (página 203 de la edición inglesa de 1928). "*La abundancia y riquezas han hecho a los habitantes tan orgullosos y viciosos como los de México*". Inmediatamente se lee en la edición inglesa de 1648: "*Here is not only idolatry, but fornication and uncleanness as public as in any place of the Indies*". No creo que los editores franceses de 1699 hayan tenido por qué suprimir estos conceptos: seguramente notaron la infamia los de 1838 porque la edición se dedicaba a propaganda antiespañola en Hispanoamérica.

Lo que sigue también se suprimió en la edición de 1838, seguramente porque ya no importaba a los designios de Colbert. El volcán representa una de las bocas del infierno que les prepara una lluvia de fuego como el que destruyó en otro tiempo la ciudad de Sodoma, "*neither the weakness of their habitation, lying wide open on every side, without walls, of works, or bulwarks, to defend them, or without guns, drakes, bullets, or any ammunition to scare away an approaching enemy, who may safely come and without resistance upon them who live as professed enemies of Jesus Christ. This is the city of St. James or Santiago de Guatemala, the head of a vast and ample dominion which...*" Después de este párrafo no sería atrevido pensar que nuestro renegado platicó de la conquista de Guatemala con Oliverio Cromwell.

Porque Thomas Gage, devenido puritano e imperialista, se proponía exacerbar la indignación religiosa de los fanáticos ingleses y, al mismo tiempo, o para esto, estimular entre ellos el afán conquistador. Por eso campea en todo el libro el encarecimiento de la falta de defensas artificiales y de organización militar para detener a cualquier enemigo, como dando a entender que si los ingleses no se daban prisa,—holandeses o franceses les tomarían la delantera.

Ese renegado sin escrúpulos, Thomas Gage, para ganar la simpatía de sus nuevos amos, no retrocedía ante recursos que lo hacían aparecer más vil de como era. Ya hemos visto cuándo, por qué y cómo renegó de la religión tradicional de su familia. Bien. Cuenta Gage que al salir de Cartagena logró que en su nave llevaran cuatro de los prisioneros ingleses que habían de hacer el viaje a España; Eduardo Layfield, uno de ellos, al hacer la travesía de San Lúcar a Inglaterra, fué cautivo de los turcos y llevado a Turquía, de donde escribió a Gage, suplicándole sacarlo de su cautiverio. En este punto se suprimió de la edición española—o de la francesa de 1699—la siguiente declaración: "*...with whom both at Cartagena, and in the way in the ship, I had great*

discourse concerning points of religion, and by him came to know some things professed in England, which my conscience (whilst I lived in America) much inclined unto". De donde resulta que la conversión del nuevo puritano obra fue de vulgar pirata: fea es la mentira, sobre todo en individuo inglés; pero mentir, y al mismo tiempo hacerse aparecer como catequizado por pirata, solamente a hombres como Gage puede ocurrir. Esa declaración aparece en la página 372 de la edición inglesa de 1928.

NUEVA RELACION

QUE CONTIENE

LOS VIAGES DE TOMAS GAGE

EN LA NUEVA ESPAÑA,

SUS DIVERSAS AVENTURAS, Y SU VUELTA POR LA PROVINCIA DE NICARAQUA
HASTA LA HABANA: CON LA DESCRIPCION DE LA CIUDAD DE MEXICO, TAL COMO
ESTABA OTRA VEZ Y COMO SE ENCUENTRA AHORA (1625): UNIDA UNA DES-
CRIPCION EXACTA DE LAS TIERRAS Y PROVINCIAS QUE POSEEN LOS ESPAÑO-
LES EN TODA LA AMERICA, DE LA FORMA DE SU GOBIERNO ECLESIAS-
TICO Y POLITICO, DE SU COMERCIO, DE SUS COSTUMBRES, Y LAS
DE LOS CAOLLOS, MESTIZOS, MULATOS, INDIOS Y NEGROS.

TOMO PRIMERO.

PARIS,
LIBRERIA DE ROSA.

—
1838.

Facsimile de la carátula de la primera edición española,
hecha en Paris en 1838.

El cínico puritanizado, con tal de echar desprestigio sobre sus antiguos correligionarios, hace confesiones que cualquier hombre normal, por elemental pudor, habría dejado inéditas. Verá el lector cómo lleva la contabilidad de sus ganancias mientras ejerció el sacerdocio entre los indios de Guatemala; pero no sobra copiar aquí sus reflexiones a propósito de su nombramiento de cura de Mixco y Pinula: "Así pues me pareció que este beneficio era una estancia más cómoda y útil para mí que el convento de Guatemala, donde no po-

día hacer otra cosa sino romperme la cabeza en cuestiones de teología, y tener muchos aplausos de los estudiantes, pero poco provecho... "Y como pensaba largarse a Inglaterra, "además, dejando a mis amigos en estos lugares, me pareció no encontrar otro mejor que el dinero para acompañarme por tierra y por mar". Ya nos aclaró el profesor Newton que, en busca de provecho, en Inglaterra abandonó a sus hermanos, y se echó contra ellos e hizo ahorcar y descuartizar a sus discípulos. ¡Y éstos son quienes hablan de inmoralidad y de crueldad españolas!

En el libro de Gage abundan crítica y censura ante la explotación del indio por los españoles; pero ello no obstante cuenta el puritano cómo, a propósito de la plaga de langosta, él también los engañó y los explotó: "de manera que su devoción en esta ocasión me valió mucho más dinero todavía, que el que recibía de costumbre de las cofradías de que he hablado más arriba".

El mentiroso cae siempre en la misma trama de sus mentiras. Así Gage, para desprestigiar a los españoles, cuenta a cada paso cómo dejan al indio en la miseria. Pero también refiere y describe las riquezas de los indios y los negocios que éstos hacen en el mercado de los pueblos. Esclavos son los indios; pero gozan libertad de locomoción para vender los productos de su trabajo, y, también, para cultivar la tierra y poseer bienes como cualquier hombre libre.

*
* *

Pero para mentir y calumniar no es necesario ser dominico renegado ni moverse en el siglo diez y siete. Poseo varios libros de viajeros que han honrado con visitas a Hispanoamérica, y no faltan entre ellos autores tan mentirosos como Thomas Gage. Solamente dos traeré a la vista para prueba de lo dicho.

Hermann B. Deutsch —The Incredible "Yanqui"— The Career of Lee Christmas, Longman, Green and Co., London, New York, Toronto, 1931—cuenta que este conocidísimo Lee Christmas, "destinado a tumbar varios gobiernos, para no mencionar la danza a donde llevó a los Estados Unidos de América—salió de Nueva Orleans en el otoño de 1894, rumbo a los trópicos, porque no tenía un centavo ni a dónde ir.—Treinta años después, casi hoy, regresó a Nueva Orleans desde los trópicos, porque otra vez carecía de un centavo, y tampoco tenía a dónde ir.—Pero, en el interin..."

El 14 de abril de 1897, tropas hondureñas se preparaban a librar la batalla de la laguna de Trestle, "donde el río Chamelecón desagua en la ancha bahía donde Hernán Cortés desembarcó sus caballos y mulas ibéricos cerca de cuatrocientos años antes". Fué Hernán Cortés quien desembarcó caballos y mulas, y no Gil González Dávila quien echó al agua caballos muertos. Los guerreros se parapetaban "tras muro de hielo (lo habían construido con macizos bloques de doscientas libras)".

¿De dónde salió ese hielo para barricada? "Ya hacía tres años que Lee Christmas de Nueva Orleans, Memphis y cualquiera otra parte, había hecho ese camino" La Pimienta-Puerto Cortés "tres veces a la semana,—desde la

costa un día con vagones vacíos por dejar en los apartaderos y en San Pedro Sula, metrópoli ufana de poseer la única fábrica de hielo de Centroamérica; de regreso a la costa el día siguiente, recogiendo furgones llenos de bananos en las plantaciones, y dos vagones de hielo en San Pedro. Tres viajes redondos a la semana . . ." (Página 4; lo de Puerto Caballos, página 3.) De allí salió el hielo para la batalla que fué bautismo de Lee Christmas en su turbia actuación en Centroamérica. En la revolución hondureña de 1897 campeaban rebeldes y federales (passim).

Pero yo quería referirme a esta mentira: Lee Christmas, maquinista del ferrocarrilucho, "iba con su locomotorcita calentada con leña y un cordón de furgones con bananos y sus dos vagones de hielo—uno para Puerto Cortés, and one for Puerto Barrios and Guatemala City—y cayeron como prisionero y presas . . ." (Página 8.) De modo que, en 1897, Lee Christmas proveía a la ciudad de Guatemala con tres furgones de hielo a la semana. Aparte el hecho de que Guatemala tenía fábrica de hielo en Escuintla, en 1897 era simplemente imposible que el hielo de Mr. Christmas llegara a esta capital: el ferrocarril de Puerto Barrios no llegaba sino al Rancho de San Agustín,—y de allí a Guatemala City había dos días de penoso camino a caballo o en diligencia: la poquísima carga venía desde el Rancho, en carreta de bueyes, y en tres o cuatro días. ¿Podría haber llegado aquí algo del hielo fabricado en La Pimienta?

Al final de esa página 8 y al principio de la 9 reproduce el autor Mr. Deutsch uno de los párrafos de la autobiografía en cinco páginas de Lee Christmas, con ortografía que, de veras, hace pensar con admiración que semejante patán haya jugado tan prominente papel en Honduras.

Pero dejemos The Incredible Yanqui y abramos Glanz und Elend Süd-Amerikas,—Roman eines Erdteils, del alemán Kasimir Edschmid (Societæts Verlag/Frankfurt am Main, 1931. Este sabio y honrado alemán hizo viaje de circunnavegación de la América del Sur, desde Panamá hasta Chile y de la Argentina al Brasil. Observador formidable, tuvo la suerte de hallar en cada una de las ciudades y en los campos por él visitados,—ilustrado chófer, descontento nacional, desprevenido chiquillo o extranjero enterado de quién sacar rotundas conclusiones, verdades absolutas para fundamentar su estudio sobre la miseria sudamericana. Por supuesto, mucho, muchísimo aparece en las 480 páginas de ese libro obtenido de segunda y de tercera mano, algunas veces en lo cierto, pero muchas con falsedades tendenciosas.

Abremos el libro, a ver qué sale al acaso: "todo niño de Sudamérica, dijo el ingeniero holandés van der Weele, quien navegaba hacia Curazao, para trabajar en la construcción de túnel bajo el puerto por cuenta de Shell;—todo niño de Sudamérica, a los nueve años de edad, es tan lúcido como las otras gentes de treinta años. Pero, al llegar a los treinta, desdichadamente no tiene más inteligencia que las demás gentes de nueve años" (página 17).

Tan elocuente, y sobre todo, convincente, es este Herr Kasimir Edschmid—debe ser Doktor y, como alemán, sabio por antonomasia,—, que no vale la pena seguir hojeando su maravilloso tratado. Pero no resisto la tentación de soltar la lengua y hacer mis reflexiones: como buen ario, don Kasimiro se lanza en casi todas las páginas de su pesado libro—pesado, por sus ob-

servaciones de peso, porque, en otro sentido, se lee con facilidad y es ameno—contra mestizos, negros, mulatos, indios y cuantos dejara Dios sin el maravilloso privilegio de reines deutsches Blut, limpia sangre alemana. Pues bien, racistas, sociólogos, filósofos, geopolíticos, banqueros, industriales, comerciantes, pensadores, poetas y cuantos alemanes lanzaron el mundo en la más tremenda de las hecatombes cuyas consecuencias ahora sufrimos,—no han demostrado, en fin de cuentas, haber tenido sino edad mental de nueve años!

*
* *

Gage murió en Jamaica, a principios de 1656. Según el prólogo del profesor Newton, el libro de Gage se editó la primera vez en 1648. En 1655 se hizo la segunda edición, cuando Cromwell había vuelto a encaminar Inglaterra en los asuntos internacionales, “para excitar la opinión pública en favor de su Western Design contra las Indias”—algo así como el Drang nach Osten de los alemanes. Hubo nuevas ediciones inglesas en 1677, 1699 y 1711. “La popularidad inglesa de la obra de Gage se debió al monopolio de información de primera mano sobre regiones que interesaban a los intereses nacionales; pero después de la paz de Utrecht (1713) fué menos leído el libro y lo eclipsaron relatos de los bucaneros en coloridas páginas de Esquemeling y Dampier. Nuestro autor ha sufrido a manos de escritores posteriores la suerte de la mayoría de quienes han cambiado de partido o de credo. Los escritores de la restauración lo despreciaban por sus pasajes polémicos en favor de la impopular causa puritana, mientras los polemistas católicos lo condenaban sin fingimiento por su apostasía y los jesuitas, a quienes especialmente había atacado, impertérritamente escarnecían su memoria. Subsiguientes escritores ingleses y franceses ocasionalmente se informaron en su libro, pero ninguna edición moderna se ha impreso. Edward Long se refirió a él en su historia de Jamaica (1774) y Robert Southey se documentó allí para su epopeya mexicana Madoc (1805), aunque deslealmente desestimó su originalidad”.

El editor francés Girard Garnier fué autorizado para su primera edición de 1663, y esta edición fué tomada por Thevenot para sus “Relations des divers Voyages curieux” (1672), con el título de “Relation de Mexique et de la Nouvelle Espagne par Thomas Gage.” “Considerablemente abreviado fué el texto, y suprimidos los pasajes declamatorios, sobre todo en los primeros capítulos y el capítulo final relativo a las actividades del autor en Europa, después de su regreso”.

En 1677 se hizo nueva traducción para M. le Sieur de Beaulieu, Huës O’Neil por M. de Carcavi, en dos volúmenes y bajo el título Relation des Indes Occidentales contenant les Voyages de Thomas Gage dans la Nouvelle Espagne. Reproducía prácticamente el original, sin incluir los primeros capítulos ni las más ofensivas expresiones contra los católicos romanos. “La dedicatoria a Colbert demuestra que se emprendió la publicación por orden de él”. Newton reproduce en francés los siguientes conceptos de la dedicatoria: “He aquí al famoso viajero que ha atravesado el mar bajo vuestros felices auspicios, y

a quien he enseñado a hablar francés por vuestra orden". Y en el prefacio: "Nuestra nación se habría privado del conocimiento de tantas cosas curiosas que nos enseña, sin el cuidado de monseñor Colbert entre tantos otros... al ordenar la traducción".

De esa versión francesa, agrega Newton, se hicieron las traducciones holandesas y alemanas. Las divisiones de capítulos del original se abandonaron y se dividieron en capítulos más cortos con nuevos encabezamientos.

"Robert Southey en las notas de su poema *Madoc* dice que la relación sobre México que Gage presume haber obtenido de primera mano, está literalmente copiada de la obra de Gomara traducida por T. Nicholas *The Conquest of the West Indies* (1576) Pero ello no es el caso, y la traducción de Gage se hizo sin intervención de las autoridades españolas. Ciertamente aprovechó Gage a Gomara y Oviedo, y también pudo haber conocido a Herrera".

*
* *

El libro de Gage, con cuanto queda dicho, no carece de interés para los guatemaltecos. Unicamente conviene, como en todo libro extranjero que se ocupe de nosotros, leerlo sin tomar su contenido como verdad absoluta sin antes verificarla en otras fuentes, ni sus conclusiones como lógicas y justas sin reserva. Gage mintió en muchas cosas respecto de Guatemala; pero también hizo relatos que podrían tomarse como producto de admiración y simpatía, —aunque, en algunos casos, con tendenciosa exageración.

Desdeñar libro cuyas primeras ediciones causaron tanta sensación, "y que indudablemente ejerció influencia en política general, es inmerecido. Aunque no podría presumirse que, en el relato de sus aventuras, se compare Gage en vivacidad con otros viajeros celebrados, su libro está lleno de toques de aguda observación, y describe de primera mano el estado de sociedad americana tan poco conocida", dice Newton. Indudablemente, agrego yo, muchas de las falsedades dadas por Gage como verdades, se deben a la pugna en que se mantenían las diferentes congregaciones religiosas. Para afirmar lo que digo, he de recordar que el príncipe Guillermo de Suecia, en la relación de su paso por Guatemala—edición inglesa *Between Two Continents*, Londres, 1922, página 163—, dice que "solamente coroneles y generales—de los cuales, a propósito, hay como uno por cada cien hombres..." Falso es y ha sido esto, naturalmente; pero no olvidemos que el príncipe estuvo entre nosotros cuando el pueblo libraba la guerra de cien días de tinta y una semana de sangre: entonces estaba en boga una parodia de la princesa está triste de Rubén Darío, en la que el pueblo se dolía de que en nuestro ejército hubiera malas cosas y por cada cien indios, un señor general. No por esta equivocación diría yo que las observaciones y conclusiones del príncipe de Suecia dejan de tener actualidad, ni sería indeseable que las conocieran los guatemaltecos que manejan la cosa pública, para suprimir horrores de indudable trascendencia, como el alcoholismo explotado por el fisco.

Errores y exageraciones de Thomas Gage, en obra que por lo general es en verdad interesante, no serían motivo para que la Biblioteca Goathemala pudiera desdeñarla. Con mentiras y todo, Thomas Gage hizo conocer nuestro país en varias lenguas,—y para nosotros mismos contiene información digna de conocerse y, también, reflexiones dignas de meditar. Por eso determinó la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala reeditar la Nueva relación de los Viajes de Tomás Gage,—el mismo libro que leyeron nuestros abuelos. Adolece de subdivisión de los capítulos y de supresión de pasajes polémicos y alusiones hirientes a personajes de la época; pero estos detalles son más bien bibliográficos, y no de fondo para el lector guatemalteco. Nada puede importarnos que en el capítulo I de la tercera parte de nuestra edición diga el autor que con gozo se encontró "con hombre que pensara de tan diversa manera del padre Hidalgo", etc., y en la edición inglesa de 1648 dijera, en vez de padre Hidalgo, "del cuatro ojos Hidalgo"—that four-eyed Hidalgo.

SINFOROSO AGUILAR

Guatemala, abril de 1946.

Aclaración necesaria

La Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala había fijado su atención a la escasez de ejemplares, en español, de la curiosa obra del dominico Tomás Gage, irlandés de finísima intención, un tanto mentiroso, y algo más interesado en ver, por sus propios ojos, cuáles lugares de la entonces Colonia—Guatemala—estaban dotados de fortificaciones y seguridades para evitar a los generosos piratas, sus paisanos—ingleses y holandeses, que en aquellos tiempos convirtieron los mares del proceloso Océano Atlántico, en algo parecido a una Sierra Morena, de la querida Madre Patria,—las malhadadas frecuencias que causaron los grandes sustos de los buenos vecinos de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de los Caballeros de Guatemala.

Costaba mucho trabajo y no poco dinero, conseguir un ejemplar de esta obra. Por mucho que no se creyera en el autor, o que se le tomara como un testigo presencial de los hechos que relata, diciendo son de visu; bien que se deseaba leer su narración amena, en la cual figuran personajes y sucesos que solamente este dominico relata. Atrás se quedaron los demás distinguidos cronistas de la Colonia. El padre Gage, sacerdote dominico—¿sería realmente sacerdote?—es el autor de la Poetisa de la colonia, la "Divina Reclusa", doña Juana de Maldonado. Y no con muchos detalles como para con ellos ir a los archivos a buscar las poesías, una tan sólo, de la quisquillosa neurasténica, que, posiblemente no era poetisa, sino amante de las letras, más aún, de las bellas artes. El padre Gage creó el mito de esta Hija de las musas, y su nombre y oficio han pasado a nuestros días, como una verdad que el buenazo y mentiroso Gage revistió con sus propios ornamentos de fraile dominicano. Por este estilo son muchos de los pasajes de su libro: puras invenciones de su imaginación irlandesa, propias de quien, al regresar a su país natal no pudo entenderse con sus parientes, ¡porque había olvidado su idioma! Se nos antoja un aventurero, para entonces; hoy lo llamaríamos: un calavera. Y que nos perdonen sus hermanos de hábito que no queremos ofender su memoria.

Sabiendo pues, que la última edición española, hecha en 1838 en París, por la Librería de Rosa, estaba agotada, y que de conformidad con el programa que la Sociedad se trazó desde el principio al crear la Biblioteca Goathe-

mala, el libro del padre Gage debería entrar en el lote bien crecido por cierto de las obras clásicas de nuestra Historia, publicadas bajo sus auspicios con el aplauso de todo el mundo científico, acometimos esta empresa.

El libro del padre Gage intriga. El lector vacila en creer y no creer. Se figura si lo que dice este fraile aventurero, es cierto o si no lo es. Y la opinión entre estos dos extremos se divide y no siempre del escrutinio de opiniones sale ganando el narrador. Unos dicen que su historia es cierta; pero son en mayor número los que dicen que no. Y en esto, precisamente, estriba el renombre de este pintoresco fraile: en ser discutido.

La Sociedad no acometió la edición de este libro, siguiendo opiniones sobre su autor. Dedicada desde su fundación a revivir el pasado de nuestra historia, quiso y pudo escoger todos cuantos autores escribieron sobre la historia de la Colonia. Y allí queda, plasmado en muchos volúmenes, lo que "aquéllos" dijeron, y lo que nuestra Sociedad recoge en las obras en donde lo dijeron.

El padre Gage no se podía quedar olvidado. ¿Qué le importa a la Sociedad de Geografía e Historia que sus dichos sean exagerados, que sean mentirosos? Se trata de un escritor de la época colonial y su divulgación no podía quedar fuera de las actividades de la Sociedad. Es así que esta edición forma parte de la Biblioteca Goathemala, como la forman los libros que la anteceden, y los que, Dios mediante, publicaremos más tarde.

La presente edición es la segunda en español. La primera traducción al castellano se publicó en 1838, por la Librería de Rosa, de París. No tratamos de explicarnos el por qué esta edición salió mutilada. Le faltó un capítulo al final de la 2a. parte, conteniendo detalles del viaje de Gage de Chiapas a Guatemala, que no por insignificantes, dejan de tener interés para quien desea tomar un retrato cabal de la época. En la presente edición incluimos el capítulo que falta; habiéndolo tomado del Boletín de la Biblioteca Nacional, año VII, número 2, julio de 1928, cuya versión del inglés, edición de 1702, la debemos a la capacidad de nuestro consocio señor Antonio Goubaud Carrera. Aquella revista lo dió a luz, bajo el título de: "El Anglo-Americano; sus viajes por mar y tierra; nueva descripción de las Indias Occidentales por Tomás Gage" y creímos que debería publicarse en esta segunda edición castellana, para ser lo más exactos posibles, y no mutilar el propósito del pintoresco fraile, tan discutido por muchos, pero también tan desconocido por los contemporáneos.

Sus dichos y declaraciones puede que levanten revuelo en esta hora. Dice muchas cosas que tienen un ciento por ciento de mentira, un ochenta por ciento de exageración; pero sin duda relata otras que son verdaderas, por mucho que sean impertinentes y agresivas. ¡Es muy propio de historiadores eso de ofender con verdades y con mentiras!

Nosotros hemos querido respetar la obra total del padre Gage, sea como sea, y a este efecto hemos intercalado el capítulo de que hacemos referencia, a fin de que esta edición sea completa; ya se notará que la traducción de referencia contiene anotaciones que entrañan utilidad manifiesta.

J. F. JUAREZ MUÑOZ,

Jefe de publicaciones.

Prólogo de la edición última de 1699

Después de una infinidad de historias que los españoles nos han dado de sus primeras conquistas en la América, parece que para acabar de satisfacer nuestra curiosidad sobre este asunto, no tenemos más que desear que relaciones modernas del estado actual de sus colonias.

Pero su política habiéndoles hecho prohibir en lo sucesivo lo que su vanidad les había hecho publicar al principio de su descubrimiento; sólo un milagro puede hacernos ver lo que ellos nos ocultan con tanto cuidado después de más de un siglo de pacífica posesión.

En efecto, las leyes rigurosas que han hecho respecto de las Indias, atestiguan bastante hasta qué punto llega su celo, pues que no se contentan con defender la entrada a los extranjeros so pena de la vida, sino hasta a sus mismos súbditos; a excepción de los naturales de los reinos de León y de Castilla, según uno de sus más célebres autores, quien dice que ⁽¹⁾ Carlos Quinto acordó por un privilegio particular el gobierno de Guyana a D. Jerónimo de Ortal, a causa de sus grandes servicios y de su mérito extraordinario, sin embargo de ser de Zaragoza, capital de Aragón.

Ellos han observado exactamente esta conducta hasta el día en América y como la Nueva España es una de las más ricas de sus posesiones y para el comercio de la cual tienen expresamente una flota que hace todos los años un viaje a Veracruz con un provecho inmenso: el virrey y los gobernadores son mucho más exactos para impedir la entrada a los extranjeros que en el Perú, a causa de su situación sobre el mar del Sur.

Por esto es digna de mayor aprecio la relación que nos ha dado Tomás Gage, por su rareza, y por la exactitud con que él observa todo lo que encuentra de remarcable en el tiempo que estuvo, tanto en México y las otras ciudades principales de la Nueva España como de los diferentes viajes que hizo por mar y tierra.

(1) Alcanzó del rey la gobernación de Guaina como lo pretendía, no obstante que era natural de Zaragoza, por la ordenanza que prohíbe que non puedan pasar a las Indias sino los naturales de la corona de Castilla y de León. *Tercera noticia de las conquistas de Terra Firme en las Indias Occidentales*, por el padre fray Pedro Simón, provincial de San Francisco.

No se ha contentado de entrar (por decirlo así), en el santuario de los españoles, mas también nos ha descubierto los misterios que ellos nos ocultan con tanto cuidado; y se puede decir que esta nación no ha cesado de ser impenetrable sino hasta después de que nuestro autor nos ha descubierto sus secretos y que ha roto un silencio de más de dos siglos, dando al público la más plausible relación que se ha tenido después de mucho tiempo.

Pocas hay que puedan pasar por singulares con más justo título que la suya; y si se tiene hoy un gusto general por esta clase de obras, parece que debe darse a ésta la preferencia sobre las otras por las cosas raras que describe.

Puede ser también de más grande utilidad por la geografía, la navegación y el comercio; además, el conocimiento particular que él nos da de las fuerzas y debilidad de sus plazas marítimas, y de las que están más avanzadas en el país, del odio inveterado que los españoles naturales profesan a los que nacen en el Nuevo Mundo, la aversión que sus esclavos mismos tienen por ellos, y de muchas naciones indias que no han podido jamás someter a su dominación o que han sacudido el yugo por haberles parecido insoportable.

Además de estas instrucciones que él da, se pueden sacar todavía otras de la mayor parte de sus aventuras; y nos las describe tan bien, que se interesa uno insensiblemente a todo lo que le sucede.

Los detalles mismos que las más veces enfadan en la mayor parte de las relaciones extranjeras, son en ésta de una indispensable necesidad para la inteligencia de las materias de que allí trata.

Después de lo que acabo de decir de esta obra, espero que el lector me agradecerá le haga saber que nuestro autor era de calidad, de una familia católica y muy ilustre de Inglaterra, y que su hermano mayor era gobernador de Oxford, cuando el difunto rey de la Gran Bretaña se retiró allí con su ejército, en 1645, durante los desórdenes de su reino. Siendo todavía muy joven fué enviado a España para hacer allí sus estudios, se entró en la orden de los Dominicos, y algún tiempo después partió para Filipinas en calidad de misionero.

Se embarcó en Cádiz en uno de los navios que los españoles llaman la flota, que se diferencia de los galeones en que éstos son navios que van a Tierra-Firme, Cartagena, Puerto Bello, y de allí a La Habana para volver a España, mientras que la flota saliendo de Cádiz va en derechura a Nueva España para desembarcar en el puerto de Veracruz, que es el que está más cerca de México, capital de este reino, y la estancia ordinaria del virrey; y después de haber cargado allí, viene a juntarse a La Habana con los galeones para volver a España en compañía, cuando los unos y los otros se encuentran prontos al mismo tiempo. Doy estas explicaciones para distinguir estos dos convoyes que muchos creen ser uno mismo.

Así, pues, nuestro misionero después de haber llegado a México y haberse refrescado algún tiempo, se vió precisado a irse a una casa de campo que los Dominicos tenían cerca de la capital, para hacer allí un noviciado

de un año; y ponerse con sus compañeros en estado de ejercer este empleo antes de ir a Acapulco, puerto del mar del Sur, en donde se embarcan para Manila, capital de Filipinas.

Allí gustó tanto las dulzuras de la vida monástica en la Nueva España y le incomodaba tanto el ir a Filipinas por las relaciones que se le habían hecho, que resolvió con sus dos compañeros tomar otro camino por tierra para ir a otra misión menos peligrosa.

Antes de partir de México hace la descripción antigua y moderna de esta capital y sus contornos, de las costumbres de los pueblos que la habitan, tanto europeos como criollos, naturales del país, mulatos y esclavos negros, de sus intereses particulares, de su gobierno eclesiástico y político, de su comercio, y generalmente de todo lo que le pareció digno de observación, tanto dentro como fuera de esta ciudad tan célebre en otro tiempo, y aún hoy día, por sus riquezas, extensión, y por su situación extraordinaria. Esto será el objeto de la primera parte.

La descripción que hace en seguida de los lugares más notables de los alrededores de la ciudad de México y varias provincias que ha recorrido desde su salida de esta ciudad hasta Goatemala no es menos curiosa. Esto será materia de la segunda parte.

Continúa después la descripción del gobierno, extensión y riqueza de la ciudad de Goatemala; del país y ciudades que dependen de ella, y varias aventuras que se le acaecieron.

También aprendió los idiomas de varios pueblos; lo que le sirvió no solamente para catequizarlos e instruirlos, sino también para informarse de muchas particularidades que sin eso no hubiera podido dárnoslas a conocer.

El empleo de cura que desempeñó en varias parroquias de grande extensión, le hizo conocer a fondo el corazón de estos pobres pueblos; penetrando por este medio sus secretos los más ocultos, durante diez o doce años que fué su pastor.

La narración de lo que ha visto de remarcable durante tantos años; la descripción geográfica del país; el comercio que se hace; la historia del chocolate y de los diferentes modos de hacerlo; y otras varias bebidas: serán la materia de la tercera parte.

La cuarta comprenderá su viaje desde la ciudad de Petapa, hasta la de Granada, capital de Nicaragua.

Su primer embarque sobre la mar del Norte para Puerto-Bello, su sorpresa por un esclavo que había abandonado a los españoles, y que mandaba un navío en Corso por los holandeses, su desembarque después de que le han robado lo que tenía, su viaje por tierra hasta el puerto de Salinas sobre el mar del Sur, sus diversas aventuras sobre este mar hasta Panamá, que él describe muy particularmente, su vuelta a Puerto-Bello, de que él hace también una descripción muy curiosa, como también de lo que sucede a la llegada o partida de los galeones, y de la más célebre feria del mundo que se tiene allí en el tiempo que éstos están.

Su embarque sobre los galeones para Cartagena de que también hace la descripción, como de La Habana, su retorno a España y de allá a Inglaterra terminarán esta última parte.

Pero bien que Tomás Gage nos haya descrito aquel país tal cual está hoy día, y nos haya dado sobre este asunto todo lo que se puede desear de un viajero hábil y exacto: nuestra nación hubiera carecido del conocimiento de tantas cosas curiosas que él nos descubre, sin el cuidado que ha tomado Monsieur Colbert, de mandar hacer la traducción por Monsieur de Baulieu Hues O'Neil.

Ha juzgado a propósito cambiar el título, en lo que no ha creído faltar a la fidelidad de un traductor, como tampoco quitando del cuerpo de la obra las digresiones que no convienen bastante al principal designio del autor.

Tampoco ha seguido la división de los capítulos, que él ha juzgado a propósito de acortar para la comodidad del lector y para hacer la tabla más instructiva.

A Survey of the
Spanish-West-Indies.
BEING
A Journal of Three thousand and Three hundred Miles
on the Continent of
A M E R I C A:
By **THO. GAGE**, Gent.
GIVING
An Account of the *Spanish* Navigation thither; their
Government, Castles, Ports, Commodities, Religion,
Priests and Friars, *Negro's, Mulatto's, Mestizos, Indians;*
and of their Feasts and Solemnities.
ALSO
His own Voyage from *Spain* to *S. John de Ulma;* and
thence to *Xalapa, Tlaxcalla, Ciudad de los Angeles,*
and *MEXICO:* With a Description of that
great City, as in former times, and at present.
LIKEWISE
His Journey thence through *Guanaca, Chiapa, Guate-
mala, Vera Paz, &c.* with his abode XII. years about
Guatemala, and an Account of his Return into
his Native Country *England:* Describing *Nicaragua*
and *Costa Rica,* to *Nicoya, Panama, Porto bello, Carti-
gena* and *Havana.*
With a **GRAMMAR**, or some few Rudiments of
the *Indian* Tongue, called *Paconchi* Or *Pocoman.*
With an *Exact Map* of the Country.
LONDON: Printed for *Thomas Horne,* at the
South Entrance of the *Royal Exchange.* 1702.

Facsimile de la carátula de la edición inglesa de 1702.

Nueva relación que contiene los Viajes de Tomás Gage

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

Cómo y a qué provincias de las Indias Orientales y Occidentales, pertenecientes a la corona de Castilla, se mandan Misiones de religiosos, y particularmente de la que fué enviada el año 1625

De la misma manera que todos los dominios conquistados en la América por los reyes de España se dividen para lo temporal en diversos gobiernos, así también para lo espiritual se reparten en varias jurisdicciones, sujetas, con el título de *provincias*, a diferentes órdenes de religiosos y a sus superiores. Todas estas órdenes, aunque tan lejos de Europa, viven sin embargo en la dependencia y sumisión de la corte de Roma, y tienen estrecha obligación de informarla con puntualidad de cuantas cosas notables suceden en aquellos remotos países, debiendo unir a su relación una lista del número de predicadores que necesita cada provincia, a fin de que se les envíe suficiente refuerzo de eclesiásticos, para trabajar en la conversión de los pobres indios, lo que se hace del modo siguiente.

Cada una de esas órdenes elige de seis en seis años un gobernador o director principal, que los frailes llaman *general*, superior en autoridad a todos los de su profesión, no habiendo más que los dominicos y los jesuitas cuyos generales conservan su dignidad mientras viven, a no ser que un capelo de cardenal los eleve a mayor eminencia.

Los religiosos que obedecen a ese general, y que se hallan diseminados por Italia, Alemania, Francia, Flandes, España y las Indias Orientales y Occidentales, forman diversas provincias. Como en España hay la provincia de Castilla la Vieja, la de Castilla la Nueva, las de Aragón, Valencia, Murcia y Cataluña, así hay en América las provincias de México, de Michoacán, de Oaxaca, de Chiapa, de Goatemala, de Comayagua, de Nicaragua y otras semejantes.

Todas esas provincias tienen sus jefes particulares, que se llaman *provinciales*, elegidos cada tres años por los padres graves de sus provincias respectivas, en una junta a que dan el nombre de *capítulo provincial*, como dan el de *capítulo general* a la congregación precedente.

El capítulo general se celebra por lo común en alguna de las ciudades principales de Italia, Francia o España.

Cuando se reúne el capítulo provincial, se nombra con el consentimiento unánime de los que están presentes un *procurador*, que debe asistir en nombre de toda la provincia a la próxima elección del general de la orden, pedir las cosas que se le recomiendan, y representar en la asamblea general el estado de los conventos que lo envían.

De esa manera mandan los religiosos de las Indias Occidentales procuradores a Europa, que son ordinariamente las mejores presas de los corsarios holandeses, por las grandes riquezas que llevan para regalar a los generales, al papa, a los cardenales, y a los grandes y validos de España, a fin de lograr con más facilidad lo que pretenden.

Es entre otros encargos de los procuradores americanos el encarecer la falta grande que hay de trabajadores para aquella abundante y próspera cosecha de las Indias, si bien no todas las provincias piden predicadores de España, como luego haré ver; y solicitar treinta o cuarenta sacerdotes mozos, los cuales puedan aprender los diversos idiomas de los indios, y llenar las vacantes de los ancianos.

Leída la demanda de la provincia ante el general o ante su capítulo, se otorgan de su parte al procurador *cartas-patentes*, nombrándolo *vicario general* de tal provincia en consideración de sus luces, buenas prendas, y celo infatigable con que ha procurado los aumentos de la nueva iglesia de las Indias, añadiendo en ellas que se ha juzgado digno de conducir a aquellos lugares una misión de los eclesiásticos que voluntariamente se ofrecieron a ir para extender la propagación del cristianismo entre los bárbaros.

Hallándose con esas recomendaciones el religioso venido de las Indias, va a presentar sus credenciales al papa, y su Santidad le hace expedir una bula, por la cual en calidad de *comisario apostólico* puede ir por todos los conventos existentes en España, y escoger en ellos los treinta o cuarenta predicadores mozos que necesita, a quienes desde el día mismo que se alistán, para más estimularlos, absuelve este comisario, en virtud de la autoridad pontificia, de la culpa y pena debida a sus pecados, con una indulgencia plenaria; y los que les suscitan estorbos o impedimentos, o los que así comprometidos se retractan, incurren en excomunión, no pudiendo alzársela sino su Santidad misma, o este su comisario apostólico.

Conviene advertir que en todos los estados de América pertenecientes a la corona de España hay dos clases de habitantes, tan opuestos entre sí como en Europa lo son los españoles y los franceses; a saber: los que han nacido en la metrópoli y van a establecerse en aquellas regiones, y los que nacen allí de padres españoles, y que los europeos llaman *criollos* para distinguirlos de su clase.

El odio que se profesan unos a otros es tal, que me atrevo a decir que nada puede contribuir a la conquista de la América tanto como esa división, siendo fácil ganar a los criollos, y decidirlos a tomar partido contra sus enemigos, para romper el yugo, salir de la servidumbre a que están reducidos, y vengarse de la manera rigurosa que los tratan, y de la parcialidad con que se les administra la justicia, por el favor y valimiento de que siempre gozan los naturales de España.

Y tan amargo, tan duro es esto para los pobres criollos, que les he oído yo mismo decir con frecuencia, que preferirían un príncipe cualquiera por soberano al señorío de los españoles, con tal que les dejara el libre ejercicio de su religión; mientras algunos habrían deseado que los holandeses hubieran permanecido en Trujillo, cuando la tomaron, y que se hubieran internado en el país, donde los hubiesen recibido con los brazos abiertos; añadiendo otros que la religión de que gozaban en tan aciaga esclavitud, ni les era agradable ni les ofrecía el más ligero consuelo.

La animosidad encarnizada que reina entre esas dos clases de españoles, fué la causa de que los criollos se unieran contra el marqués de Gelves, virrey de México, en el motín de aquella ciudad, y de que siguieran la voz de su arzobispo, don Alfonso de Cerna, que lo arrojó de ella; y habrían acabado con el gobierno de los españoles, sin la mediación de algunos eclesiásticos que los apartaron de su intento. Pero hablaré de esto con más amplitud en su lugar.

El origen de ese mortal encono proviene de los celos de los españoles, que han temido y temen siempre que los criollos sacudan el yugo y desconozcan la autoridad de España, porque los priva de todos los cargos y empleos del estado.

Todavía no se ha dicho que haya sido un criollo virrey de México o del Perú; o presidente de la Audiencia de Guatemala, de Santa Fe, o de Santo Domingo; o gobernador de Yucatán, de Cartagena o de La Habana; o alcalde mayor de Soconusco, de Chiapa o de San Salvador; o en fin que haya obtenido otros cargos de semejante importancia.

Hasta las plazas de las chancillerías como la de Santo Domingo, México, Guatemala, Lima, y otras, compuestas ordinariamente de seis magistrados que llaman oidores, y de un promotor fiscal, se han negado siempre a los criollos, aunque todavía se cuentan entre ellos descendientes de los principales conquistadores.

En efecto, como en el Perú Alto y Bajo los Pizarros, hay en México y en Oaxaca la familia de los marqueses del Valle, sucesores de Hernán Cortés, varias otras ramas de la casa de Girón, de la de Alvarado, de la de los Guzmanes, y finalmente descendientes de las alcurnias principales de España, sin que ninguno haya sido honrado con las dignidades o empleos públicos del estado.

Y no solamente están privados de oficios y cargos del gobierno, sino que los españoles advenedizos los afrentan todos los días, como a personas incapaces de gobernar a los demás, y medio indios, es decir, medio salvajes.

Ese menosprecio general no está menos extendido en la iglesia, donde nunca se ve a un criollo provisto de un obispado ni de un canonicato en cualquiera catedral, porque sólo se admiten en ellas a los que pasan de España.

Por el mismo principio han hecho cuanto han podido en las órdenes regulares por el espacio de muchos años, para abatir y expulsar a los criollos recibidos en sus conventos, temiendo que sobrepujaran en número a los que procedían de España.

Aunque se han visto en la precisión de recibir algunos naturales, sin embargo siempre los oficios de provincial, de prior y demás de la comunidad han elegido a españoles nacidos en la metrópoli. Solamente en algunas provincias, y hace muy pocos años, habiendo los criollos superado a los europeos, han llenado sus conventos de tal modo que han rehusado admitir las misiones que solían enviarles de España, y que hasta ahora continúan mandando a las demás provincias.

En la provincia de México hay dominicos, franciscanos, agustinos, carmelitas, mercedarios y jesuítas, entre los cuales los jesuítas y carmelitas son los únicos religiosos que mantienen la superioridad del partido español, reforzándolo todos los años con dos o tres misiones de sus órdenes respectivas hechas venir de España.

La última misión mandada a los frailes de la Merced fué la de 1625, y fué tan grande la discordia que se apoderó de ella y de los criollos, que en la próxima elección de provincial en el convento de México vinieron a las manos, y se habrían muerto a puñaladas, a no haber ido el virrey en persona a sosegarlos.

Como quiera que fuese, los del país ganaron la elección a pluralidad de votos, y desde entonces se han eximido de las misiones de ultramar, alegando que tienen suficiente número de religiosos en sus conventos, y no necesitan que les envíen más de España: se han sometido al papa como los otros, y le presentan regalos tan considerables como le hayan podido ofrecer jamás los españoles.

En la provincia de Oaxaca no admiten misionero alguno de España. Es cierto que no hace mucho tiempo que en la orden de Santo Domingo el partido de los criollos ha derribado al de los españoles, que todavía trabajan en Roma por alcanzar religiosos de España, declarando que el lustre de la religión ha menguado mucho, desde que les falta la asistencia de sus hermanos de Europa.

En la provincia de Guatemala, que es de una grande extensión y comprende Guatemala, Chiapa, los Zoques, parte de la de Tabasco, los Zeldades, Sacapula, la Verapaz, toda la costa del mar del Sur, Suchitepéquez y Soconusco, Comayagua, Honduras, San Salvador y Nicaragua, se cuentan las órdenes siguientes: Santo Domingo, San Francisco.

Los agustinos, que dependen de México no teniendo en Guatemala más que una pobre casa.

Los jesuítas, dependientes también de México, y, los religiosos de la Merced.

Pero entre todas esas religiones solamente tienen derecho de predicar, desempeñar curatos, y servir iglesias parroquiales, las de Santo Domingo, San Francisco y la Merced.

Estas tres órdenes han tenido siempre en toda la provincia muy sujetos a los criollos, sin permitir que ninguno de ellos fuese elegido para Provincial, y haciendo ir de España a lo menos de dos en dos años frailes de sus religiones, para sostener su parcialidad y dominar a los naturales.

Las provincias del Perú, que están mucho más lejos de España, y a cuyas costas es más difícil arribar que a las costas de las provincias mencionadas, no reciben misioneros de Europa, sino de las provincias vecinas; aunque no por eso deja de haber frailes de todas clases como en los otros países, siendo los más opulentos y poderosos los dominicos, si bien todos los demás, a pesar de su voto de pobreza, abundan en riquezas, en libertad y en delicias.

En el reino de la Nueva Granada, de Cartagena, de Santa Fe, Varinas Popayán, y en el gobierno de Santa Marta, hay dominicos, jesuítas, franciscanos, carmelitas, agustinos y mercedarios, de los cuales reciben hasta el día misiones de España, los dominicos, los jesuítas y los franciscanos.

Las islas de Cuba, de la Jamaica, la Margarita y Puerto Rico dependen del Provincial de la de Santo Domingo, y todos los religiosos establecidos en ella son dominicos, franciscanos, y jesuítas, todos reciben de tiempo en tiempo nuevas misiones de España.

En la provincia de Yucatán no hay más que religiosos de San Francisco, que son poderosamente ricos y sostienen con vigor la facción española por medio de las misiones que les llegan de Europa.

La provincia de Michoacán se gobierna de la misma manera que la de México, a cuyos religiosos pertenece.

Así he recorrido toda la América que posee la corona de Castilla, y hecho ver cuáles sean los religiosos establecidos en ella.

Cuanto a las Indias Orientales y al Brasil nada diré, porque, habiendo sido descubiertas de los portugueses, son en la actualidad posesiones del rey don Juan de Portugal.

Con todo las islas Filipinas están sujetas al rey de España, y en ellas hay dominicos, franciscanos, agustinos y jesuítas, todos los cuales tienen su principal residencia en la ciudad de Manila, capital de las islas del Archipiélago, y allí esperan los buques propios para pasar al Japón, adonde van a trabajar en la conversión a la fe de los habitantes de aquel reino.

Mas, aunque admitan en sus conventos a algunos naturales o criollos, particularmente de los que han convertido en la China y el Japón, sin embargo su mayor número se componen de misioneros españoles que transportan a las islas Filipinas más frecuentemente que a los demás puntos de la América que acabo de señalar.

Porque en primer lugar los envían en las naves que van a Nueva España, y luego, cuando han permanecido en la capital de México, dos o tres años, los llevan a Acapulco, puerto de la mar del Sur, donde los embarcan en los grandes galeones que van a Manila, y vuelven cargados de ricas mercancías de la China, del Japón, y otras regiones de las Indias Orientales.

En seguida transportan estas mercancías de Acapulco a la ciudad de México, la cual saca sin comparación mucho más de ellas que de cuanto le llevan por la mar del Norte.

CAPITULO II

Asiento del autor para pasar a las islas Filipinas, y lo que sucedió hasta su salida de Cádiz para la Nueva España

En el año 1625 viviendo yo con los religiosos de Santo Domingo de Jerez de la Frontera, ciudad de Andalucía, fueron enviadas cuatro misiones; una de la orden de San Francisco a Yucatán, otra de la Merced a México, y las dos restantes que eran de dominicos y de jesuítas, con dirección a las Islas Filipinas.

El comisario, a quien el papa había dado la autoridad de formar la misión de los dominicos, y de reclutar para ella treinta religiosos, se llamaba fray Mateo de la Villa, y como ya hubiese reunido sobre veinticuatro en Castilla y los alrededores de Madrid, los iba mandando unos detrás de otros a Cádiz bien provistos de dinero, a fin de que allí permanecieran, en una habitación alquilada de intento para él y su séquito, hasta el tiempo que la flota debía darse a la vela para las Indias.

Este comisario nombró a otro religioso, llamado fray Antonio Calvo para visitar los conventos de la carretera, a saber: los de Córdoba, Sevilla, San Lúcar y Jerez, y completar el número de los treinta frailes que le concedía su bula.

Llegó en efecto hacia fines de mayo a Jerez, acompañado de un tal fray Antonio Meléndez, del colegio de San Gregorio de Valladolid, a quien yo había tratado mucho tiempo antes, y con quien me estrechaban relaciones íntimas de una amistad particular.

Tanta fué su alegría al verme, que me rogó encarecidamente que fuera a cenar a su celda aquella misma noche, y como tenía sendos doblones, hizo cuanto pudo para regalarme bien.

El buen vino de Jerez, que no se escaseó en este festejo, reanimó de tal modo el ardor de su celo apostólico, que no cesó de hablar en toda la noche de la conversión del imperio entero del Japón, discurriendo acerca de aquellos países, distantes seis mil leguas de nosotros y que nunca había visto, como quien hubiese vivido en ellos toda su vida. En una palabra, Baco lo había convertido de teólogo en orador, enseñándole la elocuencia que manejaba a fuer de segundo Cicerón. Ni olvidó cosa alguna de cuantas podían persuadirme a asociarme con él en esa función evangélica, representándome, en medio de argumentos y figuras, que nadie era profeta en su tierra, y se necesitaba echar el vuelo para alcanzar riqueza y fama.

Mas cuando vió que semejante retórica no me hacía gran mella, y que no me inclinaba a seguir sus designios, quiso ganarme con otras consideraciones más patéticas.

Me pintó las Indias empedradas de oro y de plata: las piedras, según él, eran perlas; se barrían los rubíes; se tropezaba en diamantes; los árboles se desgajaban con el peso de los racimos de nuez moscada; los campos eran cañaverales de azúcar; las velas de los buques eran de seda de la China,

de tafetán, de raso, tal era la abundancia de que de ella había; en fin aquellas venturosas regiones ofrecían realmente cuanto la historia y la fábula contaban de las riquezas de Creso y de los portentos de Midas.

El cuadro que me bosquejó en seguida de las Filipinas fué el de un paraíso terrenal, donde todo era abundancia, placer, contento, donde nada faltaba a la felicidad de la vida.

Y creyéndose ya en aquellos lugares, me describía sus viajes por las provincias, acompañado de indios con trompas y atabales, su entrada en las ciudades por caminos sembrados de flores y por arcos triunfales, repicando las campanas al vuelo, y saliendo a ofrecerle sus respetuosos homenajes todos los habitantes.

Añadía a esas descripciones de tesoros, de pompas y delicias varios argumentos para excitar en mí los estímulos de la curiosidad tan natural del hombre. ¿Qué satisfacción no será la nuestra, me decía, cuando veamos con nuestros propios ojos cómo el oro y la plata se forman en las entrañas de la madre tierra; cómo se cubren de su preciosa semilla los ramos de la pimienta, cómo madura la nuez moscada, cómo florece el clavo? Allí nos convenceremos de que la canela es la corteza de un árbol y nada más: allí asistiremos a la extracción del zumo de la caña dulce, y los esclavos pondrán a nuestros pies la negra melaza y los nevados pilones que de él se hacen; allí estudiaremos la extraña metamorfosis de la cochinilla, que del estado de gusano pasa al del tinte de la grana, la transformación del añil y otras muchas maravillas. De ese modo sin trabajo y hasta sin estudio aprenderemos mil rarezas capaces no sólo de contentar nuestra curiosidad, sino de ensanchar el círculo de nuestras ideas y de perfeccionar nuestro entendimiento.

Así discurría, no dejando el ingrato de anteponer en su estimación al mosto de Jerez, si bien le debía tan poética fecundia, su vino de Filipinas, extraído de esos enormes árboles que llaman cocos y de los cuales nos refieren los historiadores tantos milagros: al contrario deseaba ya con ansia pisar aquel suelo para beberlo en mi compañía a la salud de todos nuestros amigos.

Después que hubimos cenado, quiso saber Meléndez cuál era mi modo de pensar con respecto al viaje que me proponía, y juró que no pararía hasta que yo le prometiera acompañarlo. Para más obligarme, añadió a sus ruegos la oferta de media docena de onzas, y me aseguró que nada me haría falta, y que el padre Calvo me suministraría al otro día por la mañana con qué comprar cuantas cosas me fueran menester para una navegación tan larga.

Respondíle que las resoluciones demasiado prontas solían producir arrepentimiento y tristeza: que lo pensaría toda la noche, y que por él haría cuanto hacer pudiera; pero que si me determinaba a ir, quería llevar conmigo a uno de mis amigos, que era un religioso iriandés llamado fray Tomás de León.

Con esto me despedí de Meléndez, y me retiré a mi celda, donde no encontré el descanso de que solía disfrutar; no porque los discursos de mi amigo me hubiesen inclinado a seguirlo, sino porque se me presentaba una coyuntura favorable para alejarme del alcance de mi familia, y sustraerme de su conocimiento.

Porque en efecto acababa de recibir hacía poco una carta de mi padre que me escribía furioso, y me decía que todos mis parientes estaban enfadadísimos conmigo, y él más que todos, porque, después de haber gastado tanto para darme carrera, no sólo me había negado a entrar en la Compañía de Jesús como él lo deseaba, sino que en todo había manifestado una aversión mortal a los jesuitas, y que mejor hubiera querido verme simple marmitón de cocina entre los padres de la compañía, que general de toda la orden de Santo Domingo; que no pensara más en que mis hermanos ni mi padre me recibirían en su casa; que no creyera verlos, aunque volviese a Inglaterra; que si me atrevía a presentarme que excitaría a los jesuitas para echarme de mi país; y por último que con el consentimiento de mi hermano mayor, que es ahora gobernador de Oxford, vendería su hacienda de Hailing, y me privaría de la parte de herencia que yo pudiera pretender.

La intención que yo tenía de acabar mis estudios templaba el disgusto producido por esta carta: bien hubiera yo querido poder dar la vuelta a Inglaterra, permaneciendo todavía algún tiempo en España; pero consideraba que, acabada mi carrera, los dominicos me enviarían a mi patria con un breve del papa en calidad de misionero.

Presentábanse al mismo tiempo todas las consecuencias de la cólera de mi padre y de la rabia de mi hermano el coronel, agolpándose a mi pobre imaginación cuanto la maña y el encono de los jesuitas podrían inventar para expulsarme de Inglaterra.

Recapitulé, pues, todo lo que me había dicho Meléndez, de los medios de procurarme el conocimiento de las cosas naturales, viendo la rica América y el Asia hermosa, y de perfeccionarme en las espiritualidades con la contemplación de aquella nueva iglesia y el trato de sus fundadores.

Habiendo pasado toda la noche en estas zozobras y conflictos, me resolví al cabo a ver la América, y a permanecer allí hasta la muerte de mi padre, y que yo hubiese agenciado con qué suplir la porción de herencia, de que me había privado mi padre en favor de los jesuitas.

Con tal resolución fui a ver a mi amigo fray Antonio, y estoy seguro de que cuando le manifesté mi intención de acompañarlo en su largo viaje, se alegró tanto por lo menos como si le hubiese vuelto una cena semejante a la que me había dado; y su contento creció cuando a la comida le presenté a mi amigo fray Tomás de León, el irlandés, por compañero de misión.

Después de comer nos presentó al padre Calvo que nos abrazó con mucha ternura, y nos prometió toda especie de miramiento durante la navegación.

Leyónos una larga factura de todo lo que había comprado para nuestro consumo a bordo: tanto pescado, tanta carne, tantas ovejas, tanto tocino, tantos jamones, tantas gallinas, tantos barriles de galleta blanca, tantos jarros de vinos de Casalla, tantos sacos de arroz, tantos cajones de pasas, tantos cofines de higos, tantas aceitunas, tantas alcaparras, tantos limones, tantas naranjas dulces y naranjas agrias, tantas granadas, tantos confites, dulces, conservas, mermeladas y toda especie de jaleas de Portugal.

Nos prometió además que nos haría dar los grados de maestro en artes y doctor en teología en Manila; luego abriendo su bolsillo, nos dió para los gastos de aquel día, y para que comprásemos en Jerez lo que deseáramos

llevar a Cádiz, sin contar el importe del viaje, y por último extendiendo las manos sobre nosotros nos dió la bendición de su Santidad a fin de que no nos sucediera desgracia alguna en el camino.

Nuestros amigos de los principales de la comunidad tentaron todo lo que estuvo a su alcance para desanimarnos; mas la libertad de que habíamos gozado aquel día con Meléndez, ahuyentó la tristeza que nos podía causar una partida tan pronta.

El padre Calvo, temiendo que el apego a las monjas, que por lo común tiene mucho imperio en los frailes españoles, nos retardase nuestro viaje nos aconsejó astutamente que saliéramos de Jerez al día siguiente por la mañana. Así lo hicimos Meléndez, otro religioso, natural del pueblo, mi amigo y yo, dejando al cargo del superior nuestros libros y baúles, para que nos los enviase a Cádiz. Emprendimos, pues, nuestra jornada hacia el puerto de Santa María, montados a guisa de jinetes egipcios en nuestros borriquillos, dejando a un lado la suntuosa Cartuja, y el Guadalete, antiguo río del olvido de los poetas, donde comimos frutas de aquellos campos elíseos, y bebimos el agua cristalina del río, para desterrar por siempre la memoria de los objetos queridos que dejábamos en España y en Jerez, y cuanto podía sugerirnos el pensamiento de volver atrás.

Llegamos por la tarde al puerto que se ha hecho célebre, por servir de estación a las principales galeras de España. D. Fadrique de Toledo, gobernador entonces, habiendo sabido la llegada de los cuatro apóstoles de las Indias, y no queriendo perder aquella ocasión que miraba como una felicidad extraordinaria, nos convidó a cenar en su casa.

Todos los habitantes del puerto tenían por bendito el pueblo, porque nosotros pisábamos sus calles; nos contemplaban como a santos destinados al martirio por la fe de Jesucristo, y deseaban lograr alguna reliquia nuestra disputándose a puñadas los presidiarios por cual había de hacer más estrépito con sus trompetas y atabales.

D. Fadrique no perdonó cosa alguna para obsequiarnos; después de cenar nos despidió, mandando a sus gentes que nos acompañaran al convento de los Mínimos. Allí había dado orden de alojarnos, y fuimos recibidos con tanta bondad por los religiosos, que quisieron lavarnos los pies aquella noche, en testimonio de su afecto fraternal, dándonos las buenas noches al irnos acostar, y deseando que descansáramos con el talante de la más sincera cordialidad.

Por la mañana, luego que los pobres religiosos nos sirvieron el desayuno, encontramos un barco que nos había hecho preparar D. Fadrique, y a sus gentiles hombres con orden de acompañarnos y conducirnos hasta Cádiz.

A nuestra llegada vimos a todos los compañeros y al comisario apostólico fray Mateo de la Villa, que nos recibió y convidó a comer.

Permanecemos en Cádiz, honrados de todo el mundo, y gozando de la hermosa vista de aquella población, por tierra y por mar, hasta la salida de la flota.

Al acercarse el momento, fray Mateo de la Villa, a quien creíamos inflamado de celo del martirio, se despidió de nosotros, manifestándonos que por la bula del papa, tenía facultad de nombrar a otro en su lugar, y nombró en efecto al padre Calvo, quedándose él en España.

Su partida causó una sublevación entre nosotros, y entibió el celo de dos de nuestros misioneros que nos abandonaron secretamente.

Los demás se quedaron contentos con nuestro superior fray Antonio Calvo, que era un buen anciano, aunque mal dotado de luces para inspirar el respeto debido a su carácter.

Era además tan desaseado, llevaba un hábito tan sucio, y tenía las manos tan mugrientas a fuerza de andar siempre con sus jamones, que más parecía un pinche de cocina que un comisario apostólico. Sin embargo tal cual era debía conducir esta misión hasta México desde España, y desde México hasta Manila, ciudad metropolitana de las Islas Filipinas, y corte del virrey, es decir, seis mil leguas de distancia.

CAPITULO III

De la salida de la flota de Cádiz en 1625, y de las cosas más memorables acaecidas durante la navegación

El primero de julio por la tarde don Carlos de Ibarra, almirante de los galeones, que estaba en la bahía de Cádiz, mandó tirar un cañonazo que, en términos de marina llaman el cañonazo de leva, y sirve para advertir a todos los pasajeros, soldados, y gente de mar que al otro día por la mañana cada uno debe estar a bordo de su respectiva embarcación.

El segundo día de julio nos avisaron, desde por la mañana, que un fraile inglés llamado fray Pablo de Londres, del convento de San Lúcar, había obtenido del duque de Medina una carta para el gobernador de Cádiz, por la cual le mandaba que me buscara, y que en cualquier lugar que se me encontrara, se me prendiese, con tanto más motivo cuanto que el rey de España había prohibido que inglés alguno pasara a las Indias bajo cualquier pretexto que fuera.

El buen anciano hizo todo eso expresamente para impedir mi viaje, habiéndome escrito varias cartas con el mismo intento, y aún habiéndome remitido una del padre Fray Diego de la Fuente, Provincial de Castilla, que había estado en Inglaterra con el conde de Gondomar, en la cual me prometía empeñarse para que se me adelantara, si desistía de mi viaje y volvía con él a Castilla.

Ninguna de estas cartas me movió, ni todas las pesquisas del gobernador me impidieron el realizar mi intento. Al punto me llevaron solo a un buque y allí me escondieron en una bota de galleta, vacía adrede para ocultarme en ella.

Así cuando el gobernador pasó a bordo, para informarse si había algún inglés en la embarcación, el padre Calvo respondió con resolución que no, bien persuadido de que no irían a buscarme dentro de un tonel. El gobernador se volvió a tierra sin encontrarme, y esta historia sirvió de pasatiempo a nuestra gente lo restante del día.

No tardaron en salir todos los buques del puerto, despidiéndose todos de los de la población y los de la población deseando a los navegantes un viaje feliz.

Tan luego como todos estuvieron en alta mar, y que no hubo ya esperanza de volver a gozar de la libertad y los placeres de Cádiz, nuestros frailes jóvenes empezaron a llorar la tierra. Unos recordaban allá en su mente los platos exquisitos que les habían dado; mientras otros más animosos consideraban el número de las naves magníficas de nuestra flota, que con los nueve galeones que nos convoyaban hasta Canarias, subían a cuarenta y un buques, destinados a diferentes puertos de las Indias.

Dos iban a Puerto Rico; tres a Santo Domingo, dos a la Jamaica, uno a la Margarita, dos a La Habana, tres a Cartagena, dos a Campeche, dos a Honduras y Trujillo, y diez y seis a San Juan de Ulúa o a la Veracruz.

Todos iban cargados de vinos, higos, pasas, aceitunas, aceite, telas, paños, hierro, y azogue para las minas de Zacatecas, que así separan la plata de la escoria con que está mezclada.

Las personas más notables que iban embarcadas en los buques de la flota, eran: el marqués de Serralbo, nombrado virrey de México, que pasaba a encargarse del mando y reemplazar al marqués de Gelves, que se había retirado a un convento, de miedo de que el populacho, amotinado contra él ese mismo año, lo arrastrara.

El marqués de Serralbo iba a bordo del navío San Andrés, con don Martín de Carrillo, presbítero, e inquisidor de Valladolid, enviado a México en calidad de Visitador general, para informar acerca de la querella que se agitaba entre el marqués de Gelves y el arzobispo, y del tumulto que ésta había promovido, llevando plenos poderes y autoridad ilimitada para hacer prender y castigar a todos los culpables. En el navío Santa Gertrudis navegaba don Juan Niño de Toledo, presidente nombrado de Manila en las Filipinas, y en el mismo buque toda la misión de los treinta jesuitas, que enviaban a aquellas islas.

Ya se habían insinuado en su favor, y para mejor cultivarlo durante la travesía, habían logrado con mucha maña embarcarse con él, porque dondequiera que se hallen esas gentes, no dejan piedra por mover para acercarse a los reyes, y a los príncipes, y a los que tienen algún poder en el pueblo.

Nuestra Misión, compuesta de veintisiete religiosos de la orden de Santo Domingo, se había embarcado en el San Antonio, y en la nave, llamada Nuestra Señora de la Regla, iban veinticuatro de la orden de la Merced, de los cuales fueron algunos de los que echaron mano a los cuchillos contra los criollos de su mismo hábito en México.

Nuestra flota se hizo a la mar, con un convoy de ocho galeras, para defenderla de los turcos y de los holandeses que los españoles temen siempre encontrar en su camino.

Dimos la vela con un viento dulce y favorable, estando la mar serena y agradable, hasta que entramos en el golfo de las Yeguas. Las olas hinchadas sucedían unas a otras y se estrellaban con furia contra los costados de nuestra embarcación, ya elevándose hasta la imagen del santo que ocupaba lo más alto de la popa, como para derribarla, ya cubriendo de espuma todas las galerías que su violencia parecía querer arrebatarse.

Mas luego que vencimos los peligros del golfo, se despidieron las ocho galeras, y dejaron los buques mercantes entregados a su propia guardia y protección.

La separación de la flota se verificó por una y otra parte con grande aparato, y después de repetidas salvas de artillería con que saludaron recíprocamente unos y otros. Los esquifes corrían de un buque a otro; se visitaron los dos almirantes y los capitanes de las galeras y los de los buques mercantes; los oficiales de la marina real fueron a verse, como que eran parientes o amigos, y el almirante de nuestra flota dio al de las galeras un banquete magnífico.

Fué de ver sin duda lo que pasó aquel día entre nuestros apóstoles de las Indias. Se les oía suspirar y gemir: uno se arrepentía de haberse embarcado, otro quería volverse con las galeras a España, aquel pedía encarecidamente licencia al padre Calvo, pero en vano; este escribía a sus hermanos, a los amigos que había dejado en su país.

Por último, acabada la comida, y habiéndose despedido los dos almirantes, resonó el cañonazo de leva, y las galeras que se habían reunido para virar nos dieron y recibieron el adiós postrero, deseándonos mutuamente un buen viaje. La flota real tomó el rumbo de Europa, y nosotros continuamos el de América, siempre con viento en popa hasta nuestra arribada.

Es de notarse que desde que se llega a la altura de las Islas Canarias, se lleva un mismo viento que empuja hacia las Indias Occidentales, y viene todo el año de la parte de Oriente. Ese viento es tan favorable que, sin la interrupción de las calmas, es cierto que se podría hacer la navegación desde Cádiz a las costas del Nuevo Mundo en menos de un mes.

Nosotros empero fuimos sorprendidos por ellas con tanta frecuencia que no descubrimos tierra antes del 20 de agosto. Cerca de seis semanas estuvimos navegando como en un río de agua dulce, divirtiéndonos en pescar diferentes especies de pescados, y entre otras las que llaman los marineros *doradas*, porque debajo del agua parece que sus escamas sean de oro.

Y tal era la abundancia de ellas, que apenas caía el anzuelo en el agua, cuando picaba la dorada, de suerte que cogimos muchas más por entrenamiento que por necesidad, echándolas muchas veces a la mar después de pescadas, porque si se salan, no son tan sabrosas como frescas.

Así pasamos el tiempo agradablemente en nuestros barcos, con diversiones honestas de todas clases, hasta que descubrimos la primera tierra, y fué la isla que llaman la Deseada.

El último día de julio, fiesta de San Ignacio de Loyola, fundador y patrón de los jesuitas, el navío Santa Gertrudis, en que como hemos dicho iban treinta, apareció desde la víspera empavesado de blanco. Sus pabellones y banderas, sus flámulas y gallardetes representaban las armas y empresas de la compañía, y el retrato de San Ignacio. Los mástiles y vergas, los obenques y cordajes se iluminaron por la noche con faroles de papel, y en toda ella no cesaron de cantar, de tocar flauta y otros instrumentos, haciendo una salva de cincuenta cañonazos por lo menos, y disparando más de quinientos cohetes, que en medió de una atmósfera despejada y serena producían un efecto maravilloso.

El día se celebró con más magnificencia que el de la víspera. Los jesuitas hicieron una procesión general en el navío, y cantaron himnos y antífonas en honor del santo, siguiéndose al canto como el acompañamiento del coro, ruidosas salvas de artillería. Los marineros por su parte nada omitieron de cuanto podía contribuir a la pompa y júbilo de la festividad.

El 4 de agosto, día consagrado a la fiesta de Santo Domingo, fundador de la orden de los Predicadores, el navío San Antonio en que yo iba, quiso sobrepujar en pompa al Santa Gertrudis con la asistencia de veintisiete que en él se hallaban, no sólo por las salvas, las luminarias, los fuegos, la música y las galas del buque, sino por un festín opulento de carne y pescado, a que fueron convidados todos los jesuitas con don Juan Niño de Toledo, y el capitán de su embarcación. Después de la comida, se presentó una comedia de Lope de Vega, cuyos papeles desempeñaban algunos soldados, pasajeros y religiosos jóvenes, siendo tan brillante la ejecución, y tan vistosas las decoraciones, a pesar del recinto estrecho de nuestro navío, que no se hubiera podido hacer mejor en el mejor teatro de la Corte de Madrid.

Siguió a la comedia una colación deliciosa de toda clase de confituras, para terminar más agradablemente los regocijos del día. Luego nuestra chalupa y la de Santa Gertrudis volvieron a su borda a nuestros amigos, despidiéndonos alegremente al son de cajas y clarines, y en medio del estrépito de los cañones.

De esta manera continuamos nuestra navegación con viento favorable y muchas calmas, durante las cuales pasábamos el tiempo con juegos y recreos hasta el 20 de agosto que, como hemos ya dicho, descubrimos la Deseada.

CAPITULO IV

De las islas que descubrimos, y de lo que en ellas nos aconteció

Extrañando el almirante de nuestra flota que hubiésemos adelantado tan poco desde el día 2 de julio hasta el 19 de agosto, sin haber visto más tierra que las islas Canarias, hizo ir a bordo de su embarcación a todos los pilotos de la escuadra, para saber cuál era su opinión sobre el paraje en que nos encontrábamos, y lo que todavía podríamos distar de la tierra.

Con este objeto se fueron acercando todos los buques unos detrás de otros al del almirante. Así podía decir su parecer cada piloto, pasando por su costado.

Sus diferentes dictámenes dieron mucho de qué reír a todos los pasajeros, que veían la poca relación que guardaban entre sí.

El uno aseguraba que estábamos a trescientas leguas de tierra, el otro a doscientas, aquel a ciento, este a cincuenta, separándose todos de la verdad ya más ya menos, como luego demostró la experiencia. Sólo acertó un anciano piloto de la embarcación más pequeña, el cual aseguró que no tardaríamos en ver otra cosa que la mar. Si este viento sigue, dijo al almirante con el tono de la confianza, mañana por la mañana arribaremos a la Guadalupe.

Los demás se burlaron de él; pero más razón tenía el buen viejo para burlarse de la ignorancia de ellos. En efecto, al salir el sol al día siguiente descubrimos de lleno la isla que los españoles llaman la Deseada, porque cuando empezaron a descubrir las Indias, fué la primera tierra que hallaron, deseando con el mismo ardor que nosotros lo deseábamos, encontrar dónde descansar, después de haber estado tanto tiempo en la mar.

En seguida avistamos otra isla llamada Marigalante, luego la de Santo Domingo, y por último la Guadalupe, que era la que buscábamos para refresarnos, lavar nuestra ropa, y hacer aguada, cosa de que ya teníamos grande necesidad.

Sobre las dos o tres de la tarde, entramos en una rada muy segura, que está delante de la isla, y allí anclamos sin temor alguno de los salvajes. Los de la Guadalupe como las otras islas andan en cueros, esperan con mucha alegría todos los años la visita de los españoles, y como cuentan los meses por los cambios de la luna, conocen perfectamente cuándo deben llegar.

Algún tiempo antes hacen acopio de cañas de azúcar, de la fruta que llaman *ananas*, de tortugas, y otros comestibles semejantes, todo lo cual truecan con los españoles por sus mercerías, por hierro, cuchillos, o cualquiera otra cosa de que pueden servirse en las guerras que suelen tener de continuo con los habitantes de las otras islas.

Aún no habíamos dado fondo, cuando vinieron a bordo muchos de aquellos indios en sus canoas. Nuestros ingleses, los holandeses y los franceses nos han pintado los hábitos y costumbres de algunos de esos bárbaros porque la rada de la Guadalupe es la escala de todas las naciones que hacen comercio y tienen relaciones con la América, y han podido verlos y describirlos como yo me apercibí por la diversidad de sus armas.

En efecto nos llevaron según su práctica ordinaria muchas y variadas frutas del país; pero la que nos pareció más bella y sabrosa fueron las *ananas*.

Nos fué imposible mirar sin pasmo al principio, gentes desnudas, con el pelo tendido hasta la mitad de la espalda, las caras cortadas y pintadas de rayos y flores diversas, y llevando anillos con pendientes y arracadas en la punta de la nariz, a guisa de los aros que ponen a los cerdos en el hocico para impedirles que escarben la tierra.

Nos agasajaban como niños: hablaban unos en su lengua, que nosotros no entendíamos, y otros nos indicaban por señas las cosas que deseaban; pero de todos sus gestos el que mejor entendía nuestra chusma era el signo de que se valían para pedirles vino de España, siendo su diversión darles un vaso, y verlos después tambalear, caer y revolcarse como marranos por la cubierta.

Como ya era tarde, se resolvieron nuestros religiosos a pasar lo restante del día a bordo, y dejaron para la mañana siguiente el bajar a tierra, y ver lo interior de la isla; aunque habían ya ido muchos pasajeros y gente de la tripulación, volviendo algunos a sus buques, y quedándose entre los indios una gran parte de toda la noche.

Al día siguiente por la mañana fuí yo a tierra con otros varios religiosos, y habiendo ajustado con algunos marineros que nos lavaran la ropa, nos echamos por aquellos vericuetos, ya todos juntos, ya dos a dos, y a veces solos.

Encontramos al paso muchos indios que no nos hicieron daño, antes bien nos hacían fiestas como niños, y nos presentaban sus frutas, pidiéndonos en cambio alfileres, antas o guantes viejos que nos veían. Esto nos animó y nos atrevimos a acercarnos a unas casas o cabañas situadas junto a un hermoso río, donde nos recibieron con la mayor humanidad, dándonos de comer pescado salado y carne de ciervo o de cabra montés.

A eso de medio día nos encontramos a la mitad de la montaña con algunos jesuitas del Santa Gertrudis, los cuales estaban en conversación con un mulato, desnudo como los demás indios, y lo escuchaban con grandísima atención.

CAPITULO V

Curiosa historia de un mulato nacido en España, y hallado casualmente por los jesuitas en la Guadalupe

El mulato era cristiano, natural de Sevilla, donde había sido esclavo de un rico mercader: llamábase Luis, y hablaba la lengua española con harta perfección.

Hacía como unos doce años que, después de fugarse de la casa de su amo, por el trato áspero y cruel que éste le daba se había ido a Cádiz, y acomodándose allí en el servicio de un caballero que pasaba a la América, el cual le había hecho embarcarse, creyendo que su amo no volvería a tener más noticia de él ni sabría jamás que hubiese ido al Nuevo Mundo.

Acordándose empero el mulato de los golpes que había recibido de su primer dueño, y temiendo que descubriera su paradero aun al otro lado del océano y se lo trajera a España; o tal vez presumiendo que el caballero imitaría al mercader en la dureza y porrazos, como le daban razón de pensar los palos que le había administrado ya a bordo, se había escapado, al llegar la flota a la Guadalupe, resuelto a perecer entre los indios en el último extremo, más bien que vivir bajo el yugo de los españoles.

Entregándose de ese modo a su buena o mala fortuna, se mantuvo escondido en la espesura del bosque y las malezas de los montes, hasta que habiéndose hecho a la vela de nuevo todas las naves españolas, salió de la espesura, y fué descubierto por los indios. Ya fuera por natural virtud de aquellos bárbaros que suelen mostrarse hospitalarios, ya fuera porque el mulato se captara su benevolencia repartiéndoles algunas bujerías que había hurtado a su señor, los salvajes lo recibieron con grandísima humanidad, y Luis vivía entre ellos como uno de los naturales del país.

Se había casado con una isleña, tenía tres hijos y hablaba el idioma de aquellas tribus que había aprendido en los doce años de su residencia en la isla. Sólo de tiempo en tiempo, cuando llegaban las flotas de España se escondía para evitar el encuentro de sus compatriotas; pero después gozaba de una entera libertad.

Los jesuitas se encontraron con él por casualidad, y conociendo que era mulato más por el pelo ensortijado de su cabeza que por lo atezado del color, pues aquellos indios se pintan la cara y el cuerpo de rojo, se imaginaron al punto que había ido a la Guadalupe con algunos españoles, y le dirigieron la palabra en castellano. En efecto Luis respondió en la misma lengua y les contó su historia.

Cuando llegamos nosotros, quisimos también persuadirlo a que abandonara una vida tan miserable, en la cual no podía esperar salvación, y le prometimos su libertad si se decidía a seguirnos.

El pobre Luis, que en doce años no había escuchado una palabra del verdadero Dios, y que como los demás paganos adoraba los troncos y las piedras, se echó a llorar a lágrima viva, en cuanto oyó hablar de Jesucristo, de los infiernos y de la bienaventuranza que gozan los escogidos en el paraíso, y nos aseguró que, a no ser por su mujer y sus hijos que amaba con ternura, y que no podía abandonar, tendría el mayor placer en acompañarnos.

Nosotros respondimos a eso que si quería llevarse consigo a su familia, podría también salvar sus almas, y le aseguramos que cuidaríamos de que nada ni a él, ni a su mujer, ni a sus hijos nunca les faltarian medios de subsistencia.

Había escuchado el mulato nuestras reflexiones y ofertas con muestras de beneplácito; pero se sobrecogió de repente, al ver pasar a algunos indios, que habían observado su larga conferencia con nosotros. El pobre hombre, despavorido y lleno de congoja, nos dijo que su vida estaba amenazada, que temía que lo mataran los salvajes, sospechando que nos lo queríamos llevar, y que, si lo verificaban, como se corría en la isla, no tardaríamos en ver su amistad trocada en rabia y alzamiento contra nosotros.

Contestámosle que él no debía inquietarse por lo que los bárbaros pudieran intentar contra nosotros, que teníamos bastantes soldados y buena artillería para defender nuestra vida y también la suya, que tratara de resolverse a conducir a su mujer y a sus hijos junto a la orilla del mar por la parte que nuestra gente tenía tendida su ropa, que los defenderían, si osaban perseguirlos, y que allí estaba una lancha para recibirlos a bordo de una de nuestras naves.

El mulato prometió ejecutar cuanto le habíamos aconsejado, añadiendo que llevaría mañosamente a su mujer y a sus hijos hasta el borde de la mar, con el pretexto de trocar sus frutas por artículos nuestros, pero que habían de estar allí algunos jesuitas, a quienes conocería en sus hábitos negros, para guiarlo a la lancha y trasbordarlo a la flota.

Partió pues en seguida, resuelto, en nuestra opinión, a cumplir lo que nos había ofrecido.

Nuestro gozo fué grande con la esperanza de sacar cinco almas de las tinieblas de la idolatría, y de hacerles ver la luz del cristianismo.

Pero los jesuitas, que eran los primeros que habían entablado la conversación con el mulato, y que esperaban que el suceso, si acababa con felicidad, les procurara gloria y valimiento, e hiciera prosperar su misión, se apresuraron a volver a la flota, apenas se despidieron de nosotros, para dar cuenta al almirante de lo que habían hecho, y despachar el esquife de su embarcación, con intento de apoderarse del mulato Luis y de su familia.

Nosotros volvimos a la playa por ver si nuestras camisas con lo demás de nuestra ropa estaban secas, y habiéndola encontrado toda en buen estado y nuestra lancha a tierra, nos embarcamos la mayor parte de los de nuestro buque: sólo se quedaron en la orilla dos o tres, con otros muchos de las demás embarcaciones, especialmente de los jesuitas que aguardaban su presa.

Luego que estuvimos a bordo, nuestros religiosos se sintieron tan arrebatados de celo, a causa de los agasajos que les habían prodigado los isleños, que trataban de quedarse entre ellos para convertirlos a la fe, imaginándose que no sería cosa difícil de lograr por la suavidad de maneras de aquel pueblo, y empresa de ningún peligro por la visita anual de la flota que podría castigar el más leve desacato.

Había algunos sin embargo que no estaban tan exaltados y contestaban a los entusiastas que semejante celo era temeridad, y que debía reputarse locura exponer así la vida entre unos bárbaros que más vivían como fieras y brutos que como hombres racionales.

Pero los que habían manifestado más calor, menospreciaban todas esas reflexiones, y respondían que todo lo más que les podía suceder era el que los matasen, sacrificasen y devorasen los salvajes, y que por esa misma razón habían dejado su patria, a fin de alcanzar la corona del martirio, y morir confesando el nombre de Jesucristo y predicando el evangelio a los infieles.

Mientras se acaloraba la disputa entre unos y otros, notamos de repente un gran tumulto en la playa, y vimos huir a nuestra gente acá y allá despavorida, abandonando su ropa, y corriendo precipitadamente hacia las lanchas; y tantos fueron los que se embarcaron y tanta su priesa que algunas se sumergieron.

Pero lo que más lástima causaba era oír los gritos lamentables de las pobres mujeres, de las cuales se arrojaron muchas a la mar, prefiriendo la probabilidad de que las salvara alguna lancha, o en todo caso el ahogarse, al peligro de caer en manos de los indios, y después ser muertas por ellos cruelmente.

En medio del asombro en que nos puso aquella repentina mudanza, cuya causa ignorábamos, vimos salir de entre los árboles del bosque una nube de flechas. Ese acto de hostilidad nos convenció de que los salvajes se habían levantado contra los europeos.

El tumulto no duró media hora. Nuestro almirante hizo disparar dos o tres andanadas de cañonazos, y envió a tierra una compañía de soldados para proteger nuestra gente y cubrir la orilla de la mar. Los indios se dispersaron a la vista de la tropa, y huyeron a lo interior.

Nuestra lancha nos trajo a bordo tres de nuestros religiosos que habían permanecido en tierra con varios pasajeros. Uno de ellos, llamado fray Juan de la Cueva, venía herido de un flechazo en el hombro. El infeliz me había instado con empeño para que me quedase en su compañía, mas yo no quise, y eso me valió el no encontrarme y ser tal vez víctima en aquella furiosa y sanguinaria acometida de los indios.

Además de las cinco personas que se ahogaron, y que en seguida fueron sacadas a la orilla, se encontraron en la arena dos jesuitas muertos, y tres gravemente heridos, con tres pasajeros muertos, y diez heridos. También se echaron menos otros tres, pero no se pudieron descubrir por ninguna parte, y es probable que los asesinaron los indios, si dieron con ellos en lo interior de los bosques.

Nuestro mulato no volvió más a parecer, y el ejército de indios que traidoramente nos asaltó y vino en su lugar, nos hizo creer, o que Luis había descubierto la intención que tenían los jesuitas de llevárselo con su familia, o que los indios, sospechándola por la conversación que tuvo con nosotros, lo habían forzado a confesársela.

Y hay grande apariencia de que tal fuese la causa de su insurrección. En efecto, como Luis había dicho que reconocería a los jesuitas en el vestido negro, parece que los señaló mejor a los isleños, y por eso sin duda se notó que las más de sus flechas habían sido disparadas contra los que iban de negro, cayendo en menos de un cuarto de hora cinco de ellos entre muertos y heridos.

Los soldados estuvieron sobre las armas toda la noche en la costa, y de cuando en cuando hacían fuego para espantar a los indios, que no se volvieron a presentar a nuestra vista.

No descansamos tampoco nosotros; porque pasamos la noche en vela, temiendo que los indios, protegidos por la obscuridad, no viniesen en sus canoas a acometer nuestro buque, y sorprendernos cuando estuviésemos dormidos.

Unos lloraban los muertos y los ahogados, otros compadecían a nuestro herido fray Juan de la Cueva que sufrió toda aquella noche dolores terribles, y algunos se burlaban del celo de nuestros frailes entusiastas. "Pues bien, les decían, el que desee quedarse a convertir a esos bárbaros, ya tendrá para saciarse de martirio, que con haberse estado hasta esta noche, no hubiera dejado de servirles de cena con sus costillas y jamones."

El celo empero de nuestros apóstoles se entibió mucho con el susto, y ninguno de ellos era ya del parecer de los que proponían quedarse en medio de un pueblo tan feroz; antes bien deseaban todos que el almirante mandase tirar lo más pronto posible el cañonazo de leva, para perder de vista un lugar tan peligroso.

Al otro día por la mañana todos los buques se apresuraron a hacer aguada para lo restante de la navegación, y a fin de que nuestra gente desempeñara su faena con seguridad, se establecieron en la costa varios puestos de guardia. Pero no se vieron más indios en toda la mañana, ni nosotros pudimos saber cosa alguna de los tres hombres que nos faltaban.

Al medio día levamos anclas, después de habernos refrescado, y continuamos nuestro viaje hacia la tierra firme, con un viento hermoso que nos hizo muy a nuestra satisfacción salir de la rada, y alejarnos de la isla de la Guadalupe.

CAPITULO VI

De la continuación de nuestro viaje a San Juan de Ulúa, o la Veracruz, y cómo desembarcamos allí

El 22 de agosto nos sopló un viento tan próspero, que perdimos de vista en poco tiempo las islas.

Entretanto el ataque de los indios nos dió abundante materia de largas conversaciones: en algunos religiosos produjo un pavor que les hacía arrepentirse de haber emprendido la obra apostólica de la enseñanza y conversión de gentes tan hurañas, y, si posible les hubiera sido, se habrían vuelto atrás sin el menor remordimiento.

Mas el padre Calvo no dejaba por tocar nada de lo que podía reanimar nuestro espíritu: nos contaba historias y más historias de la buena índole que tenían los indios de las Filipinas; decía que la mayor parte era ya de cristianos, y que tenían a sus sacerdotes en suma veneración; por último nos aseguraba que los que todavía no estaban convertidos, temían tanto a los españoles que no se atreverían a provocar su enojo.

La principal ocupación que tuvimos los dos primeros días, fué la de arreglar y guardar nuestras ananas. Esta fruta les gustaba a todos, y nadie dejaba de estimarla en más que cuantas había comido en España. Las ananas no se cogen maduras sino verdes, se cuelgan en el techo por espacio de algunos días, y de ese modo se sazonan y toman con el color de oro que las hermosea, un sabor más dulce que la miel.

No apreciábamos menos nuestras cañas de azúcar, y chupábamos con delicia el zumo para refrescarnos la boca.

Durante la primera semana casi no comimos otra cosa que tortugas, y como no las habíamos visto jamás, nos parecían monstruos de la mar. Algunas tenían más de una vara de ancho, y su concha era tan dura que podría pasar la rueda de una carreta por encima sin quebrantarla.

Cuando las abrieron por primera vez, nos quedamos atónitos del gran número de huevos que crían, teniendo la que menos mil en su cuerpo. Nuestros españoles hacían excelente sopa de tortuga con varias especies. La carne de estos animales parece más bien ternera o gallina que pescado, y estando salada y colgada dos o tres días al aire sabe realmente a cecina. Muchos días dejábamos a un lado nuestras aves, nuestro carnero, nuestra vaca y nuestros jamones, cuando teníamos para satisfacer el apetito de nuestros estómagos abundancia de nuestra *ternera marina*.

Al cabo de cuatro días de navegación, nuestro religioso fray Juan de la Cueva, murió de su herida. Todo su cuerpo estaba hinchado, y eso nos hacía creer que la flecha que lo había herido, estaba envenenada. Sus exequias se celebraron con la pompa que podía celebrarse en la mar, y fué su sepultura el océano. Para que el cadáver se hundiera y no flotara sobre las olas, le ataron dos gruesas piedras a los pies, otras dos a los hombros y una al pecho. Acabado de amortajar así, se cantó el oficio de difuntos, sacaron del buque el cuerpo atado con dos cuerdas, y lo dejaron caer, gritando toda la

tripulación: "Buen viaje", mientras la artillería hacía una salva para más honrar el triste funeral del pobre religioso, que precipitado por el peso de las piedras se sumergió al momento y desapareció para siempre de la vista de los hombres.

La misma ceremonia vimos celebrar a bordo del Santa Gertrudis, para enterrar a uno de los tres jesuitas que habían sido heridos por los indios de la Guadalupe. El infeliz murió hinchado con la violencia del veneno, como nuestro religioso.

Pasados el susto y los sinsabores que de él habían resultado, se hizo nuestra navegación aún más agradable que al principio. Pasamos a la vista de Puerto Rico, y en seguida descubrimos la isla grande de Santo Domingo, donde empezó a separarse nuestra escuadra. Unos buques se fueron a Puerto Rico, otros a Santo Domingo, algunos tomaron el rumbo de Cartagena, y los demás pusieron la proa a La Habana, a la Jamaica, a Honduras o a Yucatán.

No quedó pues de nuestra flota más que el número de naves destinadas a la Nueva España, hacia donde seguimos viento en popa hasta llegar a lo que llaman la Sonda de México. En aquel paraje echamos con frecuencia nuestro escandallo, para medir el fondo, estando la mar tan en calma que en el espacio de ocho días no anduvimos ni siquiera media legua por falta de viento.

Durante todo este tiempo nos divertimos con la pesca, especialmente con la de las doradas, y así nos regalamos bien y conseguimos ahorrar las provisiones que habíamos sacado de España.

Lo que más nos incomodaba, era el calor extraordinario que hacía: no podíamos disfrutar de placer alguno ni aún respirar durante el día. La refracción de los rayos del sol en el agua nos abrasaba, la brea se derretía, y nosotros sudábamos de tal manera que nos veíamos en la necesidad de aligerarnos de la mayor parte de nuestra ropa.

Las tardes y las noches eran más soportables: y con todo el calor que había dejado el sol en los costados y tablas de nuestra embarcación era tan grande que no podíamos cerrar los ojos entre puentes ni en nuestros camarotes, y pasábamos las noches paseándonos en camisa o haciendo tertulia encima de cubierta.

Los marineros se bañaban echándose a nadar para divertirse y refrescarse; pero la desastrosa muerte de uno de sus camaradas, les hizo perder la afición a semejante pasatiempo.

Al acercarse a la Tierra Firme, se encuentra con abundancia el pescado monstruoso que llaman *tiburón*, y algunos confunden con el *marrajo*, y su número crece con la proximidad de la costa.

No falta quien toma el *tiburón* por el *caimán* o *cocodrilo*, creyendo que se le ha dado el nombre de *tiburón* por abuso; pero es un error nacido tal vez de que devora la carne humana, llevándose de una dentellada un miembro entero al agua. Sin embargo no basta esa pequeña semejanza de gustos para disculpar ese grosero engaño; el *caimán* tiene todo el cuerpo cubierto de concha, y el *tiburón* o *rape* no tiene ni aún escama, sino un pellejo durísimo como los demás pescados grandes de la mar.

Los españoles no se equivocan así, y aunque los indios comen la carne del *caimán*, ellos no la quieren, regalándose sin embargo con la del *tiburón*.

Nosotros cogimos uno con un arpón de tres púas; los marineros lo amarraron por el cuerpo con una guindaleta, lo izaron a bordo del buque. Mas era tan grande, que apenas podían quince hombres avenírseles con él. Era un animal monstruoso que tenía cuando menos de ocho a diez brazas de largo. Lo salaron, y aseguraban que sabía a tortuga, o más bien a ternera. Este pescado es tan voraz de carne humana como el *caimán* y vimos un gran número en aquellos parajes del golfo de México.

La desgracia de que acabamos de hablar, sucedió un día que, bañándose los marineros, como tenían de costumbre, junto a sus buques, donde no había mucho peligro porque los *tiburones* rara vez se acercan tanto a la embarcación, uno de ellos perteneciente al navío San Francisco y más atrevido que los otros, quiso aventurarse a pasar nadando de su buque al más inmediato para ver a alguno de sus amigos. No tardó en arrepentirse de su temeridad; pero antes que se pudiese echar a la mar ni lancha ni cable para socorrerlo, fué presa de uno de esos monstruos, y lo vimos sumergirse tres veces arrebatado por la fiera marina, que le devoró una pierna, un brazo y parte del hombro. Los restos del cuerpo se encontraron después y fueron sacados del agua y llevados al San Francisco, donde se le hicieron las exequias con las mismas ceremonias que se le habían hecho a nuestro religioso.

El profeta Rey, dice en el Salmo 107: que los que van a la mar y hienden las olas en navíos, ven las obras del Señor y sus maravillas en lo profundo de las aguas.

En efecto no sólo se ven en ellas ballenas, sino otros peces que como fieras vencen a los hombres más fuertes y valientes, los despedazan con sus dientes largos y agudos, y se tragan sus miembros enteros con carne y hueso.

Semejante infortunio contristó a toda la escuadra por espacio de tres días, al cabo de los cuales plugo a Dios templar el calor excesivo que sufríamos con un viento fresco y favorable: así nos sacó felizmente de la calma, en que no hubiéramos podido evitar el caer enfermos, si se hubiese prolongado algún tiempo más.

Tres días después de habernos puesto en marcha, un lunes por la mañana, mientras decía la misa uno de nuestros religiosos, y toda la gente estaba de rodillas, se levantó un marinero y empezó a gritar: "¡Tierra! ¡Tierra! ¡Tierra!"

El júbilo que de repente se apoderó de todos fué tan grande, que la tripulación y los pasajeros se levantaron corriendo para ver el continente de América, y el sacerdote se quedó en el altar, acabando solo el sacrificio, mientras los demás devoraban con los ojos y llenos de placer las costas por que habían suspirado tanto tiempo.

El regocijo de los otros buques no fué menor aquel día. Nosotros celebramos la vista de la tierra con un banquete que nos dió el padre Calvo. El buen superior hizo una gran matanza de aves, habiéndolas economizado hasta entonces, y regaló a sus frailes con prodigalidad.

A eso de las diez vimos la tierra claramente, y alargamos todas las velas, para acelerar nuestra arribada. Sin embargo, nuestro almirante, hombre juicioso y práctico en los peligros de aquella costa, conoció que no podíamos tomar el puerto con el viento que hacía, antes de anochecer. Sabía que la entrada de la bahía es muy difícil, y que la hacen particularmente azarosa los escollos que están a la lumbré del agua, y que sólo se reconocen por las boyas y banderas que han puesto encima para advertir a los navegantes. Temía además que se levantara el viento del norte, que por lo común suele azotar aquellos parajes en el mes de septiembre, y que diera con la flota en las lajas y bancos en medio de las tinieblas de la noche. Pero quiso consultar a todos los pilotos, y los llamó a consejo, a fin de resolver, si era más acertado continuar a toda vela, como hacíamos nosotros, con la esperanza de llegar temprano al puerto; o si valdría más dejar solamente las mesanas, y aguardar al día siguiente en la mar, para entrar con toda seguridad con el auxilio de los barcos que nos enviarían de tierra.

La junta decidió que la escuadra no se acercara demasiado a la costa, por temor de la noche que la podía sorprender, y que se cargaran todas las velas, a excepción de las de mesana. Pero el viento menguó, y nuestros buques siguieron su curso con bastante lentitud la vuelta de tierra, llevando todas sus velas hasta el obscurecer.

Aquella noche se doblaron los vigías a bordo de nuestro buque, y el piloto no quiso abandonar la guardia que hizo con mayor cuidado que no la había hecho hasta entonces. Nuestros religiosos sin embargo se retiraron a descansar como de ordinario; pero su reposo no duró mucho tiempo: porque antes de la media noche, se cargó el viento al norte, y fué tal su ímpetu que arrancó un grito general y repentino, y causó un tumulto extraño en toda la flota.

Nuestros marineros se dirigían en su desorden a nuestros frailes, y les rogaban que implorasen la asistencia del cielo. Su temor era más por el peligro que podía acarrear aquel viento, que por el que entonces parecía amenazarnos, pues todavía no soplaba con violencia ni daba señales de tempestad.

Como quiera que fuese, los religiosos encendieron algunos cirios benditos, cantaron la salve a la Virgen María, las letanías, y otros himnos y plegarias, ejercicios piadosos que duraron hasta el alba. Al despuntar el día, cesó el viento del norte por el favor de Dios, nuestro viento ordinario volvió a soplar, y nuestros marineros lo atribuyeron a milagro, persuadidos de que semejante fortuna era una gracia, concedida por la intercesión de Nuestra Señora.

Sobre las ocho de la mañana dimos vista a las casas, y pedimos con señales que nos mandaran los prácticos para guiarnos. Los barcos de los pilotos de la costa no tardaron: recibimoslos con grandes muestras de alegría, y los seguimos unos detrás de otros por medio de los escollos que hacen aquel puerto uno de los más peligrosos que yo haya visto en mis viajes por las mares del norte y del sur.

Nuestras trompetas resonaron agradablemente, y nuestra artillería saludó, según costumbre, a la ciudad y al castillo que está enteramente delante, saltándonos el corazón de contento al vernos ya arribados a buen puerto.

Echamos las anclas; pero como no bastaban para asegurar nuestros buques en un puerto tan peligroso, las reforzamos con varios cables, que se amarraron a unos argollones de hierro, clavados expresamente en la muralla del castillo, a fin de proteger por este medio las embarcaciones contra la violencia de los vientos del norte.

Después de habernos felicitado mutuamente todos por nuestra feliz llegada al Nuevo Mundo, tratamos de bajar a tierra, y verificamos con mucho alborozo nuestro desembarco en las lanchas, que para el efecto nos fueron a buscar.

CAPITULO VII

Cómo desembarcamos en la Veracruz o San Juan de Ulúa, y de la recepción que tuvimos

El día 12 de septiembre llegamos felizmente al continente americano, desembarcando en la ciudad que llaman de San Juan de Ulúa, o de otro modo, la Veracruz, célebre por haber sido el principio de la famosa conquista de Hernán Cortés.

Allí formó aquel gran caudillo la noble y generosa resolución de echar a pique las naves en que había llegado con sus españoles a un continente de mayor extensión que cualquiera de las otras tres partes del Antiguo Mundo: política jamás oída, que reducía a un puñado de hombres a no pensar sino en vencer o morir, perdida toda esperanza de volver a la isla de Cuba, ni a Yucatán, ni a parte alguna de donde habían salido.

Allí fué donde los primeros quinientos españoles que desembarcaron, se hicieron fuertes contra millones de enemigos, y concibieron la esperanza de subyugar tan inmensas regiones.

Allí fué por último donde se instalaron los primeros alcaldes, el primer ayuntamiento, los primeros síndicos, los primeros oidores, los primeros magistrados.

El nombre de la ciudad es San Juan de Ulúa; diéronle el de la Veracruz a causa de la bahía vieja, distante seis leguas de la nueva y llamada así, porque fué descubierta el viernes santo, día en que se adora la verdadera cruz.

Mas el puerto de la antigua Veracruz, siendo harto inseguro a causa de la violencia de los vientos del norte, fué abandonado por los españoles, que mudaron su domicilio a San Juan de Ulúa. La rada está defendida por una roca, donde se estrellan los vientos más furiosos, y a fin de perpetuar la memoria del fausto acontecimiento de la descubierta, como hemos dicho sucedió el viernes santo de 1519, han añadido al nombre primitivo de aquel puerto el de la otra población.

Cuando bajamos a tierra, vimos que todos los habitantes del pueblo se habían agolpado en la playa para recibirnos, y que también estaban allí

con cruces y ciriales las comunidades de los dominicos, franciscanos, mercedarios y jesuitas, para conducir en procesión al nuevo virrey de México hasta la catedral.

Los frailes y los jesuitas saltaron en tierra con más diligencia que el marqués de Serralbo y su esposa. Varios de ellos, al poner el pie en la arena, la besaban, teniéndola por santa a causa de la conversión de los indios, que antes adoraban ídolos, y sacrificaban a los demonios; otros se hincaban de rodillas para dar gracias, éstos a la virgen María, aquéllos a los santos de su devoción; por último todos se iban en seguida a incorporar con los de su regla, en los sitios en que éstos estaban.

Un momento después comenzó la artillería de los buques a disparar, a cuya salva respondían todos los cañones del castillo. El virrey desembarcó entonces con su señora y todo su séquito, acompañándolo don Martín Carrillo, que iba de Visitador general, para entender en las diferencias que entre sí tenían el marqués de Gelves y el arzobispo de México.

El virrey y su mujer fueron colocados bajo un dosel, y se cantó un *Te Deum*, acompañado de varios instrumentos de música, que aumentaban con su armonía la solemnidad de aquel acto de acción de gracias. Dirigióse la procesión a la catedral, en donde estaba el santísimo sacramento manifestado en el altar mayor: todos se hincaron de rodillas al entrar, y habiendo dado a los asistentes agua bendita un sacerdote, entonaron un himno, y finalmente se celebró una misa solemne con el ceremonial de estilo.

Acabados los oficios, el virrey fué conducido a su alojamiento por el alcalde mayor, por los regidores, por algunos magistrados, que habían bajado de la capital para recibirlo, y por la guarnición y la tropa de la escuadra.

Los religiosos fueron conducidos también a sus conventos respectivos, yendo a la cabeza de la comunidad la cruz y los ciriales.

Fray Juan Calvo presentó sus misioneros al prior del convento de Santo Domingo que nos acogió muy amistosamente, nos regaló algunos dulces, y nos hizo dar una jícara a cada uno de este brebaje de las Indias que los españoles llaman chocolate.

Este pequeño obsequio no fué más que el preludio de uno mayor, es decir, éste fué la introducción de una comida opípara compuesta de carnes y pescados de todas clases, y en la cual no hicieron falta las aves más raras y los animales más extraños, sin que escasearan los pavos, ni las gallinas: todo con la intención sencilla de manifestarnos la abundancia del país, y no por gula ni ostentación mundana.

El prior del convento de la Veracruz no era anciano ni severo, como suelen serlo generalmente los hombres elegidos para gobernar una comunidad de religiosos jóvenes. Al contrario estaba en la flor de su edad, y tenía todos los modales de un mozo alegre y divertido; pero su paternidad, según nos dijeron, había logrado el priorato por medio de un regalo de mil ducados que le había enviado al padre provincial.

Después de comer, convidó a varios de los nuestros a pasar a su celda, y allí fué donde acabamos de conocer su ligereza y el desahogo de su vida poco penitente.

Creímos encontrar en la habitación del prelado de aquella casa una hermosa biblioteca que nos diera indicios de su saber y de su afición a las letras; pero no vimos más que una docena de libros viejos, hacinados en un rincón y cubiertos de polvo y telarañas, como si se avergonzaran de que fuese preferida a los tesoros que contenían, una vihuela que les habían puesto encima.

La celda estaba ricamente entapizada de telas de algodón, engalanada con adornos de pluma de Michoacán; las paredes ofrecían a la vista varios cuadros de mérito; tapetes riquísimos de seda cubrían las mesas; la china y la porcelana llenaban sus alacenas y aparadores, y esos vasos y cuencos preciosos contenían almíbares y dulces delicados.

Nuestros frailes entusiastas no dejaron de escandalizarse de un tren que miraban como aparato de vanidad mundana, y ajeno de la pobreza de un fraile mendicante; pero los que habían salido de España con intento de vivir a sus anchas y disfrutar de los placeres que procura la riqueza, se exaltaban a la vista de tanta opulencia, y deseaban ya con ansia internarse en un país donde tan pronto se labraban fortunas tan saneadas y pingües.

El buen prior sólo nos habló de sí, de su nacimiento, de sus buenas partes, del valimiento que tenía con el padre provincial, del amor que le manifestaban las principales señoras y las mujeres de los mercaderes más ricos, de su hermosa voz, y de su habilidad consumada en la música. En efecto, para que no dudásemos de estas últimas prendas, tomó la guitarra y cantó una letrilla que había compuesto él mismo a cierta linda Amarilis, acabando con este nuevo escándalo de horrorizar a nuestros buenos religiosos que se afligían de ver tanto libertinaje en un prelado, cuando hubiera debido al contrario dar ejemplo de penitencia y mortificación, y servir como de espejo con sus costumbres y palabras.

Apenas se habían saciado nuestros oídos de las delicias de la música y nuestros ojos de la hermosura de tantos primores de algodón, de seda y de pluma, cuando nuestro reverendo prior nos mandó sacar de sus despensas una cantidad prodigiosa de toda especie de golosinas, para halagar nuestro gusto y satisfacer nuestro apetito.

No era pues extraño que, habiendo pasado realmente de la Europa a la América, se nos antojara aquel otro mundo, y creyésemos nuestros sentidos de otra naturaleza que los habíamos juzgado la noche anterior y el día precedente, al oír el grito horrible de los marinos, al ver abiertos a nuestros pies los abismos de la mar, al beber el agua hedionda, y respirar la peste de la brea. En la celda priora del convento de la Veracruz, oíamos una voz dulce y clara con un instrumento armonioso, veíamos tesoros y riquezas, comíamos exquisitos confites, y respirábamos el ámbar y almizcle, con que había hecho perfumar sus grageas y almíbares aquel delicioso prior.

CAPITULO VIII

Descripción del puerto y de la ciudad de San Juan de Ulúa, y de un terremoto, y otras cosas que sucedieron al autor hasta su salida de esta ciudad para México

Acabamos nuestra visita al prior, y salimos a dar una vuelta por la ciudad, con tanto más deseo de aprovechar el tiempo cuanto que solamente debíamos permanecer en ella aquel día y el siguiente. En nuestro paseo notamos que está fundada en un terreno arenoso, excepto por la parte del mediodía que la tierra es pantanosa y quebrada, lo que unido a los calores excesivos del clima hace la habitación muy malsana.

El número de los habitantes será como de unos tres mil, entre los cuales hay muchos ricos mercaderes, algunos de ellos de doscientos, los otros de trescientos y de cuatrocientos mil ducados de buen haber.

No paramos mucho la consideración en los edificios, porque todos son de madera, así las iglesias y los conventos como las casas particulares. Las paredes de la casa del vecino más rico son de tablas, y esto y la violencia de los vientos del norte han sido causa de que la ciudad se haya reducido a cenizas en diversas ocasiones.

El inmenso tráfico que tiene España con México, y por México con las Indias Orientales, el comercio de Cuba, de Santo Domingo, de Yucatán, de Portobelo, el del Perú con Portobelo, el de Cartagena y de todas las islas de la mar del Norte; el que se hace por el río de Alvarado subiendo a los Zapotecas, San Alfonso, y Oaxaca, y el del río de Grijalva subiendo hacia Tabasco, los Zoques y Chiapas, dan a esa corta ciudad una grande opulencia, y la convierten en depósito de todas las riquezas y mercaderías del continente americano y de las Indias Orientales.

El mal aire de aquel paraje es la causa de que haya tan pocos habitantes; y el corto número de ellos y el gran comercio que hacen explican sus extraordinarias y súbitas riquezas. No obstante todavía serían mayores sus caudales, si no hubieran sufrido tan horribles pérdidas las muchas veces que se ha quemado la ciudad.

Toda la fuerza de la Veracruz consiste principalmente en las dificultades y peligros que presenta la entrada del puerto, y además en una roca que hay como a distancia de un mosquetazo delante de la población, en donde los españoles han construido un fuerte o ciudadela, y siempre mantienen guarnición aunque corta. En el pueblo no se ve gente de guerra ni fortificación alguna: la roca le sirve de muralla y defensa.

Mas a pesar del amparo que da al puerto contra los vientos del Norte aquella roca, no se atreven los bajeles a fondear en la bahía sino al pie mismo del castillo, y aún allí se creerían mal seguros, como no se amarraran con gruesos cables a las argollas, puestas para ese intento en la roca. Esa precaución empero no impide algunas veces que la corriente de la marea eche a un lado las embarcaciones, y que entonces rotas las amarras por la fuerza de las ráfagas, vayan a estrellarse contra los bajíos, o tengan que dejarse llevar a alta mar.

Semejante desgracia acaeció a uno de nuestros buques a la otra noche de nuestro desembarco, y fué grande fortuna para nosotros el no estar ya a bordo, porque el huracán fué tan recio, y tan grande la tempestad, que el viento del norte rompió los cables del navío y lo echó a alta mar. Nosotros mismos que estábamos en tierra, creíamos que la tormenta nos iba también a arrebatarnos de nuestras camas, temíamos a cada instante, al ver cómo sacudía el viento las casas, que iban a ceder a su violento empuje, y sepultarnos bajo las ruinas.

Nuestro descanso fué bien ligero aquella noche, que nos hizo experimentar lo que es San Juan de Ulúa. En vano nuestro prior nos había dado un exquisito almuerzo y una comida regalada, en vano había hecho que nos lavaran los pies para que durmiéramos en nuestras buenas camas mejor que habíamos dormido durante los dos meses de la navegación en nuestros camarotes nada podía procurarnos el sueño. Los silbidos continuos del viento eran tan espantosos, nuestras habitaciones crujían y se bamboleaban con tal violencia, que no pudiendo soportar más tiempo el mecimiento importuno de nuestras camas, nos vimos obligados a abandonarlas a media noche. Todos los recién llegados bajamos corriendo con los pies descalzos al patio a buscar un refugio, porque todos veíamos ya el edificio derribado, y allí permanecimos hasta por la mañana que los religiosos del convento, acostumbrados a semejantes borrascas, se burlaron de nuestros temores. "Nunca dormimos mejor, decían, que cuando nos mece el huracán en nuestras camas".

El susto que tuvimos aquella noche nos hacía fastidioso hasta el agasajo de los buenos padres, y deseábamos con ardor alejarnos cuanto antes de las orillas de la mar. El padre Calvo participaba de nuestra impaciencia, no tanto por miedo de los temporales como por el temor de que nos pusiésemos malos, comiendo la fruta del país y bebiendo agua encima sin moderación, y nos muriéramos allí como sucedió a otros muchos después de nuestra marcha. Los europeos suelen pagar con la vida su gula, porque se atracan de unas frutas, a que su estómago no está acostumbrado, y beben sin precaución aquella agua, que por sí sola causa peligrosas diarreas a los que llegan de España.

Estaban esperándonos, hacía seis días, treinta mulas que habían enviado expresamente de México a San Juan de Ulúa para nuestro viaje, aún antes de que se supiese a punto fijo la llegada de la flota.

El padre Calvo fué a bordo y se ocupó de nuestro equipaje, haciendo desembarcar nuestras arcas, y las provisiones que nos quedaban, reducidas a un poco de galleta, algunos jamones, un resto de cecina de vaca, una docena de gallinas, y tres carneros; pero todo el mundo se admiró de que nos hubieran sobrado tantos víveres después de tan larga navegación.

Mientras nuestro superior cuidaba de eso, fuimos nosotros a visitar a nuestros amigos y despedirnos de ellos por la mañana, y por la tarde hicieron ponernos asientos en la catedral, a fin de que viéramos representar una comedia que habían preparado los habitantes de la ciudad para el recibimiento del nuevo virrey.

Después de haber permanecido en San Juan de Ulúa dos días, salimos de aquella ciudad para proseguir nuestro viaje a la capital de México.

CAPITULO IX

Del viaje que hicimos de San Juan de Ulúa a México, y de las villas y lugares que se encuentran en el camino

El día 14 de septiembre salimos de la ciudad de San Juan de Ulúa, y entramos en la calzada de México, que, durante tres o cuatro leguas, nos pareció muy arenosa, pero tan ancha y despejada como el camino de Londres a San Albán.

Los primeros indios que encontramos fueron los de Veracruz la vieja, que es un pueblo situado a las orillas de la mar, donde tuvieron intención de establecerse los primeros españoles que emprendieron la conquista del país. Ya hemos dicho que el poco abrigo de que gozaban las naves para preservarse de los vientos del norte, fué causa de que abandonaran aquel sitio por el en que permanecen todavía.

Allí empezamos a notar el poderío que tienen los clérigos y los frailes entre los pobres indios, cómo los dominan, y el respeto y veneración que éstos les profesan.

Habíales escrito el prior de San Juan de Ulúa la víspera de nuestra salida, advirtiéndoles en su carta el día de nuestra llegada y mandándoles que salieran a recibirnos y nos obsequiaran durante nuestro tránsito por su territorio.

Los pobres indios obedecieron con la mayor puntualidad las órdenes del prior, y como a una legua del pueblo nos encontramos sobre veinte de los principales a caballo, que nos habían salido al encuentro, y nos presentaron un ramo de flores a cada uno de nosotros. En seguida se pusieron en movimiento, abriendo la marcha a la cabeza de nuestra caravana, como a un tiro de flecha de distancia, hasta que encontramos a otros indios a pie con trompetas y flautas que fueron tocando muy agradablemente delante de toda la comitiva.

Entre ellos habían salido los empleados de las iglesias, los mayordomos y hermanos mayores de cofradías, todos los cuales nos presentaron también un ramo. Seguíanlos con otras muchas personas los acólitos y niños de coro, y todos iban delante cantando el *Te Deum laudamus*, hasta que llegamos a la plaza del Mercado.

Está esa plaza en medio del pueblo, y la hermosean dos grandes y bellísimos olmos. Habían construido entre ellos un cenador inmenso, debajo del cual estaba una mesa cubierta de cajas y tarros de conservas, y de otras clases de dulces y bizcochos para tomar el chocolate.

Mientras se preparaba, calentando el agua y disponiendo el azúcar, los principales indios y las autoridades del pueblo se hincaron de rodillas, nos besaron la mano y nos echaron su arenga.

Decían que nuestra llegada era una felicidad para el país, que nos daban mil gracias, porque habíamos abandonado nuestra patria, nuestros parientes y nuestros amigos para ir a regiones tan remotas a trabajar en

la salud de sus almas, que nos honraban como a dioses en la tierra, y como a apóstoles de Jesucristo, y tantas y tantas cosas que sólo el chocolate pudo poner término a su elocuencia.

Descansamos una hora, y manifestamos a los indios nuestro agradecimiento por las muestras de afecto y bondad con que nos habían favorecido, asegurándoles que no había en el mundo cosa alguna que nos fuese más cara que su salvación, y que para procurársela, no habíamos temido exponernos a todos los peligros con que nos amenazaban la mar y la tierra, ni tampoco a la bárbara crueldad de los otros indios que aún no tenían conocimiento del verdadero Dios, en cuyo servicio estábamos resueltos a sacrificar hasta la vida.

Con esto nos despedimos de ellos, hicimos regalo a los principales de rosarios, medallas, crucecitas de metal, de *Agnus Dei*, de reliquias que llevábamos de España, y concedimos a cada uno cuarenta años de indulgencias, en virtud de la facultad que habíamos recibido del Papa para distribuir las cuando, donde y a quien se nos antojase.

Al salir de la enramada o cenador para montar en nuestras mulas, vimos el mercado lleno de indios, tanto hombres como mujeres, que estaban de rodillas casi adorándonos y pidiendo que les echásemos nuestra bendición: nosotros levantamos las manos al pasar, y se la dábamos haciendo la señal de la cruz.

La sumisión de los pobres indios y la vanidad de un recibimiento con tantas ceremonias, con tantos homenajes públicos, trastornó la cabeza a varios de nuestros frailes jóvenes, que se creyeron ya superiores a los obispos de España, y a la verdad, aunque sus señorías ilustrísimas no carecen de orgullo, antes bien tienen la soberbia con demasía, nunca han podido ver su vanidad lisonjeada con tantas aclamaciones en sus visitas como nos prodigaron aquel día a nosotros, sin ser más que unos simples frailes.

Las flautas y trompetas volvieron a resonar delante de nuestra procesión; los principales del pueblo nos fueron acompañando hasta media legua, y después se retiraron a sus casas.

Los dos días que siguieron no nos hospedamos sino en pobres lugarejos o caseríos de indios, donde sin embargo encontramos siempre una acogida muy afable, y grande abundancia de víveres, particularmente de gallinas, capones, pavos y frutas de diversas especies.

Al tercer día por la tarde llegamos a una villa grande o ciudad, en donde hay cerca de dos mil habitantes entre españoles e indios, y a la cual han dado el nombre de Jalapa de la Veracruz.

El año 1634 fué erigida esta ciudad cabeza de obispado por la división del de la Puebla de los Angeles, y aunque el nuevo obispo no tiene más que la tercera parte del distrito que componía toda la antigua diócesis, su renta sin embargo sube, conforme al cálculo general, a diez mil ducados anuales, por ser aquellos terrenos muy fértiles en maíz y en trigo de España.

Hay muchos caseríos o ranchos de indios en los alrededores; pero lo que constituye las riquezas de la ciudad es el número crecido de haciendas en que cultivan la caña dulce, el de las *estancias*, como llaman allí, donde crían mulas y ganados, y la parte de tierras en que se coge la cochinilla.

En toda la ciudad no hay más que una iglesia y una capilla, que dependen del convento de los frailes de San Francisco, donde nos hospedamos aquella noche, y pasamos el día siguiente que era domingo.

Las rentas del convento son grandes, y no obstante la comunidad se compone sólo de seis religiosos, a pesar de tener con qué mantener muy holgadamente más de una veintena de ellos.

El guardián de Jalapa no era menos vanidoso que el prior de San Juan de Ulúa; pero nos acogió con mucho agasajo, y nos trató magníficamente, aunque éramos de otra orden que la suya.

En aquel pueblo, como en todos los de nuestro tránsito, reparamos que la vida y costumbres del clero secular y regular eran relajadísimas, y que su conducta desmentía completamente sus votos y su estado.

La orden de San Francisco, además de los votos comunes de las otras, es decir, la castidad y la obediencia, exige que la pobreza se observe con mayor escrúpulo que la observan todos los religiosos mendicantes. Su hábito debe ser de paño burdo y del color a que han dado su nombre, sus cíngulos o cordones de cáñamo, y sus camisas, si llevarlas pueden, de lana; han de ir sin medias ni calcetas; y por último no les es lícito usar zapatos sino sandalias.

No solamente les está prohibido el tener dinero, sino que ni aún manejarlo deben, ni poseer cosa alguna como propia. En sus viajes les está vedado montar a caballo, aunque se caigan a pedazos de cansancio; es menester que anden a pie con dolor y fatiga, estimándose la infracción de cualquiera de estos preceptos un pecado mortal, que merece la excomunión y el infierno.

Mas a pesar de todas las obligaciones que les impone la rigurosa observancia de su regla, a pesar de tanta severidad y de tamañas amenazas, los que han sido transportados a aquel país viven de manera que no parece en cosa alguna que hayan hecho voto a Dios de la más leve privación, y su vida es tan libre y descompuesta que tal vez se sospecharía con razón que no han renunciado sino a lo que no pueden o no quieren hacer.

Nosotros nos quedamos sorprendidos, y aún nos escandalizamos extraordinariamente al ver a un fraile de los franciscanos de Jalapa cabalgar en una hermosa mula con su mozo de espuela o más bien lacayo detrás, sólo para ir al cabo del pueblo a confesar a un enfermo. Llevaba su reverencia los hábitos enfaldados, y dejaba lucir de esa manera una rica media de color de naranja, un zapato pulidísimo de tafilete, y unos calzones de lienzo de Holanda con sus lazos y trencillas de cuatro dedos de ancho.

Semejante espectáculo nos hizo observar con más atención la conducta de aquel fraile, y la de los otros que debajo de sus mangas anchas iban enseñando sus chaquetas bordadas de seda, sus camisas de Olan, y sus puños de encaje; pero no descubrimos ni en el vestido ni en la mesa cosa alguna que indicara mortificación; al contrario todo señalaba la misma vanidad que se hubiera podido notar en las gentes del siglo.

Después de cenar, empezaron algunos de ellos a hablar de naipes y dados, y nos convidaron a jugar, como para obsequiar a los huéspedes, una mano a *la prima*. Casi todos los nuestros se excusaron, unos por falta de

dinero y otros por no conocer el juego; sin embargo a pocas instancias lograron decidir a dos de nuestros religiosos que se pusieron mano a mano con otros dos franciscanos.

Arreglada la partida comenzaron a barajar con admirable destreza: se puso sencillo; se dobló. La pérdida picó a unos; la ganancia acaloró a otros. Al cabo de un cuarto de hora se convirtió el convento de la orden seráfica de nuestro padre San Francisco en un garito, y la pobreza religiosa en profanaciones mundanas.

Nosotros, que estábamos de simples espectadores, tuvimos ocasión para observar lo que pasaba en el juego, y adquirir materia de reflexión sobre semejante vida. Al paso que el juego se engrescaba, iba creciendo el escándalo: los tragos se repetían con más frecuencia, la lengua se soltaba, los juramentos se cruzaban con las chanzas, y las carcajadas hacían temblar el edificio.

No se libertó tampoco de sus burlas sacrílegas el voto de pobreza. Uno de los franciscanos, aunque ya hubiese manoseado y puesto el dinero con sus dedos en la mesa, quiso divertir la reunión, y cuando ganaba alguna suma considerable (atravesándose a menudo más de veinte doblones) abría una de sus mangas, y con la punta del cujón de la otra barria el tapete, arrastrando el oro y la plata. Así se echaba sus ganancias en la manga, diciendo al mismo tiempo: "Guárdamelo tú que puedes; yo he hecho voto de no tocarlo".

Erame ya imposible escuchar tantos ajos y por vidas, y más de una vez estuve para decirles mi sentir, reconviniéndolos de su falta de miramiento; pero consideré que yo era un extraño, un huésped que pasaba, y además que cuanto les dijera sería predicar en desierto. Levantéme pues sin hacer ruido, y me fui a dormir, dejando a los jugadores que siguieron con su diversión hasta la madrugada.

Al otro día, aquel fraile que la echaba tanto de gracioso, con más traza de bandolero que de religioso, y más propio para la escuela de un Sardanápalo o de un Epicuro que para la vida del claustro, dijo que había perdido más de ochenta doblones. Parece que su manga se resistía a guardar lo que él había hecho voto de no poseer jamás.

Esa fué la primera lección que nos dieron los franciscanos del Nuevo Mundo. Por ella se veía bien que la causa de pasar tantos frailes y jesuitas de España a regiones tan distantes, más era el libertinaje que el amor del evangelio y el celo por la conversión de las almas. Si ese amor, si ese celo fueran el móvil de su conducta, tendrían razón para ofrecer su desprendimiento como uno de los principales argumentos de la verdad de la religión.

El desenfreno, la licencia, la avaricia, y demás vicios que manchan su conducta descubren su secreta intención. El ansia de enriquecerse, la vanidad, la ambición, el gusto de la autoridad que ejercen entre los pobres indios, no el amor de Dios, no la propagación de la fe, son el objeto y el fin que se proponen.

De Jalapa fuimos a otro paraje que los criollos designan con el nombre de la Rinconada, el cual no es ni villa ni lugar, y no merecería mencionarse, si no fuera por dos cosas particularmente notables.

Es la primera su soledad. Está separado de toda habitación, y tan lejos que sería imposible emprender la jornada y no ir a descansar y comer, o a cenar y dormir en la Rinconada. Si un viajero no quisiera parar en la Rinconada, necesitaría apartarse dos o tres leguas del camino y buscar alguna aldea o aduar de indios.

La segunda es la abundancia y delicadeza de las aguas. En efecto allí se encuentran los mejores manantiales de toda la carretera, aunque el agua está tibia a causa del calor del sol.

No hay más que una casa sola, llamada la Venta, está situada en la extremidad de un valle, y es el sitio más caliente que se halla en toda la calzada desde San Juan de Ulúa hasta México.

El amo de la Venta, sabiendo cuán agradable es templar la sed con agua fresca, cuando se viaja en un clima tan ardoroso, tiene siempre a prevención grandes tinajas enterradas en arena que cuida de hacer regar con frecuencia: así logra presentar a los pasajeros una agua tan fría como si fuera de nieve.

No es este regalo el menos apreciable después de una jornada como las de aquel país, y nos causó tanto placer el beberla como sorpresa el medio ingenioso de remediar los efectos de tan excesivo calor.

Nos sirvieron además carne de vaca, carnero, cabrito, gallinas, pavos, conejos, perdices y particularmente codornices, todo con tanta profusión que estábamos admirados.

El valle y sus cercanías son muy fértiles y abundantes, en las inmediaciones hay varias haciendas, en donde los españoles hacen cultivar la caña dulce, la cochinilla, el trigo y el maíz.

Pero lo que me recuerda con especialidad la Venta solitaria, es la noche que pasamos en ella. La industria del hombre ha logrado procurar agua fresca al viajero sediento en un clima de fuego, y la tierra parece que se complazca en prodigarle cuanto el capricho puede apetecer para el sustento; mas todo el encanto de aquel sitio se pierde con el día, y los mismos españoles llaman a los manjares que les ofrece *caramelos del infierno*.

No solamente es tan fuerte el calor que es imposible comer, sin enjugarse a cada instante el sudor que ciega los ojos, sino que los mosquitos lo devoran a uno, ya esté despierto ya durmiendo, y no hay medio de preservarse de ellos. Nosotros fuimos víctimas toda la noche, a pesar de tener todos nuestras cortinas; pero la maldita plaga nos acosaba aún dentro de nuestra flaca defensa, y nos atormentaban los mosquitos en la cama, como las ranas de Egipto.

Los mosquitos no salen durante el día, pero al ponerse el sol aparecen como nubes y andan zumbando hasta que vuelve a salir. Por eso al ver que los ahuyentaban los primeros rayos del sol, juzgamos que lo más oportuno sería alejarnos de un sitio donde se pasaban tan crueles noches.

Salimos pues muy de mañana para llegar a un pueblo, tan abundante y hermoso como la Rinconada, y libre además de los huéspedes molestos que aquella noche nos habían hecho tan incómoda compañía.

CAPITULO X

Llegada del autor a Segura de la Frontera, villa fundada por Cortés, con la descripción de ella, y el origen de su fundación

Llegamos al anochecer a Segura, lugar o villa cuyo vecindario compuesto de indios y de españoles, será como de mil habitantes. Allí también fuimos recibidos con mucho agrado y tratados suntuosamente por los religiosos de San Francisco, tan galanes y llenos de vanidad como sus hermanos de Jalapa.

La villa fué fundada por Hernán Cortés, y llamada *Segura de la Frontera*, porque debía servir de plaza fronteriza, y proteger a los españoles que pasaran de San Juan de Ulúa a México, defendiéndolos de los culhuanos y los de Tepeacac, que eran aliados de los mexicanos y molestaban grandemente a los europeos.

Cuando Cortés fué rechazado de México la primera vez, los indios lo asaltaron y acometieron a los heridos que iban con dirección a Tlascala a fin de curarse y recobrar salud y fuerzas. Los de las tribus de Culhua y Tepeacac, que eran entonces amigos de los mexicanos, y enemigos de Cortés y de los tlascaltecas, se pusieron en emboscada y sorprendieron doce soldados, que sacrificaron a sus ídolos, comiéndoselos después.

Indignado Cortés de semejante crueldad rogó a Magistca ⁽²⁾, y a otros caudillos de los tlascaltecas que lo acompañaran, ayudándole a vengar la muerte de los doce españoles tan bárbaramente inmolados, y a castigar las injurias que hacían todos los días a los de Tlascala, con el auxilio de sus aliados los culhuanos y los mexicanos.

Magistca y los principales tlascaltecas tuvieron consejo con los magistrados y el pueblo, y resolvieron de común acuerdo asistir a Cortés con cuarenta mil combatientes, sin contar los tamemes o indios de carga que sirven para llevar los bagajes y las demás cosas necesarias.

El guerrero español salió para Tepeacac al frente del ejército tlascalteca y llevando consigo sus soldados y caballos. Propuso a los enemigos que, en reparación de la muerte de los doce cristianos que habían sacrificado, se sometieran e hicieran pleito homenaje al emperador y rey de España su señor, y que en adelante no recibieran a mexicano alguno, ni a los habitantes de la provincia de Culhua.

Los tepeacaques respondieron que habían muerto a los doce españoles con justa y buena causa, por haber entrado en su territorio en tiempo de guerra y haber querido atravesarlo por fuerza, y sin pedirles su permiso ni aguardar su consentimiento.

Que los mexicanos y los culhuanos eran sus afiliados y señores, y como a tales los recibirían siempre con amor y respeto en sus ciudades y en sus casas.

(2) *Magitzcatein*. El traductor se ha propuesto conservar los nombres que emplea el autor.

Que se negaban a su demanda y despreciaban su ofrecimiento, protestando que no estaban en ánimo ni querían obedecer a gentes que no conocían.

Por último le rogaban que se volviese a Tlascala, si no deseaba acabar sus días con los suyos, y ser todos sacrificados y devorados como lo habían sido sus doce compañeros.

A pesar de tanta arrogancia, Cortés insistió en su propósito, y los invitó a tratar en términos de paz; pero viendo que nada alcanzaba, entró a sangre y fuego en el territorio enemigo.

Los tepeacaques eran valientes y aguerridos, y con el auxilio de los culhuanos se pusieron en estado de defender la entrada de su ciudad. Ni se contentaron con esperar la batalla, sino que, confiados en el número de su gente, empezaron a escaramucear, y provocar a los invasores. Pero al cabo fueron derrotados, sin que la victoria costara un español a Cortés, aunque la matanza fué grande y murieron muchos tlascaltecas en la acción.

Los caciques y nobles de Tepeacac, viéndose vencidos y deshechos, y que era inútil cualquiera resistencia, se rindieron a Cortés como vasallos del emperador, con la condición de desterrar para siempre de su territorio a los de Culhua, y reservándose el derecho de poder castigar a su arbitrio a los que hubieran sido causa de la muerte de los doce españoles.

Cortés mandó, para perpetuar la memoria del escarmiento que tanta crueldad y obstinación merecían, que las tribus que habían consentido aquella barbarie, fueran esclavas para siempre.

Otros dicen que los subyugó sin condición ni reserva alguna, y que solamente los castigó por su desobediencia, porque eran sodomitas e idólatras, y porque comían carne humana, queriendo así dar un ejemplo a los otros. Como quiera que sea, los tepeacaques fueron condenados a esclavitud perpetua.

La campaña duró veinte días, y tuvo por resultado la pacificación de toda la provincia, que es muy grande, la destrucción de los ídolos, y la sumisión de los principales señores de Tepeacac.

Entonces fué cuando para mayor seguridad hizo construir la villa a que dió el nombre de Segura de la Frontera, habiendo establecido oficiales para que cuidasen de que el paso estuviera desembarazado, y pudiesen transitar sin recelo desde la Veracruz a México los cristianos y los indios auxiliares.

Segura, como los demás pueblos de aquella carretera, abundaba en víveres y frutas de diferentes clases, principalmente en ananas, zapotes y chichozapotes, que tienen dentro un núcleo negro del tamaño de una ciruela. El fruto por dentro es encarnado como la grana, y su sabor dulce como el de la miel; si bien los chichozapotes no son tan gruesos, habiéndolos encarnados y parduscos, pero todos con tanto jugo, que cuando se comen, corre como si fueran gotas de miel. El olor se acerca al de las peras cocidas.

También nos presentaron racimos de uvas, tan hermosas como las de España, y nosotros las recibimos con mucho gusto en obsequio, porque no las habíamos visto desde nuestra salida de Europa.

Por aquella muestra calculamos lo que produciría en semejante país el cultivo de la viña, si el rey de España no lo prohibiera, temiendo que perjudique al comercio de la metrópoli, que tanto saca de América con sus vinos.

El temple de Segura es más suave que el de los demás pueblos del tránsito, y sus habitantes, que comían en otro tiempo carne humana, son ahora tan urbanos y cultos como los que se encuentran en todo el camino.

En ese punto nos desviamos hacia el oeste, dejando el camino real que sigue hacia el noroeste, con el solo intento de visitar la famosa ciudad de Tlascala, cuyos habitantes se unieron con Hernán Cortés, guardaron fielmente su alianza, y fueron en realidad los principales instrumentos de la conquista. En recompensa de sus servicios, están exentos de pagar censo hasta el día de hoy, por gracia especial de los reyes de España, y aunque los demás indios pagan una contribución anual, los tlascaltecas sólo dan una mazorca de maíz, más como presente de homenaje que como pecho o tributo.

CAPITULO XI

Descripción de la gran ciudad de Tlascala y de su territorio

Tlascala o Tlascallan quiere decir en la lengua del país pan bien hecho, y han dado ese nombre a la provincia, porque en sus términos se coge más cantidad del grano llamado *cent'li* que en todas las demás tierras circunvecinas.

La ciudad tuvo antiguamente el nombre de Tescallan, que significa un valle entre dos montañas.

Está asentada en la ribera de un río que, saliendo de los montes llamados de Atlancapetec, riega la mayor parte de la provincia, y va a desaguar en la mar por Zacatula.

Componen la ciudad cuatro barrios, que son otras tantas calles, y se llaman Tepetiepac, Ocotelulco, Tizatlan y Quiahuiztlan.

El primero de estos barrios está situado sobre una colina, distante cerca de media legua del río, y lleva el nombre de Tepetiepac, que significa monte o colina; fué el que dió principio a la población, y el sitio en que lo fundaron sus primeros habitantes manifiesta que sus cimientos se echaron pensando en la guerra.

La otra calle está construida a lo largo de la falda del monte por el lado del río, y por los muchos pinos que había, cuando la edificaban, la llamaron Ocotelulco, es decir: un plan de piñas.

Ocotelulco era el barrio más hermoso y más poblado de la ciudad: allí estaba la plaza del mercado principal, donde se vendía y compraba todo género de artículos, trocando unas cosas por otras; la plaza del mercado se llamaba Tianquintzli. En esa calle estaba también la casa de Magistca.

En la llanura y junto al río, se extendía otra calle designada con el nombre de Tizatlán, por la mucha cal y greda que había en ella. Ese era el barrio donde vivía Jicotencatl, generalísimo de todas las tropas de la república.

La cuarta calle debía el nombre de Quiahuiztlán a las aguas salitrosas que había en ella.

Pero el aspecto primitivo de Tlascala está mudado enteramente desde que los españoles llegaron. Las mezquinas habitaciones de los indios se han convertido en casas de piedra y hermosos edificios. La casa del ayuntamiento y algunos edificios públicos, están contruidos en la llanura a la misma orilla del río como los palacios de Venecia.

Tlascala estaba gobernada por los principales de su nobleza y los más ricos de sus habitantes. El gobierno de uno solo parecía tiránico a los tlascaltecas, y por eso aborrecían a Montezuma, a quien miraban como tirano.

En tiempo de guerra, elegían cuatro caudillos: cada uno gobernaba un barrio; pero uno de ellos era nombrado generalísimo, y tenía bajo sus órdenes a otros nobles que eran oficiales de batalla, aunque en número muy corto.

Cuando iban a la guerra llevaban su pendón en la cola del ejército; pero dada la señal del combate lo ponían en donde todos pudieran verlo, y el guerrero que no corría al lado de su jefe era castigado con una multa.

Sobre el pendón había dos flechas, veneradas como reliquias de sus mayores, y no confiaban el honroso cargo de llevarlo sino a dos veteranos, acreditados por su denuedo y del número de los caudillos principales. Había en esto cierta superstición, y pretendían adivinar el resultado de la contienda por el de la prueba con que la empezaban. Para saber si saldrían vencedores o vencidos, tiraban una de las dos flechas al primer enemigo que descubrían: si lo mataban o herían, la victoria era cierta; pero si la flecha no mataba ni hería a aquel contra quien la habían disparado, creían que su derrota era segura o que llevarían lo peor de la batalla.

La provincia o señorío de Tlascala tenía bajo su dependencia veintiocho pueblos entre villas y lugares, y contaba en su territorio ciento cincuenta mil guerreros, cabezas de familias.

Los tlascaltecas, hombres todos bien formados, eran los mejores soldados que hubiese entre los indios. Ahora son muy pobres, y no tienen más bienes que el grano o trigo que llaman centli, con cuyo producto se visten, y se procuran las demás cosas que necesitan.

Hay diferentes plazas en que hacen sus mercados; pero la más considerable y donde acude mayor concurrencia, está en la calle o barrio de Ocotulco. En otro tiempo era tan famosa, que se veía ir a ella en un solo día veinte mil personas a comprar o vender, a pesar de reducirse su comercio al cambio simple de las cosas, porque no conocían aún el uso de la moneda.

También había antiguamente como hay todavía una policía excelente en la ciudad, y diferentes oficios y menestrales. Ahora se ven plateros, plumajeros, barberos, estufistas y alfareros que trabajan y fabrican una cosa tan bella como la de España.

La tierra es sustanciosa y fértil, y propia para trigo, frutas y pastos. En los mismos pinares crece entre los árboles tanta yerba que basta para engordar los ganados que los españoles echan allí a pacer.

A dos leguas de Tlascala hay una montaña redonda de seis mil pasos de altura y ciento cuarenta mil de circuito. Ahora se llama el cerro de San Bartolomé: los indios que la veían coronada siempre de nieve le daban el nombre de *Matealeucia*, dios de las aguas.

Los indios, aficionadosísimos a embriagarse tenían también un Dios protector de los licores: *Ometochtli* no era la divinidad que menos culto recibiera de las de su teogonía.

Sin embargo su dios principal era *Camaxtlo* o más bien *Mixcovalt*, cuyo templo estaba en Ocotelulco y allí se sacrificaban todos los años por lo menos ochocientas personas.

En Tlascala se hablan tres lenguas diversas: el *nahuatl*, que es el idioma de la corte y el principal dialecto de todo el país de México, el *otoncir*, que usan generalmente los indios del campo, y *pinomer* que sólo se oye en una calle, y que es el lenguaje más grosero de todos.

Había en otro tiempo una cárcel pública, donde se encerraban todos los presos, y se castigaban a los que habían cometido algún crimen.

Estando Cortés en Tlascala sucedió que un indio hurtó a un español una corta posesión de oro, Cortés se quejó a Magistca, que mandó hacer una pesquisa escrupulosa. El ladrón fué descubierto en Cholula, ciudad bastante grande a cinco leguas de distancia. El magistrado tlascalteca lo puso en manos del general español, para que hiciera de él lo que juzgara conveniente. Cortés se lo volvió a entregar, y le dió las gracias por el celo con que lo había hecho buscar. Pero Magistca, deseando hacer un ejemplar, mandó que pasearan al reo por el pueblo, con un pregonero que publicaba en alta voz su delito, cuando llegó a la plaza del mercado, le subieron a un tablado, y allí le rompieron todas las coyunturas con un mazo.

Tan severa justicia dejó atónitos a los españoles, que formaron una opinión muy ventajosa de los tlascaltecas. Aquel acto les sugirió el pensamiento de que habiendo obrado así por darles satisfacción, nada les rehusarían en adelante de cuanto pudiera ser necesario para apoderarse de la capital y avasallar a Montezuma.

Ocotelulco y Tixatlán son las dos calles más habitadas al presente. En Ocotelulco está el convento de religiosos de San Francisco, que son los predicadores del pueblo: su iglesia es hermosísima, y los sirven unos cincuenta indios que desempeñan los oficios de cantores, organistas, músicos, trompeteros y atabaleros. No hay mayor delicia que oír una misa, asistida por esa capilla, cuyas maravillosas sinfonías llenan de admiración a todo el mundo.

En las calles de Tepetiepac y Quiahuiztlán hay solamente dos capillas, donde van a decir la misa los domingos y días de fiesta los religiosos del convento.

Nos detuvimos un día y dos noches en Tlascala, y los franciscanos se esmeraron con nosotros como lo habían hecho en las casas de Jalapa y Segura. Los manjares fueron abundantes, y sobre todo el pescado que se halla fresco y en mucha cantidad siempre por la proximidad del río.

La ciudad ha dado una docena de indios a los religiosos, para que les pesquen solamente, eximiéndolos de todas las demás obligaciones, a fin de que nada pueda privar de pescado fresco, y abundante a sus reverendísimas.

No por eso van a pescar todos juntos, sino de cuatro en cuatro cada semana, y por turno, a no ser que lo exija algún caso extraordinario; que entonces todos tienen obligación de abandonar las ocupaciones en que puedan estar empleados, y de ir a pescar para los padres.

La ciudad está habitada por españoles y por indios mezclados todos. En ella reside el alcalde mayor que envía cada tres años la corte de Madrid, y cuya autoridad alcanza a todas las ciudades, villas y lugares del contorno hasta la distancia de veinte leguas.

Además de este magistrado, hay entre los indios alcaldes, regidores y alguaciles, que el alcalde mayor nombra, y por medio de los cuales gobierna el pueblo y administra la justicia. El mal tratamiento de esos alcaldes mayores, su avaricia y parcialidad, y hasta su ignorancia han contribuido más que todas las demás causas juntas a la decadencia de una ciudad tan populosa y rica en otro tiempo. Los tlascaltecas no reciben recompensa alguna por sus servicios; la autoridad de que los reviste el alcalde mayor no es más que una librea para que sirvan mejor a su rapacidad y a sus venganzas; sin embargo los hijos de los aliados fieles de Cortés, los que le facilitaron con su sangre la conquista, son acreedores a otros miramientos.

CAPITULO XII

Prosigue nuestro viaje desde Tlascala a México, por la Puebla de los Angeles y Guacocingo

La ciudad más notable que se encuentra después de Tlascala en el camino que nosotros llevamos, es la Puebla de los Angeles, a donde teníamos vivísimos deseos de llegar, porque sabíamos que hay allí un convento de religiosos de Santo Domingo de la misma observancia que nosotros, no habiendo encontrado aún ninguno desde nuestra salida de San Juan de Ulúa.

Descansamos en efecto tres días con la mayor satisfacción entre nuestros hermanos, que no sabían que hacerse con nosotros para agasajarnos.

Nos paseamos por toda la ciudad, y vimos cuanto era digno de la curiosidad de un viajero. Notamos su opulencia y sus riquezas, no solamente por la actividad de su comercio, sino por el gran número de conventos de frailes y de monjas, que se han fundado y que se mantienen en ella. Hay pues un convento grande de Santo Domingo, cuya comunidad es por lo menos de cincuenta a sesenta religiosos; otro de Franciscanos, otro de Agustinos, otro de la Merced, otro de Carmelitas Descalzos, y una casa de Jesuitas; habiendo además cuatro conventos de religiosas.

La ciudad está asentada en un valle agradable, separado como diez leguas de una montaña altísima que siempre se ve cubierta de nieve. Dista cosa de veinte leguas de México, y fué edificada el año de 1530, por manda-

do de don Antonio de Mendoza, virrey de México, y con el consentimiento de Sebastián Ramírez, regente, que había sido anteriormente de Santo Domingo, y presidente aquel año de la chancillería de México, en lugar de Nuño de Guzmán, que se había portado muy mal con españoles y con indios. Componían aquel tribunal cuatro jueces o consejeros, a saber: el licenciado Juan de Salmerón, Gasco Quiroga, Francisco Zainos y Alonso Maldonado.

Estos magistrados administran la justicia mejor que lo había hecho antes Nuño de Guzmán, y entre otras cosas buenas se les debe la población de esta ciudad, y emancipación de los indios que antes ocupaban el recinto; lo habían abandonado por el tratamiento que les daban los españoles, y se habían retirado unos a Jalisco, y otros a Honduras, a Goathemala y demás provincias que aún se mantenían en guerra con los conquistadores.

La Puebla de los Angeles era llamada por los indios en tiempo de su independencia Güetlaxcopan, o *culebra entre las aguas*, porque tiene dos fuentes, una con agua malísima, y otra con agua muy buena.

Ahora es silla de un obispo, cuya renta, después de la separación de Jalapa de la Veracruz, vale más de veinte mil ducados anuales.

El aire que se respira es bueno, y su pureza atrae todos los días multitud de gentes de todas partes que fijan allí su domicilio. Pero el vecindario se aumentó más considerablemente el año de 1634, cuando México fué inundada por las aguas de la Laguna; muchos habitantes de la capital huyeron con sus muebles y alhajas, y se establecieron con sus familias en la Puebla, de suerte que el número de sus moradores sube en la actualidad a diez mil.

Hácenla famosa los paños que se tejen en sus fábricas, paños que llevan a diversas provincias, y que pasan por ser tan buenos como los de Segovia, que son los mejores de España, de donde no envían ahora a la América tanta cantidad, habiendo bajado mucho su precio, y saliendo todos los años tan fuertes remesas de la Puebla que bastan para surtir todo el país.

Los sombreros de la Puebla son los mejores de toda la Nueva España.

También hay una fábrica de cristales, cosa tanto más rara cuanto que es la única de su clase que se ve en todo el país.

Pero lo que más la enriquece es la Casa de Moneda, donde se acuña la mitad de la plata que sacan de las minas de Zacatecas; por eso se mira la Puebla como la segunda de México, y con el tiempo competirá en población con la misma capital.

Fuera de la ciudad hay jardines y huertas que surten de verdura y ensaladas las plazas. Es tierra que abunda en trigo, y está cubierta de haciendas, cultivándose también mucho la caña de azúcar. Entre otras, la que pertenece a los religiosos de Santo Domingo, y que no está lejos de la ciudad, tiene tanta extensión que se ocupan en ella doscientos negros, hombres y mujeres, sin contar sus hijos que les ayudan en el trabajo.

Guacocingo es el pueblo más considerable que se halla entre México y esta ciudad. Habitándolo quinientos indios y cien españoles, y hay un convento de franciscanos. Estos religiosos nos recibieron muy bien; y para agasajarnos nos hicieron ver la habilidad de los indígenas para la música vocal e instrumental.

Como las otras comunidades, la de Guacocingo posee cuanto es necesario para la comunidad y regalo de la vida. Pero los buenos padres fundaban su orgullo más que en otra cosa, en la educación que habían dado a varios niños del pueblo y principalmente a los muchachos que servían en el convento. Penetrados de la importancia de una buena crianza y deseosos de cumplir con un deber impuesto por la caridad cristiana, les habían enseñado a bailar a la española.

Nosotros fuimos testigos aquella misma noche del provecho con que habían aplicado su celo a la instrucción de sus discípulos. Vinieron al convento para divertirnos unos doce muchachos, el mayor de los cuales tendría sobre catorce años; cantaron y bailaron hasta media noche; y a la verdad no sólo nos causaron placer aquellas letrillas españolas, tan bien cantadas, y con un acompañamiento de guitarra tan magistral, aquellos movimientos de cuerpo, aquellos trenzados y pasillos, aquel repiqueteo de castañuelas, y hasta sus canciones indias, sino que nos quedamos atónitos y llenos de admiración.

Ocurríanos sin embargo en medio de nuestros aplausos algún barrunto menos mundano, y decíamos entre nosotros que hubiera valido más para el alma de los religiosos y la edificación de sus feligreses, el estarse en su celda estudiando, y emplear su tiempo en el coro, que andar en semejantes vanidades y escándalos. Mas al paso que íbamos conociendo el país, nos convencíamos de que los deberes religiosos están en un profundo olvido, y que sólo viven para las delicias del siglo los que han renunciado a ellas con sus votos, y debían evitarlas con el recogimiento y la penitencia.

Guacocingo ha recibido de los reyes de España casi tantos privilegios como Tlascala, porque sus habitantes se unieron con Hernán Cortés y los primeros conquistadores contra Montezuma y los mexicanos.

Los de Guacocingo eran aliados de los tlascaltecas, de los de Cholula y de los de Huacacola. Los de Chalco pidieron socorro a Cortés, porque los mexicanos habían invadido su territorio, y talado sus campos; pero Cortés, que, ocupado de la construcción de los bergantines y de estrechar el sitio de México, no podía enviarles auxilio alguno, rogó a los tlascaltecas, y a los de Guacocingo, Huacacola y Cholula, que socorrieran a sus amigos. Los indios auxiliares cayeron sobre las tropas de México, y las atacaron con tanto denuedo, que a pesar de las grandes fuerzas con que habían salido de la capital para impedir que los españoles se acercaran, fueron arrolladas y vencidas, quedando los de Chalco libres de la opresión de Montezuma. Todavía se conserva la memoria de generosidad y valor con que los aliados llevaron a cabo tan brillante empresa, y por esa hazaña obtuvieron las ciudades a que pertenecían aquellos guerreros los privilegios y la estimación de que gozan en el día.

De Guacocingo salimos para México, y pasamos la montaña elevada que habíamos visto desde la Puebla de los Angeles, distante de allí treinta millas: Es más alta que los Alpes, y hace más frío porque siempre está cubierta de nieve.

Desde nuestra salida de España no habíamos experimentado un frío tan riguroso como el que sentíamos entonces, y los españoles, que estaban acostumbrados al calor de su clima, y lo habían sufrido mayor en la mar, apenas podían tolerarlo.

En esta última jornada anduvimos sobre treinta millas, y la mitad por lo menos subiendo y bajando la montaña.

Al llegar al punto más elevado del camino por donde pasamos, descubrimos la ciudad de México y la laguna que la rodea, y nos pareció que la íbamos a tocar con la mano, si bien distaba todavía la llanura donde está situada casi diez millas del pie de la montaña.

CAPITULO XIII

Prosigue el autor la descripción de las cosas notables que vió en este viaje, y aprovecha la ocasión para referir varias circunstancias curiosas de la conquista

La segunda vez que Hernán Cortés salió de Tlascala con el intento de poner sitio a México por agua y por tierra, para cuyo fin había mandado construir cierto número de bergantines, sus tropas se acamparon junto a la montaña, y habrían perecido de frío, si la gran cantidad de leña que encontraron no hubiera servido de remedio contra la inclemencia del aire.

Al otro día, por la mañana, subió más arriba, y envió de descubierta cuatro hombres a caballo y cuatro infantes, los cuales hallaron el camino cerrado con enormes troncos de árboles que los mexicanos habían cortado recientemente, y atravesado en la calzada.

Creyendo sin embargo que quizás no obstruirían el paso más adelante los mismos estorbos, continuaron su descubierta, hasta que por último se vieron tan embarazados con una multitud de gruesos cedros puestos unos encima de otros, que se volvieron, asegurando a Cortés que era imposible que los caballos pasaran por aquel camino.

Cortés les preguntó si habían encontrado a algún indio, y habiéndole respondido que no, partió inmediatamente con toda su caballería y mil infantes, mandando que el ejército lo siguiera con toda la diligencia posible.

No tardó en despejar el camino con la gente que llevaba, y habiendo quitado los árboles que lo hacían intransitable, vió pasar todas sus tropas sin daño y sin peligro, aunque con trabajo y fatiga.

Y es cosa averiguada que, si los indios se hubieran fortificado allí y defendido aquel paso, los españoles nunca lo hubiesen forzado, porque el camino, que ahora es bastante cómodo y ancho para que pasen las recuas cargadas de mercaderías de San Juan de Ulúa o de azúcar de las haciendas, entonces era estrechísimo y escabroso. Pero los mexicanos se imaginaban que el paso estaba bien guardado por los árboles que habían puesto al través y esperaban al enemigo en campo raso.

En efecto, aunque de Tlascala a México hay tres caminos, no era fácil sospechar que Cortés tomara el peor; mas él lo prefirió, ya porque preveía lo que iba a suceder, ya porque sabía por sus confidentes que nadie guardaba aquel paso.

Al descender la cuesta, se detuvo a descansar, y aguardó que todo el ejército estuviese reunido para bajar a la llanura. Desde el lugar del alto se percibieron algunos fuegos o ahumadas que los indios hacían en diferentes partes, y eran señales o simples hogueras de los que se habían apostado en los otros dos caminos, y esperaban a los españoles para acometerlos entre los puentes de los canales que salen de la laguna. Cortés envió delante veinte caballos: éstos pasaron por medio de los mexicanos, y el ejército siguió su marcha, matando muchos enemigos sin recibir el más ligero daño.

La vista de la montaña y de la llanura que está al pie, nos trajo a la memoria los grandes acontecimientos de que habían sido teatro, y nos dió asunto de conversación toda la jornada, que nos pareció así menos incómoda y fatigosa.

El primer pueblo a donde llegamos fué Cuahutipepec, que está en la falda de la montaña y depende de Tezcuco. Cerca de Cuahutipepec sentó su campo el ejército de los indios de Culhua, compuesto de cerca de cien mil hombres, enviados por los señores de Tezcuco para combatir contra Cortés, pero en vano; porque la caballería de los españoles pasó por medio de ellos, y la artillería hizo tal estrago en sus gentes, que al punto echaron a correr.

A tres leguas de allí descubrimos sobre la derecha, conforme íbamos caminando, la ciudad de Tezouco en la orilla de la laguna y fuera del camino. No dejó de darnos materia de conversación aquel pueblo que había parecido a Cortés y a los primeros conquistadores una ciudad grande y casi igual a México, aunque no les opuso resistencia alguna.

En efecto, al acercarse los españoles a la ciudad, salieron cuatro de los principales habitantes con varas de oro en las manos y una bandera en señal de paz. Presentáronse a Cortés, y le dijeron que su señor Coacuacoyocin los enviaba a rogarle que no hiciera mal en su ciudad ni las que estaban en las cercanías, a ofrecerle su amistad, y a invitarlo para que fuera a hospedarse con todo su ejército en Tezcuco, donde sería bien recibido.

Cortés recibió esa nueva con júbilo; temiendo empero que no hubiese oculta alguna perfidia en aquellos agasajos, y recelándose de los habitantes de Tezcuco, porque acababa de ver sus tropas con las de México y Culhuacán, prosiguió su camino y se apoderó de Cuahutichan y Huajuta, arrabales entonces de la gran ciudad, y hoy pequeñas aldeas separadas, donde le suministraron víveres con abundancia para toda su gente.

Derribados los ídolos, entró en la ciudad. Le habían preparado en una casa grande alojamiento para él, sus españoles y una parte de los indios que lo acompañaban; pero como al entrar no había visto ni mujeres ni niños, se confirmó en sus sospechas, y publicó un bando, para que ninguno de los suyos saliera, imponiendo pena de la vida al que osare quebrantar sus órdenes.

Al anochecer, habiendo subido los españoles a las azoteas y miradores de la casa para ver el pueblo, notaron que huían muchos habitantes

con sus muebles y alhajas, dirigiéndose los unos hacia los montes, y los otros a la laguna con ánimo de embarcarse; pero la precipitación de todos descubría la existencia de un misterio extraordinario.

Había por lo menos veinte mil barquillas de las que llaman canoas, llenas de muebles y de familias que se iban. Cortés hubiera deseado impedirlo; mas la noche estaba tan próxima, que le fué imposible, y mucho más retener al señor de la ciudad, que había sido uno de los primeros que habían fugado, y ya estaba quizás en México.

Tezcuco es célebre todavía entre los españoles por haber sido una de las primeras ciudades, tal vez la primera, gobernada por un rey cristiano. Porque Cortés, sabiendo que Coacuacoyocin, rey entonces de la ciudad y pueblos vecinos, se había fugado, mandó ir a su presencia a muchos de los habitantes que permanecían en sus casas y les dijo: era su voluntad que un mozo noble que lo acompañaba, el cual era descendiente de una casa noble del país, se había bautizado, y se llamaba Fernando, como él que era su padrino, y además era hijo de Nizavalpicintli, a quien habían amado tanto, fuese elegido rey de Tezcuco; puesto que Coacuacoyocin estaba entre los enemigos después de matar a su propio hermano por quitarle su hacienda, y todo a instancias de Cuahutimocin, enemigo mortal de los españoles.

Así fué elegido rey y señor de Tezcuco el recién convertido don Fernando. La noticia de la mudanza de príncipe corrió muy lejos con mucha velocidad; gran número de los habitantes volvió por conocer a su nuevo cacique, y como los unos se quedaban en sus casas y los otros regresaban a las suyas, se fué poblando la ciudad poco a poco, y no tardó en ser lo que antes era. La conducta regular y comedida de los españoles ganó por otra parte la confianza de los naturales, que, viéndose tratados con humanidad y dulzura, obedecían sin repugnancia y hacían con gusto lo que les mandaban sus conquistadores.

Don Fernando fué siempre fiel a los españoles, los asistió en la guerra contra México, y aprendió en poco tiempo la lengua española.

No tardaron los habitantes de Cuahutichan, Huajuta y Otenco de someterse a Cortés, y pedirle perdón si en algo lo habían ofendido.

Dos días después que don Fernando había sido hecho rey de la gran ciudad de Tezcuco y de los territorios que de ella dependen y se van hasta las fronteras de Tlascala, llegaron algunos nobles de Huajuta y Cuahutichan a noticiarle que todas las fuerzas mexicanas marchaban contra ellos, y preguntarle si les permitiría que mandasen sus mujeres, sus hijos y sus muebles a la sierra; o si llevarían sus familias y sus alhajas a donde él estaba, porque temían que cayesen en manos de los enemigos.

Cortés les respondió en nombre del rey, su ahijado y su predilecto: que tuviesen ánimo; que no había por qué tuvieran miedo; que dejaran quietas en sus casas a sus mujeres; que no abandonasen sus hogares, sino que permaneciesen en ellos, pacíficamente; y que él se alegraba de que los enemigos se acercaran, pues así verían cómo él los trataba cuando los tuviera a las manos.

Los de México no fueron a Huajuta, como se había creído; pero Cortés les salió al encuentro luego que supo donde estaban. La fuerza que lo acompañaba se componía de doce caballos y doscientos españoles, con dos piezas de artillería y muchos indios de Tlascala.

Cuando se encontró con los enemigos, les embistió con ímpetu y denuesto; pero no les hizo mucho estrago, porque huyeron precipitadamente a la laguna y se embarcaron en sus canoas.

Cortés que había entrado en Tezcuco de una manera hostil, supo granjearse el afecto de sus habitantes, y se defendió y defendió a sus aliados de todo el poder de los mexicanos, ansiosos de vengarse de él y del rey cristiano que había hecho elegir.

Cortés, juzgando aquel lugar conveniente para echar sus bergantines al agua, envió a Gonzalo de Sandoval a Tlascala, luego que supo que estaban contruidos, para que los transportara; pero cuando llegó a las fronteras de la provincia, encontró ocho mil indios que los llevaban ya al hombre a piezas, con todo lo necesario para su aparejo.

Iban escoltados por veinte mil guerreros, y mil tamemes que les servían de acémilas para los viveres.

Chichimecatetl, guerrero famoso entre los indios y capitán de mil hombres, mandaba la retaguardia, mientras Tupititl y Teutecatli, nobles de cuenta, abrían la marcha con una vanguardia de diez mil hombres.

Los tamemes ocupaban el centro con los que llevaban los bergantines y su aparejo.

Delante de los dos capitanes de la vanguardia iban cien españoles con ocho caballeros. Seguían después Gonzalo de Sandoval y lo restante del ejército.

Así emprendieron su marcha a Tezcuco con una maravillosa algazara de lenguas y gritos, en cuya confusión se oía frecuentemente repetir: —¡Cristianos! ¡Cristianos!— ¡Tlascala! ¡Tlascala!— ¡España! ¡España! ¡España!

Luego que llegaron a Tezcuco, entraron con muy buen orden al son de cajas y añafles y de otros instrumentos, habiéndose engalanado con sus mejores atavíos y sus penachos. La entrada duró seis horas, y en ese tiempo no pasó cosa alguna que no fuese digna de admiración, y que no recrease a los españoles.

Cundió por todas partes la noticia de la llegada de las nuevas tropas auxiliares y de los bergantines, y muchas provincias fueron a someterse a Cortés, unas por temor de que les devastaran su territorio, otras por el odio que tenían a los mexicanos. Cortés juntó así una fuerza considerable, compuesta de sus españoles y de los indios amigos; y su corte en Tezcuco no era inferior a lo que antes había sido la de Montezuma ⁽³⁾ en México.

Tezcuco fué el arsenal donde acabó sus preparativos para el sitio de México con tan grande prisa, y se proveyó de escalas para subir al asalto, y de las demás cosas necesarias a la toma de la capital.

(3) Se escribía de tres modos: Motezuma, Moctezuma y Montezuma. El autor escogió el tercero.

Estando ya hitos y aparejados los bergantines, mandó abrir un canal de media legua de largo, al cual dió doce pies de anchura y otros doce de profundidad.

Esta obra costó cincuenta días, aunque se emplearon en ella cuatrocientos mil hombres que trabajaban todo el día.

La ciudad conserva la gloria de tamaña empresa, y si bien su vecindario ha mermado mucho de lo que entonces era, la fama del canal se mantiene todavía sin menoscabo.

Acabado el canal, dispuso que calafatearan los bergantines con estopas y algodón. Algunos autores dicen que, a falta de sebo y aceite, se sirvieron de grasa humana, no porque Cortés permitiera que se matasen hombres con ese fin, sino porque, habiendo tantos muertos de resultas de las continuas escaramuzas y salidas con que los de México querían impedir los trabajos del sitio, y estando acostumbrados los indios a sacrificar hombres a sus dioses, abrían los cadáveres y les sacaban la grasa que aplicaban entonces a ese objeto.

Luego que los bergantines estuvieron en el agua, Cortés pasó muestra a su gente. Tenía novecientos españoles, ochenta y seis eran de a caballo, y ciento diez y ocho estaban armados de ballestas, y arcabuces, los demás de espadas, dagas, picas y alabardas, con coseletes y cotas de malla.

La artillería llevaba tres piezas gruesas de hierro, y quince de menor calibre de hierro colado, con ochocientas libras de pólvora y gran cantidad de balas. Los indios auxiliares que seguían el partido de los españoles eran cien mil, todos guerreros y amigos fieles de Cortés.

El día de la Pentecostés se acamparon los españoles en la llanura que está al pie de la sierra, y de que ya hemos hablado, donde Cortés dividió su ejército en tres tercios, a cada uno de los cuales dió su cabo.

Puso a Pedro de Alvarado primer cabo a la cabeza de treinta caballos y ciento setenta infantes españoles, que iban acompañados de treinta mil indios y de dos piezas de artillería, y le mandó ir a acamparse a Tlacopán.

Nombró segundo cabo a Cristóbal de Olid, y le dió treinta y tres caballos, ciento diez y ocho infantes españoles, dos piezas de artillería y treinta mil indios con orden de ir a apostarse en Culhuacán.

Al tercer cabo Gonzalo de Sandoval entregó veinte y tres caballos y ciento sesenta infantes españoles, dos piezas de artillería y cuarenta mil indios, dejando a su arbitrio la elección del lugar, en que le pareciera más conveniente ir a situarse.

Montó un cañón y embarcó seis arcabuces a bordo de cada bergantín, nombró los capitanes que debían gobernarlos, y les dió veintitrés españoles escogidos de propio intento, reservándose para sí el mando general de la flota.

No dejó esta última disposición de provocar las murmuraciones de algunos de los principales del ejército, que pensando correr más peligro donde los ponía, le intimaron so color de consejo y ruego que no se embarcara y siguiera con el cuerpo de la batalla.

Pero Cortés no hizo cuenta de lo que le decían: porque, si bien podía haber más riesgos para ellos, importaba mucho más a su cuidado dirigir la guerra en el agua, práctica nueva para sus gentes, que ordenar la campaña por tierra, cosa a que estaban acostumbrados.

Esperaba además hacerse dueño de México por medio de sus bajeles, y en efecto empezó quemando la mayor parte de las canoas de la ciudad, y redujo las otras al último trance, de suerte que de nada servían a los mexicanos, y él los incomodaba tanto, que se vieron en más aprieto con los doce bergantines de Cortés que con todos los tercios de su ejército.

¡Cuán grande no debía ser Tezcuco entonces, cuando bastó para todos los aprestos del sitio de México por agua y tierra! ¡Cuán rica y abundante ciudad que mantiene además de sus habitantes, que de nada se privan, más de cien mil indios y novecientos españoles!

Las reflexiones que nos sugirió la antigua grandeza de aquel pueblo nos ocuparon todo lo restante del camino hasta nuestra llegada a México.

Y verdaderamente el contraste de lo que había sido con lo que era ya debía dar materia a profundas y serias conversaciones. La gran Tezcuco no pasaba de una corta población, residencia de un gobernador, enviado por la corte de España, con jurisdicción sobre todo el territorio de la provincia hasta las fronteras de Tlascala y Guacocingo. Todo el distrito con sus villas y lugares, aunque en aquel tiempo tenía su rey, no puede rendir ahora más de mil ducados de renta al gobernador.

En la misma ciudad no pasan de ciento los españoles que la habitan, con unos trescientos indios, y todas sus riquezas se reducen a las verduras y frutas de sus huertas que todos los días mandan a México en sus canoas.

También sacan algún dinero de sus cedros que transportan para la construcción de los edificios de la capital; pero en la actualidad hay alguna escasez, por la profusión con que los han empleado los españoles en sus soberbias casas. El mismo Cortés fué acusado por Pánfilo de Narváez de haber empleado seis mil troncos de cedro para las vigas de su casa.

Había vergeles antiguamente en Tezcuco, donde se contaban mil cedros que les servían de vallado alrededor de su recinto: algunos de ellos tenían veintiséis pies de alto y doce de grueso. Ahora apenas hay cincuenta en los jardines de más extensión.

Al salir de la llanura pasamos por Megicalcingo que era en otro tiempo una ciudad considerable; en el día no tiene más de cien habitantes. De Megicalcingo fuimos a Guetlavac, pueblecito reducido, pero muy agradable por las arboledas de frutales, los jardines y las hermosas casas de recreo que han construido los habitantes de México, de donde no dista más que algunas dos leguas y media, y al cual se va por una calzada que atraviesa por medio de la laguna.

Por allí entramos en la hermosa y célebre capital de la Nueva España el día 3 de octubre de 1625. Paramos en una casa de recreo, situada entre jardines en el camino que va a Chapultepec: se llama San Jacinto y pertenece a los dominicos de Manila. Permanecimos en San Jacinto hasta pasada navidad, que era el tiempo en que nos debíamos embarcar en Acaapulco, puerto distante de México ochenta leguas en la mar del sur, para pasar a Manila, que es la capital de las islas Filipinas.

CAPITULO XIV

Cuenta el autor algunas particularidades del clima y de los alimentos del país, los cuales sirven de entrada para la descripción de la grande y famosa ciudad de México tal cual estaba en tiempos pasados, y como se hallaba después, con especialidad en el año de 1625

Cautos y prudentes han andado los religiosos y jesuitas de Manila y demás conventos de las islas Filipinas, en procurarse casas de campo y jardines en las cercanías de México, para hospedar a los misioneros que van de España todos los años. Porque, si no hallaran éstos un lugar cómodo donde poder descansar y reponerse de las fatigas de un viaje tan largo, y tuvieran que encerrarse en los conventos de México, sometién dose a la rigurosa austeridad de su regla, no hay duda que se arrepentirían pronto de su primera resolución, y costaría trabajo el hacerles ir adelante y arrostrar los peligros y molestias de otra navegación en la mar del sur. Además es probable que harían lo posible por volverse a Europa, o se quedarían escondidos en América, así como lo hicimos cinco de mis compañeros y yo, a pesar de la repugnancia del padre Calvo, y de los que estaban encargados de nuestra conducción.

A fin pues de que los recién llegados de España que se deben embarcar en Acapulco para las Filipinas, disfruten, durante su mansión en América, de las satisfacciones y regalos que pueden aliviar sus fatigas y convienen a su estado, como también para que los de la ciudad de México, que siempre tienen envidias a los que pasan al Asia, no los desanimen y seduzcan, han comprado los jesuitas y las demás órdenes, esas casas de recreo que no dependen de los conventos de la Nueva España, sino de los provinciales de Filipinas, los cuales envían sus vicarios, para gobernar a los religiosos y cuidar del reparo y buena administración de sus haciendas.

La de San Jacinto, como hemos dicho, pertenecía a los frailes de Santo Domingo: allí pues nos llevaron, y permanecimos durante una temporada de cinco meses, sin hacernos falta cosa alguna de cuanto podía servir a nuestras recreaciones ordinarias y darnos fuerzas para emprender nuestra segunda navegación.

Los jardines y huertas que dependían de la hacienda, contenían cerca de ocho fanegas de tierra, separadas por calles hermosas de limoneros y naranjos. Había con abundancia granadas, higos y uvas, con piñas de América, zapotes, chicozapotes y todas las demás frutas de México.

Las berzas, ensaladas y cardos de España que se vendían, producían todos los años una renta considerable: pues todos los días se enviaba una carreta cargada a la plaza de México; y no como se quiera en esta o la otra estación, como en Europa podría suceder, sino en todo tiempo; porque allí no se conoce el invierno y el verano por la diferencia del frío y del calor; antes bien reina todo el año la misma temperatura, no distinguiéndose el invierno del estío por las heladas ni las nieves, sino por los aguaceros.

Gozábamos de estas delicias fuera de la casa, mientras en lo interior nos regalaban con toda clase de pescados y viandas, causándonos maravilla la abundancia de los dulces, y sobre todo de conservas de que habían hecho acopio para nosotros. Durante el tiempo de nuestra permanencia, nos llevaban a cada uno todos los lunes por la mañana, media docena de cajas de codoñate o carne de membrillo, mermelada, jalea y frutas en almíbar por no hacer mención de los bizcochos, para que fortaleciéramos nuestros estómagos tomando un *tente en pie* por la mañana y lo restante del día. Y a decir verdad, bien lo habíamos menester, porque sentíamos que nuestros cuerpos se desfallecían, si pasábamos mucho rato sin comer alguna friolera. En España y en las demás partes de Europa basta hacer el almuerzo, la comida y la cena, y a veces puede resistirse con una buena comida o una buena cena todas las veinticuatro horas; pero en México, y otros muchos parajes de América, observamos que dos o tres horas después de haber hecho una comida, en la cual nos habían servido tres o cuatro platos de carnero, vaca, ternera, cabrito, pavos y otras aves y animales de caza, no podíamos estar de debilidad de estómago, y casi nos caíamos de desmayo, de modo que nos veíamos precisados a confortarnos y reponernos con una jícara de chocolate, un poco de conserva o algunos bizcochos, para lo cual nos daban tanta cantidad.

Parecíame todo eso muy extraño, y con tanto más motivo cuanto que, excepto la vaca, las demás viandas tenían trazas de ser gordas y succulentas como las de Europa. Consulté mis dudas con un médico, el cual me respondió: Que, si bien las carnes que comíamos ofrecían a la vista el hermoso color y la gordura de las de España, no obstante estaban muy lejos de ser tan propias para el nutrimento como las de allende la mar, a causa de la sequedad de los pastos y de la falta de cambio en la temperatura de las estaciones, no medrando la yerba como en Europa, y marchitándose muy pronto. Añadió a esas razones: que el clima de aquella región tenía la calidad de producir cosas buenas en la apariencia, pero de poca sustancia para alimentar; que lo mismo que con las viandas que comíamos, sucedía con todas las frutas, que son tan hermosas a la vista y tan gratas al paladar, pero de ninguna virtud nutritiva por dentro; y que no hay ninguna de cuantas veíamos, por gruesa que fuera, la cual pudiese dar la mitad de la sustancia que contiene una camuesa de España o una manzana de las más pequeñas de Inglaterra.

Como hay engaño en la apariencia exterior de las carnes y de las frutas, así se halla entre las gentes nacidas y criadas en aquel país, las cuales muestran un exterior hermoso por de fuera, mas por dentro están llenas de disimulo y falsedad.

Muchas veces he oído a los españoles que la reina Isabel de Inglaterra respondió a unos que le presentaron varias frutas de América: "Menester es que en el país donde se crían estas frutas, las mujeres sean mudables y los hombres embusteros".

Pero dejo aparte las razones que podrían alegarse en semejante materia, y me contento con escribir lo que yo he notado por mi propia experiencia. Mi estómago me pedía sin cesar alimento, y toda la inmensa variedad de

manjares que se devoran en aquel país, no bastaba a satisfacer nuestro apetito sino nuestra necesidad. Por fortuna siempre cuidaban de tenernos bien repuestos los armarios, aunque de golosinas y fruslerías.

Tampoco, cuando se nos antojaba ir a México, se oponían a nuestro deseo, y nos agradaba mucho salir por la mañana, pasar el día en la ciudad y luego volvernos al anochecer a nuestra casa. Ese paseo lo dábamos por debajo de las arcadas que sostienen un acueducto de tres millas de largo, por donde va el agua desde Chapultepec hasta la ciudad de México.

Ahora voy a hacer la descripción de aquella capital: ruego al lector que tome a bien cuanto he sabido durante cinco meses no menos acerca del estado en que está al presente, que del estado en que se hallaba en otro tiempo.

CAPITULO XV

Situación de México.—Descripción de la Laguna de México, y de las diferentes aguas de que se compone, con algunas circunstancias notables sobre este punto

La situación de México es poco más o menos semejante a la de Venecia: la única diferencia que hay entre una y otra ciudad, es que Venecia está edificada en el mar, y México en un lago.

El lago, llamado la Laguna de México, no presenta más que una superficie unida, pero se divide en dos partes: una de agua estancada y tranquila, y otra sujeta a flujo y reflujo según el viento que sopla.

En la parte sosegada, el agua es dulce, buena, saludable, y lleva gran multitud de peces; mas en la que tiene flujo y reflujo, es salobre y amarga, no criándose en ella especie alguna de pescado grande ni pequeño.

El agua dulce está más alta que la otra, y cae dentro de ella, sin volver atrás como algunos se han imaginado.

La parte salada tiene siete leguas de largo y otras tantas de ancho, y más de veinte de circuito; la parte de agua dulce es igual en dimensión, de manera que toda la laguna boja sobre cincuenta leguas a la redonda.

Las opiniones de los españoles acerca de aquellas aguas y de los manantiales de donde provienen son muy diversas entre sí. Según unos, no tienen más que una fuente que nace en una sierra grande y elevada que se ve al sudoeste de México, y el gusto salobre de la mitad de la laguna resulta de que la tierra que le sirve de fondo está llena de sal.

Y sea que esa opinión se asiente en la verdad o que no tenga fundamento, la verdad es, y yo lo he visto por mí mismo, que todos los días se saca mucha sal, y que este artículo forma parte del comercio de la capital con lo restante de la provincia, y hasta con las islas Filipinas, a donde todos los años trasportan una gran cantidad.

Según otros, la laguna tiene dos orígenes: el agua dulce viene de esa sierra puesta al sudoeste de México, y el agua salada de una cordillera elevadísima más a la parte de tramontana. Pero éstos no dan razón de la salobri-

dad del agua y piensan que tal vez se debe atribuir a la continua agitación que experimenta con su flujo y reflujo, si bien semejante fenómeno carece de la regularidad de las mareas del océano, y sigue solamente el ímpetu de los vientos, que a veces revuelven el lago de tal manera que la misma mar no es más tempestuosa.

Si empero fuese cierta esa explicación, ¿por qué no habían de producir los vientos el mismo efecto en la parte dulce de la laguna? Yo creo pues que, aún cuando tengan esas aguas dos fuentes distintas, la causa de la salobridad de la mitad de ellas es la tierra mineral y salitrosa de las montañas por donde pasa. Así arranca al bajar una porción de sal, la cual se disuelve en su curso y le comunica esa calidad que la diferencia.

Yo he visto una cosa igual en la provincia de Guatemala, donde hay cerca de un pueblo llamado Amatitlán, una laguna, cuyas aguas no son enteramente dulces sino algo saladas, y salen de una *montaña ardiente* o de un volcán. El fuego del volcán procede de las minas de azufre que hay en sus entrañas, y de ellas nacen también cerca del pueblo, dos o tres fuentes de un agua más que tibia, a donde van a bañarse muchas personas, por la fama que han adquirido de ser muy provechosas para todos los que necesitan tomar aguas azufradas. Estas aguas pasan por medio de una mina de azufre, y sin embargo las de la laguna que salen de la misma montaña tienen la propiedad de cubrir de sal la tierra de las cercanías, de modo que las gentes pobres van todas las mañanas a recoger la que se encuentra en la orilla como si fuera una helada.

Hay en tercer lugar otros que piensan que el agua salada de la laguna de México viene de la mar del Norte que atraviesa la tierra, y que si bien los arroyos, fuentes y manantiales que salen de la mar, pierden su salobridad a causa de la filtración, ésta puede conservarla por la mucha cantidad de minerales con que se mezcla al paso, o porque no es tanta como debiera ser su filtración, en razón de las grandes concavidades de las montañas, que en América son muy huecas como lo demuestra la experiencia con los terremotos, mucho más frecuentes allí que en Europa; porque los vientos, encerrados en esas cavidades, hacen temblar la tierra para salir. Así pues las anchas aberturas de aquel suelo no ofrecen al agua la estrechez de que ha menester para dulcificarse, y por eso retiene la sal que ha sacado de la mar.

Pero sea de esto lo que quiera, la verdad es que no hay otro lago conocido semejante a la Laguna de México, en donde se junten el agua dulce con el agua salada, y donde haya una parte que lleva peces y otra al lado que no los cría.

En otro tiempo había alrededor de la laguna cerca de ochenta ciudades, algunas de cinco mil familias y otras de diez mil, entre las cuales se contaba Tezcucó, que como he dicho ya, no cedía a México en grandeza.

Mas cuando yo visité la Nueva España, podría haber unos treinta pueblos entre villas y lugares, la mayor parte de los cuales no tenían arriba de quinientas casas.

Dos años antes de mi salida de aquel país, es decir, por los años de 1635 y 1636, se me aseguró que había perecido un millón de indios, en un trabajo que el gobierno emprendió para preservar la ciudad de las aguas

de la laguna, construyendo un malecón por medio de la sierra. El fin de esta obra era el de evitar las inundaciones a que estaba sujeta la capital, y que particularmente en 1634 fueron tan crecidas que destruyeron una gran parte de la ciudad, entraron en las iglesias edificadas en los sitios más altos, y obligaron a los habitantes a ir en canoas de una casa a otra.

Los más de los indios que habitaban alrededor de la laguna, fueron empleados contra la furia de aquel elemento, y eso arruinó una multitud de lugares y aldeas, que estaban entonces a la orilla del agua y ahora están lejos, por haberle dado dirección hacia otro paraje; aunque se creía que no duraría la obra, y que el agua volvería a tomar su antiguo curso hacia México.

CAPITULO XVI

Descripción del palacio de Montezuma, de sus armas, de sus muebles, de sus mujeres, de sus oficiales: de las diferentes funciones de éstos: de las diversas especies de animales que mantenía: de los jardines, de su arsenal y de otras particularidades

Se dice que la primera vez que entró Cortés en aquella ciudad, había ochenta mil casas.

El palacio de Montezuma era muy grande y magnífico, llamábase Tepac en la lengua de los indios, y tenía veinte puertas que daban salida a las calles de la ciudad.

Tenía también tres patios, y una fuente hermosísima en medio de muchas salas, cien estancias de veintitrés y treinta pies de largo, cien baños y estufas. Y aunque en ninguna de esas obras hubiese un solo clavo, no dejaban sin embargo de ser firmes y muy sólidas.

Las paredes eran de cal y canto, y enriquecidas con jaspes y otra piedra negra con venas de ciertos granitos encarnados como rubíes que relucían muy hermosamente.

Los techos eran rasos, y los pavimentos de cedro, de ciprés y de abedul. Las habitaciones estaban pintadas y entapizadas con alfombras de algodón, pieles de conejo y plumas.

Las camas empero no correspondían a tanta magnificencia, porque eran muy sencillas y semejantes a las que usan todavía los indios más acomodados, es decir unas mantas tendidas sobre esteras, o sobre paja o bien solamente las esteras.

Habitaban en el palacio imperial mil mujeres, algunos pretenden que había tres mil, contando las doncellas, las criadas y las esclavas, pero por lo general eran hijas de los principales nobles, y Montezuma escogía entre ellas las que más le agradaban, dando las otras a los señores y caballeros que le servían.

Los españoles aseguran que tenía al mismo tiempo ciento cincuenta mujeres encinta, y que las que se hallaban en ese estado, tomaban ordinariamente medicinas para abortar, porque sabían que sus hijos no podían heredar el imperio. Además como no era permitido a hombre alguno el ver a las mujeres del emperador, tenían un número crecidísimo de dueñas para guardarlas.

Poseía Montezuma, dentro de México, a más del Tepac o palacio imperial, otras varias casas. Una de ellas se componía de muchas habitaciones harto cómodas, y de hermosas galerías sostenidas por columnas de jaspe que daban vista a un jardín delicioso. En el jardín había por lo menos doce estanques, unos de agua salada para las aves marinas, otros de agua dulce para los pájaros que frecuentaban los lagos y los ríos, todos con sus esclusas correspondientes para vaciarlos, y llenarlos cuando se quisiera, a fin de conservar la pulcritud de la pluma de aquellos animales con la limpieza del agua en que se bañaban; pero apenas bastaban todos los estanques para las aves del jardín: tan grande era en número, siendo tal la variedad de sus especies, y tal la diversidad de sus formas y plumajes, que los españoles no conocían la mayor parte ni habían visto antes cosa que se les pareciera.

Ocupaban el servicio de esa casa más de trescientas personas, y cada cual tenía su empleo diferente. Unas cuidaban de limpiar los estanques; otras iban a pescar para dar de comer a las aves que se alimentaban de pescado; y otras les preparaban y daban la carne, porque a cada una le daban lo mismo que solían comer en libertad en los campos o en los ríos.

Varios hombres se ocupaban también en limpiarles las plumas, mientras otros tenían cuidado de recoger y poner a cubierto los huevos; mas su principal encargo era desplumarlas a su debido tiempo y guardar la pluma, de que hacían ricas mantas, hermosos tapices, penachos magníficos, y varias otras obras mezcladas con oro y plata.

Otra de las casas de Montezuma estaba destinada exclusivamente a las aves de presa o caza y a las que viven de rapiña. En ella se contaban muchas salas y estancias altas, donde mantenían enanos, jorobados y otros individuos contrahechos de ambos sexos y de todas edades, como también los que nacían blancos, cosa que sucedía muy rara vez. Algunos miserables estropeaban o deformaban a sus hijos al nacer, para que los recibieran en la casa del rey, y mostraran con la deformidad de sus cuerpos, la grandeza del monarca.

En las salas bajas de la misma casa, había jaulas para aves de rapiña de todas especies, como halcones, gavilanes, milanos y otras semejantes, y entre los halcones y gavilanes se contaban más de doce especies diferentes.

Además de los trescientos hombres que estaban de servicio en la casa, había por lo menos mil halconeros o cetreros y cazadores, a quienes se distribuían diariamente quinientos pavos para su alimento.

Mantenían allí cazadores, para guardar las fieras y animales salvajes de las salas bajas, donde había encerrados en grandes jaulas de madera leones, tigres, osos y lobos, y toda especie de cuadrúpedos; a fin de que Montezuma pudiera decir que nada le faltaba en su casa, y todos los días se empleaba en la manutención de esas alimañas, una cantidad inmensa de pavos, gamos, perros y otros animales semejantes.

En la misma casa se veía otra sala llena de tinajas grandes, unas con agua y otras con tierra donde tenían serpientes y culebras gruesas como el muslo de un hombre, víboras, caimanes o cocodrilos de veinte pies de largo, y una variedad infinita de lagartos y otras sabandijas ponzoñosas que se hallan en el agua y en la tierra.

Las culebras y demás animales venenosos se mantenían con la sangre de los hombres que inmolaban en los sacrificios, y algunos aseguran que les echaban carne humana, con que se regalan mucho los grandes lagartos y los caimanes.

Mas lo que ofrecía un espectáculo verdaderamente horrible, era la vista de los oficiales o empleados que andaban siempre alrededor de aquellos monstruos, pisando la sangre coagulada que inundaba el suelo y olía peor que las inmundicias de un matadero; el rugido feroz de los leones, los silbos espantosos de las culebras y víboras, y el coro infernal de los osos, tigres y lobos, cuando acosados del hambre pedían de comer.

No obstante, en ese lugar, que toda la noche parecía la residencia de los mismos demonios, en medio de los silbos, de los aullidos y del estruendo de tantos animales, era donde diariamente dirigía al cielo sus oraciones aquel príncipe pagano; y para el efecto había junto a la habitación de las fieras, otra casa de ciento cincuenta pies de largo sobre treinta de ancho, la cual servía de capilla, y cuya bóveda estaba cubierta de oro y de plata en hoja, y enriquecida con una gran cantidad de perlas y piedras preciosas, como ágatas, cornalinas, esmeraldas, rubíes, y otras diversas joyas.

Ese era el oratorio en que Montezuma hacía sus oraciones por la noche, y en donde el diablo le daba sus respuestas dignas sin duda de ser proferidas en medio de la horrible algazara de tantas fieras espantosas como formaban allí el más exacto remedo del infierno.

No faltaba tampoco a México su arsenal, bien provisto de armas de toda especie, conforme a las necesidades de la guerra del país, como por ejemplo, arcos, flechas, hondas, chuzos, dardos, mazas, espadas, escudos, y rodela de madera forradas de cuero y doradas.

La madera de que hacían sus armas y rodela era extraordinariamente dura, y en la punta de sus flechas embutían un pedernal con punta, o un hueso de pescado que llaman *libisa*, cuyo veneno hacía casi incurables las heridas, cuando se quedaba el arma en la parte tocada.

Las espadas eran de palo con el corte de piedra, es decir: unas trancas, en las cuales encajaban una piedra afilada; mas con ellas hacían astillas las lanzas y derribaban la cabeza de un caballo al primer tajo, cosa que parece increíble.

Pegaban el pedernal a la madera con cierta cola o argamasa compuesta de una raíz llamada *zacolt*, y de trujali, especie de arenilla menuda y blanca que mezclaban con sangre de murciélago y otros animales, formando así una almáciga tan fuerte que, después de aplicada no se desprendía jamás.

Además de esas casas, pasma el número de las quintas y alcurías que poseía solamente para su recreo, y para irse a solazar en medio de sus hermosos jardines, y en sus huertos de yerbas medicinales, y en sus arboledas de frutales.

Había un jardín entre otros, donde se contaban más de mil figuras de hojas y flores, trazadas con el más exquisito primor. Montezuma había prohibido que se cultivaran allí berzas ni otras legumbres, o que pudiesen acudir en la plaza; porque, en su opinión como decía, era indecente que los reyes y príncipes tuvieran entre sus placeres cosas de que se sacara algún logro, pues eso pertenecía solamente a los mercaderes.

No faltaban sin embargo huertos y vergeles fuera de la ciudad con árboles frutales, ni tampoco granjas y casas de recreo en los sotos que rodeaban la laguna, hermoseadas con fuentes, canales y estanques llenos de peces de diversas especies: ni dejaba de haber dehesas y cotos con abundancia de ciervos, gamos, liebres, zorras, lobos, y otros animales de caza, a donde iba a divertirse algunas veces, de la misma manera que los señores principales de México. El número de las casas de recreo de este emperador era tan grande que hay pocos reyes que tengan otras tantas.

Su guardia se componía ordinariamente de seiscientos nobles, y cada uno de ellos llevaba consigo tres o cuatro criados, y algunos más según su calidad: de modo que siempre seguía la corte un cuerpo de tres mil hombres, los cuales se mantenían con las viandas que retiraban de su mesa.

En aquel tiempo había en el imperio de México tres mil señores de pueblos, con diversos vasallos dependientes de ellos; pero treinta con especialidad podían poner en pie de guerra un ejército de cien mil combatientes cada uno.

Todos los señores iban a vivir a la capital durante una temporada del año, no atreviéndose a salir sin licencia del emperador y cuando se ausentaban, era menester que dejaran en la corte a uno de sus hijos o de sus hermanos en rehenes, y como prenda de su fidelidad. Por esa razón, estaban todos obligados a tener sus casas en la ciudad de México, y eso hacía la corte de Montezuma muy considerable.

Además el emperador no necesitaba pensar en sus edificios y casas, porque estaban a cargo de ciertas poblaciones, que, en lugar de pagar tributo, tenían por pecho el construir y reparar esas casas y edificios a sus expensas, dando todos los alarifes y demás operarios que era menester, con la piedra, la cal, la madera, el agua, y todos los otros materiales que los mismos trabajadores transportaban a cuestas.

Era también obligación suya abastecer la corte de leña, siendo el consumo de quinientas cargas de hombres al día, y algunas veces mucho mayor en invierno.

El fuego de las chimeneas del palacio del emperador se alimentaba con corteza de encina, que se estimaba como la mejor leña, porque hacía una lumbre muy buena y daba más claridad que los troncos gruesos.

Los tránsitos de la ciudad de México se dividían en tres clases de calles muy espaciosas y bellas, una de las que formaban los canales con varios puentes para cruzarlas, otra de las calzadas, o calles de piso firme, y la tercera de las que eran mitad de tierra para los pasajeros, y mitad de agua para los barcos que llevaban los viveres a la plaza.

La mayor parte de las casas se mandaban por dos puertas o salidas; daba la una a la calzada y la otra al canal, donde se embarcaban para ir a los parajes que se les antojaba.

Mas, a pesar de lo cerca que el agua está de las casas, como no es buena de beber, hacen ir agua dulce a México por unas cañerías o acueductos desde un lugar que llaman Chapultepetl, distante unas tres millas de la población. Al pie de la montaña de donde sale el agua, había dos estatuas de piedra con sus escudos y sus lanzas: una representaba a Montezuma y la otra a su padre Agiaca.

En el día hacen bajar el agua del mismo sitio, y pasa por dos conductos o caños sostenidos sobre arcos de piedras y ladrillos en forma de un magnífico puente. Cuando uno de los conductos está sucio, toda el agua va por el otro, hasta que lo dejan limpio.

Esa fuente abastece de agua toda la ciudad, y los aguadores la venden por las calles, unos en barriles de madera, y otros en cántaros que llevan en mulas o borricos.

CAPITULO XVII

De la etimología y antigüedad de México, y del origen de sus fundadores, con un compendio cronológico de sus reyes hasta Montezuma

Cuando los españoles se apoderaron de México, se dividía la ciudad en dos grandes *calles* o barrios: el uno se llamaba *Tlatelulco*, que quiere decir isleta, y el otro *México*, que en la misma lengua significa manantial o fuente; y como el palacio del monarca se hallaba situado en ese último barrio, tomó su nombre toda la capital.

Pero el nombre primitivo de la ciudad era Tenochtitlán, voz compuesta del que dan al fruto de nopal que los españoles llaman higo de palo, higo de tuna o higo chumbo, y los indios muchtli, y de tetl, cuya acepción es piedra o roca.

En efecto, los fundadores de la ciudad echaron los primeros cimientos de la que pronto debía ser cabeza y corte de su imperio, junto a un peñasco situado en medio de la laguna, y al pie de la roca había un nopal, de donde viene que México tenga por armas un nopal al pie de una roca, según la etimología del primer nombre de la ciudad.

Dicen algunos que se llamó así de Tenuc, su fundador, hijo segundo de Iztacmixcotal, cuyos hijos y su posteridad fueron los primeros pobladores de toda la parte de América que al presente llamamos Nueva España.

Otros pretenden que el nombre de México trae mucha más remota antigüedad, y que se lo dieron los Mejitis, que han sido sus verdaderos fundadores. Citase en apoyo de esa opinión el nombre de Méjicas que hasta hoy conservan los indios de una de las calles de la ciudad, habiendo tomado el suyo los Mejitis de su principal ídolo Mejitli, venerado entre ellos con tanto culto como el mismo Vitzlopachtli, dios de la guerra.

La opinión empero más recibida entre los españoles acerca de los primeros pobladores de México y de la etimología de esta palabra es: Que los mejicanos habitaban en la Nueva Galicia, y que de allí se derramaron

por diversas comarcas el año 720 del Señor, hasta que, en 902, guiados por Meji, su general, edificaron aquella ciudad, y la llamaron de ese modo en honra de su caudillo.

Estaban separados en siete familias o tribus, que se habían gobernado mucho tiempo a manera de aristocracia, cuando la más poderosa de ellas, que era la de los Navatalcas, tuvo un rey, y todas las demás se sometieron a su gobierno y autoridad.

El primer monarca que obtuvo el poder supremo así, se llamaba VIT-ZILOVITLI.

El segundo, ACAMOPITZLI.

El tercero, CHIMALPAPOCA.

El cuarto, IZCHOATL.

El quinto, MONTEZUMA, primero de este nombre.

El sexto, ACACIS.

El séptimo, AXALACA

El octavo, AUTZLOL.

El noveno, MONTEZUMA II, que reinaba cuando llegó Hernán Cortés.

El décimo, CUAHUTIMOC, ⁽⁴⁾ que perdió la ciudad de México, y con quien feneció aquel imperio.

El más venturoso de todos esos reyes fué Izchoatl, el cual logró subyugar por medio de su primo Tlacaetlec las otras seis tribus, y formar de ellas un pueblo sujeto a la autoridad de los reyes de México.

Después de la muerte de Izchoatl, los electores, que eran seis, eligieron por el rey a Tlacaetlec, como a príncipe cuya virtud tenían ya bien experimentada; pero él rehusó generosamente aceptar esa dignidad, diciendo: Que era mejor para el provecho de la República y bien de todos que eligieran a otro. "Por mi parte, añadió, siempre estaré pronto a ejecutar cuanto fuere necesario en servicio del Estado, y sin ser rey, seguiré trabajando como hasta ahora por la prosperidad y la defensa de la patria".

Celebróse pues nueva elección, y el primero de los Montezumas fué hecho rey en lugar del que no quiso serlo.

CAPITULO XVIII

Sucinta relación de la toma de México por los españoles

Los reyes más desgraciados de aquella nación fueron los dos últimos Montezuma y Cuahutimoc, ambos vencidos por Cortés.

El conquistador tenía preso a Montezuma en su propio palacio; mas no creyéndolo todavía a buen recaudo, lo atrajo mañosamente a la habitación que le servía de alojamiento, y le mandó poner grillos, reteniéndolo así hasta que se acabó la ejecución de Cualpopoca, señor de Nahutlán, ahora Almería, condenado a muerte por haber muerto o hecho matar a nueve españoles.

(4) Los escritores españoles lo llaman generalmente Guatimoczin.

Pero la prisión del monarca, o más bien esa última ignominia, encendió los ánimos de sus vasallos, y todos los mexicanos se alzaron contra Cortés y los españoles, y pelearon con ellos por espacio de dos o tres días, pidiéndoles a su emperador, y amenazándolos con la muerte y los tormentos más atroces, si no se lo volvían en libertad.

Cortés rogó entonces a Montezuma que subiera a uno de los miradores altos de la casa que estaban apedreando con la mayor furia, y que mandara a sus súbditos que se aplacasen. Así lo hizo, pero habiéndose inclinado sobre el pretil para que pudiesen oírlo mejor, le alcanzó en la sien una piedra de la lluvia que de ellas lanzaba la muchedumbre alborotada. El malhadado príncipe cayó muerto del golpe, acabando su vida a manos de sus propios vasallos, aunque contra la voluntad de los amotinados, en medio de su corte y bajo el poder de un puñado de extranjeros.

Los indios dicen que era de la familia más noble de toda su línea, y el más magnífico de todos los monarcas que le habían precedido. De ahí puede inferirse que cuando los imperios llegan a la cumbre de su prosperidad, están al borde del precipicio que los devora, o que los reinos se hallan más cerca de mudar de señor, cuando se juzgan más estables y dichosos. La historia de Montezuma es una lección terrible, en que la gloria y magnificencia del monarca, aparecen como presagios formidables de la ruina de un vasto imperio.

Muerto Montezuma, eligieron los mexicanos a Cuahutimoc por emperador, y continuaron apedreando la casa de Cortés con tanta rabia, que lo obligaron a huir de la ciudad con todos los españoles.

Después de haberse retirado de la capital, se fortificaron en Tlascala. Cortés mandó construir diez y seis bergantines, o diez y ocho, como otros quieren, volvió a sitiar la ciudad de México por agua y por tierra, y redujo a los habitantes a tal escasez de víveres, que las casas, donde amontonaban los muertos para disimular el aprieto en que se veían, estaban todas llenas de cadáveres.

Mas aunque vieron arder el palacio de su rey Cuahutimoc y la mayor parte de la ciudad consumida por las llamas o convertida en escombros, no por eso aflojaron en la defensa, antes siguieron peleando con mayor encono, y disputando el terreno calle a calle. En todos los parajes en que podían resistir a los conquistadores, renovaban denodados el combate; cada paso era un encuentro, cada encuentro una matanza. Los canales, las calles, las casas presentaban por donde quiera montones de cuerpos muertos, y los vivos que acertaban a cruzar por medio de tantas víctimas, y que ya ni aun cortezas de árboles tenían para alimentarse, estaban tan amarillos y flacos, que inspiraban más lástima que los que habían cesado de padecer.

Los españoles llegaron, al cabo de muchas fatigas y a costa de sangre a la plaza del mercado, y se apoderaron de la mayor parte de la ciudad. Aquellas maltratadas reliquias del ejército mexicano, sin embargo, aquellos hombres tan débiles y extenuados que podía decirse que solamente les quedaba el corazón,

desecharon con arrogancia la paz que, después de haberles intimado la rendición, envió a ofrecerles el magnánimo Cortés. Respondiéronle valientemente que no debía esperar aprovecharse de sus despojos, porque si la fortuna seguía siéndoles contraria, estaban resueltos a quemar o a echar en el lago todas sus riquezas, y a pelear hasta el último trance, mientras quedara un hombre solo vivo.

Cortés, deseoso de saber lo que todavía le quedaba por ganar, subió a una torre alta desde donde podía ver toda la ciudad, y juzgó que aún resistía la octava parte. Mandó pues a atacar; volvió a encenderse la lucha, y los pobres habitantes, viendo la fatalidad de su destino y no pudiendo ya más rogaron a los españoles que los exterminaran de una vez a todos, para acabar con su miseria.

Otros había junto a la orilla de la laguna cabe un puente levadizo, los cuales gritaban a Cortés que, pues era hijo del Sol, intercediera con su padre a fin de que los hiciese perecer; y después dirigiéndose al sol mismo, le suplicaban que pusiera fin a su mísera vida, y los dejara ir a gozar del descanso que esperaban hallar junto a su dios Cuetcavatl.

Cortés, viendo la extremidad en que estaban aquellos infelices, y creyendo que al cabo se someterían, envió un mensajero a Cuahutimoc, para que le hiciera presente el estado de miseria de sus súbditos, estado que aún sería más triste, si él no se inclinaba a la paz.

Pero, luego que el desgraciado príncipe hubo escuchado semejante propuesta, se enfureció de manera que mandó sacrificar al embajador de Cortés en el acto mismo, e hizo dar por respuesta a los españoles que lo acompañaban muchos palos, incitando a los suyos a que los persiguieran a flechazos y pedradas, y diciendo que pedía la muerte y no la paz.

Viendo Cortés el endurecimiento del emperador, después de una carnicería tan grande como habían experimentado sus vasallos, después de tantos combates, y después de la pérdida de casi toda la ciudad, despachó a Sandoval con sus bergantines por un lado, y él fué por otro, a fin de someter a los que pudiesen haber permanecido en las casas y demás reparos o sitios fuertes; pero encontró tan poca resistencia que no tuvo dificultad en hacer cuanto le plugo.

Cuando se contemplaba el número crecido de los muertos que había en las calles y en las casas, parecía imposible que aún quedaran en toda la ciudad más de cinco mil hombres; sin embargo aquel mismo día se contaron entre muertos y prisioneros en el combate último cuarenta mil y más. Los gritos, los gemidos, los llantos de las mujeres y de los niños, eran cosa muy lamentable, y no era menos triste ni menos difícil de soportar la hediondez de los cadáveres.

Aquella noche misma resolvió Cortés por su parte acabar la guerra con una sola hazaña; mientras Cuahutimoc por la suya trató de buscar en la fuga su salud, y se embarcó en una canoa montada por veinte remeros para bogar con mayor velocidad.

Al amanecer se adelantó Cortés con su gente y cuatro piezas de artillería hacia el barrio en donde los habitantes que se habían escapado de los reveses de la guerra, estaban encerrados como corderos en un redil. Dió orden a Sandoval y a Alvarado que iban a bordo de los bergantines, para que cerrasen el paso a las canoas de la ciudad que estaban recatadas al amparo de ciertas casas, y con especialidad para que procurasen apoderarse del emperador, y cogerlo vivo, sin hacerle daño.

En seguida mandó a lo restante de los suyos que sacaran los bajeles de México, y él subió a una torre en busca del emperador, en la cual halló a Tihuacoa, gobernador y capitán de la ciudad, a quien le costó mucho reducir a que se rindiera.

Después salió una multitud tan grande de ancianos, mujeres y niños, y con tanta precipitación se quisieron embarcar que sumergieron los barcos, y hubo gran número de ahogados.

Cortés prohibió con penas severas a su gente el hacer mal a aquellos infelices; pero le fué imposible contener a los de Tlascala, que mataron y sacrificaron por lo menos quince mil mexicanos, mientras los restos de sus guerreros se defendían aún desde los terrados y corredores de las casas, y desde allí veían la ruina de su patria, y la fuga de Cuahutimoc y de toda la nobleza de la ciudad embarcada con su soberano.

Entonces Cortés, habiendo hecho tirar un arcabuzazo para que estuvieran prestos sus oficiales, no tardó en tomar posesión de toda aquella inmensa capital.

Los bergantines atravesaron también toda la flota de los barcos mexicanos sin la menor resistencia, y abatieron el estandarte real de Cuahutimoc.

García de Holguín, capitán de uno de los bergantines, percibió la gran canoa de los veinte reinos, y como sus prisioneros lo confirmasen en la sospecha que le había inspirado la mucha gente que se veía en ella, le dió caza y a poco rato logró alcanzarla.

Cuando Cuahutimoc, que estaba en la popa y se disponía a pelear, vió las ballestas de los españoles armadas y las espadas desnudas contra él, se rindió y declaró que era el emperador. García de Holguín gozoso con tan buena presa, volvió la proa y llevó su prisionero a Cortés que lo recibió con mucha reverencia.

Pero Cuahutimoc, al verse en la presencia de Cortés, echó mano a su puñal, diciéndole que había hecho todo lo posible para defenderse y defender a los suyos, y para no verse reducido al estado en que se encontraba; y que, pues a fuer de vencedor podía hacer de él lo que le cupiere más a su gusto, le rogaba que le quitase la vida, insoportable para un príncipe después de la pérdida de su imperio.

Consoló a su cautivo lo mejor que pudo Cortés, asegurándole que no corría peligro su vida, y lo llevó a un mirador, donde le suplicó que mandara a sus súbditos, que aún se resistían, el que se sometieran. Cuahutimoc lo hizo así, los mexicanos dejaron las armas, y se dieron a partido, si bien, a pesar del gran número de los muertos y de los prisioneros, todavía eran más de setenta mil combatientes.

De ese modo ganó Hernán Cortés la famosa ciudad de México el día 13 de agosto del año de gracia 1521. Todos los años se celebra ese día en conmemoración de tan fausto acontecimiento, y se pasea en procesión solemne el estandarte real con que se ganó la ciudad.

Puede asegurarse por consiguiente que semejante conquista fué por lo menos tan señalada como la más considerable de las victorias que la antigüedad nos presenta en sus fastos. Allí murió uno de los mayores monarcas de la América, y allí quedó cautivo uno de los más valientes capitanes que jamás se vieran en aquellas regiones.

El sitio duró tres meses desde que los bergantines fueron llevados a Tlascala: asistieron a Cortés en su empresa cerca de doscientos mil indios y novecientos españoles; tuvo ochenta caballos, diez y ocho piezas de artillería, y un número igual de bergantines.

Matáronle cincuenta españoles, y seis mil indios aliados y seis caballos; pero la pérdida de los mexicanos fué horrorosa: además de los que perecieron de hambre y de los que arrebató la peste, murieron a manos de sus enemigos mas de ciento veinte mil personas, y una parte considerable de la nobleza, que casi toda acudió a la defensa de la capital.

Había tanta gente en la ciudad que los víveres se acabaron muy pronto, y los habitantes tuvieron que beber agua salada, alimentarse de hojas y cortezas de árboles, y dormir entre los muertos que exhalaban tan horrible hedor que no tardó en declararse una peste asoladora.

El valor y la constancia de aquellos indios son ejemplares. Ni el hambre, ni la fatiga, ni la fiebre, ni el mismo abatimiento pudo menguar su noble entereza. Pelearon con denuedo; se resistieron como héroes, y sólo sucumbieron por mandato de su soberano.

Debe notarse que, aun cuando los mexicanos, como los demás indios, comían carne humana, solamente destinaban a sus festines la de sus enemigos; porque si no hubiera sido así, en el sitio de México se habrían devorado unos a otros, sobre todo no hubieran quizás perdonado las personas inútiles para la guerra.

Las mujeres se hicieron famosas en ese sitio, no sólo por no haber abandonado a sus maridos ni a sus padres, sino por el cuidado con que asistían a los heridos y a los enfermos, haciendo hondas al mismo tiempo, y juntando piedras que ellas también tiraban desde los terrados, no con menor estrago de los enemigos que el que le causaban los hombres.

La ciudad fué entregada al saqueo: los españoles se apoderaron del oro, de la plata y de las plumas, y los indios auxiliares tomaron las telas de algodón, y los otros muebles que pudieron salvar del incendio, quedando sujeta de ese modo con todo su poder y sus riquezas a los españoles.

Cortés, notando que el aire de aquella población era muy templado y sano, y que estaba cómodamente situada, pensó desde luego en reedificarla y establecer en ella el asiento principal de la justicia para todo el país.

Sin embargo antes de ocuparnos de su prosperidad actual, es menester que añadamos a lo que se ha dicho del estado de Montezuma, y de sus palacios, la descripción de la plaza del Mercado, y la del templo que en ella había cuando la destruyeron los conquistadores.

CAPITULO XIX

Describeión del Estado de Montezuma, de sus palacios, del templo y del mercado, cuando entraron los españoles

La conveniencia de la laguna que da vuelta a la ciudad, sugirió a los mexicanos el pensamiento de reservar una plaza grande para que sirviera de mercado y pudieran juntarse en ella todos los de los otros pueblos circunvecinos a comprar, vender o cambiar sus mercaderías, cosa tanto más fácil cuanto que poseían gran número de embarcaciones muy cómodas para ese tráfico.

Se cree que en aquel tiempo surcaban las aguas de la laguna más de doscientas mil barcas de las que los indios llaman *acales* y los españoles *cánoas* o *canoas*, que son unos esquifes a guisa de artesones de tahona, contruidos de una sola pieza, y unos mayores y otros menores según el tamaño del tronco de que están hechos.

Y en verdad que ese cómputo no debe ser abultado; porque solamente en la ciudad de México había más de cincuenta mil que de ordinario surtían de víveres la plaza, y conducían a los pasajeros que iban y volvían, cubriéndose de esos barcos todos los canales los días de feria o de mercado.

El mercado se llama en lengua del país *Tlanquintztli*: cada pueblecillo tenía el suyo para sus ventas y compras; pero los de México y Tlatelulco, como de las dos ciudades principales, eran más considerables que los demás,

La plaza del mercado en México, y lo había cada cuatro días, se cerraba con puertas, y era tan espaciosa que contenía más de cien mil personas, que concurrían al mercado para tratar acerca de sus géneros.

Cada oficio, o más bien cada especie de mercancía tenía su puesto propio, que las otras no podían ocupar.

Había además un sitio destinado a las cosas que necesitan mucho espacio como la piedra, la madera, la cal, los ladrillos y otros materiales semejantes.

Entre las varias mercaderías que solían hallarse de venta, se veían diversas clases de esteras finas y de pleita, carbón, leña, y toda especie de alfarería barnizada y pintada con sumo primor; antes, estezados y pieles con pelo adobadas, y sin pelo teñidos, para hacer zapatos o mocasines, adargas, rodela y forros de coseletes de madera. Se encontraban también con pieles de diferentes animales, pellejos de pájaros con pluma y aves de toda especie y de tan lindos matices que nada podía verse más bello ni más maravilloso.

Los géneros de más valor eran sin embargo la sal, mantas de algodón de diversos colores y tamaños, unas para colchas, otras para cama, otras en fin para vestidos, capas y adornos de las casas.

Se admiraban también en aquellas ferias otros tejidos de algodón, de que todavía se sirven los indios para sábanas, camisas, manteles, servilletas y otras piezas de lencería.

Venían al lado de esas telas otras mantas hechas de hojas de un árbol que llaman *metl*, de palma, y de pelo de conejo que se estimaban mucho, porque eran de grande abrigo; pero los cobertores más preciados y sin duda más ricos eran los de pluma.

Vendíase también en el mercado hilo hecho de pelo de conejo, con otras clases de hilos de todos colores en madejas.

La enorme cantidad de aves y pájaros que llevaban, el uso que de esos animales, hacían, y la razón por que los compraban, causaban no menos admiración que asombro, sirviéndoles la carne para su alimento, y la pluma para tejidos en que mezclaban y disponían sus formas y matices muy agradablemente.

Pero el lugar donde se reunían más preciosidades y riquezas era el sitio destinado a las obras de oro y de plumas, donde se hallaba cuanto se podía pedir representado a lo natural con plumas de todos colores.

Los indios eran tan expertos en ese arte, y contrahacían tan perfectamente una mariposa u otro animal cualquiera, los árboles, las flores, las yerbas, las raíces, y en fin todo lo que se les antojaba, que en verdad era muy pasmoso y admirable.

Para salir adelante con las obras más difíciles y darles la mano que tan acabadas las dejaba, tenían los artifices indios dos calidades excelentes, la aplicación y la paciencia. Uno de sus obreros solía pasar todo un día sin comer, para colocar una pluma en su verdadero sitio; volviéndola y revolviéndola antes muchísimas veces al sol y a la sombra, a fin de ver cómo sentaba mejor y tenía el viso y los cambiantes que él intentaba darle. Así se ven pocas naciones en el mundo que tengan la paciencia de los indios.

Su platería era hermosa, y se admiraban sus primores en las excelentes obras de fundición cinceladas con punzones de pedernal, con que, por su parte, contribuía a enriquecer el mercado. Trabajaban aquellos plateros unas piezas en forma de platos con ocho caras y cada cara de su metal diferente, o de oro y plata, sin que se notase soldadura de ninguna especie. Ni eran menos de admirar ciertas calderillas que salían con asas de la fundición, como en Europa salen las campanas con sus badajos. Vaciaban además en moldes peces que tenían las escamas partidas de oro y plata, y papagayos que meneaban la cabeza, la lengua y las alas, y monos que hilaban o comían frutas, o hacían otros muchos gestos imitando los animales verdaderos. Otrosí, esmaltaban con la mayor habilidad, y sabían engastar y montar toda especie de piedra preciosa.

Pero volviendo a hablar del mercado, vendían en él oro, plata, cobre, plomo, latón y estaño, aunque muy poco de los tres últimos metales.

Había tiendas de perlas, de piedras preciosas, de conchas de diversas clases, de esponjas y otros muchos renglones de mercería.

No faltaban en aquella plaza diferentes especies de yerbas, raíces y semillas, tanto para comer como para usos medicinales.

Porque los indios tenían generalmente grande conocimiento de las plantas curativas, y hasta las mujeres y los niños alcanzaban noticia de ellas.

habiéndoles obligado la necesidad a buscar las que se imaginaban con virtud de aliviar sus males, y que la experiencia había señalado como eficaces en la curación de sus enfermedades.

Gastaban poco en médicos, si bien había entre ellos algunos que se dedicaban a esa profesión, y sobre todo muchos boticarios que llevaban al mercado ungüentos, jarabes, aguas destiladas y otras drogas para los enfermos. Su panacea universal era el reino vegetal; todo lo curaban con yerbas; tenían para cada dolencia la suya, y habían adelantado tanto en el arte, que sabían el medio de matar los piojos con el zumo de una planta de especial virtud para el efecto.

La diversidad de los comestibles era infinita, y entre los más regalados para aquellas gentes, se contaban las culebras, que vendían con la cabeza y cola cortadas, perros capones, ratones, ratas, gusanos o lombrices de tierra, y aun cierta especie de tierra particular.

Esa tierra la sacaban de la laguna de México, y era una especie de costra o fango arenoso, semejante a la espuma de la mar, que en cierta sazón del año cogían con redes, reunían en grandes montones y vendían en bollos o pastillas en forma de tabletas.

Y la tal mercancía no se despachaba solamente en la capital, sino que la enviaban a los pueblos lejanos, comiéndola los indios con tanto apetito como los europeos el queso. Además creían que esa espuma era el cebo que atraía tantos pájaros a aquella laguna, con especialidad en el invierno, época del año en que acudían infinitos.

Se vendían asimismo, por reses o por cuartos, venados, cabras monteses, corzos, liebres, conejos, perros salvajes, y otros animales semejantes cogidos en la caza.

Causaba maravilla el ver la inmensa cantidad de frutas verdes y maduras que se presentaban en la plaza.

Había entre ellas el cacao, cuyas habas son del tamaño de una almendra, y del cual hacen el brebaje llamado *chocolate*, bastante conocido al presente en Europa.

El cacao no servía solamente a los indios de alimento, sino que lo empleaban como moneda corriente. Aún ahora ciento veinte o ciento treinta habas de cacao de las más gruesas, o doscientas de las menores valen un real de a ocho, y con cuatro o cinco compran las frutas y demás comestibles que pueden necesitar.

También se encontraban colores y tinturas de diversas clases, hechas de rosas u otras flores, de frutas, de cortezas de árboles y de cosas semejantes.

Todas esas mercancías e infinitas más se vendían en aquella gran plaza, y en las menores que había en distintos parajes de la ciudad. Los mercaderes pagaban por sus tiendas y puestos cierto derecho al príncipe, que, por su parte, estaba obligado a protegerlos y libertarlos de ladrones; para eso tenía ciertos oficiales que se paseaban por el mercado, a fin de descubrir a los que hubiesen hurtado alguna cosa.

En medio de la plaza había una casa que podía verse desde todos los sitios y puestos del mercado, y en ella residían ordinariamente doce ancianos para juzgar los procesos y diferencias mercantiles.

Su comercio se hacía por medio de trueques o cambios: uno daba una gallina por una mazorca de maíz, otro daba mantas por sal, otro, en fin, habas de cacao, que les servían de moneda, por los objetos que se quería procurar.

Los granos y semillas se medían en medidas de madera; el aceite, la miel, los vinos y los licores que hacían de palma, y de otros árboles y raíces, en vasijas o medidas de tierra.

Si alguno se servía de medidas falsas, era severamente castigado y sus medidas se rompían públicamente. Así guardaban la equidad natural, aunque todavía paganos y sin conocer al verdadero Dios y aunque adoraban los ídolos o los demonios, a quienes habían dedicado templos y aras, o, como dice el profeta David, sacrificaban a los diablos sus hijos y sus hijas.

El templo se llama, en lengua mexicana, *Teucalis*, palabra compuesta de *Teul*, que significa Dios, y *cali*, que quiere decir habitación o casa: de manera que ese nombre vale tanto como habitación o casa de Dios.

En la ciudad de México había muchos templos con torres o campanarios, y con adoratorios y altares, en donde estaban colocados sus ídolos.

La forma de todos sus templos era idéntica, y en ninguna parte se veía otra que se le asemejara. Así pues bastará describir el mayor para que se pueda tener conocimiento de los demás.

El templo principal era una plaza cuadrada, cada lado de un tiro de ballesta de largo, y tenía cuatro puertas, tres de ellas que daban a tres calzadas, y la otra a un sitio en frente a una hermosa calle.

En medio de aquel cuadro se levantaba una especie de pirámide de piedra y tierra de cincuenta toesas por la basa cada lado, y cortada hacia la extremidad, en donde formaba un plano de diez toesas en cuadro.

Por la parte de occidente había una escalera de ciento catorce gradas, frecuentada incesantemente por los ministros de su culto, que subían y bajaban con muchas ceremonias, llevando los hombres que iban a sacrificar.

En la cima del templo o de la pirámide se veían dos altares grandes separados uno de otro, pero tan cerca del pretil de aquella azotea, que a grandes penas podían pasar dos personas por entre el altar y la pared. El uno estaba situado a la derecha, el otro a la izquierda, y ambos a una altura como de cinco pies. La parte posterior era de piedra, y la adornaban figuras horribles y monstruosas, pintadas con un artificio feamente hermoso.

Los adoratorios o capillas eran unos tabernáculos de cal y canto con techos de madera, todo de exquisita labor. Cada adoratorio se componía de tres estancias, puestas unas encima de otras, y todas sostenidas por columnas, de suerte que parecían torres por su encumbramiento, y servían de grande ornato a la ciudad.

Desde lo alto de los adoratorios se descubrían todas las ciudades y poblaciones que coronaban la circunferencia de la laguna, y era una de las más nobles perspectivas del mundo.

Montezuma hizo subir a Cortés y a los otros españoles por ostentación a uno de aquellos adoratorios, a fin de darles a conocer la grandeza de la capital, y les explicó toda la fábrica del templo desde los cimientos hasta el remate.

Los sacerdotes tenían un sitio privado para celebrar sus ritos misteriosos, sin que persona alguna pudiera perturbarlos en su retiro. Allí rezaban y adoraban sus deidades, arrodillados de cara al sol naciente, al pie de un altar, en donde, como en todos los demás, había un ídolo, pero más grande.

Además de la torre que se alzaba sobre la pirámide, se contaban otras cuarenta, entre grandes y pequeñas, dependientes de los adoratorios que ocupaban el mismo recinto, los cuales, si bien tenían la misma estructura, no miraban sin embargo hacia el occidente, mas hacia las otras partes del horizonte, para que se distinguiera de ellos el templo principal.

Los templos no eran iguales; unos eran más grandes que otros, y cada uno estaba dedicado a un dios particular.

Entre ellos había uno de forma redonda, consagrado al dios del aire Quecalcovatl, imitando en la construcción del santuario el movimiento circular del elemento a cuya divinidad estaba dedicado.

Daba entrada al templo una puerta que remedaba en su forma la boca de una sierpe, abierta y enseñando los dientes, que habían pintado como también las encías. Semejante vista no dejaba de inspirar horror, especialmente a los cristianos, que veían en ese símbolo representadas las puertas del infierno.

No se reducían a los templos mencionados dos Teucalis de la capital, a los cuales se subía del mismo modo por escaleras que llevaban a tres diferentes pisos. Cada uno de estos templos tenía su dios y una casa o convento con sus sacerdotes y todas las cosas necesarias para su servicio.

Pero en las cercanías del templo mayor había muchas casas, donde vivía un número considerable de sacerdotes, los cuales gozaban individualmente de rentas y provechos para su manutención y comodidades.

En cada puerta de ese templo había una galería o claustro, con muchas habitaciones alrededor y encima que servían de arsenal; porque pensaban los indios que la fuerza y la defensa de un pueblo depende de la casa de Dios, y así los mexicanos habían puesto en el templo su armería.

Finalmente, practicaban en otros edificios llenos de ídolos grandes y pequeños de diversos metales los ritos crueles de su bárbaro culto. Esas casas, que eran pequeñas y tenebrosas, parecían más oscuras y más hediondas por la sangre que continuamente las regaba, y con que frotaban los suelos y las paredes todos los días que inmolaban nuevas víctimas. En las más había una costra de un dedo por las paredes y de un pie en el suelo, lo que hacía semejantes lugares abominables por la vista y por la peste diabólica que exhalaban.

Los ministros del culto que frecuentaban aquellos *adoratorios* no dejaban entrar a nadie, a no ser personas de calidad y a condición de dar un hombre, que aquellos verdugos infernales degollaban, y después de haberse lavado en la sangre sus manos, rociaban su casa y sus ídolos.

Para la comodidad de su cocina, había un grande algibe que llenaban de agua una vez al año por medio de una cañería, que iba allí desde la fuente principal de la ciudad.

En otros sitios de aquella clausura, había lugares donde se criaban las aves, y jardines plantados de hermosos árboles, en los cuales cultivaban yerbas y flores para adornar los altares.

CAPITULO XX

Descripción de las admirables y sorprendentes riquezas que se veían en el templo, y de sus abominaciones

Tan rico era ese templo que mantenía y acomodaba dentro de su recinto a más de cinco mil personas empleadas en él todos los días.

Para sufragar los gastos del templo y de los que estaban empleados en su servicio, muchas ciudades y lugares tenían obligación de proveerlo de pan, carne, pescado, y de las demás cosas que necesitaba, con particularidad de leña; porque consumía más que el palacio mismo del emperador.

Todos los ministros del culto vivían comodísimamente, sin ocuparse de otra cosa que del servicio de sus dioses, que eran numerosos, teniendo cada cual sus ritos y ceremonias diferentes, y aun su orden de sacerdotes distinta de las que cuidaban del culto de los otros.

En efecto pasaba de dos mil el número de esas divinidades en la ciudad de México: las principales se llamaban Vitzilopuchtli ⁽⁵⁾ y Texcatlipuca, cuyas estatuas de piedra ocupaban los altares de la cima del templo.

Su tamaño era gigantesco: estaban cubiertas de piedras preciosas, y de láminas de oro trabajadas en figura de pájaros, de fieras, de peces y de flores, y enriquecidas de esmeraldas, turquesas, calcedonias y otras piedrecillas finas, que ocultaban con una tela de muy fina fábrica llamada en lengua del país necar, pero que, quitado el velo, pasmaban por su hermosura, y despedían un resplandor maravilloso.

Uno y otro ídolo tenían una cintura muy ancha de oro en forma de serpiente, y alrededor de la garganta un collar de diez corazones también de oro puro, y tenían una máscara con ojos de vidrio, y la estampa de la muerte pintada en el pecho.

Los mexicanos creían que los dos dioses eran hermanos: que Tezcatlipuca era el dios de la providencia, y Vitzilopuchtli el dios de la guerra, a quien honraban y tenían sobre todos los demás.

Tenían también otro dios cuya imagen plantaban en el remate de los adoratorios, y lo veneraban sobre los otros con mucha singularidad. Este dios estaba hecho de todas las semillas que crecen en aquel país. Para fabricarlo, molían el grano y amasaban la harina con la sangre de los niños y de las doncellas, a quienes abrían el pecho con afiladísimos cuchillos para sacarles el corazón y ofrecerlo como primicias a sus divinidades.

La consagración de ese ídolo se celebraba con grande pompa, magnificencia y muchas ceremonias, ante todos los habitantes que se agolpaban de tropel a presenciarla, y al acabar los ritos de la consagración los devotos le colgaban piedras preciosas, panes de oro y otras joyas de igual valor.

(5) Los españoles llamaban a ese dios *Huichilobos*, nombre que, pronunciado con la aspiración gutural que entonces daban a la *h*, no carecía de chiste. El otro nombre degeneró entre ellos en un apodo harto licencioso.—E.

Después de la ceremonia, nadie podía tocar al ídolo ni entrar en su santuario, excepto los Tlumacaztli o sacerdotes de su culto.

De tiempo en tiempo rompían la imagen de su dios los Tlumacaztli, y amasaban otra de la misma manera, distribuyendo a pedacitos la antigua entre los habitantes que se estimaban muy dichosos en poseer semejante reliquia, con especialidad los soldados que la creían un talismán efficacísimo para la guerra.

Bendecían también con diversas palabras y ceremonias, en la consagración de esa divinidad, cierto vaso lleno de agua que guardaban religiosamente al pie del altar, para ungir al emperador en su coronación, y bendecir a los generales de sus tropas al entrar en campaña, dándoles a beber una poca.

Fuera del templo y enfrente de la puerta principal, como a la distancia de un tiro de piedra, había una especie de teatro más largo que ancho, construido de cal y canto, y con gradas para subir, y entre piedra y piedra de la pared se veía una calavera con los dientes hacia la parte exterior ¡espectáculo odioso!

En lo alto del teatro había sesenta estacas a cinco o seis pies una de otras, las cuales tenían diversos ganchos de arriba abajo sostenidos con ciertos puntales, y en cada gancho paraban cinco o seis cabezas de hombre ensartadas por las sienes.

La primera vez que los españoles entraron en la ciudad de México como amigos, antes de la muerte de Montezuma, visitaron todos aquellos sitios, y dos de ellos llamados Andrés de Tapia y Gonzalo de Umbria, habiéndose entretenido en considerar las cabezas que estaban ensartadas en esos ganchos y en las escaleras, contaron ciento treinta y seis mil.

Las demás torres estaban llenas, de suerte que el número era casi infinito, y había gentes particularmente encargadas de recoger las cabezas que se caían o de poner otras en su lugar, a fin de que siempre estuviera completo.

Pero lo más notable y lo que dejaba mas atónito era que esos despojos pertenecían a los prisioneros que habían hecho a sus enemigos los mexicanos, y que habían sacrificado en aquel templo. El templo, sus torres y todas sus abominaciones vinieron al suelo, y se convirtieron en cenizas y escombros, cuando los españoles se apoderaron de la ciudad.

Por desgracia cayeron también entonces, y se convirtieron en montones de ruinas con los demás templos y adoratorios, todos los palacios, las quintas y los jardines de Montezuma, la plaza del Mercado y cuanto podía haber conservado la memoria de la grandeza y de la magnificencia de la antigua México.

Pero Cortés considerando la reputación de aquella capital, y la autoridad que sus señores habían ejercido siempre en las ciudades y tribus vecinas, y conociendo la comodidad de su asiento, la hizo reedificar de nuevo, y la repartió entre los conquistadores, después de haber señalado solares para las iglesias, los mercados, la casa de ayuntamiento, y los demás parajes necesarios para el público.

CAPITULO XXI

Del repartimiento que hizo Cortés entre los conquistadores, de los principales palacios y barrios de la ciudad de México, del terreno que destinó para casa de ayuntamiento, iglesias, y otros edificios públicos, y del estado presente de esa gran capital y sus cercanías

El primer cuidado de Cortés fué separar a los españoles de los indios, y estableció sus habitaciones a la una y a la otra parte del agua, de modo que como aún hoy se ve pasa por entre los dos distritos.

Prometió a todos los que fueran naturales de la ciudad o quisieran ir a establecerse en ella, terreno para edificar, dándoles la propiedad para ellos y sus descendientes, con otros muchos privilegios, y franquicias, a fin de atraer por ese medio mayor número de personas para poblar la capital.

Puso al mismo tiempo en libertad a Gitivaco, general de las tropas mexicanas, y le dió una calle entera, nombrándolo cabeza de todos los indios de la ciudad.

Dió asimismo otra calle a don Pedro Montezuma, hijo del difunto emperador, con ánimo de ganarse con esas dádivas y su generosidad el afecto y los aplausos del pueblo.

Distribuyó algunas otras calles e isletas entre varios nobles y señores de cuenta, para que edificasen y pudiesen habitar en su propiedad. Así quedó el terreno repartido, y todos empezaron a construir con mucho alborozo y con una diligencia increíble.

Tan luego como cundió por todas aquellas comarcas que se reconstruía la ciudad de México, se agolpó la muchedumbre a ponerse bajo la protección de Cortés, y disfrutar la libertad y fueros que había concedido a los pobladores, que era un asombro el ver las avenidas de gente que cubrían todos los caminos, ocupando el concurso de hombres y mujeres que se llegaron a juntar en un espacio de tres millas de circuito.

Mas como trabajaban mucho y se alimentaban mal, enfermaron muchos, y no tardó en declararse una peste que devoró una infinidad de indios: porque sus tareas eran tanto más penosas cuanto que tenían que transportar a hombros o arrastrar la piedra, tierra, cal, ladrillos y demás materiales necesarios para edificar.

Sin embargo la ciudad de México volvió poco a poco a verse en pie con cien mil casas mucho más hermosas que las antiguas.

Los conquistadores construyeron sus casas al uso de España, y Cortés hizo edificar la suya sobre los cimientos del palacio de Montezuma. La casa de Cortés, que vale al presente cuatro mil ducados anuales, se llama el Palacio del marqués del Valle, porque el rey de España le hizo donación para él y sus herederos del valle de Guaxaca. El edificio es tan magnífico que como hemos dicho se emplearon solamente en vigas siete mil troncos de cedro.

Los españoles abrieron también hermosos canales que cubrieron con bóvedas para los bergantines de que se sirvieron en la toma de la ciudad, y aún hoy se ven todavía esos canales, que cuidan con el mayor esmero, a fin de conservar la memoria de tamaña expedición.

Condenaron y cegaron las calles de agua que había dentro de la población, y en el mismo lugar han levantado muchas y muy buenas casas: de manera que México no está ya como se veía anteriormente; con especialidad desde el año de 1634 que falta gran trecho para que el agua se acerque a donde solía llegar antes.

Las aguas exhalan a veces un vapor muy hediondo, mas a pesar de ese inconveniente el sitio es templado y sano, a causa de las montañas que lo rodean, y abundan en cuanto es necesario para la vida, por la fertilidad del suelo y la comodidad de la laguna.

México es en la actualidad una de las mayores ciudades del mundo, considerada la extensión que ocupan las casas de los españoles y las de los indios; y aun poco tiempo después de la conquista era una de las más hermosas de todas las Indias, y que más florecía en armas y en letras.

Había por lo menos antes en ella dos mil habitantes que tenían un caballo en su cuadra, y estaban completamente armados, equipados y listos. Pero ya, como todos los indios de los países circunvecinos están sometidos, y aun por la mayor parte aniquilados, con especialidad en los alrededores de México, no temen los españoles que se levanten contra ellos, y han olvidado el ejercicio y profesión de la milicia.

La seguridad con que los descendientes de los conquistadores viven en aquella ciudad es tan grande, que no tienen ni puertas, ni murallas, ni bastiones, ni tampoco torres, plataformas, arsenal, municiones, ni artillería, para defenderse contra los enemigos domésticos o extraños, creyendo los habitantes que basta San Juan de Ulúa para ampararlos contra las invasiones de las demás naciones, y no recelándose de sus contrarios en lo interior.

No obstante México es una de las ciudades más ricas del mundo en razón de su comercio, porque en la mar del Norte tiene más de veinte navíos de alto bordo que vienen de España todos los años y anclan en el puerto de San Juan de Ulúa, cargados no solamente de las mejores mercaderías de la metrópoli, sino de las de todos los otros países de la cristiandad, que después transportan por tierra a la capital.

Por la mar del sur trafica con todos los parajes mercantiles del Perú; sí bien hace su principal negocio en las Indias Orientales, de donde saca géneros preciosísimos de los lugares habitados por los portugueses, y del Japón y de la China, sirviéndole de escala las islas Filipinas, a las cuales envían todos los años dos grandes galeones acompañados de dos buques menores, mientras vuelve de ellas al puerto de Acapulco igual número de embarcaciones cargadas. Desde Acapulco transportan a México las mercaderías del Asia, como hacen con las de Europa desde San Juan de Ulúa.

Hay también en aquella capital una seca, donde se fabrica la moneda de las barras y panes de plata que llevan de las minas de San Luis de Zacatecas, distante ochenta leguas de México hacia la parte del norte.

Los españoles se han adelantado todavía más de cien leguas más allá de Zacatecas, han sometido muchos indios y han descubierto gran número de minas, por lo cual han tenido que fundar una ciudad que llaman la Nueva España.

Los naturales de aquellas comarcas son muy valientes y dan harto que hacer a los españoles, que difícilmente se pueden mantener contra ellos.

Créese sin embargo que todavía irán más lejos, hasta que hayan subyugado todo el territorio, que sin duda linda con las colonias inglesas de Virginia, y las regiones vecinas del mismo continente.

Posee también la capital una excelente universidad, cuyo edificio mandó construir el virrey don Antonio de Mendoza.

Como se reedificó la ciudad, había ya gran diferencia entre un conquistador y un simple habitante de México. La calidad de conquistador era un título honorífico que no pertenecía sino a los que habían subyugado el país, y el rey de España les daba tierras y rentas para ellos y sus herederos; mientras los simples habitantes pagaban todos los años su pecho y contribución por la casa en que moraban en la ciudad.

Por ese punto de vanagloria se encuentran a cada paso en toda la América gentes que se dan por hidalgos entre los españoles, pretendiendo todos en el día que vienen por línea recta de alguno de los conquistadores, aunque sean más pobres que Job. "¿Dónde está la hacienda de vuestra merced?" preguntaron a uno de esos caballeros andantes que infectan el país. "La fortuna se la ha llevado; pero toda la adversidad del mundo no podrá llevarse una brizna de mi honra ni de mi nobleza". Tal es la respuesta de todos ellos, cuando la vista del extranjero se queda clavada en los andrajos que tan mal cuadran a tanta soberbia.

Se ven remendones, y hasta trajineros que van a ganar su vida con media docena de mulas por los caminos, los cuales se dan por descendientes y herederos legítimos de la sangre de aquellos primeros héroes. El nombre de Mendoza o de Guzmán basta para que juren que son de la familia de los duques de Medinasidonia o los marqueses de Astorga. Sus abuelos pasaron los mares para conquistar la América, y han dado provincias enteras y reinos dilatados a la corona de España; pero la mudable fortuna les ha vuelto la espalda, y ahora se ven obligados a esconder, por modestia y respeto, a su ilustre sangre, algunos deslices de los gregüescos con una capa harto lampiña.

Reedificada la capital y establecidos en ella los tribunales, magistrados y demás oficiales necesarios para la administración del Estado, se extendió hasta las más apartadas regiones la fama de Cortés y de su ciudad, y al punto se volvió a ver poblada de indios. Poco tiempo después aumentaron los españoles su territorio, conquistando más de cuatrocientas leguas que sujetaron al gobierno real de México.

Mas puedo decir con verdad que desde entonces acá la han reedificado de nuevo los españoles que han destruido la mayor parte de los indios. Ni me atreveré a asegurar que haya en el día, como poco después de la conquista, cien mil casas de las cuales estaba habitada por los naturales la mayor parte.

Los indios que hay ahora viven en uno de los arrabales llamado Guadalupe, que, cuando yo estaba allí en 1625, podía contar unos cinco mil habitantes. Posteriormente han perecido muchos por los malos tratamientos y las fatigas que les han hecho sufrir en los trabajos de la laguna. Así que no quedarán arriba de dos mil naturales, y como mil de los que llaman *mes-tizos*. Esa casta es la de los hijos de europeo y de india, y el número es tan crecido, porque hay varios españoles pobres que se casan con mujeres del país, y otros que no se casan, sino que hallan medio de seducir a las inocentes indias.

Los españoles van cercenándoles cada día más el terreno en que habían labrado su habitación, y de tres y aún de cuatro casas de indios, construyen una hermosa y grande al uso de España, con jardines y vergeles; por eso ahora casi todas las casas de México son espaciosas y cómodas, y tienen jardín para servir de recreación y desahogo a los que las habitan.

Los edificios son de piedra y buenos ladrillos; pero no son altos, a causa de los terremotos frecuentes que se padecen en aquel clima, y que podrían derribarlas si tuvieran más de tres pisos.

Las calles son anchísimas; en las más estrechas pueden ir de frente tres carrozas, y seis lo menos en las mayores, lo que da a la ciudad apariencias de más grande que no es.

En la época de mi residencia en México, se decía que el número de los habitantes españoles llegaba a cuarenta mil, todos tan vanos y tan ricos, que más de la mitad tenían coche; de suerte que se creía por muy cierto que había en ese tiempo en la ciudad más de quince mil coches.

Es refrán en el país que en México se hallan cuatro cosas hermosas: "las mugeres, los vestidos, los caballos y las calles". Podría añadirse la quinta, que sería los trenes de la nobleza, que son mucho más espléndidos y costosos que los de la corte de Madrid y de todos los otros reinos de Europa; porque no se perdonan para enriquecerlos ni el oro, ni la plata, ni las piedras preciosas, ni el brocado de oro, ni las exquisitas sedas de la China.

Realzan aún más la natural hermosura de los caballos los arneses tachonados de piedras preciosas, las herraduras de plata, y cuánto puede hacer más suntuoso y magnífico su aderezo.

No hay calle en ciudad alguna de la cristiandad que se acerque a las de México en limpieza y aseo, y mucho menos en la opulencia de las tiendas que las adornan; sobre todo las platerías son dignas de admiración por las grandes riquezas y exquisitas obras que en ellas se ven.

Los indios y los chinos que han abrazado la religión cristiana, y que visitan la ciudad todos los años, han acabado de perfeccionar a los españoles en ese oficio, y éstos trabajan ya con un primor admirable.

El virrey que fué a la Nueva España en 1625, queriendo enviar al rey de España un regalo digno de su majestad, mandó hacer un papagayo de oro, plata y piedras preciosas, ajustadas con tanta arte para representar la naturalidad de las plumas, que la obra sola se estimó en quince mil ducados.

En el convento de los dominicos, hay una lámpara de plata en la iglesia, que tiene trescientos brazos o candeleros para poner una vela en cada uno, y cien lamparitas que están unidas a los picos para poner aceite en ellas, obra tan variada, rara y perfecta, que se evalúa en cuatrocientos mil ducados.

A lo que se dice de la lindeza de las mujeres, puedo yo añadir que gozan de tanta libertad y gustan del juego con tanta pasión, que hay entre ellas quien no tiene bastante con todo un día y su noche para acabar una manecilla de primera cuando la han comenzado. Y llega su afición hasta el punto de convidar a los hombres públicamente a que entren en sus casas para jugar. Un día que me paseaba yo por una calle, con otro religioso que había ido conmigo a la América, estaba a la ventana una señorita de grande nacimiento, la cual, conociendo que éramos *chapetones* (nombre que dan a los recién llegados de España el primer año), nos llamó y entabló conversación con nosotros. Después de habernos hecho algunas preguntas muy ligeras sobre España, nos dijo si no queríamos entrar, y jugaríamos una *manecilla* de primera.

Los hombres y las mujeres gastan extraordinariamente en vestir, y sus ropas son por lo común de seda, no sirviéndose de paño, ni de camelote ni de telas semejantes.

Las piedras preciosas y las perlas están allí tan en uso y tienen en eso tanta vanidad, que nada hay más de sobra que ver cordones y hebillas de diamantes en los sombreros de las señoras, y cintillos de perlas en los de los menestrales y gente de oficio.

Hasta las negras y las esclavas atezadas tienen sus joyas, y no hay una que salga sin su collar y brazaletes o pulseras de perlas, y sus pendientes con alguna piedra preciosa.

El vestido y atavío de las negras y mulatas es tan lascivo, y sus ademanes y donaire tan embelesadores, que hay muchos españoles, aun entre los de la primera clase, que por ellas dejan a sus mujeres.

Llevan de ordinario una saya de seda o de india finísima recamada de randas de oro y plata, con un moño de cinta de color subido con sus flecos de oro, y con caídas que les bajan por detrás y por delante hasta el ribete de la basquiña.

Sus camisolas son como justillos, tienen sus faldetas, pero no mangas, y se les atan con lazos de oro o de plata:

Las de mayor nombradía usan ceñidores de oro bordados de perlas y piedras preciosas.

Las mangas son de rico lienzo de Holanda o de la China, muy anchas, abiertas por la extremidad, con bordados; unas de sedas de colores, y otras de seda, oro y plata, largas hasta el suelo.

El tocado de sus cabellos, o más bien de sus guedejas, es una escofieta de infinitas labores, y sobre la escofieta se ponen una redecilla de seda; atada con una hermosa cinta de oro, de plata o de seda que cruzan por encima de la frente, y en la cual se leen algunas letras bordadas que dicen versos o cualquiera pensamiento de amor.

Cúbrese el pecho con una pañoleta muy fina que se prenden en lo alto del cuello a guisa de rebocillo, y cuando salen de casa añaden a su atavío una mantilla de linón o cambrai, orlada de una randa muy ancha o de encajes; algunas la llevan en los hombros, otras en la cabeza; pero todas cuidan de que no les pase de la cintura y les impida lucir el talle y la cadera.

Hay varias majas que se echan la mantilla al hombro, pasándose una punta por el brazo derecho y tirándose la otra al hombro izquierdo, para tener libres las mangas y andar con mejor garbo; pero se encuentran otras en la calle, que en lugar de mantilla, se sirven de una rica saya de seda, de la cual se echan parte al hombro izquierdo, y parte sostienen con la mano derecha, teniendo más trazas de jayanes atolondrados que de muchachas honradas.

Sus zapatos son muy altos, y con muchas suelas guarnecidas por fuera de un borde de plata, clavado con tachuelitas del mismo metal que tienen la cabeza muy ancha.

La mayor parte de esas mozas son esclavas, o lo han sido antes, y el amor les ha dado la libertad para encadenar las almas y sujetarlas al yugo del pecado y del demonio.

Hay una infinidad de negros y de mulatos que se han vuelto altivos e insolentes hasta el extremo de poner a los españoles en recelo de una rebelión, haciéndoles temer más de una vez la posibilidad de una intentona de levantamiento por su parte.

Yo mismo he oído decir a algunos españoles de más piedad y más religión que los otros, que temían la ira de Dios, y ver sujeta aquella ciudad a otra potencia, o bien convertida en ruinas, en castigo de la vida escandalosa de sus habitantes, y de los crímenes que cometían los principales españoles con ellos.

Temería abusar de la paciencia del lector y ofender sus oídos, si me entretuviera en describir las particularidades de su depravada conducta. Sólo diré que se ofende grandemente a Dios en esa segunda Sodoma; y que aún cuando ahora florezcan sus habitantes y abunden en riquezas y deleites mundanos, llegará empero el día en que serán trasegados como el heno, y secaránse como la yerba verde que se ha cortado según dice el salmo 37. ⁽⁶⁾

Así pues, como el estado floreciente de la ciudad de México tan abundante en carrozas y coches, en caballos y calles, en galas y mujeres, es un estado tan deleznable y resbaladizo, no dudo que sus soberbios moradores caerán tarde o temprano bajo el poder de otro príncipe en éste mundo, en el otro entre las manos de un juez severo, que es el rey de los reyes y el señor de los señores.

Pero aunque los habitantes de esta ciudad sean extremadamente dados a los placeres, no hay en el mundo país alguno, en donde haya más inclinación a hacer bien a la iglesia y a sus ministros. Todos ellos se esmeran a cuál más en regalar a los frailes y monjas, y enriquecer los conventos. Estos edifican a expensas suyas ricos altares en las capillas de los santos de su particular devoción; aquellos presentan a las imágenes de la virgen coronas y cadenas de oro, o le dan lámparas de plata; unos edifican conventos, o los reparan a su costa; otros en fin, les mandan dos o tres mil ducados de renta. Así se imaginan que con el bien que hacen a las iglesias, evitarán la pena que sus pecados merecen.

(6) El padre Scio traduce el segundo versículo que sin duda es el que cita nuestro misionero: "Porque ellos como heno se secarán prontamente: y como hortalizas y yerbas luego se caerán".—E.

Faltaría a la escrupulosidad de la historia, si me olvidara de citar a un devoto bienhechor de la iglesia, que vivía en tiempo de mi residencia en el país, y descollaba entre todos por su prodigalidad. Llamábase Alonso Cuéllar, y se decía en el vulgo que su alcoba estaba enladrillada de panes de oro en lugar de ladrillos de tierra. Esa exageración, que nada tenía de cierto, daba a entender las grandes riquezas que poseía; y lo que sí era verdad es que tenía en su cuarto dos arcas la una llena de panes de oro, y la otra de barras de plata.

El tal Cuéllar hizo edificar un convento para las monjas de San Francisco, gastó más de treinta mil ducados en la obra, y luego le dió dos mil ducados de renta al año, para el mantenimiento de las religiosas, y para que mandasen decir cierto número de misas por el reposo de su alma.

Pues ese hombre tan pío, ese bienhechor tan generoso de la iglesia, llevaba la vida más escandalosa a que puede entregarse un vicioso sin recato ni conciencia. Casi todas las noches se iba con dos de sus criados a visitar las mujeres de que hemos hablado, tirando una cuenta de su rosario en cada puerta por donde entraba, y haciendo en su lugar un nudo, a fin de saber al otro día cuántas de esas criminales estaciones había corrido.

Mas estando yo todavía en México, le sucedió un chasco, y salieron a luz, y fueron publicadas por todas partes esas obras de tinieblas. Una noche fué Cuéllar a una de las casas que solía frecuentar, y se encontró con un caballero que estaba celoso de él. Echaron mano a las espadas, pelearon; mas el caballero, que antes había dado de puñaladas a su manceba, y estaba mejor acompañado que Cuéllar, que solamente era un mercader, lo hirió tan malamente que todos lo creyeron muerto.

En fin sucede muy a menudo en aquella populosa ciudad el ver que las limosnas y liberalidades extraordinarias hechas a las iglesias y a las casas religiosas, emanan de personas, cuya vida es tan relajada como escandalosa; sus habitantes encenagados en los placeres de todas clases, creyendo que sus pecados se ocultan y desaparecen con semejantes larguezas, enriquecen a porfía las iglesias, que son tan opulentas y están construídas con tanta magnificencia que no se puede imaginar cosa más grande ni más suntuosa.

No hay más que cincuenta iglesias parroquiales y conventos de frailes y de monjas; pero los que se ven son los mejores que yo conozco. Los techos y las vigas están dorados; adornan columnas de mármol de diversos colores la mayor parte de los altares, y las gradas son de madera del Brasil; en una palabra, los tabernáculos son tan ricos que el menor vale veinte mil ducados.

Además de lo hermoso de los edificios, son infinitas las alhajas y riquezas que pertenecen a los altares como casullas, capas, dalmáticas, dosesles, colgaduras, ornamentos de altar, candeleros, joyas, coronas de oro y de plata, y las custodias de oro y cristal, tesoros que reunidos valen una mina de plata, y podrían enriquecer a la nación que se hiciera dueña de ellos.

No diré gran cosa de los religiosos y religiosas de México, sino que gozan de mucha más libertad que la que tendrían en Europa, y que los escándalos que dan todos los días, merecen que los castigue el cielo.

Cuando yo estaba allí, sucedió que los frailes de la Merced se juntaron a capítulo para elegir un provincial. Habían acudido los comendadores y padres graves de toda la provincia, pero estaban divididos en facciones, y sus

opiniones no se podían conciliar. Se cruzaron los pareceres, siguiéronse las disputas, de las razones pasaron a las injurias, y de las palabras a las manos: el convento se convirtió en oficina de querellas y la reunión canónica en motín. Ni se contentaron los reverendos padres con algunos pescozones y puñadas, sino que tiraron de los cuchillos y navajas cayendo muchos heridos en la refriega. Al cabo fué menester que el virrey mediara en persona, asistiera al capitulo, y pusiera guardias hasta que salió elegido el provincial.

Es costumbre el que los religiosos visiten a las monjas de su orden, y que pasen parte del día oyendo su música y comiendo sus dulces.

Para eso hay muchas salas o locutorios con rejas de madera que separan los religiosos de las religiosas, y en los locutorios están siempre puestas las mesas, para que los padres coman, divirtiéndolos ellas con su canto mientras se regalan con sus buenos bocados y excelentes tragos.

Los caballeros y las gentes del estado ya no envían a sus hijas a los conventos de monjas, para que las crien, y les enseñen a hacer toda suerte de confituras, y obras de aguja, con la música que está en alto grado de perfección allí, y me atrevo a asegurar que el pueblo concurre a las iglesias más bien por tener el gusto de oír la música que por asistir al servicio de Dios.

Además enseñan a esas niñas a representar comedias, y para atraer más gente a sus iglesias, las visten de ricas ropas, y les hacen recitar diálogos y pasos, principalmente en las fiestas de San Juan y de Navidad. No dejan de conseguir su objeto, porque cada iglesia tiene sus aficionados, que disputan y andan a zarpa la greña por cuál es el convento donde representan mejor, hay mejor música y visten con más gala a las niñas.

Por último todo cuanto divierte y deleita los sentidos, abunda en la ciudad de México, y aún en los templos, que deberían estar consagrados al servicio de Dios, y no dedicados al placer de los hombres.

La plaza más considerable de la ciudad es la del Mercado, que sin tener la extensión que tenía en tiempo de Montezuma, no deja de ser grande y muy hermosa.

Uno de sus lados corre en forma de pórtico ó de arcadas, bajo las cuales se puede andar en tiempo de lluvia, sin mojarse. Ocúpanlo las tiendas de los mercaderes de sedas, que presentan los surtidos más variados, y delante de sus tiendas hay puestos de mujeres con toda especie de frutas y yerbas.

Enfrente de esos porches está el palacio del virrey, que llena casi todo lo largo del mercado con sus paredes y los jardines de su dependencia.

A la extremidad del palacio del virrey se halla la principal cárcel de la ciudad, edificada de buena mampostería.

Cerca de allí está la hermosa calle que llaman la *Platería*, donde en menos de una hora puede verse por valor de muchos millones en oro, plata, perlas y piedras preciosas.

La calle de *San Agustín* es también muy rica y agradable, en ella viven los mercaderes de seda. Pero una de las más largas y más anchas es la de *Tacuba*, donde casi todas las tiendas son de mercaderes de obras de hierro, acero y cobre, la cual va a juntarse con el acueducto que provee de agua la ciudad, y la llaman así porque es el camino por donde se va al pueblo de ese nombre.

Sin embargo la principal nombradía de la calle de *Tacuba* proviene más que de lo largo y ancho de ella, de la cantidad de agujas que se fabrican en sus manufacturas, las cuales pasan por ser las mejores de todos aquellos países.

Todavía hay otra calle que lleva gran ventaja a la de *Tacuba* por la magnificencia de las casas: hablo de la calle del *Aguila*, llamada así a causa de un ídolo antiguo de piedra con figura de águila, puesto en la esquina de la calle, donde subsiste desde el tiempo de la conquista.

En esa calle viven los más de los caballeros, los nobles, y los magistrados de la cancillería. También se ve en ella el palacio del marqués del Valle descendiente de Hernán Cortés.

Los galanes de la ciudad se van a divertir todos los días sobre las cuatro de la tarde, unos a caballo y otros en coche, a un paseo delicioso que llaman la *Alameda*, donde hay muchas calles de árboles que no penetran los rayos del sol.

Vense ordinariamente cerca de dos mil coches llenos de hidalgos, de damas y de gente acomodada del pueblo. Los hidalgos acuden por ver a las damas, unos seguidos de una docena de esclavos africanos, y otros con un séquito menor; pero todos los llevan con libreas muy costosas, y van cubiertos de randas, flecos, trenzas y moños de seda, plata y oro, con medias de seda, rosas en los zapatos, y con el inseparable espadín al lado.

Las señoras van seguidas también de sus lindas esclavas que andan al lado de la carroza tan espléndidamente ataviadas como acabamos de describirlas, y cuyas caras en medio de tan ricos vestidos y de sus mantillas blancas, parecen como dice el adagio español: "Moscas en leche".

El acompañamiento del virrey, que algunas veces va a pasearse a la *Alameda*, no es menos brillante y fastuoso que el del rey de España su señor.

En el paseo venden gragea y dulces, y hay aguadores que dan de beber en vasos de cristal muy puro y muy limpio.

Pero acontece a menudo que esas juntas, sazoadas al principio con dulces y confites, acaban con una salsa hartó agria; porque los amantes celosos de sus queridas, no pudiendo sufrir que otros les hablen, ni aun que se arrimen a ellas en su presencia, suelen echar mano a la espada o al puñal, y se arrojan a los que creen sus rivales. Al instante brillan mil espadas desnudas, unos quieren vengar al muerto o al herido, y otros se ponen de parte del que ha dado el golpe, y lo llevan sin envainar la espada a la primera iglesia, en cuyo sagrado está con tanta seguridad que el virrey con todo su poder no podría sacarlo de allí para hacerle causa.

Durante mi permanencia en las cercanías de México, se repitieron más de una vez semejantes insultos, de que salía siempre alguno con la señal del furor y celos de su rival.

No olvidaré que el agua pasa por debajo de todas las calles, y puedo asegurar que hacia la calle de *San Agustín* y en los parajes más hundidos de la población, los cuerpos a que dan allí sepultura, no quedan enterrados sino anegados; porque no se podría abrir un foso sin encontrarse con agua. Yo he

visto los ataúdes de algunas personas enterradas en esos sitios cubiertos enteramente de agua. Y esto es tan verdad que, si no repararan a cada instante las averías que causa en el convento de San Agustín, ya se habría sumergido todo el edificio.

Estando yo en México, lo construían de nuevo, y noté que las columnas antiguas estaban tan hundidas que echaban encima otros cimientos. Sin embargo era la tercera vez que lo reedificaban, según me dijeron, y que ponían nuevas columnas sobre las columnas antiguas, que se habían sumergido en el agua.

La ciudad no tiene más que tres caminos o calzadas por donde puede irse a ella, el primero por la parte del poniente tiene sobre milla y media de largo; el segundo por el lado de tramontana corre tres millas; el tercero por el del medio día (porque no hay camino por el de levante), podrá extenderse unas cinco millas, y fué por donde entró Hernán Cortés y se apoderó de la ciudad.

CAPITULO XXII

De las frutas que se comen ordinariamente en México, y se crían en los alrededores de la ciudad

El higo de pala o higo chumbo, que los mexicanos llaman *nachtli* y por el cual dicen algunos que dieron el nombre de *Tenachtitlán* a aquella ciudad, es conocido en toda la América, y aun en España; pero en ninguna otra parte se halla con más abundancia que en México, siendo uno de los mejores frutos del país.

Se asemeja al higo común en los muchos granos que tiene dentro, aunque más gruesos, y remata en una especie de cerco o corona como la de la níscola.

Hay de varios colores, unos verdes por fuera y encarnados por dentro, que son muy sabrosos, otros amarillos de pulpa y otros pintados; pero los mejores son los blancos.

Es fruta que se conserva mucho tiempo, y refresca bien, por lo cual es muy estimada en el verano. Hay los que saben a peras; y otros que tienen gusto de uvas.

Los españoles hacen más caso de esa fruta que los naturales, por lo tanto la cultivan y la mejoran, que la cultura beneficia siempre la calidad de los frutales.

Se halla también una especie colorada, que no merece el mismo aprecio que las demás; a pesar de no tener mal gusto; pero da color de sangre, no solamente a la boca y la ropa del que la come, sino a la orina.

Los primeros españoles que llegaron a las Indias, se asustaban, después de haber comido esa clase de higos, al ver que orinaban sangre, y creyendo que perdían de aquel modo toda la de su cuerpo. Hubo asimismo médicos que al punto dieron en el mismo error, y mandaban remedios para contener la hemorragia, no sabiendo de qué causa procedía el color de sangre que motivaba el susto de sus enfermos sanos.

La corteza es gorda y llena de unas punchas casi invisibles; pero cuando se parte hasta la carne del higo, se desprende con facilidad, y se saca la parte que se come sin romperla.

Los españoles se valen de esa fruta para hacer burlas a los extranjeros. Cuando quieren dar un chasco, toman media docena de higos chumbos, y los entregan con una servilleta, donde dejan sus punchas casi imperceptibles. Luego se la ponen delante al que quieren embromar, y cuando el incauto se limpia con ella la boca, esas punchas se clavan a los labios como si los cosieran; y no es fácil hablar, hasta que a fuerza de restregarse y lavarse, se van cayendo poco a poco.

La fruta que llaman en el país *manjar blanco*, porque se parece en el sabor al manjar blanco que hacen de pechugas de capón, leche, arroz, azúcar y agua de rosa, es del tamaño de dos grandes peras de invierno juntas. Su dulzura es como la de miel, y se deshace en la boca en un agua en extremo agradable. Por dentro está llena de huesos negros de un gusto muy amargo, y los huesos tienen su cáscara cada uno y no se juntan, de modo que cuando se parte un *manjar blanco* por en medio parece un tablero de damas o de ajedrez. Se come o chupa la carne de esa fruta y se tiran los huesos.

Hablando de las frutas de México, me sería imposible olvidar las piñas, no las de los pinos sino las piñas que llaman de América, y que son el fruto de unas plantas como las pitas y cuyas hojas pican del mismo modo que las de los cardos. Cuando las *piñas* llegan a su estado de sazón y madurez son del tamaño de los más gruesos melones, y de color amarillo por dentro y por fuera, con la corteza en forma de escamas, y lo interior lleno de zumo, y es tan refrigerante que es peligroso comer mucho. En las Antillas y el Brasil, en las costas de Africa, en las Indias Orientales y casi en todos los parajes en que se hallan, las llaman *ananas*.

Para comerlas, suelen antes cortarlas a tajadas, y dejarlas por espacio de media hora en agua y sal, a fin de corregir su frigidez y crudeza, y luego las ponen en agua fresca, y la sirven de este modo.

Mas la mejor manera de prepararlas es hacerlas en dulce, y es la confitura más delicada de todos aquellos países.

La tierra lleva también uvas, aunque no fabrican vino, manzanas, peras, membrillos, melocotones, albaricoques, granadas, melones, higos, nueces, castañas, naranjas, limas y limones, y la mayor parte de las frutas de Europa, además del gran número de especies que nos son desconocidas.

El árbol excelente que los naturales llaman *mell*, crece en las cercanías de México y prospera mucho mejor que en los demás parajes; allí lo plantan y cultivan como en Europa se plantan y cultivan las viñas. Sus hojas, de cerca de cuarenta clases diferentes unas de otras, sirven para varios usos: cuando están tiernas, hacen de ellas conservas y dulces, y papel hilaza, mantas, esteras, zapatos, mocasines, cingulos, ceñidores, y cordajes. Sobre las hojas nacen también ciertas picas pequeñas, mas tan agudas y fuertes que se sirven de ellas como de sierras para cortar la madera. Sale de la raíz un jugo que parece jarabe y se convierte en azúcar, cuando se hierve, pudiéndose

sacar también vinagre, y aun vino, puesto que con él se embriagan los indios a menudo. La corteza quemada es buena para curar las llagas y las heridas, y la goma que sudan las ramas de la cima del árbol, es un antídoto eficaz contra el veneno.

Por último nada falta a México de cuanto puede hermosear una ciudad; y si los escritores que han empleado sus plumas en alabar las provincias de Granada en España y de Toscana y Lombardía en Italia, hubieran visto el Nuevo Mundo y la ciudad de México, no habrían tardado en desdecirse de todo lo que han dicho en favor de aquellas tierras.

CAPITULO XXIII

Del estado eclesiástico, político y militar de México

La ciudad de México es cabeza de arzobispado, residencia del arzobispo y asiento del virrey, que de ordinario lo es un grande de España.

El poder del virrey se extiende a dar leyes y publicar ordenanzas, dar las disposiciones necesarias al gobierno y administración de la justicia, y terminar las causas y diferencias que se suscitan en el país, a excepción de aquellas que por su gravedad e importancia parecen dignas de ser reservadas para el fallo del consejo de Madrid.

Aunque es grande el número de gobiernos, y hay diversos gobernadores en el país, todos sin embargo están sujetos a la suprema autoridad del virrey, de modo que el territorio que depende del asiento real de México tiene más de cuatrocientas leguas.

Como los más de los gobernadores son hechuras del virrey, le hacen grandes regalos para seguir desempeñando las funciones del empleo; y el virrey los recibe también de los que necesitan implorar su clemencia en el juicio de las apelaciones que se elevan a su jurisdicción.

El rey de España le da todos los años, durante el tiempo de su gobierno, que por lo común dura cinco, la suma de cien mil ducados que cobra de los fondos excusados o del ahorro.

Aunque esté ya determinado el tiempo de los virreynatos, los que los alcanzan se mantienen con frecuencia en ellos cinco años y a veces diez más de la concesión de su nombramiento, por medio de ricos presentes y buenos regalos a las personas que gozan de favor en la corte y a los consejeros de Indias.

Además de esta renta anual de cien mil ducados, el virrey saca un provecho incalculable de los negocios que hace, cuando es, como suelen serlo todos, avaro y dado al monopolio; porque se apodera de las mercaderías que quiere, y ninguno puede venderlas, sino él o aquellos a quienes él da licencia para eso.

Así lo verificó en mi tiempo el marqués de Serralvo, que se echó sobre la sal, y la cargó de un impuesto más subido que el que había pagado hasta

entonces en todo el país bajo el gobierno de los demás virreyes. Se cree que sacaba por lo menos un millón todos los años, tanto de los presentes que recibía como del comercio que hacía con España y las islas Filipinas.

El gobierno del marqués de Serralvo duró diez años, y en ese espacio de tiempo envió al rey de España un papagayo que valía seis millones de reales, y más de cuatro millones al conde duque de Olivares y a varios cortesanos, a fin de alargar su empleo otros cinco años.

Después del virrey, hay seis jueces u oidores y un fiscal con doce mil ducados al año, y dos presidentes que con el virrey juzgan todas las causas civiles y criminales.

Mas aunque obran de acuerdo con el virrey, tienen facultad de oponerse a sus actos, y de no permitir que se ejecute lo que es contrario a las leyes. Con todo pocos son los que se atreverían a oponérsele, y así hace todo cuanto se le antoja, bastándole decir que le place hacerlo.

El poder excesivo junto con la avaricia del conde de Gelves, que era virrey en 1624, y por otra parte la altanería del arzobispo don Alonso de Cerna, que gozaba de setenta mil ducados anuales, pusieron aquella ciudad a pique de perderse, y fueron causa del motín del populacho, que prendió fuego al palacio del virrey y a la cárcel que está al lado.

Como la historia de esa diferencia y sus efectos es curiosa, y puede servir de ejemplo a otras naciones, para que no envíen a sus colonias gobernadores interesados y avarientos, ni prelados iracundos y llenos de vanidad, he creído que debía referirla, y por lo mismo doy al lector el compendio de ella en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXIV

Historia memorable de una diferencia acaecida entre el virrey y el arzobispo de México, y del motín que ocasionó en la capital en 1624

Se puede decir que el conde de Gelves fué en muchas cosas uno de los mejores virreyes que haya enviado la corte de Madrid a la América. Los españoles lo llamaban el *juez severo* y el *fuego que consumía todos los ladrones*; porque entre los varios servicios que le debió el país, se debe contar el de haber limpiado los caminos de los salteadores que antes los infestaban.

Para desempeñar ese encargo, tenía siempre en campaña partidas de caballería y oficiales de justicia que iban constantemente al alcance de los bandidos, y donde quiera que los cogían, los colgaban sin remisión del primer árbol que tenían más a la mano. Se asegura, y tal vez con razón, que durante el tiempo de su virreinato, se castigaron más forajidos y ladrones que en toda la época anterior a su gobierno desde el tiempo de la conquista.

La integridad y rigor del conde de Gelves en cuanto concernía la justicia, no lo salvaban de la mancha de avaricia, ni pueden cubrir los infinitos deslices a que lo arrastraba su sed de dinero, y que no llegó a conocer hasta que hubieron provocado el motín de la ciudad de México, y el levantamiento de toda la Nueva España.

Cuando no quería dar la cara en algunos negocios, se valía de otras personas, y con especialidad de un cierto don Pedro Mejía, que era el más rico de la ciudad. Con éste trató de hacerse dueño de todos los granos, y compró, por su medio, el maíz a los indios al precio que quiso, y el trigo a los españoles a catorce reales la fanega, valor establecido por las leyes del país para tiempos de hambre. Ese precio no es subido si se considera la grande cantidad de oro y plata que hay en el país; pero los hacendados y labradores se daban por contentos y se deshacían de sus granos, viendo que el año tenía apariencia de fértil, y no atreviéndose por otra parte a disgustar al privado del virrey.

Así llenó todos los graneros que había arrendado en el distrito, sin que nadie alcanzara a sospechar las razones de tan extraño acopio. El arcano duró sin embargo muy poco tiempo; porque luego que los granos que no habían podido estancar se iban acabando, y cuando la carestía aumentaba su precio, el virrey y don Pedro Mejía enviaban gente con su trigo al mercado, y lo vendían por la mitad más de lo que les había costado.

Empezaron entonces los pobres a quejarse, los ricos a murmurar, y toda la población presentó una solicitud a la cancellería y al virrey, para que de orden superior se bajara el trigo al precio señalado por las leyes que regían en la materia.

El virrey, que iba a medias en el monopolio, interpretó la ley a medida de su capricho, diciendo que semejante providencia sólo podía haber lugar en tiempos calamitosos de hambre y escasez, pero en la época en que se pedía su ejecución, lejos de notarse señales de falta en la cosecha, todo anunciaba un año más fértil y abundante que los que le habían precedido; que los mercados y graneros estaban llenos de trigo, y que sobraba para abastecer la ciudad y todo el campo. A pesar pues, de las leyes que eran contrarias a usura tan escandalosa, y de las reclamaciones del pueblo que demandaba su cumplimiento, prevalecieron esos sofismas, y don Pedro Mejía siguió vendiendo su trigo por cuenta suya y del virrey.

Pero viendo el pueblo que el virrey le negaba la protección y justicia que le debía como padre, recurrió a la Iglesia como a su madre en la persona de su arzobispo, a quien se representó la tiranía de don Pedro Mejía, que abusaba del valimiento que tenía con el virrey para arruinar a los pobres, rogándole que hiciera aquella usura caso de conciencia, y que remediara el mal con las armas de la religión.

Don Alonso de Cerna, que para captarse el aura popular, había afeado siempre la conducta del virrey y de don Pedro Mejía, prometió publicar una excomunión contra el monopolio. No tardó en seguir la sentencia a la palabra empeñada, y la excomunión apareció públicamente en las puertas de todas las iglesias.

Don Pedro Mejía se burló de la censura eclesiástica, y se mantuvo en su casa vendiendo su trigo, y alzando el precio todos los días. Esto irritó al arzobispo, que, por último, mandó suspender el oficio divino, y puso entredicho a toda la ciudad.

El entredicho es muy grave entre los eclesiásticos, y solamente se emplea contra alguna persona de calidad eminente, que, por contumacia y menosprecio, se resiste a la autoridad de la Iglesia.

Luego que se publica el entredicho, se cierran las puertas de todos los templos, se suspende la celebración de la Misa, y quedan suspensas todas las oraciones y toda clase de servicio divino: de manera que parece que la Iglesia está de luto y privada de todo consuelo, mientras la persona condenada se obstina en su pecado, y niega escandalosamente a las censuras de la Iglesia la sumisión que se le debe.

El entredicho es tanto más considerable cuanto que hay en las parroquias y conventos más de mil clérigos que no viven sino de las misas que dicen, valiéndoles cada una por lo menos un escudo, y que cuando se levanta, la persona que lo ha provocado tiene que resarcir sus pérdidas a esos sacerdotes de todo el tiempo que han estado sin celebrar, lo que sube a más de mil escudos por día.

El arzobispo no se contentó con hacer responsable a don Pedro Mejía del pago de esa cantidad, quiso además presentarlo odioso a los ojos del pueblo, que se veía privado de la comunión y del servicio divino por su causa; mas don Pedro, conociendo la intención del arzobispo, y oyendo los gritos que el pueblo profería en las calles contra él, se retiró secretamente al palacio del virrey para pedirle su protección y ponerse a cubierto de los insultos del pueblo, puesto que no lo perseguían sino por causa de él.

Informado el virrey de la conducta y manejo del arzobispo, mandó a sus gentes que arrancaran la excomunión y entredicho de las puertas de las iglesias, y dió orden a los superiores de todos los conventos para que abrieran sus templos y celebraran la misa como antes.

Los superiores de las comunidades religiosas se negaron a cumplir con su mandado, creyendo que debían obedecer más bien a su arzobispo que al virrey, y entonces éste hizo notificar al prelado una orden formal para que revocase sus censuras.

"Yo he tenido razón, respondió el arzobispo, para fulminar las iras de la Iglesia contra un hombre que ha oprimido a los pobres. Los clamores de la miseria me han obligado a compadecerme de tantos infelices, y el menosprecio con que el culpable ha recibido la primera censura, merece el rigor de la segunda. Me es imposible revocar la una y la otra, si don Pedro Mejía no se somete a la Iglesia, si no implora su perdón con penitencia pública, si no satisface a todos los eclesiásticos que han sufrido por su causa, y si no desaprueba ese malhadado tráfico con que ha hecho tanto mal al público, y especialmente a los pobres."

De ese modo se opuso aquel prelado a la autoridad de su príncipe, representado por la persona de un ministro de la corona, rehusando obedecer, y estimando a gran dicha el imitar la entereza que San Ambrosio mostró contra el emperador Teodosio, apoyado en el poder de las llaves que tenía en sus manos, y en la influencia de su clero que intentaba ligar con la plebe para resistir con la autoridad del magistrado.

El virrey empero no pudo digerir tan atrevida respuesta de parte de un eclesiástico y mandó prenderlo y que lo condujeran a San Juan de Ulúa, donde debía permanecer bajo buena custodia, hasta embarcarlo y enviarlo a España.

Sabida por el arzobispo la resolución del conde de Gelves, salió de la ciudad y se retiró a un arrabal que llaman Guadalupe, llevando consigo a varios canónigos y otros eclesiásticos. No por eso descuidó su venganza, antes bien al tiempo de ausentarse, hizo fijar en la puerta de la Iglesia un edicto de excomunión contra el mismo virrey, siendo su designio el pasar a España secretamente, a fin de dar razón de su proceder y conducta.

Sin embargo a pesar de todas sus precauciones, le fué imposible escaparse de las manos del virrey, el cual, como supo que se había refugiado en Guadalupe, despachó sus alguaciles para apoderarse de su persona.

CAPITULO XXV

Prosigue la historia de la querella entre el virrey y el arzobispo, y de sus diferentes consecuencias

Luego que el arzobispo tuvo aviso de que iban en busca suya, se retiró a la iglesia como al mejor seguro, hizo encender los cirios del altar mayor, se vistió de pontifical con la mitra en la cabeza, la cruz o báculo arzobispal en una mano y en la otra el santísimo sacramento, y mandó abrir las puertas, creyendo que con aquel aparato y en medio de su clero, no se atreverían los ministros del virrey a atropellar su persona.

Los oficiales de justicia encargados de la aprehensión del prelado entraron en la iglesia, y se fueron derechos al altar mayor; se arrodillaron devotamente, rezaron o aparentaron rezar, y después levantándose y enderezándose al arzobispo, lo enteraron con mucha cortesía del objeto de su expedición, y le suplicaron que dejara el santísimo sacramento en el altar y oyera la lectura de las órdenes que llevaban en nombre del virrey.

Mas el prelado les respondió que su amo estaba descomulgado, que no lo consideraba como miembro del cuerpo de la iglesia, que como tal miembro separado no tenía facultad para mandarle en el templo de Dios, y por lo tanto que, si tenían en algo la salvación de sus almas, les rogaba que se volbiesen en paz, sin violar los fueros de las iglesias con la ejecución de un decreto del poder secular, pues por su parte no saldría de allí, si no lo llevaban a la fuerza con el Santísimo Sacramento.

El que hacía cabeza en la cuadrilla de las gentes del virrey, llamado Tirol, manteniéndose derecho, leyó la orden que llevaba de apoderarse en nombre del virrey de la persona de Don Alonso de Cerna en cualquiera lugar, y de conducirla al puerto de San Juan de Ulúa, para ponerla entre las manos de los que debían embarcarla y trasportarla a España bajo partida de registro como reo de lesa majestad y perturbador del reposo público.

El arzobispo miró a Tirol sonriéndose, y le dijo que los términos injuriosos de que su señor se servía más le cuadraban al que los usaba que a aquel a quien se aplicaban; que él y su valido don Pedro Mejía eran los que habían alterado el reposo público y oprimido a los pobres; que por lo demás lo exhortaba a no cometer violencia alguna en la casa de Dios, no fuera que lo castigase como a Jeroboan por haber puesto las manos en el profeta cabe el altar, y con ese ejemplo se guardase de intentar un sacrilegio en la iglesia.

Tirol, que no quería perder su tiempo, sin dejarle acabar su elocuente y sabio discurso, mandó en nombre del virrey a un sacerdote que llevaba consigo expresamente, que tomara el santísimo sacramento de las manos del arzobispo y lo pusiera en el altar. Hecho así, el prelado se tuvo que despojar de sus vestiduras pontificiales, y entregarse a Tirol, no sin muchas protestas contra aquella violación de los fueros e inmunidades de la iglesia, y después de despedirse de su clero que tomó por testigo del ultraje y afrenta con que lo atropellaban.

Lleváronlo con buen recaudo a San Juan de Ulúa, donde quedó preso bajo la custodia del gobernador del castillo, y poco tiempo después lo embarcaron en un buque fletado al intento, y lo trasportaron a España para que diese cuenta de su mala conducta ante el rey y su consejo.

No tardaron mucho varios habitantes de México a tener en secreto razonamientos extraños contra el virrey, y a denostar la providencia que había desterrado al arzobispo, y llegó el descaro hasta el punto que no se recataban en sus murmuraciones, antes las repetían y glosaban con mayor encono en público, diciendo injurias contra don Pedro Mejía y el virrey.

Esas manifestaciones con visos de amenazas no procedían solamente del descontento del pueblo, sino que por bajo de cuerda las excitaban los eclesiásticos, que al parecer habían jurado obediencia y fidelidad a su arzobispo, creyendo que podían en conciencia dejar de ser leales al magistrado por ser adictos a su pastor.

Durante quince días no cesaron de inspirar la rebelión y de provocar la plebe a la revuelta, no solamente en la capital sino en los pueblos de las demás provincias.

Excitaban a los criollos, a los indios y a los mulatos, los cuales se sabía que llevaban muy a mal la justicia severa del virrey; porque nunca sufren sin repugnancia la autoridad de los gobernadores que les envían de España, y menos la del que se muestra riguroso.

Tirol volvió de San Juan de Ulúa al cabo de quince días, y no bien se supo su vuelta cuando comenzaron a declararse abiertamente los sediciosos y el fuego cundió de tal manera que se temía la ruina de aquella gran capital.

Como Tirol no ignoraba las malas intenciones que el pueblo tenía contra él, permanecía oculto en su casa, sin atreverse a salir. Pero al fin el cuidado de sus quehaceres lo forzó un día a ir al palacio del virrey; y se arriesgó a entrar en un coche, cuyas cortinillas tuvo buen cuidado de echar por todas partes. Su precaución no pudo evitar que lo atisbaran: fueron advertidos los descontentos, y antes que hubiese entrado en la plaza del Mercado, ya habían hecho que lo siguieran cuatro o cinco muchachos, que corrían detrás gritando a voz en cuello: "El traidor Judas que ha vendido al vicario de Jesucristo".

A esos muchachos se unieron algunos zagalones y a éstos una multitud. Unos decían que merecía que lo ahorcaran, otros que era menester matarlo a palos, y todos que era un traidor, un perro y un descomulgado.

El cochero viendo aquella asonada picó sus caballos y echó a correr a galope para desembarazarse de ella; pero la turba discreída siguió el coche a

todo correr, tirándole una infinidad de piedras y gritando, y antes de que Tirol hubiese atravesado dos calles, se vió perseguido por más de mil muchachos hijos de españoles, de indios, de negros y de mulatos.

En fin con grandes trabajos y a fuerza de correr para salvar la vida, llegó Tirol al palacio del virrey, cuyas puertas hizo cerrar, temiendo el motín general que estalló pocos instantes después.

Apenas había entrado en palacio y hecho cerrar las puertas, cuando se juntaron más de dos mil personas de todas condiciones en la plaza del Mercado; el número de los sublevados fué creciendo por momentos, y en breve se agolparon de seis a siete mil personas que gritaban contra él llamándolo "Judas", y tirando barro y piedras a las ventanas del palacio.

El virrey les envió a decir que se retirara cada uno a su casa, asegurándoles que Tirol no estaba ya en palacio, porque había salido por un postigo de detrás. El mensaje del virrey lejos de calmar a los amotinados, los encendió más todavía; corriendo entre ellos dos o tres clérigos o frailes, que inflamaban los ánimos y aconsejaban a los sediciosos. No satisfechos con las demostraciones de su rencor, empezaron a derribar las paredes y las puertas del edificio, habiéndose armado la mayor parte de picas, chuzos y alabardas, y otros de pistolas y escopetas que disparaban sin discreción y sin inquietarse por las personas a quienes podían matar.

Lo más extraño en aquel tumulto era el que ninguno de los principales habitantes de la ciudad se atrevía a salir de su casa, y el que los magistrados, empleados y oficiales estaban escondidos, en vez de presentarse a calmar al populacho y sostener la autoridad del virrey en el trance peligroso a que estaba reducido.

Al contrario ya he oído decir a varios mercaderes que tenían en la plaza del Mercado sus tiendas: que se reían y que cuando acertaba a pasar alguno de esos señores, se iba diciendo: que era menester dejar que aquella juventud se desahogara, que no hacían más que vengarse del mal que les habían hecho, y que ya descubrieran la guarida de Tirol, de Mejía y del que los apadrinaba, entendiéndose que hablaban del virrey.

Entre los más exaltados se hizo notar un clérigo llamado Salazar, que no contento con haber disparado muchos tiros con su escopeta andaba corriendo en busca del lienzo de pared más fácil de demoler o la puerta que mejor pudiera derribarse.

Habiendo reconocido que la puerta de la cárcel era la menos fuerte, la violentaron, o bien la abrieron antes, porque los presos ayudaron a los revoltosos. El refresco de aquella gente desalmada, puesta allí por sus crímenes, dió mayor empuje al motín, y entonces comenzaron a embestir el palacio de veras.

El virrey viendo que ni sus amigos, ni los magistrados se presentaban a sostenerlo, salió al balcón de palacio con sus criados, e hizo enarbolar el pendón real, y tocar las trompetas para llamar a los habitantes a la defensa de la autoridad del rey, cuya persona representaba en aquel lugar.

Paso inútil. Nadie respondió al llamamiento, y los principales habitantes de la ciudad se mantuvieron ocultos en sus casas, sin querer exponerse por acudir a su socorro.

Luego que los sediciosos vieron tremolar el pendón real y oyeron pronunciar el nombre del rey en los balcones, gritaron "¡Viva el rey! ¡Muera el mal gobierno y mueran los descomulgados!"

Estas palabras libertaron a más de cuatro de la horca, cuando don Martín de Carrillo fué a tomar informes de lo que había pasado.

Tres horas estuvieron gritando y escopeteando a los que se asomaban a los balcones, mientras por su parte la gente del palacio se defendía con piedras y armas de fuego. Mas debe notarse que en toda la refriega no se oyó un cañonazo, porque como ya hemos dicho, no hay una sola pieza de artillería en México.

Mas como la noche se acercaba, los sediciosos llevaron pez y fuego, y quemaron la cárcel y una parte del palacio con la puerta principal.

El incendio hizo salir a algunos caballeros y magistrados, que quisieron evitar la propagación de las llamas, y persuadieron al populacho a que apagara el fuego y se retirara.

Mientras cortaban el incendio, hubo varios que entraron en el palacio; unos robaron en las caballerizas del virrey una porción de los arneses riquísimos de sus caballos y mulas, y otros saquearon sus arcas, y se llevaron colgaduras y muebles de gran valor. Mayor hubiera sido el robo, si las principales cabezas no hubieran impedido el saqueo, diciendo que por aquellas alhajas podrían ser descubiertos y perderse.

Otros se dieron a buscar a don Pedro Mejia, a Tirol, y aún al mismo virrey; pero no pudieron tropezar con ellos, porque habían huido disfrazados.

No se pudo saber en mucho tiempo el paradero de los dos anteriores; mas el virrey se disfrazó de fraile francisco, y salió de palacio con un religioso; así atravesó la multitud, y logró refugiarse en el convento de San Francisco, donde se mantuvo todo aquel año, y donde yo lo ví al siguiente sin querer todavía presentarse en público, hasta que hubiese hecho saber al rey de España y a su consejo lo acontecido y el peligro que con él había corrido toda la ciudad y de que solamente la había librado un pronto remedio.

Su majestad católica y el consejo, después de haber considerado atentamente el negocio, vieron que era de mucha gravedad y trascendencia por el mal ejemplo que podrían tomar en los otros dominios de América, donde siempre hay sobrados facciosos que no dejarían de imitar a los amotinados de México, si no se castigaba por lo menos a los más culpables. (7)

(7) El motín de Manila en el año de 1719 confirmó esa previsión: don Fernando Bustamante, nombrado gobernador de las Islas Filipinas, quiso desde su llegada reformar los inmensos abusos y dilapidaciones enormes que se cometían ya en el ejercicio de las funciones civiles, ya en el manejo de los caudales del rey, como entonces llamaban a la hacienda pública. Los frailes sedujeron al pueblo y lo incitaron a la rebelión; el clero secular ahogó la enemistad que lo separaba de los hombres de cosquillo, y el mismo obispo se puso a la cabeza de la conjuración. Cuando ésta reventó, pereció en ella Bustamante, como un valiente y digno gobernador; su hijo fué muerto a su lado, y algunas otras víctimas señalaron con su sangre aquel día de fanatismo y rebeldía; pero todos esos atentados se cometían gritando: ¡Viva la fe! ¡Viva nuestro rey Felipe V! ¡Viva nuestro arzobispo! El arzobispo se apoderó del gobierno y lo ejerció hasta que la Corte de España envió un gobernador, y trasladó al prelado revoltoso a otra diócesis.

Algunos años después se urdió otra conspiración contra don Francisco de Basco, sucesor del desgraciado Bustamante. Pero Basco, prevenido a tiempo, cortó la trama, embarcando al arzobispo, sucesor también del que había acaudillado a los primeros amotinadores, y a otros cómplices. Nada se ha vuelto a saber del navío a cuyo bordo fueron conducidos, con las pruebas de su delito, el arzobispo, los oidores de la audiencia y algunos jefes militares.—E.

Yo estaba en México, cuando se instruía el proceso con más calor, y supe todas las circunstancias principales por medio de un franciscano que era confesor de don Martín de Carrillo. Después de referirme varios pormenores del lance, me dijo: que si se hubiera de haber juzgado la causa con rigor, habrían sido castigados los más de los principales caballeros de la ciudad, por no haber acudido al llamamiento del virrey, cuando fueron convocados a son de trompetas y con el pendón real.

Se contentaron buenamente con quitar a algunos jueces sus togas, si bien alegraron ellos que no se habían atrevido a salir, porque sabían que toda la ciudad se hubiera sublevado contra sus personas, si se hubiesen presentado en público.

Se indagó que los que habían tenido mayor parte en la asonada eran los criollos, que tienen aversión al gobierno de España y cuantas autoridades les envía la corte de Madrid. Pero se supo también que la rebelión había sido fomentada con particularidad por los eclesiásticos del bando del arzobispo, y si Salazar y otros tres clérigos no se hubiesen puesto en salvo, seguramente habrían ido a remar a las galeras de España, en cumplimiento de la sentencia pronunciada contra ellos.

De tantos como eran culpables no hubo más que tres o cuatro ahorcados, y esos lo fueron por los robos que habían cometido en el palacio del virrey.

Y como de llevar la causa a rigor se habría seguido el tener que proceder contra la mayor parte de los habitantes de la ciudad, pues todos con acción, o consejo, o de cualquier otro modo secreto, habían sido cómplices de aquel motín, inclinaron el ánimo del rey a la clemencia, y concedió una amnistía general.

La conducta del arzobispo excitó la reprobación de la corte de España, que lo tuvo arrinconado mucho tiempo, hasta que por no malquistarse con su partido, y no atizar el fuego abrigado aún entre las cenizas de los pasados disturbios, el consejo creyó oportuno darle una colocación honrosa en el país de su nacimiento, y lo envió de obispo a Zamora, pequeña diócesis de Castilla. Cortáronle pues las alas para que no remontara otra vez el vuelo; de arzobispo vino a ser obispo, y en lugar de tener sesenta mil escudos de renta, tuvo que contentarse con una congrua de cuatro a cinco mil escudos.

He creído que no debía omitir en mi libro la relación de tamaño acontecimiento, porque representa el estado de México entonces, y el lector puede sacar de ella las consecuencias que más le cuadren, advirtiéndole de paso cuán perniciosa es la avaricia en los príncipes y en los que gobiernan los Estados, y cuán funestas la vanidad y la destemplanza en los depositarios del poder de la iglesia.

Dada una descripción amplia y minuciosa de la capital de México tal cual se encontraba en tiempo de Montezuma y después de la muerte de ese emperador, y de la confusión que reinaba en ella a mi llegada al país, tiempo será ya de que salga de la ciudad, y hable a mis lectores de los lugares más dignos de mencionarse que hay en sus cercanías: luego pasaremos a las otras provincias de América; y en seguida trataré del viaje que hice a Guatemala, distante de México más de trescientas leguas, y de Guatemala a Costa Rica y Nicoya más de trescientas leguas todavía allende Guatemala, caminando siempre al sur.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

Mención de las provincias del Nuevo Mundo, y descripción de los lugares más señalados que se hallan en los alrededores de la ciudad de México

Aunque en todos mis viajes por la América no habré andado más de unas mil a mil y doscientas leguas, que no es ni la quinta parte de su extensión, paréceme sin embargo que, para completar mi obra, será del caso que vaya más allá de lo que he visto, y comience esta segunda parte con una mención general de las provincias donde no he estado, describiendo en seguida más particularmente los lugares en que he residido por espacio de doce años, y los que he podido observar detenidamente y con aprovechamiento en los tránsitos de mis peregrinaciones.

Divídese esta parte del mundo en dos secciones principales, que son la *mexicana* y la *peruana*. Una y otra contienen varias regiones y diversas provincias y de esas provincias las hay que son tan grandes como algunos reinos de Europa.

Pero siendo México el imperio que comunica su nombre a la mitad de la América, y llamándose ahora Nueva España, los reyes que lo poseen, juntan a sus demás títulos soberanos el de *reyes de las Españas*.⁽⁸⁾

(8) Nuestro viajero se equivoca en dar esa etimología al nombre de *Españas*, usado ya muchos siglos antes del descubrimiento de América. Los romanos, hablando de la península occidental de la Europa, la llamaban las Españas. Como región la dividían en *España ulterior* y *España citerior*, y según su división civil, la llamaban después *España Tarragonense*, *España Cartaginense* y *España Bética* o *Lusitana*, aunque algunos quieren que la provincia lusitana fuera desde el principio un convento independiente de la provincia bética o andaluza. Los godos conservan en sus anales la denominación de las Españas; pero ese nombre parece más una figura de estilo que una expresión exacta, atendida la unidad política en que se refundió la nación. Los árabes dividían la España por los puntos cardinales del horizonte, y así suelen sus historiadores decir las *Españas*. Alonso VI de Castilla, se llamó emperador de las Españas. En una palabra, los reyes de la casa de Austria y los de la de Borbón, adoptaron ese título con la intención de entablar la unidad moral, que tanto facilita la marcha de los gobiernos monárquicos, y que todavía no ha destruido en España la influencia benéfica de su espíritu federal.—E

La *mexicana* contiene principalmente todos los países que están hacia el norte, o las provincias hasta ahora descubiertas, a saber: México, Quivira, Nicaragua, Yucatán, la Florida, Virginia, Norumbega, la Nueva Francia, la Tierra de Corte real y la Estotilanda, cuyo total es de unas cuatro mil trescientas leguas.

La *peruana* comprende todo lo que está por el lado sur, y se junta con la *mexicana* por el istmo o estrecho de Darién, que sólo tiene diez y siete millas de ancho, o doce según dicen algunos en la parte más angosta, entre la mar del norte y la del sur.

Se ha propuesto muchas veces al consejo de España el abrir un canal navegable que atravesara el istmo, a fin de acortar la navegación de los barcos que van a la China y a las Molucas.

Mas los reyes de España no han querido emprender esa obra, sea por que hayan temido acabar con los indios que aún quedan, si se cometía semejante trabajo, sea porque hayan pensado que, abandonando el rumbo ordinario del cabo de Buena Esperanza, podrían infestarse de piratas aquellos mares.

Como quiera que sea los españoles no se han resuelto a cortar el istmo todavía, y no alegan otras razones para justificar su indiferencia en una materia de tanta importancia. Además para ellos no son estímulos la comodidad que les resultaría, y la utilidad de transportar por mar las mercaderías desde el continente americano a las islas y costas del Asia, sin los enormes gastos que ahora ocasiona ese comercio: la indolencia nacional y la cortedad de las luces del gobierno no les hace pensar sino en el provecho del día.

En la parte de América que hemos llamado *peruana*, se cuentan las provincias de la Castilla de Oro, de la Guiana, del Perú, de Chile, del Paraguay y del Brasil, las cuales tienen más de cinco mil leguas de circuito.

No entraré en la descripción circunstanciada de todas esas provincias, porque otros autores han escrito con más conocimiento de ellas que yo pudiera hacerlo, y porque una buena parte de ese territorio no pertenece a los españoles. Así pues, volviendo a los dominios septentrionales, me detendré en la principal de sus provincias, que es el antiguo imperio de México, reino actual de la Nueva España.

Es región que abunda en ríos caudalosos, cuyas arenas van mezcladas con pepitas de oro, y en donde se encuentra multitud de cocodrilos, no tan grandes como los de Egipto, pero sabrosos de comer para los indios que se regalan con su carne.

Hácenla más célebre los montes de Popocanpeche y Popocatepetl que son de la misma naturaleza que el Etna en Sicilia y el Vesubio en Nápoles; mas le bastaran para ser famosa otros varios montes que se ven, caminando la vuelta del sur hasta la ciudad de León en la provincia de Nicaragua, los cuales arrojan también llamas. Sin embargo Popocatepetl es uno de los principales: su nombre significa monte de humo, porque suele despedir muchas veces fuego y humo. Dista ocho leguas de Cholula, y el camino para subir es muy cansado e incómodo por las muchas piedras que lo embarazan.

Antes de que los españoles pasaran por ese camino para ir a México, envió Cortés a reconocerlo diez de sus soldados con varios indios que les llevaban los víveres y les servían de guías. ⁽⁹⁾

Conforme se iban acercando a lo alto de la montaña, oyeron un ruido tan grande en su centro que no se atrevieron a seguir adelante, porque además la tierra temblaba, y había tanta ceniza que no podían andar sin mucha fatiga.

No obstante dos de los más osados, y tal vez más curiosos que sus compañeros, subieron a la cumbre, dejándolos atrás y pasando por aquel desierto de ceniza. Llegaron a un sitio desde donde vieron una nube grandísima de humo muy espeso; pero a poco tiempo se desvaneció la obscuridad en parte, y se descubrió claramente el volcán o boca de la caverna que tiene como una media legua de circuito. Habría podido compararse aquella sima a un horno de vidrio, de donde salía el aire con un silbo tan sutil y con tanto ímpetu que toda la montaña se estremecía.

El humo y el calor eran sobradamente grandes para permanecer allí largo rato. Los exploradores tuvieron que tomar el camino por donde habían subido; mas no bien llegaron a la mitad, cuando el volcán empezó a vomitar llamas, cenizas, carbones y hasta piedras hechas ascuas, de manera que si afortunadamente no hubieran encontrado una roca, bajo la cual se pusieron a cubierto, es constante que hubieran quedado allí hechos ceniza.

El monte de que hablamos se asemeja al Etna en lo alto y lo redondo, y en que su cima está cubierta de nieve todo el año.

En los diez años anteriores a la llegada de Cortés no había despedido fuego ni humo; mas en 1540 comenzó a arder con un ruido infernal, asustando a los moradores de las cercanías hasta una distancia de más de cuatro leguas. Las cenizas de la erupción llegaron a Tlascala que está doce leguas, y no falta quien diga que se vieron caer a quince leguas de allí, y que abrasaron las flores y la yerba de los jardines, las mieses de los campos, y las telas tendidas a secar.

Tiene por límites esta provincia a la parte de oriente Yucatán y el seno mexicano, a la de occidente el mar de la California, y a la del mediodía la parte de América llamada *peruana*; los linderos que la terminan por la parte del norte, son desconocidos, y no podríamos asegurar con certeza, si aquella porción del Nuevo Mundo es una isla o un continente separado del antiguo, o si es continuación del mismo suelo.

La población era numerosa antes de la llegada de los españoles, pero éstos hicieron morir en espacio de diez y siete años más de seis millones de indios, quemándolos, arrancándoles los ojos o echándolos a las fieras.

Esa parte principal de la América, llamada México se subdivide en cuatro provincias, que son la de Temixtitlán, Nueva Galicia, Michoacán y Guastacán.

(9) Según los historiadores de más cuenta, sólo obtuvo licencia para reconocer el volcán de Popocatepetl, Diego de Ordaz, el cual salió con dos soldados de su compañía, y con varios indios principales que se quedaron a la mitad del camino en unos adoratorios.—E.

Temixtitlán es la provincia más considerable de las cuatro, porque tiene sus ciudades y entre ellas la de México, que como ya hemos dicho, da su nombre a la mitad de la América, y es la corte del virrey y silla del arzobispo.

La segunda ciudad es la Puebla de los Angeles, la tercera Villa Rica, la cuarta Antequera, la quinta Michoacán, y la sexta Otopán.

Pero las cuatro últimas son poblaciones de poca monta, y les ha quedado el título de ciudades, porque en un principio intentaron los españoles poner en ellas cuatro sillas episcopales, propósito que no ha tenido cumplimiento, por haberse concentrado en la capital y en la Puebla de los Angeles la mayor parte del tráfico, y habitantes de esas cuatro ciudades, con especialidad en México, donde es tal la concurrencia, que el vecindario de las más de las villas y lugares de los alrededores se compone ahora de españoles y mestizos.

Nunca olvidaré, hablando de los sitios que rodean la capital de la Nueva España, el que llaman Chapultepetl, famoso por haber servido de sepultura a los emperadores idólatras, y por ser en el día el Escorial de aquella parte de América; allí entierran a los virreyes que mueren en el país; allí se ve un magnífico palacio con soberbios jardines hermosados por un gran número de fuentes, y estanques de peces, a donde los virreyes y la nobleza suelen ir muchas veces a divertirse; allí en fin se admira la capilla del virrey, la cual vale más de un millón de oro.

Tacuba es también un pueblo muy agradable, lleno de jardines y huertas en el camino de Chapultepetl.

Toluca es otro pueblo situado hacia el mediodía, donde se hace un rico comercio, y en particular de jamones y canales de cerdo saladas que llevan a diversos parajes, porque es el mejor tocino de aquellos contornos.

Al poniente hay un lugar llamado la *Piedad*, que está al extremo de una de las calzadas, a donde los habitantes de México van en romería a hacer sus devociones ante la imagen de la Virgen, que han enriquecido con infinidad de dones, de cadenas y de coronas de oro.

Pero el más agradable de todos los lugares que rodean la capital es el que llaman el *Yermo* o la soledad, el cual está tres leguas de la ciudad hacia la parte del noroeste. Y en verdad que si todas las soledades fueran como aquélla, más apacible y divertido sería vivir lejos del bullicio y confusión que en las ciudades. Los Carmelitas Descalzos que se retiraron al *Yermo*, para vivir como ermitaños, han edificado un convento, que es tanto más digno de admiración, cuanto que está asentado en la cumbre de una montaña y circundado de rocas.

Alrededor del convento han hecho construir en las rocas como unas diez cuevas a manera de celdas para solitarios y de capillas de devoción con sus imágenes y retablos, muy adornadas las paredes de disciplinas de alambre, de varas, de cilicios, de cíngulos con picas de hierro para ponérselos sobre la misma carne, y de otros muchos instrumentos de mortificación, que tienen expuestos en las capillas a los ojos de todo el mundo, a fin de que se admire la penitencia y austeridad de su vida.

Todas las ermitas están cercadas de jardines y huertas donde las frutas y las flores abundan con profusión, y dentro del recinto, que tiene cerca de una legua, corren fuentes tan claras y frescas, que con la sombra de los

palmitos hacen del *Yermo* el retiro más delicioso de la tierra. Además las rosas, los jazmines, las flores más delicadas y odoríferas que producen todas aquellas comarcas, todo cuanto halaga la vista, todo cuanto embelesa el olfato y encanta los sentidos, se encuentra allí, para coronar los deseos del hombre más descontentadizo.

Cada ocho días se relevan los ermitaños, volviendo al claustro los que han acabado su semana, y ocupando en su lugar otros que para sobrellevar el ayuno y la penitencia, van provistos de buenas botellas de vino, confituras y otros remedios fortificantes.

Causa maravilla el ver la hermosa variedad de fuentes, saltaderos y cascadas que hay alrededor de los vergeles; pero aun da mayor placer la grande afluencia de carrozas llenas de caballeros, de damas y de otros habitantes de la capital, que van a divertirse al *Yermo* y a visitar a los ermitaños, a quienes veneran como santos.

Mas nadie los va a ver sin llevarles dulces, conservas o cualquier otro regalo, a fin de merecerles un recuerdo en sus oraciones. Les hacen también grandes limosnas en dinero, para que digan misas, y sobre todo llevan riquísimas ofrendas de diamantes, perlas, cadenas y coronas de oro, y vestidos y mantos de brocados de oro y de plata a una imagen que se venera en la iglesia bajo el nombre de Nuestra Señora del Monte Carmelo, en cuya capilla arden veinte lámparas de plata, valiendo la menor de ellas más de cuatrocientos escudos.

En el camino de las ermitas hay otro lugar que conserva el nombre de *Tacubaya*, donde tienen los religiosos de San Francisco un rico convento con muchos y muy hermosos jardines. Este lugar es muy frecuentado, a causa de la excelente música de la iglesia; porque los frailes han enseñado también a los naturales, que su capilla no se estima inferior a la de la catedral de México.

Tales son los sitios principales de los que yo he visto, y en que me he paseado muchas veces con mis amigos, durante mi residencia en las cercanías de México, y me ha parecido que debía dar noticia de ellos antes de pasar a la descripción de las otras provincias.

La provincia de Guastacán está situada entre San Juan de Ulúa y México, y no es tan pobre como la hace Heylin: porque tiene muchas haciendas sobradamente ricas, donde cultivan la caña de azúcar y la cochinilla, extendiéndose hasta el valle de Guajaca que es un territorio riquísimo.

En otro tiempo fué capital de la provincia la ciudad de Tlascala; mas en el día son las cabezas de partido del distrito Guajaca y Jalisco, donde han establecido dos sillas episcopales.

Los españoles han fundado en esa provincia dos colonias: la primera es la que llaman Panuco, y la segunda la de Santiago de los Valles.

La tercera provincia de la Nueva España es la de Mechoacán o Michoacán, que tiene ochenta leguas de circuito. Es país en extremo rico, y abunda en todas las cosas necesarias para la vida. Hay gran número de moreras para los gusanos de seda, miel, cera y ámbar negro; los habitantes trabajan en labores y telas de pluma con un primor que hace estimar sus obras como

las más exquisitas, y también se halla con la mayor abundancia un surtido variado de excelente pesca, de donde ha tomado el nombre la provincia, pues Michoacán quiere decir pesquera o lugar a propósito para pescar.

El lenguaje de los indios de la provincia es elegante y copioso en términos propios. La estatura de los habitantes es gallarda, sus formas robustas y ágiles, su ingenio agudo, y fecundo para toda obra de industria, en especialidad para la de pluma, que entran como parte principal por su belleza en los presentes que se hacen al rey de España, y en los regalos que se envían a los grandes señores de su corte.

La capital de la provincia es Valladolid que es la silla del obispo, y luego vienen Sinsonsa, donde los reyes del país tenían en otro tiempo su residencia. Páscuaro y Colima que son dos grandes lugares habitados por indios y españoles. También hay dos buenos puertos o ensenadas en esta provincia, el de San Antonio y el de Santiago.

Cuando Cortés subyugó la Nueva España, el reino de Michoacán era casi tan grande como el imperio de México. El rey que entonces reinaba se llamaba Cacuzin, que era uno de los grandes amigos de los españoles y se había declarado voluntariamente vasallo del rey de España. Sin embargo don Nuño de Guzmán, primer presidente de la chancillería de México, habiendo sabido que lo habían privado de su empleo, intentó hacer la guerra a los Teuchichimecos, llevando consigo quinientos españoles y seis mil indios sacados por fuerza de Michoacán. En efecto conquistó la provincia de Jalisco que ahora se llama Nueva Galicia; pero al pasar por Michoacán prendió al rey Cacuzin, aunque nada había hecho contra él, le quitó diez mil marcos de plata con mucho oro y otras riquezas, y luego lo mandó quemar con la mayor parte de los principales de su reino, por temor de que lo delataran y diciendo que perro muerto no ladra.

CAPITULO II

De las costumbres y usos de los pueblos de Michoacán, de sus ceremonias, del entierro de sus reyes, y de los sacrificios que en él hacían

El pueblo en este reino era tan supersticioso e idólatra como en las demás partes de la América.

El divorcio no estaba permitido entre ellos, sino en el caso en que uno de los esposos juraba que al tiempo de contraer matrimonio no se habían mirado fijamente entre cejas, que era la señal de su mutuo consentimiento.

Su idolatría y su crueldad se mostraban de lleno en el entierro de sus reyes. Cuando el rey se veía reducido a la extremidad y sin esperanza de cura, nombraba ya entre sus hijos al que había de ser heredero de su corona, y éste hacía al punto llamar a todos los gobernadores y oficiales del reino para que asistieran a las exequias de su padre, y castigando al que no se presentaba como reo de lesa majestad.

En cuanto se declaraba el rey muerto, todo el mundo sin excepción de clase llevaba presentes a su sucesor, como prueba de que aprobaba su advenimiento al trono.

Mientras el rey no estaba muerto sino en la agonía, cerraban las puertas, y a nadie se le permitía entrar; mas luego que expiraba todos se vestían de luto, y podían entrar a donde el cadáver estaba de cuerpo presente, y tocarlo con las manos.

En seguida lavaban el cuerpo con aguas olorosas, le ponían una camisa muy fina, sus mocasines de piel de ciervo, sus campanillas de oro en las piernas, sus brazaletes de oro con turquesas en los brazos, un collar de oro y piedras preciosas en el cuello, y sus pendientes de oro en las orejas, con una turquesa grande en el labio inferior.

Ataviado el cuerpo de ese modo lo metían en un ataúd que colocaban en una tumba o cama, poniéndole a un lado un haz de flechas y al otro una figura o moña de su tamaño, hecha de mantas finas, con una corona de hermosas plumas en la cabeza, mocasines en los pies, brazaletes en los brazos y collar de oro en el cuello.

Y como había muchas personas destinadas a morir, tanto hombres como mujeres, que debían acompañarle en su tránsito de esta vida y servirle en el otro mundo, les lavaban los cuerpos con el mayor esmero, y les daban de comer y de beber hasta que se embriagaban para sentir menos la muerte.

El nuevo rey señalaba los que debían morir para ir a servir a su padre, y los más de aquellos desgraciados miraban su suplicio como la dicha suprema, creyendo que después de su muerte gozarían con su rey de gloria inmortal y felicidad eterna.

En primer lugar debían morir sus doncellas nobles, la primera para guardar las joyas que el rey solía llevar; la segunda para servirle de escanciana; la tercera para servirle el agua con que se lavaba las manos; la cuarta para presentarle el orinal; la quinta para cuidar de la cocina; y la sexta para lavarle la ropa.

Mataban asimismo otras muchas mujeres libres y esclavas para asistir a las nobles doncellas, y a un hombre de cada uno de los oficios del pueblo.

Acabado el lavatorio de todos los que debían morir, y cuando les habían hecho comer y beber bien, les pintaban las caras de amarillo y los coronaban de flores.

Marchaban en seguida formando procesión delante del ataúd donde iba el difunto rey, los unos tocando caracoles a guisa de trompas, y varios instrumentos de huesos, y de conchas de tortuga; los otros silbando conforme andaban, pero los más llorando y manifestando el sinsabor y congoja que les causaba la pérdida de su príncipe.

El hijo del rey muerto y otros señores de cuenta llevaban en hombros el ataúd, andando pausadamente hasta el templo del dios Curicaveri, y los demás parientes iban al lado de la caja, cantando con tono melancólico y funeral el himno de muerte, en que ensalzaban las hazañas y virtudes del monarca difunto. Los oficiales de la casa del rey y los magistrados llevaban sus armas y banderas.

Con ese orden, y limpias ya las calles de la carrera por los vecinos, salían a media noche del palacio real alumbrados por una infinidad de hachones, y armando un estruendo horroroso con sus trompetas y timbales.

Llegada al templo la procesión, daba vuelta cuatro veces a una hoguera de pino destinada a quemar el cuerpo; después ponían encima de aquella pira el féretro, y mientras ardía el muerto, iban matando a porrazos a todos los que llevaban esas coronas de flores, enterrándolos después de cuatro en cuatro en una sepultura detrás del templo.

Al otro día por la mañana recogían cuidadosamente las cenizas, los huesos y las joyas, y lo envolvían todo en una rica manta que presentaban en la puerta del templo, donde un sacerdote recibía las reliquias, y después de bendecirlas, hacía con ellas una masa, y de la masa, una figura que vestían como un hombre, acomodándole una máscara y adorándola con todas las joyas y galas de que usaba el rey difunto.

Al pie de las gradas del templo había hecha expresamente una huesa o sepultura cuadrada de dos toesas de profundidad y cubierta de esteras finísimas de junco. En el centro había una hermosa cama, y en esa cama ponía uno de los sacerdotes, el ídolo de las cenizas, con los ojos vueltos hacia el oriente. Alrededor de las paredes colgaban rodela de oro y plata, arcos y flechas, con pomposos penachos de pluma y diferentes utensilios de barro, como jarras, pucheros, platos y demás, de manera que el ajuar de la sepultura se hallaba completísimo, y los claros estaban llenos con baúles, ropas, joyas, manjares, bebidas y armas.

Depositado el ídolo, cerraban la huesa con vigas y chillas, y cubrían esa techumbre de tierra por encima. De allí los nobles que habían tocado cualquiera cosa de las pertenecientes al entierro o al muerto, se iban a lavar y luego a comer en el patio del palacio real. El suelo servía de mesa en los banquetes funerales, y los convidados después de haber comido, se limpiaban las manos en una especie de borlas que les cobijaban la cabeza como crestas, guardando un silencio profundo que no interrumpían sino para pedir de beber.

El duelo duraba cinco días, y durante ese tiempo no era permitido encender fuego en otra parte, sino en el palacio del rey y en los templos. También estaban cerradas las tiendas, y nadie salía de su casa, haciendo todos cuanto podían para mostrar el dolor que los aquejaba por la muerte de su rey.

El adulterio era entre ellos crimen capital, y condenaban a muerte al hombre y a la mujer sin remisión. Si el adúltero era noble, no usaban con él tanto rigor como con los plebeyos: entonces le ponían un penacho de plumas en la cabeza, y lo ahorcaban, quemándolo después de ahorcado.

Mas para evitar la corrupción y los estragos de la lujuria, permitían que hubiese mujeres comunes que podían los hombres visitar, mas en secreto, porque no había lupanares ni mancebías.

En el día los indios de Michoacán son tan adictos a la religión católica romana y tan celosos observadores de sus preceptos como cualesquiera otros en las demás partes de la América.

La cuarta y última provincia del imperio de México es la Nueva Galicia. Báñanla dos grandes ríos: el uno es el Piastle y el otro el de San Sebastián.

Esta provincia se estima a causa de las muchas poblaciones de indios que contiene, y particularmente de seis ciudades habitadas por los naturales del país y por los españoles.

CAPITULO III

Continúa la descripción de las provincias dependientes de México y de sus principales ciudades, con las conjeturas del Autor sobre el origen de sus pueblos

La primera y más considerable es la de Jalisco, ganada por Nuño de Guzmán, el año de 1530, cuando salió de México enfurecido, y mandó quemar al rey de Michoacán después de haberlo hecho prisionero.

La segunda es Guadalajara.

La tercera Coarum.

La cuarta Compostela.

La quinta Espíritu Santo.

La sexta Capala, que ahora llaman Nuevo México, y es donde los españoles sostienen la guerra con más ahínco, porque todavía no han podido reducir a su obediencia a los indios que habitan las regiones septentrionales.

Estos indios son valientes y dan mucho que hacer a los europeos, a causa de lo quebrado y montuoso del país en que habitan. Muchas veces cuando los españoles han ido a buscarlos a sus sierras, han vuelto descalabrados, y aun completamente deshechos.

He oído decir a algunos españoles que triscan y saltan por aquellos vericuetos como gamos, y que cuando se acercan a ellos, disparan sus flechas con un grito espantoso, y saltan con tal ligereza por las rocas, que apenas se ven sobre un pico cuando aparecen sobre otro.

El empeño de los españoles en sujetar a esos salvajes, más bien que a otros, a quienes podrían vencer con menos dificultad, viene del deseo de poseer las muchas minas de oro y de plata que hay en aquel país. Parte de esas riquezas les pertenecen, porque son suyas las minas de San Luis de Zacatecas, minas de donde sacan toda la plata que se acuña en las secas de México y de la Puebla de los Angeles, sin contar la que envían todos los años a España en barras, y que sube a más de seis millones.

Además los españoles se adelantan y van ganando terreno hacia el norte, porque según se entiende por aquella parte, descubren mayores riquezas; así quieren conquistar esas provincias, no sea que, como lo temen, les cojan la mano y se apoderen de ellas los ingleses de la Virginia y de las otras colonias.

Yo he oído decir a los mismos españoles que se maravillaban infinito de que los ingleses no se internaran más en el país: "Menester es mucho miedo a los indios o sobrada pereza, para preferir una vida holgazana y la cultura de cuatro matas de tabaco a la conquista de una tierra empedrada de oro y plata".

Es constante que el designio de los españoles no se reduce a subyugar a los indios que tienen en su vecindad, sino que se ensancha a la ocupación de todo el territorio, penetrando por toda aquella tierra hasta la Florida y la

Virginia, si no se tropiezan en el camino con alguna de las naciones del norte de Europa que se oponga a su marcha más vigorosamente que los desgraciados indios.

Habiendo hablado brevemente de las cuatro provincias de México, que es el primer miembro de la división de la América, diremos algo de las otras tres provincias que dependen de la América Mexicana o de la parte septentrional opuesta a la Peruana; y dejaremos a un lado la Florida, la Virginia, la Norumbega, la Nueva Francia y la Estotilanda, porque no quiero escribir, como hacen muchos, por relación de otros o de oídas, sino por lo que yo mismo he visto y conocido por mi propia experiencia.

En la división hecha de la parte septentrional, he puesto a continuación de México, Quivira, Yucatán y Nicaragua, tres provincias de que voy a hablar, para dar en seguida algunas noticias sobre la Peruana o parte meridional del Nuevo Mundo.

El país de Quivira está situado en la parte más occidental de la América y frente a frente de la Tartaria, de cuya región se aleja tan poco que algunos son de sentir que de ella salieron los primeros habitantes del continente americano.

En efecto, los pueblos de la América tienen harta semejanza, para que se crean descendientes de los tártaros. En primer lugar Quivira y toda la parte occidental de aquella región que mira al Asia, contienen más población que la parte oriental que mira a Europa: esto prueba que las tierras occidentales han sido habitadas antes que las orientales.

En segundo lugar su rudeza y costumbres bárbaras muestran que participan más de la condición de los tártaros que de ninguna otra nación.

En tercer lugar si la parte occidental de la América no es la continuación del mismo continente de Asia, no debe separarla de la Tartaria sino un pequeño estrecho.

Por último el pueblo de Quivira más cercano a la Tartaria sigue las estaciones, y hace pacer sus ganados como los tártaros. ⁽¹⁰⁾

Toda aquella región abunda en yerba y goza de un aire templado. Los habitantes hacen más caso del vidrio que del oro, y los hay entre ellos que son antropófagos.

Las principales riquezas de ese país son sus bueyes y sus vacas, que los proveen de alimento, bebida, abrigo, y casi de todo lo que necesitan: porque de los cueros construyen sus moradas, o a lo menos los techos y paredes; de los huesos fabrican agujas y punzones; del pelo hilo; cuerdas de los nervios, y de los cuernos y vejigas, vasos para beber y platos para comer; del estiércol se sirven para el fuego; hacen odres para sacar y guardar el agua de la piel de los terneros, y en fin beben la sangre de estos animales y se alimentan con su carne.

(10) No dejan de sorprender esas conjeturas en un escritor del principio del siglo XVII, y por infundadas o ligeras que ahora nos parezcan, deben mirarse como un esfuerzo del ingenio, atendida la escasez de datos que había entonces para aclarar un punto, sobre el cual no dan mayores luces los filósofos y naturalistas del siglo posterior.—E.

Sospéchase que tienen algún comercio con la China o con el Catai en las provincias donde los españoles no han entrado todavía. Aún en tiempo de la conquista y cuando Vásquez de Coronado sometió una parte del país, descubrió en la mar ciertas embarcaciones diferentes en su fábrica de las que ordinariamente se construyen en Europa, y por eso, y porque iban al parecer cargadas de mercaderías, no es posible imaginar que pertenecieran sino a uno de los dos imperios mencionados.

Todavía no se ha descubierto en Quivira más territorio que el de la provincia de Cibola y la de la Nueva Albión.

La primera toma el nombre de la ciudad que tiene por capital, y cuenta además entre sus poblaciones la ciudad de Totontao, muy agradable, asentada junto a un río y de clima templadísimo, y la de Tinguéz, donde hay un colegio de jesuitas que solamente se ocupan en predicar y en instruir a los naturales del país. Tinguéz merece citarse por haberla quemado los españoles que al mando de Vásquez de Coronado conquistaron la provincia y la redujeron a la obediencia del rey de España; después la han reedificado y la habitan los españoles.

La Nueva Albión está a la parte de occidente hacia la Tartaria. La frecuentan pocos españoles, porque no han encontrado en ella minas de oro ni riquezas.

El famoso capitán Francisco Drack la descubrió y saltó en tierra, llamándola Nueva Albión, porque el rey que la gobernaba entonces se sometió voluntariamente y prestó vasallaje a la reina Isabel de Inglaterra.

La tierra abunda en frutas igualmente agradables a los ojos y al paladar; los habitantes son muy humanos y caritativos con los extranjeros, perseguidos a encantamientos y a la adoración de los demonios.

El Mar Bermejo o de California sirve de límite al país de Quivira y también al imperio de México.

El tercer reino que depende de la parte septentrional de América, o para hablar con más propiedad que se comprende en ella, es Yucatán, que fué descubierto por Hernando de Córdoba en 1517. ⁽¹¹⁾

Llamóse Yucatán o Jucatán, no por causa de Joctan hijo de Heber, como se han imaginado algunos, creyendo que partió del oriente, donde pone su morada la Biblia en el capítulo 12 del Génesis, para ir a establecerse en aquella región, ⁽¹²⁾ sino por una frase de la lengua de sus habitantes. Yucatán o Jucatán significa en lengua india ¿qué decís? y los primeros españoles que abordaron a las costas de aquella tierra la llamaron así porque, como los naturales, que no los entendían, reiteraban esa pregunta a las que ellos les hacían sobre el nombre del país, creyeron que en efecto era Yucatán, y Yucatán se le ha quedado.

Es su forma la de una península, y boja por lo menos trescientas leguas, teniendo enfrente la isla de Cuba.

(11) Francisco Fernández de Córdoba.—E.

(12) No es Joctán sino Jectán, hermano de Faleg; y no hace de él mención el capítulo XII del *Génesis*, sino el X, en que se refieren las generaciones de los hijos de Noé.—E.

Divídese en tres partes: la primera es el verdadero Yucatán, cuyas ciudades principales son Campeche, Valladolid, Mérida y Simancas, y otra llamada el Cairo por su extensión y su hermosura.

Los españoles reputan pobre aquel país, porque no ofrece minas de plata, ni se cría en él la cochinilla, ni tampoco lleva añil. Los objetos más importantes de su comercio son: miel, cera, cueros, azúcar, algunas drogas para los boticarios, cañafistola, zarzaparrilla y maíz en abundancia.

También da mucha madera para construir navíos, y los españoles se aprovechan de ella para fabricar embarcaciones en que hacen más de un viaje a Europa.

En 1632 los habitantes de ese país estuvieron a punto de levantarse contra el gobernador de la provincia, porque los obligaba a venderle sus pavos, sus gallinas, su miel y su cera; les daba el precio que se le antojaba, y luego les revendía a un precio exorbitante lo mismo que les había comprado, enriqueciéndose de ese modo a costa de ellos.

No pudiendo soportar un manejo que los reducía a la última miseria, resolvieron sublevarse y huir a los bosques y a las asperezas de la sierra. Abandonaron pues sus casas y permanecieron en sus guaridas algún tiempo, hasta que los religiosos de San Francisco, que ejercen en sus conciencias el mayor influjo, lograron persuadirlos a que volvieran a sus hogares. El gobernador, por evitar una sublevación general en la provincia, les concedió un indulto sin restricciones y les prometió al mismo tiempo tratarlos con más miramiento en lo sucesivo.

La segunda parte de la península se llama Guatemala donde yo he vivido doce años. Es uno de los distritos más poblados de América, y allí se encuentra el mayor número de ciudades y lugares cuyo vecindario se comprende de indios, aunque los españoles con su maltrato hayan hecho morir más de quinientos mil.

Los naturales deben mucho a los religiosos que los protegen y defienden de la tiranía de los españoles, si bien lo hacen por su mismo provecho, porque cuanto más prosperan los indios, tanto más se enriquecen los frailes.

El clima es templado, y el suelo abunda en las cosas necesarias para la vida; sus ciudades de marca son Guatemala, Casuca y Chiapa, de que después hablaré por extenso.

La tercera parte de Yucatán se llama Acusamil, que es una isla situada enfrente de Guatemala llamada generalmente por los españoles Santa Cruz, a causa de su capital llamada también Santa Cruz.

Por último, la cuarta provincia de la mexicana o parte septentrional de la América sujeta a los españoles y de que he tenido conocimiento, es Nicaragua al sudeste de México. No dista de la capital de la Nueva España más que unas cuatrocientas cincuenta leguas, y por eso tanto el terreno como los habitantes tienen mucha semejanza con el terreno y los habitantes de la provincia de México.

Los naturales son de hermosa estatura y blancos de cuerpo y de rostro. Antes de abrazar la religión cristiana se gobernaban según los principios de una buena política y conforme a un código de leyes. Pero como Solón no promulgó leyes contra los parricidas, no pudiendo imaginarse que hubiese

hijos tan perversos y desnaturalizados que mataran a sus padres, del mismo modo el pueblo de Nicaragua no tenía leyes contra los regicidas, no queriendo persuadirse de que hubiese hombres capaces de atentar contra la persona de sus reyes.

Los ladrones no eran castigados con pena de la vida, sino que los hacían esclavos de la persona a quien habían robado, y los forzaban a servirle hasta que el valor de sus servicios resarcía la pérdida causada por el robo, castigo menos bárbaro y mucho más útil que la muerte con que las leyes de algunos países de mayor cultura intentan reprimir ese crimen.

La provincia de Nicaragua es tan agradable, y se encuentra en ella con tanta abundancia cuanto es menester para vivir bien, que los españoles la llaman el Paraíso de Mahoma.

Entre los árboles que llevan flores, crece uno tan sensible que en tocándole una rama, se marchita incontinentemente. ⁽¹³⁾

Los papagayos, loros y cotorras se ven tan frecuentes allí como en Europa las cornejas, y los pavos, codornices, conejos y demás clases de caza abundan de manera que son el sustento ordinario de los habitantes.

Hay muchas y crecidas poblaciones de indios, aunque no como en los alrededores de Guatemala, y los españoles habitan dos ciudades, a saber: León, donde está la residencia del obispo, y Granada puesta sobre un lago de agua dulce que boja más de cien leguas, y aunque sin comunicación con el océano, tiene sin embargo su flujo y su reflujo.

Pero hablaré más ampliamente de la provincia y de esta ciudad, cuando refiera el viaje que hice a ella.

CAPITULO IV

Descripción sucinta de la América Peruana

Después de haber trazado esa breve reseña de la Mexicana o parte septentrional de la América sujeta al rey de España, y reservándome el hablar de ella más individualmente para cuando trate de los lugares en que he vivido, y de las provincias por donde he viajado, quiero ahora describir ligeramente la Peruana o parte meridional del nuevo continente a fin de dar alguna idea de ella a los lectores.

Contiene pues esa mitad de la América cinco grandes reinos, de los cuales pertenecen unos enteramente y otros en parte a las coronas de Castilla y de Portugal, y son la Castilla del Oro, la Guiana, el Perú, Chile y el Brasil.

No es mi ánimo llenar esta historia de lo que han escrito los demás acerca de las cuatro regiones últimas en donde no he estado o no he viajado mucho; pero hablaré del Perú, limitándome a lo que he podido saber, y luego vendré a la Castilla del Oro por donde he pasado.

(13) Creo que habla de la *mimosa imperial*.—E.

Tiénese el Perú por más rico todavía que México; pues si bien carece de comodidad en su tráfico por la Mar del Norte, y es menester acarrear las mercaderías que de allí vienen a Panamá, y de Panamá a lo interior por tierra, o por la tierra de Chiagra a Portobelo en la Mar del Norte; no obstante el país lleva ventaja en las riquezas al de la Nueva España por sus muchas y abundantes minas de plata.

Se cree que las sierras del Potosí no son otra cosa que montañas de ese metal; pero el rey de España no permite que se abran nuevas minas hasta que se agoten las antiguas, que han dado sobrada ocupación y sendas riquezas a los españoles desde el tiempo de la conquista.

El terreno es fértil y da todos los frutos propios del clima de España. Los olivos mejoran, y las aceitunas son más gruesas y producen un aceite más dulce y más claro.

También han plantado viñas, costando mucho el transportar el vino de Europa, y la uva es mejor y el vino más fuerte que el de España.

Cógese además gran cantidad de trigo en todas las tierras situadas al abrigo de las montañas, que sirven de valladar al Brasil y separan a los indios independientes.

Pero estas sierras aprovechan sobre todo a los valles que fertilizan con las aguas de sus fuentes; porque es necesario advertir que en los lugares habitados por los españoles hacia la Mar del Sur no llueve jamás, y así los techos de las casas no están cubiertos sino de esteras para evitar el polvo; sin embargo ese país que no recibe más humedad que la del agua de las sierras y del rocío de la montaña o el sereno de la tarde, es uno de los más fértiles del mundo.

La capital es Lima, donde reside un virrey, una Audiencia y un arzobispo.

A cosa de dos millas de la ciudad hay un puerto que llaman el Callao, donde fondean las naves que todos los años transportan a Panamá las riquezas del Perú.

También hay otras embarcaciones para el comercio de las Indias Orientales, como en todas las costas de Guatemala, y en Acapulco, puerto de la Nueva España, en la Mar del Sur.

El puerto de Callao no está fortificado con el esmero que debería estarlo, considerados los tesoros que encierran tanto el puerto como la capital.

He oído decir a muchos españoles que el año de 1620 se presentaron delante de la bahía algunos buques holandeses (otros dicen que eran ingleses), con intención de apresar los galeones que debían transportar la plata del rey a Panamá; mas que habiendo tenido un falso aviso y creyendo que la flota había dado a la vela, le dieron caza por el rumbo que a su parecer seguía.

Sin ese acontecimiento, que les hizo perder la ocasión de atacar el puerto de Callao, sin duda se hubieran apoderado de él, y logrado el mayor tesoro que hubiese entonces en ninguna otra parte del universo.

Pero como los españoles ven rara vez buques extranjeros por aquellas aguas, viven sin temor y descuidan la fortificación de las costas.

A pesar de la riqueza de las minas y de la fecundidad de la tierra del Perú, todavía es Chile mucho más rico, por las minas de oro que posee.

Los naturales, gente fuerte y atrevida, resisten con denuedo a los españoles que son infatigables en la guerra. A su robustez y valentía añaden la destreza con que han aprendido a servirse de las armas europeas, y manejan como sus enemigos, la espada, la pistola y el mosquete. Además han cogido a muchos españoles, tanto hombres como mujeres, los han casado con los hombres o mujeres de sus tribus, y los hijos de esos enlaces, que llaman mestizos y son tan valientes como ingeniosos, han acrecentado sus fuerzas de un modo considerable.

Y dan tanto que hacer a los españoles que la guerra de Chile es una de las más azarosas que en el día tengan. El consejo de Madrid saca ordinariamente los mejores soldados de las tropas de Flandes y de Italia para enviarlos a Chile, y los oficiales que han servido largo tiempo en Flandes son destinados a la misma guerra, en premio de sus hazañas; porque en efecto se enriquecen pronto con el oro que tanto abunda en aquella región.

Los españoles tienen tres hermosas ciudades en la provincia de Chile: la Concepción que es Obispado, Santiago y Valdivia, cuyo nombre toma del gobernador, causa y autor de la guerra.

Valdivia era tan avaro y buscaba el oro con tanta pasión, que no podía sufrir que los indios guardasen en sus casas la más pequeña cantidad. Para arrancárselo hacía que los apalearan, y los maltrataba hasta el punto de matarlos, si no le llevaban todo cuanto quería, obligándolos a trabajar en las minas con especial mandamiento de presentarle todos los días cierta cantidad.

Los indios llegaron a conocer que sus fuerzas no bastaban para satisfacer la codicia del gobernador y resolvieron no obedecerle. Antes de romper las hostilidades, se armaron para sostener la guerra, y tomando una porción de oro se presentaron a él.

"Valdivia, le dijeron: el rocío no contenta la arena, ni los hijos de las selvas pueden saciar la sed de oro del cacique de los blancos: que harte tus entrañas lo que no llena tus ojos."

Y repitiéndole "bebe, bebe", se precipitaron encima de él y le echaron por la boca el oro derretido.

Así murió Valdivia, dejando su nombre a una ciudad, después de haber encendido la guerra que dura todavía.

No hablaré ni de la Guiana ni del Brasil, porque no he estado ni en una ni en otra parte. El Brasil pertenece a la corona de Portugal, y los españoles lo conocen muy poco. Los Estados de las Provincias Unidas ⁽¹⁴⁾ poseen en el día una parte, y sus historiadores podrán dar a conocer mejor que yo a la Europa sus riquezas.

Yo me vuelvo a la parte principal de la Peruana, llamada Castilla de Oro por el mucho que lleva su tierra.

(14) La Holanda.

Comprende la parte septentrional de la Peruviana, y porción del istmo o estrecho que está entre la Mar del Norte y la del Sur.

Además de la abundancia de oro que allí se encuentra, la enriquecen también minas de plata, y especies, perlas y yerbas medicinales.

Divídese en cuatro provincias, a saber: la Castilla de Oro, la Nueva Andalucía, la Nueva Granada y Cartagena.

La Castilla del Oro, situada en el estrecho mismo, no tiene mucha población, a causa de la insalubridad del clima, por las copiosas aguas empanadas que llenan el aire de vapores pestíferos.

Los principales pueblos pertenecientes a los españoles son Nombre de Dios hacia el este, y Puerto Bello, a seis leguas de allí, habitado por españoles, mulatos y negros.

Nombre de Dios está en el día casi abandonado. Las naves que antes solían anclar en este puerto, y cargar en él la plata del rey que todos los años envían del Perú a Panamá, para transportarlas por la Mar del Norte, fondean ahora en Puerto Bello, puerto que en efecto merece ese nombre por su hermosura, y que está fortificado a la entrada por tres castillos que mutuamente se dominan.

La tercera y principal población de los españoles en la Castilla del Oro es Panamá, que está en la parte occidental sobre la Mar del Sur. Esta ciudad, como Nombre de Dios, fué edificada por Diego de Niquesa, el cual llamó la segunda "Nombre de Dios" porque de haber sufrido largo tiempo en la mar, viéndose en el puerto fuera de los peligros que lo habían amenazado, dijo a su gente lleno de regocijo: "Compañeros, ya podéis saltar en tierra en el Nombre de Dios".

Mas, como he dicho más arriba, el aire de ese lugar es muy malsano, y en 1584 mandó el rey de España que se demolieran las casas de Nombre de Dios, y se reedificaran en un terreno más saludable. Por estas órdenes don Pedro de Arias fundó la villa de Puerto Bello.

Pero me olvidaría de que era inglés, si hablando de Nombre de Dios, no hiciese mención de las acciones memorables que mis compatriotas han hecho allí, y que aún todavía admiran los españoles.

No solamente la fama del caballero Francisco Drack es grande en aquellas tierras, sino que todos los españoles enseñan a sus hijos a temer ese nombre, haciéndoles miedo con él; y no han olvidado cómo atacó la ciudad de Cartagena ni sus correrías por la costa, y con especialidad en Nombre de Dios, donde desembarcó internándose desde allí hacia Panamá hasta la sierra de San Pablo.

Acuérdanse además de uno de sus capitanes llamado Juan Oxenham, cuyo nombre quiero yo también inmortalizar en mi historia con la relación de la memorable y atrevida hazaña que acometió en aquella costa.

Llegado este valeroso caballero con setenta hombres, gente toda resuelta, a una cala cercana a Nombre de Dios, mandó sacar del agua su bajel y cubrirlo con ramas de árboles. En seguida emprendió su camino por tierra, guiado por algunos negros hasta que se encontró con un río: allí dispuso que

cortaran sus gentes las maderas necesarias para construir una pinaza, y en esta embarcación ganó la Mar del Sur, y arribó a la isla de las Perlas, donde permaneció seis días, apresando dos naves españolas, que llevaban a bordo sesenta mil libras de oro de peso, y doscientas mil en barras. Con este rico botín se volvió a la tierra firme.

Verdad es que un motín, acaecido luego entre sus gentes, fué causa de que no volviese jamás ni a su bajel ni a su patria; pero no por eso la hazaña de Juan Oxenham deja de ser memorable: nadie ha hecho cosa semejante en ningún tiempo, y así los españoles hablan de ella con asombro.

Una gran parte de la Castilla de Oro está todavía por conquistar, y sin duda debe encerrar muchos tesoros que podían caer en manos de la nación que tuviera bastante osadía para irlos a buscar.

En 1637, estando yo en Panamá con designio de regresar a mi patria, llegaron como unos veinte indios salvajes, para tratar con el presidente de la Audiencia, y someterse al rey de España; mas por lo que supe después en Cartagena, nada concluyeron, porque los españoles no se atreven a fiarse de los indios, que tantas veces se han sublevado contra ellos a causa de sus malos tratamientos.

Los indios que fueron a Panamá y que yo ví, eran hombres bien formados, robustos y de hermosa estatura, y uno de ellos tenía el pelo tan rojo como puede tenerlo el que más en Inglaterra o en Escocia. Llevaban zarcillos de oro, y unas chapas del mismo metal en forma de medias lunas en el labio inferior, lo cual prueba que lo hay abundantemente en su país.

La Nueva Andalucía confina con la Castilla del Oro por la parte del norte, y con el Perú por la del medio día.

Las poblaciones mejores de esta provincia son Tocaio, que ahora llaman los españoles Santa Margarita, y otra a que dan el nombre de Espíritu Santo.

La Nueva Granada está puesta al medio día de Cartagena, y se denomina así porque se asemeja en abundancia y fertilidad a la provincia de Granada de España. Posee seis ciudades considerables: la primera es Tungia, que se dice estar directamente bajo el Ecuador; la segunda Tochamun; la tercera y más rica de todas, Popayán; la cuarta Santa Fe, silla del arzobispado y residencia de la chancillería que como las Audiencias de Panamá y Guatemala tiene su sala del crimen con su alcalde, su promotor fiscal y dos oidores, cobrando estos magistrados seis mil ducados anuales de las arcas de cámaras; la quinta se llama la Palma, y la sexta Mérida.

El camino real por donde se va de Cartagena a Lima, capital del Perú, pasa todo por medio de la provincia de Granada.

El país es fuerte por su naturaleza, porque se encuentra rodeado de montañas y rocas, cuyas gargantas y puertos son muy difíciles y angostos pero se ve cubierto de hermosos valles, y abunda en frutas, trigo, y aun tiene algunas minas de plata y ríos donde se coge oro entre las arenas.

Cartagena es la última provincia de la Castilla del Oro, cuyo territorio es también muy fértil; mas crece en él un árbol tan venenoso, que basta tocarlo para quedarse envenenado.

Las ciudades principales de la provincia son Cartagena tomada en 1585, y quemada por el caballero Francisco Drack, que sacó de allí una infinidad de oro y plata, y doscientas y treinta piezas de artillería.

No quisiera yo asegurar que hay en el día tantos cañones como antes; sin embargo está muy bien fortificada aunque no lo está como Puerto Bello.

Es Cartagena ciudad hermosísima, y en extremo rica por el comercio de las perlas que llevan de la Margarita, y por las rentas reales que envían de toda la Nueva Granada. Tiene obispo y muchas iglesias y conventos riquísimos. No está gobernada por un tribunal de justicia y una audiencia como Santa Fe, sino por el gobernador de la plaza, investido de todo poder.

Se ha propuesto varias veces al Consejo de España el destinar cierto número de galeras para que crucen por aquellos mares, pudiendo retirarse al puerto de Cartagena.

Por causa de esta ciudad ha perdido la Inglaterra la isla de la Providencia, llamada de Santa Catalina por los españoles, la cual, aunque pequeña, hubiera podido ser muy útil a nuestro país, y aún más que cualquiera de las otras colonias de la América. Los españoles lo sabían, y por eso han empleado todas las fuerzas de Cartagena para tomarla; pero confío en que vendrá tiempo que volverá a caer en nuestras manos, y que nos aprovecharemos de las ventajas que nos ofrece su situación.

También transportan todos los años a Cartagena en fragatas pequeñas todo el añil, la cochinilla y el azúcar que se coge en Guatemala; porque los españoles creen que sea más seguro transportar estas mercaderías por el lago de Granada hasta Nicaragua y de allí hasta Cartagena, para cargarlas en los galeones que vienen de Puerto Bello con la plata del Perú, que enviarlas con las naves de las Honduras apresadas con harta frecuencia por los corsarios holandeses. Esta es además otra de las razones por las cuales nos han tomado la isla de la Providencia los españoles; pues pasando tan cerca sus fragatas, querían estar a cubierto por ese lado.

Abuida es la segunda ciudad de la provincia de Cartagena. La tercera es Santa Marta, rico gobierno español, donde se temen mucho los insultos de los buques ingleses y holandeses, la cual está fundada sobre la orilla del Abuida o Río Grande.

Síguense Venezuela y la Nueva Cádiz que son dos poblaciones grandes y ricas y fuertes.

Los españoles llaman estas tres provincias de la Nueva Andalucía, la Nueva Granada y Cartagena Tierra Firme, porque sirve de valladar o baluarte al Perú por la parte del Norte, y forman la basa de una pirámide al revés.

Así ha dado el lector vuelta conmigo a la América, y le he hecho ver el continente de esta gran parte del mundo. Por ahí podrá conocerse la grandeza y poderío del rey de España, que ha sometido a su dominación tantos y tan vastos países que serían mayores que toda Europa, si estuvieran todos juntos en uno.

CAPITULO V

Descripción geográfica de las islas de América pertenecientes a los españoles, y en particular de la Margarita, y de la pesca de las perlas que se hace en ella, con un estado de los principales puertos y fortalezas

El continente de América no es solamente grande y espacioso, sino que también hay en sus mares islas tan grandes y aun mayores que en cualquiera otro paraje del mundo. Sería cosa prolija y fastidiosa el ir las nombrando una a una, y aun empresa muy difícil poderlo hacer por no decir imposible, porque muchas hay que todavía no están descubiertas, y otras que no tienen habitantes, de manera que no se sabe cuál sea su extensión ni cuáles las producciones de su territorio. Sólo las Lucayas se cree que suben por lo menos a cuatrocientas.

Para no molestar pues a mis lectores, no describiré sino las islas de mayor cuantía, y eso con toda brevedad, comenzando por las que están más próximas a Cartagena, en donde hemos dejado el continente.

La primera que reclama las alabanzas de mi pluma, es la preciosa isla de la Margarita, asentada en el mar junto a la Castilla del Oro, y a corta distancia de las islas de Cuba y de la Trinidad.

Es cierto que algunos han mirado en esta isla con menosprecio, porque no tiene granos, yerbas, árboles ni agua buena de beber, habiendo llegado ocasión en que uno de sus habitantes ha dado un tonel de vino por una cuba de agua; pero la gran cantidad de perlas que da, recompensa largamente todas las faltas y privaciones a que está expuesto en ella, y esa abundancia justifica su nombre, tomado de los latinos que llamaban las perlas *Margaritas*.

Hay en la isla varios mercaderes ricos, con cuarenta o cincuenta esclavos negros, que sólo se ocupan en pescar entre las rocas las ostias, ostras, o conchas en que se encuentran las perlas.

Estos mercaderes hacen gran caso de sus negros y los halagan y tratan bien, porque necesitan confiarles esos tesoros ocultos bajo las olas, y porque toda su riqueza depende de la buena voluntad de sus esclavos, que pueden, si se les antoja, no pescar o dejar las mejores conchas en el agua.

Los bajan a la mar en cestas, y los dejan dentro del agua hasta que tiran de la cuerda que ha servido para bajarlos, y así hacen señal de que los saquen.

He oído decir a algunos que se ocupaban de la pesca de las perlas, que alimentaban a los negros con viandas asadas nada más, a fin de que pudieran retener mejor y por más tiempo la respiración debajo del agua.

Envían todas las perlas de la Margarita a Cartagena, donde las abren, y hay una calle muy hermosa de tiendas de gente que sólo se ocupa en ajustarlas y ensartarlas.

En el mes de julio fondea en la isla un buque, o dos cuando más, para transportar a Cartagena los derechos del rey y las perlas de los particulares. El cargamento de uno de esos buques se estima ordinariamente en sesenta

u ochenta mil ducados, y a veces en más, por cuyo motivo van siempre muy bien tripulados y guarnecidos para si se encuentran con los navíos ingleses u holandeses, como suelen temérselo.

El año 1637, que fué el de mi residencia en Cartagena, sucedió que, dándole caza a uno de estos buques un navío inglés de la isla de Providencia, que decían ser el *Neptuno*, logró alcanzarlo, y después de un combate sobrado ligero, redujo al español al último trance. Pero en el instante que iba a rendirse, y el navío inglés estaba para abordarlo y hacerse dueño de todas las riquezas que llevaba (porque en efecto tenía intención de rendirse según me dijo en Cartagena cuatro días después un español que se halló en el combate) se presentaron otros dos navíos holandeses, y pretendieron su parte de botín, alegando los poderes que tenían de los señores Estados en todas aquellas mares. Durante la disputa de las dos naciones, el buque español ganó una isla pequeña, donde se dejó encallar, y los marineros descargaron a toda priesa y escondieron en el monte una parte de las riquezas, pegando fuego a la embarcación, cuando se vieron perseguidos por los holandeses. Los holandeses y los ingleses se vieron burlados, y perdieron la presa; porque luego que se supo en Cartagena la situación de los marineros españoles, envió el gobernador un navío de guerra, para transportar las perlas escondidas, que no eran sin embargo la tercera parte de las que tenía a bordo el buque perdido.

La Jamaica es otra isla que depende de los españoles y tiene doscientas ochenta millas de largo y setenta de ancho; pero aunque excede a la de la Margarita en claras corrientes y en manantiales de agua dulce, le es no obstante muy inferior en riqueza; porque todas las mercancías que en ella se encuentran se reducen a cueros, azúcar y tabaco.

No se cuentan más que dos poblaciones considerables en esa isla, Oristán y Sevilla. En la segunda se construyen embarcaciones tan buenas como las que salen de los arsenales de España.

En otro tiempo era muy poblada; pero en el día ya no se ven indios, porque los españoles han hecho perecer más de sesenta mil, y por otra parte las mujeres procuraban abortar, para que sus hijos no fueran esclavos de una nación tan cruel.

Al otro lado de ambas islas, se levanta la de Cuba que tiene trescientas millas de longitud y setenta de latitud, y cuya existencia supo la Europa al segundo viaje que Cristóbal Colón hizo a la América.

Está cubierta de selvas, de lagunas y de montañas: su clima es templado y el terreno fértil, y hay en él minas de cobre excelentes. En otro tiempo se ha cogido también oro. Abunda en jengibre, cañafístola, almáciga, acíbar, zarzaparrilla y azúcar; y en ganado vacuno, peces y caza, siendo tal la cantidad de tortugas y cerdos que los buques hacen de aquéllas y de éstos su principal provisión cuando se vuelven a España.

Estando yo en aquella isla, tomé un día una purga, y creyendo que me servirían algún ave o por lo menos algo de conejo, luego que hubiere obrado el remedio, no me quedé poco atónito al ver delante de mí un trozo de puerco hervido. No pude menos de manifestar mi extrañeza, y no quise probarlo

por temor de que me hiciera daño; pero me aseguraron que era la mejor vianda del país, y que los facultativos solían mandarla, después que se había tomado una medicina.

Las ciudades principales de la isla de Cuba son: Santiago a la parte del norte, que fué edificada por Santiago de Velasco y es cabeza de obispado; y luego La Habana, que está asimismo al norte, tiene una rada muy buena para las embarcaciones y sirve de emporio o mercado general; por eso los españoles la llaman la llave de todas las Indias.

En el puerto de La Habana permanecen las flotas del rey de España, y se reúnen las naves mercantes de todos los puertos de las provincias que acabamos de mencionar, tanto de la tierra firme como de las islas, y puede asegurarse que en el mes de septiembre se juntan allí todas las riquezas de la América, ya sean las que provienen de las rentas reales o real hacienda, ya sean las que pertenecen a los negociantes, las cuales se estimaron el año que yo estuve en La Habana por valor de treinta millones de pesos o de escudos.

Ese año se llegaron a juntar cincuenta y tres naves que dieron la vela el día 16 de septiembre, un poco antes de lo ordinario, porque el viento era favorable para embocar el estrecho de Bahama.

Siendo La Habana el depósito en donde se reciben todas las riquezas de la América, los españoles han puesto un esmero tan grande en fortificarla, que la creen inaccesible y cuentan la plaza entre las fortificaciones de primer orden como la de la ciudadela de Amberes, Milán y Pamplona.

Tienen dos fuertes castillos, uno a la entrada de la bahía o boca del puerto hacia la mar, y el otro más adentro al otro lado de la playa.

El paso entre los dos castillos es tan angosto que sólo podría pasar un buque de frente, y se puede defender tan bien por ellos que no lo forzaría una escuadra de cien navíos.

Yo he visto por dentro el mayor de esos castillos, y me ha parecido muy fuerte; pero se me antoja que podría tomarse tan pronto como varias plazas de Europa, sitiándolo por tierra con un buen ejército.

El castillo está bien provisto de artillería, y entre sus cañones hay doce piezas que llaman los *doce apóstoles*, las cuales son de un tamaño extraordinario.

Mas por fuerte que sea La Habana no ha podido salvar seis o siete millones que los galeones del rey tenían a bordo, aun estando éstos bajo la protección de sus castillos.

Es el caso que en 1629, el famoso holandés que los españoles llaman *Pie de Palo* y a quien temen tanto como al Draque, como dicen al caballero Francisco Drake, fondeó junto al cabo de San Antonio para aguardar la flota de la Nueva España, que no faltó al tiempo que él la esperaba. No bien la hubo descubierto, cuando se le echó encima, y la atacó vigorosamente descargando toda su artillería; pero los españoles que no tenían gana de pelear, después de haber celebrado su consejo de guerra, creyeron más acertado el guarecerse dentro del puerto de Matanzas en la isla de Cuba, batiéndose en retirada, que el arriesgar los caudales del rey que se les habían confiado.

Iban en la flota española varios caballeros, y dos jueces de la Audiencia de México que enviaban a España bajo partida de registro, como reos de la sedición de que ya hemos hablado; iba un religioso dominicano, conocido mío, llamado fray Jacinto de Hoces, el cual volvía de visitar los conventos de la orden de Santo Domingo de la Nueva España, con más de ocho mil ducados de regalos, según me dijo su compañero el año siguiente en Guatemala, a donde lo mandó a recoger entre sus amigos algunas contribuciones para poder regresar a España; también se hallaba entre los pasajeros don Martín de Carrillo, comisionado para formar causa a los culpables de la sedición acaecida en México, en cuya comisión se dice que había hecho más de veinte mil ducados; y por último eran de aquel viaje un obispo y muchos mercaderes ricos, siendo almirante de la flota don Juan de Guzmán de Torres.

Los españoles pues, ganaron el río de Matanzas, no creyendo que los holandeses se aventurarían a seguirlos; mas apenas entraron en él, vieron que no tenía bastante fondo, y se resolvieron a zaborar.

Varadas las embarcaciones, saltaron en tierra las personas más considerables de la flota y echaron a correr, llevando cada cual lo que podía. Unos sacaron sus cofrecillos, otros alguna valija en donde habían metido lo que tenían de más precioso; pero los holandeses los persiguieron con calor, y les tiraron tantos cañonazos que los obligaron a abandonarlo todo, salvo unos cuantos cofrecillos o papeleras que escondieron entre las matas; de modo que la mayor parte de las riquezas de la flota cayó en poder de los capitanes y marineros del valeroso Pie de Palo.

El padre Hoces se había metido en un esquife con su cofrecillo debajo de los hábitos, y allí llevaba sus cadenas de oro, sus diamantes, sus perlas y otras piedras preciosas; pero una media docena de holandeses que saltaron en el esquife todo se lo quitó, como nos refirió después en Guatemala su compañero.

Cuando don Juan de Guzmán de Torres llegó a España, fué preso, y aunque perdió el juicio poco tiempo después, fué condenado a muerte y decapitado.

Antes de acabar este capítulo, haré mención de la isla principal del Nuevo Mundo, que ahora llaman la Española y sus habitantes decían antiguamente Haití, la cual aun hoy en día lamenta la pérdida de más de tres millones de indios que los españoles sus nuevos señores han hecho perecer.

Esta isla es una de las mayores del mundo todo: baja mil y quinientas millas de circunferencia, y goza de un aire muy benigno. Su terreno es feraz, y allí se encuentran ricas minas, y se hace gran tráfico de ámbar gris, de azúcar, de jengibre, de cueros, y de cera.

Cuéntase que las hortalizas y demás vegetales llegan en veinte días a su estado de sazón para comerse: argumento poderoso para demostrar la bondad de la tierra y lo templado del clima.

No solamente en nada cede a la isla de Cuba, sino que le lleva particular ventaja en tres cosas, a saber: en la pureza del oro, que se saca muy puro de

sus minas y sin mezcla de otros metales; en la bondad de sus cañas de azúcar más productivas que en ninguna otra parte; y en la fertilidad de su suelo, donde se coge ciento por uno.

Esa inmensa fertilidad proviene de cuatro grandes ríos que riegan la isla y fecundan todas sus cuatro partes.

Los cuatro ríos nacen en una misma montaña situada en medio del país, y cada uno corre hacia uno de los cuatro puntos cardinales del horizonte. Juna hacia el este, Artihinaco hacia el oeste, Taccho hacia el norte y Naihus hacia el sur.

Abundan tanto los cerdos en el país y es tanto el ganado que lo cubre que los animales se hacen montaraces en los bosques y entre las rocas. Por esa razón las naves que viajan por aquellos mares y pasan por junto a la Española, abordan a cualquier punto desierto de la isla si tienen necesidad de víveres, saltan en tierra algunos marineros y matan bueyes y puercos o más bien jabalíes, hasta surtirse de la provisión que han menester, sin que nadie se los estorbe por estar desierta gran parte del territorio y haber muerto todos los indios.

La ciudad de más consideración que posee es Santo Domingo, donde reside un presidente, con una audiencia compuesta de seis jueces u oidores, y otros ministros necesarios, y donde está la silla del arzobispo, que, aun cuando no sea tan rico como otros y especialmente los de México y Lima, goza sobre ellos la preeminencia de ser primado de todas las Indias.

Después de Santo Domingo se siguen Santa Isabel, Santo Tomás, San Juan, Maraña y Puerto, donde se hace un comercio muy provechoso de las mercaderías de la isla.

He recorrido pues de este modo por mar y tierra, las islas y la mayor parte del continente que dependen de los españoles, para manifestar el estado en que hoy se encuentra la América. Además de los bandos y parcialidades de los españoles nacidos en el país y de los que llegan de España, todavía hay, con especialidad en el Perú, un odio mortal contra los vizcaínos y los castellanos, que más de una vez ha causado serios disturbios, amagando un levantamiento general y la ruina del país.

Los arzobispos de la América son cuatro: el de Santo Domingo, el de México, el de Lima, y el de Santa Fe, pasando de treinta el número de los obispos sufragáneos.

El gobierno de los negocios del Estado y la administración de la justicia están en manos de dos virreyes, de los cuales reside uno en Lima y otro en México. Estos tienen bajo sus órdenes otros gobernadores, presidentes y alcaldes mayores; pero los presidentes de Guatemala y de Santo Domingo ejercen un poder tan absoluto como el de los virreyes, y tienen sujetos a su jurisdicción otros gobernadores y magistrados secundarios, sin más dependencia que de la corte y del consejo supremo.

CAPITULO VI

Viaje del autor de la ciudad de México a Chiapa que está al mediodía con la descripción de los lugares más notables que se encuentran en el camino. El autor cuenta las razones que tuvo para no ir a Filipinas, y cómo lo disuadió de su propósito uno de los religiosos recién llegados de aquellas islas, y las dificultades que tuvo que vencer para salir de México a escondidas de su superior

Después de haber dado la vuelta de América, y de haberla descrito en general, tengo intención de describir los lugares por donde he viajado, y los sitios en donde he vivido, señalando con más particularidad el estado, la fuerza y la riqueza de las provincias que están al sur de México.

Pero mi principal designio es hacer admirar la providencia de Dios que me ha conducido en mis viajes, y me ha librado de infinidad de peligros en aquellos remotos países, como a otro Josef en el Egipto, sacándome de ellos como las espigas de la tierra de Canaán, y volviéndome a mi patria, para descubrirle las riquezas del Nuevo Mundo, y revelar con verdad cosas que ningún otro inglés, que yo sepa, ha visto antes que yo.

Desde el mes de octubre hasta el de febrero permanecí con mis amigos y compañeros bajo la autoridad del padre Calvo, nuestro superior, en la casa de recreación que llaman San Jacinto, de donde podía ir con facilidad a ver todo lo que hay más digno de notarse en los alrededores de México.

Durante mi permanencia en aquella casa, procuré con el mayor esmero recoger cuantas noticias estaban a mi alcance sobre el estado de las islas Filipinas, a donde tenía ánimo de ir a mi salida de España. Por mi fortuna me encontré con un religioso, conocido de mis amigos, el cual acababa de llegar de vuelta de Manila. Este buen padre, lejos de incitarnos a verificar nuestro viaje, hizo cuanto estuvo de su parte, a fin de quitárnoslo de la cabeza, diciéndonos que si estimábamos en algo nuestra salud y la paz del alma, no debíamos pensar en semejante país, que allí no había más que redes para cazar las almas y precipitarlas en el infierno, en fin, que las ocasiones que podían tentar al más santo no sólo eran poderosas sino tan frecuentes que era cosa muy difícil poderse libertar de caer en ellas. Y añadía que, si por la salvación de su alma no se hubiera escapado secretamente, nunca hubiera vuelto; porque sus superiores se habían negado siempre a los ruegos que de rodillas delante de ellos había reiterado muchas veces, para obtener su licencia de volverse a España.

Nada pudimos sacar de él sin embargo acerca de varias cosas que hubiéramos querido saber, ni tampoco sobre los motivos reales de su partida, pues solamente decía, aunque muy a menudo: "Los frailes de aquellos conventos son verdaderos demonios cuando están lejos y entre los indios, si bien en público y delante de los superiores parecen unos santos".

Con motivo de tales informes tuvimos una junta secreta para resolver lo que debíamos hacer, fuera para volver a España aquel mismo año, fuera para quedarnos en América en caso de no poder regresar a Europa. Porque no ignorábamos que si el padre Calvo llegaba a descubrir nuestro designio de no pasar más adelante, nos forzaría a seguirlo so pena de excomunión, o nos haría encerrar en la cárcel de cualquier convento hasta el momento de salir de México.

Aunque nuestra resolución de no pasar a Filipinas era un secreto que todos debíamos guardar, me fué imposible ocultársela a fray Tomás de León, religioso irlandés y uno de mis íntimos amigos, al cual veía yo muchas veces llevar anticipadamente con trabajo las fatigas del largo viaje que aún teníamos que emprender, y mostrar grande arrepentimiento de haber dejado la España.

En cuanto le hube comunicado la resolución que acabábamos de tomar, y lo que para realizar un propósito pensaba yo hacer, me mostró mucho gozo y me prometió no dejarme y seguirme a dondequiera que se me antojara ir.

Acercábase el tiempo de nuestra partida, y viendo que nos faltaba para prepararnos, recurrimos a algunos religiosos de México, para que nos instruyesen de lo que debíamos hacer, a fin de no embarcarnos con la misión de Filipinas, y les dijimos que si el padre Calvo, nuestro superior, nos quería dar licencia para permanecer en México o en sus cercanías, nos quedaríamos en cualquier convento hasta que encontráramos ocasión de volvernos a España.

Mas como los religiosos a quien nos descubrimos eran criollos y nacidos en el país, no pudieron disimular el odio irreconciliable que tenían a los que llegaban de Europa, y nos dijeron sin rodeos que los españoles y ellos no habían podido nunca avenirse, y que sabían, a no dudarlo, que sus superiores pondrían muchos obstáculos a nuestra admisión a su convento; pero que sin embargo creían que seríamos bien recibidos en la provincia de Guajaca, donde la mitad de los religiosos se componía de españoles o de naturales del país.

Por último nos aseguraron que en todo caso si no hallábamos acogida en la provincia que nos indicaban, no dejaríamos de ser admitidos con gusto en la de Guatemala, en la cual eran españoles europeos los más de los conventuales y tenían muy debajo a los nacidos en el país.

Diéonos esto mucha pesadumbre, porque considerábamos que había por lo menos trescientas leguas entre San Jacinto y Guatemala, que ignorábamos la lengua de México, y que no teníamos ni dinero ni caballerías para tan largo viaje. Pero al mismo tiempo se nos ocurría, por otra parte, que las islas Filipinas estaban más lejos y que no había la más remota esperanza de poder volver de allí buenos cristianos.

Al cabo nos resolvimos a entregarnos en manos de la divina providencia, aventurándonos a emprender una jornada de trescientas leguas con los pocos medios que teníamos, y los que nos produjera la venta de nuestros libros y de algunas otras prendas, para comprarnos cada uno su caballo.

Pero mientras disponíamos con todo secreto los preparativos de nuestra expedición a Guatemala, sucedió un caso que no dejó de desconcertarnos.

Un religioso llamado fray Pedro Borallo, que sin comunicar su designio a ninguno de sus amigos nos había dejado con el mayor disimulo, huyó solo con dirección a Guatemala.

Su fuga irritó sobremanera a nuestro superior Calvo, que después de haberlo hecho buscar por todas partes, se fué a ver al virrey para suplicarle que empleara su autoridad y mandara requisitorias en busca del religioso fugitivo publicando además un bando en la plaza del mercado, a fin de prohibir a toda clase de personas el ocultarlo o apadrinarlo en sus casas, y obligar a quien llegare a descubrirlo que lo entregase a su superior. Le representó, para más empeñarlo que nadie debía seducir ni amparar en su casa a los religiosos que habían salido de España para ir a predicar el Evangelio a las Filipinas, porque eran enviados a las misiones por su majestad católica y a costa suya, y que los religiosos que mudaban de parecer en medio de su viaje y abandonaban a su superior de aquel modo, debían ser castigados por haber engañado a su majestad y robado su dinero.

Hicieron las razones del padre Calvo tanta fuerza en el virrey que mandó incontinentemente publicar un bando, por el cual se obligaba a cuantos supiesen el paradero de fray Pedro Borallo, o las personas que lo ocultaban en su casa, a dar parte a su alteza, so pena de encarcelamiento y una multa de quinientos ducados para el fisco del rey, con prohibición, bajo las mismas penas, de hospedar o dar asilo a cualquiera de los religiosos destinados a Filipinas, hasta que las naves del rey que debían salir del puerto de Acapulco se hubiesen dado a la vela.

El padre Calvo, luego que obtuvo este bando, comenzó a maltratarnos, diciéndonos que éramos esclavos del rey entregados a su dirección, y que si había entre nosotros alguno tan atrevido que intentara fugarse (pues en efecto temía que la mayor parte lo abandonara), sabría encontrarlo, como también a fray Pedro Borallo, para vergüenza y confusión de unos y otros.

El discurso del superior nos causó mucho disgusto, y desalentó completamente a mi amigo Tomás de León, de modo que renunció en mi presencia al designio de permanecer en la Nueva España y de sustraerse del yugo del padre Calvo, protestando sin embargo que si yo persistía en mi resolución, me guardaría el secreto con fidelidad y no me descubriría; pero, como reconocí su flaqueza, no quise fiarme, y aparenté que yo también desistía del proyecto de fugarme.

En seguida me dirigí a mis otros tres amigos, uno de los cuales era el mismo fray Antonio Meléndez que me había inspirado el pensamiento de abandonar la España, y los hallé muy afligidos y sin saber qué partido tomar.

Consideraban que si nos fugábamos, podían cogernos y volvernos presos a México, embarcándonos al momento para Filipinas, lo que nos llenaría de vergüenza y confusión. Reflexionaban también sobre el bando del virrey, y la dificultad de escapar de sus manos, conociendo que no dejaría de emplear su autoridad para encontrarnos. Por otra parte veían el poco caso que

de ellos hacía el padre Calvo, que los trataba de esclavos y de fugitivos, y que como a tales los hacía pregonar en la plaza pública, y en fin la miseria y servidumbre a que serían reducidos, luego que llegaran a las islas Filipinas.

Pero en medio de tantas congojas nos quedaba todavía un consuelo, y era que nos aseguraban que Pedro Borallo se había escapado felizmente, y que lo habían visto ir solo por el camino de Guatemala; y nosotros esperábamos tener la misma fortuna, y como él poder salvarnos.

Así pues no vacilé por mi parte y les dije con franqueza que estaba resuelto a quedarme, aun cuando me dejaran solo para volverme a España oirme a Guatemala.

Todos manifestaron el mayor júbilo, al oír mi resolución, y me aseguraron que correrían mi suerte.

De acuerdo ya en nuestro propósito, y convenidos en que cada uno tendría su caballo preparado en México, decidimos que la víspera de la salida para Acapulco de nuestros compañeros, saldríamos nosotros por la tarde dos a dos de San Jacinto, para juntarnos en México en el lugar en que nos aguardaban nuestros caballos, y en seguida dejaríamos la ciudad, y caminaríamos toda esa noche y las otras dos o tres noches siguientes, descansando de día hasta que estuviésemos treinta o cuarenta leguas de México.

Nos fundábamos para obrar de ese modo en la persuasión de que el padre Calvo, cuando al levantarse no se encontrara con nosotros, no retardaría el viaje de los demás compañeros, por tomarse el trabajo de hacernos buscar; y aun cuando así fuera, las pesquisas no durarían más de un día o dos en la ciudad y por los caminos más frecuentados, donde estábamos seguros de que nos tropezaran, porque habíamos resuelto alejarnos de la ruta ordinaria, y de los senderos más trillados, durante el tiempo de nuestras primeras jornadas.

Nuestra resolución fué ejecutada con tanto acierto como la habíamos concebido con prudencia. Aunque el secreto entre cuatro personas parece que debía correr algún peligro, nada se llegó a traslucir. Las dificultades que ofrecía el viaje de trescientas leguas con tan poco dinero para los gastos y manutención de las personas y de los caballos se vencieron, porque comprados éstos, hicimos fondo común de nuestros bolsillos, depositando en manos de uno de nuestros compañeros todo nuestro caudal, que se reducía a veinte ducados, suma que en un país tan rico, no vale más que podría valer la de veinte chelines en Inglaterra o cuatro escudos en Francia.

A pesar de que este dinero estrechamente podría bastarnos para mantener nuestros caballos algunos días, no por eso mudamos de resolución, confiados en la providencia de Dios más que en socorro alguno humano.

Antes bien en lugar de desanimarnos por la escasez de nuestros recursos pecuniarios, hacíamos cuenta de tener, luego que nos hubiésemos alejado unas cuarenta leguas de México, no nuestros veinte ducados sino más de cuarenta; porque pensábamos ir a hospedarnos a los conventos de religiosos que no nos conocieran, o a las casas de los ricos hacendados españoles, y allí además de tratarnos bien, nos darian a nuestra despedida dinero para nuestra subsistencia por un día o dos.

CAPITULO VII

El autor sale por último de México en compañía de un religioso de su orden para ir a la provincia de Guatemala, y hace una descripción exacta de lo que ve digno de notarse en el camino, y del modo que lo recibieron los españoles y los indios en los lugares por donde pasó desde Guajaca que está sesenta leguas de México

La salida de México era lo que nos daba mayor cuidado, porque nos habían advertido que el virrey había puesto varios alguaciles a disposición del padre Calvo para guardar los caminos principales día y noche, hasta que con sus religiosos partiera para Acapulco.

Mas no faltó un amigo fiel que, a pesar del bando del virrey, nos ofreció sacarnos de México por donde nadauviésemos que temer de las guardias del superior, y con el auxilio de este amigo, y con un mapa que nos procuramos para que nos sirviera de guía, cuando nuestro conductor nos dejase solos, salimos de México alegremente a mediados de febrero una noche como a cosa de las diez. Dimos la vuelta al arrabal de Guadalupe, y no habiéndonos tropezado con alma viviente, seguimos expresamente la dirección opuesta al camino de Guatemala, donde sospechábamos que hubiera gente apostada. Pasamos toda la noche caminando, y por la mañana llegamos a una aldea de indios, donde empezamos a gastar nuestro pobre caudal haciéndonos llevar un pavo y un capón para almorzar con nuestra guía antes que se volviese a México.

Luego que hubimos acabado nuestro almuerzo, nos despedimos y nos fuimos a descansar, a fin de reponer nuestras fuerzas y hallarnos en estado de caminar la noche siguiente y de atravesar el país hacia Atlixco, que está en un valle de cerca de siete leguas de circuito, llamado a causa del pueblo "el Valle de Atlixco", famoso en toda la comarca por su abundancia de trigo, y ser el granero de donde todos los años se surte México y de donde sacan su principal subsistencia los más de los pueblos circunvecinos.

Pueblan también ese valle muchas aldeas de españoles y de indios; pero no nos atrevimos a entrar en ninguna, y fuimos hospedándonos de hacienda en hacienda fuera de los caminos reales, siendo muy bien recibidos por los ricos labradores y gentes del campo que tenían a mucha dicha el vernos en sus casas y disfrutar de nuestra conversación.

En este sitio empezamos ya a perder el miedo, y aun determinamos no caminar más de noche como lechuzas, sino viajar de día y gozar de la hermosura del valle y de los demás parajes por donde teníamos que pasar atravesando el país.

Del valle de Atlixco fuimos a pasar a otro que llaman el valle de San Pablo, el cual, a pesar de no ser tan grande, es más rico todavía, por cogerse todos los años dos cosechas de trigo. Para la primera siembran el trigo en la estación ordinaria de las lluvias, y para la segunda en el estío, luego que acaban la siega de la primera, y que han pasado las aguas. Para regar los

sembrados se sirven con mucho ingenio de los arroyos que caen de las montañas que rodean el valle, abriendo acequias o pequeños canales por cuyo medio llevan el agua a las tierras y la retiran cuando les parece que están bien regadas.

Hay muchos labradores, que si bien no salen del cultivo de la tierra, no por eso dejan de ser muy ricos, teniendo algunos de ellos un caudal de treinta a cuarenta mil ducados en efectivo.

Nuestra buena suerte nos deparó uno de estos ricotes que era paisano de mi amigo fray Antonio Meléndez, y nacido en Segovia, el cual nos retuvo para festejarnos y agasajar a su paisano por espacio de tres días, hospedándonos en su casa.

Su mesa era de un gran señor, no sólo por el servicio y vajilla de plata sino por las exquisitas viandas y manjares delicados que la cubrían, y para completar su obsequiosa hospitalidad, hacía deshumar nuestras habitaciones, y sus hijas nos regalaban dándonos música, en la cual estaban bastante instruidas.

Habiéndole descubierto Meléndez el objeto de nuestra expedición, nos dió todos los informes necesarios para que nos condujéramos por ellos hasta llegar adonde nada pudiésemos recelar; y allí empezamos a notar la singular providencia de Dios, que tan felizmente nos había guiado: porque no sólo nos dió una guía al despedirnos, sino que también nos regaló veinte ducados para ayudarnos a proseguir nuestro viaje.

De este valle fuimos dando vueltas a Tasco, donde hay un vecindario de cerca de quinientas personas que hacen un gran comercio de algodón con sus vecinos.

En Tasco nos encontramos con un fraile español de la orden de San Francisco, que nos recibió con mucha alegría, y nos trató con el mayor agasajo, al saber que acabábamos de llegar de España.

Al salir de ese pueblo entramos en el camino de Guajaca, y nos dirigimos a Chautla, que es tan rica en algodón; pero no encontramos con nadie que nos hospedara sino por nuestro dinero.

Después de este pueblo hay otro llamado Zumpango, donde por lo menos se cuentan ochocientos habitantes entre indios y españoles, que por la mayor parte son ricos. Los géneros principales de su tráfico son el algodón, el azúcar y la cochinilla.

Pero saliendo de Zumpango se encuentra la sierra de la Misteca, donde hay muchos y ricos pueblos de indios, que hacen un gran comercio de seda que es la mejor de todo el país, y tienen también cera y miel en abundancia.

Varios de estos indios trafican en México y en sus contornos, y los hay que van por todo el país con treinta o cuarenta mulas, y poseen diez, doce y quince mil ducados, caudal enorme para un indio entre los españoles, que creen que todas las riquezas de América les pertenecen.

En la sierra de la Misteca hasta Guajaca nada vimos que llamase la atención sino algunas aldeas o ranchos de doscientos o trescientos habitantes, con muchas iglesias muy bien edificadas, adornadas de lámparas y candeleros de plata, y cuyos santos llevan en la cabeza riquísimas coronas.

Sin embargo en todo el camino reparamos que el suelo es en extremo fértil y abunda en trigo y maíz, y que había mucha abundancia de azúcar, algodón y miel. Acá y allí se ven diferentes porciones de terreno donde se da la cochinilla, los palmitos y otras varias especies de árboles frutales; pero sobre todo advertimos que en dondequiera había numerosas vacadas, siendo los cueros la principal mercancía que transportan de este país a Europa.

Algunos dicen que en otro tiempo había mucho oro en los alrededores de la Misteca, y los indios lo usaban con profusión; pero que ahora no quieren descubrir las minas, temiendo que la tiranía de los españoles los reduzca al estado de sus vecinos o los aniquile enteramente.

También se asegura que hay minas de plata, aunque los españoles todavía no las han descubierto.

Pero las minas de hierro abundan aunque los españoles no quieren tomarse el trabajo de beneficiarlas, porque la España los surte de mejor calidad y más barato.

CAPITULO VIII

Descripción de la ciudad y obispado de Guajaca

La primera ciudad donde llegamos fué Guajaca, cabeza del obispado de su nombre, y aunque no de grande extensión, pueblo muy lindo y muy alegre.

Está situada a sesenta leguas de distancia de México, en un valle agradable que da título a la casa de los descendientes de Hernán Cortés, a quien lo dió el rey, creándolo marqués del Valle.

Es, como todas las demás de América, exceptuadas las plazas marítimas, ciudad abierta y sin murallas, baluartes, ciudadela, artillería ni municiones para defenderla.

Su vecindario apenas llegará a dos mil personas; está gobernada por un alcalde mayor, cuya jurisdicción se extiende más allá del valle hasta Nijapa, y casi hasta Tecoantepeque, que es un puerto sobre la mar del Sur.

El valle tendrá unas quince millas de largo y diez de ancho, y lo riega un río muy abundante de pesca que pasa por medio.

Cúbrenlo muchos rebaños y vacadas, y provee de lanas las fábricas de paño de la Puebla de los Angeles, de cueros a los mercaderes de España, de carnes la ciudad de Guajaca y todas las demás del contorno que son extremadamente ricas, y mantienen muchos conventos de religiosos, y muchas iglesias con sus ornamentos.

Pero lo que más nombre da al valle de Guajaca son los buenos caballos que en él se crían, y que se consideran como los mejores del país.

También hay haciendas en que se cultiva la caña de azúcar; y como a esa ventaja se reúne la de sus abundantes y buenas frutas, la ciudad de Guajaca tiene fama de fabricar las mejores confituras y dulces de toda la América.

Se cuentan dentro de la población seis conventos entre los de los frailes y los de las monjas, que son muy ricos; pero el de la orden de Santo Domingo lo es más que todos los otros: porque su tesoro vale más de tres millones, siendo la iglesia el edificio mejor y más hermoso de toda la comarca. La obra se acabó estando yo allí y las paredes de piedra son tan gruesas que yo mismo he visto andar por encima las carretas cargadas de piedras y otros materiales.

Los dos conventos de monjas de Guajaca son nombrados por la habilidad de las religiosas para las dos clases de bebidas que hacen en aquellos países, y son el chocolate de que luego hablaré, y los atoles que se parecen a la leche de almendras de Europa, aunque mucho más espesos.

Los hacen con zumo de maíz o de trigo, extraído cuando las matas están tiernas, con especias, nuez moscada y azúcar: de modo que no sólo despiden un olor muy lisonjéro sino que son muy nutritivos y fortifican el estómago.

No es sin embargo regalo que puede transportarse, porque es menester servirlo donde mismo se hace; pero el chocolate lo meten en cajas, y lo envían a México y a los alrededores, y aún embarcan grandes cantidades para España.

Lo que enriquece más aquella ciudad es la seguridad con que se transportan las mercancías de Guajaca a San Juan de Ulúa, y de San Juan de Ulúa a Guajaca por el río Alvarado que pasa a muy corta distancia de la población; pues aunque los barcos no llegan a la misma Guajaca, suben hasta los Zapotecas y San Alfonso que no distan mucho de ella.

Sobran motivos para maravillarse de la indolencia de los españoles, que todavía no han hecho construir en todo lo largo del río que sube hasta el corazón mismo del país, ni un castillo, ni una torre, ni aun siquiera una batería o un fuerte para algún destacamento, para disputar el paso a los enemigos, como si éstos no pudieran fabricar bergantines o barcas semejantes a las suyas, y hacerles así la guerra.

Mas para no hablar ya de Guajaca, sólo diré que su aire es tan templado, tanta su abundancia de todas las cosas necesarias a la vida, y tal y tan cómodo su asiento entre ambos mares del Norte y del Sur, teniendo a un lado San Juan de Ulúa, y al otro Tecoantepeque, pequeño puerto sin fortificación, que no hay paraje alguno en toda la América donde yo hubiera deseado más establecer mi morada que en aquella ciudad; y me habría quedado allí, si no hubiera sabido al llegar que los frailes criollos son tantos como en México, y tienen la misma aversión a cuantos van de España.

Mientras estuvimos allí, manifestaron ese aborrecimiento mancillando la memoria de un religioso venerable, doctor en teología, el cual había sido respetado por su saber como el oráculo de la provincia. El buen anciano murió, estando nosotros en el convento, y como durante su vida no habían podido menoscabar su reputación, buscaron después de su muerte algún pretexto para poderla arruinar. En efecto escudriñaron todos los rincones de su celda y descubrieron en un arca un poco de dinero que no había declarado a su prior. Los criollos miraron esto como un crimen digno de excomunió, siendo un pecado el que un religioso posea, como suya cualquiera cantidad de dinero, y falta así al voto de pobreza; dijeron que aquel respetable varón había muerto

descomulgado, y no debía ser enterrado en sagrado, y mucho menos en su iglesia o en su convento, y el pobre teólogo fué sepultado, con mengua de su buena fama, en un hoyo que hicieron abrir en la huerta...

Semejante conducta sonó mucho en la ciudad y en toda la provincia, y escandalizó a varias personas. Los frailes quisieron excusarse diciendo que estaba descomulgado; pero la verdad era que el pobre religioso había ido de España y que los criollos querían satisfacer, después de su muerte, el odio que le habían tenido durante su vida. Porque si ha de hablarse con candor, no podían hacerlo, a causa del quebrantamiento de su voto de pobreza; pues es constante y nosotros lo hemos visto con nuestros propios ojos, que todos los religiosos de América, unos más y otros menos, son culpables de la misma violación de ese voto; y hubiera podido decirse a los criollos de Guajaca lo que dijo el Señor a los judíos que le presentaron la mujer adúltera: "El que de vosotros esté sin pecado, tírele la primera piedra".

CAPITULO IX

El Autor va a Chiapa distante de Guatemala cien leguas. Ventaja que encuentran los religiosos que transitan por aquel camino, y descripción de él llena de cosas singulares

La acción de que fuimos testigos oculares y las noticias que nosotros teníamos ya de las discusiones que había entre los frailes de Guajaca, nos determinaron a levantar el campo y no pensar en un pueblo tan poco propio para detenernos en él. Por lo tanto tres días después salimos para Chiapa que está a cien leguas de Guajaca, donde supimos antes de ponernos en camino, que en la mayor parte de los pueblos y aldeas de la ruta que debíamos seguir, los indios tenían orden del alcalde mayor para dar caballos de un lugar a otro a todos los religiosos que no tuvieran dinero para pagarlos, bastando que asentarán en el libro del registro el gasto que hiciesen, y no permaneciendo más de veinticuatro horas en cada lugar.

A fines de año llevan los indios ese registro al magistrado español a cuya jurisdicción pertenecen, y éste después de ver y aprobar los gastos que se hallan asentados en él, manda que se abonen de los fondos públicos de la villa o aldea de donde son; y para sufragar estos gastos se labra ordinariamente cierto número de aranzadas de tierra, que siembran todos los años de maíz o de trigo, y cuya cosecha se emplea en el pago de esas deudas.

Estos auxilios caritativos nos dieron ánimo y esperanza de poder acabar nuestro viaje con mucha más facilidad que lo habíamos seguido hasta entonces.

Continuamos contentísimos el camino y llegamos a Antequera, gran villa de indios, que es la primera que encontramos y donde comenzamos a disfrutar de las ventajas de aquella provincia tan cristiana. Pedimos atrevidamente de cenar y cuanto necesitamos y al otro día que debíamos partir

y pagar, nos hicimos llevar el registro de la villa, sentamos en él la cuenta de nuestros gastos por nosotros y por las caballerías, y salimos de Antequera, para proseguir nuestra marcha, alabando la sabiduría y caridad de los magistrados, que habían establecido un auxilio tan cómodo para los viajeros, con especialidad para los que como nosotros no teníamos dinero.

Con todo no dejamos de encontrar algunas aldeas, donde los indios no estaban dispuestos a mostrarnos la misma caridad, excusándose con su pobreza que no les permitía dar de comer a cuatro personas y cuatro caballos. Por eso nos vimos precisados algunas veces a alargar nuestras jornadas, a fin de llegar a cualquiera villa o lugar considerable.

Después de Antequera se encuentra en el mismo camino Nijapa, población de ochocientos habitantes por lo menos entre españoles e indios: está edificada a la orilla de un río, que según nos dijeron, es un brazo del gran río de Alvarado, y posee un convento riquísimo de religiosos de la orden de Santo Domingo, donde fuimos muy bien recibidos. En la iglesia se venera una imagen de la Virgen que se asegura que hace milagros, y van las gentes de diversos lugares en romería a visitar su capilla, cuya devoción le ha procurado muchas lámparas de plata y otras varias riquezas.

Se considera ese pueblo como uno de los más ricos de todo el país de Guajaca, por la grande cosecha de añil, azúcar y cochinilla que se coge en él.

Hay también muchos árboles que producen el cacao de que hacen el chocolate, mercancía de que hacen un gran comercio en aquellos países y a que los ingleses y holandeses no dan mucho aprecio, cuando cogen algún barco cuyo cargamento es de cacao, porque no saben la virtud que tiene de confortar el estómago.

De allí nos dirigimos a Aguatulco y Capalita, que son dos grandes villas, situadas en un país llano, cubierto de rebaños de ovejas y manadas de vacas, y abundantes en frutas excelentes, con especialidad de piñas de América o anonas y en sandías que en Europa llaman melones de agua. Esta última fruta se deshace en la boca como nieve, y sirve para apaciguar la sed causada por el calor terrible que aflige más en aquella tierra por ser baja y pantanosa y estar situada cerca de la mar del Sur.

La población más considerable después de Capalita es Tecoantepeque, plaza marítima sobre la mar del Sur, con un puerto para las embarcaciones menores, como son las que navegan desde allí a Acapulco y México, y a Realejo y Guatemala, y a veces también a Panamá. Los buques del Perú que van a Acapulco suelen abordar a este puerto, cuando tienen viento contrario.

Tecoantepeque no presenta ni sombra de fortificación, y si los corsarios ingleses y holandeses quieren fondear en su puerto, en lugar de resistencia hallarán una rada enteramente abierta para correr todo el país.

En toda la extensión de la costa de la mar del Sur desde Acapulco hasta Panamá que se alarga más de seiscientas cincuenta leguas, no hay más puertos que éste en el distrito de Guajaca, el de la Trinidad en la provincia de Guatemala, y el de Realejo en la de Nicaragua, y en el golfo de las Salinas para las pequeñas embarcaciones que van a la Costa Rica, puertos sin artillería, y abiertos a cuantos quieran dar la vuelta al mundo para enriquecerse.

El puerto de Tecoantepeque es el mejor de todos ellos para la pesca, y así encontrábamos a veces en el camino recuas de ochenta y cien mulas cargadas de pescado salado para Guajaca, la Puebla de los Angeles y México.

Hay ricos mercaderes establecidos allí que trafican con México, el Perú y las islas Filipinas, enviando sus pequeños barcos de un puerto a otro, y volviendo ricamente cargados de mercancías de todas las provincias situadas al oriente y al mediodía.

Desde este puerto a Guatemala el camino es llano y unido a lo largo de la costa de la mar del Sur, y por medio de las provincias de Soconusco y Suchitepeque; mas como nosotros queríamos ir a Chiapa, tomamos el camino de la sierra o altas montañas de los Quelenes, pasando de Tecoantepeque a Esteque, y de aquí entramos en un desierto de dos jornadas, donde tuvimos que pasar una noche junto a una fuente, y acostarnos en la dura tierra sin ver aldeas, ni casas ni más guarida que unas chozas construídas para que sirvan de refugio a los que viajan por aquel yermo.

La llanura es tan escueta y abierta por el lado de la mar, y el viento que viene de aquella parte sopla con tanta violencia, que los viajeros apenas pueden servirse de sus caballerías; y nadie se atreve a vivir allí, porque el viento derriba las casas, y el menor fuego que hay se convierte en poco más que nada en un incendio que todo lo devora. Pero eso no impide que la inmensa llanura se vea animada por numerosas manadas de caballos y yeguas tanto salvajes como domésticas.

Nosotros atravesamos aquel yermo con grandes trabajos, y yo creí acabar en él mi vida; porque el segundo día dándonos toda la prisa posible para llegar a cualquiera aldea, y habiéndose adelantado mis compañeros un buen trecho persuadidos de que yo los seguía, se apresuraron cuanto pudieron a ganar la población, porque la noche estaba ya encima, pero mi caballo comenzó a rebelárseme, y a pesar de todos mis esfuerzos para hacerle andar, no quiso dar un paso, de fatigado que estaba, y trató de tirarse al suelo y tenderse.

Como yo creí que la aldea no debía hallarse muy lejos me apié con ánimo de andar y conducir de la brida mi caballo. Ni por esas: el animal no quiso moverse, y echóse por tierra sin quererse levantar.

Mi embarazo entonces no fué leve. Veía que si me aventuraba a irme solo a buscar el pueblo y dejaba mi caballo con silla y brida, corría el riesgo de perderme y perderlo; si por mi buena estrella daba con la población, cuando volviera por la mañana para buscar mi caballo, me sería imposible descubrirlo en una llanura tan vasta y espaciosa, donde no había ni árbol ni mata a donde poderlo atar, o que me sirviera de señal para reconocer el sitio a más de una milla de distancia.

Resolvíme pues a pasar la noche en aquel desierto en compañía de mi caballo, teniendo cuidado de que no se me extraviara durante la noche, y aguardar el día, seguro de que mis compañeros enviarían a buscarme y saber lo que me había sucedido; lo que no hicieron sin embargo porque creían que yo había tomado la dirección de otra aldea que no está muy distante, y a ella me enviaron a buscar al día siguiente por la mañana.

Después de haber buscado el sitio más cómodo para acostarme sin cenar en el suelo en medio de aquella horrible soledad, tomé la silla de mi caballo para ponérmela por cabecera, y dejé el animal en libertad que paciera, y consolándome en gran manera el verle cobrar fuerzas conforme iba comiendo, y el pensar que así podría resistir otras diez o doce leguas al día siguiente.

No hacía una hora que estaba yo acostado sin poder cerrar los ojos que siempre tenía fijos en mi caballo, porque no se me fuera, cuando sentí un ruido estrepitoso: parecíame que se oían, y así era verdad, aullidos y ladridos, como si una manada de perros hubiese acudido al yermo para cebarse en el armazón de algún caballo o de alguna mula.

Al principio sonaba lejos aquella baraúnda; pero cuanto más paraba mi atención en el ruido, tanto más se me antojaba que se iba acercando. Ya distinguía más claramente con los ladridos de los perros. En medio de la confusión creía yo percibir los ecos de la voz humana mezclados con los gritos de fieras y animales montaraces.

Solo, en medio de un desierto inmenso, y amenazado por un peligro desconocido pero cierto, sentía que el pelo se me erizaba; el corazón quería romperse en el pecho; temblaba, un sudor frío me cubría todo el cuerpo; todo yo estaba mortal, esperando la muerte.

No sabiendo lo que podía ser aquello, me imaginaba a veces que debían de ser brujas, demonios o indios transformados en fieras como suelen hacer, o animales feroces, y de todos aguardaba la muerte. Encomendé mi alma a Dios, y creí que mi cuerpo era cada instante presa de aquellas fieras, o de la rabia del *león rugiente* de que hablaba el Apóstol, y que busca por todas partes qué devorar.

Bien hubiera echado a correr; pero no me pareció seguro el huir, no creyendo poder evitar la muerte volviérame a donde me volviere, y así, viendo que lo más acertado, como al cabo mostró la experiencia, era el quedarme en donde estaba, quedéme, y a eso de media noche cesó el ruido, y yo cediendo a la fatiga del susto, de la pesadumbre y del camino, me dormí hasta por la mañana que el alba me despertó.

En cuanto abrí los ojos dí gracias a Dios porque me había libertado del peligro en que había estado toda la noche, ensillé mi caballo, que no se había apartado mucho del lugar donde lo había yo dejado la noche antes, y monté con el fin de salir pronto de aquel desierto, incorporarme lo más pronto posible a mis compañeros, y contarles lo que me acababa de suceder.

No bien hube andado el espacio de una milla cuando llegué a un riachuelo donde se partían dos caminos, el uno tiraba todo derecho al desierto donde no veía ni población, ni casas, ni árboles en dos o tres leguas de terreno; el otro volvía a la izquierda, y a una legua de allí se veía un bosque. Esto me hizo creer que aquella senda podía conducir al pueblo que yo buscaba.

Seguí pues este camino, y a los cincuenta pasos tuve que echar pie a tierra y llevar mi caballo de la brida; pero cuando estaba incierto del camino y me iba fatigando de andar a pie tuve la fortuna de descubrir una casa a un lado del sendero, y al otro un hombre a caballo que se vino hacia mí. Era un indio de aquella casa o hacienda, la cual pertenecía a otro indio rico alcalde

de la vecina aldea. Le pregunté si faltaba mucho para Estepeque, y él me respondió señalándome los árboles, que estaba al otro lado, pero que no la podría ver hasta que estuviese encima de la población.

Consolado con aquel encuentro feliz, volví a montar a caballo, y metí espuelas para llegar a los árboles que había visto, donde mi caballo se paró, y no se quiso menear ya más.

Viendo que me era imposible hacerle pasar adelante, le quité la silla que oculté entre unas matas, y lo dejé en libertad sin temor de que lo robaran.

Seguí a pie al lugar que sólo distaba unos quinientos pasos, y al llegar encontré a mis compañeros que me esperaban con mucha zozobra sin saber lo que podría haberme sucedido, después de haberme enviado a buscar a la aldea inmediata, no imaginándose que hubiese dormido en el desierto.

Cuando les referí los aullidos y gritos que había oído durante la noche, me dijeron los indios que estaban acostumbrados a oírlos casi todas las noches, y que eran lobos y tigres a que no tenían miedo; antes bien solían encontrarlos a menudo y los ahuyentaban fácilmente gritándoles o amenazándolos con un palo; porque no hacían mal sino a sus gallineros, a sus yeguas, a sus toradas y a sus rebaños.

Algunas horas después volví acompañado de un indio a buscar mi silla y mi caballo mexicano que estaba tan fatigado que no podía más. Lo vendí en aquella aldea y alquilé otro para ir a Estepeque, adonde nos dirigimos en unión de los cuatro compañeros de viaje.

En la campiña de Tecoantepeque donde abundan las carnes y las frutas, hay cinco aldeas ricas y hermosas, y es de notar que sus nombres se terminan todos en *tepeque*, como *Tecoantepeque*, *Estepeque*, *Ecatepeque*, *Sana-tepeque* y *Tapanatepeque*.

Desde Estepeque podíamos ver las altas cumbres de la sierra de los Quelenes, que nos dió bastante en qué discurrir hasta Sanatepeque, y aun desde allí a Tapanatepeque. Porque muchos españoles y trajineros nos habían advertido en el camino que eran las montañas más peligrosas de todas aquellas tierras, a causa de la elevación de los puertos en algunos parajes, que además eran tan angostos y escuetos que los vientos de la mar del Sur, que parece estar debajo, soplan con tanta violencia, y al borde mismo de los senderos hay precipicios tan profundos entre las rocas, que muchas veces han precipitado en ellos los huracanes hombres a caballo y mulas cargadas, que han perecido miserablemente.

La relación de esos horrores y la vista de las rocas nos inspiraron tanto sobresalto que durante la jornada no hicimos más que deliberar si tomaríamos el camino que va por la falda de la sierra y costea la mar por la provincia de Soconusco, desde donde, aunque fuera de nuestra ruta, podríamos volver hacia Chiapa por la sierra, como nos habían dicho que podríamos hacer con toda seguridad, no soplando muy fuerte el viento.

Al cabo determinamos llegar a Tapanatepeque, y decidir allí el camino que debíamos tomar, según los vientos fueran o no favorables. Pero en todo caso resolvimos ir a Chiapa por una o por otra parte; porque supimos que

estaba allí el padre provincial de los religiosos de la orden de Santo Domingo, a quien debíamos dirigirnos; y además porque teníamos muchas ganas de ver la provincia de Chiapa, de la cual nos habían hablado en tantos lugares.

En Sanatepeque encontramos a un religioso que nos trató magníficamente, y nos dió algunos indios para que nos guiaran a Tapanatepeque, y una carta para el principal de aquella aldea, que era amigo suyo, a fin de que nos proporcionara guías y mulas para atravesar los puertos de la sierra.

Los caballos que nos quedaban, nos faltaron en este paraje, mas su cansancio no nos hizo mala obra. Los indios nos los compraron por lo que nos habían costado o por más, estimándolos en mucho como verdaderos caballos de México.

Por otro lado ya no nos eran necesarios, porque en todo el camino de Chiapa, y por toda aquella tierra hasta Guatemala, todas las villas y lugares tenían obligación de proveernos de caballerías por nada.

CAPITULO X

Llegada del autor a Tapanatepeque, descripción del pueblo, resolución que el autor toma con su compañero de seguir el camino de la Sierra de los Quelenes, y relación de los peligros que corrieron de ser precipitados por los derrumbaderos de la montaña y de perecer de hambre por las tempestades que sobrevienen en aquellos parajes de tiempo en tiempo

Llegamos el sábado por la tarde a Tapanatepeque que está al pie de los Quelenes, donde fuimos muy bien recibidos y agasajados por los indios, a causa de la carta de recomendación que habíamos llevado.

El pueblo es uno de los más agradables que vimos desde Guajaca, y parece que Dios le haya prodigado cuanto puede el viajero necesitar para subir a rocas tan difíciles como peligrosas.

La cantidad de ganados que posee es tan grande que hay muchos indios ricos que tienen haciendas o estancias, como llaman en el país, donde pacen hasta tres y cuatro mil toros.

Las aves y la caza se hallan también en abundancia, y en cuanto al pescado no hay paraje desde México donde se encuentre tanto y tan bueno, porque tiene la mar a dos pasos y además pasa por allí un riachuelo que lleva diversas clases de peces.

De las sierras bajan tantas las fuentes, tantos los arroyos, que los indios riegan sus huertas con indecible felicidad, y pueden cultivar todo el año berzas y ensaladas.

Los naranjos y limoneros dulces o agrios, las higueras y otros árboles, ofrecen agradable refresco para calmar los efectos del excesivo calor del clima.

Como vimos el domingo por la mañana que hacía un tiempo muy apacible, juzgamos acertado no perder la ocasión, no fuera que dilatando nuestra partida, se levantaran los vientos y nos forzaran a detenernos en el pueblo o bien a seguir el camino de la costa de Soconusco. Pero los indios nos instaron a que permaneciésemos hasta después de comer, asegurándonos que el buen tiempo continuaría, y prometiéndonos buenas mulas y una provisión de pescado frito, de aves y de frutas como las quisiéramos; de manera que no pudimos negarnos a sus ruegos y nos quedamos a comer con ellos.

Después de comer nos trajeron en efecto nuestras mulas, y nos dieron dos indios para que nos sirvieran de guías y llevaran nuestras provisiones, que se componían de pescado frito, un capón asado y algunas frutas, víveres suficientes para todo un día.

Porque la cuesta hasta su mayor altura no tiene más de siete leguas, y a una legua de allí se encuentran las más ricas haciendas del país de Chiapa, donde hay un sinnúmero de caballos, de machos, mulas y vacas, pertenecientes a un don Juan de Toledo, en cuya casa estábamos seguros de hallar excelente acogida.

Aunque estas montañas son notables por la multitud de picos agudos y cimas encumbradas que suelen encadenarse y formar cordillera, no hay más que un solo paso mencionado por los viajeros, porque es el único por donde es menester atravesarlas.

Después de comer empezamos a subir la cuesta pendiente y escabrosa de ese paso que llaman Maquilapa, y nos paramos en un sitio llano, situado en la vertiente de la montaña, que parece destinado a que los viajeros descansen al abrigo de todo temporal.

Allí pasamos la noche, y los indios se esforzaron cuanto pudieron a fin de animarnos, mostrándonos que había apariencias de buen tiempo, y asegurándonos que el otro día por la mañana llegaríamos a la estancia de don Juan de Toledo.

Con tan buenas esperanzas y mejor apetito preparamos nuestra cena sobre la verde mesa de la pradera, y dimos fin del capón y de la mayor parte del pescado frito, dejando solamente una porción para el almuerzo del día siguiente.

Nuestros indios cenaron con no menores ganas que nosotros, y nuestras caballerías encontraron también pasto abundante: de manera que cerrada la noche nos dormimos todos al son armonioso de las fuentes cuyas aguas formaban un dulce murmullo corriendo por entre aquellas rocas.

Al otro día por la mañana se presentaba el tiempo con las apariencias de calma que habíamos tenido la víspera: eso nos alentó, y partimos, después de habernos desayunado con los residuos de la cena, a fin de acabar nuestra jornada y subir con buen ánimo a la cuesta de Maquilapa. Pero no habíamos andado una milla cuando empezamos a oír los zumbidos del huracán, y cuanto más subíamos tanto más fuerte se nos antojaba, llegando a imponernos terror y hacernos vacilar sobre si pasaríamos adelante.

Como a la mitad del camino empezamos a sentirnos inclinados a volver a Tapanatepeque o a permanecer donde nos hallábamos, hasta que el tiempo se apaciguara a eso del medio día o a la caída de la tarde. Al mismo tiempo

nos dijeron los indios, para darnos aliento y llevarnos más adelante, que a una milla más arriba manaba una fuente y que al amparo de los árboles había una guarida expresamente construida para que sirviera de asilo a los viajeros sorprendidos por la noche en aquellos sitios o detenidos por el ímpetu de los huracanes.

Subimos con trabajo hasta el lugar que los naturales nos indicaron, con la esperanza de que el viento calmaría; pero al paso que íbamos subiendo, lo sentimos más y más enfurecido, y se nos representaba la contienda entre los Psilos y Eolo, de que habla Herodoto, haciéndonos temer la suerte de aquellos rebeldes que en lugar de alcanzar la victoria hallaron su sepulcro en la playa donde se habían juntado contra su dios. Temíamos, digo, que obstinándonos en pasar la altura de la montaña, no soprase el huracán con tanta rabia que nos precipitara miserablemente en aquellos abismos que nos amenazaban con la muerte por todos lados, como sepulturas abiertas para devorar nuestros cuerpos rotos y hechos mil pedazos.

La fuente nos fué muy grata y mucho más el albergue por los árboles que lo rodeaban; aunque el viento soplabá con la misma fuerza, y empezábamos a consternarnos, cuando el día expiró completamente dejándonos hasta sin la esperanza de poder volver atrás ni seguir adelante.

Estando para tendernos en el suelo sin cenar, después de habernos mirado unos a otros sin saber qué partido tomar, descubrimos, a fuerza de mirar por todas partes, un limonero entre los árboles, cargado de limoncillos verdes.

Nuestra suerte no fué tan áspera como la de Tántalo que no podía comer la fruta que tenía sobre su cabeza ni beber el agua que corría a sus pies: cogimos con facilidad algunos limones, y bebimos el agua de la fuente con la misma ansia que habrían podido hacerlo todos los que hubieran tenido nuestra hambre sin contar con más para cenar.

Por la mañana todavía era mayor la violencia de la tempestad, y por lo tanto nos resolvimos a permanecer en nuestro asilo como el día anterior más bien que deshacer lo andado por falta de ánimo.

Los indios pensaban de la misma manera.

Quedámonos en nuestro asilo y nos mantuvimos de limones agrios y de la agua de la fuente, aunque el manjar y la bebida no eran muy conformes con lo que necesitaban nuestros estómagos. Mas viendo que los indios echaban en su agua las migas de unas tortas de maíz, de que llevaban buena provisión en unos sacos pequeños como acostumbran hacer siempre que viajan, les compramos un saquillo de una peseta, que fuera de Maquilapa donde pensábamos morirnos de hambre, no hubiera valido un cuarto. Este alimento, aunque muy poco sustancioso, valía sin embargo mucho más que el agua sola con los limones verdes, y no nos hacía tanto daño.

En ese estado permanecimos todo el martes aguardando que el tiempo se serenara y se disminuyera el viento, más resueltos a subir al día siguiente lo que nos quedaba de la cuesta o a volvernos a Tapanatepeque.

El miércoles por la mañana el viento no parecía tan recio; determinamos pues, esperar hasta el medio día, creyendo que ya podría caminar a aquella hora; pero el viento en vez de cesar creció todavía un poco. Uno de

nuestros compañeros se determinó a ir a pie una milla o dos más arriba, a fin de descubrir los pasos y el peligro de los vientos, y enterarnos de lo que descubriría; porque creíamos que tal vez nos habían pintado el riesgo mayor de lo que podía ser en realidad, no habiendo visto hasta allí cosa alguna que inspirara tanto miedo.

Nuestro compañero volvió al cabo de dos horas, y nos dijo que podíamos continuar subiendo sin temor alguno, llevando del diestro nuestras mulas. Siguiéronse los pareceres de si debíamos o no debíamos aventurarnos a los peligros del temporal, y en estos altercados nos cogió la noche, y tuvimos que dejar la partida para el día siguiente, en caso de que el viento no hubiese cobrado mayor fuerza. Volvimos a echarnos sobre los limones verdes y la gacheta de harina de maíz, y así pasamos otra noche con un alimento que nos debilitaba en vez de fortalecernos y que, si hubiera durado más tiempo nuestra permanencia en aquel paraje habría contribuido a dar al traste con nosotros.

El viento no cambió; pero el jueves, por la mañana, después de haber-nos encomendado al que manda a las olas y a las tempestades y después de escribir nuestros nombres en la corteza de un árbol grande, y los días que habíamos pasado allí sin tener qué comer, montamos en nuestras mulas, y emprendimos nuestra marcha hacia la cumbre de la montaña.

Anduvimos largo trecho sin apercibirnos de motivo alguno de temor; pero no pudimos menos de sobrecogernos al ver los senderos angostos por donde teníamos que atravesar las rocas, y nos apeamos, creyendo más seguro el fiarnos a nuestros dos pies que a los cuatro de una bestia.

Cuando llegamos a la cima de Maquilapa, palabra que en lengua del país significa *cabeza sin pelo*, se presentó a nuestros ojos el verdadero peligro de que tanto habíamos oído hablar, y más hubiéramos querido estar aún en la estancia del camino de Tapanatepeque con nuestros limones verdes que a orillas de semejantes precipicios.

En efecto, el nombre de *cabeza calva* o *cabeza sin pelo* cuadra muy bien a aquella cumbre sin árboles ni abrigo alguno adonde pueda refugiarse el pobre viajero. El camino que se ha de atravesar y está descubierto por la parte de la mar, no tiene más de doscientos cincuenta pasos de largo; pero es tan estrecho y tan alto, que al verse al extremo de la senda se le va la cabeza al hombre más resuelto. Porque si mira a un lado, ve la grande y espaciosa mar del Sur tan honda y tan debajo de los pies, que deslumbra; si se vuelve a otro lado, no descubre sino rocas y precipicios de dos y tres leguas de profundidad, capaces de helarle el corazón al más atrevido; y entre las olas prontas a tragarnos, y las rocas dispuestas a hacernos pedazos, no hay más que un paso que apenas tiene dos varas en algunos tramos.

Más necesitábamos cordiales entonces para andar los doscientos y cincuenta pasos de tan peligroso camino que cuando sólo comíamos limones agrios y bebíamos agua pura; así no nos quisimos exponer a entrar en aquel sendero montados en nuestras mulas, y echamos pie a tierra, entregando las caballerías a los indios, y siguiéndolos unos detrás de otros, no derechos, de

miedo de algún vértigo que nos hubiera hecho perecer, sino doblados con las manos y las rodillas por el suelo, o como suele decirse a gatas, y sin apartarnos ni un cabello en cuanto nos era posible de las huellas de los viajeros y animales que habían pasado antes por allí.

En cuanto nos vimos al otro extremo del estrecho, y en el lugar en donde la montaña se comienza a ensanchar, y los árboles a ofrecer amparo contra el peligro, volvimos la vista para considerar lo que dejábamos a las espaldas, mirando con osadía, y acusando nuestra locura y la de los viajeros que no prefieren rodear tres y cuatro leguas por el camino de Soconusco y evitar de ese modo los peligros que por el Maquilapa corren los hombres y las bestias.

En seguida nos apresuramos a llegar a la hacienda de don Juan de Toledo, que nos recibió con la mayor cordialidad. Nos hizo tomar una taza de caldo a cada uno para reparar las fuerzas perdidas de nuestros estómagos que arrojaban cuanto tomábamos, sin poder retener sustancia alguna, hasta que, gracias a varias tazas de buen caldo y a los tragos de vino, que de cuando en cuando contribuían a restablecernos, pudimos cenar bastante bien por la noche.

En aquella hacienda descansamos dos días, y después de habernos repuesto de las pasadas fatigas, privaciones y sustos, nos encaminamos a la villa de Acapala, pueblo grande de indios en la provincia de Chiapa, situado a orillas del mismo río que pasa por su capital que llaman Chiapa de los Indios para distinguirla de otra ciudad del mismo nombre que dice por la misma razón Chiapa la Real o Chiapa de los Españoles.

CAPITULO XI

Llegada del autor a Chiapa de los Indios donde encuentra al padre Borallo; lo que éste le cuenta, y lo que les pasa a él y sus compañeros con el prior de los dominicos de Chiapa

De Acapala pasamos a Chiapa de los Indios, pueblo situado en un barranco tan hondo como alta es la cima de Maquilapa, y edificado a la margen de un río, tan caudaloso como el Támesis cuando llega a Londres, el cual sale de la sierra de los Cuchumatlanes que está sobre el camino de Chiapa la Real a Guatemala, y corre por medio de la provincia de los Zocos, donde se pierde en las aguas del Tabasco.

En el capítulo siguiente hablaré con más amplitud de esta otra Chiapa; aquí sólo diré que fuimos muy bien tratados por los religiosos que nos miraban como miembros del cuerpo de su provincia, y nos aseguraron que su provincial se alegraría infinito de nuestra llegada, porque le hacían falta religiosos españoles, para oponerse a los criollos y naturales del país, que se esforzaban cuanto podían a fin de aumentar su influjo y dominar, como lo habían ya conseguido en México y Guajaca.

Nos dijeron al mismo tiempo que el padre provincial no estaba más que a una jornada de distancia, y el padre Borallo con quien nos encontramos allí, nos refirió cómo se había escapado de México y llegado solo antes que nosotros, la buena acogida que debía a los religiosos de Chiapa, la salida de Calvo con sus compañeros para Acapulco, y el embarque de la misión para las Islas Filipinas: y nos añadió que antes de partir había escrito una carta al provincial de Chiapa y Guatemala, quejándose amargamente de él y de nosotros cuatro, y rogándole que en lugar de recibirnos en sus conventos, nos enviara a México, para que al siguiente año nos embarcaran con la misión de Filipinas, pero que el provincial no había hecho aprecio de la carta y se burlaba de su contenido.

Después de haber sido regalados en Chiapa una semana entera por aquella buena comunidad, creímos acertado el ir a presentarnos al padre provincial, que se llamaba fray Pedro Alvarez, con intento de saber si podríamos permanecer en su provincia, o si tendríamos que volvernos a España, puesto que en ninguna otra parte de América nos admitirían.

Encontrámoslo en un lugar o pequeña villa que dicen San Cristóbal, entre Chiapa de los Indios y Chiapa Real, paseándose por unas calles de árboles, especie de alameda del pueblo, que sea dicho al paso, es tan abundante de pesca como rico de buenas frutas.

Nos recibió con mucho agasajo, nos dió bien de comer y de cenar, y para mostrarnos su humildad, antes de que nos acostásemos, quiso lavarnos los pies, como Jesucristo se los había lavado a sus discípulos.

El primer día pasó sin que casi nos hablara del objeto de nuestro viaje, pero al día siguiente nos participó su resolución con mucha sagacidad y sutileza. Empezó pues leyéndonos la carta del padre Calvo, y glosándola nos representó lo mal que habíamos obrado, al abandonar nuestra primera vocación y no queriendo ir a las islas Filipinas donde millares de indios corrían peligro de perder sus almas, por falta de nuestra instrucción, puesto que no dudaba que fuésemos más capaces de convertirlos y enseñarlos que los otros religiosos que mandarían en nuestra ausencia: que además habíamos frustrado las intenciones de su majestad católica, que llevado del buen concepto que desmerecíamos, nos habían costado el pasaje a Nueva España con la esperanza de que trabajásemos en la conversión de los indios de Filipinas; en fin: que nos consideraba como presos encargados a su custodia, porque tenía facultad para apoderarse de nuestras personas y enviarnos al virrey, para que según los deseos del reverendo padre Calvo, nos mandara a Manila. "Sin embargo, añadió, todavía no quiero descubrirles mi designio. Con todo no se aflijan, diviértanse, y después de comer les diré más; que espero la respuesta de una carta que he escrito a Chiapa, a fin de saber lo que debo hacer con sus reverencias".

El sermón de aquel anciano y grave provincial nos conmovió, porque nos costaba trabajo digerir las acusaciones de ser causa de la perdición de tantas almas, de nuestra falta de caridad, de nuestra deslealtad hacia su majestad católica y por último no dejó de herirnos en lo vivo la amenaza del encarcelamiento, de manera que la tal arenga fué un desayuno que nos quitó la gana de comer.

Al separarnos del venerable prelado, nos fuimos a pasear a una calle de naranjos, donde hablamos largamente del discurso que acabábamos de oír, y que nos acongojaba en extremo, porque en él veíamos juntos los intereses del rey y los de la religión y estábamos ciertísimos de que nos despacharía con buen recaudo para México, donde nos tratarían como a esclavos fugitivos.

Entonces perdí yo toda esperanza de volver a Inglaterra; el padre Meléndez temblaba y habría querido encontrarse mejor que allí en la cumbre de Maquilapa, y los otros maldecían la hora en que habían temido la mar y abandonado al padre Calvo, sintiendo no haberse hecho a la vela con los demás compañeros.

Algunos propusieron huir y dejar al padre Alvarez como habíamos dejado al padre Calvo; pero se ocurría al momento que a dondequiera que fuésemos, no conociendo el país, seríamos descubiertos y enviados a México, y que nuestra segunda fuga no haría más que empeorar nuestra situación.

En medio de nuestras tribulaciones me atreví yo a decir a mis compañeros, que era imposible que el padre provincial, que siempre nos había hablado con semblante risueño y alegre, y que hasta se había humillado a lavarnos los pies, nos quisiera tratar de un modo tan cruel ni causarnos el menor perjuicio, que al contrario me parecía averiguado que nos amaba, por el solo hecho de haber ido de tan lejos a ofrecernos para trabajar con él en la salvación de almas que estaban confiadas a su celo, y cuando por otra parte le faltaban personas recién llegadas de España como nosotros que reforzaran su partido contra la facción de los criollos y naturales de la provincia: que el ejemplo de nuestro amigo Borallo recibido entre los religiosos de su jurisdicción era un antecedente favorable, y que no podía ser más severo con nosotros, sin incurrir en la nota de parcial: por último que, aun cuando no fuera posible que permaneciésemos en aquella provincia, nunca nos enviaría a México a cubrirnos de vergüenza y de oprobio, sino que más bien nos auxiliaría para que volviéramos a España, o al punto que nosotros mismos eligiéramos, dándonos dinero para el viaje.

Mientras nosotros estábamos con tanta agitación sin saber qué partido tomar, el viejo Alvarez, según todas las apariencias nos observaba desde su ventana, y como José no pudo ocultar por más tiempo el cariño que tenía a sus hermanos, así el buen prelado, notando que su discurso nos había contristado, no pudo sufrir más tiempo de vernos en aquel estado y nos mandó su compañero para consolarnos, como lo conocimos al punto de sus palabras.

En cuanto se llegó a nosotros, nos preguntó la causa de nuestra tristeza y abatimiento, y nos dijo que el padre provincial había notado que teníamos el espíritu agitado, pero que no debíamos tener recelo, que su reverendísima nos amaba, que tenía necesidad de nosotros, y que, pues habíamos ido a buscar asilo en su provincia, no debíamos temer que nos tratara peor que un soldado trata a un enemigo que se le rinde y al cual debe proteger según las leyes de la guerra.

Añadió muchas cosas semejantes para reanimarnos, y entre otras que el provincial había sido severamente censurado por los criollos por haber

admitido al padre Borallo, y que meterían más bulla cuando nos vieran a los cuatro reforzar las filas de sus contrarios: razón por la cual deseaba que no diésemos pábulo con nuestra conducta a las murmuraciones de aquellas gentes que tenían por costumbre censurar sus mejores acciones.

En una palabra nos aseguró que el provincial no nos enviaría a México, y que en caso que no pudiera establecernos en Chiapa o en Guatemala, emplearía todo su poder y el de sus amigos en favor nuestro, y hasta nos daría dinero para que volviésemos a España.

Este discurso fué un cordial que nos hizo resucitar, y preparó nuestro estómago para la comida a que no tardó en llamarnos la campana del refectorio.

Cuando entramos en la casa, el semblante jovial del prelado nos fué más agradable que todos los manjares que había hecho preparar, aunque su mesa parecía la de un grande. Tampoco dejamos de mirar como un buen agüero la abundancia de platos de carne y pescado, de frutas y de dulces que nos sirvieron; pero más que todo la conversación del padre Alvarez que nos indicaba sobradamente cuán alegre estaba de nuestra llegada.

Después de comer nos dijo que quería jugar una mano de chaquete con cada uno de nosotros, no por ganarnos nuestro dinero, pues ya se presumía que no debía quedarnos mucho después de un viaje tan largo, sino por cinco Padrenuestros y cinco Avemarias que rezaríamos por él, si perdíamos, o nuestra admisión entre los religiosos de su provincia, si ganábamos.

Plúgonos en extremo la partida, porque nada perdíamos, y ganando, ganábamos más que un tesoro. Además el capricho del provincial nos daba a entender que nuestras cosas iban bien, puesto que podíamos obtener por medio del juego el favor por que habíamos andado más de ciento y veinte leguas.

Cada cual pues, jugó a su turno, y al cabo resultó que vencimos al buen anciano; pero notamos que se dejó ganar adrede, y con el intento de que nos dijera la fortuna lo que no quería decirnos su boca.

Pero nuestra seguridad se completó con la respuesta que antes de acabarse el juego trajo el indio, mandado aquella misma mañana a Chiapa con la carta, en que el provincial consultaba al padre prior y a los principales del convento sobre lo que debía hacer de nosotros.

El prior mostraba en su respuesta, así como los demás religiosos antiguos del convento, que se regocijaban mucho de nuestra llegada, y suplicaba con instancia al padre provincial que nos enviara, deseando que fuésemos huéspedes suyos, porque él mismo se había visto en circunstancias semejantes hacía diez años. En efecto había dejado en México la misión de Filipinas, y se había refugiado en Guatemala, donde a causa de su saber y su capacidad experimentaba la mayor resistencia de parte de la facción criolla, por eso se alegraba tanto de poder contar con un número de religiosos que lo pusiera en estado de reprimir a los que le habían perseguido.

El anciano Alvarez, conmovido con la carta del prior de Chiapa, nos dijo después de leerla, que tenía que pagarnos lo que había perdido, y que

al día siguiente nos enviaría a aquel convento, donde permaneceríamos hasta que encontrara lugar conveniente para que fuéramos a estudiar la lengua del país, a fin de ponernos en estado de predicar a los indios.

Acabada nuestra conferencia, nos fuimos a dar una vuelta por el jardín, que nos parecía infinitamente más agradable que por la mañana, con el consuelo que acababa de darnos el padre provincial. Allí, bajo las bóvedas formadas por las copas de los naranjos, dimos gracias a Dios que se había apiadado de nosotros en nuestro mayor conflicto, y le rogamos por el político y sabio prelado, que habiendo hecho por perder su juego por nosotros, no era justo que lo priváramos de nuestras oraciones por su salud y prosperidad, y así las ofrecimos a Dios en aquel mismo sitio con todo el fervor de nuestros corazones agradecidos.

Permanecimos en el jardín hasta la hora de cenar, y nos divertimos, ya comiendo limas naranjas dulces, ya cogiendo limoncillos agrios y tirándolos unos a otros, y con especialidad al que se había dolido tanto de no estar con el padre Calvo, obligándolo a salir del jardín a naranjazos y descargas de limones, y continuamos con este juego más gustosamente porque vimos que el buen provincial que se había puesto al balcón, se divertía también y estaba lleno de satisfacción de vernos tan contentos. Apenas hubimos echado del recinto al amigo de Calvo, cuando la campana nos llamó a cenar, invitándonos a ir a ver a nuestro mejor amigo el venerable Alvarez, que había hecho preparar la mesa con la misma opulencia que al medio día.

CAPITULO XII

El autor sale de San Cristóbal con sus compañeros, después de haber perdido su libertad que jugaron al chaquete por unas cajas de chocolate con el provincial de los dominicos

Después de cenar nos dijo el padre Alvarez que al otro día por la mañana debíamos ponernos en camino para Chiapa, porque el prior le había escrito que quería salir a recibirnos y darnos un almuerzo en un lugar que llaman San Felipe, lo que nos supo muy bien viendo que los provinciales y los priores se tomaban tan a pecho el festejarnos.

Sin embargo antes de irnos a recoger nos dijo que quería jugar una mano de chaquete, para ver si podía desquitar. Pero como era astuto y muy diestro, y sabía jugar perfectamente, quiso mudar de sistema para hacernos la guerra, seguro de ganarnos, y jugó con un misterio que no pudimos comprender hasta el día siguiente. Trató como condición que si le ganábamos, nos daría a cada cual una caja de chocolate, pero si perdíamos, nos teníamos que constituir sus prisioneros.

Empezamos pues nuestro juego con la esperanza de ganar como en la otra partida; pero nos sucedió lo contrario, y perdimos uno tras de otro; aunque no pudiendo adivinar en qué podía consistir que fuéramos prisioneros del provincial, nos fuimos a la cama sin la más ligera inquietud.

Con todo el buen padre Alvarez nos dijo riéndose que sentía mucho hubiésemos perdido; pero que deseaba que nunca nos viésemos en peor cárcel que la suya. Para consolarnos al mismo tiempo nos regaló una caja de chocolate a cada uno, para que lo tomáramos a su salud, y nos sirviera de alivio, cuando sintiéramos el peso de nuestra pérdida.

Hasta el otro día nos fué imposible acertar con lo que nos quería decir, creímos que era una broma, sólo por divertirse con nosotros, como ya lo había hecho, y después de habernos despedido, nos retiramos con la mayor alegría a nuestra habitación.

Por la mañana encontramos dos machos del provincial, y otros dos que pertenecían a sus compañeros, bien ensillados y dispuestos para montar, con una docena de indios a caballo, que debían conducirnos por una montaña harto difícil y por medio de los bosques al lugar de San Felipe.

Después de almorzar el buen provincial nos abrazó despidiéndonos, y encargándonos que lo encomendáramos a Dios, y además que no nos asustara lo que nos pudiera acontecer, pues debíamos de estar seguros de que nos amaba y haría cuanto estuviera de su parte en obsequio nuestro, si bien se veía en la precisión de valerse del ardid y de la prudencia para cerrar la boca a los criollos que nos odiaban tanto como a él.

Tomada su licencia, partimos al son de las trompetas y atabales que iban delante de nosotros, y cuyas voces llevaban los ecos a lo largo del camino, y desde la cumbre de la montaña hasta el fondo del valle donde dejábamos al bondadoso anciano Alvarez en un barranco por todas partes coronado de rocas.

Apenas tocamos la cumbre de la montaña, cuando divisamos en un angosto valle, la Villa de Chiapa de los Españoles, y dos o tres lugares, de los cuales es uno San Felipe, situado en la misma falda.

Las trompetas que iban siempre delante, advirtieron a los habitantes de San Felipe de nuestra llegada, y los previnieron para que nos preparasen otro almuerzo, pues el frío del aire de la montaña había avivado nuestro apetito.

A los quinientos pasos que anduvimos bajando la cuesta, nos encontramos con unos veinte indios, montados a caballo, gente lista bien trazada, con sus trompetas; y detrás de aquella comitiva, y caballero en una mula ricamente enjaezada, venía el prior de Chiapa, llamado el padre fray Juan Bautista, hombre jovial y de temperamento arriscado, aunque gordo y sobradamente repleto.

Cuando nos acercamos, nos dijo llamándonos sus hermanos fugitivos de las Filipinas: "¡Sean bién venidos! Me huelgo en el alma de ver a vuestas reverendas por acá; y por Dios que se han de divertir más agradablemente en este San Felipe que ven allí, que no hubiésemos podido lograrlo en el otro San Felipe de las islas del Asia".

CAPITULO XIII

Cómo recibieron al autor los indios de Chiapa y el prior de los dominicos, y el modo que tuvo de satisfacer lo que el día anterior había perdido al chaquete

Hablando así con el prior de Chiapa la Real, bajamos alegremente la montaña, y vimos que todos los habitantes de San Felipe, tanto hombres como mujeres, nos esperaban, unos con ramos de flores que se adelantaban a ofrecernos, otros con rosas que nos echaban a la cara, y otros que nos acompañaron, bailando delante de la comitiva todo el camino que habían cubierto de yerbas y de hojas de naranjo, y adornado hasta la iglesia con arcos triunfales hechos de guirnaldas de flores. Llegados al templo fuimos obsequiados por espacio de una hora con una agradable música, ejecutada por los mejores músicos de Chiapa, que expresamente había alquilado el buen prior para solemnizar el acto de nuestro recibimiento.

Después de la música, el padre Juan Bautista se levantó, y puesto en pie hizo una plática a los indios, dándoles gracias por lo bien que nos habían honrado a causa de su amistad, y concediendo indulgencia plenaria para todos sus pecados pasados a los que visitaren la iglesia del lugar el domingo siguiente al tiempo de la misa o de las vísperas.

De ese modo nos separamos del altar para sentarnos a la mesa, donde nos aguardaba un soberbio almuerzo, compuesto de viandas saladas y salsas que nos hicieron más agradable todavía el excelente vino de Jerez que el prior nos había mandado llevar. Después de los platos salados, vinieron las jaleas y conservas de las monjas de Chiapa, que no habíamos comido tan buenos dulces desde San Juan de Ulúa hasta aquel lugar, y nos sirvieron para tomar cada uno nuestra jícara de chocolate, fin y postre del segundo desayuno.

Sin embargo, en medio de los regalos y agasajos del prior, no dejaba de movernos el enigma para nosotros indescifrable, de las palabras que sin cesar nos repetía, animándonos a comer bien porque a medio día nos esperaba la más triste comida que habríamos tenido en nuestra vida. Añadía que era menester que nos aprovecháramos de la libertad y gozáramos de sus delicias, que duraría largo tiempo. Nuestra llegada al convento nos procuró la explicación de ese misterio.

Acabado el almuerzo, los indios nos quisieron dar también su fiesta, y se pusieron a correr cañas a caballo, tirándose al pasar las cañas y sirviéndose de grandes rodela para cubrirse la cabeza y el cuerpo contra los golpes de sus adversarios, uno y otro con maravillosa destreza.

El buen prior de Chiapa nos permitió en seguida disfrutar de nuestra libertad, todo el tiempo sin duda que el provincial y él habían convenido en dejarnos por sus cartas, y era hasta la hora de comer, antes de la cual debíamos llegar al convento.

Como se acercaba ésta y todavía teníamos que andar dos millas, el prior mandó que dispusieran nuestros machos, advirtiéndolo a los vecinos de San Felipe con las trompetas y atabales de nuestra partida. Así salimos con la misma pompa y solemnidad que habíamos entrado, con repique de campana y con gran comitiva de indios a caballo y otros que iban danzando delante de nosotros, y tocando diversos instrumentos como antes para recibirnos.

Cuando hubimos andado unos quinientos pasos, despidió el prior a los indios, dándoles las gracias, porque el convento estaba ya cerca, y ni allí ni en la población se permite lo que se hace en el campo y las aldeas.

Los indios se despidieron de nosotros, y continuamos nuestro camino, quedándonos solamente con dos que nos servían de mozos de espuela.

Al llegar a la distancia de cinco pasos de Chiapa, el prior con su compañero se paró y sacó de su escarcela una orden del provincial, que nos leyó y cuya sustancia era que por haber abandonado a nuestro legítimo superior Calvo en el camino de las islas Filipinas, y haber entrado sin su licencia en la provincia de Chiapa, no podía en conciencia recibirnos como individuos de su familia, sin que antes no castigara de algún modo las faltas cometidas. Por lo tanto mandaba al prior de Chiapa, que en cuanto entrásemos en el convento, nos mandara a encerrar dos a dos en nuestras celdas, que debían servirnos de cárcel por espacio de tres días; sin permitirnos salir sino para ir al refectorio, donde a la hora de medio día nos debíamos presentar delante de la comunidad entera, sentados en el suelo y ayunando a pan y agua. Con todo dejaba al arbitrio del prior el que por la noche nos enviara a nuestras celdas lo que se le antojara.

Tal fué la penitencia que el prudente y sagaz provincial nos impuso, la cual no dejó de parecernos agria después de un almuerzo tan gustoso, y de causarnos desazón con la retahíla de ayunos y encierros que iban a seguir a tanto regalo y tanta pompa. Entonces empezamos a recordar el juego y la condición del provincial, y comprendimos el misterio, conociendo el alivio que nos debían procurar nuestras cajas de chocolate en los tres días de ayuno que nos amenazaban.

También nos vinieron a la memoria la comida de que nos habló el prior en San Felipe y las instancias que nos hizo para que nos aprovechásemos de nuestra libertad. Pero el buen padre que se apercibió de que nuestros semblantes se mudaron repentinamente y de que estábamos muy tristes, se echó a reír y nos aseguró que ni el provincial ni él intentaban darnos el más leve sentir, y que todo aquello era maña y ardid de política con el objeto de tapar la boca a los criollos, impidiendo sus murmuraciones con algunas apariencias de castigo.

Prometiéndonos además que levantada nuestra prisión, obtendríamos toda clase de honor y de ascenso, que nada nos faltaría, mientras estuviésemos con él, y que al ayuno a pan y agua del refectorio seguiría una buena cena que nos enviaría a nuestra celda, y que nos daría fuerzas para resistir las veinticuatro horas de nuestra penitencia.

En seguida nos encaminamos al convento de Chiapa donde fuimos perfectamente recibidos por la mayor parte de los religiosos, no habiendo en la comunidad más que alguno que otro que nos pusiera mala cara y nos miraran de sesgo.

Apenas nos habían llevado a nuestras celdas, cuando la campana nos llamó al refectorio: los religiosos bajaron a comer, nosotros a hacer penitencia. Dicho el *Benedicite*, la comunidad se sentó a la mesa, y nosotros cuatro, Jonases de Filipinas, como nos llamaron los criollos, tuvimos que sentarnos en el suelo con las piernas cruzadas a guisa de sastres y en medio del refectorio, para manifestar con aquel acto de humildad el disgusto y pesar que nos causaba el haber desobedecido a nuestro superior Calvo.

Al mismo tiempo que sirvieron el primer plato a los religiosos nos trajeron a cada uno de nosotros un pan razonable, y una jarra de agua clara, de que bebimos con gran placer porque los dos almuerzos que habíamos hecho por la mañana nos tenían a cubierto de hambre.

En medio de la vergüenza que nos debía causar nuestra humillación, aunque nuestro castigo se imponga entre religiosos aún por faltas menores, nos consolaba la idea de que podíamos contar con la amistad del provincial y del prior, que el castigo que sufriamos era paternal, y que los mismos que nos lo imponían no dejarían de mandarnos chocolate para dulcificar nuestra pesadumbre, ni de hacer que nos trataran mejor a la noche en nuestras celdas que lo sería la comunidad en el refectorio en su cena de dos o tres platos.

Juntábase a esto, para que llevásemos con más resignación todavía nuestro castigo, el que teníamos por compañero de penitencia a un fraile criollo, condenado a sentarse también en el suelo en castigo de ciertas cartas amorosas que se escribían él y una monja, y en que había palabras que pasaban los límites de la castidad.

Lo amargo de su situación no moderaba su enemistad; el buen penitente nos miraba de mal talante y para mortificarlo por sus demostraciones de desdén y enfado, me acerqué yo cuanto pude, y al repetirnos entre dientes: "Jonases rebeldes de las Filipinas", le respondí yo en el mismo tono de voz con estos dos hexámetros que se me ocurrieron de repente:

"Si monialis amor te turpia scribere fecit.

"Ecce tibi gelidæ præbent medicamina limphæ."

El dístico que compuse de repente allí mismo, acrecentó su enojo, y se retiró levantando los hombros y sacudiendo los codos por desprecio; pero yo lo seguí y le recité con dulzura estotro verso:

"Solamen misero est socios retinere Panettes."

Al oír la voz *panettes*, se imaginó que yo le quería quitar su pan, y lo hubiera ahogado el susto sin el vaso de agua que se echó entre bocado y bocado. Lo fresco del agua calmó su cólera, y yo le añadí que se me antojaba que también había templado la violencia de su amor.

Así comimos, y yo divertido con la vecindad de mi criollo, y sin afligirme el no ver delante de mí sino pan y agua. Después de comer nos llevaron otra vez a nuestras celdas donde tomamos chocolate del que nos había regalado el padre Alvarez.

Los frailes españoles nos iban a visitar a nuestras celdas, unos por hablar y otros por darnos confituras y otras golosinas semejantes.

Al momento corrió por todo el claustro el dístico que yo había compuesto sobre los amores y penitencia del fraile criollo, y fué el asunto de la conversación de los demás religiosos.

Por la noche nos dieron de cenar conforme la promesa y la generosidad del prior, que quiso honrarnos con su presencia, y pasó a nuestra celda acompañado de otros dos padres que cenaron con nosotros.

Los tres días de nuestro encarcelamiento pasaron alegremente, y nos hicieron desear el no tenerlos peor en nuestra vida; porque menos la falta de libertad para salir, nada nos quedaba que desear, comiendo a las mil maravillas, y acompañados siempre de lo mejor del convento, de manera que podíamos decir que nuestra prisión era un descanso, después del largo y penoso viaje que habíamos hecho desde México hasta allí, puesto que más necesitábamos de reposo que de paseos.

Pero al salir de nuestro encierro nos convencimos de que el provincial y el prior deseaban ponernos en estado de ganar honra y provecho en aquel país. Dos de nuestros compañeros fueron destinados al campo, donde debían estudiar la lengua del país y habilitarse para predicar a los indios y obtener algún beneficio. Al otro y a mí nos dieron licencia para ir a Guatemala a enseñar en aquella universidad filosofía y teología; mas se refirió nuestra partida hasta fines de septiembre, tiempo en que se abren las clases y se cambian los regentes.

El provincial, considerando por los versos que yo había compuesto de repente por el lance del religioso criollo, que la lengua latina se entendía mejor entre los ingleses que entre los españoles, que abusan del pobre Prisciano con sus solecismos, y viendo que se necesitaba de una persona que la supiera bien para enseñar la gramática y la sintaxis a los muchachos en el convento de Chiapa, donde la instrucción de la juventud valía mucho todos los años a los religiosos, me rogó que me encargase de la clase de gramática, hasta que pudiera mandarme a Guatemala, prometiéndome su asistencia en todo cuanto me fuere menester, ya para comprar libros como para ocurrir a mis demás necesidades, y dándome tiempo y licencia para ir al campo y ver lo que hubiese notable en los alrededores.

Fuéme imposible desear una oferta que tantas ventajas me procuraba, y así permanecí en Chiapa desempeñando las funciones de este empleo desde abril hasta la fiesta de San Miguel. Gané mucha reputación, logré la consideración del obispo y del gobernador, y me concilié el afecto del prior, que no iba a jira alguna o expedición de campo sin que yo no lo acompañara, deferencia que me procuró ocasión de ver las riquezas y estudiar el gobierno de Chiapa.

CAPITULO XIV

Descripción de la provincia de Chiapa, y de las villas y principales lugares que de ella dependen

Aunque la provincia de Chiapa sea, en opinión de los españoles, una de las más pobres de América, porque todavía no se han descubierto minas en su territorio, ni recogido arenas de oro en las márgenes de sus ríos, y que no tiene puertos en la mar del Sur para trasportar sus mercancías y traficar con los de México, Guafaca y Guatemala, puedo sin embargo afirmar que sobrepuja mucho a las otras en la grandeza de sus poblaciones mayores y menores, y que no cede sino a Guatemala, atreviéndome a decir que en ninguna parte de América hay ciudad, villa ni aldea tan poblada de naturales del país como Chiapa de los Indios.

Los españoles hacen mal de mirarla con el menosprecio que la miran; antes bien debieran considerar que está situada entre México y Guatemala, y que de su fuerza o de su debilidad depende la fuerza o la debilidad de toda la América, pues no estando fortificada, es fácil entrar por el río Tabasco, y además está contigua y es fronteriza a Yucatán.

Por otra parte las mercaderías del país no solamente procuran a los habitantes un comercio considerable entre ellos, sino también con las otras provincias; y no hay paraje en toda América de que la España saque tanta cochinilla como de cualquiera de los distritos de Chiapa.

Los pueblos que son grandes y de crecido vecindario aumentan considerablemente las rentas del rey con el tributo que cada natural paga todos los años por cabeza.

El país se divide en tres provincias, a saber: la de Chiapa, la de los Zeldales y la de los Zocos, de las cuales Chiapa es la menos rica, si bien contiene Chiapa de los Indios, y todas las villas y aldeas que están situadas al norte hacia Maquilapa, y al oeste del priorato de Comitán que posee diez aldeas y muchas haciendas, donde pace una inmensidad de ganado vacuno, caballos y mulas.

Junto al priorato de Comitlán está el gran valle de Capanabastla, que es también otro priorato y se extiende hacia Soconusco. Aumenta su considerable valor un río caudaloso que nace en la sierra de los Cuchumatlanes, pasa por Chiapa de los Indios, y de allí corre a Tabasco, dándole fama la mucha y buena pesca de sus aguas, y el gran número de cabezas de ganado que pacen en su llanura, y que sirven de alimento no sólo a los habitantes de Chiapa sino a los pueblos y haciendas de la comarca.

El clima de la capital y de Comitlán es frío en extremo, porque su asiento está en la cumbre de las montañas; pero el de ese valle es en extremo caluroso, porque está en una hondonada, y desde mayo hasta últimos de septiembre hay grandes y frecuentes tormentas.

La villa donde está el priorato se llama Capanabastla, y tiene un vecindario de más de ochocientos indios; pero todavía es mayor la de Izquinte-nango situada a la punta meridional del valle al pie de la sierra de los Cuchumatlanes.

El pueblo de San Bartolomé que está al extremo opuesto es aún más grande que los otros dos, y el valle podrá tener cuarenta millas de largo y diez o doce de ancho.

Las demás poblaciones se van prolongando por la parte de Soconusco, y el calor, los truenos y los relámpagos se aumentan en proporción que se acercan a las costas de la mar del Sur.

Ese valle, que alimenta un número tan grande de reses, produce también muchísimo algodón, que es la principal mercancía del país, por los copiosos surtidos de mantas que de él se fabrican. Los indios se cubren con ellas, y los mercaderes de diversas provincias los van a comprar o los habitantes las cambian con los de Soconusco y Suchutepeque por cacao, de modo que nunca falta chocolate en la provincia.

Tampoco falta pescado, porque el río lo lleva abundante; ni carne, porque el valle está lleno de ganado; ni telas de que vestirse, porque aún después de surtida la provincia, venden muchas para fuera; ni pan, porque si no hay trigo, la cosecha del maíz es suficiente para su consumo. En fin tienen caza cuanta quieren, aves y con especialidad pavos, frutas, miel, tabaco y cañas de azúcar.

Mas el dinero no es tan común en Chiapa como en México y Guajaca; y como en estas dos ciudades se cuentan por patacas o pesos de a ocho, en Chiapa sólo se cuenta por testones que valen la mitad de una pataca.

El río que tan útil es al valle y tanto contribuye a la abundancia de que allí se goza; causa también muchos desastres; porque los niños y los potros y terneros que se acercan a la orilla, suelen ser víctimas de los cocodrilos, numerosos en aquel río y muy aficionados a la carne, que comen con harta frecuencia.

La ciudad de Chiapa la Real es una de las mejores de América; porque su vecindario se reduce a unas cuatrocientas familias españolas y como cien casas de naturales, unidas a la ciudad con el nombre de arrabal de los indios y con una capilla particular.

En la ciudad no hay mas iglesia parroquial que la catedral que sirve para todos los habitantes. También hay dos conventos, uno de los religiosos de la orden de Santo Domingo, y otro de la de San Francisco, y un pobre convento de monjas, bien gravoso para toda la población.

Los jesuitas no se han establecido en Chiapa la Real, y como no viven sino en las ciudades ricas y opulentas, donde pueden sacar grandes limosnas y donativos extraordinarios, para mantener con esplendor sus colegios, se ha inferido que la ciudad era pobre. En efecto los mercaderes son apretados y los caballeros guardadores y económicos, y no tienen ánimos ni barruntos siquiera de generosidad. Los jesuitas obran con acierto en considerar la pobre Chiapa como un lugar incómodo para su residencia.

El tráfico principal de los mercaderes de este pueblo es de cacao, de algodón que compran en las cercanías, de mercerías, del azúcar que sacan de Chiapa de los Indios, y de un poco de cochinilla; bien que en cuanto a este último ramo no les permite hacer mucho comercio el gobernador, que saca de la cochinilla el mayor provecho.

Todos tienen sus tiendas en una plaza pequeña, que sirve de mercado, delante de la catedral. En los portales se ponen por la tarde las mujeres de los pobres indios a cosa de las cinco, y venden a los criollos por muy poco las drogas y bebidas que llevan de sus aldeas.

Los mercaderes más acaudalados van a Tabasco, o envían a comprar mercancías de España, como vinos, telas, higos, pasas, aceitunas y hierro; pero no se atreven a emplear mucho en esas cosas, porque hay pocos españoles que en el país, y la mayor parte de los que hay se contentan con lo necesario y pasan la vida sin regalo ni lujo.

De manera que casi todas las mercancías de España que llegan a Chiapa son para los frailes, que se dan mejor vida y disfrutan más diversiones que todos los demás habitantes de las tres provincias.

CAPITULO XV

Conversación curiosa de un caballero criollo con el autor

Los caballeros de Chiapa son el refrán y hazmerreír de todas aquellas tierras, cuando se quieren representar a uno de esos mentecatos que dan en aparentar grandezas o saber profundo por más pobres y majaderos que sean y en efecto los tales hidalgos se jactan siempre de venir en línea recta de casas de duques de España o de los primeros conquistadores, si bien en sus modales y conversación parecen rudos y groseros como patanes, y no manifiestan ni aun asomos de sentido común ni entendimiento por la mayor parte. Los principales de la ciudad conservan los nombres magníficos de Cortés, Solís, Velasco, Toledo, Zerna y Mendoza.

Uno de ellos, que era de los primeros del pueblo y se llamaba don Melchor de Velasco, habiendo trabado conversación conmigo un día acerca de la Inglaterra y de sus habitantes, me preguntó muy seriamente: si el sol y la luna eran del mismo color en Inglaterra que en Chiapa, y si los ingleses andaban en dos pies como los indios, y si sacrificaban hombres como los paganos hacían en otro tiempo en aquel país.

Ni pararon ahí las ridículas preguntas del buen hidalgo; porque aún quiso saber: si en Inglaterra se comía un manjar tan delicado como su potaje de frijoles, que es el alimento de los indios pobres y se reduce a una fuente de caldo negro como la tinta, donde se encuentran *raros in gurgito nates* algunos judihuelos cocidos en agua y sazonados con pimienta y ajo; y por último si las inglesas estaban embarazadas tanto tiempo como las españolas, y si los españoles no eran más valientes y galanes que mis compatriotas.

Pasaré por alto cien impertinencias del mismo jaez, contentándome con decir que es entre ellos muy común el salir a la puerta después de esa magnífica comida, donde para que los vean, se estarán media hora sacudiéndose las migas del colete, de la gorguera y los bigotes, y escarbándose los dientes, como si se les hubiera metido entre las muelas y los colmillos algún hueso de perdiz; y si cualquiera de sus amigos acierta por suerte a pasar

por delante, no dejarán de encontrarse alguna miga enredada en los bigotes, ni de exclamar: "Caballero, tarde llega, y me pesa; que acabo de comerme una perdiz excelente": todo para decir que tiene mesa de comendador y se regala como un provincial, aunque sus aves y pescados se crían en los bancales de habichuelas o de ajos, y sólo nadan en la olla donde cuece su potaje.

Con todo, a pesar de jactarse tanto de su nacimiento, no se ocupan sino de la cría y cuidado de sus reses, y su principal riqueza consiste en la labranza de las haciendas donde tienen sus vacadas y ganado mular.

Verdad es que los hay que tienen dependientes, y por eso los llaman *comendadores*, y a éstos paga cada habitante cierto derecho en dinero y en aves todos los años.

No los mueve la más leve inclinación a las armas, y por más que digan que desearían ver la España, ninguno de ellos se atrevería a pasar la mar, porque les parece que no hay en el mundo cosa mejor que dormir tranquilamente en su cama. Un centenar de buenos soldados desbarataría todos los tercios que puedan formarse de los tales hidalgos de Chiapa, y se apoderaría de la ciudad con tanta más facilidad, cuanto que es un pueblo abierto, donde los burros y los machos entran y salen a todas horas para ir a pacer al campo o dormir en sus establos.

Sin embargo Chiapa la Real tiene su gobernador como una plaza fuerte y su obispo a guisa de las grandes capitales.

El gobierno es un cargo muy considerable porque sus facultades son muy extensas, pudiendo tratar a los españoles y a los naturales del país, como le pluguiere, y hacer un tráfico muy provechoso de cacao y de cochinilla.

Los bienes de fortuna, empero que mal se ganan, jamás prosperan, y la experiencia lo mostró en don Gabriel de Orellana, gobernador que era de aquella ciudad y sus dependencias cuando yo residía allí, el cual, habiendo enviado sobre ocho mil escudos de valor en cochinilla, cacao, azúcar y cueros por el río de Tabasco con dirección al puerto de la Habana, perdió todo su cargamento que cayó en manos de los holandeses.

CAPITULO XVI

Del estado eclesiástico de Chiapa, de la extensión del obispado, y de lo que le aconteció a un obispo que quiso prohibir en la iglesia el uso que hacían del chocolate las mujeres durante la misa, y cómo lo envenenaron

El obispado de Chiapa vale ocho mil ducados anuales lo menos, y bien los merece el buen prelado que va desde tan lejos como España a vivir en un país, cuyos habitantes son tan instruídos como don Melchor de Velasco, y donde los asnos se crían y mantienen a tan poca costa.

La mayor parte de las rentas del obispo consiste en ofrendas que todos los años recibe en las poblaciones mayores de los indios que visita una vez al año para celebrar las confirmaciones, no habiendo niño confirmado que no

le dé una vela de cera blanca con una cinta, y a lo menos cuatro reales de plata. Yo he visto a algunos de los más ricos darle velas hasta de seis libras con dos varas de cinta de media peseta la vara y, cubiertas de arriba abajo de reales de a ocho, porque los indios ponen su vanidad en esas ofrendas.

En el tiempo que yo estaba en aquella ciudad, era obispo don Bernardo de Salazar, el cual me rogó que lo acompañara en su visita, que duró un mes, por las villas y lugares de las inmediaciones de Chiapa, y me dió el encargo de tenerle la bandeja, donde españoles y naturales echaban sus ofrendas mientras él confirmaba, y como yo tenía gran cuidado con el otro capellán de contar escrupulosamente el producto, antes de llevar el dinero al aposento del obispo, hallé que al cabo del mes había recibido mil seiscientos ducados solamente de ofrendas, sin contar sus derechos de visita de las cofradías, que en aquellas tierras son muy ricas, y producen sendos pesos a los obispos en sus respectivas diócesis.

Ese obispo como todos los demás de las Indias era sobradamente apegado al interés, pero varón de buenas costumbres, y cuyo celo en reprimir los abusos que se cometían en la iglesia le costó la vida, aun antes de que yo saliese de Chiapa.

Las mujeres de esa ciudad se quejan constantemente de una flaqueza de estómago tan grande, que no podrían acabar de oír una misa rezada y mucho menos la misa mayor y el sermón, sin tomar una jicara de chocolate bien caliente y alguna tacilla de conserva o almíbar, para fortalecerse. Con ese fin acostumbraban sus criadas a llevarles el chocolate a la iglesia en mitad de la misa o del sermón, lo que nunca se verificaba sin causar confusión y sin interrumpir los sacerdotes o los predicadores. El obispo pues, queriendo corregir tal abuso por los medios de la dulzura, las exhortó varias veces, y aún las rogó que se abstuvieran de semejante escándalo; pero como vió que de nada servían sus reconvenciones amistosas, y que al contrario seguían con el mismo desorden, menospreciando sus consejos y exhortaciones, mandó fijar una excomunión a la puerta de la iglesia contra todas las personas que osaran comer o beber en el templo de Dios durante los divinos oficios.

La excomunión desagradó sobremanera a todas las mujeres, con especialidad a las señoritas que dijeron a voz en cuello que si no las dejaban comer y beber en la iglesia, no podrían tampoco ellas seguir yendo. Las principales damas del pueblo que sabían la amistad que el obispo tenía con el prior y conmigo, nos suplicaron con las instancias más eficaces que hiciéramos cuanto estuviese en nuestra mano a fin de que su ilustrísima levantara la excomunión. En efecto tanto el prior como yo probamos de cuantos modos pudimos a vencer la severidad del prelado y a reducirlo a la indulgencia, alegando en favor de la costumbre del país la debilidad de las mujeres y de sus estómagos, y manifestándole la aversión que le tendrían y el peligro que había de que tanto rigor causara sediciones y tumultos en la iglesia y en la ciudad, temores que se fundaban en lo que habíamos oído decir a muchas personas.

Pero el buen pastor nos respondió que su vida no era de valor alguno para él, si había de conservarla a costa de la gloria de Dios y del lustre de su casa, y que cuanto le habíamos dicho, no lo movería a desviarse un ápice de la senda de sus obligaciones.

Entonces las mujeres, que vieron que no mudaría de resolución, empezaron no solamente a mirarlo con tedio sino a burlarse de él a cara descubierta, haciendo mofa de su excomunión y tomando más chocolate que agua beben los peces en la mar.

Ese exceso fué un día causa de que hubiese un terrible alboroto en la iglesia catedral, alboroto en que salieron a relucir muchas espadas contra los canónigos y capellanes que quisieron llevar a completa ejecución el mandamiento del obispo quitándoles a las criadas las jícaras en que servían el chocolate a las damas. Por último viendo que no podían ganar a su ilustrísima ni con empeño ni con el escándalo, determinaron abandonar la catedral, de modo que desde entonces no se veía un alma en ella, y todo el mundo iba a oír misa a las iglesias de los conventos, donde los frailes dejaban que cada cual hiciera lo que se le antojase, y siguiera sus costumbres antiguas, sin más que exhortar a sus fieles con la mayor dulzura lo que les valió muy sendos pesos y cumplidos regalos en detrimento de la catedral a donde nadie ponía los pies.

No duró sin embargo mucho tiempo la ventaja pacífica de esa preferencia; porque el obispo se incomodó con los religiosos y mandó publicar otra excomunión contra los que no asistieran al oficio divino que se celebraba en la catedral, y las mujeres cesaron de concurrir a los conventos; mas para no ir a la catedral, se quedaban en sus casas.

En medio de esas disputas entre el obispo y los frailes, los canónigos y el chocolate, las criadas y los acólitos, cayó el obispo enfermo de mucha gravedad, y se retiró al convento de los religiosos de Santo Domingo, persuadido de que nadie lo cuidaría mejor que el prior, en quien tenía puesta toda su confianza. Enviaron a buscar médicos a varios puntos, y todos los que acudieron, afirmaron que el obispo había sido envenenado, y el pobre señor lo reconoció al morir, y rogó a Dios que perdonara a los autores de su muerte, y que aceptara el sacrificio de su vida que voluntariamente ofrecía por su gloria y por el honor de su casa. Su enfermedad no duró más de ocho días, y en cuanto expiró, todo el cuerpo, la cabeza y la cara se hincharon, y al tocar el cadáver por cualquier parte, saltaba materia, señal de la putrefacción general de todo el muerto.

Había en la ciudad una señorita de mi conocimiento, a quien acusaban de demasiada familiaridad con uno de los pajes del obispo, y ésta, se decía, que por medio del paje su amigo era la autora del *jicarazo*, habiéndole suministrado el veneno en un pocillo de chocolate, de cuya manera de envenenar viene aquella palabra. Yo le oí decir a ella misma que pocas personas habían sentido la muerte del obispo, y que con especialidad las mujeres no tenían que llorarlo, añadiendo: "Como tantos gestos hacía al chocolate que se tomaba en la iglesia, el que él tragara en su casa no le sentó bien".

Ese lance dió origen a la cantaleta que después se oyó por todas partes: "Cuidado con el chocolate de Chiapa". Yo por mi parte no me atrevía, después de la muerte del obispo, a tomarlo en ninguna parte, si no estaba muy seguro del afecto de toda la familia.

Las mujeres de aquella ciudad son dadas a los placeres mundanos, y el demonio les inspira diversos modos de seducción y atractivo, para que las almas piquen en el anzuelo de la tentación y se precipiten en el infierno envueltas en la red del pecado. Y desgraciado por otra parte el que desdeña sus finezas: que ellas saben vengarse con una jícara de chocolate o una caja de conserva.

La señorita sobre quien recayeron las sospechas del envenenamiento del obispo, me solía enviar muy a menudo cajas de chocolate y dulces que yo recibía como regalos de agradecimiento por haberle enseñado algo de latín. Su genio festivo y sus agasajos no me parecían tan poco mal; hasta que un día me mandó un hermosísimo palmito cubierto de rosas y jazmines y envuelto en un pañuelo.

Al desliar el pañuelo, creí hallarme entre las flores con un rico presente o bien con algunos doblones; pero me quedé suspenso no encontrando más que el palmito, y mucho más al ver que había grabado en él con la punta de un cuchillo un corazón atravesado de dos flechas, emblema que me explicaba sobradamente la intención de la que me lo enviaba.

Aquello me obligó a ser en adelante más circunspecto, y a recibir con mayor recato sus presentes. En cuanto al palmito se la devolví con esas palabras:

"Fruta tan fría no tiene virtud"

Mi resolución y mi respuesta corrieron por toda la ciudad al momento. La señorita se enfureció contra mí, y me quitó su hijo que venía a estudiar a mi clase, amenazándome varias veces que me jugaría una pasada de las de Chiapa. Así me mantuve siempre con gran cautela, acordándome del jicazo del obispo, y no quise permanecer mucho más tiempo en aquella desgraciada ciudad, que no merece otro elogio que el de un vecindario de idiotas y de mujeres que solamente saben preparar chocolate para que revienten los que no ceden a sus caprichos.

CAPITULO XVII

Descripción de la villa de Chiapa de los Indios, y de sus privilegios, de las inclinaciones de sus habitantes, de su comercio y de sus ocupaciones ordinarias

A doce leguas de esa Chiapa hay otra que merece mayor estima que ella y es más que ella digna de alabanzas. Los más de sus moradores son indios, y su población es una de las mayores que compongan los naturales en la América sujeta, pues consta por lo menos de cuatro mil familias.

Los reyes de España han otorgado a esa villa muchos fueros, mas aunque en ella se gobiernan por sí los mismos indios depende sin embargo de la jurisdicción de Chiapa la Real, donde los españoles eligen el gobernador que quieren entre los naturales con las demás autoridades subalternas.

Este gobernador puede usar espada y daga, y goza de otras varias prerrogativas sobre los indios; y a la verdad, no hay villa ni ciudad donde resida mayor número de indios caballeros. Don Felipe de Guzmán, que era gobernador cuando yo estaba allí, era tan rico que mantenía en su caballeriza doce palafrenes tan hermosos como podía poseerlos cualquier gobernador español del país, y mostraba tanta firmeza y dignidad como el que más de los señores de España. Don Felipe sostuvo un pleito en la chancillería de Guatemala contra el gobernador de Chiapa la Real, para defender los privilegios de su villa, en el cual gastó muchísimo; y cuando lo ganó, hizo celebrar su triunfo con fiestas y regocijos por agua y por tierra, y con tanta magnificencia que no habrían podido más en la corte de Madrid.

La villa está situada a la margen de un río caudaloso, donde bogan muchas barcas, y en ellas aprenden los indios a pelear a guisa de combates navales, ejercicios en que son muy duchos y experimentados, sabiendo representar a las mil maravillas las *Ninfas del Parnaso*, *Neptuno*, *Eolo*, y las otras divinidades de los paganos, con admiración y gran contentamiento de todos los otros indios.

Con sus barcos o canoas forman una armada, y sitian y bloquean una plaza según las reglas del arte de la guerra, y la estrechan hasta obligarla a entregarse, con tanto denuedo y habilidad que parece que toda su vida se hayan criado en guerra y batallas marítimas.

Son también muy diestros en las corridas de toros, y en el juego de cañas, y en las carreras de caballos, en la castrametación, en la música, en el baile y todos los ejercicios corporales, en que no se muestran inferiores a los españoles.

Construyen ciudades y torres de madera que cubren de lienzo pintado, a fin de dar más apariencia de realidad al artificio, y las bloquean dividiendo sus barcas en dos flotas enemigas, las cuales se arrojan una a otra cohetes, carretillas y toda especie de fuegos, con tanta valentía y maña que, si el juego se volviese de veras, harto tendrían de que arrepentirse los españoles y los frailes, por haberles dado tan buena escuela.

También suelen representar comedias, y éstas son sus diversiones ordinarias; pero son tan espléndidos y generosos que no perdonan gasto para festejar a los religiosos y a los moradores de los pueblos vecinos, particularmente los días de fiesta y de regocijo público, en que por lo común se reúne allí un inmenso concurso.

La villa es rica, porque son ricos muchos de sus habitantes, los cuales trafican en el campo, como hacen los españoles, y ejercen entre ellos mismos todos los oficios necesarios de una población culta.

No carecen de carne ni pescado: el río que pasa por delante de la villa produce abundante pesca, y hay muchas haciendas donde se cría copiosísimo ganado.

Los religiosos de la orden de Santo Domingo ocupan el primer lugar entre todos los que están establecidos en la villa, y tienen un hermosísimo convento, con otra iglesia o capilla, además de su iglesia conventual, que depende de ellos.

El calor es tan grande en aquellos parajes, que los religiosos y los indios necesitan llevar al cuello un pañezuelo o toalla para enjugarse el sudor, y como les sería imposible comer un bocado sin limpiarse los chorros de agua que les caen por el rostro, permanecen mucho más tiempo en la mesa, de lo que por su gusto estarían. Con todo las noches son frescas y deliciosas, y las gentes del país las emplean en divertirse, o pasearse por las arboledas y jardines de la orilla del río.

A dos o tres leguas de la villa hay dos ingenios de azúcar: uno pertenece al convento de los Dominicos de Chiapa la Real, y otro al de Chiapa de los Indios, y en uno y otro hay cerca de doscientos negros y muchos indios que trabajan continuamente, para dar abasto de azúcar a todo el país, criándose además en las cercanías un gran número de machos y excelentes caballos.

La villa de Chiapa de los Indios y los otros lugares del contorno no pueden echar de menos, sino un clima algo más templado, y el trigo que no medra en aquella tierra, aunque la falta de este grano la suplen los que no pueden pasar sin él, haciéndolo llevar de la otra Chiapa y de los alrededores de Comitlán. Además la falta de trigo no debe mirarse como una prueba de escasez, porque el país abunda en maíz, y el pan que de él hacen los españoles y los religiosos se come con tanto apetito como el de trigo.

Sin embargo los españoles pobres y algunos indios que han aprendido a traficar, sacan una ganancia considerable de las galletas de trigo que llevan a vender a sus lugares y aldeas: porque, a pesar de ser duras y secas, los indios, para quienes son cosa nueva, no dejan de comprarlas, o bien de tomarlas por precio de algodón, del cual hay allí mayor abundancia que en el valle de Capanabastlan.

CAPITULO XVIII

Descripción de la provincia de los Zocos contigua a la de Chiapa, de sus riquezas, de su comercio, y de las ventajas que para el tráfico y acatreo de sus mercaderías lleva a las de sus vecinos

Está lindando con el distrito de Chiapa el de los Zocos, que es la provincia más acomodada del territorio de Chiapa, y se extiende por un lado hacia Tabasco, de donde por el río de Grijalva transporta las mercaderías del país con toda seguridad a San Juan de Ulúa o a la Vera Cruz.

También comercia con la península de Yucatán por el abra que dicen Puerto Real entre Grijalva y Yucatán; pero aunque el río de Grijalva a Tabasco y puerto Real procuren tantas facilidades al comercio, la debilidad de esos puntos tiene a los españoles en un continuo sobresalto, pues saben que el primer extranjero que se quiera aventurar a internarse por allí en el país, se podría enseñorear de Chiapa y después de todo el territorio de Guatemala. Y si no fuera porque el río de Tabasco tiene poco fondo, porque el calor del clima es insoportable con las plagas de mosquitos que infestan las aldeas, y

porque la principal riqueza de toda aquella parte no consiste sino en cacao, ya habrían hecho la conquista los ingleses y los holandeses, cuando entraron en el río, y se volvieron, dejando por algunos estorbos de mezquina importancia un campo dilatado, donde tantos medios tenían para enriquecerse e inmortalizar sus nombres.

Los lugares o aldeas de esta provincia no son muy grandes, pero son considerables por su riqueza, y poseyendo mucha seda y la mejor cochinilla y con la mayor abundancia de toda la América. Apenas hay indio que no tenga sus huertos o campos plantados de nopales donde se cría ese precioso insecto, y no por el caso que los naturales hicieran de semejante mercancía, sino por el aprecio con que han visto que los españoles la buscaban, ofreciéndoles por ella hasta dinero y aún forzándolos a cultivar la planta en los sitios en que se da mejor la cochinilla.

La cantidad de seda que lleva la tierra es tanta que el tráfico principal de los indios de la comarca consiste en telas de todos colores que fabrican sus mujeres y ellos venden a los españoles, que se las compran para mandarlas a Europa.

No deja de ser cosa admirable la diversidad de obras y labores de los indios, siendo tal su hermosura y pulimento que podrían servir de dechados a las mejores maestras de Inglaterra.

La gente del país es aguda e ingeniosa, y de cuerpos bien formados. El clima es caliente por la parte de Tabasco, pero en lo interior hay parajes donde se siente mucho el frío. Los campos dan mucho maíz, aunque no medra en ellos el trigo: tampoco se ve tanto ganado allí como en los alrededores de Chiapa. En cuanto a caza, aves y pavos, a ninguna otra provincia cede la de los Zocos.

La de los Zeldales está situada detrás de la de los Zocos, extendiéndose desde la mar del norte en el continente hasta Chiapa, y por algunas partes hacia el noroeste linda con las fronteras de Comitlán: por el lado del sudoeste toca las tierras de los indios indómitos que suelen correr las de los indios cristianos, talando los campos, incendiando sus aldeas y llevándoles sus ganados.

La población principal de los Zeldales se llama Ocosingo, y sirve de frontera contra los infieles.

Esta provincia pasa por rica entre los españoles a causa de su mucho cacao, y de otra droga llamada *achiote*, que es un grano con que dan color al chocolate, de que se hace la pasta que llaman tierra orellana. El árbol que da el achiote se encuentra en todas las islas y tierra firme de entre los trópicos.

También hay cerdos, gallinas y pavos, codornices, vacas, ovejas, maíz, miel, y cuando yo estaba en la provincia, iban a construir un ingenio de azúcar junto a Ocosingo, donde se cree que podrá cultivarse la caña dulce como en el distrito de Chiapa de los Indios.

El país por la mayor parte es alto y montañoso; pero Ocosingo está en un valle agradable, que atraviesan muchas fuentes y arroyos de agua dulce, que hacen creerlo propio para el cultivo de la caña. Los religiosos han sembrado trigo en el mismo valle y ha probado muy bien.

Después de haber dado la descripción del gobierno de Chiapa, que está rodeado por una parte del distrito de Soconusco y desde allí hasta Guatemala de la provincia de Suchtepeque, y por la otra de Tabasco y el territorio de los Zeldales, tan fértil en cacao y en achiote, principales drogas de que se compone el famoso chocolate, quiero, antes de salir de Chiapa para Guatemala, decir alguna cosa de las dos bebidas que tan en uso están entre los españoles, y que en mi sentir merecen ser conocidas en todas las naciones, para remediar con ellas el abuso que en toda Europa se hace del vino y los licores. ⁽¹⁵⁾

CAPITULO XIX

Del chocolate y del atole, que son dos bebidas muy en uso en las Indias, y de las diferentes maneras de prepararlas, con las calidades de los ingredientes que entran en su composición

Estando el chocolate hoy día tan en uso no sólo en todas las Indias Occidentales sino también en España, en Italia y en Flandes, con la aprobación de muchos doctos médicos, entre los cuales se cuenta Antonio Colmenero de Ledesma que ha vivido en las Indias, y ha compuesto su tratado en que habla doctamente de la naturaleza y propiedades del chocolate, me ha parecido que debía escribir en este lugar lo que he visto y conocido por mi propia experiencia, durante doce años de residencia en el país.

La palabra chocolate es india, compuesta según algunos, de *ate*, o, según otros, de *alle*, que en lengua mexicana quiere decir *agua*, y del ruido que hace el agua en la vasija donde se echa el chocolate que al hervir parece que repite *choco*, *choco*, *choco*, cuando se bate con el molinillo, hasta que sube la espuma a borbotones.

Como el nombre es compuesto, podemos llamarlo con confección o bebida compuesta de varios ingredientes, conforme a la diferencia del temperamento de los que de ella se sirven.

Pero el ingrediente principal, sin el cual no podría hacerse, es el cacao, que es una especie de haba o más bien almendra muy gorda, que crece en un árbol, llamado del cacao, en una vaina o cáscara donde a veces se encuentran hasta treinta y cuarenta de estas habas.

Aunque el cacao, como todos los demás simples, participa de las calidades de los cuatro elementos, sin embargo la opinión más recibida entre los médicos sostiene que es frío y seco, como el elemento de la tierra, y por lo tanto de naturaleza astringente.

Mas como también participa de los otros elementos, y particularmente del aire, que es cálido y húmedo, resulta que tiene partes untuosas, las cuales forman una especie de manteca, con que yo he visto a las criollas frotarse la cara para ponerse el cutis más fino.

(15) En el día se ha introducido ya en gran parte de Europa el chocolate, y por eso hay menos borrachos.—E.

No se debe mirar como increíble lo que se dice del cacao, y al mismo tiempo su condición de frío y seco y al mismo tiempo cálido y húmedo, porque, si bien la experiencia vale más que todos los raciocinios del mundo y ésta bastaría para aprobarlo, sin embargo hay ejemplos que servirán de luz en la materia.

Primeramente en el ruibarbo, que posee cualidades ardientes y purgativas, se hallan otras que son no obstante frías, secas y astringentes y propias para fortificar el estómago y curar el flujo de vientre.

Lo mismo se nota en el acere, que participa de la naturaleza de la tierra, por su pesadez, su estreñimiento, su sequedad y su frialdad, el cual se tenía por contrario a la curación de las obstrucciones del hígado y del bazo, y hoy se emplea como remedio específico contra esos achaques.

La autoridad de Galeno puede aclarar más el punto, pues enseña, en el libro tercero de las calidades de los simples, que la mayor parte de los medicamentos que a nuestros sentidos parecen simples, son naturalmente compuestos y contienen en sí calidades contrarias, como una fuerza repulsiva y otra retentiva, un principio que acrecienta y otro que atenúa, o uno que sacrifica y otro que condensa. Y en el capítulo décimoquinto refiere el ejemplo del caldo de gallo que relaja el vientre, siendo así que la carne del animal tiene la virtud de estreñirlo.

Para manifestar que esta oposición de calidades se halla en diversas sustancias o partes de los medicamentos simples, cita el mismo autor en el capítulo décimoséptimo del libro primero de los medicamentos simples, el ejemplo de la leche, en la cual se encuentran tres sustancias diferentes y que se separan unas de otras, a saber: la sustancia caseosa que tiene la virtud de cortar el flujo de vientre, la sustancia láctea que es purgativa, y la sustancia mantecosa que es anodina

En el mosto se contienen también otras tres sustancias, a saber: la del orujo que es la más abundante y pertenece a la tierra, la que es como la flor y se reduce a la espuma o las heces, y por último la sustancia más pura o el vino: y cada una de estas sustancias posee calidades y virtudes diversas, diferenciándose no menos en el calor, el olor o en semejantes accidentes.

Confórmase todo eso con la razón, cuando se considera que los alimentos de que nos servimos por más simples que parezcan, no dejan de producir o engendrar los cuatro humores en el hígado, los cuales se diferencian no sólo en el temperamento sino en la sustancia; y según participa el alimento más o menos de uno de estos humores, así el humor que más abunde será también el que predomine.

De donde podemos sacar por consecuencia, que cuando el cacao está molido y revuelto, las diversas partes que le han dado la naturaleza se mezclan artificialmente y del modo más íntimo, de modo que las partes untuosas, cálidas y húmedas se confunden con las terrestres, las reprimen y temperan, y disminuyen su virtud astringente, templándolas y poniéndolas más en conformidad con el temperamento cálido y húmedo del aire que con la condición fría y seca de la tierra. Así se ve que luego que lo disponen para servirlo apenas le dan un par de vueltas al molinillo, cuando al punto sube una espuma grasienta que indica lo que de la parte untuosa contiene.

Por lo dicho se puede ver fácilmente cuánto yerran los que hablando del chocolate, afirman que origina opilaciones, porque el cacao es astringente, como si la calidad astringente no quedara corregida y templada por la mezcla íntima de todas las partes que lo componen, cuando está molido; además de que en él entran otros ingredientes que son naturalmente cálidos, y deben por fuerza comunicarle la virtud de abrir y atenuar y no la de estreñir.

Pero dejando a un lado todas estas razones, basta el cacao solo para demostrar la verdad porque, si no está molido ni compuesto como en el chocolate, y se come tal cual el árbol lo produce, y esto es muy frecuente entre los criollos y los indios, entonces causa grandes obstrucciones, pone la tez pálida y empaña el rostro, del mismo modo que la opilación, o como les sucede a las mujeres que comen tierra o yeso de las paredes, costumbre harto general de las españolas que se atracan de esas cosas a fin de ponerse amarillas, porque es el color que más les gusta, aunque suele costarles muy caro. No hay pues, según lo expuesto, otra razón para que el cacao crudo produzca tales efectos, sino el que sus diferentes partes no se mezclen bastante cuando se masca, y para evitarlo se necesita la mezcla artificial de que acabamos de hablar.

El árbol que da el fruto es tan delicado, y el terreno en que se cría es tan cálido, que para defenderlo de los ardores del sol, plantan otros árboles que llaman *madres del cacao*, y cuando ya están crecidos y pueden cubrir con su sombra los árboles del cacao, plantan los cacaotales. Su fruto no crece desnudo sino cubierto y envuelto en una vaina o cáscara, y cada haba tiene además otra cáscara blanca llena de agua que la cubre, la cual chupan las mujeres con deleite, porque las refresca y se deshace toda en la boca.

Hay dos especies de cacao: la una de color obscuro tirando a rojo, de forma redonda y picoteada hacia la punta, es la común; la otra de habas más grandes, gordas y chatas que llaman *pallage* y es la blanca, más disecativa y menos común que la otra, pero vale mucho más barata, porque quita el sueño, y así no se emplea tanto como la ordinaria, y solamente la gente pobre es la que la usa.

Cuanto a los otros ingredientes del chocolate, es notable la diferencia de todos los que entran en su composición. Algunos le echan pimienta negra, que los médicos reprueban por ser demasiado cálida y seca, excepto para los que adolecen de frialdad en el hígado, y que necesitan calentarse. Por lo común, en lugar de pimienta suelen ponerle guindillas o pimientillos de los que llaman *chiles*, que si bien enardecen la boca, producen sin embargo efectos húmedos y fríos.

También entran en el chocolate azúcar blanca, canela, clavo, anís, almendras, avellanas, orejabala, zapoyal, agua de azahar, almizcle, y el achiote que se necesita para dar a la masa del chocolate el color del búcaro. Mas la dosis de estos ingredientes ha de ser proporcionada a la diversidad de temperamento del que ha de usarla. Antonio Colmenero prescribía ordinariamente para cada cien habas de cacao un par de guindillas o pimientos chiles, un puñado de anís y orejabala, con dos de flores de mesachusil o vainilla, si no se

prefiere el poner en lugar de la vainilla seis rosas de Alejandría en polvo, y a todo esto añadía, con dos dracmas de canela, una docena de almendras, otra de avellanas, media libra de azúcar blanca y de achiote, *quantum sufficit*, para darle color. Este autor no era de opinión de mezclar con los ingredientes de su receta clavos de especia, almizcle ni aguas de olor, cosas que sin embargo se usan mucho allá en las Indias.

Algunos le echan maíz, que es flatulento; pero lo hacen sólo por ahorro, si no es por codicia, pues aumentan la cantidad y doblan la ganancia, costando la fanega de maíz sobre ocho pesetas y valiendo la libra de chocolate ocho reales según su precio ordinario.

La canela se tiene como el mejor de todos los ingredientes de que se compone el chocolate, y nadie la excluye de su confección, porque es cálida y seca en tercer grado, provoca la orina, alivia las dolencias de los riñones, es provechosa para la vista, y al mismo tiempo obra eficazmente como cordial, según siente el autor de estos versos:

*"Commoda et urinæ cinnamomum et renibus affert;
Lumina clarificat; diva venena fugat."*

El achiote por su naturaleza penetra y atenúa, como aparece por la práctica ordinaria de los facultativos de América que prueban todos los días sus efectos y lo mandan a sus pacientes para dividir y aminorar los humores crasos y groseros que obstruyen la respiración y retienen la orina, sirviéndose de él como remedio eficaz contra toda suerte de opilaciones y ordenándole del mismo modo para las dificultades del pecho, las obstrucciones de las vísceras, y otros achaques semejantes.

El *achiote* es el fruto de un árbol y se cría en unas cáscaras redondas llenas de granitos, que se muelen y amasan, para formar la pasta que llaman achiote, o *tierra orellana* u *orleana*, después de secarla en bolas, tortas, bollos o ladrillos que es la manera de venderlo.

En cuanto a las guindillas o pimientos-chiles, haylos de cuatro especies, *chilchotes*, *chilterpines* que son muy pequeños, y que como los chilchotes pican que rabian, *tonachiles*, que son mediocrementemente cálidos y los comen los indios con pan, *chilpelaguas* que son los que emplean por lo común para el chocolate, tienen el casco largo y ni son tan dulces como los tonachiles ni tan picantes como los de las otras dos especies.

El mesachusil o la vainilla, que es también uno de los ingredientes es purgante.

Por lo común se emplean todos los ingredientes citados, pero en mayor o menor cantidad, según el gusto de cada uno. La gente vulgar como los indios y los negros suelen echarle solamente cacao, achiote, maíz, y algo de pimienta y anís.

A pesar de la mezcla de tantas drogas que por sí son todas cálidas, como el cacao las supera con mucho en cantidad, las templar con su virtud fría, como ellas por su parte moderan la frigidez del cacao: de lo cual resul-

ta que el chocolate no es ni demasiado frío ni demasiado ardiente, sino templado y adaptable igualmente a toda clase de estómagos, con tal que se haga de él un uso moderado.

Para hacer la composición se muele el cacao y los demás ingredientes en un mortero de piedra, o como hacen los indios en una piedra ancha labrada expresamente para ese oficio, a la cual dan el nombre de *metate*.

Antes de moler todas esas partes, las secan bien al fuego, a excepción del achiote, a fin de reducir las a polvo con mayor facilidad, aunque revolviéndolas sin cesar para que no se quemen o tuesten demasiado; pues cuando se secan mucho, amargan y pierden su fuerza.

La canela, los chiles y el anís deben pulverizarse antes de que se mezclen con el cacao, y se machaca después todo junto, hasta que se hace polvo, cuidando de mover la mano del mortero de manera que se revuelva bien la mezcla.

Lo mejor es machacar separadamente todos los ingredientes, ponerlos después en la vasija donde está el cacao, y batirlo todo con una cuchara, pasando la pasta a un mortero, debajo del cual habrá siempre unas ascuas, de manera que se conserve la piedra templada y nada más; porque el demasiado fuego consumiría la parte untuosa.

El achiote se añade también mientras se muele el conjunto, para que así tome el color más fácilmente. Adviértase que todos los ingredientes deben pasarse por el cedazo, exceptuando el cacao.

Cuando todo está bien molido e incorporado, lo que se conoce por la trabazón de la mesa, se toma una parte de la pasta, que está casi líquida, con una cuchara, y se van haciendo ladrillos, o si no se quiere emplear la cuchara, se echa en unas cajitas donde se endurece en cuanto se enfría.

Los que le dan la forma de ladrillos, ponen una cucharada de la pasta en un pliego de papel. Los indios le echan en una hoja de palmito, y lo dejan a la sombra para que se endurezca, porque el sol derrite el chocolate. Cuando la masa está ya seca, el ladrillo cae fácilmente con sólo volver el papel o la hoja de palmito; pero aunque el chocolate es grasiento si lo ponen en una caja de madera o torre de tierra, se pega de manera que no se puede arrancar sin rascar con un cuchillo y a veces rompiendo la vasija.

La manera de tomar el chocolate varía: porque unos como en México lo beben caliente con atole, haciendo disolver una pastilla en agua hirviendo y revolviéndolo en seguida en la taza donde lo sirven, con un molinillo, y cuando está hecho espuma llenando la taza de atole bien caliente, que beben poco a poco; otros disuelven el chocolate en agua fría, batiéndolo con el molinillo, le quitan la espuma, que echan en una taza, ponen lo demás a la lumbre con azúcar, y cuando está caliente, lo echan encima de la espuma que se ha separado, y así lo toman.

Pero el modo más común es calentar bien el agua, llenar la mitad de la taza, o jícara en que se va a tomar, y disolver allí una pastilla o dos, hasta que el agua se espesa, y cuando está bien batido con el molinillo y cubierto de espuma, acabar de llenar la taza de agua caliente, echarle el azúcar necesaria y mojar algunos dulces o mazapanes en el chocolate.

Aún lo usan de otra manera en varias partes y principalmente en la isla de Santo Domingo: a saber, ponen el chocolate en una vasija que tiene su llave de fuentes; lo hierven en un poco de agua, y cuando se disuelve, le añaden agua y azúcar en proporción de la cantidad: le dan otro hervor hasta que sube la espuma, y así lo toman.

Los indios hacen uso del chocolate a su manera, y lo beben frío en sus fiestas y convites. Prepáranlo, disolviendo una porción de chocolate con pocos ingredientes y acaso de solo cacao; lo baten con un molinillo, y después de quitarle aquella espuma grasienta que forma, con especialidad si es el cacao añejo y se comienza a enmohecer, la ponen en un plato, echan azúcar a la otra parte de donde han sacado la espuma, y la vierten sobre ésta, bebiendo el chocolate enteramente frío.

Pero lo es tanto que hay pocas personas que lo puedan resistir; y la experiencia prueba que es nocivo, y causa dolores de estómago, sobre todo a las mujeres.

El modo mejor de preparar el chocolate es sin duda el tercero y es también el que está más en uso, porque así no hace daño. Yo no alcanzo la razón de no usarlo en Inglaterra como se usa en los otros países, ya cálidos, ya fríos: en todas las partes en que más se consume, sea en las Indias, sea en España, en Italia y aun en Flandes, se halla que se acomoda a cualquier temperamento.

Verdad es que en la América se toma con mucha más frecuencia y en mayor cantidad que en Europa, porque en aquellos países se padece más debilidades de estómago que en éstos, y que son achaques que se remedian con un buen pocillo de chocolate que vuelve al cuerpo su fuerza y equilibrio.

Yo puedo asegurar por mi parte que en doce años que constantemente lo he usado, tomando una jicara por la mañana, otra antes de comer entre nueve y diez, otra una hora o dos después de comer, y otra sobre las cuatro o las cinco de la tarde, me ha ido muy bien. Sobre todo, cuando quería estudiar por la noche, tomaba otra jicara a eso de las ocho que me tenía despejado y sin dormir hasta las doce. Pero si por casualidad o descuido me faltaba a las horas acostumbradas, no dejaba de resentirme al momento de flaqueza de estómago y como de desmayos o ansias de vomitar. De suerte que con el uso moderado que hice del chocolate mi salud fué siempre buena, y no adolecí ni una sola vez de obstrucciones, opilaciones, fiebres ni otra indisposición semejante.

No pretendo por eso arreglar de mi propia autoridad lo que a otro le convenga, ni trato de echarla de médico para ordenar la dosis de la bebida, ni prescribir el tiempo y menos determinar los que se deban servir de ella; debo sin embargo advertir que hay algunas personas a quienes ha sentado mal, ya porque la gran cantidad de azúcar les haya relajado el estómago, ya porque han usado el chocolate con exceso. Pero no solamente el chocolate sino todas las demás bebidas pueden perjudicar, a pesar de su bondad intrínseca, cuando se toman con imprudente demasía. La causa de las opilaciones de algunos es la sobrada frecuencia con que lo han tomado. Del mismo modo que el beber mucho vino, en lugar de robustecer y abrigar el estómago, en-

gendra males fríos, porque la naturaleza no puede superar ni digerir la gran cantidad para hacer un buen nutrimento; así el tomar más chocolate del que conviene, es hábito perjudicial, porque consta de partes untuosas o grasientas, que en gran cantidad no se pueden repartir fácilmente por donde es necesario que se distribuyan, y por fuerza lo que se queda en las venas pequeñas del hígado causa opilaciones y obstrucciones.

En fin, añadiré para acabar lo que he oído decir de esta bebida indiana a los médicos del país, y lo que yo he visto por mí mismo en varias personas, aunque no haya producido igual efecto en mí, y es que los que toman mucho chocolate se ponen obesos y repletos, cosa que parece increíble, pues todos los ingredientes que lo componen, a excepción del cacao, adelgazan o más bien que no engordan por su virtud cálida y seca en tercer grado.

Hemos dicho además que las calidades que predominan en el cacao son lo frío y lo seco, que de ningún modo son calidades nutritivas capaces de aumentar la sustancia del cuerpo. Pero a todo eso puede responderse que las partes untuosas del cacao son las que producen la gordura y obesidad, y que los demás ingredientes del chocolate que son cálidos, le sirven de vehículo para pasar al hígado y a las otras partes, hasta que se convierten en sustancia carnosa; o bien que hallando una sustancia cálida y húmeda, como lo son las partes untuosas, se convierten en ella, y así nutren la carne, y engordan el cuerpo.

Los ingleses hacen mal de despreciar el cacao, lo que no hacen los holandeses. Yo he oído decir a los españoles, que habiendo apresado un barco cuyo cargamento era el cacao, arrojaron a la mar toda la mercancía, por no conocer su valor, y en su despecho la llamaban por burla *cagarrutas de carnero*.

El cacao es una de las más ricas mercancías y aun de las más necesarias de los indios, y nada hay que más enriquezca el vecindario de Chiapa, a donde llevan de México y de otros parajes sendos talegos de patagones sólo para comprar esas *cagarrutas de carnero*.

La otra bebida de que se sirven en América es el atole, de que diré cuatro palabras, porque no se podría aplicar a los usos de nuestros países de Europa.

El atole más que bebida es una papilla espesa, hecha de la flor de la harina de maíz; por lo que es flatulento y melancólico.

Los indios lo llevan caliente al mercado en cacharros o pucheros, y los estudiantes criollos lo toman públicamente, como se bebe el vino en las tabernas de Inglaterra; y cuando tiene una punta de chile o pimentillo les sabe a gloria.

Las monjas y las damas le echan canela, aguas de olor, ámbar, almizcle y mucha azúcar, lo que le da más virtud nutritiva y mayor fuerza, y los médicos lo ordenan en los casos de endeblez y decadencia, como en Europa se manda lá leche de almendras.

Mas como no sea cosa que en Europa se haya gustado ni visto, dejaremos de hablar del atole, a fin de emplear más útilmente la pluma, y emprenderé desde luego mi viaje hacia Guatemala, que ha sido como mi segunda patria.

CAPITULO XX

Que describe mi jornada de la ciudad de Chiapa a Guatemala y los principales lugares en el camino

Habiendo llegado el tiempo en que dejaría la pequeña ciudad de Chiapa, tomé antes ocasión de despedirme de mis mejores amigos, a los hijos de quienes les había dado ya clases, y a mi partida debo confesarlo que los encontré cariñosos y generosos, exceptuando a doña Magdalena de Morales, de quien no esperaba, ni deseaba su despedida, o alguna muestra de mi partida. Pero de todos ellos, la más liberal conmigo fué la esposa del Gobernador, mandándome muchas cajas de chocolates aromáticos, y una grandísima caja de cuatro distintas divisiones con diferentes conservas, sobredorada, además de muchos panes dulces, y galletas de huevo y azúcar, un regalo que más bien podría haber sido hecho a un hombre más importante, que no a un pobre e indigno fraile mendicante, y con todo esto entre un pañuelo una docena de piezas de a ocho.

Don Melchor de Velasco todavía se excedió a ella, en palabras y en cumplidos, digo, pero en obras, él y toda la caterva de criollos deben pensar que es necesario ser menos que los nacidos en España. El primer pueblo a que llegué era Thoopixca ⁽¹⁶⁾ a seis leguas de Chiapa, un pueblo de indios grande y hermoso, a quienes se les considera como próximos en habilidad a los indios de la otra Chiapa para montar a caballo. En este pueblo no hay nada de tanta consideración como la Iglesia, que es grande y fuerte, y la música que le pertenece es dulce y armoniosa. El Vicario o Cura de este lugar era un Fray Pedro Martyr, un criollo, quien yo sabía que no soportaba al Prior ni a mí, pero que disimulaba una cortesía muy amable, y en exteriores muestras podía elevarla a gradus ut octo. Sabiendo la preponderancia que yo tenía con el Prior, no se atrevía sino a darme un agasajo muy bueno que continuó por dos días, hasta que me fastidié de sus cumplidos.

Al tercer día me despedí de él, que no parecía querer dejarme, sino que me condujo hasta Comitlán, ⁽¹⁷⁾ adonde yo había sido invitado por el Prior de ese convento, llamándose Fray Thomas Rocolano, un francés, quien porque yo era un extranjero para los españoles (pues fuera de él y yo no había otros extranjeros en ese país) deseaba conocerme, y empezó a ello por ir a encontrarme a medio camino con muchos indios montados a caballo, habiendo mandado a levantar una enramada donde podríamos con mayor holgura discurrir y descansar, mientras nos preparaban el chocolate y otras viandas. No poca envidia sintió el criollo Pedro Martyr (como después me lo dijeron en el convento) al ver que yo era tan agasajado

(16) Teopisca, villa y municipio en el distrito de Las Casas, Estado de Chiapas, México.—(N. del T.)

(17) La actual ciudad de Comitán, en el municipio y distrito del mismo nombre, en el Estado de Chiapas, México.—(N. del T.)

y estimado en el país, pero sus bellas frases y cumplidos excedieron en mucho a la sinceridad y la llaneza de mi amigo francés. En Comitlán permanecí toda una semana, visitando a caballo con el Prior los pueblos indios, y llegando hasta el valle de Copanabastla, ⁽¹⁸⁾ en donde me holgué mucho con los religiosos y los indios, y fui festejado según las costumbres del país, que conoce más de la dieta epicureana que la Inglaterra o cualquier parte de la Europa, mas aún estoy convencido (y se los he oído a los españoles confesarlo) que la España ha aprendido de las Indias muchas lecciones para el confeccionamiento de varios manjares y para hacer completa una fiesta o un banquete. Al fin de la semana mi amigo francés el Prior me acompañó a Izquintenango, ⁽¹⁹⁾ para ver que estuviera yo bien proveído en las montañas de los Cuchumatlanes. ⁽²⁰⁾ Este pueblo (como ya lo indiqué anteriormente) ⁽²¹⁾ está situado casi al final del Valle de Copanabastla y a dos leguas de los Cuchumatlanes. ⁽²²⁾ Es uno de los mejores pueblos de indios en toda la Provincia de Chiapa, y muy rico, por razón de la mucha lana de algodón que hay allí, y especialmente por su situación; quedando en el camino real a Guatemala, ⁽²³⁾ todos los mercaderes del país que comer-

(18) Tratando de identificar para regalo del lector, estos pueblos que Gage menciona en su viaje de Chiapas a Guatemala, he encontrado lo siguiente en "Nombres geográficos indígenas del Estado de Chiapas", por el señor profesor Marcos E. Becerra, publicado en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, 1932, quien en la página 63 dice: "172.—*Copanaguastla*: población precolonial i luego colonial, ya desaparecida; distr. La Libertad". A continuación da la etimología de esta palabra y hace una disertación acerca de la etnología de los indios que habitaron y habitan esa región, y luego suministra lo siguiente, de interés para el relato del viaje de nuestro autor: "La importancia del *Copanaguastla* precolonial ha sido ignorada por la falta de reconocimiento del país en que estuvo emplazado. Para sospechar lo que puede hallarse explorándolo nos debe guiar un hecho: los dominicos, que procuraron establecer sus conventos en centros importantes (*Tecpatan, Chiapa, Ocosingo, Palenque*), fundaron uno en *Copanaguastla*."

"El P. Ximénez, citado por el historiador guatemalteco García Peláez, informa que esta población desapareció hacia 1645. Todavía hacia 1625-1637 existía, en efecto, pues el irlandés Tomás Gage, que estuvo por esos años en Chiapas, la menciona con "más de ochocientos habitantes" y ubicada en la extremidad sur del valle que terminaba en Esquintenango. Sin embargo todavía en el censo de 1678 aparece como ubicada cerca de Zozocoltenango".—(N. del T.)

(19) Para localizar este pueblo de Izquintenango nos son preciosos los datos que a este respecto suministra el señor Becerra en su libro ya citado, página 120:

"10.—*Esquintenango*, Santiago: pueblo antiguo ya extinguido; distr. Comitán". Da la etimología de esta palabra y continúa así: "Aparece en escritos antiguos. En la "Relación Breve", de fray Alonso Ponce, en 1588 (I, 468 a 470), se le llama Izcumtenango, como un pueblo grande, a legua y media de Aquetzapala, a seis de Coapa y a las márgenes del río de la Canoa (¿paraje "Casas Viejas" abajo de la confluencia del San Gregorio?). Del paso de este río habla este autor, llamando "vado del perro" (¿vado de los de Escuintenango?), al sitio en que cruzó. Era de indios coxches, dice. Gage más tarde dijo: "La villa en donde está el priorato se llama Copanabastla, y tiene un vecindario de más de ochocientos indios; pero todavía es mayor la de Izquintenango, situada en la parte meridional del valle al pie de la sierra de los Cuchumatlanes". Figura todavía en 1761, nombrándosela junto a Sapa-luta, Aquespala, Santa Catarina Comalapa y San Pedro Chiquimulero. Finalmente hablando, el historiador D. Emeterio Pineda ("Descrip. Geográf.", 103), de las poblaciones desaparecidas hacia 1845, dice: "El pueblo de Esquintenango que estaba a orillas del mismo río, concluyó. Se pensó en repoblarlo, y se consiguió, en un punto más alto que se nombró Santiago Buenavista, en el año de 1789, pero todo sin fruto alguno, por lo que concluyó". Ya con estos datos nos es dable reconstruir un tanto la ruta seguida por Gage en esa etapa de su viaje. En el Mapa de la República de Guatemala, por Urrutia, 1923, vemos un camino que baja hacia el sur desde Comitán y se pierde un poco antes de llegar al río San Gregorio. Estimo que esta fué la ruta seguida por Gage, atravésó el río Chiapas o Grijalva, como sugiere Becerra y entró al territorio de Guatemala por el valle del río Huista.—(N. del T.)

(20) Debe referirse a las estribaciones occidentales de los Cuchumatlanes y no a los pueblos de ese nombre.—(N. del T.)

(21) En el capítulo anterior.—(N. del T.)

(22) Los Cuchumatlanes.—(N. del T.)

(23) Santiago de los Caballeros de Guatemala, hoy día llamada "La Antigua".

cian con sus mulas en tal forma, pasan por este pueblo, y compran y venden allí, enriqueciéndolo con sus dineros y géneros traídos de lugares lejanos. Está muy bien abastecido de frutas, especialmente de las que llaman piñas.

Está cerca del gran río, ⁽²⁴⁾ que pasa por Chiapa de los indios, y que tiene su origen no lejos de los Cuchumatlanes, y no obstante es en este pueblo muy ancho y profundo.

Ningún hombre o bestia que viaja a Guatemala, puede meterse en él, ni salir de Guatemala, sino pasándolo por barca. Y como el camino es muy usado y concurrido por los viajeros, y por lo que llaman recuas (cada recua consiste de 50 ó 60 mulas), la barca que cruza el río está ocupada noche y día, y produce mucho dinero al pueblo al fin del año. Los indios del pueblo además de la barca, tienen muchos otros barquichuelos, o canoas para surcar río arriba o río abajo. Acá donde me había traído el Prior de Comitlán, nos esperaba el Vicario o fraile de ese pueblo con los jefes y principales indios, y la mayor parte de las canoas. Al cruzar el río iban las pequeñas canoas delante de nosotros con los coristas de la Iglesia cantando y otros tocando sus tambores y trompetas. El fraile que vivía en este pueblo se llamaba Fray Hieronimo de Guevara, pequeño de estatura, pero grande en estado, orgullo y vanidad, como lo mostró en lo que había preparado para nosotros tanto de pescado como carnes. Un valiente profeso u hombre consagrado a la mendiguez y a la pobreza era este fraile, quien en doce años que había vivido en el pueblo, ya fuera entonando misas para los muertos y vivos, ya fuera esquilmando a los pobres indios, ya fuera comerciando o traficando con los mercaderes que usaban ese camino, se había logrado cien ducados, ⁽²⁵⁾ que había mandado a España a la corte de Madrid, para comerciar con ellos simoníacamente para conseguir el Obispado de Chiapa, que si no lo obtenía (aunque cuando salí del país corría la noticia de que lo había conseguido) trataría y bien lo podría hacer de obtener un Obispado mejor, con un segundo envío de dinero. Después de dos días de agasajos en su casa, él así como el Prior de Comitlán uniéronse en su poder y autoridad para verme bien provisto de indios hasta llegar al primer pueblo de los Cuchumatlanes. Alistáronme una mula que llevaría mi ropa de cama (que corrientemente llevamos en arcas de cuero llamadas petacas), otro indio que llevara mi petaquilla donde iba mi chocolate y todos los enseres para hacerlo; y otros tres indios que cabalgaran adelante y atrás de mí para guiarme; pero a todos ellos no se les pagaría nada (no fuera a ser que se introdujera la costumbre de pagarles sus servicios, y en tal forma me aleccionaron como novicio que era yo en el país) exceptuando tal vez en darles una taza de chocolate si es que yo la bebía en el camino, o cuando llegara al final de mi jornada. Aquí me despedí de mi buen amigo francés (quien continuó su amistad conmigo por medio

(24) El río Grijalva o Chiapas.—(*N. del T.*)

(25) El ducado, según se puede ver en la página 242 del tomo II, de "México a través de los siglos", equivale a \$2.25 plata cuando ésta estaba a la par con el dólar. Pero según Milla, pág. 32, tomo I. "Historia de la América Central", Guatemala, 1878, nota 3ª, el valor adquisitivo era tres veces el valor de la moneda, digamos a mediados del siglo XIX. Los cien ducados representaban entonces cerca de \$300.00.—(*N. del T.*)

de frecuentes cartas a Guatemala) y de mi bajo pero arrogante Guevara, quien me anticipó que no esperara agasajo alguno hasta que hubiera pasado mucho más allá de los Cuchumatlanes y llegara a Sacapulas que quedaba a cuatro días de viaje de allí. Pero me dijo que podía exigir el servicio que yo quisiera de los indios, y pedir lo que se me ocurriera de comer sin pagar ningún dinero por ello, a lo sumo que apuntara mis gastos en el Libro de Cuentas de la Comunidad del Pueblo.

Así me alejé de mis amigos algo triste, no teniendo más compañía que unos indios desconocidos, dejando un valle agradable y encantador tras de mí, y viendo delante nada más que cerros y altas y agrestes montañas, y pensando que en cuatro o cinco días no vería más dominicos galantes y de mi misma profesión. Ahora deseaba tener la compañía de mi Meléndez y de otros amigos, que habían sido un consuelo en los cerros y asperezas de Maquilapa. Pero al fin me dije: arriba ese corazón y ese valor inglés, quon dam haec meminisse juvabit. Aunque las montañas parecían estar lejos, al seguir el camino, ví que éste quedaba entre de ellas muy cómodo y pasable, y encontré de vez en cuando recuas de mulas, que me dieron no poco consuelo, al pensar, que si cargadas como iban podían pasar estas montañas, mi mula que llevaba encima la ligera carga mía, podría fácilmente vencer los peligros; me consolé también al pensar que habría pueblos (aunque pequeños) donde podría descansar cada noche. Mientras más caminaba, mejor y más amplio encontré el camino; sólo la lluvia y el lodo me molestaban, que no podía evitarlos, siendo fines de septiembre, o como ellos calculaban, el fin del invierno. El primer pueblo a que llegué en esas montañas se llamaba San Martín, ⁽²⁶⁾ un lugarcito de unas veinte casas; fui a la que pertenece a los frailes franciscanos (que raras veces durante el año venían a casa y cuarto de tal pobreza) donde me apeé e hice que llamaran a los indios que están nombrados para atender a los viajeros y pasajeros. Los encontré muy afables y sumisos, deseándome la bienvenida, trayéndome agua caliente para mi chocolate, que bebí con todo gusto, y les dí a mis indios de Izquintenango, quienes comieron bien y sus mulas sin costarles nada, siendo esa la costumbre de estos pueblos en el camino de recibirlos cuando llegan con los viajeros. Yo hubiera podido cenar cualquier cosa que el lugar podía proporcionar, pero escogí un pollo, que creí sería lo más barato para los pobres indios. Me alegré de haber traído un buen frasco, como le dicen, o sea una botella de vino, pues empezaba a ver que los Cuchumatlanes son más frescos que el Valle de Copanabastla.

Me prepararon mi cama en una pequeña cabaña de paja, y nombraron unos muchachos indios para que durmieran en el cuarto vecino al mío, y listos por si algo se me ofrecía. Así, después de haber nombrado a la comitiva que necesitaba a la mañana siguiente para llegar al próximo pueblo, y

(26) Este debe ser San Martín Cuchumatán al N. O. de Todos Santos. Es el primer poblado que Gage menciona ya en territorio guatemalteco, y por lo visto no se habían fundado todos los demás pueblos de este distrito, como Santa Ana Huista y Concepción, pues no los menciona.

Según aparece en el Mapa de Urrutia, la distancia entre San Martín y Todos Santos es como de cinco leguas, y parece raro que Gage haya hecho una jornada tan corta al día siguiente. Pero no hay otro San Martín en esa región.—(N. del T.)

despidiendo a los indios que me habían traído de Izquintenango, me fuí a buscar el descanso, que fué tan tranquilo como si hubiera estado en la compañía de mis mejores amigos. Al día siguiente acompañado de dos indios, y habiendo mandado mi equipaje con otro, empecé mi jornada al siguiente pueblo, que se llama Cuchumatlán grande ⁽²⁷⁾ porque está situado en la parte más alta de estas montañas, y en el camino los indios me mostraron las fuentes del gran Río de Chiapa de los Indios, que es lo único notable en ese camino. Cuchumatlán grande es un pueblo un poco más grande que San Martín, y de indios muy afables, que están acostumbrados a ver pasajeros diariamente por ello los atienden bien. Aquí me agasajaron como en la noche anterior; y encontré que los pobres indios querían darme lo que yo les exigiera para mi mejor y mayor seguridad en guiarme y conducirme al día siguiente, y esa noche para mi cena lo que yo quisiera pedir, sin pagar nada sino sólo apuntando mi nombre y los gastos del día y el mes en el Libro de Cuentas de la Comunidad del Pueblo. A esta situación han llegado estos pobres desgraciados, a causa de los frailes y las justicias que los gobiernan, aunque para sí no tengan más que una milpa de maíz como ellos llaman, o sea una pequeña plantación de trigo indio, con el chile que les alcance para el año, y lo que los comerciantes y viajeros les quieran dar voluntariamente, que es bien poco. De este pueblo no haría el camino al siguiente, que está a una jornada larga de siete u ocho leguas sin hacer un alto para merendar; y también porque me habían informado en Chiapa y en Capanabastla acerca de una rara Imagen de Nuestra Señora, que se encontraba por estas montañas en un pueblecito de indios llamado Chiantla ⁽²⁸⁾ que en la jornada de este día no quedaba arriba de una legua fuera de mi camino, por lo cual resolví ir a verla.

Los caminos estaban malos, quedando fuera del Camino Real, pero aún así ya a medio día llegué a Chiantla, que es un pueblo perteneciente a los frailes mercedarios, quienes sin duda no podrían subsistir en un lugar tan pobre, si no hubieran inventado ese imán de la Imagen de María, y la aclamaran como milagrosa, para atraer gente de cerca y de lejos, que les dejen sus dádivas y limosnas por sus rezos y misas.

Tanto es lo que producen en dineros y riquezas estas almas engañadas e ignorantes, que los frailes han tenido con qué construir un convento capaz de mantener a cuatro o cinco de ellos. La iglesia está ricamente ornamentada, pero en especial el altar mayor donde está la imagen en un tabernáculo que tiene media docena de cortinas de seda, de raso, de telas labradas en oro y bordes de encaje dorado, llevando una corona de oro valiosa, engarzada profusamente con diamantes y otras piedras preciosas. Ante esta imagen penden por lo menos una docena de lámparas de plata; y en la sacristía de la iglesia hay muchos vestimentos, candelabros de plata, incensarios para quemar el franco incienso ante la imagen, además de copones, ropas sacerdotales, ornamentos para el altar, y cortinajes para toda la iglesia.

(27) El actual pueblo de Todos Santos.—(*N. del T.*)

(28) La villa de Chiantla, en el municipio del mismo nombre, en el departamento de Huehuetenango. Dista de Todos Santos, nueve leguas, según los datos que da el licenciado Adrián Recinos, en su "Monografía de Huehuetenango", Sánchez & de Guise, 1913.—(*N. del T.*)

En fin, aquí hay un tesoro escondido en las montañas. ¡Ah, que pudiera ser encontrado para servicio del Señor! En este lugar fui bien recibido por esos frailes, que para mí eran unos extraños; ese día me llenaron la cabeza con las relaciones de muchos y raros milagros, o mentiras, que me contaron de esa imagen; pero de algo me sirvió la pesantez que sentía en la cabeza, pues esa noche me sentía con más sueño y con mayor probabilidad de descansar mejor. Al día siguiente de nuevo salí de camino, y llegué al último pueblo de estos Cuchumatlanes, llamado Cautlan, ⁽²⁹⁾ donde me quedé todo ese día y la noche, y mandé una carta al Prior de Sacapulas avisándole de mi llegada al día siguiente. En Cautlan me trataron los indios muy bien, y más me gustó el pueblo por las uvas excelentes que encontré allí, no sembradas en forma de viñedos, sino que crecen en enramadas, lo que demuestra que si se cultivaran producirían uvas tan buenas para vino como cualquiera de las de España.

Las llevan de allí a Guatemala, que dista como unas 40 leguas, y se venden en las calles como cosas raras y grandes golosinas; y bien lo son porque de México a Guatemala no hay ningunas como éstas. A la mañana siguiente me apresuré a partir, para llegar más pronto a Sacapulas, en donde encontraría a los de mi misma profesión, y con quienes sabía que podía quedarme y descansar una semana entera si así lo deseaba. Apenas había caminado tres leguas, cuando empecé a vislumbrar en una profunda hondonada, un placentero y hermoso valle, surcado por un río, cuyas aguas recibiendo la gloriosa claridad de los rayos de Febo, traían hasta la cima de la montaña un aspecto delicioso al que lo contempla; mientras más me apresuraba para llegar a este aparente paraíso, me invitaba más el relumbrante y retozón río a bajar el cerro, y no bien había descendido cuando encontré en una enramada cerca del agua, al Prior de Sacapulas mismo con una gran comitiva de indios, esperándome con una taza de chocolate. Al principio me asusté un poco al ver al Prior, que tenía un aspecto terrible con una vejiga en la garganta hinchada a todo el rededor de la nuca, ⁽³⁰⁾ que le colgaba sobre los hombros y el pecho, y le retiraba y detenía la barba levantándole la cabeza, de manera que apenas podía ver para otro lado que al cielo. En el curso de nuestra conversación me dijo que esa enfermedad la padecía desde hacía diez años, y que el agua de ese río era la causa, así como con otros de ese pueblo. Esto me hizo perder el amor al río tanto como allá arriba en la montaña me había encantado su hermosa vista, y por lo tanto resolví no quedarme en ese lugar el tiempo que había pensado hacerlo, no fuera a ser que el agua me marcara a mí para toda la vida, como lo había hecho a este Prior; que se llamaba Prior Juan de la Cruz, vizcaíno, y quien (como algunos de ese país) padecía de ser simple, pero era hombre de buen corazón, humilde y muy querido en todo el país, tanto de españoles como de los indios. Cuando llegué al pueblo descubrí a muchos hombres y mujeres con vejigas en la garganta, como el pobre Prior, con lo cual casi se me quitó

(29) Este debe ser el actual pueblo de Aguacatán, al cual estaba unido el de Chalchitán, y es el que Gage menciona con el nombre de Cautlán.—(N. del T.)

(30) Como verá el lector, se trata del bocio.—(N. del T.)

la gana de tomar el chocolate allí hecho con esa agua, o comer cualquier cosa lavada con ella, pero el Prior me animó mucho a ello diciéndome que no hacía daño, y que solamente le hacía un poco a los que la tomaban fría; con lo cual resolví quedarme allí cuatro o cinco días porque me instó el Prior a ello, que quería que siguiera viviendo con él, prometiéndome enseñarme el idioma indígena en muy poco tiempo.

Pero cosas más importantes me llamaban a Guatemala y me excusé de esto, siguiendo allí cinco días muy entretenido. El pueblo, aunque en lo general no es muy próspero, tiene algunos mercaderes indios que comercian por el país, y especialmente en Suchitepéquez, que es el lugar de principal aprovisionamiento del cacao, y por ello este pueblo de Sacapulas se ha enriquecido; el resto de la gente comercia con ollas y trastos que fabrican de un barro que hay allí a propósito para ello. Pero el principal producto de este pueblo es la sal, que recogen en la mañana del suelo cerca del río. El aire es cálido porque el pueblo está a baja altura, y rodeado de cerros por todos lados.

Además de muchas y muy buenas frutas que se encuentran aquí, hay dátiles tan buenos como los que vienen de Berberia, y hay muchos de estos árboles en el jardín que pertenece al convento. Después de haber descansado del cansancio de mis huesos que había traído de los Cuchumatlanes, partí tomando el camino para Guatemala, y de Sacapulas fui a un pueblo llamado San Andrés, ⁽³¹⁾ que queda como a seis o siete leguas de Sacapulas, pueblo grande, pero no hay nada importante en él, a excepción de la lana de algodón y los pavos ⁽³²⁾ y a su alrededor hay unas fértiles y ricas estancias o heredades de ganado, que se extienden ampliamente aquí, pues es ésta una comarca de llanas campiñas. Sin embargo en el extremo de esta planicie hay una montaña que al sólo verla descorazona a todos los que viajan para Guatemala. ⁽³³⁾

En San Andrés me preparé para la jornada del día siguiente, que era de nueve largas leguas, a un pueblo grande que tiene dos nombres: unos le dicen Sacualpa, y otros Santa María Zohabaj ⁽³⁴⁾ al cual no podía llegar sin pasar por esa montaña. Había mandado aviso el día anterior (como es costumbre hacerlo allí) que llegaría a Zohabaj para que me fueran a encontrar con mulas y caballos en la montaña; y la noche anterior fui a un rancho (que es una pequeña cabaña construida para que descansen los viajeros cuando la jornada es larga) que quedaba a una legua de la montaña cerca de un río, donde al murmullo de las aguas y con un aire fresco, descansé bien.

En la mañana habiendo desayunado y mis indios también con chocolate, me dispuse a enfrentarme con esa elevada montaña; y cuando llegué a ella encontré que no era difícil vencerla, como al principio había creído,

(31) El presente pueblo de San Andrés Sajcabajá, en el municipio del mismo nombre, departamento del Quiché, y al S. E. de Sacapulas.—(N. del T.)

(32) Llamados vulgarmente en el país "chumpipes".

(33) Es la Sierra de Chuacús, y posiblemente se refiere al Cerro de Sanché.—(N. del T.)

(34) Estos son dos pueblos distintos, hoy día Zacualpa y Joyabaj; pero posiblemente los confunde Gage, porque Zacualpa era curato perteneciente al de Santa María Joyabaj. Por la ruta que describe, debe haber pasado al oriente del Cerro Sanché.—(N. del T.)

siendo el camino lleno de vueltas y revueltas. Pero mientras más alto más miedo sentía al ver el río allá abajo, cuyos peñascos eran de asustarse y de hacer temblar al corazón más templado. Como a media montaña nos salieron al encuentro los indios que venían de Zohabaj, con una mula para mí, y otra para mi equipaje en un lugar muy agreste del camino. Me apeé de la mula en tanto que los indios desensillaban mi primera mula y me preparaban una fresca. A la orilla del camino la falda de la montaña era escarpada y con un precipicio de unas dos o tres millas de profundidad hasta el fondo, casi sin árboles, que crecería uno que otro por allí. Mi corazón me fue fiel, aconsejándome que caminara a pie hasta llegar a un paraje más amplio del camino, pero cuando los indios vieron mi miedo, me dijeron que no había ningún peligro, asegurándome además que la mula que me habían traído era segura, y conocía bien el camino de esta montaña. Persuadido por ello, monté la mula pero no bien lo había hecho cuando comenzó a corcovear y a patear, y saltó fuera del camino, cayéndome yo y ella, rodando ambos a los peñascos y a la muerte si no me hubiera parado un matorral, y un árbol la ciega furia de la mula. Los indios exclamaron: ¡milagro, milagro, Santo, Santo! tan fuerte como si quisieran que sus gritos llegaran hasta Roma para adelantar así mi canonización; pues milagros tales como éste han sido proclamados en Roma, y con una contribución de dinero han sido inscritos en el Libro y Catálogo de los Santos. Mientras me ayudaban a salir del aprieto y sacaron a la mula al camino, no hacían otra cosa sino adularme con el nombre de Santo; que no tenían para qué hacerlo, pues debieran de haber considerado mi peligrosa caída y la parada por el matorral (que fué por suerte y no por milagro) y además visto mi pasión y tremenda cólera (no adecuada en un Santo) con que les amenacé quebrantarles las costillas por engañarme con una mula nueva que no estaba acostumbrada a llevar montura. Pero todas mis palabras violentas y mi cólera no podían desacreditarme ante sus ojos, ni rebajar el concepto que tenían de mi beatitud y santidad, pues consideran que la cólera y furia de un cura es el hálito que sale de las ventanillas de la nariz de Dios, y con este concepto tonto en que me tenían, se hincaron ante mí besándome las manos.

Examinando más el caso, admitieron que se habían equivocado con las mulas, habiendo ensillado para mí la que debió de haber llevado las petacas y arcas de cuero, que era la nueva mula acostumbrada a cargar solamente y no a la montura, y en la que debieron ensillar le habían puesto mi equipaje. Mientras volvían a descargar y a cargar otra vez y a ensillar la mula debida, ascendí a pie la montaña como una milla, y cuando me alcanzaron monté de nuevo y caminamos hasta que encontramos la enramada donde descansaría y tomaría mi chocolate, y muchos indios que vinieron a encontrarme, entre los cuales pronto cundió la noticia de que yo era un Santo y que había hecho un milagro en el camino; con esto los demás indios se arrodillaron ante mí y me besaron las manos, y en el camino que hicimos al pueblo no hablaron más de mi santidad. Yo estaba muy irritado por tal simplicidad, pero mientras más veían mi repugnancia a aceptar tal honor, más me acosaban con él.

Cuando llegué al pueblo le conté al fraile lo que había ocurrido, y lo que los bobos de los indios habían concebido; de lo cual se rió, y me dijo que me garantizaba que si me quedaba en el pueblo un largo tiempo, todos los hombres y las mujeres vendrían a besarme las manos y a ofrecermé dádivas. El conocía bien las cualidades de esta gente, o bien les había enseñado estas supersticiones junto con muchas otras; pues no bien habíamos cenado, cuando se congregó mucha gente en la iglesia para ver al Santo que había llegado a su pueblo, y que había hecho un milagro en la montaña cuando venía. Con esto empecé a sentirme más inquieto que antes, del disparate de esta gente sencilla, y quise que el fraile los moderara y los reprendiera, pero por ningún medio quiso hacerlo, sino más bien se rió de ello, diciéndome que era política aceptar cualquier honor de los indios, pues durante todo el tiempo que fuéramos considerados como Santos entre ellos, tanto mayor tiempo podríamos hacer con ellos lo que quisiéramos, aun hasta mandarlos en sus personas y en sus fortunas. Con esto fui con el fraile a la iglesia y me senté al lado de él en una silla del coro, representando la persona del Santo que se imaginaron que yo era, pero en realidad y verdad no era yo sino un miserable pecador.

No bien nos habíamos sentado cuando los indios, hombres y mujeres y niños empezaron a llegar al coro en grupos de tres o cuatro, o familias enteras, primero arrodillándose delante de mí y después besándome las manos, principiaron a hablarme frases muy cumplidas en su idioma, diciéndome que el pueblo estaba gozoso y sin duda bendecido del cielo por haber llegado yo a él, y que esperaban que sus almas se vieran fortalecidas con mis oraciones a Dios por ellos. Y para tal objeto algunos me ofrecieron dinero, otros miel, huevos, mantas pequeñas, plátanos, y otras frutas, gallinas, y pavos. El fraile que estaba sentado junto a mí, noté que estaba contentísimo con esto, pues sabía que yo me iría del lugar, y le dejaría todos estos ofrecimientos.

Yo deseaba que él les contestara a los indios por mí, excusándome de no estar muy versado en su idioma (sin embargo los zonzos si creían y me juzgaban como un Santo, podrían haber esperado que yo tuviese el Don de la Lengua), lo cual hizo, diciéndoles que yo había estado en el país solamente un corto tiempo y que aunque entendía algo de su lengua, no podía hablarla ni pronunciarla perfectamente, que por lo tanto les daba las gracias de mi parte por el gran amor que habían mostrado a un Embajador de Dios, demostrándolo con tantas clases de dádivas, que seguramente les recordaría a él y a mí en nuestras peticiones por ellos y por sus hijos con Dios. Así terminó esta ceremonia, se despidió a los indios, y el fraile y yo subimos a una alcoba donde empezó a contar sus gallinas y sus huevos y a disponer de algunos para nuestra cena.

Me dijo que él los iba a tomar, pero que a mi partida me daría algo por ellos; me rogó que me quedara con el dinero que me habían dado los indios, y me dijo que era yo muy bien venido a su casa y jamás un huésped molesto, sino muy provechoso, que había aportado un acopio de provisiones para mí y para él que duraría varios días. El dinero que recibí llegó a

cuarenta reales, ⁽³⁵⁾ además de veinte que me dió por las demás dádivas, que podrían valer otros cuarenta; todo esto lo conseguí por haberme caído de la mula, y no haberme roto la nuca. Yo hubiera deseado partir al día siguiente, pero Juan Vidall (así se llamaba el fraile) no me lo permitió, porque la siguiente jornada era por lo menos de diez leguas, y por lo tanto quería que descansara ese día.

Este pueblo de Zohabaj, o Sacualpa es el más grande y más hermoso de todos los pueblos que pertenecen al Priorato de Sacapula; los indios son ricos y hacen de su lana de algodón muchas mantas, tienen abundancia de miel, y grandes rebaños de cabras y cabritos; ⁽³⁶⁾ pero ni aquí ni en todos los pueblos atrás hay trigo, sino sólo maíz indígena. Al día siguiente me cayeron otras pequeñas dádivas, pero nada que se pareciera a las del día anterior; y así le dije al fraile que ahora que había decaído la devoción de la gente, saldría en la mañana antes de que el sol estuviera alto. Esa noche los indios principales del pueblo me vinieron a ofrecer sus servicios y su acompañamiento para llegar a un rancho o cabaña que queda a medio camino; pero no lo acepté de los grandes, sino que deseaba que me pudieran dar tres solamente de los más humildes para que me condujeran hasta encontrar la comitiva del pueblo adonde iba a ir, y adonde había mandado aviso de mi llegada. La hora fijada para mi partida eran las tres de la mañana; a cuya hora después de haber dormido un rato me despertaron, y habiendo tomado mi chocolate, y comido un pan dulce con un poco de conserva, me preparé para la jornada, y ví que los indios estaban ya esperándome en el patio, con trozos de madera de pino, que encienden como antorchas, y con las cuales viajan de noche, y para mostrar el camino a los que guían. A corta distancia del pueblo había unos pasos ásperos del camino, para los cuales en verdad que se necesitaba de luz, pero después llegamos a una planicie, que se extendió hasta una legua de la cabaña a medio camino, a la que bajamos por una cuesta muy pendiente. Cuando llegamos allí (que serían como las siete de la mañana) encontramos nuestro nuevo relevo esperándonos, que había salido de su pueblo a media noche para hacernos encuentro (nótese la sujeción de los indios a los mandatos de sus Curas) y habían hecho fuego, y calentado agua para nuestro chocolate. Que mientras lo estábamos tomando, los indios de Zohabaj, que me habían conducido hasta allí, les dieron noticias a los que habían venido a recibirme de San Martín, ⁽³⁷⁾ (así se llamaba el pueblo adonde iba ese día) de mi milagro y santidad, pidiéndoles que me reverenciaran y me respetaran en el camino. Pero no por ese tonto informe de ellos, dejé que cada uno de los indios de Zohabaj no se tomara una taza de chocolate, y con esto los despedí; y seguí adelante en mi jornada a San Martín. Casi todo el camino era pendiente y áspero hasta que llegamos como a dos millas del pueblo; al cual arribamos a medio día. Este pueblo es frío, quedando alto, pero agradable la campiña

(35) O sean Q5.00 que equivalían, según hemos visto, a unos Q20.00. Gage recogió entonces esa vez, como Q35.00.—(N. del T.)

(36) ¿Serían ovejas?—(N. del T.)

(37) Este es San Martín Jilotepeque, villa en el municipio del mismo nombre, en el departamento de Chimaltenango.—(N. del T.)

hasta llegar a Guatemala; aquí, y en todos los pueblos cercanos hay trigo muy excelente. La miel de este pueblo es la mejor del país; pero sobre todo abastece a Guatemala con codornices, perdices y liebres. Es el primer pueblo que entramos perteneciente a la ciudad y jurisdicción de Guatemala; lo cual fué de no poco consuelo para mí, que ya con sólo hacer una buena jornada pondría fin a mi largo, tedioso y cansado viajar. El fraile de este pueblo llamádose Thomas de la Cruz pertenecía al convento de los dominicos de Guatemala; era un criollo, pero sin embargo me agasajó muy cariñosamente. Me quedé con él sólo esa noche. Y en la mañana (aunque hubiera podido llegar a cenar a Guatemala) tenía que pasar por uno de los pueblos más grandes de esa comarca, llamado Chimaltenango, ⁽³⁸⁾ situado en un valle abierto a tres leguas de la ciudad, y formado por un millar de cabezas de casa, e indios ricos que comercian mucho por el país. En este pueblo había en mi tiempo un indio, que él solo había dado cinco mil ducados ⁽³⁹⁾ a la Iglesia. La iglesia no es inferior a cualquiera en la Ciudad de Guatemala, y en música es superior a muchas del país. La fiesta principal de Chimaltenango es el día 26 de julio (que llaman el día de Santa Ana), y entonces se celebra la Feria más grande que hayan visto mis ojos en esas partes, de toda clase de comerciantes y mercaderías. Se celebra también con corridas de toros, de caballos, hay funciones de teatro, mascaradas, bailes, música, y toda esta ostentación es hecha por los indios del pueblo. El fraile de este pueblo era un dominico, perteneciente al convento de los dominicos de Guatemala, llamado Alonso Hidalgo, un hombre de cuatro ojos, pues siempre llevaba antiparras. Era español de nacimiento, pero habiendo sido criado en este país desde su infancia y habiendo tomado el hábito y las órdenes en Guatemala entre los criollos, había degenerado con respecto a su nacimiento y a sus compatriotas, odiando a todos los que venían de la España. Era enemigo mortal del Provincial (con intenciones de ser él Provincial con el favor de los criollos) y así percibí que había deseado armar pendencia conmigo durante el tiempo que estuviera con él; me dijo que yo era bien venido, aunque pocas razones tenía para darle la bienvenida a quien como yo había llegado de España, y quien pensaba él que habría venido a sustituir a los que habían nacido y crecido en su propio país, y que a lo mejor, aprendiendo el lenguaje de los indios podría algún día desposeerlo de ese pueblo, en donde él había permanecido durante diez años; habló mucho en contra del Provincial y de Fray Juan Bautista, el Prior de Guatemala, quien él sabía era mi amigo. Pero a todo esto no le contesté ni una palabra, respetando su grave y ya entrada edad, y las antiparras de cristal. Por último me dijo que había oído decir que los indios de Zohabaj me tenían por un Santo, lo cual no podía creer de nadie que hubiera venido de la España, mucho menos de uno como yo que venía de la Inglaterra, un país de herejes; más bien temía que yo viniera de espía, para ver las riquezas de su país, y traicionarlas a la Inglaterra, y que en Guatemala había cosas muy ricas, especialmente una imagen de Nuestra

(38) Cabecera del departamento del mismo nombre.—(N. del T.)

(39) Cerca de Q34,000, en nuestra moneda actual, si se acepta el valor adquisitivo de la moneda en ese entonces.—(N. del T.)

Señora, y una lámpara en el convento de los dominicos, la cual no dudaba él que yo examinaría con mucho cuidado. Pero todo esto lo tomé a broma, diciendo que tendría buen cuidado de ver primero las riquezas de su alcoba en cuadros, cortinajes, y buenos gabinetes, y que si los ingleses venían por aquí en mi tiempo, sin duda alguna los conduciría yo mismo a ellos; y que si él quisiera ponerse un juego de dientes de plata en sus encías y quijadas, en vez de esos de plomo (pues era tan viejo que ya había perdido todos sus dientes, y se había puesto unos de plomo en lugar de los propios), entonces seguramente también llevaría yo a los ingleses a donde él por ser una presa rica por sus dientes, y que le aseguraba que sería bien tratado por ellos, por sus riquezas externas e internas; y que para que mi consejo pudiera serle provechoso y de alguna consecuencia, le dije que si los ingleses venían, con seguridad que tratarían de averiguar de qué metal estaban hechos sus dientes, pues podían pensar que eran de alguna sustancia rara y exquisita que se encontraba únicamente en este país, y así podrían hacerlo tomar un caldo tan caliente y quemante (para ver si eran de plomo) que podrían derretírsele en la boca, haciéndolo tragarse el plomo derretido, lo cual no lo harían si fueran sus dientes de plata. Notó que me estaba chanceando de él y así me dejó tranquilo; yo tuve gusto de sacarlo de su inveterada costumbre de injuriar a la gente; y así terminándose el almuerzo, le dije que no me quedaba a cenar, sino que me iría a Guatemala a tomar un ligero refrigerio en el convento, pues que me había dado tal comida que temía no digerirla en muchos días. Le pedí que me suministrara unos indios que me condujeran hasta Guatemala, lo cual hizo de buena gana acaso temiendo que si me quedaba a cenar con él, derretiría los dientes en su boca con una taza hirviendo de mi chocolate traído de Chiapa, o en la noche tal vez le pillaría y saquearía su alcoba de sus preciosos ídolos y gabinetes de ébano. Habiendo llegado los indios, me apresuré a dejar a ese animal cuatroomero, pues deseaba ya un descanso largo en Guatemala. A una legua de este pueblo de Chimaltenango el camino deja ese valle abierto, ancho y espacioso, y se contrae y recoge entre cerros y montañas que quedan a cada lado, y continúa así hasta la ciudad.

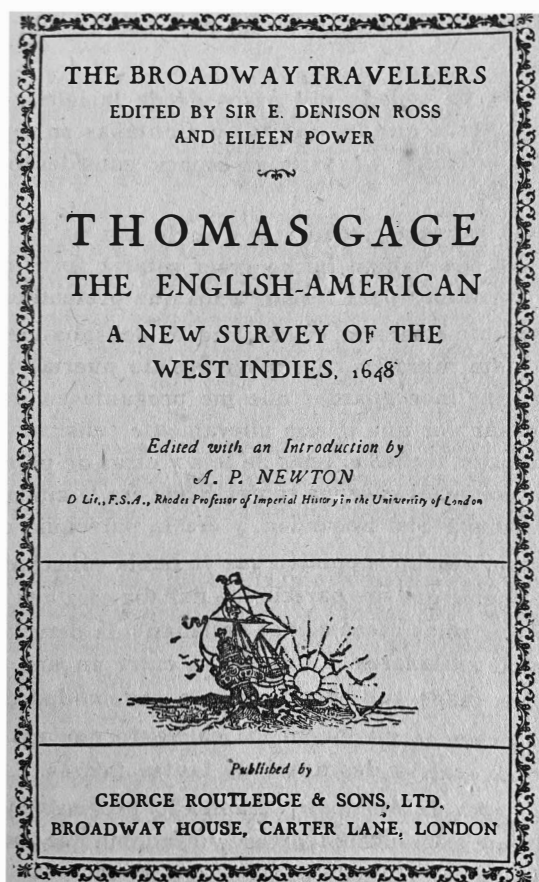
De este valle a Guatemala no hay ni ascenso ni descenso, ⁽⁴⁰⁾ sino un camino llano, ancho y arenoso. Esa vista tiene mucho que contemplar en estas dos leguas, aunque el panorama está rodeado de montañas; pues se puede ver además un pueblo de indios que se extiende casi durante todo el camino, ⁽⁴¹⁾ y se le considera tan grande como Chimaltenango, si no mayor, quedando las casas desparramadas a alguna distancia entre sí, mezcladas entre muchos y hermosos edificios de los españoles, quienes concurren mucho aquí de la ciudad para su recreo. Este pueblo se llama Xocotenango, ⁽⁴²⁾ de una fruta llamada xocote, que abunda aquí, y por toda la comarca; es fresca y refrescante, de un color amarillo cuando está madura, y de dos clases, algunas dulces y otras ácidas, de cuyas pepitas los indios

(40) Hay mil pies de diferencia en altura entre Chimaltenango y la Antigua.—(N. del T.)

(41) Parecería por esto que de Chimaltenango a la Antigua todo estuviese poblado a la orilla del camino, pero como se verá, se refiere al pueblo de Jocotenango, que queda ya en las afueras de la Antigua.—(N. del T.)

(42) El pueblo de Jocotenango, a inmediaciones de la Antigua.—(N. del T.)

hacen fuego; hay tantas en el camino, cayendo de los árboles porque no las cosechan y las utilizan, que los españoles han comenzado la costumbre de comprar cerdos con el objeto de que anden por el camino, encontrando que engordan tan pronto y tan bien con estas ciruelas, como nuestros cerdos en la Inglaterra con las hayas. En todo este camino también hay muchos y muy hermosos jardines, que abastecen los mercados de Guatemala, con verduras, raíces, frutas, y flores todo el año. Hay, además, en este camino tres molinos de agua para el trigo de la ciudad, y de ellos el principal y más rico les pertenece a los frailes dominicos de Guatemala, quienes mantienen allí constantemente a un fraile con tres o cuatro negros para hacer y vigilar el trabajo. ¿Qué no hacen estos frailes para satisfacer sus almas codiciosas? Hasta se vuelven enharinados molineros para sacar riquezas. La fachada de la iglesia de este pueblo es considerada como una de las mejores obras del contorno; el altar mayor es también lujoso y elegante, todo sobredorado. No me detuve en ese lugar, pues sabía que tendría muchas ocasiones para visitarlo después de radicarme en la ciudad. Y así caminando entre los cerros continué mi jornada hasta llegar a Guatemala, cuyos dominios, riquezas y grandezas describiré en gran parte el siguiente capítulo.



Facsímile de la portada de la edición inglesa de 1928.

TERCERA PARTE

CAPITULO I

Descripción del estado, del gobierno, de las riquezas y de la grandeza de la ciudad de Guatemala y del país que de ella depende

Apenas habría yo andado mil pasos desde la iglesia de Jocotenango cuando empecé a advertir que las cuevas y montañas se separaban unas de otras como para proporcionar a la vista un espacio considerable donde pudiese extenderse por el valle.

La reputación de esta ciudad y lo que de ella había yo oído decir en México y en Chiapa me habían hecho creer estaría fortificada con buenas murallas, torres y bastiones para resistir a los que pretendiesen atacarla.

Pero habiéndome acercado, cuando menos pensaba me encontré dentro de ella sin haber visto murallas, sin haber pasado puertas ni puentes, y sin haber encontrado ningunos guardas que me preguntasen de dónde venía o a dónde iba. Al pasar por una iglesia nuevamente construida que se hallaba rodeada de casas chicas, techadas unas de teja y otras de paja, pregunté cómo se llamaba aquella población y se me contestó que era la ciudad de Guatemala, que la iglesia se llamaba San Sebastián, y era la parroquia del lugar.

Esto disminuyó mucho la opinión que yo había concebido de la grandeza de esta ciudad, de suerte que me pareció me hallaba otra vez en Chiapa, hasta que me adelanté hacia unas casas que se hallaban a la derecha y frente de las cuales no había sino muladares. Entonces ya entré en una calle más ancha con casas por ambos lados que presagiaban la proximidad de la ciudad.

Al volver los ojos vi un magnífico convento que era el punto donde debía yo terminar mi viaje y descansar de tantas fatigas.

Eché pie a tierra en la falsa y habiendo preguntado por el prior se presentó éste dándome la bienvenida, y asegurándome que recomendado como lo estaba por el provincial, lejos de permitir me faltase nada se apresuraría a hacer por mí más de lo que se le prevenía en las órdenes que había recibido.

Después, entrando en conversación me dijo que había sido educado en España en la provincia de Asturias, a donde abordaban ordinariamente muchos navíos ingleses, de suerte que había podido conocer muchas personas de aquella nación y contraer amistad con algunas de ellas; y que supuesto que yo me hallaba fuera de mi patria y era una especie de extranjero o peregrino en aquel país, él me ayudaría en todo lo que le fuese posible.

No es necesario decir cuál sería el gozo que sentí dentro de mí mismo al encontrarme con un hombre que pensaba de tan diversa manera del padre Hidalgo y que había concebido tan buena opinión de mi patria.

Mi satisfacción fué mayor cuando ví por mí mismo el cumplimiento de sus promesas. Este prior se llamaba fray Jacinto Cabañas, y era lector principal de teología de aquella universidad.

Luego que advirtió me hallaba yo deseoso de continuar mis estudios, y particularmente de asistir a sus lecciones de teología, me permitió que lo hiciese, y después de tres meses de haber sido su escolar me hizo tener un acto de teología que él mismo presidió, en el cual defendí delante de todos los doctores y teólogos de la universidad *conclusiones* contrarias a las opiniones de Escoto y Suárez.

La principal cuestión fué la que toca a la concepción de la virgen María, que los jesuitas con Suárez y los franciscanos con Escoto, sostienen que fué sin pecado original así por lo relativo a la culpa como a la mancha.

Yo sostuve públicamente la opinión contraria con Santo Tomás de Aquino y todos los latinistas, los cuales dicen que la virgen fué concebida en pecado original lo mismo que todos los descendientes de Adán.

Este acto fué notable por lo bien que lo hicieron todos, los argüentes, el presidente y sustentante, en las pruebas y argumentos en *pro* y en *contra*; y se aseguraba hacía muchos años no se había visto otro tan lucido.

Los jesuitas daban patadas en el suelo y manazos en la barunda, diciendo a gritos que no podían sufrir una aserción semejante que calificaban de herejía: decían también que sólo en países herejes como la Inglaterra se podía defender que la virgen había sido concebida en pecado, y que yo criado y metido en ellos podía haberme reservado para defenderla allí. Pero que era extraño que el doctor Cabañas, nacido en España, educado en sus universidades y primer lector en la famosa de Guatemala se prestase a presidir un acto semejante.

Yo les contestaba tranquilamente que no tenían razón para encolerizarse, puesto que no sólo había razones bastante fuertes para sostener esta opinión, sino que también se hallaba apoyada en la autoridad de muchos teólogos sabios de la escuela de los tomistas.

Después de esta ocurrencia no gozaba yo de gran crédito entre los jesuitas, pero lo tenía bien sentado entre los religiosos de Santo Domingo; el doctor Cabañas se señalaba especialmente en el aprecio que de mí hacía, de suerte que por su influjo y el de fray Juan Bautista, prior de Chiapa, y que lo fué de Guatemala en la pascua siguiente de Navidad, yo adquirí una importancia y estimación tal, en este país, cual ningún otro extranjero logró jamás entre los españoles.

Como estos dos padres tuvieron necesidad de reunirse en Chiapa el día de la Candelaria para la elección del nuevo provincial, no se olvidaron de mí que me hallaba en Guatemala y me propusieron para la plaza vacante del curso de filosofía de la universidad de Guatemala, que dependía principalmente del convento de los dominicos. La propuesta fué dirigida al capítulo de la provincia y al nuevo provincial llamado fray Juan Jimeno, pidiendo se me nombrase para este encargo que debía comenzar a desempeñar en la fiesta próxima de San Miguel.

Mis protectores me dispensaron su favor con tanto empeño, y su autoridad, a la que casi nada podía rehusarse, se empleó tan eficazmente, que obtuvieron fácilmente en mi favor la plaza que me solicitaban: y yo recibí de su mano un despacho por el cual fray Tomás de Santa Maria (que este era el nombre que se me daba) quedaba nombrado profesor de filosofía en aquella universidad con prevención al prior de ponerlo en posesión de este encargo.

Este honor hecho a un extranjero y recién venido a la provincia, fué causa de que los criollos y algunos otros que esperaban el mismo puesto diesen rienda a su maledicencia contra mí.

Pero todo esto no tenía otro resultado por lo relativo a mí, que el de afirmarme en la resolución con que me hallaba de instruirme y ser constante en las lecciones públicas, y ocupar mi tiempo día y noche de manera que pudiese desempeñar con honor el encargo que se me había hecho, y corresponder a las esperanzas que de mí se habían concebido.

Durante tres años me ocupé de enseñar filosofía, y como yo estaba penetrado de la necesidad de sostener en Guatemala el honor de mi nación, no podía sufrir que español alguno me hiciese ventajas en sutileza de argumentos y conceptos. Por esto era frecuente que cuando los otros religiosos se iban a acostar yo me retiraba a mi celda, y después de haber tomado una taza de chocolate a las nueve de la noche, me ponía a estudiar hasta las dos de la mañana, hora en que me acostaba para levantarme a las seis.

En todo este tiempo me rehusé a los cargos ordinarios del convento, prestándome solamente a predicar y oír las confesiones de los que venían a nuestra iglesia, pues yo me habría visto obligado a interrumpir mis estudios si hubiese querido aplicarme a otras atenciones.

Sin embargo, el prior y el doctor Cabañas me importunaban frecuentemente para obtener licencias del obispo, a fin de poder confesar y predicar en la ciudad y en la campaña; porque, como llevo dicho, de cuando en cuando hacía estas cosas en la iglesia del convento con el permiso del padre provincial.

Yo me resistí constantemente a estas excitaciones hasta que el provincial vino a Guatemala y habiéndome oído predicar una vez se cerró en que solicitase las licencias del obispo, para que saliese a ejercer el ministerio fuera de los límites del convento, pudiese predicar libremente en las demás iglesias, y ganar por este medio el dinero necesario para proveerme de libros.

Al efecto hizo que me sinodasen cinco doctores teólogos por el espacio de tres horas como está prevenido y es de uso y costumbre; y después de haber yo sufrido todo el rigor del sínodo y ser aprobado en él, se me dieron dimisorias en las que se hacía mención de este examen, para que las presentase

al obispo a fin de obtener las licencias de confesar y predicar en el distrito de su diócesis: todo de conformidad de la bula del papa Clemente. *Dudum de se ulturis*.

El obispo de Guatemala, que me tenía particular afición, y que deseaba los progresos de la buena literatura en aquella universidad, no necesitaba de recomendaciones para acceder a mi solicitud; así es que inmediatamente me concedió licencias para predicar y administrar el sacramento de la penitencia a hombres y mujeres, menos las religiosas, en toda su diócesis, y para absolver de todos los pecados menos los reservados a su Santidad y al abispo. Esta licencia se estampó a la vuelta de mis dimisorias firmada por el obispo y refrendada de su secretario, con fecha cuatro de diciembre de mil seiscientos veintinueve.

Me establecí, pues en la ciudad de Guatemala con comisión del arzobispo y del provincial, para enseñar filosofía y predicar en toda la diócesis. Se me ofreció también la cátedra de teología que desempeñé por espacio de tres meses; y si hubiera querido, hubiera permanecido por más tiempo en aquel lugar; pero no estuve más que tres años y medio por las razones que después expondré. Haré también una relación exacta de las observaciones que hice de la ciudad y su circunferencia, adonde hice diversas excursiones así cuando estuve en Guatemala como en siete años que viví en los pueblos de la campaña.

Esta ciudad, que los españoles llaman Santiago de Guatemala, está situada en un valle de una legua poco más o menos de ancho, a causa de las grandes montañas que la cierran por uno y otro lado, mas en su largura hacia el mar del sur contiene un país vasto y unido que se ensancha un poco más allá de esta ciudad que hasta hoy se llama la Ciudad Vieja y está cerca de una legua de Guatemala. A pesar de que está rodeada de montañas cuyas pendientes parece que se inclinan al oriente, sin embargo no molestan a los viajeros porque se han construido caminos cómodos y practicables, de manera que no sólo lo son para los hombres sino para las bestias cargadas con pesados fardos.

El camino que viene de México, tomándolo por el lado de Soconusco y Suchitepeque, se introduce a la ciudad por el noroeste que es un camino ancho, abierto y arenoso; pero el que pasa por Chiapas y está noroeste atraviesa las montañas como llevo dicho. Al occidente hacia el mar del sur el camino está practicado en el valle y país que está todo llano en aquel lugar; pero al sur y sudeste el camino va sobre las montañas que son muy altas y difíciles, y este es el camino ordinario para venir de Comayagua, Nicaragua y Golfo Dulce, donde los buques andan todos los años y descargan las mercancías que vienen de España para Guatemala. Este camino es el que toman los que van a la ciudad por el este.

Las dos montañas más vecinas de la ciudad y del valle son las que llaman los volcanes. La una es un volcán de agua, llamado así impropriamente por los españoles, porque el nombre de volcán sólo debe darse a las montañas que arrojan fuego, por alusión a aquel Dios de los paganos cuyo empleo ordinario estaba en el fuego; pero este nombre conviene justamente a la otra montaña por ser del número de las que arrojan fuego.

Estas dos famosas montañas están situadas casi frente la una a la otra a cada lado del valle: la montaña de agua descende por el lado del sur casi perpendicularmente sobre la ciudad, y la de fuego un poco más tendida y más próxima a la ciudad.

La montaña de agua es más elevada que la otra y tiene un aspecto muy agradable a la vista, estando verde casi todo el año y cubierta de sembraderos de maíz o trigo de India. En los pueblecitos que allí se han construido, los unos hacia el medio y los otros al pie de la montaña, todo el año se ven en los jardines, rosas, lirios y otra infinidad de flores, además de los palmitos, los chabacanos y otras mil suertes de excelentes frutas. Los españoles le dan el nombre de volcán de agua porque del otro lado de Guatemala, hacia el pueblo de San Cristóbal, nacen muchos arroyos, y se cree que de la montaña provienen las aguas que mantienen un gran lago de agua dulce que está cerca de los pueblos de Amatitlán y de Petapa. Además del lado que mira a Guatemala y el valle hay tantos manantiales de agua dulce que forman un río, el cual corre por todo el valle, pasa por la ciudad y hace mover los molinos de Jocotenango de que he hecho mención. Según tradición de los españoles este río no era conocido al tiempo de la conquista, habiéndose encontrado después.

En la que se llama la Ciudad Vieja de Guatemala que antes estaba más alta y más próxima al volcán que lo está hoy, vivía por el año de 1534, una señora llamada doña María de Castilla, la que habiendo perdido su marido en la guerra y enterrado este mismo año todos sus hijos, se abandonó de tal suerte al exceso de su dolor, que lejos de conformarse con la voluntad de Dios, desafió el poder diciendo que no podía hacerle más mal que el que le había hecho y que no importándole nada la vida podía quitársela también. No hubo bien pronunciado estas palabras cuando salió del volcán un torrente de agua tan grande que se llevó a esta mujer, arruinó muchas casas y obligó a los habitantes a venirse a fijar en el lugar en que hoy está la ciudad de Guatemala. Si esta historia, que los españoles nos han transmitido, es cierta, debe servirnos de ejemplo y de instrucción para temer a Dios y no desafiar su poder cuando lo vemos irritado y que comienza a hacernos sentir el peso de su brazo. Desde entonces han llamado a este lugar la Ciudad Vieja, y el río ha tenido su curso como lo tiene hoy. Nace del volcán cuyas fuentes, jardines, frutas y flores, unido al bello aspecto de sus verdes costas, podían ministrar suficiente materia a un genio como el de Marcial para figurar un segundo Parnaso descubriendo las trazas del Pegaso, y hacer versos en loor de las ninfas y musas en aquel delicioso lugar de la América, que por lo menos tiene tres leguas de alto.

La otra montaña, que está al frente del otro lado del valle, es espantosa y desagradable a la vista, porque está cubierta de cenizas, piedras y guijarros calcinados, estéril, y desprovista de toda verdura, donde no se oye más que el ruido del trueno y de los metales que se funden en la tierra, y donde no se ven más que llamas y torrentes de fuego y azufre que arden perpetuamente y llenan el aire de mortales y pestíferos olores. De esta manera Guatemala está situada entre un paraíso y un infierno, que por tanto jamás se ha abierto de manera para consumir la ciudad.

Verdad es que hace ya mucho tiempo la montaña se abrió en su cumbre e hizo una erupción de cenizas ardiendo, que se llenaron con ellas las casas de Guatemala y los alrededores, y arruinaron todas las plantas y los frutos. Vomitó además, una cantidad de piedras tan grande que si hubieran caído sobre la ciudad la hubieran arruinado enteramente; pero por fortuna cayeron a un lado en un bajío donde permanecen hasta el día, y causan tal asombro a los que las ven, que dejan de admirar la fuerza de la pólvora que no obstante el peso de las balas de fierro, las avienta a tanta distancia de la boca del cañón, por admirar con mucha más razón la violencia del fuego de esta montaña que ha podido levantar y arrojar tan grandes masas de piedra y de roca que son como casas, y que veinte mulas no son capaces de mover, como se ha experimentado muchas veces.

El fuego que ahora sale de esta montaña no es siempre igual, porque algunas veces es mayor que otras; sin embargo cuando yo estaba en aquella ciudad sucedió una vez que estuvo arrojando fuego por espacio de tres días y tres noches, y tan fuerte que el doctor Cabañas nos aseguró, a mí y a otro de mis amigos, que estando una noche de estas en su ventana había leído una carta a la claridad del fuego que estaba por lo menos a una legua de distancia.

El ruido es igualmente variable, pero siempre es mayor en verano que en invierno, es decir desde octubre hasta abril, es menos que en todo el resto del año, porque parece que entonces los vientos se encierran en sus concavidades para encender el fuego más bien que en otros tiempos, y esta es la causa de los ruidos que se oyen y de los temblores de tierra que se repiten.

Sucedió, pues, tres años antes que yo fuese a aquella ciudad, que los habitantes abandonaran sus casas por espacio de nueve días por temor de la muerte que les amenazaba a causa de los repetidos temblores, y se retiraron a la plaza del mercado bajo de tiendas y barracas a donde hicieron trasportar las imágenes de los santos, y entre otras la de San Sebastián, que también llevaron en procesión dentro de la ciudad.

En el tiempo que allí estuve, el ruido de la montaña, el humo y las llamas, y los temblores de tierra en verano fueron tales, que habiéndome acostumbrado con el tiempo califiqué a esta ciudad por el lugar más ameno y agradable que yo había visto en todos mis viajes, por su clima es mucho más templado que el de México y Oaxaca. Como aquellas ciudades es abundante de frutas, hierbas para ensaladas, pescado y carne como de buey, de carnero, de ternera, de cabrito, de volátiles; y caza, como pavos, conejos, codornices, perdices y faisanes, lo mismo que trigo y maíz. También está bastante bien provista de pescados, tanto por el mar del sur, que no dista en algunas partes más de doce leguas, como por los ríos que desembocan en este mar, del lago de agua dulce de Amatitlán y Petapa y de otro que está a tres o cuatro leguas de Chimaltenango. En cuanto al buey es constante que allí hay más que en ninguna otra parte de la América sin excepción, como se echa de ver por la gran cantidad de cueros que se remiten todos los años en España del país de Guatemala, en donde se matan los bueyes más bien por la utilidad del cuero que por comer la carne que por tanto no deja de ser muy buena aunque no igual a la del buey de Inglaterra. Es tan barata que en mi tiempo trece libras

y media de carne de buey no valian más que medio real, que es allí la moneda más pequeña, y que vale cerca de cuatro sueldos seis dineros de la moneda de Francia.

Sin embargo de que en todo aquel país haya muchos terrenos donde no se hace otra cosa que mantener ganado mayor, hasta en el Golfo Dulce a donde arriban los buques que vienen de España, esto no impide que las provincias de Comayagua, San Salvador y Nicaragua hagan remisiones de ganado a Guatemala. La mayor parte de éstos viene de los grandes terrenos que están en la costa del mar del Sur, en donde en mi tiempo había un hombre que comerciaba en engordar ganado mayor, y que sin salir de sus posesiones contaba más de cuarenta mil cabezas suyas entre grandes y chicas, sin contar las que llaman cimarrones o salvajes que se están siempre en los bosques y en las montañas, y que los negros cazan como a los jabalíes a fin de que no se multipliquen tanto, y de que no hagan perjuicios. El caso siguiente servirá para justificar lo que llevo dicho. Hallándome un día en la feria del pueblo de Petapa con uno de mis amigos que se llamaba Lope de Chaves, éste estaba obligado de abastecer de carne a seis o siete pueblos de los alrededores, y compró de un golpe y a un solo hombre seis mil cabezas entre grandes y chicas al precio de diez y ocho reales, o cuatro libras diez sueldos cada una.

La manera que se observa en Guatemala para surtir la ciudad y los pueblos vecinos de carne de buey y de carnero era convocando pastores por medio de pregones, nueve o diez días antes del de San Miguel. En este tiempo se remataba en el mejor postor la contrata bajo la pena de multa en beneficio del rey si faltaba a las condiciones establecidas entre éste, los jueces y los habitantes de la ciudad. Si no tenía la carne de buey suficiente para llenar sus compromisos debía completar la que le faltase con carne de carnero, dando la libra a proporción del precio del buey, y si le faltaban carneros debía suplirlos con volátiles, reportando el precio a proporción de la libra de carnero que debía dar, y la calidad de las familias que estaba obligado a surtir de carne; y como este privilegio se da al mejor postor, es decir, el que quiere ofrecer más al rey, sucede muchas veces que infinitas personas vienen el octavo día a la corte a ofrecer los unos más y los otros menos; pero el noveno día que es el del remate se adjudica el privilegio por todo el año al que ofrece más al rey. De esta manera no puede haber más de un carnicero abastecedor, y éste está obligado a vender la libra de carne al precio que se le fija; mas si otro carnicero quisiere matar o vender carne sin su permisión puede perseguirlo en justicia y hacerle pagar una multa. Después de esto, el que está obligado compra por ciento o por miles el ganado que cree necesitar para la provisión de la ciudad a menos de que él no tenga en sus posesiones ganados suficientes para el abasto.

A pesar de que el carnero no sea allí tan abundante como el buey, no falta jamás, porque siempre llevan muchos del valle de Mixco, de Pinola ⁽⁴³⁾, Petapa, Amatitlán, de la comarca de la mar del Sur y de otras partes.

(43) Equivocación del autor: es Pinula.

Yo he vivido en este valle donde conocía a un hombre llamado Alonso Cabata, que tenía siempre lo menos cuatro mil ovejas. Es por esto que la ciudad de Guatemala está siempre tan bien provista de víveres, y tan baratos que es muy difícil de hallarse un mendigo, porque con medio real de cinco sueldos puede un hombre tener carne para toda la semana, un poco de cacao, bastante pan de maíz y muchas veces pan de trigo.

Esta ciudad contiene cerca de cinco mil familias, sin contar un barrio de indios llamado barrio de Santo Domingo, que contiene cerca de otras doscientas familias.

El sitio más hermoso de esta ciudad es el que le une al barrio de los indios que se llama también calle de Santo Domingo, por haber allí un convento de este nombre.

Allí es donde están las más ricas tiendas de la ciudad y los mejores edificios. La mayor parte de las casas son nuevas y bien edificadas.

Allí se tiene todos los días un pequeño mercado, donde algunos indios pasan todo el día vendiendo frutas, hierbas y cacao; pero hacia las cuatro de la tarde está lleno durante una hora, donde las indias vienen a vender cosas delicadas a los criollos; como atole, pinole, palmitos cocidos, manteca de cacao hechos con maíz y un poco de carne de gallina o de puerco fresco sazonado con chile o pimienta largo, que ellos llaman anacatumales.

En esta ciudad hay un gran comercio porque se sacan con mulas las mejores mercancías de México, Oaxaca, Chiapa, Nicaragua y Costa Rica.

Del lado del mar comercia con el Perú por dos puertos de mar, de los cuales uno se llama el pueblo de la Trinidad, que dista de la ciudad veinticinco leguas al sur, y el otro se llama Realejo, que dista de cuarenta y cinco o cuarenta y seis leguas.

Comercia también con la España por el mar del Norte, sirviéndose del Golfo Dulce que no dista más de sesenta leguas.

Esta ciudad no es tan rica como otras: sin embargo, no creo que ceda a ninguna en grandor, porque en mi tiempo, además de muchos negociantes que se estima tener cada uno a lo menos treinta, cuarenta y cincuenta mil ducados sin valor había cinco que se creían igualmente ricos, y que tenía cada uno quinientos mil ducados.

El primero se llamaba Tomás de Siliézar, vizcaíno y presidente de la sala de justicia. El segundo Antonio Justinian Genoves, que había tenido varios empleos en la ciudad donde tenía muchas casas y una hacienda en el valle de Mixco donde recogía una gran cantidad de trigo. El tercero era Pedro de Lira, castellano. El cuarto y quinto eran dos portugueses, Antonio Fernández y Bartolomé Núñez, el primero dejó Guatemala cuando yo estaba allí por razones que estoy obligado de callar.

Dejaré los otros cuatro, de los cuales había tres que vivían en la calle de Santo Domingo, donde tenían casas que hacían esta calle remarcable, y sus riquezas con el comercio eran sólo bastante para poner a Guatemala en el rango de las ricas ciudades.

El gobierno de todo el país, de los alrededores, de Honduras, de Socunusco, Comayagua, Nicaragua, Costa Rica, Vera Paz, Cuchutepeque y Chiapas, depende de la chancillería o Audiencia de Guatemala. Porque aunque todos

los gobernadores de estas provincias son establecidos por su Majestad Católica y el Consejo de España, con todo eso una vez instalados en el ejercicio de sus destinos en este país, sus acciones están sujetas a la justicia de Guatemala.

Esta chancillería o Audiencia se compone de un primer presidente, de otros dos presidentes, seis consejeros y un procurador del rey.

Aunque el presidente no tenga la calidad de virrey como los de México y del Perú, sin embargo su poder es tan grande y absoluto como el suyo. No tiene más que doce mil ducados de sueldo, pero si es interesado puede ganar dos veces más con los regalos, tráfico y tanto cuanto quiera como el conde de la Gomera, quien después de haber sido presidente de esta ciudad se retiró siendo viejo a las islas Canarias, su patria, rico de muchos millones.

Don Juan de Guzmán, que había sido presidente de Santo Domingo fué su sucesor, quien habiendo perdido su mujer en el viaje, se volvió devoto, y, despreciando los bienes del mundo, se dedicó a gobernar los pueblos con dulzura y equidad: lo que hizo que los otros jueces no pensando sino en enriquecerse, se cansaron bien pronto de él, e hicieron todo lo que pudieron para hacerle caer de su destino, donde no estuvo más que cinco años.

El sucesor, a quien yo dejé cuando salí, fué don Gonzalo de Paz de Lorenzana, que era antes presidente de Panamá; pero entró con tan grande avaricia en este destino como nunca se había visto ningún otro.

Prohibió el juego en las casas de los particulares, donde se juega mucho; pero no tanto como en México, siendo las mujeres las que juegan la mayor parte del tiempo; no por la aversión que tuviese al juego, sino porque tenía envidia a los que ganaban dando cartas para jugar, porque en una sola noche hacía usar a lo menos veinticuatro juegos de cartas, y tenía un paje que cuidaba bien de hacer entrar en una caja exactamente el importe de cada baraja que no era menos de un escudo por cada una, y algunas veces sucedía el tener que dar por respeto y consideración a su persona, de suerte que por este medio ganaba el beneficio de los jugadores, y se disputaba muchas veces con los más ricos habitantes de la ciudad cuando no venían a jugar a su casa por la noche.

El rey da todos los años cuatro mil ducados de pensión a cada uno de los jueces o consejeros de esta real Audiencia, y tres mil a su procurador general, que son pagados por la caja de ahorros o por las entradas del dominio de su Majestad Católica, que existe en esta ciudad.

Sin embargo, lo que sacan de los régulos y del comercio es tan considerable que yo he oído decir a un juez, llamado don Luis de las Infantas, que aunque sus empleos fuesen más honrosos en México y en Lima no eran más lucrativos que los de Guatemala.

Cuando yo estuve allí hubo más procesos criminales que nunca, por muerte, robos y cohechos, y no obstante ninguno de los criminales fué ahorcado, ni desterrado, ni preso o multado, pues cada uno salía del lance por medio de regalos, de suerte que en ocho años no oí decir que se hubiera ejecutado uno solo en esta ciudad.

Aunque las iglesias no sean tan ricas y bellas como las de México, lo son bastante con respecto al tamaño de la ciudad.

No hay más de una iglesia parroquial y catedral, que está situada en la plaza del gran mercado, todas las demás pertenecen a los conventos de los dominicos, de los Menores de San Francisco, de los Padres de la Merced, de los Agustinos, de los Jesuitas y de otros dos de religiosas llamados de la Concepción y de Santa Catarina.

Los conventos de los dominicos, de los franciscanos y de los frailes de la Merced son magníficos, y contienen cien religiosos cada uno. El más suntuoso de todos es el de los dominicos, donde yo viví, el cual se une con la universidad de la ciudad por medio de una gran calzada que está frente a la iglesia.

La renta de este convento consiste en ciertos pueblos de indios que les pertenecen, un molino de agua, una hacienda de trigo, otra en que se crían caballos y mulas, un ingenio o molino de azúcar, y una mina de plata que se les dió el año de 1633, cuya renta líquida al año asciende por lo menos a treinta mil ducados; lo que hace que estos religiosos tengan no solamente con qué regalarse bien, sino por economizar, para construir y adornar magníficamente su iglesia y sus altares.

Entre las riquezas que éstos tienen hay sobre todo dos cosas remarcables, de las que los españoles cuando estaban de buen humor me decían, que los ingleses se informaban mucho cuando tomaban algunos de sus buques, y que temían que yo fuese tal vez un espía de éstos. La primera es una lámpara de plata, que está colgada frente al altar mayor, que es tan grande que se necesitan tres hombres para subirla. La segunda es todavía más rica, y ésta es la imagen de la Virgen María, hecha de plata pura, y del tamaño de una mujer de buena talla. Está colocada en un tabernáculo hecho expresamente en la capilla del rosario, donde hay por lo menos doce lámparas de plata que arden perpetuamente delante de esta imagen. En fin, este convento es tan rico que en poco tiempo se podrían sacar cien mil ducados de los tesoros que encierra. Además en el recinto del claustro nada falta de todo cuanto puede contribuir a los placeres y recreación de los religiosos.

En el claustro bajo hay un gran jardín con una fuente en medio y un hermoso chorro de agua, de la que parten por lo menos doce caños que surten dos viveros llenos de peces, y sobre los cuales se ven sobrenadar gran cantidad de patos y otras aves acuátiles.

Hay además en este convento otros dos jardines, que sirven para las frutas y legumbres. En uno de estos jardines hay un estanque de doscientos cincuenta pasos de largo, todo empavesado y circundado de un pretil. En él hay un bote en que los religiosos se pasean y pescan cuando les falta pescado que han comprado y allí toman el suficiente para la comida de toda la comunidad.

Los otros conventos son también muy ricos, pero después del de los dominicos no había otro que igualase al de las monjas de la Concepción, en el que se contaban por lo menos mil personas entre las religiosas, las criadas y esclavas y las niñas que las monjas educaban, a quienes no sólo enseñaban a leer y escribir sino otras varias obras y trabajos de manos.

Las religiosas que profesan llevan por lo menos quinientos ducados de dote, otras seis, otras setecientos y hay algunas que llevan hasta mil, lo cual proporciona al convento una gran renta, cuyos fondos le quedan después de la muerte de estas religiosas.

Las que quieren tener criadas en el convento pueden hacerlo aumentando el dote a proporción o pagando su pensión.

En este convento estaba la doña Juana de Maldonado, hija del juez Juan de Maldonado de Paz, a quien el obispo de la ciudad veía muy seguido. Era muy bella y agradable, y no llegaba a veinte años de edad. El obispo estaba tan enamorado de ella que en mi tiempo hizo todo cuanto pudo por hacerla elegir superiora o abadesa a pesar de todas las antiguas religiosas, lo que causó tan gran disensión en el convento que el ruido salió hasta la ciudad, y hubo muchos caballeros y comerciantes que corrieron al convento con la espada desnuda en la mano amenazando de echar las puertas por tierra y entrar para defender a sus hijas contra la poderosa facción que el obispo había suscitado en favor de doña Juana de Maldonado, lo que sin duda hubieran hecho si el presidente don Juan de Guzmán no hubiera mandado llamar al padre de esta joven religiosa con el fin de que interpusiera sus respetos y súplicas para hacerla desistir de la pretensión de ser abadesa, haciéndole conocer que esta dignidad no se podía confiar a una joven de su edad. Por este medio la división cesó del todo dentro y fuera del convento, no sin gran vergüenza del obispo, y ella quedó sujeta a vivir en la obediencia de otra religiosa más grave y más anciana que ella.

Esta Juana de Maldonado de Paz no era solamente la admiración del convento sino también de la ciudad, tanto por la belleza de su voz y el perfecto conocimiento que tenía de la música, como por la buena educación que había recibido, en la que excedía a todas las jóvenes del convento y la ciudad; porque no solamente estaba dotada de un gran talento y hablaba muy bien; sino que podía decirse era verdaderamente una de las nueve musas, y una Calíope para improvisar versos y con tales agudezas, que el obispo mismo confesaba que esta era una de las cosas que le había hecho encontrar más placer a su conversación.

Su padre nada había perdonado para ella y nada le parecía caro para satisfacerla, porque como no tenía otros hijos todos los días le hacía ricos regalos conformes a la calidad de una religiosa, porque ya le daba gabinetes enriquecidos de oro y plata, y ya imágenes con coronas de oro y piedras, y cuadros de gran precio para adornar su cuarto. De suerte que con todo esto unido a los regalos del obispo, que le daba cuanto tenía, hasta el grado de que cuando murió no dejó con qué pagar sus deudas, pues se decía que le había dado todos sus bienes, se hizo tan rica que mandó fabricar a su costa una casa para ella dentro del mismo convento, compuesta de muchos cuartos y galerías y un jardín para pasearse en particular. Tenía además seis negras para servirla y trabajar en sus labores; pero tenía un particular placer en adornar una capilla o un gabinete para rezar sus oraciones que estaba magníficamente entapizado y adornado de cuadros de los más curiosos de Italia.

El altar estaba también adornado a proporción de lo demás, con piedras preciosas, coronas, candeleros y lámparas de plata, y cubierto de un dosel bordado de oro.

En este gabinete tenía también un organito y otros muchos instrumentos de música que ella jugaba algunas veces sola por divertirse y otras con las religiosas sus amigas, o bien delante del obispo cuando venía a visitarla.

Finalmente en la ciudad corría la voz de que su capilla valía por lo menos seis mil escudos, que era demasiado para una religiosa que había hecho voto de pobreza, castidad y obediencia.

Después de su muerte todo esto debía quedar a beneficio del convento, y no cabe duda que con todas estas riquezas pudiera ganarse más y más la afección de las religiosas, haciéndose un partido bastante fuerte para hacerse elegir superiora, porque la ambición y el deseo de mandar a los otros han minado las paredes de los conventos, como las abominaciones en las de Ezequiel, y se han apoderado del corazón de las religiosas que deberían ser humildes como pobres vírgenes mortificadas que han renunciado del mundo.

Además de esta religiosa hay allí otras, y también religiosos, que son igualmente muy ricos; porque si una ciudad es rica, como lo es esta, y se hace un gran comercio en ella, éstos están seguros de tener parte.

La abundancia y riquezas han hecho a los habitantes tan orgullosos y viciosos como los de México, porque allí la corrupción es más común que en cualquiera otra parte de las Indias. Las mulatas, las negras, las mestizas, las indias y las demás mujeres y jóvenes de baja condición, son muy amadas y buscadas por los ricos. Están vestidas con tanto aseo como las de México y no son menos lúbricas que ellas, a pesar de que éstas viven entre dos montañas que las amenazan con la ruina y el castigo. La una las amaga con el diluvio que otra vez ha servido para ejecutar las venganzas de Dios, y la otra les representa una de las bocas del infierno que les prepara una lluvia de fuego como el que destruyó en otro tiempo la ciudad de Sodoma.

CAPITULO II

Descripción geográfica de la provincia de Guatemala, de su comercio, de sus costas y puertos y de las estaciones propicias para arribar allí, de la debilidad o fortaleza de sus plazas de mar y tierra, y de otras muchas particularidades de aquella provincia

La ciudad de Santiago de Guatemala es la capital de un gran Estado que se extiende más de trescientas leguas al sur hacia Nicoya y Costa Rica, cien leguas del lado del norte hacia Chiapas y los Zoques, sesenta del lado de Vera Paz y Golfo Dulce al este, y diez o doce dirigiéndose a la mar del Sur.

Desde Tehuantepeque a donde los grandes buques no pueden aproximarse, y que dista veinte leguas de Guatemala, no hay ninguna ensenada para las embarcaciones más cerca de esta ciudad que la de la Trinidad.

Las principales mercancías que se traen de esta costa a Guatemala, se extraen de las provincias de Soconusco y Suchitepeque extremadamente calientes y sujetas a frecuentes tempestades y rayos, y donde no crecen sino el cacao, el achiote, el mechasuchil, vainilla y otras drogas para hacer el chocolate, algún añil y grana que se recoge a los alrededores de San Antonio, capital de todas las Suchitepeques.

Mas toda la costa próxima a Guatemala, y particularmente en las inmediaciones de una ciudad llamada Yzcuinta o Ezquintepeque, distante doce leguas, es el más rico de los países que dependen de esta ciudad: porque allí se fabrica la mayor parte del añil que se manda de Honduras a España, teniendo además un gran número de ricas haciendas de ganado, que se hallan en todo este país, cuyo terreno es fértil y muy útil a sus habitantes por el comercio que hacen, pero incómodo a causa del clima que es muy caliente, y también sujeto a tempestades y rayos desde el mes de mayo hasta San Miguel.

Si la población de Guatemala es grande, careciendo de armas y municiones de guerra, no es debida sino a los negros desesperados y esclavos que viven en las haciendas de añil. Aunque éstos no tienen otras armas que un machete (especie de cuchillo grande que sirve para cazar el ganado salvaje), sin embargo son tan desesperados, que muchas veces han causado alarmas a la ciudad de Guatemala, y se han hecho temer de sus mismos amos.

Algunos de ellos no temen hacer frente al toro más salvaje, por furioso que esté, y de atacar los cocodrilos en los ríos, hasta matarlos y traerlos a la tierra.

Este país se extiende por la costa hasta la ciudad de la Trinidad, donde hay un puerto que aunque peligroso, sirve sin embargo de ensenada a los barcos que vienen de Panamá, Perú y México. Enriquece mucho la ciudad de Guatemala, pero no la defiende porque carece de fuerte ciudadela y artillería.

Entre este pueblo y el otro puerto llamado Realejo, hay una gran cala o pequeño golfo, donde las embarcaciones menores acostumbran arribar para habilitarse de agua dulce y viveres de San Miguel, pueblo compuesto de españoles e indios, y los que van a Realejo lo hacen por agua, y en menos de un día a la ciudad vieja que dista dos millas de Realejo; en lugar que por tierra se necesitan a lo menos tres días.

Esta cala o pequeño golfo no está fortificada ni defendida, lo que se podría hacer fácilmente colocando dos cañones en la embocadura.

El puerto de Realejo tampoco está defendido porque no hay ni artillería ni soldados; solamente se compone de doscientas familias, poco más o menos, de indios y de mestizos, gente incapaz de defender una plaza de esta importancia: siendo de esta manera un pasaje abierto para entrar en las provincias de Guatemala y Nicaragua que comienza en este puerto y continúa siguiendo por varios pueblecitos de indios hasta las ciudades de León y de Granada.

Nada tengo que añadir a lo que he dicho ya de Suchitepéquez y Soconusco, y de mi viaje por ese camino desde México y Chiapas, con respecto al lado del norte de Guatemala.

El lado principal de Guatemala, es el que se extiende al este hacia el Golfo Dulce o Santo Tomás de Castilla. Este lado es el más frecuentado de los comerciantes y viajeros, porque del lado del norte México dista de esta ciudad trescientas leguas, habiendo además en el camino parajes peligrosos, mientras que por el Golfo no hay más que sesenta leguas y sin riesgo alguno: además el gran comercio que se hace con la España sirviéndose de este golfo, hace que este camino sea más frecuentado que todos los demás.

Hacia el mes de julio, o a principios de agosto lo más tarde, llegan ordinariamente dos o tres buques, que descargan las mercancías traídas de España en grandes almacenes, hechos expresamente para guardarlas y conservarlas. Luego que han descargado sus mercancías se vuelven a cargar inmediatamente con las traídas de Guatemala para hacer su retorno, las cuales por lo regular se están dos o tres meses en espera de estos buques. De suerte que durante julio, agosto y septiembre se está seguro de encontrar riquezas en este sitio.

Con todo eso la confianza de los españoles es tan grande, que fían la guarda de estas riquezas solamente a uno o dos indios y otros tantos mulatos, gente que por su mala conducta han sido confinados en este viejo y arruinado castillo de Santo Tomás de Castilla.

Verdad es que un poco más arriba existe un miserable pueblecillo de indios llamado San Pedro y compuesto de cerca de treinta familias; pero siempre enfermos a causa del excesivo calor del clima, y de los malos aires que reinan en este sitio.

Se podría fácilmente fortificar este golfo colocando dos buenos cañones a su entrada, la que es estrecha a causa de dos montañas o grandes rocas que existen a uno y otro lado, sobre las cuales se podrían asentar otros dos cañones que dominarían a una flota entera que osara aproximarse, y asegurarían el reino de Guatemala, y aún a una gran parte de la América; pero como no está defendido, los buques entran libremente y con toda confianza, como lo han hecho algunos ingleses y holandeses; una vez dentro se encuentra una rada y una ensenada tan ancha y espaciosa, que podrían anclar mil navíos sin tener miedo de San Pedro ni de Santo Tomás de Castilla.

Muchas veces he oído a los españoles reírse de los ingleses y holandeses, porque habían entrado en este golfo, y se habían retirado sin saltar a tierra.

Cuando yo estaba en este país, los holandeses atacaron a Trujillo, que es el puerto más considerable de Comayagua y Honduras y lo tomaron después de una corta resistencia; la mayor parte de los habitantes se escaparon a los bosques, teniendo más confianza en sus piernas que en la fuerza de sus brazos y de sus armas; porque todos los habitantes de este país no tienen ni ánimo ni valor. Pero los holandeses lejos de fortificar esta plaza e internarse en el país, y después de haberlo fortificado venirse a hacer otro tanto en el golfo, como se decía por todo el país de Guatemala donde no había persona alguna que pudiese resistirles, abandonaron Trujillo contentándose con un mediano botín, de lo que se alegraron tanto los españoles que hicieron procesiones públicas para dar gracias a Dios, y manifestar el regocijo que tenían de haber escapado de peligro tan grande.

El camino que hay del Golfo a Guatemala no es tan malo como se piensa, y particularmente desde el día de San Miguel hasta el mes de mayo, época en que el invierno y las lluvias han pasado ya, y los vientos empiezan a secar los caminos: pues en los peores tiempos las mulas que cargan por lo menos cuatrocientos de peso, pasan fácilmente los pasos más difíciles y peligrosos de los montes que circundan el Golfo. Y aunque los caminos estén en mal estado son tan anchos, abiertos y trillados por las mulas, que es muy fácil evitar los malos trechos para tomar el buen camino; y aún este mal camino no tiene más que quince leguas, donde se encuentran en el tránsito posadas para descansar, ganado y mulas entre los bosques y montañas que sirven de consuelo al viajero.

Lo que más recelo suele causar a los españoles en el tránsito de estas montañas es la presencia de dos o trescientos negros cimarrones que se han escapado de Guatemala y otros lugares por los malos tratamientos que recibían, habiendo abandonado a sus amos para retirarse en estos bosques donde viven con sus mujeres e hijos, y se aumenta todos los días el número; de suerte que todo el poder de Guatemala y contornos no es capaz de sujetarlos.

Muchas veces salen de los bosques para atacar a los arrieros, robándoles el vino, sal, vestidos y las armas de que carecen; jamás hacen mal alguno a los arrieros ni a los esclavos que los siguen, al contrario, éstos se alegran mucho de encontrarlos porque son de un mismo color y se hallan en el mismo estado de servidumbre: muchas veces esto les sirve de ocasión para seguir su ejemplo, y se unen a ellos para hacerse libres, aunque se vean obligados a vivir en los bosques y montañas.

Sus armas son las flechas y el arco para defenderse en el caso de ser atacados por los españoles; porque no hacen mal a los viajeros pacíficos y que les dan una parte de sus víveres.

Ellos mismos han dicho repetidas veces que la causa principal de haberse refugiado en estas montañas era la de estar dispuestos a unirse a los ingleses u holandeses, si algún día éstos tomaban tierra en el golfo, porque sabían muy bien que serían libres siendo así que con los españoles no lo serían jamás.

Luego que se han pasado estas primeras quince leguas, el camino es mejor y se encuentran pequeños pueblos de indios, y todo lo necesario para el alimento de hombres y bestias.

Quince leguas más allá hay un pueblo de indios llamado Acarabastlán, que está situado a la orilla de un río que pasa por uno de los más abundantes en pescado. Aunque hay muchas clases de éstos, sobre todo hay uno llamado *bobo* que es redondo, muy grueso y largo como el brazo, no teniendo más que una espina en el medio; es extremadamente blanco, gordo y excelente para ser cocido, frito, asado y compuesto de cualesquiera manera.

También se encuentra en los riachuelos y pequeños ríos hasta Guatemala el mejor pescado del mundo, que los españoles dicen ser una especie de trucha llamado *tepemechin* cuya manteca parece más bien de becerro que de pescado.

El corregidor de este pueblo de Acarabastlán es un español cuyo poder no se extiende más allá del golfo. Este gobernador ha hecho cuanto ha podido para concluir con los negros cimarrones de las montañas, pero no ha podido conseguirlo.

Todas las fuerzas de este pueblo consisten en veinte mosquetes, todas las casas de los españoles y algunos indios armados de arcos y flechas para defender este pueblo contra los negros cimarrones.

En los alrededores de Acarabastlán se encuentran varias haciendas, donde se crían gran número de bueyes y mulas, recogiendo al mismo tiempo mucho cacao, achiote, y otras varias drogas para hacer el chocolate. También se encuentran varias drogas de que se sirven los boticarios como la zarzaparrilla y cañafístola, encontrándose también en los jardines del pueblo una gran diversidad de frutas como no se hallan en otros sitios habitados por los indios.

Sobre todo lo más apreciable de Acarabastlán en la ciudad de Guatemala, son sus excelentes melones; algunos son tan grandes como la cabeza de un hombre y otros más pequeños; los habitantes cargan las mulas de ellos y los mandan a vender a varios sitios.

Este pueblo no dista más que treinta leguas pequeñas de Guatemala, y aunque haya que subir y bajar algunas montañas y colinas, el camino no es por eso muy incómodo para las personas y bestias.

Se han descubierto minas en estas montañas, pero después de haberlas trabajado un poco las han abandonado, viendo que no eran más que de cobre y hierro, y que costarían más de lo que produjeran.

CAPITULO III

Crueldad de los españoles para con los indios con respecto a una mina de oro. Historia de un negro libre y avaricia de un rico hacendado, con otras observaciones sobre la provincia de Guatemala

Los españoles han perdido un tesoro más rico que el del cobre y hierro por haber maltratado a los pobres indios que se encuentran en el camino de Acarabastlán a Guatemala, particularmente en los alrededores de un sitio llamado Agua Caliente, donde hay un río del cual sacaban los indios en ciertos lugares una cantidad de oro tal, que los españoles habían impuesto un tributo por año pagadero en oro. Pero a los españoles les sucedió lo mismo que a Valdivia en Chile, demasiado hambrientos de oro hicieron morir a los indios por no haberles querido enseñar el lugar de donde lo extraían, perdiendo de esta manera indios y tesoro a un mismo tiempo.

Hoy mismo se continúa todavía en busca de este sitio, en las montañas, en el río, y a los alrededores de todas las partes donde se imagina encontrarlo:

pero parece que la divina providencia ha permitido que este tesoro quede oculto a los españoles, para que algún día una nación, que pueda sacar más provecho que ellos, lo descubra.

En este lugar de Agua Caliente, hay un negro que vive en una hacienda que le pertenece, pasa por muy rico, y recibe muy bien a los que lo visitan. Su riqueza consiste en ganado mayor, cabras y ovejas, surtiendo a la ciudad de Guatemala y sus contornos del mejor queso que se encuentra en este país.

Generalmente se piensa que sus riquezas no provienen tanto de su renta, ganado y excelentes quesos, cuanto de este tesoro oculto que dicen serle conocido, y que él es el solo que sabe dónde está; por esto se le ha hecho ir a la Audiencia real de Guatemala; pero ha negado siempre conocerlo.

Se había sospechado de él, por haber sido esclavo en otro tiempo y haberse rescatado pagando una fuerte suma; y porque después de haberse visto libre, había comprado esta hacienda y muchas tierras anexas, y aumentado considerablemente los fondos con que había comenzado; a lo cual él respondió que siendo joven y todavía esclavo tenía un buen amo, que le dejaba hacer su voluntad, y que siendo muy económico había juntado con qué recobrar su libertad y además una casita para vivir; que Dios lo había favorecido y le había dado los medios de aumentar su caudal.

A tres o cuatro leguas de Agua Caliente hay un río llamado de las Vacas. En sus márgenes existen varios habitantes pobres la mayor parte mestizos y mulatos y viven en casas cubiertas de paja donde crían algún ganado; la mayor parte de su tiempo lo emplean en buscar arena que contenga oro, imaginándose que ellos y sus hijos serán ricos algún día, y que el río de las Vacas podrá igualarse al *Pactolo* y obligar a los poetas a hacerle tan famoso en sus versos, como lo han hecho otras veces con este último.

Desde este río se descubre al instante el más hermoso vallado de este país donde yo he vivido cinco años a lo menos; se llama valle de Mixco y de Pinola que está a seis leguas de Guatemala, y tiene cerca de cinco leguas de largo y tres o cuatro de ancho.

Este valle está lleno de haciendas, y su territorio dividido en muchas haciendas, donde se logra mejor grano que en ninguno de los terrenos de México. El abastece de trigo la ciudad de Guatemala donde se fabrica toda la galleta o bizcocho necesario para los buques que vienen todos los años al golfo. Se le llama el valle de Mixco y de Pinola a causa de los dos pueblos de indios que se llaman así, y están situados el uno frente al otro en cada lado del valle, Pinola a la derecha del río de las Vacas, y Mixco a la izquierda.

Hay muchos ricos hacenderos en este valle, pero éstos son gentes rústicas y groseras, que saben más beneficiar las tierras que manejar las armas.

No debo olvidar entre éstos uno de mis amigos llamado Juan Palomeque, a quien hubiera yo estimado más si hubiera podido obligarle a vivir como hombre y no como bestia, y más en hombre libre que como esclavo de sus riquezas.

En mi tiempo tenía éste trescientas mulas puestas en el camino del golfo, que había dividido en sus recuas y puesto al cuidado de un centenar de negros que le pertenecían y vivían en el valle de Mixco en diversas cabañas cubiertas de paja.

La casa misma en que él vivía era cubierta de paja, donde tenía mayor placer de habitar que en las que poseía en Guatemala; porque allí vivía como salvaje en medio de sus negros y esclavos y en la ciudad estaría obligado a vivir civilmente. Allí se contentaba de comer leche o cuajado, con pan negro, duro y mohoso, y tasajo, que son unas rebanadas de carne de buey muy delgadas, saladas y secas al aire y al sol, lo que acostumbraban sus esclavos llevar para comer en el camino cuando iban al Golfo. Pero si hubiera vivido en la ciudad le hubiera sido necesario imitar a las personas de distinción para conservar su reputación; pero este miserable avaro que conocía bien las ventajas de la economía, escogió para su residencia el campo en lugar de la ciudad, una cabaña por una buena casa, la compañía de los negros y esclavos en vez de la gente decente, y no obstante se le calculaban seiscientos mil pesos de caudal.

Este hombre arruinaba a todos los que establecían mulas en el camino del Golfo para fletarlas a los comerciantes y transportar las mercancías, porque como tenía mulas y esclavos propios, vigorosos y bien nutridos, podía transportar los efectos a bajo precio y ganar un tanto por ciento, mientras que los otros perdían, por tener que alquilar criados e indios para conducir sus mulas.

Era tan cruel con sus negros que si había alguno malo lo castigaba casi hasta matarlo; había entre otros un esclavo llamado Macao, por quien yo le he suplicado muchas veces pero inútilmente; las más veces lo colgaba de los brazos y lo azotaba hasta sacarle sangre de las espaldas y para curarle las heridas echaba en ellas grasa hirviendo. Lo había marcado con un hierro ardiendo en la cara, las manos, los brazos, las espaldas, el vientre, los muslos y las piernas; de manera que este pobre esclavo fastidiado de esta vida había pretendido ahorcarse dos o tres veces, lo que yo impedí siempre con mis reflexiones y consejos.

Era tan sensual y lúbrico que abusaba a su gusto de las mujeres de sus esclavos. Lo mismo hacía con las que de esta clase había en la ciudad, casadas o solteras, si eran de su gusto. Si alguna de ellas se le resistía se dirigía al amo o ama de la esclava y la compraba, dando por ella mucho más de lo que había costado, y se jactaba diciendo que él le bajaría la vanidad con un año de esclavitud.

En mi tiempo mató a dos indios en el camino del Golfo, y compuso el asunto con más facilidad con su dinero, que si hubiera muerto a un perro.

No era casado ni tenía ningún deseo de hacerlo, porque sus esclavas le servían de mujeres, y ninguna vecina osaba resistírsele; de suerte que ha llenado todo el valle de bastardos de todos colores, quienes después de la muerte de este malvado, disiparán las riquezas que ha acumulado a fuerza de avaricia y crueldad.

Además de estos dos pueblos que dan el nombre al valle hay al este y próximo al río de las Vacas una ermita que se llama nuestra Señora del monte Carmelo, que es la iglesia parroquial de todas las haciendas de los

españoles que habitan, a pesar de que ellos van las más veces a misa a los pueblos de los indios, y particularmente a Mixco, donde los españoles han establecido una rica cofradía de nuestra señora del Rosario, y los negros otra.

Hay en todo este valle como treinta o cuarenta haciendas o casas de los españoles, que dependen de esta ermita, en las que puede haber trescientos esclavos hombres y mujeres, que son negros y mulatos.

Mixco es un pueblo compuesto de trescientas familias; pero nada hay de considerable más que las riquezas que pertenecen a estas dos cofradías, y algunos indios ricos que han aprendido de los españoles a sembrar el grano y a traficar en el camino del Golfo con sus mulas.

Además de la gran cantidad de volátiles y pavos que se crían en este pueblo hay una carnicería donde se les vende la carne a los indios del lugar, a los de las haciendas, que viven en el campo y para la provisión de los esclavos que conducen las mulas de sus amos al Golfo.

No sólo Juan Palomeque tiene mulas, hay otros cuatro hermanos en este valle que se llaman don Gaspar, don Diego, don Tomás y don Juan de Colindres, que tienen cada uno sesenta, con las que trafican al Golfo, en todo el país y hasta a México mismo; pero no teniendo esclavos tienen que tomar indios a sueldo para conducirlos.

Hay a más de éstas, seis recuas de mulas que pertenecen a otras haciendas, que con las del pueblo de Mixco pueden hacer veinte atajos, o cerca de mil mulas que todas se emplean en el país para transportar las mercancías de Guatemala.

Mas volviendo al pueblo de Mixco, el paraje continuo de estas recuas, los comerciantes y los viajeros que van y vienen de España lo han hecho rico; porque este lugar no tiene otra riqueza que una cierta tierra de que se hacen muy hermosos vasos y toda suerte de vajilla como cántaros, tinajas, platonos, platos y otros trastos necesarios para el uso, en lo que los indios manifiestan que tienen mucho talento, pues saben pintar y barnizar esta loza de encarnado, blanco y otros varios colores, la que mandan vender a Guatemala y a los pueblos vecinos.

Las mujeres de los criollos comen de esta tierra a manos llenas sin dárseles nada de alterar su salud y exponer su vida con tal de parecer por este medio blancas y pálidas.

El pueblo de Pinula es poco más o menos del tamaño de Mixco, pero mucho más agradable, más sano y mejor situado, porque está en un llano en vez de que Mixco está en una ladera que quita enteramente la vista del valle a los viajeros.

Hay también en Pinola una carnicería donde se vende todos los días carne de buey, y además se encuentran allí aves, frutas, maíz, buen trigo, aunque no tan bueno como el de Mixco, miel y la mejor agua que hay en los contornos: la llaman *panac* en lengua indiana, del nombre de una fruta que allí se encuentra en abundancia.

Al septentrión y al mediodía de este valle hay cuevas o laderas, la mayor parte sembradas de trigo, donde se logra mejor que en lo bajo del valle.

Al occidente hay otros dos pueblos más grandes que Mixco y Pinola, llamados Petapa y Amatitlán, hasta donde hay en medio del valle algunos parajes donde es necesario subir y bajar, que ellos llaman barrancas o quiebras, donde se encuentran arroyos y hermosas vertientes, así como hierbas para el sustento de las ovejas y ganado mayor.

Petapa es un pueblo que tiene cerca de quinientos habitantes muy ricos, y que permiten a los españoles vivir entre ellos, de quienes han aprendido a vivir y a hablar con las gentes.

Por este pueblo se pasa para venir de Comayagua, San Salvador, Nicaragua y Costa Rica, y la frecuencia de los pasajeros lo ha enriquecido.

Está considerado por uno de los pueblos más agradables de todos los pertenecientes a Guatemala por su proximidad a un lago de agua dulce donde hay una gran cantidad de peces, y particularmente cangrejos y otra especie de pescado que se llama mojarra, parecido al sargo en la figura y en el gusto, con la diferencia de no ser tan grande.

Hay en este pueblo cierto número de indios a quienes se encarga la pesca para surtir la ciudad de Guatemala, y están obligados de mandar todos los miércoles, viernes y sábados, la cantidad de cangrejos y mojarras, que el corregidor y los otros magistrados, que son ocho, les hayan impuesto para cada semana.

CAPITULO IV

Descripción de Petapa, del comercio que allí se hace, de los privilegios de los indios de aquella comarca y de sus diversas cosechas

Petapa se llama así por la reunión de dos palabras indianas, la una *pet*, que significa estera, y la otra *thap*, que quiere decir agua, porque siendo una estera la que forma principalmente la cama de los indios, el nombre de Petapa, propiamente dicho, quiere decir cama de agua, en razón de que el agua del lago está llana, mansa y quieta.

Allí vive una familia que es muy respetable entre los indios, que dicen ser descendiente de los antiguos reyes del país, y que los españoles han honrado ahora con el noble apellido de Guzmán. De esta familia se elige el gobernador del lugar, el cual depende de la ciudad y de la cámara de justicia de Guatemala.

El que era gobernador cuando yo estaba en aquel país se llamaba don Bernardo de Guzmán, que había ejercido largo tiempo este cargo y se había conducido con mucha prudencia y discreción, hasta que habiendo perdido la vista de vejez lo sustituyó su hijo don Pedro de Guzmán, quien como su padre era temido y respetado de los otros indios, y si no hubieran sido dados a la embriaguez, como lo son la mayor parte de los indios, hubieran podido obtener el gobierno de una ciudad de españoles.

Aunque este gobernador no pueda llevar espada, como el de Chiapa de los indios, tiene sin embargo otros muchos grandes privilegios: puede nombrar de entre los habitantes los que quiera que le sirvan al comer y cenar, o a tener cuidado de sus caballos, ir a pescar, traer leña y hacer generalmente todo lo concerniente a su servicio. No obstante toda esta autoridad nada hacía, sea por la policía del lugar, sea por ejecución de la justicia sin el consentimiento y aviso del religioso que sirve en el lugar, que tiene tantas personas obligadas a servirle y a pescar para él, que puede vivir como un obispo.

Los indios ejercen allí también la mayor parte de los oficios necesarios en una república bien establecida, y se hallan las mismas legumbres y los mismos frutos que se dan en la ciudad de Guatemala.

El tesoro de la iglesia es también muy grande, habiendo muchas cofradías de nuestra Señora y de otros santos, cuyas imágenes están adornadas con coronas, cadenas y brazaletes de valor, además de las lámparas, los incensarios y los candeleros de plata que sirven para los altares.

La fiesta principal del lugar es el día de San Miguel, y se tiene una feria a la que concurren todos los comerciantes de Guatemala para vender y comprar.

La tarde de ese día y el siguiente hacen corridas de toros, lo que sirve de diversión así a los españoles como a los negros, que lo hacen a caballo, y otros indios a pie, los que estando sujetos a embriagarse no solamente arriesgan la vida sino que la pierden muchos de ellos.

Además de esta feria que se hace en ese tiempo, hay todos los días, hacia las cinco de la tarde, un *tianguit* o mercado, en donde no hay más que los indios del lugar que comercian entre ellos.

Cerca de este pueblo pasa también un río, que no es muy profundo en algunos sitios, pudiéndolo pasar fácilmente; y les sirve para regar sus jardines y campos, y hacer andar un molino que abastece de harina a la mayor parte de los habitantes del valle, yendo allí a hacer moler su trigo.

A una media legua de este pueblo existe una rica hacienda y un molino de azúcar, que pertenece a un llamado Sebastián de Zavaletas, vizcaíno, que se hallaba muy pobre cuando llegó a este país, y estaba al servicio de un paisano suyo; pero su industria y trabajo le proporcionaron los medios de comprar una o dos mulas que le servían para negociar en el país, hasta que su fortuna le permitió comprar una recua entera de sesenta; con esto se enriqueció tanto que se hizo dueño de muchas tierras en los alrededores de Petapa, tierras muy propias para cultivar el azúcar, y lo hizo con tanto acierto, que pudo edificar en este sitio una casa magnífica a donde van con frecuencia a divertirse la mayor parte de las personas de consideración de la ciudad de Guatemala.

Todos los años fabrica una gran cantidad de azúcar, vendiendo una parte en el país, y mandando el resto a España.

Por lo regular se encuentran en su hacienda, sesenta esclavos y da en su casa muy buenas comidas, lo que le hace pasar por generoso y magnífico: así es que se dice que posee a lo menos quinientos mil ducados.

A media legua de su casa se encuentra un ingenio de azúcar llamado vulgarmente trapiche, propiedad de los agustinos de Guatemala, donde hay cerca de veinte esclavos: se llama trapiche, porque con las máquinas que allí existen no se puede moler una cantidad de azúcar tan grande, como con uno de los molinos que los españoles llaman ingenios.

A una legua de este pueblo se encuentra el de Amatitlán, cerca del cual hay un ingenio o molino de azúcar más grande que el de Zavaletas, y llamado el molino del Consejo por llamarse así el que lo hizo construir: hoy en día pertenece al jefe de la casa de postas de Guatemala llamado Pedro Crespo.

Este sitio se parece a un pequeño pueblo a causa del número de cabañas y casas cubiertas de paja de que se compone, donde habitan los esclavos negros dependientes del ingenio, que son más de ciento entre hombres, mujeres y niños; pero la casa del amo está bien edificada, espaciosa y capaz de poder alojar más de cien personas.

Estas tres haciendas de azúcar estando cerca de Guatemala contribuyen mucho a su riqueza y a su comercio con la España.

Aunque no haya tantos españoles en Amatitlán como en Petapa hay en recompensa mayor número de indios: sus calles están bien dispuestas, son anchas, derechas y regulares, pero no están empedradas, de suerte que se anda sobre la tierra o arena fina.

También se goza allí de la comodidad del lago mandando sus habitantes pescado a Guatemala los mismos días que lo hacen los de Petapa.

Este sitio está fuera del camino, pero sus habitantes no son por eso menos ricos que los de Petapa, porque ganan mucho con los que van a tomar allí los baños tanto del campo como de la ciudad de Guatemala; habiendo ciertas aguas calientes muy estimadas y sanas que son muy célebres.

Además se enriquecen también por la sal que hacen, o más bien que se recoge en los bordes del lago, donde todas las mañanas aparece sobre la tierra como una gelatina blanca, que los indios purifican después, de suerte que se vuelve muy blanca y propia para el uso ordinario.

Sacan además mucho provecho de las mulas de los alrededores del valle, pues las traen a pacer a esta tierra salada un día o una mañana entera, pagando cada mula cinco sueldos por día. Se sabe por experiencia que ésta las hace fuertes y vigorosas, y les vale más que ninguna medicina ni la misma sangría.

Además hacen mucho comercio de algodón y frutas, de que abundan mucho. La plaza del mercado es bastante bonita y sombreada por dos olmos extremadamente grandes, bajo los cuales los indios se reúnen todas las tardes para comprar y vender sus géneros.

La iglesia está bastante bien edificada y tan hermosa como la primera de Guatemala; es tan rica y magnífica que los religiosos del orden de Santo Domingo se vieron precisados a hacer en 1635 un priorato, cuya autoridad se extiende sobre todos los otros pueblos del valle, y a edificar un monasterio muy suntuoso, en el cual había en mi tiempo un cofre con ocho mil ducados para los gastos ordinarios, que sin duda alguna habrán aumentado mucho de ese tiempo acá.

Una vez que el lector conoce todo el valle de Mixco, Pinola, Petapa y Amatitlán, que no cede en riquezas a ninguna otra dependencia de Guatemala, no debo pasar en silencio una doble cosecha de trigo que se hace en este valle. La primera es de un trigo pequeño llamado tremesino, palabra compuesta en español de dos palabras *tres* y *meses*, o del latín *tres menses*, porque tres meses después de sembrado se encuentra ya maduro y en disposición de cortarse; de suerte que sembrándolo a fines de agosto, se le siega ordinariamente a fines de noviembre. Y aunque parece que por ser pequeño debería dar poca harina, sin embargo produce tanta como las otras especies de trigo, y el pan que con ella se hace es blanco; pero no se puede guardar por largo tiempo porque se pone bien pronto duro.

La otra cosecha, que es de dos especies de trigo, blanco y rojo como el trigo de Candía, sigue a la del trimestre: porque un poco después de la Natividad se mete la hoz en los campos, donde no solamente recogen el trigo, sino que en lugar de engavillarlo y encerrarlo en la troje lo trillan con caballos en las eras hechas con este objeto.

Cuando el trigo está trillado y separado de la espiga a fuerza de ser pisado por los caballos, que se les azota incesantemente para hacerlos dar vueltas al rededor de las eras sin pararse, se hacen salir los caballos, y se avienta metiéndolo después en sacos para encerrarlo en los graneros, dejando la cascarilla y la mayor parte de la paja en los campos, donde se pudre, y la consideran bastante buena para abonar las tierras.

Un poco antes de las primeras lluvias ponen fuego a los campos, quemando de esta manera la paja, y reduciéndola a cenizas, las cuales se humedecen con el agua y abonan la tierra por este medio, que ellos estiman el mejor y el más útil que pueden encontrar para ello.

Otros que quieren cultivar un pedazo de tierra nuevo y que está boscoso, hacen cortar los árboles, y aunque ellos sean propios para la carpintería y hacer toneles, ni venden ni un pie, ni se cuidan de llevarlo a Guatemala, a pesar de que muchas veces puede haber por más de doce mil francos de madera, si ella estuviera en Inglaterra; pero hay allí tanta que el porte les costaría más de lo que pudieran sacar.

Después que han abatido los árboles los dejan secar, y antes que las lluvias de invierno comiencen, ponen fuego a todo el campo para hacer quemar la madera, cuyas cenizas vuelven a la tierra tan pingüe y fértil, que en lugar de que en Inglaterra nosotros sembramos tres fanegas o más de trigo en una fanegada, allí es bastante con una fanega y las más veces menos; porque de otra manera vendría demasiado espeso y apiñado, y perderían su cosecha.

Hacen también lo mismo con los pastos del valle, poniendo fuego a los campos hacia el fin de mayo, época en que estando la yerba corta se marchita y seca. Esta quemazón hace parecer al valle todo negro y desagradable; pero después que ha llovido dos o tres veces, la tierra, tomando su primera verdura, invita al ganado, que mientras tanto se ha llevado a pacer a otra parte, a venir y tomar allí nuevo alimento y a reposarse a su gusto sobre aquellos verdes y hermosos tapices.

Pero ya es tiempo de que yo vuelva al otro lado de este valle al río de las Vacas, de donde he comenzado a hacer la vuelta, y que hace esta larga digresión del este al oeste hasta el pueblo de Amatitlán, que es el más lejano, a fin de hacer ver al lector el poco camino que resta hasta Guatemala.

Es verdad que después de la ermita de Nuestra Señora hay un camino estrecho en medio del valle que va casi hasta Amatitlán, y que volteando después remonta sobre una montaña a mano derecha; pero como tiene muchas subidas y bajadas y diversas barrancas enfadosas que pasar, no es este el camino más ordinario y frecuentado viniendo de la ermita a la mano derecha de Mixco, que no dista más que cinco millas de Guatemala.

De Mixco el camino va subiendo sobre una costa, y conduce a un pueblo un poco más grande que éste, llamado San Lucas, donde hace frío, de suerte que esta temperatura lo ha hecho rico, se han establecido en él los graneros de la ciudad de Guatemala.

El trigo del valle no se puede guardar por largo tiempo sin que se eche a perder a causa de ciertos gusanos que se engendran en él, que llaman *gorgojos*. El clima es tan templado en aquel lugar de San Lucas, que el trigo se guarda dos y tres años después de trillado, con tal que se tenga cuidado de voltearlo de tiempo en tiempo; y si está bien apretado, se aumenta de tal suerte, que como yo mismo lo he experimentado en el mismo lugar, al fin del año si había doscientas fanegas de trigo en un granero se encontraban cerca de doscientas veinte. Por esto se llevan a este pueblo la mayor parte de las cosechas del valle, y está lleno de graneros, que ellos llaman *trojas*, las cuales no tienen suelos de tierra sino una tarima hecha de tablas, levantada del suelo cerca de un pie o dos, y cubierta de esteras. Aquí se pone el trigo donde los comerciantes ricos de la ciudad lo guardan dos o tres años, hasta que encuentran el precio que desean.

De este lugar a Guatemala no hay más de tres leguas cortas y una sola *barranca* o quiebra; sobre el camino se encuentran de un lado y otro pueblecitos, que ellos llaman *milpas*, donde puede haber cerca de veinte cabañas.

En medio del camino hay una cuesta de donde se descubre toda la ciudad y la domina de tal modo que con dos piezas de cañón se podría tener en alarma a toda Guatemala.

Además de esta cuesta donde está el gran camino, hay otras montañas a derecha e izquierda, que se aproximan más a la ciudad, y sin duda se podría incomodar mucho a ésta con el cañón en caso de que la alta costa se encontrara estar muy retirada.

Cuando se ha bajado al fondo de la montaña, se encuentra un ancho y hermoso camino, mas a lo mejor se estrecha entre las montañas cerca de un tiro de flecha, y este lugar es muy molesto a causa de las piedras y algunas rocas pequeñas que se encuentran en un arroyo, que descende de la montaña y entra en la ciudad; pero en el lugar donde hay una pequeña ermita llamada de San Juan, el camino se ensancha poco a poco y descubre Guatemala, que presenta una perspectiva agradable a los viajeros que desean reposar,

por la blandura de un camino arenoso y por la verdura agradable de las calles de árboles que encuentran hasta entrar en la ciudad, estando siempre libre a todos los que van y vienen, sea del lado del monasterio de los dominicos, sea del lado de la iglesia y convento de las religiosas de la Concepción.

Después de haber conducido al lector desde el golfo de Guatemala, y haberle manifestado todo lo que allí hay de más remarcable, nada diré en este sitio de los otros lugares que dependen de esta ciudad hacia Nicaragua del lado del mediodía, habiendo ya descrito el camino hasta Realejo, lo haré cuando hable de mi vuelta, la que hice por aquel lado.

Réstame ahora describir el país de Vera Paz y el camino que a él conduce.

CAPITULO V

Descripción de Vera Paz, y de una nación que los españoles no han podido aún sujetar, historia de un religioso que hizo un viaje allí, con otras muchas particularidades

Vera Paz se llama así porque los indios de aquel país, habiendo sabido que los españoles habían conquistado Guatemala y sus contornos, se sometieron a ellos pacíficamente y sin resistencia.

Antiguamente aquel país era una diócesis, donde había un obispo exclusivamente, mas ahora está unido al de Guatemala.

Está gobernado por un Alcalde mayor o Presidente mandado de España, que depende de la corte de justicia o de la real Audiencia de Guatemala.

La capital de esta provincia se llama Cobán donde hay un monasterio de religiosos del orden de Santo Domingo, y es la residencia ordinaria del Alcalde mayor.

Los españoles todavía no han acabado de conquistar aquella provincia, a pesar de los combates que hayan dado para lograrlo contra aquellos pueblos bárbaros e infieles que están entre esta provincia y la de Yucatán.

Los españoles hacen todo lo que pueden para lograrlo a fin de poder ir libremente por ese país a una ciudad llamada Campin, de la pertenencia de Yucatán, y poder establecer el comercio por tierra con aquella provincia, que se cree ser muy ventajoso al país y a la ciudad de Guatemala, y una vía más segura para conducir sus mercancías a la Habana que por el Golfo, porque por lo común los navíos que salen de éste con dirección a la Habana son aprehendidos en su tránsito por los holandeses; pero hasta ahora no lo han podido lograr, porque siempre han encontrado tanta resistencia de parte de estos bárbaros, que les ha sido imposible sujetarlos.

Sin embargo hubo un religioso de mis amigos llamado Fray Francisco Morán que se arriesgó a ir entre estos bárbaros, y con dos o tres indios atravesó su país hasta Campin donde encontró algunos españoles que se asombraron

mucho de su atrevimiento y de cómo había osado exponer su vida por aquel camino. Este volvió a Cobán y de allí a Vera Paz donde hizo una narración de su viaje diciendo, que viendo estos pueblos que él hablaba su idioma, y encontrándolo dulce y comedido con ellos lo trataron con mucha humanidad; temiendo, decía él, que si le quitaban la vida, los españoles por vengarse, no los dejarían jamás en reposo hasta que no los hubiesen exterminado enteramente.

Dijo además que aquel país era mucho mejor que el de Vera Paz, de que son dueños los españoles, que había un hermoso valle y un gran lago en él, y a la orilla de éste una ciudad de indios, que tenía por lo menos doce mil habitantes, cuyas casas están separadas las unas de las otras.

Este religioso ha hecho después la descripción de aquel país, y ha pasado a España para manifestar a la corte el plan de hacer la conquista, en consideración a la utilidad que resultara a la ciudad de Guatemala y a la provincia de Yucatán, si alguna vez se pudiera establecer entre ambas provincias un camino de comunicación que atravesase por aquel país.

Aunque por aquel lado los españoles y la provincia de Vera Paz estén todavía limitados por este pueblo bárbaro, tienen sin embargo el paso libre por el otro lado que conduce al Golfo, donde ellos trafican con los navíos que allí arriban, a quien ellos llevan volátiles y otros víveres del país, y vuelven con vinos y otras mercancías de España a la ciudad de Cobán.

Aquel país es muy montañoso y desigual, y a pesar de que hay algunos pueblos bastante grandes no hay más que tres o cuatro que sean considerables.

Los principales géneros que allí se encuentran son el achiote, que es el mejor de todo el país de Guatemala, el cacao, el algodón, la miel, el café, la zarzaparrilla y el maíz en gran cantidad; pero no se encuentra trigo.

Hay también mucha cera, volátiles, caza y pájaros de diversos colores, cuyas plumas emplean los indios para hacer muchas cosas curiosas; pero que no igualan a las de Michoacán. Allí se encuentran también muchos papagayos, monos y macacas, que se nutren en las montañas.

El camino de Guatemala en aquel país es el mismo de que he hablado más arriba que se toma viniendo del Golfo hasta el pueblo de San Lucas, y de allá se prolonga por sobre la costa y las montañas que están al lado del valle de Mixco.

A estas montañas se les llama Sacatepeques, del nombre compuesto de *sacate* y *tepec*, de las cuales la última voz significa una montaña, y la primera hierba; de suerte que la unión de las dos significa montañas de hierba.

Hay cuatro pueblos considerables; el primero se llama Santiago donde hay quinientas familias; el segundo San Pedro que tiene seiscientas; el tercero San Juan que tiene otras tantas; y el cuarto Santo Domingo de Senaco, donde puede haber cerca de trescientas familias.

Estos cuatro pueblos son muy ricos; el clima es muy frío en los dos primeros, pero en los otros dos es más caliente. En sus alrededores hay muchas haciendas, donde se cosecha mucho trigo y maíz.

Aquellos indios tienen más valor que los de otros pueblos, y en mi tiempo estuvieron cerca de sublevarse contra los españoles, porque los trataban mal.

Los españoles son allí extremadamente ricos; y cuando yo estuve en aquel país hubo un indio del pueblo de Santiago que por pura vanidad dió seis mil ducados a la iglesia del lugar; y sin embargo se descubrió después que este miserable era un adivino y un idólatra.

Estos indios ganan mucho alquilando grandes penachos de plumas, de que ellos se sirven en las danzas que hacen el día de la fiesta titular de sus pueblos; porque hay penachos de éstos que tendrán sesenta plumas de distintos colores, y les dan por el alquiler de cada pluma, medio real, que vale cinco sueldos seis dineros, y además el valor de las plumas que se extravíen por casualidad.

Desde el pueblo de San Juan, que es el más avanzado, el camino es unido y agradable hasta un pueblecito de cerca de veinte casas que se llama San Raimundo, desde donde hay un buen día de camino que es necesario subir y bajar en las barrancas, hasta que se llega a una casilla que está sobre el bordo de un río, siendo el mismo que pasa por Acarabastlán de que ya he hablado antes. De allá se encuentra una montaña muy pedregosa y llena de peñascos, que se llama la montaña de Rubinal, donde han hecho escalones en la roca para la comodidad de las mulas, que por poco que ellas resbalasen a un lado caerían desde lo alto de las peñas y se harían mil pedazos; pero este peligro no dura más que legua y media, y se encuentra un hermoso valle que se llama de San Nicolás, a causa de una hacienda que tiene el mismo nombre perteneciente al convento de los dominicos de Cobán.

Aunque este valle no se pueda comparar con el de Mixco y Pínula, es sin embargo remarcable por tres cosas que allí se encuentran: la primera es un molino de azúcar llamado San Jerónimo, que depende del convento de los dominicos de Guatemala, y excede al de Amatitlán, no sólo en la cosecha de azúcar, que mandan por medio de mulas más allá de la montaña de Guatemala, y en el número de esclavos, que son mandados por dos religiosos, sino particularmente a causa de los buenos caballos que allí se crían, siendo los mejores de todo el país de Guatemala y muy estimados por todas las personas de distinción, que tienen placer en montarlos para pasearse en la ciudad. La segunda es la hacienda de San Nicolás que es tan acreditada por las mulas como la de San Jerónimo por los caballos. La tercera es un pueblo de indios llamado Rubinal donde hay por lo menos ochocientas familias, y donde se encuentra todo lo que se puede desear para la comodidad de la vida.

El clima es allí más caliente que frío, pero el calor es moderado y muy templado por el gran número de bellas calles de árboles que allí hay.

Se encuentran en este lugar no solamente todos los frutos de las Indias, sino también los de España, como naranjas, limones, limas agrias y dulces, granadas, uvas, higos, almendras y dátiles.

El defecto del trigo en aquel lugar no es considerable para los que prefieren el pan de trigo al de maíz, porque en dos días se les trae fácilmente de los pueblos de Sacatepeque.

En cuanto a la carne, se encuentra allí de buey, de carnero, de cabrito, volátiles, pavos, codornices, perdices, faisanes y conejos.

También hay un río que pasa cerca de sus casas, que les ministra una gran cantidad de pescado de diferentes especies.

Los habitantes de este pueblo son muy semejantes a los de Chiapa de los Indios que ellos imitan en la gallardía de montar a caballo y en toda clase de diversiones.

En este pueblo fué donde mi amigo Fr. Juan Bautista quiso fijar su residencia para vivir en reposo el resto de sus días, después de haber sido prior de diversos lugares, y en particular de Chiapa y de Guatemala, y donde él me regaló tan suntuosamente que pudo habérsele vituperado no estar bien a religiosos mendicantes querer imitar la magnificencia de los príncipes.

Desde este lugar hasta la Vera Paz, o a Cobán, que es la capital, no hay nada de considerable más que un solo pueblo llamado San Cristóbal, donde hay ahora un gran lago que no se le puede encontrar el fondo, según se dice.

Antiguamente no había tal lago, pero a causa de un gran temblor de tierra, ésta se abrió y sumergiendo muchas casas dejó un lago que ha permanecido siempre en aquel lugar.

De allí a Cobán los caminos son malos y llenos de montaña, sin embargo las mulas del país no dejan de pasarlo aunque estén cargadas.

Por último hemos recorrido el país de Guatemala en toda su extensión, donde hay muchos pueblos y mejor poblados que en ninguna otra parte de la América, y si los indios se ejercitaran en el arte militar y a manejar bien las armas, no habría en toda la América ningún lugar que fuera más fuerte en pueblo que Guatemala; mas los españoles los envilecen y maltratan dejándolos no solamente sin armas de fuego, picas y espadas sino hasta sin arcos y flechas: esto les ha quitado no solamente el ánimo, sino también la afección que hubieran podido tener por ellos; de suerte que los españoles deben temer por cierto que si se hiciesen incursiones para invadir el país, esta gran multitud de indios serían otros tantos contrarios que tomarían partido por los enemigos, o en el caso de quedar fieles no les servirían de nada.

CAPITULO VI

Descripción del estado en que se encuentran hoy día los indios del país de Guatemala, sus costumbres y manera de vivir desde la conquista y particularmente de sus fiestas anuales

El estado o condición de los indios del país de Guatemala es tan lamentable y digno de lástima, como todos los demás pueblos de la América: pudiéndose decir de ellos en alguna manera lo que el primer capítulo del Exodo, versículo séptimo, dice del pueblo de Israel, que eran fértiles, crecían y se multiplicaban abundantemente, de suerte que se hacían fuertes y llenaban el país: por eso es que Faraón dice a sus vasallos en el versículo décimo;

"es necesario gobernarse sabiamente con ellos, de miedo que no lleguen a multiplicarse, y que cuando llegue alguna guerra no se unan a nuestros enemigos y combatan contra nosotros". Por eso les pusieron vigilantes para hacerlos trabajar, fabricando ladrillos, mezcla y otras obras, con tanto rigor y severidad que esta servidumbre les hizo la vida pesada y les obligó a implorar la asistencia del cielo para deshacerse de ella.

Aunque hay alguna diferencia entre el pueblo de Israel y los indios, sin embargo la comparación tiene alguna relación con respecto a la opresión de unos y otros, y en la manera de tratarlos, para que no puedan multiplicarse más de lo que se desea.

Es cierto que los indios sufren mucho bajo la servidumbre de los españoles, sin embargo se multiplican todos los días y aumentan en riquezas: de suerte que se teme no se hagan demasiado fuertes, y se subleven ellos mismos, o bien se unan a los extranjeros para ir contra los que los tiranizan.

De cualquier manera que sea, por temor o por celos, no se les permite el uso de ninguna especie de armas, ni aún de arcos y flechas de que se servían en otro tiempo sus abuelos.

Aunque los españoles no tienen temor alguno por este lado, sin embargo cuando una nación extranjera intente conquistar este país, seguramente no tratará de enseñarlos por la misma razón; por consiguiente la política de que han usado los españoles para debilitar a los indios traerá consigo toda su ruina y destrucción. Porque siéndoles inútil para la guerra esta multitud de indios desarmados, y necesitando una reserva para los que quedan en las ciudades, encontrándose esparcidos aquí y allá en esta vasta extensión de país, no parecerían sino un puñado de gente contra un mediano ejército. Aún hay más, entre todas estas gentes habrá pocos que sean propios para las armas, y este pequeño número no será capaz de hacer una gran resistencia no teniendo artillería alguna.

Si a todo esto se agrega el que los negros e indios, que han sido tan maltratados, y que por eso han aprendido siempre algo, se juntan con los extranjeros, claro está que los españoles no podrán evitar su ruina, estando atacados al mismo tiempo dentro y fuera.

Por eso puede decirse cuán infundado es el pensar que hoy es más difícil el conquistar la América que en tiempo de Cortés, teniendo que combatir con los españoles y los indios, siendo así que en otro tiempo no había más que pobres indios desnudos. Y sostengo que esta opinión es falsa: porque entonces los indios estaban aguerridos con las guerras que se hacían los unos a los otros, y sabían servirse muy bien de sus arcos, flechas, dardos y otras armas, pareciendo además extremadamente atrevidos y valientes en los combates, según resulta de sus historias.

Hoy día no tienen ánimo alguno, tiemblan de miedo cuando oyen tirar un mosquetazo; esto proviene de que están desarmados y oprimidos por los españoles, que los hacen temblar con un gesto o una mirada, de suerte que no hay medio alguno de instruirlos en el estado en que se encuentran.

Tampoco debe temerse a los españoles, quienes en todos los vastos Estados de Guatemala no podrían hacer una leva de cinco mil hombres propios para la guerra. Tampoco podrían defender tantos pasajes y entradas como hay en diversos sitios de este país tan fácil de conquistar, porque siendo tan grande, mientras que el español esté ocupado en un sitio, su país podrá ser atacado y aún tomado en otros por los extranjeros.

Sus mismos esclavos se ligarán contra de ellos en esta ocasión a fin de adquirir su libertad; en una palabra los criollos que ellos maltratan tanto, se alegrarán de poderse librar de su tiranía, prefiriendo más bien vivir en libertad bajo la dominación de un pueblo extranjero, que ser por más largo tiempo oprimidos por los de su misma nación.

La condición de los indios de este país es tan miserable que, aunque los reyes de España no hayan querido jamás consentir a hacerlos esclavos como se ha solicitado varias veces, sin embargo su existencia es tan miserable como la de éstos. Yo he conocido algunos que después de haber servido a los españoles, de los cuales no habían recibido otro salario que golpes y heridas, se metían en la cama resueltos a morir más bien que sufrir por más tiempo una vida tan llena de miserias, rehusando todos los alimentos que sus mujeres les representaban, prefiriendo dejarse morir de hambre a vivir tan abatida y desgraciadamente.

Verdad es que ha habido muchos que escuchando mis exhortaciones se han dejado persuadir de vivir sin nada más bien que dejarse morir ellos mismos; pero ha habido otros también que han despreciado mis amonestaciones y se han muerto así miserablemente.

CAPITULO VII

Método que los españoles observan con respecto al servicio que sacan de los indios, y cuál es su conducta con ellos

Los españoles que viven en este país y particularmente los hacendados del valle de Mixco, Pinola, Petapa y Amatitlán y los de Sacatepeque, han representado como todo su comercio y trabajo tendiendo al bien del Estado, y no habiendo bastantes españoles para hacer todas las obras necesarias en un país tan grande, y no teniendo todos los medios de comprar esclavos y negros, se encuentran en la necesidad de servirse de indios dándoles un salario razonable. Por esto se mandó que se distribuyese un cierto número de trabajadores indios todos los lunes o los domingos por la tarde, y que serían repartidos entre los españoles según la calidad de sus haciendas o empleos; tanto para la cultura de sus tierras como para conducir sus mulas y ayudarles en lo que cada uno pudiese tener necesidad en sus ocupaciones.

De suerte que en cada distrito hay un oficial para esto, que llaman juez repartidor, el cual según la lista que tiene de las casas y haciendas de los

españoles, está obligado a darles un cierto número de indios todas las semanas: cosa muy cómoda para el presidente de Guatemala y otros jueces para poder hacer adelantar a sus criados dándoles ordinariamente estos destinos.

Ellos nombran el pueblo o sitio donde deben juntarse los domingos o lunes, donde se encuentran con todos los españoles de este distrito.

Los indios de los pueblos deben también por su parte tener dispuesto el número de trabajadores que están obligados de ministrar cada semana por orden de la corte de Guatemala, que son conducidos a la asamblea general por un oficial indio de su misma ciudad. Cuando han llegado a este sitio con todos los útiles necesarios para el trabajo, como azadones, palas, picos, hachas y víveres para alimentarse una semana, que regularmente son tortas secas de maíz, budín, frijoles, o judías, un poco de chile o pimiento largo, y algunos pedazos de carne fría para uno o dos días, con la cama sobre las espaldas que no es otra cosa más que una manta de lana gorda con que ellos se embozan para acostarse sobre el suelo; los encierran en la casa de la ciudad dándoles al uno algunos palos y a otros bofetones y puntapiés si no quieren entrar.

Cuando están todos unidos y la casa de la ciudad llena, el oficial o juez repartidor llama a los españoles según el orden en que están en la lista, y al mismo tiempo tantos indios cuantos la corte le ha ordenado. Hay que deben tener tres o cuatro, y otros quince o veinte según su necesidad y el trabajo que tienen que hacer. De esta manera se distribuye a cada uno de los españoles los indios que debe tener hasta que no queda uno.

Concluida esta distribución los españoles quitan una manta u otra alhaja a cada uno de sus indios, para que sirva de prenda, por temor de que no se vayan y dan al oficial que ha hecho el reparto, por sus derechos, medio real de a cinco sueldos por cada indio, lo que les vale mucho al año: porque hay oficialés de éstos que tendrán tres o cuatrocientos indios para distribuir cada semana.

Si un español se queja de que algún indio se le ha escapado, y no le ha servido la semana entera, se le hace buscar hasta que se encuentra, y después se le ata de los brazos a un poste en la plaza del mercado donde se le azota públicamente sobre las espaldas.

Mas si un pobre indio se queja de que los españoles le han engañado y hurtado su pala, hacha, pica, su frazada o sus salarios, no se hará ninguna justicia del español que habrá robado o engañado al pobre indio, aunque es muy justo que se les haga justicia igual a los unos como a los otros.

De esta manera se venden los indios cada semana como esclavos por cinco sueldos seis dineros cada uno, sin permitirles por la noche ir a ver a sus mujeres, aunque el lugar en donde trabajan no diste más de mil pasos del pueblo de su residencia; mas hay otros que llevan a tres o cuatro leguas más allá y no se atreven a volverse sino hasta el sábado en la noche después de haber ejecutado cuanto a su amo se le antoja mandarles.

Es tal el salario que se les da que apenas se pueden sustentar con él; porque no llega a cinco sueldos por día lo que les corresponde no teniendo más que veinticinco sueldos por semana en todo.

Este orden se observa en la ciudad de Guatemala y en los pueblos de los españoles, donde se da a cada casa los indios que necesita para llevar agua o leña y otras cosas necesarias, y con tal objeto están obligados los pueblos vecinos a ministrar indios, como he dicho arriba.

No hay un verdadero cristiano que crea al ver el mal trato que se da a estos miserables por ciertos españoles en la semana, que están a su servicio. Hay algunos que van a abusar de sus mujeres cuando los pobres maridos están ocupados en labrar la tierra de otros que los azotan, porque les parecen demasiado perezosos, o que les dan de cuchilladas o rompen la cabeza por haberse querido disculpar de sus acusaciones, o bien les roban sus instrumentos o privan de una parte o del total de sus salarios, diciéndoles que ellos pagan medio real por el servicio que deben hacer y que no habiéndolo hecho no están obligados al pago.

Yo he conocido algunos que tenían por costumbre, cuando ya habían sembrado su trigo y que casi no tenían en qué ocupar a los indios, retener en su casa a todos los que les habían dado para la siembra, y sabiendo bien la afección que estas pobres gentes tienen de volver a su familia, después de haberles hecho cortar leña el lunes y martes, el miércoles les preguntaban ¿cuánto querían darles por dejarlos ir? y de esta manera sacaban de unos un real y de otros dos y tres, de modo que no solamente se hacían surtir de leña para su casa, sino que sacaban también bastante dinero para comprar carne y chocolate para quince días, viviendo ociosamente a costa de estos pobres indios.

Hay otros también que se los alquilan a sus vecinos, que tienen que hacer por aquella semana, en un real cada uno que ellos tienen buen cuidado de reducir de sus salarios.

También están sujetos a una servidumbre igual en todos los pueblos, porque todos los viajeros que transitan por allí pueden pedir al más próximo todos los indios que necesitan para conducir sus mulas y llevar sus equipajes, y al fin del viaje les hacen una querrela bajo cualquier pretexto y las más veces les despachan con algunos golpes por toda recompensa.

Ellos hacen cargar a estos pobres miserables por espacio de uno o dos días maletas que pesan cuatro arrobas atándoselas a la cintura y pasándoles por la frente una ancha correa atada a la misma maleta que hace que todo el peso de este fardo caiga sobre la frente arriba de las cejas, cuya señal les queda de tal suerte que por ella se pueden distinguir fácilmente de los demás habitantes del pueblo, y porque al mismo tiempo esta correa les hace caer el pelo y los vuelve calvos de delante.

Así es como este pobre pueblo trata de ganar su vida entre los españoles; pero es con tanto dolor y agonía que las más veces piden a Dios los ponga en libertad, y no tienen otro consuelo que el que les dan los sacerdotes, aconsejándoles que sufran todo por amor de Dios y por el bien del Estado.

Los que los comandan los hacen trabajar y caminar en todas las estaciones, haya calor o frío, en los llanos, en las montañas, en los malos y buenos caminos, sin embargo de que sus vestidos no sirven más que para cubrir su desnudez y muchas veces están tan hechos pedazos que no les cubren ni la mitad del cuerpo.

CAPITULO VIII

Vestidos de los indios, sus casas, trabajos y ocupaciones domésticas, su policía y matrimonios

Sus vestidos ordinarios consisten en un par de calzones de lana o tela que bajan hasta las rodillas, andando desnudos la mayor parte del tiempo, a excepción de algunos que llevan sandalias de cuero para conservarse los pies en sus viajes, o algún par de zapatos y sin calzones, una camisa muy corta con una manta de lana o tela por encima llamada *ayate* anudada sobre la espalda y casi arrastrando del otro lado, un mal sombrero de quince o veinte sueldos que recibe el agua como el papel cayéndoles después sobre las narices y el cuello.

Otras veces llevan también consigo su cama, que consiste en esta manta de lana con la que se embozan por la noche sirviéndoles de almohada su camisa y calzones. Hay algunos que llevan también una ligera estera para acostarse; pero los que no la tienen o no pueden pedirla prestada a sus vecinos, se acuestan buenamente sobre la tierra embozados en sus mantas y duermen después de haber trabajado o andado todo el día con un fardo de cien libras sobre las costillas, como si se hubieran acostado en una buena cama:

Los que son más considerados y ricos y que no están empleados como los Tamemes a transportar fardos, o como los labradores en trabajar para los españoles, sino que viven en sus propias haciendas, y que trafican en el campo con sus mulas o tienen tienda en las ciudades y en los pueblos, y en fin los que están empleados en calidad de oficiales de justicia o policía, están un poco mejor vestidos; pues hay algunos que llevan cinta en la charretera del calzón donde ponen alguna especie de bordado en seda o hilo, como también sobre la manta que llevan sobre sí, y muchas veces también las adornan con algunas labores de plumas de diferentes colores. Algunos otros llevan calzones de tiras de tela y zapatos; habiendo muy pocos que llevan medias y cuello de camisa.

Con respecto a las camas; el gobernador más considerado de los indios o el más rico de ellos que podrá tener cosa de cuatro o cinco mil ducados, no se acostará mejor que los pobres Tamemes o portadores de fardos; acostándose muchos sobre tarimas o cañas unidas y un poco levantadas de la tierra, sobre lo cual ponen una estera muy ancha y limpia y dos bancos de madera cubiertos con su manta y camisa u otros trapos que sirven de almohada a marido y mujer, cubriéndose con una especie de sábana blanca, más gorda que la que les sirve de manta. Don Bernardo de Guzmán, gobernador de Petapa y los principales indios no tenían mejor cama que ésta. Los vestidos de las mujeres no son caros y están bien pronto puestos; pues la mayor parte van descalzas, a excepción de las que son ricas y de calidad que llevan zapatos atándolos con una cinta muy ancha. En lugar de enaguas tienen una manta de lana atada por la cintura y bordada de diferentes colores sien-

do toda de una pieza sin costura alguna y con una alforza alrededor. Nunca llevan camisa, cubriendo su desnudez con una especie de sobrepelliz llamada *guaipil*, que cuelga desde sus espaldas hasta un poco más abajo de la cintura, con unas mangas abiertas y muy anchas que no les cubren más que la mitad del brazo; generalmente este *guaipil* está adornado con algunos dibujos curiosos de algodón o plumas y particularmente sobre su seno.

Las más ricas llevan brazaletes y pendientes y sus cabellos están entrenzados con listones; no tienen gorra ni cosa alguna con que cubrirse, a no ser las más ricas que cuando van a la iglesia o a una visita llevan una especie de velo de tela de Holanda o de cualquiera otra tela fina traída de España o de la China, que les cubre la cabeza y toca casi la tierra, que atan alrededor de ellas con una cinta y es lo más caro de sus vestidos.

En sus casas y trabajos domésticos generalmente quitan su *guaipil*, descubriendo de esta manera su seno y toda la parte superior del cuerpo.

Se acuestan como sus maridos envueltas con una manta, y sus casas no son sino pobres chozas cubiertas de paja, compuestas solamente de uno o dos cuartos bajos, en uno de los cuales disponen sus comidas haciendo el fuego en el medio entre dos o tres piedras, sin chimenea ni tubo alguno para que salga el humo fuera de la casa; de manera que esparciéndose en ella el hollín se pega por todas partes a la paja del techo, lo que hace que toda la casa parezca una chimenea. El otro cuarto, tampoco está exento de humo y por consiguiente de hollín, y muchas veces hay cuatro o cinco camas, según el número de la familia; los que son pobres no tienen más que un cuarto, donde disponen su comida, comen y se acuestan.

Hay muy pocos que tengan cerraduras en sus puertas; pues no teniendo otros muebles que ollas, cántaros, platos de barro y tazas para tomar el chocolate, no tienen miedo de que los roben.

Tampoco hay ninguna casa que no tenga un baño en el patio, donde se bañan con agua caliente, que es toda su medicina cuando se encuentran un poco indispuestos.

Cada pueblo está dividido en tribus que tienen un jefe a quien se dirigen cuando se trata de algún asunto importante y difícil; estando él obligado a protegerlos, aconsejarlos en todo, comparecer por ellos ante los oficiales de justicia y pedir reparación de los daños que se les han hecho, o representar las injurias que se les quiere hacer.

Cuando alguno de entre ellos quiere casarse, el padre del joven que quiere tomar una mujer de otra tribu, se va a ver al jefe de la tribu a que pertenece, a fin de darle parte del casamiento de su hijo con una tal joven, y entonces los jefes de ambas tribus conferencian juntos sobre las condiciones del contrato. Estas conferencias duran ordinariamente tres meses, durante los cuales los padres del joven deben comprar la novia con regalos, y pagar el gasto que se hace en comer y beber cuando los jefes de las tribus conferencian juntamente con los padres de los novios, lo que dura ordinariamente todo el día.

Después de haber pasado de esta manera muchos días y muchas noches, y después de haber bien examinado la afección que una de las partes

pueda tener por la otra; si sucede que no se acuerdan sobre el matrimonio, los padres de la muchacha están obligados a restituir a los del novio todos los gastos hechos y todos los regalos.

Las hijas no tienen parte en los bienes de sus padres, y muriendo éstos todos sus muebles e inmuebles se dividen por partes iguales entre los hijos.

Si hay alguno que no tenga casa o que quiera techar de nuevo la suya, éste avisa a los jefes de las tribus, los cuales advierten a todos los habitantes del pueblo para contribuir a esta obra, estando cada uno obligado a llevar un haz de paja u otros materiales; de suerte que en un día se acaba una casa con la asistencia que se recibe de muchas personas. Además esto no les cuesta más que el chocolate que dan a beber en grandes tazas que contienen más de un azumbre; pero ellos no meten ingredientes de tanto precio como los españoles, añadiendo solamente un poco de añil y chile o pimienta largo: otras veces llenan la mitad de la taza de atole y la acaban de llenar con chocolate.

CAPITULO IX

El autor continúa a describir el modo de vivir de los indios, su comida ordinaria y diversas suertes de bebidas

En cuanto a su comida las más veces no tienen los pobres más que un plato de frijoles negros y blancos; de que hay tanta cantidad que los conservan secos para todo el año, los que ellos cuecen con chile; con lo cual se consideran bastante bien satisfechos.

También los preparan de otra manera, haciendo cocer un poco los frijoles mezclándolos después con una masa de maíz, como hacemos nosotros en Inglaterra con las uvas de Corinto en nuestros pasteles, y luego los hacen todavía cocer de nuevo juntos, y los comen después de esto cuando están aún calientes, o los guardan fríos. Pero sea que coman esto o cualquiera otra cosa siempre es o con chile verde, o bien mojándolo en agua de sal donde hay un poco de chile machacado.

Mas cuando no tienen medio de procurarse los frijoles su porción ordinaria es de tortillas, que son unos pastelillos redondos hechos con la pasta del maíz, que ellos comen calientes al salir de una tortera donde las hacen cocer al instante, volviéndose un poco sobre el fuego, y las comen después de todo esto solas, o bien con chile y sal o mojándolas en agua salada y un poco de chile machacado.

Cuando el maíz está aún verde y tierno hacen cocer la mazorca con la espiga y hojas que la cubren, y la comen después con un poco de sal. Yo he comido muchas veces, y los he hallado tan delicados y nutritivos como nuestros guisantes verdes, pero hacen aumentar la sangre.

Cuando este maíz está verde hacen todavía con él una especie de farro, haciéndole hervir con leche que ellos extraen oprimiendo el maíz después de haberlo machacado. Nunca falta a los indios, por pobres que sean, y se consideran bastante satisfechos cuando tienen suficiente.

Los pobres que viven en los pueblos donde se vende carne economizan todo lo que pueden, hasta el sábado en la noche que vienen de su trabajo, a fin de poder comprar medio o un real de carne fresca para comerla el domingo. Algunos compran de una vez una buena cantidad, y la hacen tasajos, que son pedazos de carne arrollada y atada fuertemente, que hacen de la manera siguiente:

Después que han cortado la carne de la pierna del buey, y separado de los huesos en forma de cintas, la salan y ponen al viento en sus corrales por espacio de ocho días, y por otros ocho al humo, acomodándola después en pequeños rollos que se ponen duros como una piedra, y cuando quieren guisarla la lavan, la cuecen, y después de esto la comen.

Este es el buey salado de América, que ellos llaman tasajo, de que yo he comido muchas veces. Los españoles comen también mucho, particularmente los que salen al campo a traficar con sus mulas.

El tasajo es una excelente mercancía con la que muchos españoles se han hecho ricos por el tráfico que han hecho en los pueblos donde no se vende carne, trocando a los indios el tasajo por otras mercancías, de suerte que las más veces les dan lo que vale un ochavo de carne por más de cinco sueldos de cacao.

Los ricos viven mucho mejor, porque si hay carne o pescado hacen cuanto pueden por conseguirlo, y lo comen con gran apetito, no perdonando sus pavos y gallinas por pasársela bien.

De tiempo en tiempo van también a la caza donde matan algún gamo a flechazos, y cuando lo han matado lo dejan cubierto de hojas de árbol por una semana, hasta que comienza a heder y llenarse de gusanos; entonces lo llevan a su casa y lo hacen pedazos, poniéndolo en seguida a hervir con una hierba que se da en este país, que le quita el mal olor, según ellos dicen, y vuelve esta carne tan tierna y blanca como la del pavo. Cuando está medio cocida ponen los pedazos al humo por algún tiempo, y cuando quieren comerla la cuecen de nuevo y la preparan ordinariamente con un poco de pimienta roja.

Esta es la venasón de la América, de que yo he comido diversas ocasiones, y he encontrado que la carne es corta y blanca; sin embargo no he comido mucho, no porque no tenga buen gusto, sino porque el recuerdo de los gusanos que yo había visto en ella me causaba basca.

Estos mismos indios que no tienen mucho que hacer en su casa, y que no son empleados por los españoles en la casa todas las semanas, gustan extremadamente de los erizos, que son en todo parecidos a los de Europa, aunque los nuestros no se comen entre los cristianos. Estos están llenos de agujones y picas, como los nuestros, y se encuentran en los bosques y campos donde se retiran en los agujeros, y según dicen no viven más que de

hormigas y de sus huevos, de madera podrida, de hierbas y de raíces; su carne es blanca y de tan buen gusto como la de un conejo, y tan gorda como la de una polla cebada en el mes de enero. Yo he probado también y encuentro que es una comida muy delicada; pero no quisiera yo decir lo mismo de los erizos de este país, porque lo que puede ser un veneno aquí, allá puede ser un buen alimento por algunas propiedades accidentales en el animal mismo, en las cosas de que se nutre y en el temperamento del clima.

No sólo los indios lo comen sino también los españoles más distinguidos y se estima tanto, que encontrándose ordinariamente en tiempo de cuaresma, los españoles que no quieren privarse de él, a fin de comerlo en aquel tiempo, dicen que no es carne, aunque tenga el gusto de ella y sus otras calidades, porque el animal no se nutre más que con hormigas y madera seca.

Esta es una cuestión muy agitada entre sus teólogos; porque unos son de opinión de que se puede comer en cuaresma y otros que no.

Hay también una especie de lagartos que los indios comen mucho, y que llaman iguana, los cuales se encuentran unos en el agua y otros en tierra. Son mayores que un conejo y se parecen a un escorpión en la figura, teniendo sobre el lomo escamas verdes y negras.

Los terrestres corren con tanta violencia como nuestros lagartos, trepan sobre los árboles como las ardillas, y taladran las raíces de los árboles en las paredes. Son horrorosos a la vista pero cuando se les guisa en estofado con un poco de especias, arrojan un jugo que es excelente; su carne es tan blanca como la del conejo y el lomo tiene la misma configuración.

Esta carne es muy peligrosa cuando no está bien cocida; a mí me faltó poco para morir por haber comido mucha que no lo estaba bastante.

Hay también muchas tortugas de tierra y agua que los indios comen y que los españoles encuentran muy buenas.

En general, les gusta el beber, y lo hacen buenamente con el chocolate sin azúcar ni otros ingredientes, o bien beben atole hasta reventar; pero si pueden encontrar alguna bebida que emborrache, beberán hasta que no tengan un cuarto en el bolsillo y no dejarán una sola gota.

CAPITULO X

Descripción de una bebida extraña de los indios, manera de que abusan los españoles de su inclinación a la bebida

Los indios hacen entre ellos ciertos brebajes mucho más fuertes que el vino, y los fabrican en grandes cántaros o jarros de barro traídos de España, donde echan un poco de agua llenándolos después con melaza o jugo de caña de azúcar o de un poco de miel, poniendo también para endulzarlo y darle fuerza raíces y hojas de tabaco y otras raíces que hay en este país y que saben son propias para esta operación. Yo he visto en algunos sitios

echar en los cántaros un sapo vivo. Después de esto cierran el jarro y lo dejan fermentar todo junto durante quince días o un mes hasta que esté bien fermentado, que el sapo esté consumido y la bebida haya adquirido toda la fuerza que ellos desean: entonces abren el jarro y convidan a beber a todos sus amigos, lo que hacen ordinariamente por la noche, de miedo de ser descubiertos por el cura del pueblo, y no dejan de beber sino hasta que están enteramente borrachos.

Esta bebida se llama *chicha* que huele muy mal y causa muchas veces la muerte a gran número de personas, y particularmente en los parajes donde meten sapos.

Cuando yo vivía en Mixco me avisaron de que debía haber una gran reunión en casa de un indio para tomar esta bebida, y tomando conmigo los oficiales de justicia del lugar, me fui a la casa de este indio donde encontramos cuatro de estos jarros de barro llenos de esta bebida y que debían destacarse: los hice sacar a la calle, hacerlos pedazos y arrojar esta maldita chicha que me dió un olor tan pestífero que me hizo vomitar y me puso malo durante algunos días.

Los españoles que conocen el natural de los indios y su inclinación a la bebida, los engañan muchas veces; porque aunque esté expresamente prohibido, bajo pena de confiscación y multa, vender vino en los pueblos de los indios, esto no impide que muchos españoles pobres o de baja condición y que consideran más bien el lucro que la autoridad pública, sacan el vino fuera de la ciudad de Guatemala, vendiéndolo en los pueblos de los indios a causa de lo mucho que ganan.

De un jarro de vino hacen por lo menos dos; y haciéndolo cocer con agua, miel y otras especies de drogas para darle fuerza, que no cuestan casi nada pero que emborrachan fuertemente a los pobres indios, venden esta bebida mixta como verdadero vino de España por jarros y por azumbres, pero siempre con falsa medida. Con este vino emborrachan bien pronto a los miserables indios engañándolos más fácilmente después, y haciéndoles pagar el doble, y finalmente quedándose éstos dormidos concluyen por registrarles sus bolsillos.

Este crimen es muy común entre los españoles de Guatemala, que abusan también de los indios cuando vienen a la ciudad a comprar y vender alguna cosa.

Los que tienen bodegones, que son sus tabernas y se parecen mucho a las velerías porque no venden solamente vino sino también velas, pescado, sal, queso y tocino, atraen ordinariamente a estos pobres indios a sus casas; y cuando los han emborrachado, les registran los bolsillos y los echan a palos o a bofetones si no se quieren ir.

Cuando yo estaba en Guatemala había un tabernero llamado Juan Ramos, quien habiéndose servido de estos engaños había juntado más de doscientos mil ducados en bienes y dió a su hija ocho mil cuando se casó; no pasaba ningún indio por delante de su puerta a quien él no llamase, y después de haberlo hecho entrar en su casa lo trataba siempre como llevo dicho.

Hallándome en Mixco había un español que tenía una hacienda en el valle cerca de la mía, quien había mandado a Guatemala sus criados indios con una media docena de mulas cargadas de trigo, para entregarlos a un comerciante con quien estaba convenido en el precio y que debía dar el dinero a uno de éstos que lo había servido durante seis años y siempre fielmente; habiendo sido el trigo entregado al comerciante y recibido el dinero, que montaba a ciento ocho libras, llevando cada mula seis fanegas a un escudo la fanega; al pasar este indio delante de la taberna de Juan Ramos, con uno de sus amigos, éste obró de tal manera que los hizo entrar: después de haberlos forzado a beber vino mezclado y haberlos emborrachado, registró la bolsa del que llevaba el dinero y se lo robó echándolos después de su casa; de suerte que estando todavía borrachos se vieron precisados a montar sobre sus mulas y volverse a su casa. De aquí resultó que el indio que había recibido el dinero se cayó de la mula y se quebró el cuello; el otro llegó a la casa sin compañero y sin dinero.

El amo del indio persiguió a Juan Ramos después de este suceso y le puso demanda ante los tribunales para hacerse volver su dinero; pero Ramos que era mucho más rico y se hallaba en estado de poder hacer más regalos que él, salió fácilmente del paso como lo había hecho otras veces.

Los españoles llaman a estas cosas por burla pecadillos, porque no hacen caso de esto y no tienen conciencia alguna no sólo para emborrachar a los indios y robarlos, pero ni tampoco para matarlos; la muerte de estas pobres gentes no estando más considerada ni vengada entre ellos como una oveja o un becerro que habría caído en un pozo.

CAPITULO XI

Del gobierno de los indios y de la justicia que entre ellos se ejerce

Después de haber hablado de los vestidos de los indios, de sus casas y de sus comidas y bebidas, no resta más que decir sino alguna cosa sobre las costumbres del gobierno y de la religión de los que dependen de los españoles.

Ellos han adoptado la forma del gobierno civil de los españoles, y en todos los pueblos tienen uno o dos alcaldes y otros tantos o más regidores, que son poco más o menos como los merinos y los regidores entre nosotros, o los jurados en la Guinea, y algunos alguaciles, que son sargentos o porteros, para hacer ejecutar las órdenes del alcalde o merino y de los magistrados.

En los pueblos donde hay tres o cuatrocientas familias o más, hay ordinariamente dos alcaldes, seis regidores, dos alguaciles mayores y otros seis que dependen de éstos.

Hay también algunos pueblos que tienen el privilegio de tener un gobernador indio, que es superior a los alcaldes y a todos los demás oficiales.

Todos los años se cambian estos oficiales, y se eligen otros por los indios mismos, que nombran por turnos de cada tribu o linaje por los cuales se distinguen entre ellos.

El primero del año comienzan a funcionar los nuevos nombrados, y después de ese día se hace saber su elección a la corte de Guatemala, si ellos dependen de ésta, y si no son de su jurisdicción a los primeros magistrados o gobernadores españoles de las provincias, que aprueban esta nueva elección y examinan las cuentas del gasto que se ha hecho por los oficiales precedentes, quienes llevan con ellas al efecto sus registros públicos.

Por esto cada pueblo tiene un escribano o un escribiente que de ordinario conserva su empleo por muchos años, porque se encuentran pocos indios que sepan escribir y que puedan desempeñar bien este encargo.

Este escribano tiene muchos derechos por las escrituras, las informaciones y las cuentas que hace, como los escribanos españoles; pero no tienen tanto dinero ni regalos, y las más veces esto sube a muy poca cosa a causa de la pobreza de los indios.

El gobernador conserva también ordinariamente su encargo por muchos años porque éste es siempre un hombre de calidad entre los indios, a menos de que no se quejen de su mala conducta y de que todos los indios hablen mal.

Estos oficiales en cuyas manos está el gobierno pueden castigar a todos los indios de los pueblos que cometen algún crimen o escándalo. Estos tienen derecho de condenar a la pena de multa, de prisión, de azotes y de destierro, pero no la de muerte debiendo remitir esta clase de causas a los gobernadores españoles.

De la misma manera si un español que pasa por su pueblo o que vive en él, comete una acción insolente o vive mal, ellos pueden arrestarlo y mandarlo a la cámara de justicia más cercana con una amplia información de su crimen; pero no pueden imponerle multa ni tenerlo preso más de veinticuatro horas.

Es verdad que éstos tienen este poder sobre los españoles, pero no se atreverán jamás a ponerlo en ejecución; porque un solo español hará temblar a todo un pueblo y aunque éste sea criminal, que blasfeme y que corte con su espada a los unos y a los otros, bien lejos de apoderarse de su persona les impondrá de suerte que no se atreverán ni a tocarle; porque saben bien que si lo hacen les sucederá todavía peor, sea por los golpes sea por alguna falsa información que él dé contra ellos.

Esto ha sucedido muchas veces; porque cuando los indios, en virtud del poder que tienen, se han visto en obligación de contener los excesos de algún español en sus pueblos, siempre han sido golpeados y heridos, y cuando han logrado mandar algunos a un juez o gobernador español éstos se han eximido de la pena diciendo que lo que han hecho ha sido en defensa propia, o por el servicio del rey, que los indios comenzaban a sublevarse contra la autoridad y el gobierno de España, rehusándole las cosas de que tenía necesidad para su viaje, diciendo que ellos no eran esclavos para servirle ni tampoco a los otros españoles y que esperaban ver bien pronto el fin.

Las más veces se ha dado crédito a estas falsas informaciones en perjuicio de los indios, que han sido todavía más maltratados por esto, y en lugar de hacerles justicia se les respondía que si los hubieran muerto, por haberse

rebelado de aquella manera contra el rey y sus buenos súbditos, que hubieran sido tratados como merecían, y que si no servían a los españoles que pasasen por sus pueblos, se reducirían sus casas a cenizas y se les exterminaría a ellos y a sus hijos.

Estas respuestas dadas por los jueces mismos, y el crédito que se daba a los más miserables españoles que informaban contra ellos, hace que no se atrevan a vengarse, sea cual fuere la ofensa que se les haga, no osando atacar un español, por vicioso que sea, ni servirse del poder que tienen para arrestarlo.

Si hay alguna queja entre ellos contra un indio éstos no se atreverán a hacerle nada sin haber reunido a todos sus parientes y en particular el jefe de la tribu a que éste pertenece, si él y los otros juzgan que merece la prisión, el azote o cualquiera otro castigo entonces toca al alcalde o merino y a los otros jueces el condenarlo a sufrir la pena que estos primeros hayan acordado entre ellos.

Sin embargo ellos apelan todavía de esta sentencia al cura o religioso que vive en su pueblo, a quien se someten muchas veces y a la pena que él juzga conveniente ordenarles: lo que hacen también es que muchas veces recurren a la iglesia para alcanzar justicia, estando persuadidos que su pastor entiende mejor el derecho y las leyes que ellos: así es que frecuentemente ellos anulan las sentencias dadas en el ayuntamiento, vituperan los oficiales de la parcialidad y pasión que han manifestado contra sus pobres hermanos, y ponen en libertad al que ellos han juzgado.

Esto sucede muy a menudo y particularmente si alguno de estos indios depende de la iglesia y tiene amistad con los curas, o bien a causa de sus mujeres que les lavan la ropa o les hacen el chocolate; éstos pueden vivir seguros durante todo el tiempo que el cura está en el pueblo: y si durante la ausencia del cura citan a estas gentes en justicia y los condenan a ser azotados, a multa o a prisión, lo que hacen algunas veces de exprofeso, cuando el cura vuelve están bien seguros de ser reprendidos y maltratados, y muchas veces los oficiales son azotados en la iglesia por orden del cura, no atreviéndose a hablar una palabra y recibiendo con sumisión el castigo que se les ha impuesto; porque se imaginan que este castigo viene de Dios, y que como Dios es más alto que los príncipes y magistrados seculares, sus ministros también están más altos que ellos y que todo otro poder mundano.

Estando yo en Mixco sucedió que un indio habiendo sido condenado a los azotes por algunos desórdenes que había cometido, no quiso conformarse con la sentencia, pero apeló a mí diciendo que él quería ser azotado en la iglesia por orden mía y que este castigo le aprovecharía como venido de la mano de Dios. Cuando lo trajeron delante de mí, yo no pude anular la sentencia que los indios habían dado, puesto que ella era equitabile; de suerte es que le hice dar los azotes que él sufrió muy pacientemente y alegre, después de esto me besó las manos y me dió una ofrenda en plata para darme gracias, decía él, del bien que yo había hecho a su alma.

CAPITULO XII

Artes y oficios que ejercen los indios, su exactitud y asistencia a las ceremonias de la iglesia, y sus frecuentes visitas con sus curas y otros eclesiásticos

Además de este gobierno civil, establecido entre ellos por vía de justicia, viven como lo hacen los demás pueblos bien gobernados; habiendo en la mayor parte de sus pueblos gentes que profesan los mismos oficios que los españoles: hay cerrajeros, herradores, sastres, carpinteros, albañiles, zapateros y otros.

Yo emprendí una obra bastante difícil en una iglesia de Mixco donde quería hacer edificar una grandísima bóveda sobre la capilla, cosa tanto más difícil cuanto que era necesario levantar una circunferencia redonda sobre un triángulo; no me serví más que de indios del mismo lugar y de los pueblos vecinos, los cuales condujeron esta obra como hubiera podido haberlo hecho el mejor obrero de los españoles.

La mayor parte de sus iglesias son hechas de bóveda y edificadas por los indios.

En mi tiempo hicieron un nuevo monasterio en el pueblo de Amatitlán, con muchos arcos de piedra tanto en los corredores bajos como en las galerías altas, y tan perfecto y bien acabado como cualquiera otro edificado en otro tiempo por los españoles en la ciudad de Guatemala.

Finalmente es constante que si fueran asistidos por los españoles y más instruidos de lo que están, podrían formar entre ellos un Estado bien arreglado.

Son muy inclinados a la pintura, siendo ellos los que han pintado la mayor parte de sus altares y cuadros que están en las iglesias del campo.

En la mayor parte de sus pueblos hay escuelas donde se aprende a leer, escribir y cantar por música.

Según el tamaño del pueblo la iglesia tiene cierto número de cantores, trompetas y tocadores de oboe o fagot; disponiendo el cura del pueblo que un cierto oficial llamado fiscal marche delante de ellos con un palo blanco en la mano con una cruz de plata en la punta, para manifestar que es el oficial de la iglesia.

Cuando hay algún negocio que debe ser juzgado por el cura del pueblo, este fiscal o portero es el que debe hacer ejecutar la sentencia; debe saber leer, escribir y ordinariamente hace de maestro de música de la iglesia.

Los domingos y fiestas está obligado a reunir en la iglesia a los jóvenes de ambos sexos antes y después del servicio divino y enseñarles el rezo, sacramentos y los mandamientos de la ley de Dios y todos los otros artículos del catecismo.

Por la mañana, él y los otros músicos están obligados, tan pronto como oyen tocar la campana, de asistir a la iglesia para cantar y oficiar la misa que

celebran con órgano y otros instrumentos de música, y lo hacen tan bien como los españoles: deben ir asimismo a la iglesia a las cinco de la tarde, hora en que la campana los llama, para cantar la Salve.

Este fiscal que se llama el oficial, es muy considerado en el pueblo y hace más papel que los alcaldes, jurados y otros oficiales de justicia; pero también cuando el cura lo quiere está obligado de acompañarlo, de ejecutar sus órdenes y arreglar el número de los que deban ir con él cuando sale del pueblo.

El y todos los que dependen de la iglesia están exentos del servicio que los otros indios prestan todas las semanas a los españoles y de acompañar a los viajeros o servir a los otros oficiales de justicia: pero están obligados cuando llega algún cura o algún hombre de calidad en su pueblo, de salir a su encuentro y acompañarles con su música de trompetas y fagotes, y hacer levantar arcos de triunfo con ramas de árboles y flores en las calles por donde deben pasar.

Además de estos oficiales, todos los que dependen de las casas de eclesiásticos están libres del servicio de los españoles.

El cura de un pueblo cambia de criados todas las semanas, sirviéndoles los unos después de los otros, de manera que pueden tener una semana o dos para sus negocios.

Si el pueblo es grande debe tener tres cocineros, y dos si es pequeño, sirviéndole cada uno a su vez, a menos que él dé algún convite, porque entonces sirven todos.

También tienen dos o tres personas que llaman *chahals*, especie de dispenseros que guardan todas las provisiones de la casa bajo de llave y dan al cocinero lo que el cura ha mandado disponer para su comida o cena: ellos guardan también los manteles, servilletas, platos y fuentes, y ellos son los que ponen los manteles, los levantan y sirven la mesa.

Además hay otros tres, cuatro y hasta seis jóvenes si el pueblo es grande, para hacer las comisiones, servir a la mesa, y dormir en la casa cada uno a su vez; éstos comen y cenan con los cocineros y dispenseros todos los días en la casa del cura y a su costa.

También tiene algunas viejas que instruyen a una media docena de jóvenes las cuales hacen cerca de su casa tortillas, para él y su familia, que los jóvenes traen calientes y sirven a la mesa una media docena a la vez.

A más de estos sirvientes, si tiene un jardín se le deben dar todavía dos o tres jardineros, y para su caballeriza por lo menos una media docena de indios, que le deben traer por la mañana y a la noche, zacate, es decir, hierba, para sus mulas y caballos; pero éstos no comen en la casa, a excepción del palafrenero que debe estar desde por la mañana cuando el cura quiere montar a caballo. Aquéllos y los jardineros comen y cenan en la casa cuando trabajan para el cura, quien en los grandes pueblos tiene de ordinario por lo menos una docena de estas gentes que él mantiene a su costa.

Hay todavía otros dos o tres indios que dependen de la iglesia, que se llaman sacristanes, quienes están también exentos de servir a los españoles

por semana. Estos tienen cuidado de las capas pluviales y casullas de los curas, de todos los ornamentos del altar, como también de adornar éstos cuando se quiere decir misa.

Además de éstos hay otros dos o tres que ellos llaman mayordomos, quienes son los mullidores de las cofradías de la Virgen o de los santos. Su ocupación es la de salir por el pueblo a recoger las limosnas para la conservación de la cofradía; de acumular todas las semanas los huevos para el cura, y están obligados a darle cuenta de todas las limosnas que hayan reunido, y de darle todos los meses o todos los quince días dos escudos, para hacer cantar una misa en honor del santo patrón de la cofradía.

Si hay cerca del pueblo algún río o cosa semejante donde pueda pescarse, el cura tendrá tres o cuatro indios, y en algunas partes hasta media docena, para surtirlo de pescado.

Con todos estos derechos tiene además el cura las ofrendas que se hacen en la iglesia, cuando se confiesan o se celebra la fiesta de algún santo, o cuando tienen algún asunto que comunicarle; porque jamás lo van a ver por asunto sin llevarle un regalo según sus facultades.

A más del diezmo que tiene de todas las cosas, se le da una pensión mensual en dinero, que los mismos alcaldes y regidores le llevan y a quien él da un recibo sobre el registro de los gastos públicos.

Aunque esta pensión sea acordada por los magistrados españoles, y pagada en nombre del rey para predicar el evangelio, ella sale sin embargo de la bolsa de los pobres indios, o procede de su trabajo; porque se ha recogido en el pueblo de las buenas voluntades de sus habitantes, o del tributo que ellos pagan al rey o bien del producido de un cierto terreno que se siembra y cultiva en común, cuyos frutos se venden para pagarle.

CAPITULO XIII

De los derechos que los indios pagan al rey de España, y a los señores de quienes dependen

Todos los pueblos de la América que están civilizados y bajo la dominación de los españoles, pertenecen a la corona de España o a algunos señores particulares, que ellos llaman comendadores, que son descendientes de los primeros conquistadores, a quienes pagan un tributo anual en diversos frutos y otro al rey en dinero.

No hay pueblo, por pobre que sea, donde cada indio casado no pague, por lo menos, cuatro reales cada año de tributo al rey, y otro tanto a los comendadores. Mas si el pueblo no depende más que del rey, entonces pagan seis reales lo menos, y en algunos lugares hasta ocho reales por cabeza; porque los que dependen de los comendadores les dan de los productos que se encuentran en los lugares como el maíz, que se paga en todas partes, miel, gallinas, pavos, sal, cacao, mantas de algodón y cosas semejantes.

Las mantas del tributo son muy estimadas, porque son escogidas expresamente y más grandes que las otras; lo mismo sucede con el cacao, el achiote y la grana, porque siempre se separa lo mejor para pagar el tributo, pues si los indios no llevaran sus mejores producciones, es infalible que se les daría de azotes y se les obligaría a cambiarlas por otras.

Los jefes de las tribus tienen cuidado de recoger este tributo, y de ponerlo en poder de los alcaldes y regidores, quienes lo llevan a la contaduría mayor que hay en la ciudad, o al magistrado español más cercano, si el pueblo depende del rey, o bien al señor o comendador a quien el pueblo pertenece.

No he encontrado más de una sola cosa en que los españoles tienen alguna consideración e indulgencia por los indios, que es que si alguno de ellos es tan pobre, débil y enfermo que no pueda trabajar, o que haya llegado a la edad de setenta años, está exento de pagar algún tributo de cualesquiera manera que sea.

También están exentos del tributo algunos pueblos que pueden hacer constar que descenden del Estado de Tlaxcallán, o de algunas familias de México y sus contornos, que fueron los primeros que ayudaron a los españoles cuando hicieron la conquista de aquel país.

CAPITULO XIV

De las costumbres de los indios, de su fidelidad, de su respeto hacia los eclesiásticos, de su elocuencia natural, del apego que tienen aún a sus antiguas supersticiones o idolatría, y de la opinión que ellos tienen de la religión

Por lo que respecta a sus costumbres y conservación, es constante que son muy civiles y benignos, de un natural tímido e inclinado a servir, a obedecer y a hacer bien, por poca amistad que se les manifieste; pero en los parajes donde están mal tratados, son ásperos, desagradables, no quieren hacer nada y prefieren dejarse morir que vivir en esclavitud.

Los indios son muy fieles, y nunca se ha averiguado que hayan hecho un robo de importancia; de suerte que los españoles no temen de pasar la noche con ellos en un desierto, aunque lleven sacos llenos de oro.

Guardan muy bien el secreto y no quisieran haber revelado nada que pudiera perjudicar la reputación de uno de sus vecinos ni herir la reputación de un español por poca amistad que tengan con él.

Sobre todo ellos tienen un gran respeto a su cura, y cuando van a visitarlo se ponen sus mejores vestidos, y estudian expresamente un cumplimiento o discurso para hablarle.

Son muy abundantes en sus expresiones y están llenos de circunloquios que ellos enriquecen de parábolas y comparaciones para explicar sus pensamientos e intenciones.

Yo me he estado una hora entera oyendo hablar a una vieja, con tanta elegancia, en su lengua, pues en la nuestra parecería bárbaro y sin sentido, que quedé asombrado; y las más veces me instruía yo más en el conocimiento de su lengua por esto, que por el estudio que para ello hacía. Así es que si yo podía responderles con frases y expresiones que fueran parecidas a las suyas, como procuro hacerlo siempre, estaba seguro de ganar por esto su amistad y de obtener lo que yo hubiera querido pedirles.

Por lo que respecta al culto de Dios, ellos profesan en la apafiencia la misma religión que los españoles, mas en lo interior tienen mucho trabajo para creer lo que excede la razón y la naturaleza, y lo que no parece visible a los ojos.

Todavía hoy hay muchos que adoran ídolos de madera y de piedra; que son supersticiosos observando el encuentro de las bestias que atraviesan los caminos, el vuelo de los pájaros y el canto de éstos cerca de sus casas en ciertos tiempos que no tienen costumbre de venir.

Hay también muchos que están entregados a la hechicería, y a quienes el diablo hace creer que su vida depende de la de alguna bestia que ellos guardan en su poder como su espíritu familiar, y se imaginan que cuando esta bestia muera ellos deben también morir, que cuando se les persigue en la caza les tiembla el corazón y que cuando les falta aquel animal, les falta a ellos también.

Sucede asimismo que por ilusión diabólica éstos parecen en la figura de aquella bestia, que por lo regular es la de un ciervo, de un gamo, de un león, de un tigre, de un perro o de una águila; de manera que bajo aquella figura ha habido algunos a quienes se ha tirado con mosquete o fusil y que han estado heridos, como demostraré en el capítulo siguiente. Mas porque ellos ven que se pintan varios santos con animales cerca de ellos, como San Jerónimo con un león, San Antonio con un puerco y otras bestias salvajes, Santo Domingo con un perro, San Marcos con un toro y San Juan con un águila, se imaginan que aquellos santos eran de la misma opinión que ellos y que aquellos animales eran sus espíritus familiares, que se transformaban en sus figuras cuando vivían y que habían muerto al propio tiempo que ellos; de manera que aunque la opinión que ellos tienen de estos santos sea falsa, no deja por eso de afirmarlos en la religión católica, por la creencia que tienen de que ella tiene conexión con lo que ellos creen.

Esta es una de las razones por la que ellos tienen tanta veneración por aquellos santos; porque, según las pocas proporciones que tienen, hacen todo lo que pueden por comprar un cuadro y hacerlo poner en la iglesia, a fin de que sea reverenciado de todos.

Las iglesias están llenas de estos cuadros que se llevan en procesión en la punta de ciertos palos dorados, como se hace con las banderas por acá en días de fiesta.

No sacan poco provecho los curas de aquellas cosas; porque el día de la fiesta de un santo cuyo cuadro se habrá sacado en procesión aquel día, el dueño del cuadro hace un gran festín en el pueblo y da al cura tres o cuatro escudos por la misa y sermón con un pavo, tres o cuatro gallinas y el cacao

suficiente para hacerle chocolate para toda la octava que sigue. De manera que algunas iglesias, donde hay por lo menos cuarenta de estos cuadros o imágenes de santos, el cura saca por lo bajo cuatrocientas o quinientas libras por año; por eso es que el cura tiene gran cuidado de estos cuadros y de hacer advertir a los indios con tiempo el día de su santo, para que se pongan en estado de celebrar bien la fiesta en sus casas y en la iglesia.

Si no contribuyen ampliamente, el cura los reprende y amenaza de no predicarles: y si algún indio por falta de medios no puede contribuir o celebrar la fiesta en su casa y en la iglesia, el cura los amenaza de echar el cuadro de su santo fuera de la iglesia; diciendo que ésta no debe estar llena de santos inútiles al cuerpo y al alma; y que este cuadro ocupa el lugar de otro que celebraría la fiesta todos los años en la casa y en la iglesia.

Si alguna vez sucede el que a quien pertenece este santo muera y deje hijos, éstos deben cuidarlo como una porción de su herencia y hacer de manera que se celebre su fiesta. Pero si no ha dejado hijos ni herederos, el cura hace reunir a todos los jefes de tribus y a los principales oficiales de justicia, a quienes arenga, para hacerles saber que hay un lugar en la iglesia que está ocupado inútilmente por un tal santo y el palo que le sostiene: que habiendo muerto su dueño sin herederos para cuidarlo, se halla obligado a advertirles que su objeto es entregárselo en sus manos con el objeto de que lo lleven al ayuntamiento y lo guarden hasta que algún buen cristiano lo reconozca por suyo o lo compre. Al oír esto los indios, se les figura que la reprobación de Dios cae sobre su pueblo, y que los castiga por haber permitido que un santo haya sido arrojado de la iglesia; de manera que van a buscar inmediatamente al cura y le llevan regalos para que ruegue al santo por ellos: y que les fije un cierto tiempo para poder decidir sobre lo que deban hacer con el cuadro; creyendo ellos que es una vergüenza e injuria para todos los habitantes de su pueblo, el que una cosa que ha estado consagrada a la iglesia sea quitada y puesta bajo el poder de los seglares.

Después que el cura ha fijado el término al cual deben venir a verlo, le prometen encontrar algún buen cristiano, bien sea pariente o amigo del antiguo poseedor del cuadro; o bien sea cualquiera otra persona que lo comprará al cura si todavía está en la iglesia, o a los magistrados si se les ha entregado, cosa que ellos no sufren sino con mucha pena, porque se les ha dicho varios ejemplos acaecidos a otros en semejantes ocasiones; por eso es que por librarse de esto, prometen apaciguar la cólera del santo con una fiesta solemne que celebran en su pueblo y en honor suyo, a fin de que no los quiera mal por haberlo descuidado de aquel modo.

Los eclesiásticos de este país, que conocen la simplicidad de los indios, no olvidan los medios de valerse de la ocasión, y este no es uno de los más pequeños para sacar dinero: porque como creen que es una injuria para todo el pueblo, el sufrir que uno de sus santos sea arrojado de la iglesia y comprado por un seglar, ellos hacen todo lo que está de su parte para presentar al cura un hombre que tome el cuadro del santo; éste no solamente da el valor de lo que ha costado con su marco, sino también lo que era costumbre de dar el día de su fiesta.

Como a los indios se les ha enseñado que para honrar más a los santos, era necesario que les hiciesen ofrendas el día de su fiesta, los unos llevan un real o dos, o lo que es más común en Guatemala, una vela de cera blanca y en otros sitios cacao y frutas, que ponen delante la imagen del santo durante la misa.

Hay algunos que llevan una docena de velas que valen un real cada una y de menos precio, y si se encuentran solos y no se tiene cuidado, ellos mismos las encienden y las dejan arder todas a la vez, de manera que al concluirse la misa el cura no encuentra más que cabos; pero, para remediar esto el pertiguero tiene orden del cura de cuidar las ofrendas y no permitir que los indios enciendan más de una vela delante de la imagen del santo, dejando las otras delante sin encenderlas; porque se les dice que los santos gustan más ver estas velas que se les ofrece que las que están encendidas; quedándoles por este medio las otras restantes que pueden vender.

Dicha la misa el cura y los pertigueros sacan todas las ofrendas y las velas que están delante del santo, donde se encuentran muchas veces hasta veinte reales en plata y como unas cien velas que valen por lo menos cuatro pesos.

La mayor parte de los religiosos que viven alrededor de Guatemala, están por este medio tan bien abastecidos de velas como las tiendas de la ciudad.

Aunque estos religiosos venden algunas veces por mayor todas estas velas a los españoles para cobrar el dinero de un golpe, con todo eso no se fatigan mucho para deshacerse de ellas de esta manera, porque cuando los indios tienen que hacer alguna fiesta, bautismo o casamiento van a comprárselas al cura, quien por este medio vuelve a vender las mismas velas hasta cinco o seis veces a los mismos que las han ofrecido. Y como los religiosos ven que los indios tienen una grande inclinación a esta clase de ofrendas que les vale tanto, se las recomiendan mucho, particularmente en sus sermones, como pruebas de su piedad y devoción.

Aunque estos pueblos sean tan celosos y generosos para hacer ofrendas, con todo eso son tan ignorantes en los misterios de la fe que no sabrían dar razón alguna de su creencia; porque los misterios de la Trinidad, de la Encarnación de Jesucristo y de nuestra redención por medio de su muerte, son demasiado elevados para ellos; y no podrían decir otra cosa sobre el particular, sino ciertas respuestas que se les ha enseñado en el catecismo; pero si se les pregunta su creencia en los artículos de la religión cristiana, no responden nunca afirmativamente, solamente dicen que eso puede ser muy bien así.

Lo mismo sucede cuando se les enseña que el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo está real y verdaderamente presente en el sacramento de la eucaristía, y que no queda otra sustancia de pan más que los accidentes; si se le pregunta al mejor instruido de los indios si lo cree, no responderá nunca otra cosa, sino que eso puede ser muy bien así.

Una vez sucedió que viniéndome a buscar una vieja que pasaba por muy devota en el pueblo de Mixco, para que yo le administrase la comunión, e instruyéndola la pregunté si creía que el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo estaba en el sacramento que ella recibía de las manos de su ministro, no me respondió, sino que eso podía ser muy bien.

Como un poco después, con el objeto de probarla y hacerla responder más categóricamente, la preguntase ¿qué es lo que había en el sacramento que ella recibía del sacerdote en el altar, y quién estaba en él?, estuvo algún tiempo sin responder, pero precisándola a hacerlo afirmativamente, se puso a mirar todas las imágenes de los santos que estaban en la iglesia dedicada a Santo Domingo; no sabiendo qué responder y precisándola fuertemente que me dijese qué es lo que había en el sacramento, se puso a mirar el altar mayor y me respondió que Santo Domingo era el patrón de la iglesia. Esta respuesta me hizo reír de su simpleza y para probarla más la dije que ella veía que Santo Domingo estaba pintado y tenía un perro que llevaba una antorcha y un globo a sus pies. En seguida la pregunté ¿si todas esas cosas estaban en el sacramento con Santo Domingo?, a lo que me respondió que eso podía ser muy bien así: esto me obligó a corregir su error y a instruirla del asunto de que se trataba.

Ni mi instrucción ni toda la de los curas españoles han podido hasta ahora disuadirlos de sus errores, y hacerlos comprender los misterios de la fe: porque son torpes, rudos y les cuesta mucho trabajo comprender la naturaleza de Dios y de las cosas divinas, cuando ellos sobrepasan los sentidos y la razón.

Sin embargo imitan la manera de hacer de los españoles y observan todo lo que los eclesiásticos les enseñan; gustan muchas ceremonias, pero son poco inclinados a la verdadera substancia de la religión.

Como se les ha enseñado que debían hacer algún regalo al cura cuando van a confesarse, y que por este medio sus pecados son perdonados son tan exactos en este cumplimiento y particularmente en cuaresma, que ni uno solo se atrevería a ir a confesarse sin tener las manos llenas.

Los unos llevan dinero, otros miel, huevos, gallinas, pescado, cacao o cosa parecida; de suerte que las confesiones valen una buena cosecha al cura en tiempo de cuaresma.

También se les ha enseñado que cuando se presentan para recibir la comunión, es necesario que le lleven al cura un real por lo menos; de suerte que yo he conocido a algunos indios que se han estado ocho y quince días sin comulgar, hasta que han podido economizar un real para poderlo ofrecer.

Como los curas no rehusan la comunión a nadie, y obligan a todos los que han pasado la edad de doce años a venir a confesarse, es increíble cuánto les vale esto todos los años, y particularmente en los pueblos grandes, donde yo he visto algunas veces hasta mil que van a comulgar.

CAPITULO XV

De la aplicación de los indios para celebrar sus fiestas, y cómo exceden a los españoles imitándolos, cuando se ejercitan en público en ciertos días del año

Los indios son también muy exactos en observar los días de la semana santa, y tanto que los eclesiásticos hacen estaciones que ellos guardan de día y de noche y ponen un crucifijo por delante con dos vasijas al lado para recibir los simples o dobles reales que cada uno lleva de rodillas y descalzos, viniendo a besar las manos, los pies y el costado del crucifijo.

Se hace también una colectación en todas las casas de los indios para comprar los cirios que arden aquellos días delante de la estación.

Hay asimismo en todas las iglesias una arquilla de la que tiene la llave el cura donde se echa lo que se quiere dar para hacer pedir a Dios por las almas de los antepasados que están en el purgatorio; de modo que cuando el cura tiene necesidad de dinero allí lo encuentra siempre; yo he hecho abrir estas cajas a menudo y siempre he encontrado muchos reales simples, piezas de a cuatro y de a ocho reales.

Cuando se encuentran alguna cosa que otro ha perdido, si no se sabe quién es su verdadero dueño la dan al cura o la echan en la caja de la iglesia, porque se les ha hecho creer que estas cosas pertenecen a las almas de los pasados. Los indios hacen esto o bien por vanidad o bien porque el cura tenga buena opinión de ellos, cosa que no harán los españoles, quienes si se hallasen una bolsa que otro hubiera perdido la guardarían para ellos sin pensar en restituirla.

Hubo un indio que vivía en Mixco que encontró en el camino un patagón o pieza de a ocho reales, y habiendo venido a confesarse poco tiempo después me dió la pieza diciéndome, que no se atrevería a guardarla de temor de que las ánimas se le presentaran para pedírsela.

Hacen también muchas ofrendas el día de los muertos, de plata, gallinas, maíz, huevos y otras cosas semejantes, que todas son a beneficio del cura.

Un fraile que había en Petapa, para probarme esto, me decía que un día de muertos había recibido en ofrendas cien reales, doscientas gallinas, media docena de pavos, ocho fanegas de maíz, trescientos huevos, seiscientas almendras de cacao, veinte frutas de palmita y más de cien cirios, sin contar algunos panes y otras bagatelas, todo lo que reunido podía llegar a cien libras según el precio del país.

También celebran con mucha devoción la noche buena o Navidad y las Pascuas que le siguen; para esto construyen antes en un rincón de la iglesia una cabaña pequeña cubierta de paja en forma de un establo, que ellos llaman Bethlehem con una estrella cuya cola llega hasta el lugar donde están los tres magos de Oriente. En este establo ponen un pesebre con un niño de madera dentro pintado y dorado representando Jesús recién nacido, a un lado

de él la Virgen y San José del otro, completando el cuadro con un asno y un buey que también están a los lados. Arreglado de esta manera los que representan a los magos se ponen de rodillas delante del pesebre y ofrecen oro, mirra e inciensos: los pastores vienen también a ofrecer sus regalos, los unos un cabrito, un cordero o bien leche, y los otros queso, cuajada y frutas.

Se ven allí representados los campos con manadas de ovejas y cabras, y alrededor de la casilla que representa el establo hay muchas figuras de ángeles con velos, laúdes y arpas en las manos, lo que atrae una infinidad de indios a la iglesia, cuyas representaciones les agradan mucho, porque convienen a su entendimiento grosero que no puede comprender nuestros misterios sino por los sentidos.

Mas como no hay un indio en todo el pueblo que deje de venir a ver esta representación, tampoco hay ninguno que no lleve presentes ya sea en plata o en cualesquiera otra cosa.

Los curas han tenido tal destreza que para más captar la devoción de los indios y su liberalidad en ofrecer las ofrendas por el ejemplo de los santos, les han enseñado a sacar en procesión las imágenes de sus santos durante todas las fiestas hasta los reyes, al lugar donde se hace la representación de Bethlehem, para presentar allí sus ofrendas, según el número de los santos que hay en la iglesia; un día cinco, otro ocho, otro diez; y así por su orden hasta que todos hayan ido antes del día de los reyes, para hacer sus ofrendas, sea en plata o en otra cosa.

Aquel a quien pertenece el santo marcha por delante guapamente vestido aquel día con todos los de la familia, si no hay cofradía del santo, y se pone de rodillas delante del pesebre: después se levanta y quitando la ofrenda del santo la deja delante del pesebre y se retira en seguida con su comitiva.

Si hay una cofradía que dependa de aquel santo, entonces serán los bedeles o principales oficiales de la cofradía los que vendrán a hacer ese homenaje y ofrendas.

El día de los reyes, los alcaldes y todos los oficiales de justicia vienen también a rendir sus homenajes y traer sus ofrendas a ejemplo de los santos y los reyes, porque ellos representan el poder y la autoridad del rey.

En todos aquellos días hay también en el pueblo una danza de pastores que vienen la víspera de la Navidad a media noche a bailar delante de aquel Bethlehem donde ofrecen una oveja entre todos.

Hay otras danzas de personas vestidas de ángeles con grandes alas en las espaldas, lo que no sirve poco para atraer el pueblo a las iglesias por ver todas aquellas cosas.

La Candelaria o el día de la Purificación, se observa también con muchas ceremonias, porque se lleva en procesión la imagen de la virgen hasta el altar, doce de ellas ofrecen cirios y pichones o tortolillas entre las manos del cura. Todo el pueblo debe imitar su ejemplo, y cada uno trae también cirios para hacerlos bendecir, pero de cuatro o cinco que cada uno trae no lleva más de uno bendito, quedando los otros al cura de quien los indios los vuelven a comprar después, dando mucho más por éstos, que por los otros, porque están benditos.

En el día de Pentecostés dan otra representación en la iglesia, donde mientras que se canta el himno del Espíritu Santo y estando el cura en el altar con la cara vuelta al pueblo, se le deja caer sobre la cabeza una paloma adornada con flores, y por varios agujeros hechos expresamente tiran sin cesar, por espacio de media hora, muchas flores sobre la cabeza del cura, para representar los dones del Espíritu Santo a su persona, y los indios le hacen también regalos para imitar este ejemplo.

Los españoles no solamente han enseñado a los indios estas ceremonias y representaciones, sino también el modo de disciplinarse la semana santa; en lo que no sólo los imitan sino que los exceden mucho en el rigor con que se castigan hombres y mujeres; pues yo he visto a algunos no sólo desmayarse, sino morir en la iglesia por haberse dado muy fuerte la disciplina. Cuando esto sucede no da mucha pena a los curas, porque están seguros de que los parientes mandarán decir una misa por ellos, que les valdrá tres o cuatro escudos sin las otras ofrendas.

CAPITULO XVI

Diversos medios con que los españoles se aprovechan del dominio que tienen sobre los indios

No son solamente los eclesiásticos los que se enriquecen a expensas de los indios, sino en lo general todos los españoles que estando la mayor parte de ellos, oficiosos, perezosos y desafectos al trabajo se enriquecen con el de estas pobres gentes, forzándolos a hacer todos sus trabajos, como he dicho antes, los trasquilan como ovejas, y los cargan todavía con una multitud de ocupaciones inútiles, a fin de tener siempre pretexto de especular sobre ellos y pillarles lo poco que han adquirido con tanta pena y trabajo.

El presidente de Guatemala, los jueces de la cancillería o real Audiencia, los gobernadores y los presidentes de las otras provincias, se sirven de estos pobres indios también para adelantar y enriquecer a sus criados.

Hay algunos a quienes dan el empleo de visitar los pueblos y de ver lo que cada indio ha sembrado de maíz para el sustento de su familia; otros que tienen comisión de observar la cantidad de gallinas que crían: otros de visitar sus casas para ver si están en buen orden, y si las camas están bien arregladas según el número de hijos y sirvientes que tienen, y otros que tienen poder de reunirlos para componer los caminos, o la comisión de numerar las familias para saber cuántos habitantes hay en los pueblos, a fin de poder dar orden de que las tribus aumenten en lugar de disminuir.

Es necesario advertir que ninguno de aquellos oficiales va a los pueblos para ejercer su encargo sin que cada indio no le dé con qué pagar sus gastos, y sin embargo nada gastan, porque todo el tiempo que están en el pueblo se hacen llevar todas las gallinas y víveres que necesitan sin pagar nada por ellos.

Cuando éstos vienen para saber el número de los habitantes de los pueblos, llaman por lista y orden a todos los indios y hacen venir con ellos a sus hijos, varones y hembras para saber si están en estado de casarse. Si se encuentran algunos en edad de hacerlo y que no lo hayan verificado, reprenden al padre por la omisión y por haber guardado tantas personas inútiles sin contribuir al tributo del pueblo; de suerte que se le aumenta al padre el tributo a proporción de los hijos e hijas que tiene sin casar y capaces de hacerlo hasta que él haya provisto a esto, y en este caso queda descargado de esta obligación cargando con ella los hijos a su turno.

Pero a fin de que el tributo vaya siempre en aumento es necesario se casen todos los que hayan llegado a la edad de quince años; también se ha arreglado el tiempo para el matrimonio de los indios a catorce años los hombres y trece las mujeres, porque los españoles dicen que no hay nación que esté más temprano dispuesta a la generación ni que más pronto se desarrolle en conocimientos y milicia, o más propia para el trabajo que la de los indios.

Algunas veces los obligan también a casarse a la edad de doce o trece años, si ven que son bien proporcionados y vigorosos, explicando uno de los cánones, que aprueba el matrimonio a la edad de catorce o quince años, con esta condición, *nisi malitia supleat aetatem*.

Cuando yo vivía en el pueblo de Pinola perteneciente a don Juan de Guzmán, que era un hombre de calidad de Guatemala, este pueblo fué numerado, y el número de los indios tributarios se completó de aquella suerte.

Ocho días se estuvieron en hacer este padrón, en los cuales se hicieron casar cerca de veinte muchachos con otras tantas jóvenes que, con los que se habían verificado en el último padrón, hacían cincuenta familias que debían pagar tributo al comendador o señor del pueblo. Pero era una vergüenza ver cuántos había de éstos demasiado jóvenes que habían forzado a casarse a pesar de las razones que yo opuse para impedirlo, hasta presentar la fe de bautismo de éstos para hacer ver su edad; de manera que casaron a algunos que no pasaban de doce a trece años, y uno particularmente que **no** tenía doce cumplidos, pero cuyo vigor e inteligencia se juzgó que supliría el defecto de su edad. De manera que en la ley que debe ser la más libre como es la del matrimonio, los indios son tratados como esclavos por los españoles, a fin de aumentar el tributo que sacan y aumentar por este medio sus riquezas.

CAPITULO XVII

De los bailes de los indios y de sus instrumentos

Aunque los indios viven bajo el yugo y la servidumbre no dejan por eso de ser de muy buen humor y de divertirse a menudo en festines, juegos y danzas, y principalmente el día de la fiesta del santo patrón de su pueblo.

No hay en las Indias un pueblo, grande o chico, aunque no sea más que de veinte casas, que no esté dedicado a la virgen o a algún santo.

Dos o tres meses antes de la fiesta se reúnen los indios del pueblo todas las noches para prepararse a las danzas acostumbradas en aquellos días, y en estas asambleas beben gran cantidad de chocolate y chicha.

Hay una casa ordenada expresamente para cada manera de danza donde hay un maestro que va a enseñar a los otros a fin de que la sepan perfectamente antes que llegue el día de la fiesta del santo.

En todo aquel tiempo no se oye otra cosa todas las noches más que gentes que cantan, que aúllan, que dan golpes sobre conchas y que tocan fagotes y flautas. Mas cuando llega la fiesta, por espacio de ocho días se les ve bailar en público y poner en práctica todo lo que han aprendido en los tres meses en aquellas casas.

Aquel día se visten muy bien de seda y tela fina con una gran cantidad de listones y plumas según la naturaleza de la danza, que ellos comienzan en la iglesia delante de la imagen del santo patrón de su pueblo o bien en el cementerio; y durante la octava van a bailar de casa en casa, donde les dan a beber chocolate, chicha o cualquiera otro brebaje, de suerte que por ocho días no se ve otra cosa que borrachos en el pueblo, y si se les reprenden sus excesos responden que ellos se regocijan con su santo que está en el cielo y que quieren beber a su salud para que se acuerde de ellos.

La danza principal que se practica entre ellos se llama *toncontin* que algunos españoles que han vivido entre los indios han bailado delante del rey de España en Madrid para hacerle ver algunas de las costumbres de aquellos pueblos, y se dice que su majestad católica quedó muy satisfecho.

Ved aquí cómo lo bailan ordinariamente; los indios que deben bailarlo son lo menos treinta o cuarenta, según el tamaño del pueblo: todos están vestidos de blanco tanto los jubones como los calzones y ayates, que de un lado llegan a tocar la tierra: los calzones y los ayates están bordados de seda o de plumas o adornados con algún buen galón. Algunos también alquilan jubones, calzones y ayates de tafetán hechos expresamente para esto, llevan sobre la espalda grandes ramilletes de plumas de todos colores pegadas a un cierto aparejo dorado que hacen expresamente para esto y atado a sus espaldas con cintas para que no caiga al tiempo del baile. Además llevan sobre la cabeza otro ramillete de pluma, pero más pequeño que el otro, atándolo a sus sombreros o bien a una especie de casco pintado o dorado que se acomodan en la cabeza.

Tienen además en la mano un abanico de plumas y la mayor parte lo tienen también en los pies en forma de unas pequeñas alas; algunos llevan zapatos, otros no; pero están casi todos cubiertos de hermosas plumas desde los pies hasta la cabeza.

El instrumento que usan para marcar la cadencia está hecho de un tronco de árbol hueco, que es bien redondo y alisado por dentro, y por de fuera muy suave y reluciente, el cual es cuatro veces más grueso que nuestras violas, con dos o tres grandes hendiduras del lado de arriba y algunos agujeros en la extremidad. A este instrumento lo llaman *tepanabad*.

Colocan éste sobre dos sillas o sobre un banco en medio de los indios, y el maestro del baile pega en él con dos palos guarnecidos de lana en la extremidad, y cubiertos de un cuero dado con pez para contener la lana.

Aunque este instrumento produzca un sonido sordo y pesado, sin embargo el que lo toca no deja de sacar diversos tonos según el modo de dar los golpes, y por el cambio de este tono hace oír a los que bailan los movimientos que deben hacer, bien sea alargándose, bien encorvándose, o bien cuando es necesario que canten o eleven la voz.

Ellos bailan alrededor de este instrumento, los unos siguiendo a los otros, unas veces todo derecho y otras dando vueltas alrededor o no haciendo más que una media vuelta; algunas veces se inclinan de manera que las plumas que llevan en la mano tocan por tierra, y en esta postura cantan la vida del patrón de su pueblo o de algún otro santo.

Este baile no es otra cosa más que una especie de marcha en círculo, que hacen durar dos y tres horas en un mismo sitio, y después se van a hacer lo mismo a otra casa.

Los jefes y principales del pueblo son solos los que bailan este Toncontín, que es la danza que ellos practicaban antes que fuesen cristianos; no hay nada de cambiado, sino que en lugar de las alabanzas a sus falsos dioses cantan la vida de los santos.

Muchas veces practican también otra especie de baile, que es como una caza de bestia salvaje, que en otro tiempo se sacrificaba a sus falsas divinidades y que hoy día ofrecen al santo que tienen por patrón.

Se sirven de una gran diversidad de cánticos y tono en esta danza con un pequeño tepanabad y muchas conchas de tortuga, o bien con jarros cubiertos de cuero sobre los cuales pegan como sobre el tepanabad, acompañando con flautas.

Cuando bailan esta danza gritan y hacen gran ruido hablándose los unos a los otros, como en una comedia, los unos cuentan una cosa, los otros otra y siempre con referencia a la caza de la bestia.

Todos están disfrazados en bestias, los unos tienen pieles pintadas en forma de león, los otros de tigres y lobos, y teniendo sobre la cabeza gorros hechos como la de estos animales; o bien se disfrazan en águila y otros pájaros de rapiña.

También llevan en la mano palos pintados figurando dardos, espadas y hachas, con lo que amenazan de matar a la bestia que persiguen: otros en lugar de cazar a una bestia persiguen a un hombre, como si estuviese perseguido por bestias salvajes en un desierto para devorarlo. El que está así perseguido debe ser muy ágil y ligero en la carrera, como un hombre que corre para salvar su vida, pegando aquí y allá sobre estas bestias que corren detrás de él, pero que al fin lo cogen y comen.

Como el Toncontín consiste en marchar y dar vueltas a voluntad, y a extender poco a poco el cuerpo, esta danza al contrario está llena de acción, tanto corriendo al rededor de un círculo y algunas veces fuera, tanto formando y tocando instrumentos que llevan en la mano; lo que hace que esta diversión es muy enfadosa, llena de ruido, y donde no me he divertido jamás.

Todavía se sirven en México de otra suerte de baile, donde los unos se visten de hombre y los otros de mujer.

En tiempo del paganismo se servían de esta diversión para cantar alabanzas a su rey y emperador; pero hoy dice aplican estas canciones al rey de la gloria o al santo sacramento, sirviéndose ordinariamente de estas palabras o de otras análogas:

*Salid mexicanos, bailad toncontin,
Cantan las galanas en cuerpo gentil.*

y se repite:

*Salid mexicanos, bailad toncontin,
Al rey de la gloria tenemos aquí.*

De esta manera bailan en círculo, tocando sus guitarras, repitiendo todos a un tiempo una coplilla, o dos de tiempo en tiempo, y llamando a las señoras de México para venir a cantar con ellos las alabanzas al rey de la gloria.

Además de estas danzas bailan también nuestras zarabandas y las de los negros con castañuelas: pero el baile que atrae más al pueblo y lo que más le atolondra, es una tragedia que representan bailando, que consiste muchas veces en la muerte de San Pedro o en la de San Juan Bautista.

Allí se representa al emperador Nerón, al rey Herodes con sus mujeres, vestidas magníficamente; y otro personaje con un vestido talar que representa San Pedro o San Juan Bautista, el cual mientras que los otros bailan se pasea en medio de ellos con un libro en las manos como si leyese oraciones; todos los que bailan están vestidos de capitanes y soldados con espadas, puñales y alabardas en las manos.

Bailan al son de un tamborcillo y algunas flautas; algunas veces al rededor y otra adelante, hablando muchas veces al emperador o al rey y después entre ellos, con el objeto de coger y hacer morir al santo.

El rey y la reina se sientan muchas veces para oírlos hablar contra el santo, y para oír también sus defensas; después bailan con los otros.

El fin del baile es crucificar a San Pedro con la cabeza abajo y cortar la de San Juan Bautista, teniendo dispuesta al intento una cabeza pintada en una fuente que presentan al rey y a la reina, quienes de contento bailan después todos juntos, concluyendo por quitar de la cruz al que representaba la persona de San Pedro.

La mayor parte de los indios tienen una especie de superstición y de apego a lo que hacen en este baile, como si hubiese allí alguna realidad o algo más que la representación de la historia.

Cuando yo me hallaba entre ellos, el que había representado a San Pedro o San Juan Bautista, tenía siempre costumbre de venir a confesarse el primero, diciendo que debían estar puros y santos como el santo que habían representado, y que se debían preparar para morir.

De la misma manera, el que había representado el personaje de Herodes o de Herodías y los soldados que durante el baile habían acusado o hablado contra los santos, venían también a confesar su crimen y a pedir la absolución.

En el capítulo siguiente diré todavía cosas muy remarcables de los indios, que yo he aprendido mientras he vivido entre ellos.

CAPITULO XVIII

Cómo salió el autor de la ciudad de Guatemala para ir a vivir con los indios

Después de haber enseñado por espacio de tres años un curso entero de filosofía en la universidad de Guatemala y habiendo comenzado el de teología, me vino la idea de volver a Inglaterra.

Con este objeto me dirigí al Provincial y al Presidente de Guatemala y les supliqué me dieran permiso para volver a mi país; pero ni el uno ni el otro quisieron concedérmelo, porque había una orden expresa del rey católico y de su consejo que defendía a todo sacerdote, que hubiera estado mandado por su Majestad a las Indias, de volver a España antes de haber pasado allí diez años.

Viéndome pues reducido a estar como prisionero en aquel país y sin esperanza de volver en mucho tiempo a Inglaterra, me resolví a no vivir por más tiempo en Guatemala. Mi resolución fué la de dejar la ciudad e irme a vivir al campo, por aprender la lengua indiana y predicar en algún pueblo donde yo estaba seguro de ganar más dinero para ayudarme a mi vuelta, cuando llegara el tiempo de verificarla, que en los monasterios de Guatemala.

Sin embargo yo creí que no estaría por demás escribir a España a un amigo mío, religioso inglés, que vivía en San Lucas, llamado Fray Pablo de Londres, para suplicarle me consiguiera una permisión de la corte, del general de nuestra orden en Roma, para poder volver a mi patria.

En este mismo tiempo el prior de Cobán, de la provincia de Verapaz, llamado Francisco Morán, vino a Guatemala, para representar al Presidente y a los demás magistrados de la ciudad, la necesidad que tenía de asistencia, para poder descubrir un camino para comunicar de aquella provincia con la de Yucatán, y para destruir los bárbaros que impedían el paso y venían algunas veces a robar en los pueblos de los cristianos.

Este Morán que era mi particular amigo, y que se había educado en el monasterio de San Pablo de Valladolid en España, donde yo había tomado el hábito de religioso, deseaba mucho que yo fuese con él a fin de poder más fácilmente convertir a aquellos paganos idólatras al cristianismo; él me decía que sin duda se encontrarían grandes riquezas en ese país nuevo, y que podía yo estar seguro de que tendría mi buena parte así como él.

Yo no me hice rogar mucho, porque sobre todo lo que deseaba era poder trabajar a la conversión de algún pueblo que jamás hubiese oído hablar de Jesucristo; de suerte que me resolví a dejar el empleo que tenía en la universidad por ir a predicar el nombre de Jesucristo a aquel pueblo infiel.

El provincial tuvo mucho gusto por la resolución que le manifesté, y después de haberme dado algunos regalos y dinero para mis necesidades, me mandó con Morán a la Verapaz con cincuenta soldados españoles que el presidente nos había dado para escoltarnos en este viaje.

Cuando llegamos a Cobán nos proveímos de todas las cosas necesarias para una empresa tan difícil y arriesgada como era la a que íbamos.

De Cobán pasamos a dos grandes pueblos de cristianos llamados San Pedro y San Juan, donde se nos incorporaron cien indios para reforzar nuestra escolta y servirnos en el viaje.

Después de aquellas dos jornadas, y estando próximos de las fronteras de estos paganos, no encontramos camino practicable para nuestras mulas y nos fué preciso marchar a pie.

Por espacio de dos días no hicimos más que subir y bajar montañas por entre los bosques; de suerte que estas arboledas y la dificultad del camino nos hacían perder la esperanza de encontrar el pueblo que íbamos a buscar. Por la noche estuvimos bien a la vela de miedo de ser sorprendidos por los enemigos y resolvimos de no pasar otra el día siguiente.

En aquellas montañas encontramos diversas clases de frutas y muchos manantiales y arroyos en las barrancas y varios árboles de cacao y achiote.

El tercer día nos echamos a andar y llegamos a un valle donde hay un río poco profundo que pasa por el medio, y allí vimos algunas milpas y campos sembrados de maíz.

Esto nos hizo conocer que había indios cerca y nos obligó a unirnos y estar dispuestos a rechazarlos si nos venían a atacar.

Mientras caminábamos encontramos inopinadamente cosa de media docena de pobres casas, cubiertas de ramas de árboles y de hojas de palmitos, donde hallamos dos hombres, tres mujeres y cinco niños, todos desnudos y que hubieran querido muy bien huir, pero les fué imposible.

Reposamos en sus casas y les dimos de nuestras provisiones, que ellos rehusaron al principio, no haciendo otra cosa que alborotar, hasta que Morán los consoló un poco por sus palabras que ellos entendieron en parte.

Les dimos algunos vestidos y los llevamos con nosotros con la esperanza de que nos ayudarían a encontrar algún tesoro o una habitación más grande que la suya; pero éstos estuvieron todo aquel tiempo de tan mal humor que nada pudimos saber de ellos.

Continuamos a caminar de esta suerte, siguiendo las trazas de los indios que encontrábamos acá y allá, hasta cerca de la noche que encontramos una docena de casas donde había cerca de veinte personas, tanto de hombres como mujeres y niños, a quienes quitamos algunos arcos y flechas, hallando en sus casas una buena cantidad de palmitos, pescado y venazón con que nos refrescamos.

Estos nos dijeron que a dos jornadas de allí había un gran pueblo, lo que nos obligó a tener buen cuidado toda la noche.

Yo me puse malo y fatigado en aquel lugar, como también algunos otros de nuestra compañía, y el día siguiente me fué imposible pasar adelante, lo que nos hizo resolver el quedarnos allá y mandar a algunos indios y españoles para descubrir el país.

Estos encontraron todavía algunas cabañas y campos sembrados de maíz, de chile, de frijoles y algodón, mas todos los habitantes se habían escapado.

CAPITULO XIX

Continúa el autor la relación de su viaje

Habiendo vuelto nuestra gente nos dió gana de pasar adelante, por la relación que nos hicieron de la hermosura del país; pero éstos nos advirtieron también que estuviésemos bien prevenidos porque la huida de los indios era una señal de que todo el país estaba advertido de nuestra llegada.

El día siguiente tomamos la resolución de avanzar hasta la habitación que nuestras gentes habían visto, porque aquel era un lugar más descubierto y propio para conocer los peligros que nos pudieran amenazar.

Todas estas habitaciones están situadas cerca de la orilla del río donde el sol estaba tan caliente que nos dió fiebre y despeños de estómago a algunos de los nuestros.

A pesar de estar tan cansado y fatigado no dejé de ir con los otros; pero no sin estar arrepentido de haberme comprometido a hacer este viaje, y de marchar a pie, comenzando a temer alguna impensada desgracia porque los indios estaban advertidos ya de nuestra llegada.

Los prisioneros que teníamos comenzaron a familiarizarse con nosotros, y nos dijeron que algunas veces encontraban oro en aquel río, y que más adelante había un gran lago al rededor del cual habitaba un gran número de indios muy valientes y diestros en el manejo del arco y la flecha.

La esperanza de hallar el oro daba esperanza a los unos; pero el miedo de tener que hacer con esta multitud de indios, hizo que los otros hubiesen querido salir de estos bosques y lugares desconocidos, y comenzaron a murmurar contra Morán porque los había puesto en aquel gran peligro.

Cuando vino la noche yo me fuí a acostar como también los otros españoles que estaban enfermos, los unos sobre la tierra y otros conmigo en hamaca, que son camas de red que se amarran a dos estacas o a dos árboles y que quedan suspensas en el aire, las cuales con el más pequeño movimiento del cuerpo se menean de un lado a otro, y se duerme uno tan dulcemente en ellas como en una cama.

Yo me dormí hasta cerca de media noche que los centinelas dieron el alarma y nos advirtieron que los enemigos se aproximaban y que se creía que eran más de mil hombres.

Llegaron a nosotros como desesperados; pero cuando vieron que estaban descubiertos y que oyeron el ruido de nuestros tambores y el de nuestros fusiles y mosquetes, se pusieron a aullar y dar gritos tan espantosos que con todo el escalofrío de la fiebre me eché a correr de miedo y terror.

Pero Morán que vino a confesarse conmigo, para prepararse a morir o a recibir alguna herida mortal, me consoló diciéndome que nada debía temer, que procurase estarme tranquilo no pudiéndoles servir de nada en el estado en que estaba, que el peligro era menos del que yo creía porque nuestros soldados estaban colocados en torno de mí; de manera que estos infieles no podían penetrar por ninguna parte hasta donde yo estaba y que no podíamos huir sin correr gran riesgo de perder la vida.

El combate no duró más de una hora porque los enemigos se fugaron después de esto. Tomamos diez prisioneros y el día siguiente encontramos trece muertos sobre el campo. Nosotros tuvimos también cinco heridos, de los cuales el uno murió al día siguiente.

Por la mañana nuestros soldados se amotinaron manifestando intenciones de volverse atrás, porque temían todavía un ataque más fuerte y peligroso que el de la noche o día precedente; porque algunos de los indios que teníamos prisioneros les dijeron claramente que si no nos volvíamos debíamos estar seguros de que vendrían seis o siete mil indios sobre nosotros.

Dijeron además que ellos sabían bien que los españoles poseían todo aquel país a excepción de esta pequeña comarca donde ellos vivían, y de que querían gozar en paz sin tener nada que hacer con nosotros; pero que si nosotros queríamos ver su país y pasar por él como amigos, que ellos nos lo permitirían sin hacernos ningún género de mal. Mas que si veníamos para atacarlos y hacerlos esclavos, como habíamos hecho con sus vecinos, que estaban resueltos a morir todos combatiendo antes que rendirse.

Aquellas palabras introdujeron la división entre nuestros soldados; porque los unos opinaban con Morán que debían probarse los indios y pasar pacíficamente a través de su país hasta llegar a algún pueblo de Yucatán. Otros había que querían que se atacase a los indios, y otros que querían volverse porque no eran bastante fuertes para resistir a tanta gente como había en el país. Nada se resolvió aquel día porque no se podía continuar la marcha a causa de los enfermos y heridos.

Así es que pasamos allí aquella noche en la cual, y casi a la misma hora que la precedente, vinieron los enemigos a atacarnos por segunda vez; mas como ellos vieron que estábamos prevenidos para aguardarlos se marcharon bien pronto.

La mañana siguiente tomamos la resolución de volvernos, y Morán mandó decir a los indios que si lo querían dejar pasar pacíficamente por su país para descubrir las tierras de Yucatán que vendría a verlos dentro de pocos meses no trayendo con él más de seis indios y confiándoles su vida, debiendo saber que si ellos le hacían daño todos los españoles de los alrededores se armarían contra ellos y los exterminarían a todos. A lo que ellos respondieron que si venía con el corto número de indios que decía, sería bien venido, y que sería tratado amigablemente él y los de su comitiva, lo que Morán y ellos cumplieron exactamente el año siguiente.

Desde ese día comenzamos a retirarnos por el mismo camino que habíamos venido, y yo comencé a encontrarme mejor, dejándome la fiebre; llevándonos con nosotros algunos muchachos de los que habíamos cogido con el objeto de presentárselos al presidente de Guatemala.

Tan pronto como llegamos a Cobán, el prior Morán creyó hacer un gran servicio a Dios, bautizando a estos muchachos; decía que podían ser santos, y que en lo venidero sus oraciones podrían tener bastante eficacia para convertir a sus padres, y todos los demás habitantes del país a la religión cristiana.

Aunque yo me opusiese diciéndole que era necesario instruirlos antes en los artículos de la fe para hacerlos fieles y capaces de recibir el sacramento

del bautismo, y no hacerlo como los religiosos del tiempo de Cortés, quienes se contentaban de hacer llevar a los indios a los ríos y echarles un poco de agua sobre la cara haciéndoles el signo de la cruz sin instrucción alguna preliminar.

El resolvió el bautizarlos; y habiéndolo hecho y puéstoles nombres cristianos, los hizo vestir y los mandó al presidente de Guatemala quien ordenó que se les alimentase e instruyese, en el convento de religiosos del Orden de Santo Domingo.

Después de esto yo me quedé durante algún tiempo en Cobán y en los pueblos de la circunferencia, hasta que los navíos abordasen en el golfo; a donde fui con Morán para comprar vinos, aceite, hierro, paño y otras cosas necesarias al convento. Y como se encontrase también allí una fragata dispuesta para partir a Trujillo, donde Morán tenía algunos negocios que le llamaban, me embarqué con él.

En este puerto no nos quedamos arriba de ocho días, es débil y sin resistencia, a lo que parece, por la facilidad con que los ingleses y holandeses lo han tomado: al cabo de este tiempo nos resolvimos a volver a Guatemala, por tierra, y de pasar por el país de Comayagua, llamado comúnmente las Honduras.

Este país está lleno de bosques y montañas, muy malo e incómodo por los viajeros, y además muy pobre; no habiendo allí otras mercancías que cueros, cañafistola y zarzaparrilla.

Además tienen tan poco pan, que alrededor de Trujillo se ven obligados a servirse de cazabe, raíz que casi ahoga las personas comiéndola cuando está seca; por eso es que la meten en el caldo, agua, vino o chocolate, con el objeto de hacerla pasar más fácilmente.

En el país y particularmente alrededor de la ciudad de Comayagua, que es la silla del obispado, y aunque este sitio sea pequeño y no contenga más que quinientos habitantes, se encuentra una gran cantidad de maíz; esto se debe a una gran parte de indios que se han unido, y que viven en muchos pueblos grandes y pequeños.

Yo he encontrado que este país era el más pobre de toda la América: el sitio más sano y mejor para vivir es el valle llamado Gracias a Dios, donde hay algunas ricas haciendas de ganado y trigo. Pero como está tan cerca de Guatemala como de Comayagua, y los caminos son mucho más cómodos del lado de Guatemala que del otro, esto hace que la mayor parte de este trigo sea transportado a Guatemala y pueblos circunvecinos, más bien que a Comayagua o a Trujillo.

De Trujillo a Guatemala hay cerca de ochenta o cien leguas, y aunque este país sea bastante estéril, hicimos por tanto este viaje sin falta de guías ni víveres, porque los pobres indios no perdonaban nada por servirnos, sea con sus personas sea con sus bienes, y no encontraban nada de bueno que no nos presentaran.

De esta manera volvimos a Guatemala donde fuimos recibidos con gran placer de los religiosos; el presidente nos recompensó también considerablemente, y por toda la ciudad nos llamaban verdaderos apóstoles, porque habíamos aventurado nuestra vida buscando esos paganos, a quienes habíamos

abierto el camino de su conversión y encontrado el lugar de su principal habitación, y que habiendo mandado, antes que nosotros llegásemos, aquellos muchachos, era un testimonio evidente del trabajo que nos habíamos tomado.

Morán estaba tan envanecido de los favores que recibía del presidente y de los aplausos del pueblo que se resolvió a arriesgar todavía su vida, según el tratado que había hecho con estos indios idólatras, de pasar tranquilamente por su país con una media docena de indios.

Bien hubiera querido él que lo hubiese acompañado todavía; pero yo temía que estos bárbaros se amotinassen contra nosotros, a causa de los muchachos que nos habíamos llevado; y sobre todo el país no me agradaba, porque me parecía pobre, y no veía sitio dónde poder juntar fondo suficiente para volverme a Inglaterra, que era mi principal objeto.

Por eso me resolví a separarme de mi amigo Morán y abandonar todos estos nuevos descubrimientos de infieles, y esta clase de empresas difíciles donde mi vida y mi salud corrían mucho riesgo, sin otra utilidad que un poco de crédito y vanagloria en este país.

CAPITULO XX

Cómo he aprendido la lengua de los indios, y lo que me ha sucedido de más notable durante la estancia que he hecho entre ellos; con un detalle particular de la procedencia de las rentas de los Curas en estos países

Después de haber renunciado a las nuevas descubiertas por las razones que he dicho ya, me pareció no poder hacer cosa mejor que emplear mi tiempo en aprender alguno de los idiomas indios de los alrededores de Guatemala, donde consideraba la riqueza de los pueblos y la buena voluntad de los indios, a suplir a las necesidades de los curas, y finalmente su ignorancia en algunos artículos de la fe, donde creía que podía instruirlos enseñándoles una doctrina sólida, predicándoles Jesucristo crucificado como el autor de su salud.

Tenía una confianza tan grande en mis amigos, que sabía muy bien no me sería muy difícil de escoger el sitio que yo quisiera cerca de Guatemala, donde yo podría disponer las cosas necesarias para volver a Inglaterra y escribir a España, de donde podía tener respuesta todos los años más fácilmente que en lugar alguno.

Comuniqué mi pensamiento al padre provincial, que se hallaba entonces en Guatemala, y quien acordó al instante mi petición; aconsejándome aprender la lengua *poconchi* de la que tenía ya algunos principios cuando estaba en la provincia de Veracruz, y que está en mucho uso en los contornos de Guatemala y en las provincias de Veracruz y San Salvador.

Me prometió enviarme al pueblo de Petapa, para aprender allí la lengua con uno de sus particulares amigos llamado fray Pedro Molina, hombre muy

avanzado en edad y que necesitaba de una persona más joven que él para aliviarle en su carga, porque el pueblo era muy grande, y además había muchos pasajeros.

Parece que el provincial había adivinado mi pensamiento nombrándome ese lugar, porque allí era particularmente donde tenía designio de ir; de suerte que cerca de quince días antes de la fiesta de San Juan Bautista, partí de Guatemala para Petapa, que dista seis leguas de allí, donde me establecí con el objeto de aprender la lengua indiana.

Los religiosos de estos cuarteles que entienden las lenguas indias, han compuesto gramáticas y diccionarios para ayudar a los que pudiesen ocupar sus plazas después de su muerte; pero mientras que ellos viven no quieren enseñar estas lenguas a otros, de miedo que los estudiantes después de estar perfeccionados, no los planten y quiten el provecho que ellos sacan de los pueblos de los indios, donde están establecidos en calidad de curas.

Sin embargo este Molina viendo que estaba ya viejo y por la afección de su buen amigo el provincial, no rehusó mi compañía ni el comunicarme los conocimientos que había adquirido durante muchos años en el lenguaje *poconchi*.

Me dió pues un compendio de todos los rudimentos de esta lengua, que consistía la mayor parte en declinar los nombres y conjugar los verbos, lo que aprendí fácilmente quince días después que estuve con él; después me dió un diccionario de palabras indias para aprenderlas de memoria y poder estudiar sin libro, y hasta que fuese capaz de predicar a los indios, lo que hice fácilmente después discurriendo y conferenciando mucho con ellos además del estudio particular que yo hacía todavía.

Seis semanas después Molina compuso una pequeña exhortación en aquella lengua que me presentó y quiso que yo aprendiese de memoria, lo cual hice y la recité públicamente el día de Santiago.

Este me compuso otra en español para el día quince de agosto siguiente que me hizo traducir en lengua indiana, y corrigió lo que encontró a propósito de ser cambiado; lo que dándome valor comencé de allí en adelante a no temer presentarme en público delante de los indios.

Yo continué estas exhortaciones tres o cuatro veces hasta el día de San Miguel, predicando lo que había traducido del español con su auxilio hasta que pude hablar solo con los indios y componer por mí mismo mis sermones.

Después del día de San Miguel, Molina estaba extremadamente satisfecho de la instrucción que me había dado y de verme tan adelantado en esta lengua en tan poco tiempo, no habiendo más que tres o cuatro meses que había comenzado a estudiar con él.

Escribió pues al provincial dándole parte del trabajo que se había tomado en instruirme y el buen suceso de sus tareas, asegurándole que yo estaba en disposición de gobernar a los indios y de predicar por mí solo, rogándole me diera algún pueblo de indios o algún beneficio, donde yo pudiese practicar lo que había sabido continuando a predicar y fortificarme más y más en el uso de esta lengua que había aprendido con tanta facilidad.

El provincial que había sido siempre mi amigo no dió lugar a muchas instancias para manifestarme la afección que me tenía, y bien pronto me

mandó la orden para que fuera a los pueblos de Mixco y Pinola a hacerme cargo de los indios de aquellos lugares, debiendo dar cuenta cada tres meses al convento de Guatemala, a quien pertenecía todo este valle, de todo lo que yo recibiera.

Todos los pueblos de los indios y los religiosos que viven en ellos dependen de algún convento, y es preciso que estos religiosos den cuenta a su superior de todo el dinero que han ahorrado después de sacado su manutención y la de sus criados y el sobrante se emplea por el superior en las necesidades del convento.

Esta orden no está establecida todavía en el Perú, porque todos los frailes que tienen beneficios en los pueblos de los indios no dependen de convento alguno, y con esto guardan todo lo que pueden juntar; mas por otra parte no reciben nada de sus conventos y están obligados a vestirse y nutrirse por su propia cuenta, de las ofrendas y de otros derechos que reciben de los indios; lo que hace que los religiosos del Perú sean los más ricos de todos los que hay en las Indias, donde viven como señores, y juegan públicamente a los naipes y a los dados sin que nadie se los impida.

Aunque los de Guatemala, Oaxaca y México tengan lo suficiente y aún más de lo que conviene a su profesión, no tienen por tanto el derecho de disponer de la renta de sus beneficios como los del Perú, porque están obligados a dar a su superior el sobrante de sus gastos; y él les manda todos los meses una bota de vino que contiene arroba y media, y todos los años un hábito nuevo con las demás cosas necesarias para vestirse.

Sin embargo de eso no quiero decir que los religiosos de Guatemala no tengan bastante libertad y riquezas; porque tienen demasiadas, y juegan y se divierten tanto como los otros, y en vez de quinientos escudos que podían dar al convento al año, no entregan trescientos, guardando para ellos el resto, traficando por trasmano con los comerciantes, quebrantando con esto el voto de pobreza que tienen hecho.

Bajo aquellas condiciones y dependencia del prior y convento de Guatemala fui enviado para predicar a los indios de los pueblos de Mixco y Pinola; de donde por mi causa separaron a un religioso viejo que tenía cerca de ochenta años, haciéndolo venir al convento para descansar, porque ya no podía desempeñar este encargo, teniendo dos pueblos a su cuidado distantes tres leguas el uno del otro.

La renta de que yo gozaba en estos dos pueblos incluso las ofrendas y otros derechos que recibía de los indios, era como sigue:

Recibía yo todos los meses veinte escudos en el pueblo de Mixco y quince en Pinola, que me eran pagados con mucha puntualidad, y aún antes que acabara el mes, por los alcaldes y regidores.

Para hacer este pago los habitantes sembraban un pedazo de tierra de trigo o maíz, y apuntaban en un registro público la cantidad de la cosecha y el dinero que habían sacado de ella; yo también estaba obligado a poner allí todos los meses el recibo de la cantidad que percibía, y al fin del año llevaban su registro para que fuese examinado por un oficial nombrado al efecto por la corte de Guatemala.

Además de esta pensión mensual recibía yo de las cofradías de las ánimas todas las semanas dos escudos en cada pueblo para decir una misa por los que están en el purgatorio; dos escudos en Pinola el primer domingo de cada mes de la cofradía del rosario de la Virgen, y en Mixco otro tanto todos los meses por cada una de las cofradías de los indios, españoles y negros.

Tenía yo a más dos escudos mensuales de cada cofradía de la Verdadera Cruz, y otro tanto a Mixco de una cofradía de españoles de San Nicolás Tolentino, dos escudos también por mes de la cofradía de San Basilio Pinola, y otros dos en Mixco de la de San Jacinto, además de las ofrendas en plata, gallinas y cirios que se hacían en los días que se celebraban las misas, lo que montaba a sesenta y nueve escudos por mes de que yo estaba bien seguro de ser pagado antes del fin de éste.

Esto es sin contar lo que ya he dicho de las imágenes de los santos que dependen de las iglesias, que producen continuamente al cura dinero, gallinas, cirios y otras ofrendas. De manera que la renta que yo tenía en estos dos pueblos no era poco considerable, porque había diez y ocho imágenes de santos en Mixco y veinte en Pinola, que me producían cuatro escudos cada una el día de su fiesta, por la misa, el sermón y hacer la procesión; a más de éstos las gallinas, pavos, cacao y las ofrendas que ponían delante de los santos, que valían por lo menos tres escudos en cada fiesta, y producían cada año más de doscientos sesenta y seis escudos.

Las cuatro cofradías del rosario de las que tres estaban en Mixco y una en Pinola, en los días de las cinco principales fiestas del año me dejaban cada una cuatro escudos, dos por decir la misa aquel día y dos por la del día siguiente, que ellos llaman el aniversario para los que habían pertenecido a la cofradía; lo que, además de las ofrendas y los regalos de gallinas y cacao, hacían más de ochenta escudos al año.

Las dos cofradías de la Verdadera Cruz en el tiempo de sus fiestas, que una es el catorce de septiembre, y la otra el tres de mayo, me producían cuatro escudos cada una por la misa de ese día y la del aniversario y además dos escudos todos los viernes de cuaresma, que ascendía al año a cuarenta y cuatro escudos, y todo lo que he dicho arriba era una renta que yo contaba como segura en esos dos pueblos.

Sería demasiado fastidioso calcular todo lo que me venía casualmente además de esto. Las ofrendas que se hacían en la noche buena en estos dos pueblos me valían ordinariamente cuarenta escudos; las que se hacían el jueves y viernes santo ciento; la de todos santos ochenta, y cuarenta escudos las que se hacían ordinariamente el día de la Candelaria.

Hay además lo que se ofrece en los días de la fiesta de cada pueblo por todos los del campo que van a hacer sus devociones, lo que me valió un año en Mixco ochenta escudos en dinero y cirios, y cincuenta en Pinola.

Los que venían a comulgar dando cada uno un real hacían lo menos mil reales en los dos pueblos, y las confesiones de la cuaresma bien valían otro tanto; además de las ofrendas de huevos, miel, cacao, gallinas y frutas, por cada bautismo dan también dos reales, dos escudos por cada matrimonio y otro tanto por los entierros, habiendo muchos que dejaban al morir diez o doce escudos para decir cinco o seis misas para el reposo de sus almas.

Puede juzgarse lo bien que lo pasaban los eclesiásticos y el medio que tienen de enriquecerse en este país, por la renta que yo tenía en estos dos pueblos de Mixco y Pinola; que sin embargo son mucho menores que los de Petapa y Amatitlán que están en el mismo valle, y donde se hacían muchas menos ofrendas que en otros varios pueblos: produciéndome sin embargo con las ofrendas que echaban en las arquillas y lo que los indios me traían cuando venían a verme, y otras misas extraordinarias, más de dos mil escudos moneda de España, o a lo menos seis mil libras por año.

Así pues me pareció que este beneficio era una estancia más cómoda y útil para mí que el convento de Guatemala, donde no podía hacer otra cosa sino romperme la cabeza en cuestiones de teología, y tener muchos aplausos de los estudiantes, pero poco provecho; debiendo sin embargo pensar también en él como los de mi orden; y tanto más cuanto que pensando volverme a Inglaterra, recibiría muy poca asistencia durante este largo viaje: además dejando a mis amigos en estos lugares me parecía no poder encontrar otro mejor que el dinero para acompañarme por tierra y por mar.

La primera cosa que hice, fué el instruirme por medio de los registros de las entradas y salidas en el convento de Guatemala, cuáles eran las cuentas que mi predecesor y otros habían dado todos los años al convento, de Mixco y Pinola, con el objeto de gobernarme y arreglar mi gasto, para poder vivir con honor y que al mismo tiempo los del convento me diesen gracias dándoles más que ninguno de mis predecesores. Yo ví que el último no había dado más que cuatrocientos escudos por sus cuentas, y que ordinariamente antes de él no se había dado casi nada más por estos dos pueblos.

Habiendo tenido una vez ocasión de preguntar al prior de Guatemala, qué es lo que deseaba que yo le diese todos los años mientras que yo estuviese en estos dos pueblos, me respondió que si yo le daba tanto como mi predecesor se daría por contento y no me pediría más; que yo podía muy bien guardar todo lo que pudiese tener en estos dos pueblos, para comprarme libros, cuadros, chocolate, mulas y criados. A lo cual yo le respondí que esperaba vivir con honor en este pueblo dando al mismo tiempo al convento más que ninguno otro lo había hecho antes de mí; que me sometía a ser desposeído de este beneficio, si no daba todos los años cuatrocientos cincuenta escudos.

El prior me dió afectísimas gracias, asegurándome que no me dejaría faltar de vino, que tendría cuidado de enviarme todos los meses; y que me daría todos los años hábito, lo que era para mí una grande economía: de suerte que me encontré provisto de todo lo que tenía necesidad durante el tiempo que viví en las Indias.

Por aquí se puede ver cómo un religioso que tiene un beneficio en la América, puede vivir allí con cuatro o cinco mil libras de renta sin costarle nada el vino y el vestido; además tiene los regalos de gallinas y el precio de la carne tan bajo que se compran trece libras por dos sueldos seis **díneros**: con esto tiene con qué divertirse, comprar mulas, tapicería, cuadros, adornar salas y aún llenarlas de pistolas y piezas de a ocho para negociar en Madrid, y obtener en seguida un buen obispado como lo hace la mayor parte.

La primera cosa que hice en estos dos pueblos fué el comprar una buena mula para transportarme de un pueblo al otro cuando se ofreciese la

ocasión : bien pronto encontré una que me costó ochenta escudos, que me sirvió para atravesar prontamente el valle, y hacer las tres leguas que hay del uno al otro pueblo.

Aunque mi estudio principal era el de perfeccionarme en la lengua india para poder predicar a los indios y hacerme entender bien, no dejaba por eso de continuar en el designio que tenía de volver a Inglaterra, y trabajar para el intento en obtener mi licencia de Roma o de España, sirviéndome de Isidoro y de Zepeda, comerciante de Sevilla y capitán de uno de los buques que trajeron mercancías a la ciudad de Guatemala, en el primer año que yo estaba establecido en Mixco.

Por medio de este capitán, que pasaba muchas veces por el valle de Mixco, escribí a mis amigos de España, de quienes tuve respuesta, pero con poca satisfacción con respecto a lo que esperaba de ellos.

La amistad que yo tenía con este capitán Zepeda era tan grande, que le declaré mi designio y le supliqué de llevarme a España en su navío; él se negó a ello representándome el peligro en que le ponía si se le acusaba con el presidente de Guatemala : me aconsejó de quedar donde estaba y de proveerme de dinero, para poder volver con honor después de haber obtenido mi licencia.

Viéndome pues obligado a vivir en este país, resolví dejarme conducir por la providencia de Dios, quien encontraría los medios para sacarme de allí cuando lo juzgase necesario para su gloria y para mi bien.

Con todo eso viví cinco años enteros en estos dos pueblos de Mixco y Pinola donde se me presentaron ocasiones mucho más favorables para aprovecharme, que no han tenido todos los que me habían precedido; porque en el primer año que yo viví allí, Dios envió una de las siete plagas de Egipto que jamás se había visto, una plaga de langosta.

Estas langostas eran parecidas a las de Europa, pero más gordas, y volaban todas unidas por bandadas y en tan gran número, que obscurecían el día impidiendo el paso de los rayos del sol. Por todas las partes donde se pegaban, no se veía otra cosa más que señales de ruinas y desolación; porque no solamente comían los trigos sino también las hojas y frutas de los árboles, a donde acudían en tan gran número, que con su peso rompían las ramas donde se paraban y las separaban del tronco del árbol.

Los grandes caminos estaban todos cubiertos, de suerte que ellas hacían temblar a cada instante las mulas que andaban por el país, silbando alrededor de sus orejas y cosquillándoles los pies.

Yo me acuerdo que caminando en el país estaba tan molestando por estos animales, que si no hubiera tenido puesta una máscara con anteojos, me hubiera sido imposible poder continuar mi camino.

Los rancheros que habitaban hacia la costa del sur se quejaban de que su añil, que aún no era maduro, estaba a punto de ser destruido por estas langostas.

Los que cultivaban la azúcar se quejaban también de que sus cañas, que aún estaban tiernas, corrían el mismo peligro; pero sobre todo era una

cosa digna de lástima oír las quejas de los labradores del valle donde yo vivía, quienes temían que su trigo fuera devorado en una noche por este ejército de langostas.

Como este asunto tocaba al público, esto obligó a los magistrados a poner todos los medios posibles para arrojarlos del país.

A este efecto se hizo salir al campo a todos los habitantes de los pueblos, con trompetas y otros instrumentos semejantes, a fin de espantarlos con el ruido y echarlos de los lugares de donde pudieran hacer más perjuicio, lo que afortunadamente surtió buen efecto; porque era una cosa asombrosa el ver cómo se marchaban al oír el ruido que los indios hacían.

En todos los lugares en que la langosta bajaba, sobre la montaña y en los grandes caminos, dejaban hijuelos que se arrastraban sobre la tierra, y la amenazaban de una segunda plaga para el año siguiente; mas para remediarlo, se ordenó a todos los habitantes de los pueblos de hacer anchos fosos para enterrarlos en ellos.

Por este medio y con mucha pena y pérdida de los pobres indios, estos pestilentes insectos fueron arrojados en la mar del Sur donde encontraron su sepulcro en las aguas, al mismo tiempo que sus hijos lo encontraron en la tierra; y como no se les pudo enterrar a todos a un tiempo quedaron todavía algunos; mas no siendo grande el número, se consiguió bien pronto el fin que se deseaba.

Pero mientras todo el mundo estaba afligido de aquella suerte, los curas hicieron bien su negocio; porque por todos lados se hacían procesiones y se mandaban decir misas para tratar de alejar esta peste del país.

Todas las imágenes de los santos que estaban en Mixco fueron llevadas al campo en procesión, y particularmente las de la Virgen y las de San Nicolás de Tolentino, en honor del cual se tiene la costumbre de bendecir panecillos, donde está estampada la imagen del santo; dicen que son buenos para quitar la peste, fiebre y toda suerte de peligros y grandes riesgos públicos.

Todos los labradores y hacendados españoles del valle, vinieron a Mixco para traer sus ofrendas a este santo, hicieron decir misas y bendecir de estos panecillos que llevaron a sus curas; los unos los arrojaron entre sus trigos, y los otros los encerraron en sus cercas y matorrales, con la creencia de que tenían a San Nicolás, que estos panes benditos en su nombre impedirían que viniesen las langostas a sus campos; de suerte que cuando éstas se retiraron sin dañar sus trigos, empezaron todos a gritar milagro en favor de Nuestra Señora y de San Nicolás de Tolentino, y a hacer decir misas para pagar los votos que habían hecho durante la plaga; de manera que su devoción en esta ocasión me valió mucho más dinero todavía, que el que recibía de costumbre de las cofradías de que he hablado más arriba.

Al año siguiente todo el país fué generalmente infectado de una cierta enfermedad casi tan contagiosa que la peste, que ellos llamaban *tabardillo*; esta era una cierta fiebre en las entrañas que con gran cuidado duraba hasta el séptimo día, porque de ordinario hacía morir a las personas al tercero o quinto días.

El mal olor y la hediondez que salía del cuerpo de los enfermos bastaba para infectar no solamente a los de la casa, sino también a todos los que venían a verlos; esta fiebre les hacía podrir la boca y la lengua, y los volvía antes de morir tan negros como el carbón.

Hubo muy pocos españoles infectados de esta enfermedad contagiosa, pero los indios lo fueron generalmente todos. Se decía que había comenzado en los alrededores de Mixco, y que de allí se había ido esparciendo de pueblo en pueblo hasta Guatemala, y después había pasado más allá, como las langostas lo habían hecho el año anterior; éstas habían partido de Mixco y en seguida habían corrido por todo el país.

He visitado a muchas personas que murieron de esta enfermedad, sin haberme servido de otro antídoto que el olor de un pañuelo mojado en vinagre, con lo cual, mediante la gracia de Dios, salí siempre del riesgo, mientras que otros murieron.

Enterré en Mixco noventa personas, y más de ciento en Pinola, de los cuales tuve dos escudos por cada uno que pasaba la edad de ocho años, con el objeto de decir una misa para sacar sus almas del purgatorio; de suerte que en menos de seis meses saqué cerca de cuatrocientos escudos, y por este medio como por el de las langostas tuve con que enriquecerme en el término de dos años, como todos los otros curas mis vecinos.

Pero es necesario no imaginarse que porque murieron muchas personas en este pueblo, se disminuyeron las ofrendas que tenía costumbre de recibir: los señores de estos dos pueblos cuidaron de remediar esto.

A fin de no perder nada del tributo que se tenía costumbre de pagárseles antes de la enfermedad, después que ésta cesó hicieron empadronar a los indios, y obligaron a todos los que habían pasado de doce años a casarse, lo que era un nuevo medio de producirme dinero, porque cada matrimonio me valía dos escudos sin contar las ofrendas; y sucedió que en este caso hice por lo menos ochenta matrimonios, de suerte que saqué una buena suma de ellos.

Esta desgracia no fué la sola del país: después de esta enfermedad contagiosa las lluvias fueron tan grandes, que los labradores, lo menos que temían, era la pérdida de todos sus bienes.

Todos los días a mediodía y durante un mes, el aire se encontraba cubierto de nubes tan espesas y negras, que no solamente la luz del sol estaba oscurecida, sino que con la violencia de las lluvias se arruinaron muchos trigos y vinieron por tierra cantidad de pequeños cafetales de indios; pero lo más pasmoso era que al mismo tiempo de la lluvia había tantos rayos que parecían amenazar de ruina todo el país.

Dos hombres que viajaban juntos en el valle de Mixco fueron muertos de un rayo cayendo de sus mulas por tierra.

La capilla de Nuestra Señora del Monte Carmelo, en el mismo valle, fué quemada toda entera, y otras dos casas en el río de las Vacas.

Otro rayo cayó también en Petapa sobre el altar mayor de la iglesia, abriendo las paredes, y corriendo de un altar a otro borró todas las pinturas y dorados sin haber hecho por tanto mal alguno.

Un religioso que dormía en su cama después de comer, en el convento de franciscanos de Guatemala fué atacado de muerte, y su cuerpo quedó tan negro como si hubiera estado quemado al fuego, y sin embargo no había sobre él ninguna apariencia de herida.

Acaecieron diversos accidentes este año de 1632 en todo el país; pero Dios me libró siempre por su gracia como por una especie de milagro porque estando un sábado en Mixco todo temblando y lleno de temor, rezando en mi cuarto mis oraciones, cayó un rayo sobre la pared de la iglesia que la une a mi habitación y mató dos terneros que estaban atados a un pilar en el patio, los cuales debían matarse el día siguiente para el gasto del convento.

El relámpago fué tan cerca y terrible que mi cuarto pareció todo de fuego, tirándome al suelo con tal violencia que me quedé por algún tiempo como muerto, y habiendo vuelto en mí encontré muchos indios alrededor de mi casa que habían venido, persuadidos de que el fuego se había apoderado de ella o bien de la iglesia.

Estas tempestades me hicieron también mucho provecho; porque como he dicho antes, los españoles del valle, y los indios, hicieron muchas procesiones sacando en ellas las imágenes de los santos, lo que no se hizo sin dinero; porque cada uno llevaba las ofrendas y limosnas como a lo ordinario.

El verano siguiente hubo temblores de tierra extraordinarios, que fueron tan grandes en el Perú que la ciudad de Trujillo se hundió, habiéndose abierto la tierra en diversas partes, y tragándose casi a todos los habitantes que estaban rezando en la iglesia.

El daño que hizo alrededor de Guatemala fué mucho menor que en otros lugares, porque no hizo más que derribar algunas paredes y hacer temblar las iglesias; lo que no dejó de dar una grande aprensión a los habitantes, que temían una desgracia igual a la del temblor que hubo un poco antes que yo fuera a aquel país, que para evitarlo todos se hicieron devotos e mandaron decir cantidades de misas para alejar el peligro que los amenazaba.

Estos temblores de tierra son muy frecuentes, pero de corta duración; en cuyo corto espacio la tierra se mueve de tres maneras diferentes, a derecha a izquierda, y el tercer movimiento parece que vuelve todas las cosas a su lugar.

Es constante que si los temblores duraran largo tiempo no habría campanarios, torres ni edificios, por bien contruídos que estuvieren, que no echarían completamente a tierra.

Uno hubo en Mixco que fué tan fuerte, que hizo sonar las campanas e inclinarse el campanario de un lado; pero yo me acostumbré tanto que no me tomé ya más el trabajo de dejar mi cama por esto. Pero aquel año tuve tanta aprensión que puedo decir que hubiera estado perdido si Dios no me hubiese ayudado.

Una mañana que estudiaba yo en mi cuarto vino un temblor de tierra tan repentino y violento que me hizo dejar la mesa para refugiarme bajo una ventana, temiendo que antes que yo hubiese bajado las escaleras toda la casa cayera y me hubiera aplastado. La ventana estaba en una pared muy gruesa, y abovedada en forma de arco, que es el lugar que los españoles tienen por más seguro en caso que una casa llegue a caerse.

En el instante que me puse bajo esta ventana cesó el temblor; y cuando yo deliberaba en mí mismo si permanecería donde estaba o si bajaría al patio vino un segundo todavía más fuerte que el primero, de suerte que esto me hizo temer sería machucado al fin por estos movimientos tan violentos; porque yo veía que si la casa venía a caer, esta ventana no me podía salvar y que sería arrojado a la abertura, que era bastante ancha y elevada, sin vidrios ni marcos de madera, como se usa en aquel país. De manera que sucediendo esto, el menos riesgo que yo corría era el de quebrarme la cabeza, un brazo o una pierna; y si saltaba a tierra de mí mismo podría salvar la vida, pero no podía dejar de estropearme.

El susto que yo tenía me impedía de tomar ninguna resolución; pero en medio de esta perplejidad habiendo venido un tercer temblor tan violento como los otros, me quitó de tal manera la razón que puse un pie sobre la ventana para echarme abajo; pero Dios me contuvo, y al mismo tiempo hizo cesar todos estos temblores.

De aquel modo Dios me salvó la vida dos veces en Mixco; pero en Pinola me ví también en peligro de perder una pierna a causa de un animalillo más pequeño que una pulga.

Este pueblo de Pinola se llama en lengua indiana *Pancac*; *pan* significa dentro o entre, y *cac* significa tres cosas, la primera fuego, la segunda una fruta que también se llama *guíava*, la tercera un gusanillo que los españoles llaman *ni gua*, que son comunes en todas las Indias, pero más en unos lugares que en otros, y particularmente donde hay muchos puercos.

Dicen los españoles que muchos soldados de Francisco Dracke murieron cuando desembarcaron en los alrededores de Nombre de Dios y subieron a las altas montañas de San Pablo hacia Panamá. Como éstos sentían comezón en los pies, e ignoraban la causa, se rascaron con tanta fuerza que les sobrevinieron tumores costándoles la vida.

Algunos dicen que estos animales se crían en todas partes, arriba y abajo, sobre las mesas y las camas así como en el suelo; pero la experiencia enseña que no se crían más que en el suelo, y particularmente en las casas puercas y que no se barre a menudo.

Ellas se pegan ordinariamente en los pies y entran en los zapatos, pero rara vez en las manos y en las otras partes del cuerpo, lo que hace ver que se crían sólo en el suelo y no en otras partes.

Son mucho menores que las pulgas más chicas; de suerte que cuesta trabajo distinguirlas, y cuando se entran en los pies se siente un calor y una comezón terribles. En aquel tiempo se presentan negras, y no son más grandes que la punta de un alfiler, pudiéndose sacar con uno de éstos fácilmente; pero si queda la más pequeña cosa, causará el mismo mal que todo el cuerpo, y se introducirá dentro de la carne.

Cuando llegan a introducirse en ella forman una vejiga llena de liendres, que crece poco a poco hasta el tamaño de un garbanzo, y causa una comezón muy grande que si se rasca se convierte en una postema poniendo todo el pie en peligro.

Algunos opinan que lo mejor es sacarlas cuando comienzan a picar y a entrar en la piel; pero esto es muy difícil a causa de la dificultad que hay de poderlas ver, y porque son muy susceptibles de romperse.

Por esto muchos no las tocan hasta que han entrado en la carne, y criado una vejiga llena de liendres, que se deja ver al través de la piel por su transparencia, y entonces la rascan en redondo con la punta de un alfiler, y la desarraigan de manera que la pueden sacar entera con la misma punta del alfiler: porque si se le revienta se vuelve a criar de nuevo; mas si se saca completa, y se mete un poco de cerilla o ceniza en el agujero, dentro de uno o dos días queda curado.

El modo de impedir que este gusanillo entre en los pies, es el de poner las medias y zapatos con el resto de los vestidos sobre un taburete o una silla levantada del suelo, y no andar descalzo.

Pero lo que admira es que los indios que andan descalzos jamás son molestados, lo que se atribuye a la dureza de su piel, porque si la tuvieran tan tierna como los que usan medias y zapatos, serían tan mortificados como ellos.

Penac o Pinola es muy sujeto a esta clase de insectos o niguas como yo lo he probado por una desgraciada experiencia; porque a mi llegada a este lugar, no conociendo todavía la naturaleza de estos insectos, dejé permanecer uno tanto tiempo en un pie, rascándolo siempre, que al fin se hizo una postema que me obligó a recurrir a un cirujano y de guardar la cama por espacio de dos meses, después de lo cual quedé curado enteramente por la gracia de Dios.

Pero con el fin de que la posteridad pueda conocer los beneficios que la divina providencia me ha hecho en aquellos países tan distantes de mi patria, antes de concluir este capítulo quiero hacer una descripción de los otros peligros en que me ví y el modo como Dios me libró de ellos.

Aunque sea cierto que la mayor parte de los indios no sean cristianos, más que en la apariencia y por formalidad, y que sean dados secretamente al sortilegio y a la idolatría; sin embargo como estaban a mi cargo creí que predicándoles a Jesucristo, acariciándolos y protegiéndolos contra la crueldad de los españoles, podría yo instruirlos con más facilidad en la verdad y particularmente por lo que pertenece a Dios Padre y nuestro señor Jesucristo.

Como tenían mucho respeto y afición para conmigo, procuraba en toda suerte de oraciones manifestarles mi amistad doliéndome de su condición, tomando su partido cuando los españoles les hacían injusticias, y teniendo siempre en mi cuarto aguardiente y vino para darles a beber cuando venían a verme, y para fortificarlos cuando estaban malos o afligidos, lo que sin embargo me costó casi la vida en el pueblo de Pinola; porque un indio de este pueblo que servía a un español llamado Francisco de Montenegro, que vivía a una media legua de allí, fué un día de tal manera golpeado y lastimado por su amo, porque él le decía que vendría a quejarse a mí, pues que no le quería pagar sus salarios; que si no hubiera sido éste conducido a su casa y yo no le hubiese mandado al instante un cirujano, que hice venir de Petapa para curarlo, ciertamente hubiera muerto.

Habiéndome quejado al presidente de Guatemala de los malos tratamientos que había recibido este pobre indio; hizo caso de ello mandando al español que viniera a la ciudad, lo puso preso y quedó allí hasta que el indio fué curado y después de haber pagado una fuerte multa.

Además hice un sermón en el cual mostraba esta acción a los otros españoles mis vecinos, exhortándolos a no hacer ningún daño a los pobres indios, y advirtiéndoles que yo no lo permitiría como si me lo hiciesen a mí mismo; porque considerándolos yo como neófitos y nuevas plantas del cristianismo, no se debía chocar con ellos, antes bien se debía procurar traerlos a Jesucristo por medio de la dulzura y amistad.

En seguida dije a todos los indios que cuando se les hiciese algún daño viniesen a quejarse a mí; y que representaría sus quejas asegurándoles que se les haría justicia, como podían muy bien haberlo visto por lo que había hecho ya.

Este sermón inquietó de tal manera a Montenegro, que juró, a lo que se me dijo, de hacerme morir; mucho trabajo me costó el creer esto, imaginándome que era más bien una fanfarronada española que una verdadera resolución. Algunos de mis amigos me aconsejaron ponerme en guardia; pero yo desprecié también este aviso, hasta que ví venir corriendo a la puerta de mi cuarto los criados indios que servían en mi casa, diciéndome que tuviese cuidado de no salir, porque Montenegro estaba en el patio con una espada desnuda y me quería matar.

Yo les dije de ir a buscar inmediatamente a los oficiales del pueblo para que vinieran a mi socorro; este español que era una verdadera furia, viéndose descubierto se escapó del pueblo. Esto me obligó a pensar en mi seguridad; para este efecto hice venir un negro llamado Miguel Delva, hombre fuerte y robusto, para que viviese conmigo hasta ver el fin del designio de Montenegro.

El domingo siguiente debiendo ir por la mañana al pueblo de Mixco, tomé mi negro conmigo y una media docena de indios para acompañarme; pasando por un pequeño bosque que se halla en medio del valle, encontré a mi enemigo que me esperaba, el cual viendo la escolta que yo llevaba no se atrevió a decirme otra cosa que injurias, y que esperaba encontrarme algún día que estuviese solo.

Esto me obligó a hacer una segunda queja contra él al presidente; éste la recibió muy bien, y después de haber tenido a Montenegro un mes en la prisión lo desterró a treinta leguas del valle.

No solamente fui perseguido por los españoles mientras que vivía en estos pueblos, a causa de los indios, sino también por los mismos indios que no tenían religión más que en apariencia; pero aunque me encontrase en gran peligro por el odio de unos y otros, Dios me hizo siempre la gracia de librarme de ellos.

CAPITULO XXI

De los hechiceros y sortilegios; con tres historias remarcables sobre este asunto

Había algunos en Pinola que eran muy afectos al sortilegio y que por el poder del diablo habían hecho cosas muy extrañas.

Entre otros había una vieja llamada Matea de Carrillo que ya había estado acusada por haber hechizado a muchas personas del pueblo; mas los jueces españoles la absolvieron no encontrando pruebas ciertas contra ella; lo que la volvió peor de lo que era antes e hizo mucho más daño.

En el tiempo que allí estuve murieron dos o tres personas, que se les acabó la vida por consunción, y dijeron a la hora de la muerte que esta Carrillo las había matado, y que ellos la veían a menudo alrededor de su cama amenazándolos con una cara llena de cólera y furor.

Los indios la temían tanto que no se atrevían a quejarse ni querían tener que hacer con ella; lo que me obligó a hacer decir a don Juan de Guzmán, que era el señor de aquel pueblo, que si no lo remediaba ésta destruiría su pueblo. Por esto él obtuvo para mí y para otro oficial de la inquisición, una comisión del obispo a fin de hacer una exacta averiguación de su vida y costumbres; lo que habiendo hecho, los indios dieron grandes quejas contra ella, la mayor parte de los habitantes del pueblo atestiguaron que era verdaderamente hechicera, y que antes que ella fuese acusada la primera vez, tenía por costumbre de hacerse seguir de una perra por dondequiera que iba, que cuando entraba en la iglesia se quedaba en la puerta hasta que salía volviéndose después con ella a su casa, y que ellos creían que esta perra era su demonio y espíritu familiar, porque habían puesto muchas veces perros cerca de ella que en lugar de aproximársele se huían; pero desde que había sido acusada a la justicia esta perra no había parecido más, lo que se suponía había hecho por malicia a fin de que no se sospechase en lo sucesivo que ella se mezclaba en aquellas cosas.

Esta vieja era viuda y de las más pobres del pueblo en la apariencia, y sin embargo ella tenía siempre mucho dinero, sin que pudiera decir de dónde le venía.

Cuando yo hice esta pesquisa secreta contra ella, que era en tiempo de cuaresma cuando todos los habitantes del pueblo se venían a confesar, ella vino también como los otros y me trajo el mejor regalo que yo haya recibido entre todos los del pueblo; porque siendo común dar un real, ella me dió cuatro con más de un pavo, huevos, pescado y un jarrito de miel.

Ella se imaginó que esto me daría mejor opinión de su persona, de la que yo había recibido por los informes de los habitantes del lugar.

Yo recibí sus ofrendas y la confesé; pero ella no dijo más que bagatelas que con gran pena se podían poner en la clase de pecados veniales; lo que me obligó a examinarla más escrupulosamente sobre la opinión común que todos los indios tenían de ella, y particularmente de aquellos que al

morir me habían declarado que ella los había hechizado y que había amenazado antes que hubiesen caído enfermos, apareciéndoseles después en el tiempo de su enfermedad alrededor de su cama, amenazándolos de matarlos, sin que nadie pudiese verla más que ellos. A lo cual ella no respondió otra cosa, poniéndose a llorar al instante, que se le hacía agravio con creer esas cosas.

Yo le pregunté ¿cómo siendo una pobre mujer viuda, sin tener hijos que la socorriesen, y sin otro medio de ganar su vida, poseía sin embargo tanto dinero que podía darme más de lo que daban los más ricos del pueblo, cómo había adquirido aquel pavo, pescado y miel no teniendo nada de esto en su casa? A lo que ella me respondió que Dios la amaba y le había dado todas aquellas cosas, y que el resto lo había comprado con su dinero.

Yo le pregunté a quién las había comprado, y me respondió que a los del pueblo.

La exhorté mucho a arrepentirse, a dejar al demonio y a no tener ninguna familiaridad con él; sobre lo cual me dió algunas respuestas llenas de piedad y devoción, suplicándome con instancia para que le administrase la comunión como a todos los demás que debían comulgar el día siguiente. Mas yo le respondía que no me atrevería a hacerlo, sirviéndome de las palabras de Jesucristo en que dice que no se debe dar a los perros el pan de los hijos, ni tirar las perlas a los puercos, y que sería un grande escándalo si yo le diese la comunión después de haber sido no solamente sospechada sino acusada de hechicería.

Ella recibió esto muy mal y me dijo que por muchos años siempre había recibido la comunión, y que le causaba un gran desconsuelo verse privada de ella en su vejez, después de lo cual se puso a llorar; mas todas estas lágrimas no me ablandaron y me estuve firme en negarle la comunión, dándole orden de retirarse.

A cosa del medio día, después de haber acabado mi oficio en la Iglesia, ordené a mis gentes de ir a recoger las ofrendas, y de prepararme para comer el pescado que ella había traído; pero apenas había llegado a la cocina cuando el cocinero lo encontró lleno de gusanos y que olía mal, de manera que fué preciso tirarlo.

Esto me comenzó a dar sospechas de esta vieja hechicera y me obligó a ir a visitar la miel que me había dado, la que puse en un plato y encontré también llena de gusanos; en cuanto a sus huevos no pude reconocerlos entre los otros, porque yo había recibido en aquel día cerca de ciento, pero a medida que se iban gustando se encontraban unos podridos y otros que tenían pollos muertos dentro.

El pavo fué hallado muerto al día siguiente; y en cuanto a sus cuatro reales ya no pude apercibirme si me había hechizado por aquel medio, porque los había puesto en el bolsillo, con otros muchos que me habían dado aquel día; sin embargo a lo que pude acordarme de todos los que me habían dado, hallé que me faltaban cuatro reales.

A la noche, después de que mis criados indios se fueron a acostar, yo me quedé hasta muy tarde en mi cuarto para estudiar, porque tenía que hacer una exhortación el día siguiente a todos los que debían comulgar.

Después de haber estudiado un poco de tiempo, entre diez y once de la noche, repentinamente se abrieron la gran puerta de la sala, a cuyo lado estaba mi recámara y la de mis criados, y otras tres, y oí un ruido como de alguno que entraba en la sala y se paseaba en ella algún tiempo.

Después de esto ví todavía abrir otra puerta que conducía al cuarto donde se guardaban los arneses de mis mulas, lo que me hizo creer sería mi negro Miguel Delva que muchas veces se retiraba muy tarde, particularmente después de mis temores por Montenegro, y me imaginé que sería él que iba a guardar la silla de su mula, lo que hizo que yo lo llamase por su nombre dos o tres veces desde mi cuarto, sin que nadie me hubiese respondido una palabra; pero en vez de ésta oí abrir todavía otra puerta que conducía al jardín, lo que me dió tal miedo que todo el cuerpo me temblaba y los cabellos se me erizaron; tal susto tenía yo que no tuve valor para llamar a mis criados.

Esto me hizo pensar en la hechicera y rogar a Dios me librara de su malicia. Habiéndome reanimado con esto, y sintiéndome la voz libre, que el miedo me había quitado hasta entonces, comencé a llamar a mis criados y a pegar fuerte con una caña, a fin de que pudiesen oír, porque yo no me atrevía a abrir la puerta ni a salir de mi cuarto.

El ruido que hice despertó a todos mis criados, quienes vinieron a la puerta de mi cuarto y habiéndola abierto yo les pregunté si habían oído a alguno que andaba en la sala, y la abertura de todas las puertas; a lo que me respondieron que como dormían nada habían oído; sólo un muchacho me dijo que había escuchado todo y me lo refirió tal cual había pasado.

En seguida tomé una vela y me fuí a la sala para visitar las puertas, que encontré cerradas como los criados me aseguraron que las habían dejado.

Esto me hizo conocer entonces que la hechicera había tenido intención de espantarme, pero que no había podido hacerme mal.

Después de esto me retiré a mi cuarto y me metí en la cama teniendo cuidado de hacer venir a dos criados para que durmieran cerca de mí.

La mañana siguiente mandé buscar a mi oficial y le conté lo que me había pasado en la noche; de lo que él se puso a reír, y me dijo que ésta era la viuda Carrillo, quien había hecho muchas veces iguales malas pasadas en el pueblo a las personas que le habían chocado; por esto es que él me vino a suplicar la noche antes de darle la comunión, de miedo que ella no me hiciese algún mal, lo que yo le rehusé como había hecho a ella misma; y en seguida me dijo que yo me debía alegrar porque sabía muy bien que no tenía poder para hacerme daño.

Aquel mismo día, después de la comunión, algunos de los principales indios me vinieron a ver, y me dijeron que la vieja Carrillo se había jactado de que ella me burlaría de una manera o de otra, porque no quería yo darle la comunión.

Pero para librar al pueblo de una criatura tan mala, la hice conducir a Guatemala con todas las informaciones y testigos que yo tenía contra ella, y que mandé al presidente y al obispo, quienes la pusieron en una prisión, donde murió dos meses después.

Hay también en aquel pueblo otros indios que se dice hacen cosas bien raras.

Entre otros se decía que había un cierto Juan González que se transformaba a menudo en león, y cuando estaba en esta figura fué herido en las narices por un pobre inocente español, que ganaba su vida cazando ciervos y otras bestias salvajes en los bosques y montañas.

Un día habiendo observado un león escondido detrás de un árbol, a quien no le veía más que el hocico, tiró sobre él y el león se salvó al instante.

El mismo día González se puso enfermo, y me fueron a buscar para confesarlo; cuando yo llegué a su casa lo encontré herido en la cara y con las narices todas rotas, y habiéndole preguntado cómo le había sucedido aquello, me respondió que había caído de un árbol, y que poco le había faltado para matarse; sin embargo él acusó después a este español de haber tirado sobre él.

Habiendo sido llevado el asunto adelante del juez se recibió información, que yo dí de que González me había dicho que se había caído de un árbol. El español fué preguntado bajo juramento y dijo que él había tirado a un león en un bosque muy espeso, y donde no se podía creer jamás que un indio tuviera algo que hacer.

El árbol fué hallado en el bosque señalado por las balas del fusil, y González confesó que aquel era el lugar donde se había herido, y haciéndole cargo que como no había caído, ni había sido encontrado por el español cuando vino a buscar al león que él creía haber muerto, respondió que se había huído de que el español no lo acabase de matar. Mas como la mayor parte de estas respuestas parecieron frívolas, la inocencia del español fué reconocida y como además se tenían sospechas en todo el pueblo de que González tenía comercio con el demonio, el español fué absuelto de todo lo que el otro había depuesto contra él.

Todo esto no fué nada en comparación de lo que sucedió después a uno llamado Juan Gómez, el principal de los indios de aquel pueblo, de edad de cerca de ochenta años, jefe y gobernador de la tribu más considerable que había entre ellos, y cuya opinión era siempre preferida a la de los otros, que parecía bastante hombre de bien y que pocas veces faltaba a la misa y por la tarde a las vísperas, habiendo hecho además grandes regalos a la iglesia del lugar. Este indio pues, habiendo caído enfermo repentinamente, cuando yo me hallaba en el pueblo de Mixco, el bedel de la cofradía de la virgen, temiendo que no muriese sin confesión y ser reprendido por su negligencia, me vino a buscar a Mixco hacia media noche, para suplicarme fuera al instante a asistir a Juan Gómez y ayudarlo a bien morir, diciendo que éste deseaba mucho verme y que yo fuese para consolarlo.

Aunque la hora no era muy cómoda; y que llovía mucho, juzgando que esta era una obra de caridad, monté a caballo y anduve tres leguas en la oscuridad de la noche y a pesar de la lluvia.

Cuando yo llegué a Pinola todo mojado me fuí directamente a la casa del viejo Gómez que estaba acostado en su cama con la cara envuelta, quien me dió gracias por el trabajo que yo tomaba por la salud de su alma, me rogó

que lo confesara, y tanto por sus lágrimas como por la confesión me dió pruebas de una buena vida y del deseo que tenía de morir y de ir con Jesucristo.

Yo lo consolé y lo preparé para morir, pero antes de partir le pregunté ¿cómo se encontraba?, él me respondió que su mal no era otra cosa que vejez con la debilidad que la acompaña.

Después de esto me fuí a mi casa donde me mudé ropa y me acosté por tomar un poco de reposo; pero al instante me vinieron a buscar para dar la Extrema Unción a Gómez, que es una cosa que los indios no olvidan jamás antes de morir.

Cuando yo le ungía las narices, los labios, los ojos, las manos y los pies, observé que estaba hinchado y todo amoratado, sin embargo yo no caí en la cuenta creyendo que esto provenía de la enfermedad.

Me volví a casa como al amanecer y después de haber reposado un poco, algunos indios vinieron a llamar a mi puerta, que venían a comprar cirios para hacer las ofrendas por el alma de Juan Gómez que acababa de morir, y que debía ser enterrado aquel día solemnemente después de la misa.

Yo me levanté todavía con los ojos encarnados por no haber reposado toda la noche y me fuí a la iglesia donde encontré que se comenzaba a abrir la sepultura.

Hallé a dos españoles que vivían cerca del pueblo que habían venido a misa aquella mañana, los cuales se vinieron conmigo a mi cuarto y entablé con ellos conversación respecto a Juan Gómez, diciéndoles que yo había recibido mucho consuelo de haberlo visto morir tan bien, que no tenía duda en que se había salvado, y que todos los habitantes del pueblo perdían mucho con su muerte, porque él era su jefe y conductor, y que siempre los había gobernado con mucho acierto y prudencia.

Sobre esto estos dos españoles comenzaron a reírse y a mirarse el uno al otro diciéndome que yo estaba bien engañado por todos los indios y particularmente por el difunto Juan Gómez, si creía que éste era un santo o un hombre de bien. Yo les respondí que como ellos eran enemigos de los pobres indios, siempre juzgaban mal; pero que yo podía hablar con más datos que ellos porque sabía el estado de sus conciencias.

Uno de ellos me replicó que le parecía que yo no sabía casi nada con respecto a la muerte de Juan Gómez, por la confesión que me había hecho antes de morir, y que era necesario que no supiese el ruido que corría por el pueblo tocante a su muerte; lo que me pasmó tanto, que le supliqué de decirme la verdad de todo lo que sabía. Me dijeron que el ruido era que Juan Gómez era el mayor mago y hechicero del pueblo, que algunas veces había tomado la forma de león y corría bajo ésta por las montañas. Que había sido siempre enemigo mortal de un cierto Sebastián López, indio viejo y jefe de otra tribu; que se habían encontrado los dos hacía dos días en la montaña, Gómez bajo la figura de un león y López bajo la de un tigre; que allí se habían batido muy cruelmente, hasta que Gómez que era el más viejo y el más débil, se fatigó y fué de tal manera mordido y molido a golpes que se había muerto.

La prueba de que esto era verdad, decían ellos, era que López estaba preso por causa de esto; que las dos tribus estaban en contestaciones sobre el particular; que la tribu y los parientes de Gómez pedían satisfacción a López y a los de su tribu, y una grande suma de dinero, y a la falta de esto le amenazaban de poner el negocio entre las manos de los magistrados españoles: que no querían hacerlo tan pronto, en el caso de no poder pacificar las cosas entre ellos, de miedo que esto no causase algún daño al pueblo y los volviese odiosos a los españoles.

Esto me pareció tan extraordinario que no sabía ya qué es lo que debía creer, y me hizo resolver a no dar ya crédito a los indios, si podía descubrir que Juan Gómez hubiera sido tan disimulado y me hubiese engañado de aquella suerte. Me despedí de los españoles y me fui a la prisión donde encontré a López con los grillos en los pies.

Estando de vuelta en mi casa mandé buscar a un oficial de la ciudad que era alguacil mayor y grande amigo mío, a quien hice preguntar en particular por qué López estaba preso. Como él temiese de decirme el temor que los indios tenían, esperando que el negocio se arreglaría entre las dos tribus y que no se hablaría en el país, porque en esta época los dos alcaldes y regidores con los principales de estas dos tribus, se habían juntado para esto en la casa del Ayuntamiento; la reserva que yo advertí en este oficial aumentaba todavía más el deseo que tenía de saber lo que se pasaba; lo apuré para que me dijese la verdad, añadiéndole alguna cosa de lo que se me había dicho antes tocante a estos dos españoles. A lo cual me respondió que si se podían acomodar entre ellos, que no recelara que los españoles hicieran correr malas voces en su pueblo: pero yo le dije que quería saber por qué se habían juntado tan secretamente en el Ayuntamiento.

Me prometió que si yo le daba mi palabra de no hablar de él, porque temía la animosidad de todos los habitantes si llegaban a saber que me había revelado el asunto, me diría la verdad. Le dí mi palabra de no decir nada y además un vaso de vino para animarlo, y prometiéndole que no le sucedería mal alguno por todo lo que podía decirme.

Entonces me contó todo el asunto como los españoles lo habían hecho, y me dijo que no creía que las tribus se acordasen, porque había muchos amigos de Gómez que aborrecían a López y a todos los que tenían familiaridad con el diablo como él, y no se inquietaban si la vida disimulada de Gómez era conocida de todos; pero había otros tan malos como López y Gómez, que querían ocultarla del miedo de ser descubiertos, como los magos y hechiceros del pueblo.

Esto me tocó extremadamente el alma al ver que estaba precisado a vivir entre un pueblo, que gastaba todo lo que podía ganar con su trabajo a hacer bien a la iglesia y ofrendas a los santos, y que sin embargo estaba tan familiarizado con el demonio.

Me disgustaba mucho el ver que les predicaba la palabra de Dios inútilmente; lo que me hizo resolver a trabajar en adelante contra las astucias de Satanás y a representar, con mucho más vigor que lo que había hecho antes, el gran peligro en que estaban las almas de los que habían hecho alguna suerte de pacto con el demonio; a fin de inclinarlos a renunciar a sus obras, y entregarse a Jesucristo con una fe sincera.

Después de haber despedido al oficial indio me fuí a la iglesia por ver si el pueblo había venido a la misa; pero no encontré más que dos hombres ocupados en hacer la sepultura de Gómez. Viendo esto me volví a mi casa, pasmado de lo que acababa de saber, y muy incierto si debía enterrarlo como cristiano, después de haber vivido y muerto de la manera que se me había dicho. Con todo eso me pareció no deber creer a un solo indio, ni a los españoles, que a mi modo de ver no hablaban sino por oídas.

Mientras que yo me hallaba en la incertidumbre de lo que debía hacer vinieron por lo menos veinte de los principales indios del pueblo, con los dos alcaldes, regidores y todos los oficiales de justicia; me suplicaron de dilatar el entierro de Juan Gómez, porque habían resuelto hacer venir un oficial de la corona para visitar su cuerpo y examinar la causa de su muerte; porque temían recibir algún disgusto a causa suya y tendrían que desenterrarle.

Hice como que nada sabía de este asunto, y les pregunté ¿por qué me hacían esta súplica? Entonces me contaron todo; diciéndome cómo había testigos en el pueblo, que pretendían haber visto pelear un león contra un tigre y que un poco después estas fieras habían desaparecido de delante de ellos; que habían visto a Juan Gómez y Sebastián López casi en el mismo sitio; que se habían separado el uno del otro, y que después de esto Juan Gómez había venido a su casa todo golpeado, y se había metido en la cama de la que no se había levantado; que había declarado al morir a algunos de sus amigos que Sebastián López lo había matado: por esto lo habían arrestado y puesto preso.

Además me dijeron que aunque jamás habían visto nada malo en estos dos hombres, que eran los principales del pueblo, y a quienes habían tenido siempre mucho respeto, sin embargo en esta ocasión estaban bien informados, tanto por una tribu como por la otra, de que estas dos personas habían comunicado siempre con el demonio, lo que era una cosa vergonzosa para todos los habitantes del pueblo; pero que por lo perteneciente a ellos renunciaban a todas estas malditas inteligencias, que me suplicaban no imputara a todos el crimen de algunos particulares, y que estaban resueltos a perseguir a todos aquellos desgraciados, y a no permitir que vivieran mezclados con ellos en el pueblo.

Yo les dije que aprobaba su celo, y los exhorté a trabajar como buenos cristianos para desterrar al demonio de su pueblo, añadí que habían hecho muy bien de advertir de este accidente a las autoridades españolas de Guatemala, y que si lo hubieran ocultado hubieran podido ser todos castigados como culpables de la muerte de Gómez, y cómplices de los instrumentos de Satanás. Yo les aseguré además que no tenía ninguna mala opinión de ellos, y que antes al contrario les agradecía mucho lo que todos unidos habían resuelto hacer.

Aquella noche llegó el oficial de la corona que habían mandado solicitar, quien visitó el cuerpo de Gómez en mi presencia, y lo encontró todo destrozado, arañado, mordido y herido en muchas partes.

En virtud de esto se suscitaron muchas atestaciones y sospechas contra López, tanto de los habitantes del pueblo como de los amigos de Gómez; por esto lo condujeron a Guatemala donde fué todavía examinado delante

de los mismos testigos; y como éste no se defendió muy bien, y confesó en alguna manera la cosa, fué condenado a ser ahorcado y ejecutado en seguida; y Gómez en lugar de ser enterrado en la sepultura que se le había hecho en la iglesia lo fué en otra que se hizo en una zanja.

También encontré algunos indios de Mixco que no eran menos disimulados que Gómez, y eran cuatro hermanos llamados Fuentes, de los principales y más ricos del pueblo, y más de una docena de otros.

Aquellas gentes vivían bien en la apariencia, eran liberales con los particulares, bienhechores a la iglesia, devotos con los santos, teniendo un gran cuidado de celebrar sus fiestas; pero en secreto eran grandes idólatras.

Dios quiso servirse de mí, como de un instrumento, para descubrir y poner en claro el secreto de sus obras de tinieblas, que la soledad de un bosque y una montaña habían ocultado a los ojos del mundo por muchos años.

Algunas de aquellas gentes estando un día en compañía de otras varias personas, que eran mejores cristianos que ellos, en uno de los desarreglos de su chicha, comenzaron a jactarse de su dios, diciendo que él les había predicado mejor de lo que yo lo había hecho, y que nada debían creer de lo que les había enseñado de Jesucristo, debiendo seguir la antigua religión de sus mayores quienes adoraban a Dios como era debido; que ahora por el ejemplo de los españoles ellos habían sido engañados e inclinados a adorar un falso dios.

Los otros cristianos que oyeron estas palabras comenzaron a asombrarse, y les preguntaron ¿dónde estaba pues aquel dios? Con bastante trabajo y prometiendo de imitarlos y servir a su dios, supieron de ellos el lugar y la montaña donde podían encontrarlo.

A pesar de que estos buenos cristianos les hubiesen prometido, en medio del desarreglo, de imitarlos, sin embargo, habiendo reflexionado maduradamente en su promesa cuando se separaron se burlaron de su compromiso, como de una cosa frívola, y de todos los discursos que les habían hecho.

No pudieron por tanto tener la cosa tan secreta que no llegara a noticia de un español que vivía en el valle, quien creyéndose obligado en conciencia de revelarla me vino a ver a Mixco, y me dijo que había ciertos indios en el pueblo que adoraban a un ídolo y que se jactaban de que éste había predicado contra mi doctrina en favor de la idolatría de los antiguos paganos.

Yo dí gracias a Dios porque todos los días destruí las obras de Satanás y rogué al español me dijera de quién había sabido todas estas cosas, lo que él hizo nombrándome al que se lo había dicho, el cual me lo hubiera revelado si no temiera descubrir a aquellos indios.

Con esto yo mandé buscar al indio para carearlo con el español, delante del cual me confesó lo que había oído decir, pero que no se había atrevido a declarar porque sabía bien que si descubría a aquellos indios le harían mucho daño por medio del diablo. A esto yo le hice ver que si era verdadero cristiano debía combatir contra el diablo y no temerlo, porque él no le haría

mal alguno mientras Dios estuviera con él, que se acogiera a Jesucristo por medio de la fe; y que si se descubría este ídolo sería el modo de convertir a los idólatras cuando verían el poco poder de su falso Dios en comparación del verdadero de los cristianos.

Le dije además que si no quería decirme quiénes eran esos indios y dónde estaba el ídolo, lo mandaría yo a Guatemala y que allá le harían decir todo lo que sabía.

Esto le puso miedo y todo temblando me dijo que eran los Fuentes los que se habían vanagloriado de tener ese ídolo, que ellos llamaban su dios, y que habían dado por señas del lugar en que se hallaba, un paraje donde había una fuente y un pino a la entrada de una caverna, en tal montaña.

Yo le pregunté si sabía el lugar, y qué especie de ídolo era, a lo que me respondió que él había estado muchas veces sobre esta montaña, donde había visto dos o tres vertientes, pero que jamás había bajado a ninguna caverna.

Yo insistí en preguntarle si quería venir conmigo y ayudarme a descubrir este lugar; pero se rehusó temiendo estos idólatras, y me dijo también que no fuera de miedo que me matasen si ellos estaban allí, antes que dejarse descubrir. Yo le respondí a esto que llevaría conmigo una escolta tan buena que bastaría para defenderme de ellos, y que la fe que yo tenía en Dios vivo y, todopoderoso me garantizaría contra aquellos falsos dioses.

Por esta razón me resolví a ir el día siguiente a buscar aquella caverna acompañado de este español, otros tres o cuatro (también españoles), mi negro Miguel Delva y el indio, que no quise dejar volver aquel día a su casa de miedo de que no descubriese en su pueblo mi designio, y que sabiéndolo los idólatras no me previniesen por la noche transportando su ídolo fuera de aquel lugar.

El indio rehusó siempre acompañarme, hasta que lo amenacé con que mandaría llamar a los oficiales de la justicia para hacerlo poner preso, lo que le obligó a ofrecirme que vendría conmigo; pero a fin de que no pudiese hablar a ninguno del pueblo ni con mis criados, supliqué al español lo llevara con él a su casa cuidándolo bien de día y de noche, prometiéndole que yo pasaría para recogerlo al día siguiente por la mañana, recomendándole sobre todo el secreto y despidiéndolo en seguida con el indio.

El mismo día me fuí a Pinola para hacer venir al negro Miguel Delva que yo traje conmigo a Mixco, sin descubrirle nada de mi designio; fuí también a ver a cuatro españoles de mis vecinos a quienes rogué que estuvieran listos para el día siguiente por la mañana, para acompañarme en un asunto, en que se trataba de hacer un servicio a Dios, que se reuniesen en casa de uno de nuestros vecinos, y que si llevaban sus fusiles nos podríamos divertir en el lugar a donde íbamos, que yo daría orden para que tuviéramos vino y carne suficiente.

Todos ellos me prometieron que vendrían conmigo imaginándose que, aunque yo les decía que era para el servicio de Dios, lo que únicamente quería era cazar algún ciervo en las montañas.

Yo quedé muy contento de ver que interpretaban mi designio de aquella suerte, y en seguida me volví a mi habitación, donde hice provisión aquella noche de un buen jamón, y de algunas gallinas asadas y cocidas bien empiñentadas y saladas, para nuestro viaje del día siguiente.

Encontré toda mi compañía en la casa donde había yo hecho guardar al indio, y de allá nos fuimos todos juntos al lugar donde los idólatras iban a adorar a su falso Dios, que estaba como a dos leguas de México hacia el pueblo de San Juan de Sacatepeque.

Cuando entramos en el bosque encontramos en primer lugar una profunda barranca donde había un arroyo; lo que nos obligó a hacer una exacta rebusca por todas partes, pero nada encontramos por allí de lo que íbamos a buscar.

Salimos pues a lo alto de la barranca, y después de haber empleado mucho tiempo todavía en buscar encontramos un manantial; pero aunque escudriñamos con mucha exactitud en todo alrededor no vimos allí ninguna caverna.

Buscamos así en vano todo el día hasta la tarde; de suerte que temiendo perdernos si la noche nos sorprendía, mis amigos comenzaron a enfadarse y hablaban de volverse. Mas considerando que no habíamos pasado la mitad del bosque, y que si nos volvíamos a casa para retornar el día siguiente a aquel lugar, podríamos ser descubiertos y nuestro designio divulgado; fuimos de opinión que lo mejor era dormir aquella noche en el bosque dentro de la barranca donde habíamos buscado primero; porque allí había buena agua para beber chocolate, que los árboles estaban buenos para dormir debajo de ellos, y que a más de esto podíamos fácilmente hacer nuestra segunda busca.

Toda la compañía fué de mi mismo dictamen, y la noche, que estaba tranquila y serena, favoreció nuestra buena intención.

Hicimos fuego para nuestro chocolate y cenamos muy bien con nuestra carne fría, y pasamos una parte de la noche en conversación, teniendo siempre los ojos fijos en nuestro indio, que yo había puesto bajo el cuidado de Miguel Delva, de miedo de que se nos escapase.

La mañana siguiente rezamos nuestras oraciones y rogamos a Dios nos condujera aquel día a la ejecución del designio que teníamos, descubriéndonos la caverna de tinieblas y de iniquidad, donde estaba oculto este instrumento de Satanás, a fin de que descubierto sirviera para honra y gloria del verdadero Dios, y sus enemigos cubiertos de vergüenza y castigados según lo merecían.

Entramos pues de nuevo en el bosque subiendo una montaña muy áspera y pendiente, y habiendo buscado por todas partes del lado del sur, nos dirigimos hacia el norte donde encontramos otra bajada muy profunda que comenzamos a descender registrando de todos lados, y no en vano, porque a cosa de una media milla de lo alto de la montaña encontramos algunos vestigios de un camino por el cual se había pasado y estaba un poco trillado, tomamos éste que nos llevó a un segundo manantial.

Nos pusimos a buscar muy exactamente en los alrededores donde encontramos algunos restos de platos y de jarros de barro, y otra pieza de un escalfador parecido a aquellos en que los indios acostumbran quemar el incienso en las iglesias delante de las imágenes de los santos.

Esto nos hizo creer, como era en realidad, que con esta clase de incensarios incensaban los idólatras a su ídolo; en lo cual nos ratificamos más cuando reconocimos que éste era de la misma loza que se fabrica en Mixco, y el pino que descubrimos en seguida acabó de confirmar las esperanzas que habíamos concebido de que estábamos próximos al lugar que tanto habíamos buscado.

Cuando estuvimos cerca de este árbol encontramos al instante la caverna que estaba muy próxima de él, muy oscura por dentro, pero clara a su entrada, donde encontramos todavía de estos vasos de barro con cenizas dentro, lo que nos hicieron conocer que habían quemado incienso en ellos.

Como no sabíamos hasta dónde podría ir esta caverna, ni lo que podía estar dentro, hicimos fuego con un fusil y encendimos velas, con las que entramos en dicha caverna.

Esta era ancha a su entrada avanzándose un poco hacia el centro de la tierra; mas luego que hubimos entrado vimos que volteaba a la mano izquierda hacia la montaña; pero no muy adelante; porque a cosa de dos toesas encontramos al ídolo colocado sobre una silla pequeña y cubierta de tela.

Este estaba hecho de una madera negra y lustrosa parecida al azabache, y como si lo hubieran pintado o ahumado. Tenía la cabeza hecha como la de un hombre hasta la espalda, pero sin barbas ni bigotes, su mirar horrible, la frente toda arrugada y los ojos muy grandes y desordenados.

No nos puso miedo su mala cara, y no nos impidió de llevarlo con nosotros: pero al quitarlo de la silla, de donde estaba colocado, encontramos debajo algunos reales sencillos que sus favoritos le habían ofrecido; lo que nos hizo buscar con más cuidado en la caverna, y no fué mal propósito, porque hallamos todavía sobre la tierra otros varios reales con algunos palmitos y otras frutas, cirios a medio quemar, ollas llenas de maíz, un jarrito de miel y pequeños vasos donde habían quemado incienso.

Esto me hizo conocer que los idólatras hacían las mismas ofrendas que los cristianos, y que si no hubiera yo sabido que ellos llamaban a este ídolo su dios, no los hubiera podido vituperar más que a los otros indios del pueblo que ofrecían las mismas cosas, y se arrodillaban delante de las imágenes de los santos, entre los que había algunos de madera que no estaban mejor hechos que este ídolo, quien no teniendo la cara de bestia como yo había creído sino la de un hombre, ellos podían darle el nombre de algún santo, y excusarse con esto en alguna manera.

Mas sea que no pudiesen o no quisiesen hacerlo, ellos persistieron en el error de que era su dios el que les había hablado; y habiéndoles preguntado todavía después de esto si no era la imagen de algún santo como los que estaban en Mixco y en otras iglesias, me respondieron que no y que era superior a todos los santos del país.

Quedamos pues encantados de ver que no habíamos perdido nuestro trabajo, ni mal empleado nuestro tiempo, de suerte que después de haber sacado este ídolo fuera de la caverna cortamos gran cantidad de ramas de árbol que echamos dentro para llenarla e impedir la entrada.

Después de esto partimos de aquel lugar cargando al ídolo sobre las espaldas del indio, envuelto con una tela, con el fin de que no lo vieran en los lugares por donde teníamos que pasar. Yo fui de opinión de esperar que fuese de noche para entrar en Mixco a fin de que los indios no pudiesen apercibirse de nada; de suerte que permanecí en la casa de uno de los españoles hasta que fué tarde, y le supliqué advirtiese de mi parte a todos los españoles de los alrededores que se encontraran en la iglesia de Mixco el domingo siguiente, temiendo que los idólatras, siendo en gran número, no se sublevasen contra mí y que sólo les hiciese entender que yo tenía alguna cosa que decirles a ellos y a sus negros sobre el asunto de sus cofradías; porque yo no quería que ellos tuvieran ningún conocimiento de este asunto hasta que oyesen hablar de él en la iglesia, y que vieran el ídolo delante de ellos, temiendo que si esto llegaba a oídos de los indios, los idólatras tuviesen el medio de irse del pueblo.

Cuando vino la noche tomé al indio conmigo y a Miguel Delva, y me fui a casa donde guardé al ídolo en una caja hasta el domingo próximo, y despidiendo al indio con orden de no decir nada, porque él sabía bien el mal que los idólatras podían hacerle; así es que se guardó bien de decir que me había acompañado.

Yo detuve a Miguel Delva conmigo, porque él tenía gana de ver el desenlace de todo este asunto, y me preparé a predicar el domingo siguiente sobre el verso tercero capítulo veinte del libro del Exodo (*Tú no tendrás otros dioses delante de mí*), que yo escogí expresamente para esta ocasión, aunque no fuera el evangelio de aquel día, de donde se tiene la costumbre de tomar el texto del sermón que debe predicarse en la iglesia.

El domingo por la mañana estando preparado el púlpito por el que tiene cuidado de la iglesia y de los altares, hice llevar al ídolo a la iglesia por Miguel Delva, escondido bajo de su capa, y lo hice poner en el púlpito, a fin de que no lo viesen hasta que yo encontrara a propósito de mostrarlo en mi sermón, dando la orden de tener cuidado alrededor de la iglesia, cuando el pueblo viniera, a fin de que nadie lo viera y se lo llevara.

Jamás había habido una concurrencia tan grande en la iglesia como aquel día, tanto de españoles como de negros de los alrededores del pueblo, quienes en virtud de la advertencia que se les había hecho de mi parte, creían que yo tenía alguna cosa de consideración que decirles.

Había además muy pocos habitantes del pueblo que estuviesen ausentes, los Fuentes mismos y todos los otros que estaban sospechados de servir a este ídolo se encontraban reunidos en la iglesia aquel día, quienes estaban bien lejos de saber que les habían quitado su dios de la caverna donde estaba, y que se hallaba en el púlpito en donde debía ser expuesto para su mayor vergüenza y confusión.

En seguida ordené a Miguel Delva de estarse cerca del púlpito mientras el sermón, y de advertir a los españoles que sabían el asunto, y a algunos negros de sus amigos, de estarse también cerca de las gradas del púlpito.

Acabada la misa subí al púlpito para predicar el sermón y cuando recité las palabras del texto observé que los españoles y los indios se miraban mutuamente, no estando acostumbrados a oír sermones sobre el antiguo testamento.

Para la exposición de este mandamiento demostré que la idolatría era un crimen horrendo a los ojos de Dios, que no había ninguna criatura que pudiese ser igual a Dios vivo creador de todas las cosas, ni ninguno que pudiese hacer ni bien ni mal a los hombres sin su permisión, y por consiguiente, que no debía dárseles ninguna adoración; pero mucho menos a aquellas que eran inanimadas como el palo y la piedra, a quien los hombres podían hacer una boca, ojos y dos orejas; pero que éstos no eran más que ídolos muertos que no sabrían hablar, ver ni oír, y que cuando éstos tuvieran brazos y manos no sabrían defenderse ni a los que los adorasen y pusiesen de rodillas delante de ellos.

Cuando estuve a la mitad de mi sermón me agaché dentro del púlpito de donde saqué aquel negro y horroroso ídolo, que puse al lado del púlpito, mirando fijamente a algunos de los Fuentes y otros que yo remarqué cambiaban de color, enrojecían y parecían extremadamente asombrados, mirándose los unos a los otros.

Entonces supliqué a la asamblea, que considerara quién era aquel dios que algunos de entre ellos adoraban, que lo remarcara bien y viera si había alguno de ellos que supiera qué parte de la tierra estaba bajo su dominio y que pudiera decir de dónde venía.

Les dije además que algunos de entre ellos se habían jactado de que este pedazo de madera había hablado y predicado contra lo que yo había enseñado de Jesucristo, por lo que ellos lo habían adorado como dios, le habían ofrecido dinero, miel y frutas, y quemado inciensos delante de él en cierta caverna secreta y escondida bajo de la tierra, manifestando de este modo que ellos tenían vergüenza de reconocerlo en público, y que estando escondido bajo de la tierra dependía solamente del príncipe de las tinieblas.

Yo lo desafié entonces en público a que hablara y defendiera su causa, y de no hacerlo su silencio cubriría de vergüenza y confusión a todos sus adoradores.

Les manifesté en seguida que éste no era más que un pedazo de madera, que había estado construido de aquel modo por la mano de los hombres, y concluyendo que no era más que un ídolo muerto.

Argüí bastante tiempo en contra y desafié a Satanás, quien se había servido de él como de su instrumento, para que viniese a quitarlo del lugar donde yo lo había puesto, si estaba en su arbitrio, para manifestar que su poder era bien débil respecto a mi fe en Jesucristo.

Después de haber bien razonado y disputado según la capacidad de los indios que estaban presentes, les dije que si este dios tenía el poder de garantizarse del suplicio a que yo lo iba a exponer que era el de mandarlo

hacer pedazos con un hacha y de quemarlo públicamente, yo los dispensaba de creer en el evangelio de Jesucristo, pero que si veían que no tenía ningún poder contra mí, que era el más débil de los instrumentos del verdadero Dios vivo, que les suplicaba se convirtiesen a este verdadero Dios, creador de todas las cosas, de poner la esperanza de su salud en su hijo Jesucristo, que era nuestro solo mediador y salvador, y de renunciar de entonces en adelante a toda aquella idolatría pagana de sus antepasados.

Les aseguré además que por lo que se había pasado yo emplearía mi intercesión por ellos, y los garantizaría del castigo a que el obispo y el presidente de Guatemala los podrían justamente condenar, y que si ellos querían venir a verme yo haría todo lo que pudiera para instruirlos y meterlos en el verdadero camino del cristianismo.

Después de haber concluido de este modo sin haber, sin embargo, nombrado a ninguno, bajé del púlpito e hice llevar al ídolo delante de mí, y habiendo hecho traer un hacha, mandé que lo hiciesen pequeños pedazos y que lo echasen en el fuego para que fuese quemado delante de todo el pueblo en medio de la iglesia.

Algunos de los españoles comenzaron a gritar, *victor, victor*, y otros decían, *gloria sea a nuestro Dios*; mas los idólatras guardaron silencio, y no dijeron una palabra, pero después de esto hicieron cuanto pudieron para hacerme perecer.

Yo escribí al presidente de Guatemala, dándole aviso de lo que había hecho, y al obispo como inquisidor a quien pertenecía el conocimiento de aquellos negocios, para saber de qué manera me debía yo gobernar con los culpables, de quienes no conocía yo más que una parte; y esto por el dicho de un solo indio.

Los dos me dieron gracias por el trabajo que había tenido en buscar la montaña y en descubrir el sitio a donde estaba el ídolo, y por el celo que había manifestado en este negocio.

En cuanto a la manera con que debía gobernar a los idólatras, me aconsejaron de descubrir todos los que pudiera; trabajar para convertirlos al conocimiento del verdadero Dios valiéndome de la dulzura, manifestando compasión por su ceguera, y prometiéndoles obtener el perdón de la inquisición con tal que se arrepintiesen de su crimen; porque la inquisición, mirándolos como nuevas plantas, no quería tratarlos con rigor como haría con los españoles si cometiesen crímenes de esta naturaleza.

Siguiendo este dictamen envié a buscar secretamente a los Fuentes, a quienes hice venir a mi cuarto y les representé la dulzura de la inquisición para con ellos, esperando que se convertirían y cambiarían de manera de vivir. Los encontré muy obstinados y llenos de cólera porque había hecho quemar el dios que ellos adoraban, y también como otros muchos habitantes de este pueblo y de San Juan Sacatepéquez: y queriendo hacerles ver que no se le debía honrar como dios, uno de ellos me respondió con altivez, que sabían muy bien que no era más que un pedazo de madera y que no podía hablar por sí mismo; pero puesto que había hablado, como todos ellos eran testigos; que era un milagro que ellos debían creer, y que estaban verda-

deramente persuadidos de que Dios estaba en esta pieza de madera, puesto que en su discurso había manifestado que era una madera ordinaria estando Dios allí; por consiguiente que merecía más bien las ofrendas y la veneración, que los santos que estaban en la iglesia y que no habían hablado al pueblo jamás.

Los repliqué que más bien era el diablo quien había formado este discurso, que Dios, en el caso de haber oído alguno, para engañarlos y llevarlos a los infiernos; que podían convencerse muy fácilmente de esto por la doctrina, que me habían dicho, les había predicado contra Jesucristo, el hijo único de Dios, de quien hablaba a su antojo, y había dicho mil inverosimilitudes por medio de este ídolo.

A esto me respondió otro tan atrevido como el primero, que sus abuelos no habían oído hablar jamás de Jesucristo antes de la venida de los españoles en este país; que sabían bien que había dioses; que ellos los adoraban y ofrecían sacrificios; y que no ignoraban que este dios había sido en otro tiempo uno de los dioses de sus abuelos.

Como pues, *les dije*, fuerza es que este dios sea bien débil puesto que ha permitido lo haya hecho quemar. Entonces me apercibí que no había ya manera de raciocinar con ellos y que estaban obstinados del todo; de manera que me ví precisado a despedirlos como habían venido.

Si Dios no me hubiese protegido contra estas gentes, seguramente me hubieran matado, porque un mes después de quemado este ídolo, cuando pensaba que todo estaba olvidado y que los idólatras vivían en paz, entonces fué cuando comenzaron a querer ejecutar sus malos designios.

Yo comencé a apercibirme por un ruido que oí una vez a media noche, de ciertas personas que rodeaban mi casa y a la puerta de mi cuarto; yo grité no atreviéndome a abrir la puerta, pero nadie me respondió; y como ellos continuasen a echar la puerta abajo, esto me hizo conocer que eran gentes que querían entrar por la fuerza.

Esto me precisó a coger las sábanas de mi cama y atarlas por una de las puntas y por la otra a una de las barras de la ventana, para bajarme a tierra y escaparme durante la noche si hubieran hecho violencia para entrar.

Como ellos continuasen a empujar la puerta sin decir una palabra, me pareció que gritando bien alto tendrían miedo y se escaparían; al efecto, llamé a mis vecinos y a mis criados, que se encontraban a la extremidad de una larga galería, para que me socorriesen contra los ladrones.

Mis gentes que estaban ya despiertas con este ruido vinieron a mi ayuda, de suerte que mis enemigos se escaparon por las escaleras y no se les oyó más por esa noche. Pero reconociendo por esto cuál era su animosidad y su malicia, me pareció no deber vivir más así solo, con criados solamente, en una casa tan grande como la de Mixco.

El día siguiente mandé buscar a Miguel Delva, a quien me confié enteramente y quien solo podía batir a una media docena de indios, con orden de traer todas las armas que pudiese para mi defensa. Lo tuve conmigo más de quince días, y el domingo siguiente hice decir en la iglesia que

los que habían venido a mi casa durante la noche, para amedrentarme o hacerme mal, tuviesen cuidado consigo, porque me había provisto de armas ofensivas y defensivas.

Aunque durante algún tiempo estuvieron callados, sin embargo no cesaron por eso de continuar sus malos designios; porque sabiendo que Miguel Delva no dormía en mi cuarto, quince días después estando estudiando con luz y a eso de media noche, subieron las escaleras tan despacito que no los sentí; pero el negro que no dormía lo conoció al instante, y levantándose con mucho silencio de sobre una mesa donde estaba acostado encima de una estera, tomó dos ladrillos de los que se hallaban bajo la mesa y que estaban destinados para una obra que yo hacía construir; abrió la puerta y aunque con mucho cuidado, el ruido que hizo fué bastante para hacerlos escapar al momento por donde habían venido.

El negro corrió tras de ellos, pero como se hallasen ya bastante lejos y no sabiendo qué camino tomarían, les arrojó sus dos ladrillos a la cabeza, y atrapó a uno de ellos; porque el día siguiente pasando por el pueblo encontró a uno de los Fuentes con un pañuelo en la cabeza; y como hubiese preguntado a algunos indios qué es lo que tenía, le respondieron que tenía la cabeza rota, pero que no sabían de qué le provenía.

Los Fuentes viendo que estaba siempre resguardado por Miguel Delva, se abstuvieron después de venir por la noche a mi casa; pero no tuvieron por esto menos animosidad contra mí.

Un mes después, cuando yo creía que no pensaban en nada, y cuando me manifestaban en apariencia más cortesía y buena voluntad, vino a verme un hombre de parte del hermano mayor Pablo Fuentes, para decirme que estaba muy malo, y como próximo a morir, me suplicaba fuera a consolarlo e instruirlo en la verdad de nuestra religión, porque tenía verdadero deseo de convertirse.

Yo recibí esta noticia con mucho gusto, creyéndola verdadera; de suerte que sin sospechar nada de lo contrario, rogué a Dios seriamente me asistiera en la conversión de este hombre, y todo lleno de celo me fui prontamente a su casa, en donde toda mi alegría se cambió bien pronto en tristeza y disgusto.

Al llegar a la puerta de su casa encontré al entrar en ella a los hermanos de Pablo Fuentes y a algunos otros sospechosos de idolatría, que estaban en rueda dentro de la plaza; mas como ví que Pablo no estaba allí, me retiré un poco y les pregunté por él, sospechando alguna cosa al verlos reunidos a todos de aquella suerte: mas cuando ví que no se levantaban ni me respondían una palabra, y que no se quitaban el sombrero, comencé a temer al instante y a sospechar que había alguna traición; de suerte que los dejé para volverme a mi casa.

No hube tan pronto vuelto las espaldas cuando he aquí a Pablo Fuentes, que había fingido estar malo y quererse convertir, que viene por detras de su casa con un gran palo en la mano levantando el brazo para pegarme; de manera que a no haber yo tomádole el palo con las dos manos y parado el golpe era seguro que con él me hubiera hechado por tierra.

Cuando disputábamos los dos quién sería el dueño del palo, los otros indios que estaban sentados dentro de la casa salieron al patio, que siendo un lugar público y todo abierto me era más ventajoso que si hubiera estado dentro de la casa.

Estos se echaron todos sobre mí tirándome unos de un lado y otros de otro, rasgándome los vestidos en dos o tres partes, y uno de ellos por hacerme largar el palo me dió con el cuchillo una herida en la mano, cuya cicatriz parece todavía hoy, y estoy seguro de que si no hubiésemos estado en un lugar público me hubiera metido su cuchillo en el costado.

Otro, viendo que no quería yo dejar aquel palo lo tomó con Pablo Fuentes y los dos juntos lo empujaron tan fuertemente contra mi boca y con tanta fuerza que me rompieron los dientes, de suerte que tenía yo la boca llena de sangre, siendo además el golpe tan recio que me hizo caer al suelo todo aturdido; sin embargo me repuse bien pronto y me levanté al instante viéndolos que se burlaban de mí, pero que no se atrevían a hacerme más daño temiendo ser descubiertos.

Quiso Dios que al mismo tiempo que yo estaba en el suelo tirado, pasó por allí una esclava mulata que servía a un español en el valle, quien oyéndome llamar a los vecinos a mi socorro, que estaban bastante lejos de allí, porque todas las casas cercanas pertenecían a los Fuentes, entró en el patio, y viéndome todo lleno de sangre creyó que estaba herido de muerte; de suerte que después de haberlos injuriado como a unos asesinos, echó a correr por la calle gritando, "al asesino, al asesino en el patio de Pablo Fuentes", hasta que llegó a la plaza del mercado y a las casas consistoriales, donde encontró a los alcaldes y regidores con dos españoles, quienes habiendo sabido el peligro en que yo estaba, vinieron con la espada desnuda en la mano a todo correr con los oficiales de la justicia al patio de Pablo Fuentes para ayudarme en el peligro en que estaba.

Pero los idólatras habiendo oído los gritos que daba la mulata se huyeron de uno y otro lado para esconderse, y Pablo Fuentes se fué también para cerrar su casa y ausentarse; pero conociendo su intención yo hice cuanto pude para retenerlo e impedirle que se escapara hasta que alguno viniera a socorrerme.

Cuando los españoles llegaron y me vieron todo lleno de sangre se echaron todos enfurecidos sobre Pablo Fuentes con sus espadas desnudas, y lo hubieran muerto si yo no lo hubiera impedido diciéndoles que se imputaría a mí todo el mal que le hicieran.

Supliqué además a los oficiales de la justicia que no embargasen nada de sus bienes, aunque era rico, y que se aseguraran de su persona poniéndolo preso, haciéndolos responsables, en caso de omisión, ante el presidente de Guatemala, lo que hicieron en el acto.

En seguida hice hacer una información de todo lo que se había pasado, en la que parecieron como testigos los españoles y la mulata de que me habían visto herido en la mano, la boca llena de sangre y mis vestidos también ensangrentados y rasgados, cuya información remití al instante al presidente de Guatemala.

Este asunto se divulgó al instante en el valle, y todos los españoles vinieron a ofrecirme su asistencia. Miguel Delva, que se hallaba por casualidad en casa de uno de estos españoles, vino también con ellos, y entre todos hubieran hecho mucho mal a los indios aquella noche si yo no lo hubiera estorbado.

Yo les rogué de retirarse pacíficamente a su casa, diciéndoles que nada temía y que me era suficiente quedarme con Miguel Delva para que me cuidara. Pero ellos no quisieron irse diciéndome que aquella noche era más peligrosa para mí que lo que yo pensaba, y tenía necesidad de tener en mi compañía más de un hombre sólo, porque creían que estos idólatras haciendo reflexión sobre lo que habían hecho aquel día, y temiendo ser rigurosamente castigados por el presidente de Guatemala, viéndose perdidos y arruinados, podían intentar, por desesperación, sacar a su hermano de la prisión aquella noche, y atacarme después, huyéndose para salvarse.

A pesar de que ellos me lo dijeron yo no pude jamás imaginarme que aquellas gentes tuviesen bastante osadía para emprender aquellas cosas, ni que quisiesen irse, porque todos tenían casas en el pueblo y tierras en los alrededores; sin embargo, yo consentí que se quedasen por aquella noche para cuidarme en unión de Miguel Delva.

Después de cenar hicieron centinela alrededor de mi casa hasta que vieron que todo estaba tranquilo y que los indios se habían retirado, y después de esto pusieron guardias en torno de la prisión con el fin de impedir que nadie viniese para libertar a Pablo Fuentes.

No estando todavía contentos con todas estas precauciones, pretendiendo que ellos corrían tanto riesgo como yo, no siendo más que cosa de una docena, si todos los indios se llegaban a amotinar contra nosotros instigados por los idólatras, quisieron hacer levantar a los alcaldes y a otros dos oficiales inferiores para hacer pesquisa en el pueblo y buscar a los demás Fuentes y otros conocidos por idólatras, para asegurarse de sus personas, ponerlos en prisión y mandarlos a Guatemala, impidiéndoles por este medio de hacer más mal, no sólo aquella noche sino también en lo sucesivo.

Con toda esta diligencia y el gran cuidado que tomaron de mi persona ellos fueron la causa de que yo no durmiese en toda la noche.

Se fueron pues a llamar a los alcaldes y dos oficiales que condujeron a mi casa, rogándome que les manifestara era necesario buscar el resto de los otros indios.

Los pobres alcaldes quedaron espantados al ver tantos españoles a aquella hora en mi casa con las espadas desnudas; de suerte que no se atrevían a negar lo que se deseaba de ellos y que era necesario en aquellas circunstancias. Después de salir de mi casa a cosa de media noche, se fueron al pueblo buscando en todas las casas donde se sospechaba que los Fuentes pudiesen estar escondidos, o cualquiera de los otros que les habían ayudado a insultarme ese día.

No hallaron a ninguno en sus casas hasta que fueron a la de Lorenzo Fuentes, uno de los cuatro hermanos, donde encontraron a todos los que estaban con ellos cuando me habían atacado, que bebían y hacían franchela.

Como la casa fué sitiada por todos lados no había medio alguno de escaparse, y como vieron las espadas de los españoles desnudas no se atrevieron a hacer ninguna resistencia; pero sin esta precaución sin duda alguna hubieran causado un gran tumulto en el pueblo esta noche, como supimos después, habiéndose juntado todos para libertar a Pablo Fuentes, insultarme, y escaparse después, no sabiendo que yo me hallaba tan bien escoltado por los españoles.

En esta casa se encontraron diez, los cuales fueron conducidos a la prisión al instante y sin hacer ruido en el pueblo, donde fueron encerrados y guardados por los españoles.

En la misma mañana don Juan de Guzmán, presidente de Guatemala, que era un gobernador lleno de piedad, habiendo considerado lo que yo le había escrito el día anterior, y pensando que me encontraba en gran peligro, me envió un oficial de justicia español con una gran comisión para llevar prisioneros a la ciudad de Guatemala a todos los indios que me habían atacado el día precedente: y en caso de no poder encontrarlos, confiscarles todos los bienes que pudieran pertenecerles tanto en el pueblo de Mixco como en el valle.

Pero el cuidado que los españoles habían tomado la noche precedente hizo que él los encontrase a todos; y después que ellos pagaron los gastos de este oficial que él mismo tasó como quiso, los de Miguel Delva y los de dos o tres españoles más que se juntaron a este oficial en el nombre del rey para asistirle y conducirlos con seguridad a Guatemala, se los hizo montar a caballo, y en ese mismo día fueron presentados al presidente.

Tan pronto como llegaron los mandó presos, y después los condenó a ser azotados públicamente por las calles, desterrando además dos al golfo de Santo Tomás de Castilla; y los hubiera desterrado a todos si no se hubiesen humillado y no me hubieran suplicado, como lo hicieron, de interceder por ellos, prometiendo ser buenos en adelante, darme toda especie de satisfacciones si se les permitía volver a su pueblo, y que en caso de volver a cometer la misma falta, se sometían a ser ahorcados y perder todos sus bienes.

Sobre esto el presidente, después de haberlos condenado a pagar veinte escudos de multa a cada uno para la iglesia, y para ser empleados según a mí me pareciera conveniente, los mandó a sus casas; allí vinieron a mi encuentro según me lo habían prometido, y humillándose y llorando a mares, manifestaron sentir mucho lo que habían hecho, echando toda la culpa al demonio, que había tenido demasiado poder sobre ellos y les había tentado hasta el punto de hacerles cometer esta mala acción; que renunciaban a todas sus prácticas, y que en lo sucesivo querían vivir como buenos cristianos y no adorar más que a un solo Dios.

Yo fui extremadamente enternecido por sus lágrimas y por las pruebas que me daban de su arrepentimiento, y viendo que en este momento se hallaban más dispuestos a abrazar la fe de Jesucristo que no lo habían estado en tiempos pasados, procuré instruirlos en su conocimiento y enseñarles el camino de la salvación.

Después de esto no me quedé mucho tiempo en el pueblo; pero en todo el que estuve encontré un cambio tal en sus costumbres, que me hizo creer que su arrepentimiento era verdadero y sincero

No he recitado estas historias particulares de algunos indios para vituperar toda esta nación, que amo extremadamente y por la que hubiera querido haber dado toda mi sangre, si ésta pudiera serles útil para su bien y la salvación de sus almas: sino más bien para hacer que se tenga piedad y compasión de estas gentes, que después de tantos años que hace se les predica, no son, la mayor parte, que cristianos en apariencia y en la práctica de las ceremonias.

Ciertamente, su natural es muy bueno, fácil a ceder y dejarse conducir a la adoración de un solo Dios, si se les enseñase particularmente su verdadero culto.

CAPITULO XXII

El autor refiere los motivos que le impidieron de servirse de la permisión que recibió de su general para volverse a Inglaterra: cómo el conocimiento que tenía de la lengua del país le hizo aceptar el cargo de vicario de Amatitlán y de toda la comarca, de que hace una exacta descripción, como también de las costumbres de los indios, y de las utilidades de su vicariato

El mismo año en que se pasó en Mixco esta buruca recibí de Roma del general de la Orden de Santo Domingo la permisión para volverme a Inglaterra; esto me causó mucha alegría, porque ya estaba cansado de vivir entre indios, y me enfadaba el ver el poco fruto que yo sacaba, no atreviéndome, a causa de la inquisición, a predicarles la verdad del Evangelio, que hubiera podido volverlos buenos y verdaderos cristianos en el alma; y además porque veía que Antonio de Soto Mayor, señor del pueblo de Mixco, me aborrecía por haber hecho desterrar a dos habitantes de su pueblo, y haber hecho un insulto público a los Fuentes a causa de su idolatría, y que él tomaba como si hubiese sido hecho a todos los indios de ese pueblo.

Después de bien consideradas todas estas cosas, yo escribí al provincial que estaba entonces en Chiapas, que tenía el deseo de volverme a mi patria, según la permisión que había yo recibido de Roma; mas como supo todo lo que yo había hecho en el pueblo de Mixco, reduciendo a la sazón a los idólatras que allí había, quemado su ídolo exponiendo mi vida por una causa tan buena como era aquella, y sabiendo además que yo había adquirido un perfecto conocimiento de la lengua Poconchí, no quiso jamás consentir que yo me fuese, haciendo todo lo que pudo por bellas palabras para obligarme a permanecer en aquel país, no dudando que así como había yo hecho antes servicios a Dios, los seguiría haciendo mayores en lo venidero.

Para más obligarme me mandó las patentes por las cuales me hacía su vicario del pueblo y convento de Amatitlán, donde se construía entonces un nuevo monasterio, para separar a todo este valle del convento de Guatemala. Me suplicó de recibir este testimonio de la afección que él tenía por mis adelantos, no teniendo duda en que, como yo hablaba bien la lengua india-
na, pudiese contribuir mucho más que cualquiera otro a hacer acabar bien pronto el edificio de este nuevo convento, lo que le daría ocasión de procurarme en lo sucesivo algún otro empleo mucho más útil para mis adelantos.

Aunque yo no hice mucho caso del encargo que éste me dió ni de los otros honores que podía adquirir en seguida, creí que no era el tiempo que Dios había fijado para mi vuelta a Inglaterra, porque yo veía que si el provincial y el presidente de Guatemala se hacían a una para oponerse e impedir mi partida, cuya intención había yo conocido por la carta del provincial, me sería imposible de irme por un lado u otro sin ser descubierto y vuelto en seguida, lo que me hizo resolver a esperar que el provincial estuviese de retorno a Guatemala, a fin de poder conferenciar con él en lo particular, y representarle las razones que tenía para abandonar aquel país y volver a mi patria.

Yo acepté, pues, libremente el encargo del pueblo de Amatitlán, donde podía ganar mucho más que en los otros dos en que había yo permanecido cinco años enteros; porque además de que aquel pueblo era más grande que Mixco y Pinola juntos, la iglesia mucho más llena de imágenes de santos que las de estos pueblos, y que también había muchas cofradías de sus dependencias, además recibía mucho del molino de azúcar de que he hablado antes, que estaba cerca del pueblo y del cual recibía todos los días ofrendas de los negros y españoles que vivían en él.

Tenía también a mi cargo otro pueblo más pequeño llamado San Cristóbal de Amatitlán, distante dos leguas del gran pueblo de este nombre. Este pueblo de San Cristóbal se llama propiamente en este idioma *Palinha*; *ha* significa agua, y *palí* estar de pie, y está compuesto de dos palabras que significan una agua que está derecha o de pie: porque el pueblo estando situado a la espalda del Volcán de Agua que mira al lado de Guatemala y arroja no solamente diversas fuentes por este lado, sino también sale de una peña muy alta una corriente de agua, que cae de muy alto y hace mucho ruido; la peña de donde sale estando casi vertical, forma un riachuelo muy gracioso que pasa al lado del pueblo. Esto ha dado lugar a los indios a llamar a su pueblo *Palinha*, a causa de esta peña tan alta y derecha de donde cae el agua.

En este pueblo hay muchos indios ricos que trafican en la costa del mar del Sur, y el pueblo está tan sombreado por los árboles frutales, que parece ser un jardín hecho a voluntad. El principal de sus frutos es llamado piña o ananas, crece en todos los patios de los indios, y son muy buscadas de los españoles para hacer conserva, a causa de la comodidad del molino de azúcar que se encuentra en este sitio; efectivamente es el dulce más delicado que yo he comido en todo este país.

Los habitantes de este pueblo sacan mucho dinero de los cedros que crecen en gran cantidad cerca de este volcán, vendiéndolos en Guatemala y en sus alrededores para emplearlos en la fabricación de casas.

Entre el gran Amatitlán y este pueblo el camino es plano y unido, y está bajo un Volcán de Fuego que en otro tiempo arrojaba tanto humo como el de Guatemala; pero habiéndose formado una grande abertura en la parte superior y arrojado una cantidad de piedras que se ven todavía al pie de la montaña, desde ese tiempo no ha vuelto a arrojar piedras ni humo, ni incomodado de manera alguna al país que está a sus alrededores.

En mi tiempo hubo un tal Juan Bautista, de Guatemala que hizo edificar un nuevo molino de azúcar en este camino, el cual debía hacer ganar mucho a este pueblo.

En el tiempo en que vivía en Amatitlán, tenía además otro pequeño pueblo a mi cargo llamado Pampichi, situado al pie de una montaña del otro lado del lago; no era otra cosa más que una capilla dependiente del gran Amatitlán, a donde yo iba una vez todos los tres meses del año con sólo el objeto de divertirme: este pueblo está muy propiamente dicho en la lengua india, se compone de *pan* que significa en o dentro y *pichi* flores, esto es, dentro de las flores, porque todo está rodeado de éstas, lo que lo hace extremadamente agradable. Además, es muy cómodo el pasearse en el lago, o bien pescar valiéndose de los canales que están sobre el río y cerca de las casas, de manera que mientras viví en Amatitlán podía escoger entre los tres pueblos para divertirme: y como tenía mucha carga de almas siempre había alguno para ayudarme.

El lugar de Amatitlán era una corte con respecto a los otros dos pueblos; nada faltaba allí de todo lo que podía recrear el espíritu, y alimentar el cuerpo por la diversidad de carnes y pescado. Sin embargo, el cuidado y gran embarazo que tenía a causa del edificio del convento hicieron que me incomodase pronto la estancia en este grande y agradable pueblo; porque muchas veces tenía treinta o cuarenta obreros, a quienes debía vigilar y pagar todos los sábados por la noche: esto me fatigaba mucho la cabeza, me impedía de estudiar, y lo que es más, era un trabajo en que no encontraba placer alguno y no esperaba nunca el poder gozar de él.

Por eso es que después de haber vivido un año en este pueblo, me fui a buscar al provincial que se hallaba en Guatemala; le supliqué con mucha instancia de examinar la licencia que había obtenido de Roma, para volverme a Inglaterra mi patria, para predicar el evangelio: bajo esta condición me la había dado el general, y no dudaba hacer un gran servicio a Dios; además le dije que me sentía obligado por conciencia a hacer valer los talentos que Dios me había dado, más bien en favor de los de mi nación que para con los indios y extranjeros.

A esto me respondió que los de mi nación eran unos herejes, y que tan pronto como yo me encontrase entre ellos me harían ahorcar. Yo le repliqué que tenía mucha mejor opinión de ellos, y que viviría de manera para no merecer ser ahorcado.

Después de un largo discurso ví que el provincial estaba inexorable y medio colérico, diciéndome que él y toda la provincia habían puesto los ojos en mí para hacerme todo el bien posible, y que sería un ingrato si les abandonaba por una nación que me habían hecho dejar siendo niño.

CAPITULO XXIII

El autor hace de manera que le quiten el empleo de Amatitlán para enviarlo a Petapa donde forma la resolución de valerse por último de la permisión que había recibido de su general, y la ejecuta hábilmente, a pesar de todo lo que pudieran hacer sus superiores para retenerle

Yo ví que era necesario no disputar más con él, y que todo lo que pudiese decirle no servía de nada; de suerte que resolví a escaparme a la primera ocasión que pudiese encontrar, y con la permisión que había recibido de Roma irme sin que supiese nada. Solamente le supliqué me sacase de Amatitlán porque no me sentía bastante fuerte para soportar esta gran carga, ni capaz de conducir el edificio del convento.

Esto le costó todavía mucha pena en consentirlo, manifestándome el honor de ser el fundador de un nuevo monasterio, y de ver su nombre escrito en los muros para servir de monumento a la posteridad. Yo le dije que no pensaba en esas cosas, y que prefería más mi salud y mi reposo que todas esas vanidades. Esto le obligó por último a acordarme lo que pedía, dándome orden de ir a Petapa, y haciendo venir a mi lugar el vicario de Petapa, para hacer concluir la obra de Amatitlán.

Estuve en Petapa más de un año, muy contento con respecto a las cosas del mundo; pero los designios que tenía no me dejaban tranquilo; me resolví a dejar este país a cualquiera precio, y volverme a Inglaterra; despreciando los peligros en que me iba a meter, y todo lo que podía suceder en el caso de ser cogido y llevado delante del presidente de Guatemala y el provincial.

Viendo que era difícil el irme solo, particularmente los dos o tres primeros días, y teniendo que vender algunas cosas para hacer dinero, me pareció más a propósito el servirme de un amigo fiel que de querer hacerlo todo por mí solo. Me pareció pues no poder encontrar otro que fuese más apto que Miguel Delva, a quien había siempre reconocido serme muy afecto y fiel y que se contentaba con muy poco.

Así que le mandé buscar a Pinola donde se encontraba, y después de haberle recomendado el secreto, le dije que estaba precisado de hacer un viaje a Roma para descargar mi conciencia; que quería que nadie supiese nada más que él, que mi objeto era el de volver como lo habían hecho otros muchos que habían emprendido el mismo viaje, y que al cabo de dos años habían vuelto al país.

No quise decirle que mi objeto era el de ir a Inglaterra, de miedo que este pobre negro viejo tuviera sentimiento, temiendo no volver a verme más, y que la amistad que me tenía junta al interés que encontraba cerca de mí, no le obligase a descubrir mi resolución, y a buscar los medios de impedir la ejecución.

Este pobre negro se ofreció a venir conmigo, pero lo rehusé diciéndole que era muy viejo para poder sufrir la mar, y que siendo negro, cuando estuviésemos lejos podrían tomarlo por un esclavo fugitivo y cogerlo. El aprobó lo que le dije, y viendo que tenía razón me ofreció a acompañarme hasta la orilla del mar: habiéndole dado las gracias, le dí para que vendiese algunas mulas, trigo y maíz que yo tenía, y algunas otras cosas que él sabía.

En cuanto a los cuadros que estaban en mi cuarto, me pareció que los habitantes de Petapa podrían comprarlos para ponerlos en su iglesia; hablé de esto al gobernador quien se alegró mucho.

Mis libros y muebles los vendí en Guatemala, por medio de Miguel Delva, que tuve conmigo durante dos meses antes de mi partida, reservándome solamente los cofres de cuero con algunos libros, y un colchón para acostarme durante el viaje.

Después de haber vendido todo aquello de que quería deshacerme, me encontré con nueve mil piezas de a ocho en moneda de España, que había ganado en doce años, durante mi estancia en este país. Y pareciéndome que una suma tan grande de plata me sería incómoda en un viaje tan grande como el que iba a emprender, compré por cuatro mil escudos de perlas y piedras preciosas, a fin de que mi bagaje fuese más ligero, y metí el resto de mi dinero parte en sacos y parte en mi colchón, con el objeto de cambiarlo en el camino en pistolas.

Después de haber tomado algún dinero tuve cuidado de habilitarme de chocolate y dulces para mi provisión durante el viaje: y como mi huida debía ser acompañada de una grande diligencia en la primera semana, y que nuestros cofres no podían correr la posta día y noche como tenía designio de hacer, me pareció conveniente el enviarlos, por lo menos, cuatro días antes de mi partida.

Como no me atrevía a confiarme a ningún habitante de Petapa, envié a buscar a un indio de Mixco que era amigo mío, y que conocía muy bien todo el camino que debía tomar, y a quien declaré mi designio; le ofrecí bastante con qué satisfacer su salario, y a eso de media noche lo hice partir con dos mulas, la una para él y la otra para mi equipaje, y con orden de marchar siempre hacia San Miguel o Nicaragua, hasta que lo encontrase.

Partí pues así cuatro días después de él, llevando conmigo mi buen negro, dejando la llave de mi cuarto en la puerta y nada más que papeles viejos en la casa; y cuando todos los indios estaban dormidos, me despedí del pueblo de Petapa, de todo el valle y de todos los amigos que tenía en América.

CUARTA PARTE

CAPITULO I

Narración del viaje del autor desde el pueblo de Petapa hasta el de la Trinidad, y cosas acaecidas en el camino

Lo que me causaba más pena en el designio que había formado de irme era el buscar el camino más seguro; esto me hizo dejar el del golfo, que aunque el más fácil de todos y la mar más cerca del sitio donde yo vivía, estaba casi cierto de encontrar algunas personas de mi conocimiento, y la salida de los buques era tan incierta, que antes que éstos hubieran partido podía llegar la orden de Guatemala para arrestarme.

Si yo me iba por tierra atravesando la provincia de Comayagua o Trujillo y esperaba allí los buques, el gobernador de este sitio podía ser advertido por el presidente de Guatemala, hacerme pasar un interrogatorio y enviarme después; o bien haber prohibido al dueño de los barcos el recibirme a bordo.

También consideré que si me volvía a México y a la Veracruz, este camino me sería todavía más peligroso estando solo, que viniendo a Chiapas con mis amigos; y tanto más que yo quería llevar conmigo a Miguel Delva por tierra.

Por eso es que después de haber resuelto el no pasar por esos tres caminos, escogí el cuarto por Nicaragua y el lago de Granada, y diferí mi viaje hasta la semana después de la Natividad, puesto que sabía que el tiempo en que las fragatas salían de este lago para la Habana era ordinariamente después de mediados de enero o a la Candelaria lo más tarde; esperaba encontrarme allí antes de este tiempo. Pero para impedir que se sospechase el camino que había tomado, antes de partir envié a Miguel Delva con una carta para uno de sus amigos, el cual debía entregársela al provincial de Guatemala cuatro días después de mi salida; en esta carta me despedía de él muy civilmente, suplicándole no me condenase y enviase

gentes a mi alcance; que puesto que yo tenía una permisión de Roma que me autorizaba para esto, y no habiendo podido obtener la suya, me parecía poderme volver con buena conciencia a mi patria, dejando en ese país bastantes personas que entendiendo la lengua de los indios podían desempeñar mi plaza. Y para que no se le pasase por la cabeza el hacerme buscar por el lado de Nicaragua feché mi carta del pueblo de San Antonio de Suchitepeque que estaba en el camino de México y enteramente opuesto al de Nicaragua.

El día siguiente al de la fiesta de los Reyes que era el 7 de enero de 1633, salí de Petapa a eso de media noche sobre una muy buena mula que vendí en el camino en ochenta piezas de a ocho, no llevando conmigo a nadie más que a Miguel Delva.

Como el principio del camino era muy montañoso, no pudimos andar tan de prisa como deseábamos; había amanecido ya antes de llegar a lo alto de la montaña llamada Sierra Ordonna o la montaña redonda, muy célebre en este país por los buenos pastos que se encuentran para las bestias, cuando los valles están áridos y no hay ya más yerba para los ganados. Esta montaña sirve también de gran consuelo a los viajeros, porque están muy bien tratados en una venta donde se vende vino y carne, y se puede uno poner a cubierto con todo su bagaje.

También hay una de las mejores haciendas de ganado donde se hace queso de leche de cabra y de ovejas que pasa por el mejor de todas estas comarcas.

Esta montaña redonda está a cinco leguas de Petapa, y la pasé prontamente temiendo encontrar alguno de este pueblo y dejando varios indios que estaban acostados en la venta, que conducían dos recuas de mulas pertenecientes a españoles y que debían llegar ese día a Petapa.

A cuatro leguas de esta montaña hay un pueblo de indios llamado Los Esclavos; esto no quiere decir que hoy día lo sean más que los otros indios, sino porque en tiempo del emperador Montezuma y de los reyes que dependían de él, eran esclavos con respecto a los otros pueblos; porque se acostumbraba hacer venir a los habitantes de este pueblo a Amatitlán, y se les enviaba como a esclavos para llevar cartas y todo lo que se quisiera en todo el país. Además estaban obligados a mandar cada semana un cierto número de sus gentes a Amatitlán, según que los habitantes de este pueblo tenían necesidad, bien fuese para llevar cartas o bien para llevar fardos a otros sitios. De aquí viene el nombre de Amatitlán, palabra compuesta en lengua mexicana de *amat*, que significa carta e *illán* que significa ciudad; de suerte que Amatitlán significa propiamente ciudad de cartas. Verdaderamente era la ciudad de las cartas, porque tenían costumbre de escribir o grabar lo que querían sobre cortezas de árboles, y se servían de ellas como lo hacemos con las cartas, enviándolas en todo el país y aun hasta el Perú.

Este pueblo de los Esclavos está situado en una hondura y cerca de un río sobre el cual los españoles hicieron edificar un hermoso puente de piedra para ir y venir al pueblo; porque de otra manera no se podría pasar con mulas a causa de la velocidad de la corriente y de la cantidad de rocas que existen en el río.

De este pueblo, en donde no nos paramos más que para beber una taza de chocolate y para hacer pacer nuestras mulas, nos fuimos el mismo día a Aguachapa que está a seis leguas y bastante cerca del mar del Sur y del puerto de la Trinidad a donde llegamos por la tarde; de manera que en un día y parte de la noche hicimos más de veinte leguas sobre montañas y por caminos pedregosos desde el pueblo de los Esclavos hasta este.

CAPITULO II

Continuación de su viaje hasta Realejo, puerto del mar del sur, y de lo que vió digno de atención en el camino

Este pueblo de la Trinidad tiene mucha nombradía en el país por dos cosas; la primera es por la loza que se hace allí y que dicen ser todavía mejor que la de Mixco; la otra por un sitio que está a cerca de media legua y que los españoles dicen y creen que es una de las bocas del infierno. De allí sale continuamente un humo negro y espeso que huele a azufre, y llamara-das de fuego de tiempo en tiempo; la tierra de donde este humo sale está baja y nadie ha podido arrimarse jamás para poder saber la causa, porque todos los que han querido ir cayeron por tierra y se han expuesto a perder la vida.

Un religioso, amigo mío, y digno de crédito, me aseguró bajo juramento, que un provincial se resolvió a ir a este sitio para satisfacer su curiosidad y saber la causa de todos los ridículos discursos que se hacían de este humo en todo el país. Habiéndose aproximado a la distancia de cerca de doscientos cincuenta pasos dice que oyó un ruido tan fuerte, que con la hediondez del humo pensó caer por tierra y se vió obligado a retirarse al instante; después fué atacado de una fiebre caliente de la que pensó morir.

Otros dicen que habiéndose aproximado han oído grandes gritos, como de personas que están atormentadas, con ruido de cadenas de hierro y cosas semejantes, lo que les hizo pensar que era una de las bocas del infierno; pero como a mí me parece que es una simpleza de estas gentes el creer eso, digo al lector que juzgue como le parezca.

Por lo que hace a mí no podré decir otra cosa, sino que he visto el humo y que habiendo preguntado a los indios si no sabían la causa, o si no se habían aproximado de cerca, me respondieron que ellos no sabían de dónde podía provenir eso, y que nunca se habían atrevido a aproximarse; que habían visto a viajeros que habían comprendido hacerlo caer por tierra como muertos o sorprendidos de un escalofrío repentino y atacados en seguida de la fiebre: de suerte que habiéndoles manifestado que mi objeto era de aproximarme, me dijeron que tuviese mucho cuidado conmigo, y que seguramente me ponía en el caso de perder la vida.

No fué tanto el temor de este infierno de los españoles, como lo llaman en el país, que me hizo salir inmediatamente de este sitio, como de miedo que tenía de encontrar a alguno que viniese para prenderme. A media noche partí y me fuí a almorzar a un gran pueblo llamado Chalevapan,

donde los indios, que eran *pocomanes*, me recibieron muy bien porque hablaba la lengua *poconchí* o *pocomán* como ellos; quisieron detenerme para que les predicase el domingo siguiente, lo que hubiera hecho si no me hubiera encontrado obligado por una consideración mayor a retirarme pronto.

Me costó mucho trabajo el salir de este pueblo por tener que pasar por San Salvador, ciudad de españoles, y donde hay un convento de religiosos de la orden de Santo Domingo a quienes temía mucho, porque era conocido de la mayor parte de ellos: me resolví pues, cuando estaba cerca de la ciudad, a separarme del camino, e irme a alguna hacienda de españoles haciéndome perdido, y pasar allí el tiempo hasta la noche, bebiendo chocolate, discurriendo y haciendo pacer las mulas, para poder andar después toda la noche y poderme encontrar al día siguiente por la mañana bien lejos de esta ciudad y de los religiosos que vivían en los pueblos indios inmediatos.

Esta ciudad de San Salvador no es rica y es poco más grande que Chiapa. Tiene un gobernador español y está situada cerca de cuatro leguas de Guatemala, estando rodeada de altas montañas por el lado del norte que se llaman Chanutales, en donde los indios son muy pobres. En la hondura donde la ciudad está edificada hay algunos molinos de azúcar, y también se hace añil; pero las principales haciendas son de ganado.

Por la tarde partí de esta hacienda después de haberme refrescado bien y hecho pacer mis mulas, y a eso de las ocho de la noche pasé por la ciudad sin ser reconocido de nadie.

Mi designio era el llegar el día siguiente por la mañana a un gran río llamado del *Lempa* que está a diez leguas de San Salvador; porque a dos leguas de allí vivía un religioso indio dependiente del convento de San Salvador que me conocía particularmente. La diligencia que hice fué tanta que pasé por este pueblo antes del amanecer, y antes de las siete de la mañana llegué al río, donde encontré mi indio de Mixco que se disponía a pasar mi bagaje, y que hacía las tres de la mañana había partido de dos leguas de este pueblo; de suerte que tuve una grande alegría por haberle encontrado con mis baúles donde estaba la mayor parte de mi bien.

Descansé un poco en este sitio cerca del río para hacer pacer mis mulas, y mi indio hizo fuego disponiendo en seguida el chocolate.

Se dice que este río del *Lempa* es el más ancho y grande de todos los de la provincia de Guatemala, y se entretienen ordinariamente dos barcas para pasar a los que viajan con sus mulas. Este río tiene el privilegio, que si alguno ha cometido algún crimen del lado de Guatemala o de San Salvador, o del lado de San Miguel o Nicaragua, si se puede retirar y pasar del otro lado, está seguro, porque ningún oficial de justicia del lado en que se ha salvado no puede hacer nada contra él por el crimen que ha cometido; tampoco podría arrestársele por deudas.

Aunque por la gracia de Dios yo no me escapaba por ninguna de estos dos cosas, sin embargo me consolaba mucho el ver que iba a pasarme a un país privilegiado, donde me creía seguro, y que si había alguno que me perseguía no pasaría el río *Lempa*: mi negro se echó a reír de esta idea y me dijo, que me aseguraba no había ya nada qué temer y que todo iría bien.

Pasamos muy felizmente el río, y de allí nos fuimos a un pequeño pueblo de indios que estaba a dos leguas, en donde hicimos la mejor comida que tuvimos después de nuestra salida de Petapa; dejamos reposar las mulas hasta las cuatro de la tarde, a cuya hora partimos para ir a otro pequeño pueblo que dista más de dos leguas, pasando por un campo arenoso, plano y unido.

El día siguiente no teníamos que hacer más que diez leguas para llegar al pueblo de San Miguel que pertenece a los españoles, y aunque éste no sea una ciudad, es sin embargo casi tan grande como San Salvador y su gobernador un español.

Hay en ese pueblo también un convento de monjas y otro de frailes de la Merced quienes me recibieron muy bien en su casa; porque desde aquel lugar ya comencé a presentarme con ánimo de esconderme más, teniendo resuelto vender mi mula e irme por agua o por un brazo de mar a un pueblo de Nicaragua que se llama la Vieja (El Viejo).

También tenía yo la intención de despachar de allí a mi indio; pero incomodándole dejarme antes que hubiese llegado a la ciudad de Granada, donde me quería ver embarcar, consentí en ello de buena gana, porque yo sabía que era fiel, que había conducido bien mis efectos hasta aquel lugar y porque él sabía el camino que era necesario tomar para ir a la ciudad de Granada, de suerte que lo mandé por tierra a Realejo o a la Vieja, que están muy cerca el uno del otro y a treinta leguas de San Miguel, y me detuve aquel día y el siguiente hasta el medio día en este lugar donde vendí mi mula porque sabía bien que desde Realejo hasta Granada yo podía tener una mula de los indios sin que me costara nada.

Mandé también la mula de mi negro por tierra con el indio y el día siguiente me fuí al golfo, que está a tres o cuatro millas de San Miguel, donde me embarqué por la tarde con otros muchos pasajeros, y el día siguiente a cosa de las ocho de la mañana llegué a la Vieja, donde no hubiera llegado sino a los tres días andando sólo por tierra.

CAPITULO III

Su partida de Realejo por la mar del sur, su viaje hasta Granada; descripción de un volcán, de las ciudades de León y de Granada, de la provincia de Nicaragua, y de lo que él observó allí de más considerable

El día siguiente por la noche llegó mi indio y nos fuimos juntos a Realejo que es un puerto del mar del Sur, débil y de ningún modo fortificado, donde si yo hubiera querido permanecer quince días me hubiera podido embarcar por Panamá, para ir de allá a Puerto Bello y esperar en aquel lugar las embarcaciones españolas; pero yo consideré que éstas no abordarían sino hacia el mes de junio o julio, y que esperando tan largo tiempo yo gastaría mucho; hubiera querido por tanto haber logrado esta ocasión porque al fin me ví precisado de ir a Panamá y a Puerto Bello.

Desde allí hasta la ciudad de Granada el camino es tan igual y hermoso que con la abundancia de las frutas y de todas las cosas necesarias a la vida que se encuentran en aquel país, se puede decir con razón que la provincia de Nicaragua es el paraíso terrestre de la América.

La ciudad de León está situada entre Realejo y la ciudad de Granada, cerca de un volcán de fuego o de una montaña ardiente que se abrió otra vez en lo alto y causó mucho daño a todo el país que lo circunda; mas después de aquel tiempo ha cesado de arder, de suerte que los habitantes no temen ahora nada, y solamente se ve algunas veces un poco de humo, lo que demuestra por tanto que hay todavía algunas sustancias sulfúreas en esta montaña.

Hubo allí un religioso de la Merced que se imaginó haber descubierto un gran tesoro en aquel lugar, capaz de enriquecerse él y todos los del país, persuadido de que el metal que hervía en este volcán era oro; de suerte que hizo hacer un gran caldero y lo mandó atar a una cadena de hierro con el fin de hacerlo bajar al fondo de la abertura de la montaña; creyendo retirarlo lleno de oro fundido y que tendría bastante para hacerse obispo y enriquecer a todos sus parientes; pero la fuerza de este fuego fué tan grande que no hubo bien bajado el caldero, cuando se desató de la cadena y fué bien pronto fundido.

Esta ciudad de León está muy bien construida; porque el mayor placer de los habitantes es tener bellas casas, y gozar de los placeres del campo donde encuentran en abundancia todo lo que les es necesario para la vida, más bien que acumular grandes riquezas; así es que no se encuentran gentes muy ricas como en otros muchos lugares de la América. Ellos se contentan con tener hermosos jardines, criar pericos y otros pájaros que cantan; de tener abundancia de carne y pescado barato, vivir en bellas casas y pasar una vida dulce y ociosa sin cuidarse mucho del tráfico, aunque tienen el lago cerca de ellos, de donde parten buques todos los años para La Habana por el mar del Norte, y a Realejo por el del Sur, de donde podrían traficar cómodamente al Perú y a México, si tuvieran ganas y se arriesgaran a ir tan lejos como eso.

Los caballeros de esta ciudad son casi tan vanos y lócos como los de Chiapa.

Es particularmente por razón de las delicias de que allí se goza que los españoles llaman a toda la provincia de Nicaragua el paraíso de Mahoma.

El camino es todo llano y unido desde la ciudad de León hasta la de Granada, a donde llegué felizmente y con mucha alegría esperando no tener que viajar más por tierra hasta Duvre en Inglaterra.

Dos días después de mi llegada a este sitio, en donde me reposé un poco, gozando de la agradable vista del lago, pensé en despedir mi indio y negro; pero el bueno y fiel Miguel Delva no quiso dejarme hasta haberme visto embarcar, y que no necesitase más de él. El indio quiso también quedarse conmigo, pero no le permití, considerando que tenía una mujer e hijos y que era necesario que se volviese a su casa para cuidar de su familia. Lo mismo se le daba volverse a pie que a caballo y aún quería que vendiese

mis mulas para sacar yo lo que pudiera; pero viendo su buen natural me pareció que sería mejor recompensarle en dinero que dejarle una mula fatigada del camino y que podía morir en su vuelta; de suerte que le dí no solamente con qué alquilar las mulas para el camino y pagar su manutención, sino también con qué poderse ayudar cuando se encontrase en su casa de vuelta. Por último, después de haber llorado mucho diciendo que temía no volverme a ver más, se despidió de mí, tres días después de nuestra llegada a la ciudad de Granada.

Después de habernos quedado solos mi negro y yo, la primera cosa que hicimos fué el pensar en deshacernos de dos mulas que habían traído al indio y mi carga; saqué todavía noventa piezas de a ocho después de un viaje largo, y me pareció haberlas vendido bastante bien.

También quería que Miguel Delva vendiese la que le pertenecía prometiéndole comprarle otra mejor y más capaz de conducirlo; pero este buen negro me quería tanto, que nunca quiso permitir el que yo hiciese esto considerando el viaje tan largo que tenía que hacer.

Después de esto habiendo sabido que las fragatas no partirían todavía en quince días, nos resolvimos a no vivir más que un día o dos en la ciudad para considerar la hermosura y ver lo más notable, y después retirarnos al campo a algún pueblo de indios cercano en donde no pudiésemos ser descubiertos de nadie; yendo tan solamente de cuando en cuando a la ciudad para arreglar mi pasaje en una de las fragatas que debía conducirme a La Habana o a Cartagena, de miedo que en el tiempo de los grandes convoyes de mulas cargadas de añil y grana de Guatemala para cargar en las fragatas, se encontrase algunos que pudiesen conocernos.

Lo que vimos de más notable en esta ciudad son dos conventos de religiosos de la Merced y del orden de San Francisco, y uno de religiosas que es muy rico, con una iglesia parroquial que es más bien una catedral, porque el obispo de León vive allí más ordinariamente que en la ciudad episcopal.

Las casas son más hermosas que las de la ciudad de León, teniendo también muchos habitantes, y entre otros varios mercaderes, de los cuales hay algunos muy ricos y que trafican en Cartagena, Guatemala, San Salvador, Comayagua, y por el mar del Sur con Panamá y el Perú.

Al tiempo de partir las fragatas se puede decir que esta ciudad es una de las más ricas de esta parte septentrional de la América; porque los comerciantes de Guatemala temiendo mandar sus mercancías por el golfo de las Honduras por haber sido muchas veces cogidos por los holandeses entre este sitio y La Habana, les parece más seguro enviarlas por las fragatas a Cartagena, pues los holandeses no se encuentran tan a menudo en este camino como en el otro. Lo mismo sucede cuando hay navíos en el mar o hacia el cabo de San Antonio, transportando también el dinero de las rentas del rey por este conducto del lago de Granada a Cartagena.

Cuando yo estaba allí antes de haberme retirado al pueblo indio, entraron por lo menos en un día trescientas mulas procedentes de San Salvador y de Comayagua, cargadas de añil, grana y cueros; dos días

después vinieron otras tres recuas de mulas de Guatemala, de las cuales la una traía dinero de las rentas del rey, la segunda cargada de azúcar y la otra de añil.

No temía yo a los primeros que vinieron; pero los últimos fueron causa de que estuviese encerrado en mi casa, teniendo miedo de ser reconocido en el paseo por alguno de los que habían venido de Guatemala; éstos se retiraron después de haber descargado sus mulas, y su salida me puso en libertad, puesto que me había constituido prisionero voluntariamente en mi casa por causa de ellos.

Temiendo no viniesen otros que me causasen todavía el mismo miedo que había tenido, me fui a un pueblo que estaba fuera del camino, y a una legua de la ciudad de Granada, donde me divertía paseándome en diversos sitios del campo, y donde fui regalado muchas veces por los religiosos de la Merced a quienes pertenecían la mayor parte de estos pueblos; pero me dijeron tantas cosas sobre el pasaje de las fragatas hasta Cartagena, que esto me hizo casi perder la gana de seguir este camino; porque aunque en el tiempo que estos buques se hacen a la vela, navegan con seguridad y sin miedo alguno, sin embargo cuando bajan del lago al río llamado en este sitio el desaguadero, para irse después al mar, se encuentra una gran dificultad que hace que este pequeño viaje dure algunas veces dos meses. En algunos sitios la caída de las aguas es tan grande entre los peñascos que muchas veces se está precisado a descargar los buques y después volverlos a cargar con la ayuda de mulas entretenidas ex profeso para el intento, y de algunos indios que viven en la orilla del río; éstos cuidan de los almacenes donde se guardan las mercancías mientras que los buques atraviesan estos sitios peligrosos, para ir a otro almacén donde las mulas vienen a traer las mercancías, y donde las cargan en derecho a las fragatas.

Además de este embarazo, que no puede ser sino muy incómodo para los pasajeros de pararse a cada instante durante su viaje, hay una cantidad tal de mosquitos que no hacen ameno el camino, y el calor es tan insoportable en ciertos sitios que muchos mueren antes de llegar al mar. Aunque todo esto me desagradó muchísimo, con todo eso me consolaba pensando que mi vida estaba entre las manos de Dios, que las fragatas pasaban por allí todos los años, y que rara vez se veía perecer alguna.

De tiempo en tiempo iba a la ciudad de Granada para ajustar mi pasaje, saber el tiempo preciso de la salida de las fragatas, y hacer una provisión de chocolate y otras cosas que me eran necesarias para el viaje; por último me había ajustado con el dueño de una fragata por el pasaje y comida en su mesa.

Se resolvió que las fragatas partirían dentro de cuatro o cinco días; pero de repente se recibió una orden expresa venida de Guatemala defendiendo la salida de estas fragatas en todo este año, porque el presidente y toda la corte habían sabido que algunos navíos ingleses u holandeses estaban en la embocadura del río del desaguadero esperando las fragatas de Granada; estos navíos también cruzaban de tiempo en tiempo alrededor

de las islas de San Juan y Santa Catalina que los ingleses ocupaban entonces y llamaban La Providencia; esto había esparcido un terror entre todos los comerciantes del país y había hecho al presidente asegurar las rentas del rey, de miedo que no le acusasen de negligencia y de no haber dado las órdenes necesarias para retener las fragatas, habiendo sido advertido del peligro que había en las costas.

Esta noticia me afligió mucho viendo que no sabía qué camino tomar; de suerte que esto me hizo pensar en el buque que estaba en Realejo y dispuesto a partir para Panamá, reflexionando que yo podría tomar este camino; pero después de haberme informado, algunos comerciantes me aseguraron que había partido ya.

Después puse los ojos sobre Comayagua y Trujillo y sobre los navíos de las Honduras; pero éstos no eran más que vanos pensamientos que procedían de la agitación de mi espíritu y del embarazo en que me encontraba; porque estos buques habían partido también sin que hubiese quedado un solo pequeño barco que llevase noticias de la Habana a Cartagena; pues ordinariamente estas dos ciudades se envían algunos para avisarse de los navíos que están en el mar; esto era también demasiado aventurado, y mis amigos me aconsejaron el no embarcarme en estos pequeños barcos.

Aquello me puso en una incertidumbre todavía mayor que la anterior; el solo consuelo que tenía era el de ver otros pasajeros conmigo, que sabía tenían necesidad de salir de allí de una manera o de otra; de suerte que me resolví a seguirlos por mar o por tierra.

Formamos el proyecto todos juntos de fletar una fragata para conducirnos a Cartagena; pero no pudimos conseguirlo, porque nadie quería exponer su vida y su buque por amor nuestro.

Encontrándonos en este conflicto, preguntamos a los comerciantes qué podríamos hacer para pasar a España este año, o ir hasta la Habana o Cartagena: uno de entre ellos que tenía afección por nosotros, nos aconsejó de ir a Costa Rica, en donde podríamos tener noticia de algún buque que fuese a Puerto Bello, sea del río llamado los Anzuelos o el *Sacre*, de donde acostumbraban cada año salir algunas pequeñas fragatas que transportaban harinas, jamones, gallinas y otras provisiones para los galeones que estaban en Puerto Bello.

Este viaje nos pareció bastante escabroso y difícil, porque había cerca de cincuenta leguas que hacer atravesando montañas y desiertos, en donde no encontraríamos la hermosura de las provincias de Guatemala y de Nicaragua, y aún podría suceder que después de todo esto no encontrásemos fragata alguna que fuese a Puerto Bello. Teníamos tan poca gana de volver a Guatemala de donde habíamos venido, que preferimos mejor ir más lejos y exponernos a todas estas dificultades, con tal que por último pudiésemos encontrar algún buque que nos llevase a donde estaban los galeones, que no debían llegar a Puerto Bello sino hacia los meses de junio o julio. Por eso nos resolvimos tres españoles y yo a ir a Costa Rica, y ver allí lo que podríamos hacer.

Cada uno de ellos tenía como yo por coche una mula, pero les faltaba otra para llevar su equipaje; de suerte que pensaron que lo mejor que podrían hacer era el comprar cada uno una, esperando después del viaje venderlas en Costa Rica, y alquilar mulas e indios para llevar sus cargas de pueblo en pueblo; éstos podrían servirnos al mismo tiempo de guías en todos los pasos de montañas y otros sitios donde había peligro en el camino.

Yo hubiera bien deseado tener la mula que había vendido en San Miguel o una de las que me había deshecho en Granada; pero no dudaba encontrar bien pronto otra valiéndome de mi negro; éste me compró una que costó cincuenta piezas de a ocho, con la que podía hacer mi viaje.

Mi fiel negro bien hubiera querido acompañarme todavía, y aún hacerlo por todo el mundo si yo lo hubiese deseado; pero no quise, y le dí las gracias por todo lo que había hecho por mi; de suerte que después de haberle dado una suma que lo puso contento, lo despedí esperando que la compañía de estos tres españoles me sería bastante.

CAPITULO IV

Su salida de la ciudad de Granada.—Encuentro de un caimán o cocodrilo extremadamente grande de quien fueron perseguidos; su llegada a Cartagena, con la descripción de esta ciudad y del país por donde pasaron

Después de haber tomado un indio para servirnos de guía partimos los cuatro de Granada, donde durante dos días tuvimos el gusto de gozar de las delicias de este paraíso de Mahoma, encontrando por todas partes caminos llanos y unidos, los pueblos agradables, el campo sombreado por los árboles, y por todas partes una grande abundancia de frutas.

El segundo día después de haber salido de la ciudad, fuimos extremadamente espantados por un grande y monstruoso caimán o cocodrilo que habiendo salido del lago cerca del cual pasábamos, se bañaba en una laguna donde estaba de medio lado esperando su presa, como reconocimos después.

Al principio no sabiendo lo que era pensamos fuese un árbol que habían cortado ó caído en el agua; hasta que pasando cerca notamos las escamas del cocodrilo y vimos que este monstruo comenzaba a moverse y a querer echarse sobre nosotros; de suerte que esto nos obligó a separarnos bien pronto de allí; pero este monstruo que sin duda quería que alguno de nuestra caravana le sirviese de presa, comenzó a correr tras de nosotros, lo que nos espantó extraordinariamente viendo que le faltaba muy poco para cogernos: pero un español que conocía mejor que nosotros el natural de este animal, nos gritó de irnos hacia el lado del camino, después de marchar algún tiempo todo derecho y adelante, y en seguida volver por el otro lado, yendo de esta manera siempre volviendo tanto de un lado como de otro. Este aviso nos salvó sin duda alguna la vida, porque por este medio cansamos a este mons-

truo y nos escapamos de él, pues de otra manera nos hubiera cogido y matado a alguno o a lo menos a una de nuestras mulas, si hubiésemos continuado nuestra marcha siempre derecho, porque corría tanto como nuestras mulas cuando marchábamos derecho, pero mientras que se revolvía teníamos el tiempo de ganar camino y tomar ventaja sobre él, hasta que por último lo dejamos muy atrás.

Esto nos dió a conocer la naturaleza de este animal, cuyo tamaño de cuerpo no impide que corra tanto como una mula; pero así como al elefante le cuesta mucho trabajo el levantarse cuando está caído por tierra, de la misma manera este monstruo que es pesado y terco se encuentra muy embarazado cuando está obligado a volver todo el cuerpo.

Dimos gracias a Dios por habernos salvado este día de un peligro grande, teniendo cuidado de no volver a caer por segunda vez en un peligro igual al de que salíamos.

El tamaño de este lago de Granada se puede reconocer, en que el segundo y tercer día de nuestro viaje y habiendo hecho por lo menos veinte leguas desde nuestra salida, estaba todavía cerca de nosotros. Después de haberlo perdido de vista, entramos en unos caminos difíciles y pedregosos que pendían más del lado de la mar del Sur que de la del Norte.

En todo el resto de nuestro viaje hasta Cartago, no vimos nada de considerable sino grandes bosques del lado del mar del Sur, donde hay árboles muy propios para construir buenos navíos; muchas montañas y lugares desiertos donde fué necesario acostarnos algunas veces, dos noches en los bosques o en el campo, y muy lejanos de algún pueblo o habitaciones de indios. Sin embargo siempre teníamos el consuelo de tener con nosotros un guía en todos estos desiertos, de encontrar cabañas para alojarnos y que los magistrados de los pueblos vecinos han hecho edificar para comodidad de los viajeros.

En fin después de haber pasado una infinidad de riesgos llegamos a la ciudad de Cartago, la que no encontramos tan pobre como nos habían dicho en Guatemala y Nicaragua, porque viéndonos precisados a cambiar dinero, y habiendo preguntado, supimos que eran muy ricos y que comerciaban por tierra y por mar con Panamá, y por mar con Puerto Bello, Cartagena, Habana y de allí con España.

Esta ciudad contiene cuatrocientas familias, está regida por un gobernador español teniendo también un obispo y tres conventos: dos de religiosos y uno de religiosas.

Inmediatamente después de nuestra llegada nos pusimos a buscar lo que nos había hecho atravesar tantas montañas, bosques y desiertos, es decir, encontrar la ocasión de embarcarnos para Puerto Bello o Cartagena. Supimos que había una fragata que estaba a punto de partir del río de los Anzueros, y otra del Sucre; de suerte que habiendo visto que nos sería más cómodo el ir a Sucre que al otro río, porque se encontrarían más víveres sobre el camino, más pueblos indios y haciendas de españoles, nos resolvimos, después de haber estado cuatro días en Cartago, emprender todavía otro nuevo viaje hacia el mar del norte.

Encontramos que este país era montañoso en varios sitios, había sin embargo ciertos valles donde se recogía muy buen trigo; que los españoles vivían en muy buenas haciendas, y que como los indios alimentaban cantidad de puercos; pero vimos que los pueblos de los indios eran muy diferentes de los que habíamos dejado en las provincias de Guatemala y Nicaragua; los habitantes rudos e incivilizados, aunque estén tan sujetos a los españoles como los de este país.

Llegamos tan a tiempo al río de Sucre, que no estuvimos más que tres días en una hacienda española cercana, yéndonos después de este sitio. El dueño de la fragata se alegró mucho de tenernos en su compañía y me ofreció de conducirme de balde no pidiéndome más sino que pidiese a Dios por él que tuviese a bien el permitirnos hacer nuestro viaje con seguridad; esperando que en tres o cuatro días llegaríamos.

Las mercancías que teníamos en nuestro buque no consistían sino en miel, cueros, tocino, harina y gallinas. El dueño nos dijo que el riesgo más grande que había era el salir del río, que en ciertos sitios su corriente es muy grande y en otros es muy bajo y lleno de rocas hasta ya entrado en alta mar.

CAPITULO V

De lo que les sucedió después de su embarque hasta la presa de la fragata sobre la que iban, por un mulato llamado Dieguillo, que mandaba una fragata en corso con el pabellón holandés

Salimos muy felizmente del río; pero apenas habíamos hecho como unas veinte leguas cuando descubrimos dos navíos que hacían vela sobre nosotros; de suerte que el corazón comenzó a batirnos, y nos apercebimos que el dueño de la fragata tenía tanto miedo como nosotros, temiendo no fuesen navíos ingleses u holandeses. Pero como no teníamos ningún cañón ni más armas que cuatro o cinco mosquetes y media docena de espadas, creímos que lo mejor era huir confiando en la ligereza de nuestro buque.

Esto no nos salvó, pues antes de haber hecho cinco leguas huyendo hacia Puerto Bello, descubrimos desde nuestras gavias que estos dos navíos eran holandeses, y que caminaban demasiado a prisa con respecto a nuestro pequeño buque; uno de ellos era un navío de guerra y demasiado fuerte para nosotros. Cayó sobre nuestra fragata, y nos disparó una descarga de cañón mandándonos bajar las velas: de suerte que nos fué forzoso rendirnos sin combatir, esperando tener mejor cuartel.

Yo no podría representar la diversidad de las tristes ideas que en este momento me despedazaban el corazón, que estaba aún más bajo que las velas de nuestro buque. Muchas veces se presentaba a mi vista la figura espantosa de la muerte; y cuando yo pensaba consolarme y resignarme me veía privado de la esperanza de volver nunca a mi patria que tantas

veces había deseado. En fin me veía a punto de perder en un momento todo lo que había juntado en doce años, y obligado a ofrecer contra mi pesar a un holandés todo lo que me habían dado voluntariamente los indios de Mixco, Pinula, Amatitlán y Petapa.

Todas estas ideas fueron bien pronto interrumpidas por los holandeses, que vinieron a abordar nuestra fragata más pronto de lo que nosotros hubiéramos deseado. Aunque sus espadas, mosquetes y pistolas no nos hiciesen sino mucho miedo, con todo eso en nuestra desgracia tuvimos algún consuelo cuando supimos quién era el que los mandaba, esperando que como había nacido español y educado entre españoles, recibiríamos un trato más favorable que de holandeses que no tenían gran motivo para querer la nación española.

El capitán de este navío holandés que nos apresó, era un mulato llamado Dieguillo, nacido y criado en la Habana donde tenía todavía su madre, que vi y con la que hablé este mismo año, cuando llegaron allí los galeones para esperar los que debían venir de Veracruz.

Este mulato habiendo sido maltratado por el gobernador de Campeche al servicio del cual estaba, y viéndose desesperado, se arriesgó en un barco y se puso al mar, donde encontró a algunos buques holandeses que esperaban hacer alguna presa. Dios quiso que abordase felizmente estos buques donde él esperaba encontrar más favor que entre sus compatriotas; se entregó a ellos, y les prometió servirles fielmente contra los de su nación que lo habían maltratado, y aún azotado en Campeche, según supe después.

Este mulato se mostró después de esto tan aficionado y fiel a los holandeses que adquirió mucha reputación entre ellos, y se le casó con una persona de su nación; en seguida fué hecho capitán de un navío bajo ese valiente y generoso holandés que los españoles temían tanto, y que llamaban Pie de palo.

Este famoso mulato con sus soldados fué el que abordó nuestra fragata, en donde no hubiera encontrado con qué recompensar su trabajo si no fuera por las ofrendas de los indios que yo llevaba, perdiendo en este día el valor de cuatro mil piezas de a ocho en perlas y pedrería y cerca de tres mil en dinero contante. Los otros españoles perdieron también cada uno algunos cientos de escudos: de suerte que fué una presa tan agradable a los holandeses que despreciaron nuestras mercancías groseras de tocino, harina y gallinas; nuestro dinero les fué mucho más dulce que toda la miel que llevaba nuestro buque.

Yo tenía además otro equipaje, a saber una cama para acostarme, algunos libros, cuadros pintados sobre cobre y algunos vestidos que supliqué me dejase el capitán mulato; éste considerando mi petición, me los dió generosamente diciéndome, que tuviese paciencia, y que no podía disponer de aquella manera de mis perlas y de mi dinero, sirviéndose también del común proverbio: si la fortuna está hoy de mi lado mañana lo estará del tuyo, y lo que hoy gané mañana lo perderé.

Esto me hizo aplicarme a mí mismo lo que se dice ordinariamente: que el bien mal adquirido no aprovecha nunca, viendo que perdía de un golpe todo lo que la ciega devoción de los indios me había hecho adquirir

entre ellos; de suerte que en lugar de todas estas ofrendas ofrecí mi voluntad resignada a la de mi Dios, suplicándole me diese la paciencia necesaria para soportar una pérdida tan grande como la que acababa de sufrir.

Confieso que esto era muy duro a la carne y a la sangre; con todo eso sentí un cierto vigor espiritual que venía del cielo, me fortificaba interiormente, y que me hizo conocer la verdad de lo que dice San Pablo en el capítulo 12 de la epístola a los hebreos, versículo 11: que no hay castigo presente que sea agradable, antes al contrario que es incómodo el sufrir; pero que después éste produce un fruto de justicia a los que lo sufren, porque desde este día me sentí con reposo, y con una entera resignación a la voluntad de mi Dios, la que deseaba fuese hecha en la tierra, en la mar y dentro de mí mismo, como lo es siempre en el cielo.

Aunque este fuese el mejor y principal consuelo que podía tener, con todo eso por la permisión del Creador no dejaba de tener todavía alguno tocante a las criaturas, puesto que me habían quedado algunas simples y dobles pistolas que había cosido en mi colchón; el capitán me lo hizo volver por decoro y consideración a mi hábito: también tenía algunas en el jubón que llevaba sobre mí, de suerte que esto hacía la suma de mil escudos que no habían encontrado cuando habían registrado mi equipaje.

Después que el capitán y los soldados hubieron visitado su presa, pensaron en refrescar con los víveres que teníamos a bordo; de suerte que este cumplido corsario hizo un magnífico desayuno en nuestra fragata al cual me convidó, y sabiendo que iba a La Habana entre otros varios brindis bebió a la salud de su madre suplicándome la viese y diera memorias, y que por amor de ella me había tratado tan civilmente como le había sido posible. Además nos dijo todavía en la mesa que por amor mío nos volvía nuestra fragata, para que pudiésemos volver a tierra, y que yo pudiese encontrar una vía más segura que ésta para ir a Puerto Bello y continuar mi viaje a España.

Después de comer hablé con el capitán en particular y le dije que yo no era español sino inglés mostrándole la permisión que había recibido de Roma para regresar a Inglaterra, creído de que siendo de una nación que no era enemiga de los holandeses él me haría volver lo que me pertenecía; mas todo esto no sirvió de nada habiéndose ya hecho dueño de todo lo que había en nuestro buque, y me respondió que quisiera por obligarme que aquello dependiera de él, pero que era necesario que sufriese con los otros con quienes me encontraba, y que si me acordaba lo que pedía yo podría reclamar también el resto de las mercaderías que había en el buque.

Yo le supliqué en seguida que me llevase con él a Holanda para irme de allí a Inglaterra, lo que también me rehusó diciéndome que él iba de un lugar a otro y que no sabía cuándo podría retornar a Holanda; que todos los días estaba a punto de batirse con algún buque español, y que si esto sucedía sus soldados, en el calor del combate, me podrían hacer mal creyendo que yo podría perjudicarles estando en el navío, si éste era tomado por los españoles.

Por estas respuestas conocí que no había esperanzas de recobrar lo que se había perdido; por lo cual, como había hecho antes, me volví a fiar a la providencia y asistencia de Dios.

Los soldados y marineros del buque holandés, se emplearon con diligencia el resto de aquel día y el siguiente en descargar las mercancías de nuestra fragata en su navío, mientras que nosotros como prisioneros éramos transportados sobre la mar aquí y allá con ellos.

Cuando pensábamos que habían quedado satisfechos con nuestro dinero, encontramos al día siguiente que tenían gana de comer nuestras gallinas y nuestra manteca, que tenían necesidad de nuestra harina para hacer pan, de nuestra miel para endulzarse la boca, y de nuestros cueros para tener zapatos y botas; ellos se llevaron todo a excepción de mi cama, mis libros y mis cuadros de cobre que el capitán Dieguillo me hizo dejar por una honradez poco ordinaria en un corsario, y al dueño de la fragata algunos víveres, poco más o menos lo que se necesitaba para conducirnos hasta tierra, de la que no estábamos muy distantes, despidiéndose de nosotros de aquella suerte, y dándonos gracias por el buen trato que les habíamos dado.

Entre los nuestros, que estaban bien incómodos de haber tenido tales huéspedes, había algunos que rogaban a Dios no los pusiera en el caso de recibirlos una segunda vez; otros que los maldecían, y particularmente al mulato a quien ellos llamaban renegado, y en fin otros que daban gracias a Dios por haberles salvado la vida; y todos juntos retornamos a Sucre de donde habíamos salido, y donde al subir el río pensamos naufragar y perder la vida después de haber perdido nuestros bienes.

CAPITULO VI

Su desembarque en el río de Sucre de donde habían salido, de lo que les sucedió y lo que han notado de más remarcable hasta Cartago

Cuando pusimos pies en tierra, los españoles se compadecieron de lo que nos había sucedido; de suerte que nos asistieron con sus limosnas, habiendo hecho entre ellos una colecta al efecto.

Los tres españoles que me acompañaban perdieron todo su dinero y la mayor parte de sus mejores vestidos, pero habían guardado algunas letras de cambio pagaderas en Puerto Bello; yo hubiera quèrido bien tener otro tanto en lugar de lo que había perdido.

En este momento no sabíamos por qué lado debíamos volver. Proyectamos irnos al río de los Anzuelos, pero nos dijeron que necesariamente las fragatas que estaban allí debían haber partido ya, o a lo menos lo harían antes que llegásemos; y que si no se habían detenido con el ruido de que los navíos ingleses estaban en el mar, preciso era hubieran sido apresadas, o que

si no lo habían sido no dejarían de serlo como nosotros. Por esto pues nos resolvimos con la asistencia caritativa de los españoles de los contornos de este sitio, de volvernos a Cartago, y allí tomar mejores disposiciones que las anteriores.

Por el camino nos entretuvimos de lo que cada uno había salvado, y los españoles se alababan de que todavía les quedaban algunas letras de cambio que serían pagadas en Cartago, que por este medio no les faltaría dinero; pero yo no quise decirles lo que tenía, les dije solamente que también había salvado alguna cosa: de suerte que quedamos todos de acuerdo en hacernos pobres durante todo el camino, con el fin de que los indios y españoles tuviesen piedad de nosotros y se compadeciesen de la pérdida que habíamos hecho.

Cuando llegamos a Cartago, todo el mundo se compadeció de nuestra desgracia e hicieron colectas para nosotros; y como esperaban de mí que les dijese la misa y les predicara, después de haberme hecho suplicar, me dediqué a ello para hacerme de dinero por este medio.

Con todo eso como ví que en un país pobre como éste y donde yo era poco conocido, no podía hacer gran cosa para volverme con honor a Inglaterra; estuve todavía tentado de volverme a Guatemala, donde estaba seguro de ser bien recibido por mis amigos, y de establecerme hasta que hubiese reunido con qué volverme. Pero habiendo observado que Dios estaba enojado conmigo, y me había justamente privado de todo lo que había juntado durante doce años, tomé la firme resolución de continuar mi camino para volver a mi país, aun cuando tuviera que mendigar mi pan por el camino. Mas como tenía miedo de ser sospechado por los españoles y tener disgustos por no ejercer las funciones de mi profesión, me resolví a recibir lo que se me diera en calidad de extranjero y viajero, por mis sermones y otros ejercicios públicos que desearan hiciese.

Habiendo, pues, recobrado valor y estando siempre resuelto a volverme a Inglaterra, me informé en Cartago por qué medio podría ir a Puerto Bello; pero esta puerta en quien yo podía tener esperanza estaba también cerrada, aunque mi confianza en Dios no se hubiera disminuido. En este tiempo llegaron a Cartago cerca de trescientas mulas sin carga, con algunos indios, españoles, negros de Comayagua y Guatemala, que las conducían por tierra más allá de las montañas de Veragua para venderlas en Panamá.

Este comercio que tiene efecto todos los años es el solo que se hace por tierra de Guatemala, Comayagua y Nicaragua a Panamá, más allá de este istmo o espacio de tierra que se encuentra entre la mar del Norte y la del Sur. Este camino es muy peligroso no solamente a causa de los malos caminos, rocas y montañas que es necesario pasar, sino también a causa de muchas naciones bárbaras que los españoles no han sujetado todavía, que insultan y matan muchas veces a los que pasan con mulas por su país, y particularmente si hacen la menor cosa que pueda disgustarles.

A pesar de todas estas dificultades, no dejé de pensar en hacer este camino con las mulas y españoles que se iban por tierra a Panamá: los tres españoles que me acompañaban eran también de mi mismo parecer; pero la

divina providencia que conduce mucho mejor los negocios de los hombres que éstos podrían hacerlo, nos hizo abandonar estas ideas para nuestro bien y salvación, como vimos más tarde.

Supimos en Nicoya que una parte de estos españoles y mulateros habían sido muertos por los bárbaros, los cuales nos hubieran matado también si hubiéramos emprendido este peligroso viaje, del cual me disuadieron en Cartago muchas personas que tenían amistad conmigo; éstos me representaron no solamente el peligro que había de caer entre las manos de estos bárbaros indios, sino también la dificultad de atravesar las montañas sin correr el riesgo de perder la vida.

Habiendo, pues, abandonado este proyecto, los comerciantes que nos manifestaban alguna amistad nos aconsejaron el ver si la mar del Sur no nos sería más favorable que la del Norte, y para esto ir a Nicoya y de allí a Chira y al golfo de las Salinas, en donde sin duda alguna encontraríamos en qué embarcarnos para Panamá. Nosotros estábamos bien resueltos a seguir todos los buenos consejos que se nos diesen, pero sabíamos también que era el último recurso que nos quedaba y el fin de todas nuestras esperanzas; y si esto nos faltaba no nos quedaba otro medio para irnos a Panamá que como desesperados irnos a arriesgar nuestra vida atravesando las montañas de Veragua, pasando sin guía ni escolta por el país de los bárbaros que habían asesinado a los españoles; o bien volvernos por el camino que habíamos venido a Realejo, donde nuestra esperanza podía también ser frustrada, y que puede ser nos hubiera sido necesario esperar un año antes que hubiésemos encontrado en qué embarcarnos para Panamá.

Nos resolvimos pues a seguir el consejo que nuestros amigos nos habían dado de ir a Nicoya y de allí al golfo de las Salinas, en donde dije riendo a los tres españoles que estaban conmigo, que si una vez allí no hacíamos nada era necesario que como Hércules nos hicieran erigir una columna y grabar nuestros nombres con esta inscripción: *non plus ultra*, porque no había ni más puerto ni más enseada en donde pudiésemos embarcarnos para Panamá.

Nadie podía haber hecho más que lo que nosotros hicimos para llegar al cabo de nuestro designio; pero yo particularmente no solamente había sobrepasado a todos los ingleses que habían estado en este país sino que había hecho por tierra desde Mixco a Nicoya, por lo menos seiscientas leguas o mil ochocientas millas de Inglaterra yendo del Norte al Sur: además todo lo que había hecho desde Veracruz a México, de Guatemala a la Verapaz y al puerto de Caballos o Golfo Dulce, de allí a Trujillo y volviendo de allí a Guatemala, que hacen por lo menos mil trescientas o mil cuatrocientas millas de Inglaterra más: pensé hacer grabar esto sobre una columna en Nicoya para que se conservara siempre en la memoria. Espero que lo que no se ha hecho en este sitio lo será por medio de mi libro, y que mi historia fiel y verdadera será un monumento perpetuo de un viaje de mil cien leguas o de tres mil trescientas millas que un inglés ha hecho por tierra en el continente de la América, sin contar sus viajes por mar a Panamá desde Puerto Bello a Cartagena, y de allí a la Habana.

CAPITULO VII

Su salida de Cartago y lo que le sucedió hasta Nicoya; el comercio que se hace allí; la descripción de una tintura de púrpura particular, y de la conducta cruel de un gobernador para con los indios

El camino por el cual fuimos de Cartago a Nicoya era muy montañoso, duro y desagradable; encontramos muy pocas haciendas de españoles y pueblos de indios, que eran no solamente pequeños sino que también sus habitantes eran muy pobres y miserables.

Con todo eso Nicoya es muy bonito pueblo y el principal de un gobierno de españoles, donde encontramos un alcalde mayor llamado Justo Salazar, que nos recibió muy civilmente y nos dió una habitación para vivir durante nuestra estancia. El nos causó mucho placer diciéndonos que aunque no había ningún navío ni fragata en el golfo de Salinas, creía sin embargo que bien pronto vendría alguno de Panamá para cargar sal y otras mercancías, como tenían costumbre de hacer todos los años.

La época en que llegamos a este sitio era muy propia para mí para recoger todavía algún dinero después de la grande pérdida que acababa de tener, porque era en tiempo de cuaresma la más grande cosecha de los religiosos, recogiendo, como he dicho más arriba, mucho dinero de las ofrendas que se les hace cuando confiesan y administran la comunión a los indios.

La estación y el religioso que tenía la carga de este pueblo me convenían mucho en un tiempo en que no podía dispensarme de hacer los ejercicios de mi profesión, sin dar a los españoles un justo motivo de sospecha y de condenarme con razón. Este religioso era portugués, el cual hacía cerca de tres semanas antes de mi llegada a este sitio tuvo una gran disputa con el alcalde mayor Justo Salazar, por haberse metido a defender a los indios que Salazar maltrataba con exceso, porque éste los empleaba como esclavos a su servicio y al de su mujer, sin pagarles el salario de su trabajo que habían ganado con el sudor de su rostro, haciéndoles trabajar también los domingos.

No pudiendo sufrir esto el religioso, les prohibió expresamente en el púlpito de hacerlo en lo sucesivo, y de no obedecer más a las órdenes injustas de su alcalde mayor. Justo Salazar que había sido criado en la guerra, y que en otro tiempo había servido en la ciudadela de Milán, creyó que era muy vergonzoso el sufrir ser tratado de aquella suerte por un religioso, que quería criticarle en su destino y privarle de los medios con que acostumbraba sacar lucro y provecho. Por eso después de haberse injuriado recíprocamente, un día se fué todo colérico a la casa del religioso con su espada desnuda, donde sin duda lo hubiera muerto si no lo hubieran impedido algunos indios que se encontraban allí.

El religioso que era tan violento como él, imaginándose que no se atrevería a tocarle a causa de su orden sacerdotal, de miedo de ser excomulgado, en lugar de escaparse se hacía el valiente desafiándole con pegarle; esto aumentó todavía la cólera de Salazar, el cual levantando su espada para darle

sobre la cabeza, y el religioso queriendo parar el golpe con la mano, le echó dos dedos por tierra, y hubiera redoblado su golpe todavía más peligrosamente, si los indios no se hubieran interpuesto entre los dos para separarlos y encerrar al religioso en su cuarto.

Justo Salazar fué excomulgado inmediatamente; pero siendo un hombre que tenía mucho valimiento, el obispo de Costa Rica levantó bien pronto la excomunión. Después puso queja contra el religioso a la Chancillería de Guatemala, donde estaba seguro que valiéndose de sus amigos y de su dinero bien pronto concluiría con este pobre religioso mendicante: en efecto hizo de tal suerte que se mandó venir al religioso a la corte donde tuvo tanto crédito que lo hizo quitar de Nicoya.

En este tiempo el religioso se estaba encerrado en su casa sin querer ir a la iglesia para decir la misa, ni predicar, ni confesar a nadie, lo que la época le obligaba a hacer particularmente entonces; pero había hecho de suerte que se hacía asistir por otro religioso, pues estando solo no podía bastar para predicar, confesar y administrar la comunión a un tan gran número de indios, españoles, negros y mulatos que venían del pueblo y del campo para hacer sus devociones. Habiendo sabido mi llegada a este sitio, hizo suplicarme de querer asistir a esta clase de empleos, y que por mi trabajo tendría su mesa y un escudo diario por decir la misa, además de lo que el pueblo ofreciese voluntariamente, y sin contar mis sermones, de los cuales sería muy bien recompensado.

Estuve en este pueblo desde la segunda semana de cuaresma hasta pascua, en que gané cerca de ciento cincuenta escudos, tanto por tres sermones que hice a razón de diez escudos cada uno, cuanto por mis salarios ordinarios y las ofrendas que recibí.

En la semana antes de pascua tuvimos noticia de que había una fragata de Panamá que había llegado al golfo de las Salinas; esto nos alegró mucho porque este largo retardo comenzaba ya a darnos miedo. El dueño de la fragata vino a Nicoya, que es como la corte de estas comarcas; y los tres españoles y yo arreglamos con él nuestro pasaje hasta Panamá.

A los alrededores de Chiva, del golfo de las Salinas y de Nicoya hay algunas haciendas de españoles y algunos pueblecillos de indios a quienes el alcalde mayor emplea a todos como esclavos, a hilar para él una cierta yerba que llaman pita, mercancía muy estimada en España y particularmente la que está teñida en Micoza y sus contornos con color de púrpura: para este efecto una cierta cantidad de indios están obligados a ir a los bordes del mar para buscar a estas conchas con las que se hace la tintura de púrpura. *Púrpura* es una especie de concha o de pescado a concha que vive ordinariamente siete años; se esconde hacia principios de la canícula y continúa así escondido por espacio de trescientos días: se les coge en la primavera, y frotando el uno contra el otro sueltan una especie de saliva o materia viscosa y espesa como la cera que está blanda; pero esta tintura tan célebre para los vestidos está en la boca del pescado, y la más fina se encuentra en una pequeña vena blanca, no habiendo nada en el resto del cuerpo que tenga uso alguno.

El paño de Segovia que está teñido con ella, se vende hasta a veinte escudos la vara a causa de la riqueza de esta tintura; y no hay más que los grandes señores de España que lo usen, como lo hacían en otro tiempo los nobles de Roma en donde se le daba el nombre de púrpura de Tiro.

También hay una gran diversidad de mariscos que sirven para hacer diferentes tinturas, y en tan gran número que no hay lugar alguno donde se encuentren tantos como en éste.

Las principales mercancías que se hallan en Chiva y en el golfo de las Salinas, son la sal, miel, maíz, trigo y gallinas, que se mandan todos los años por las fragatas a Panamá de donde éstas parten expresamente para venir a buscar estas mercancías, con esta pita teñida de púrpura de que he hablado ya.

CAPITULO VIII

Su salida del puerto de las Salinas sobre la mar del Sur, y sus varias aventuras hasta Panamá

La fragata que llegó mientras estábamos allí, fué bien pronto cargada con todas estas mercancías, y nosotros no supimos que llegaríamos en cinco o seis días a Panamá, sino después de habernos embarcado. Este viaje no nos fué menos contrario que todos los que habíamos hecho antes; porque aunque no fué largo, tuvimos que combatir durante un mes contra los vientos, el mar y las corrientes como las llaman, que son tan rápidas como las de los ríos.

Desde el primer día de nuestra partida fuimos transportados por el viento y la tormenta hacia el Perú y hasta bajo la línea equinoccial, donde las tormentas y calor excesivo nos pusieron en tal estado que desesperábamos casi de nuestra vida: pero al cabo de ocho días y esperando la muerte de un momento a otro, quiso Dios por quien y para quien todas las criaturas tienen la vida, su movimiento y su ser, darnos nuevas esperanzas de vida enviándonos un viento favorable que nos sacó de estos calores equinociales y de este mar borrascoso y nos llevó hacia las islas de las Perlas y puerto de Chame que se encuentran al mediodía de las montañas de Veragua; de allí esperábamos en dos días, todo lo más, poder llegar y echar el ancla en Panamá.

Bien pronto fuimos frustrados de esta esperanza, porque el viento se calmó al instante, y estas corrientes durante quince días nos hicieron retroceder durante la noche lo que habíamos podido avanzar durante el día. Si Dios no hubiera tenido piedad de nosotros en este sitio, sin duda alguna hubiéramos perecido queriendo ir contra estas corrientes; porque aunque no faltásemos de víveres, teníamos una falta tan grande de bebidas, que durante cuatro días no bebimos una sola gota de vino ni de agua, ni de ningún otro licor que pudiera mitigar nuestra sed; lo que me obligó como

a otros muchos a beberme mis orines y a refrescarme la boca con balas de plomo: esto nos refrescó un tanto, pero ño era capaz de satisfacer largo tiempo la naturaleza, si la providencia de Dios no nos hubiera enviado un viento que durante el día nos sacó del todo fuera de estas corrientes.

Nuestra primera idea fué de arribar al continente o a alguna de las islas que allí había en grande abundancia, para buscar agua, porque ya no podíamos y no hacíamos más que consumirnos de sed.

El capitán del buque no quiso consentir asegurándonos que aquel día nos pondría en tierra en Panamá; pero como nosotros no podíamos pasar más tiempo sin tener que beber, a menos que nos resolviéramos con que nos llevaran a Panamá después de muertos, creímos que sería comprar muy cara aquella promesa pues que nos iba la vida, no pudiendo subsistir un día en este estado; de suerte que viendo que el viento se debilitaba le rogamos todos que abordara a alguna isla donde pudiésemos encontrar agua, lo que habiendo rehusado todavía, se amotinaron los tres españoles y algunos otros marineros, y habiendo echado mano a la espada lo amenazaron de matarlo si al instante no abordaba a alguna de aquellas islas. De suerte que no gustándole ver las puntas de las espadas contra su pecho, hizo volver la proa de su buque hacia dos o tres islas que no distaban de nosotros más que dos o tres horas de camino.

Cuando llegamos echamos el ancla y pusimos el bote a la mar en donde cada uno se creía bien dichoso de poder entrar a fin de ir a tierra a beber agua a su gusto.

La primera isla en que desembarcamos estaba inhabitada de aquel lado, y gastamos largo tiempo en correr por diversos lugares sin hacer otra cosa más que acalorarnos y aumentar la sed.

Mientras que cada uno corría de un lado y otro para encontrar un manantial y siempre en vano, yo me perdí en el bosque, teniendo todos mis zapatos rotos a causa de las piedras, rocas y lugares difíciles por donde pasé, y mi compañía se reembarcó en el bote para ir a otra isla, dejándome solo en el bosque.

Cuando yo salí y me encontré sin el bote me creí perdido, pensando que ellos habían encontrado agua y se habían vuelto al buque, y que no habiéndome encontrado alzarían las velas y se irían a Panamá.

Viéndome en tal conflicto llamé a los del buque; mas como ví que mi voz era demasiado débil para llegar hasta ellos, me puse a correr por aquí y por allí sobre las peñas para ver si descubría el bote; el cual ví que no estaba cerca del buque, observando luego que estaba próximo de otra isla vecina de aquella en que yo me perdiera.

Esto me hizo creer que no me abandonarían y que me vendrían a buscar cuando hubieran encontrado el agua; de suerte que descendí de las rocas y me vine a la orilla, donde encontré árboles que daban buena sombra y algunas frutillas que me refrescaron la boca un poco de tiempo; pero yo tenía un calor tan grande en el cuerpo que no creía escapar, tanto a causa de este calor como de la debilidad y desmayos que me tomaban a cada momento.

En fin me vino la idea de bañarme y meterme en el mar hasta el cuello para refrescarme; me desnudé pues y luego de haber permanecido algún tiempo en el agua, me vine a la sombra de estos árboles dónde me dormí tan profundamente, que habiendo vuelto el bote a buscarme, a pesar del ruido que los marineros hicieron para llamarme, no desperté, lo que les hizo temer que yo estuviese muerto; hasta que habiendo venido a tierra y buscándome los unos de un lado y los otros de otro, uno de ellos me encontró y despertó, sin lo cual estaba en riesgo de ser devorado por alguna bestia salvaje, o de perecer solo en esta isla cuando la fragata se hubiese ido.

Cuando me despertaron tuve mucho gusto de ver a mi compañía ordinaria, y la primera cosa de que me informé fué si habían encontrado agua, a lo que me respondieron que no tenía yo más que levantarme y alegrarme, porque no sólo habían encontrado agua, sino naranjas y limones en otra isla, que estaba habitada por españoles.

Yo me fuí inmediatamente con ellos al bote y al instante que hube entrado me dieron de beber cuanto quise.

El agua estaba tibia y turbia, porque ellos no la habían sabido tomar sin remover el fondo del manantial, trayendo arena mezclada con el agua, lo que la hacía parecer tan turbia y lodosa.

Sin embargo de esto yo bebí un jarro entero, que la debilidad de mi estómago no pudiendo soportar fué necesario que la vomitase al instante; me hicieron comer también una naranja y un limón; pero mi estómago los arrojó como había hecho con el agua, y yendo a nuestra fragata caí en una debilidad tal que se creía que yo expiraría antes de ir a bordo.

Cuando hubimos llegado pedí todavía agua, pero no bien estuvo en mi estómago cuando la arrojé; después de lo cual me pusieron en la cama con una fiebre ardiente que me tuvo toda la noche, no esperando más que la muerte y que el mar me sirviera de sepulcro.

El dueño del buque viendo que el viento había cambiado se encontró bien embarazado temiendo que con aquel viento no pudiese llegar jamás a Panamá. Por lo cual quiso tentar un medio que no había ensayado hasta entonces, que era el de pasar por entre las dos islas donde habíamos estado a buscar el agua, sabiendo que el viento que nos era contrario de este lado nos sería favorable del otro lado de las islas.

Hacia la noche levantó el ancla y se hizo a la vela resuelto de hacer pasar la fragata entre las dos islas; pero lo acaecido manifestó lo peligroso que era esta tentativa y que más era un golpe de desesperación que un asunto bien combinado.

Yo puedo bien decir que estaba acostado sobre el lecho de la muerte, sin dárseme nada del lado que me quisiesen conducir el dueño del buque o la fortuna, con tal que Dios recibiese mi alma en el cielo.

No hubo bien entrado la fragata en el estrecho que hay entre estas dos islas, cuando arrebatada por la violencia de la corriente, cercana de tierra, dió sobre una roca, de suerte que el timón fué arrancado y casi arrebatado de las manos del piloto, quien comenzó a gritar: "O santísima virgen, ayúdanos: porque sin tu socorro vamos a perecer".

Aquel grito y el ruido de todos los que estaban en el buque me dieron un miedo mortal, de que quiso la misericordia de Dios por tanto librarme, como al resto de la compañía, por el trabajo y cuidado que los marineros tomaron toda la noche para sacar a la fragata de encima de la roca por medio de su bote, después de que la corriente la hubo hecho tocar tres veces sobre esta roca.

Después de haber pasado esta mala noche, sacamos en la mañana nuestro pequeño navío de todos estos peligros, saliendo de en medio de estas dos islas para venir del otro lado de donde nos hicimos a la vela dichosamente hacia Panamá.

Aquella mañana habiéndose fortificado mi estómago, comencé a andar, a beber y a pasearme sobre cubierta, tomando gusto de ver estas bellas islas cerca de las cuales pasábamos.

Por la noche llegamos al puerto de Perico donde echamos el ancla esperando que vendrían a visitar el buque el día siguiente por la mañana; mas aquella noche el dueño del buque habiendo pasado a tierra, el viento cambió y formó una tormenta tan grande que perdimos nuestra ancla y derivamos casi hasta la Pacheque, temiendo ser llevados en el océano y tener mucha pena para volver a Panamá.

Pero este gran Dios a quien el mar y los vientos obedecen, cambió esta borrasca en un viento favorable que nos condujo otra vez a Perico, en donde después de haber sido visitados fuimos a velas llenas a Panamá. Al estar cerca de este puerto, no teniendo ancla nuestro buque, el viento nos echó todavía hacia atrás, y si el dueño del buque no nos hubiera enviado otra ancla sin duda alguna hubiéramos vuelto a Pacheque o más allá. Por este medio nos quedamos toda la noche en Perico, pasándonos todos al ver tantos contratiempos como teníamos; de suerte que algunos decían que precisamente estábamos hechizados, o bien había alguno entre nosotros que estaba excomulgado, y que si supieran quién era lo arrojarían al agua.

Durante estos discursos el viento se cambió, y después de haber levantado el ancla seguimos nuestro rumbo de Panamá, a donde por último quiso Dios que llegásemos felizmente.

CAPITULO IX

Descripción de Panamá, su situación, comercio que allí se hace, tanto con el Perú como en otros lugares, de su gobierno: y viaje del autor hasta la Venta de Cruces y sobre el río de Chiagre

Encontrándome entonces bastante bueno no me quedé mucho tiempo en la fragata en que había creído concluir mis días; inmediatamente bajé a tierra, y me fuí al convento de Santo Domingo en donde estuve cerca de quince días, durante los cuales tuve tiempo de observar todo lo que había de más notable en esta ciudad.

Está gobernada como Guatemala por un presidente con seis consejeros y una Cancillería o Audiencia real: también es la residencia de una silla episcopal. Está mucho más fortificado del lado de la mar del Sur que todos los puertos que he visto de este lado, con varias piezas de cañón para la defensa del puerto. Las casas son más débiles que todas las que he visto, a causa de la falta de cal y piedra; de suerte que por esto y el gran calor que hay la mayor parte de las casas están edificadas con madera.

La casa del presidente y aún las murallas de las más hermosas iglesias están hechas con planchas de madera que hacen el oficio de piedras o ladrillos, y aun en lugar de tejas para cubrirlas. El calor es tan grande que el vestido común de los habitantes no es otra cosa más que un jubón de tela hecha tiras, con calzado de tafetán o de otra tela ligera.

El pescado, frutas y yerbas abundan más que la carne; el agua fresca del coco es la bebida más estimada de las mujeres, aunque también hay allí una gran cantidad de chocolate y muchos vinos del Perú.

Los españoles que viven en esta ciudad se dan mucho a los placeres y particularmente a las mujeres; las negras de que abunda mucho, son ricas y galantes, y los principales objetos de sus desarreglados amores.

Se dice que es una de las ciudades más ricas de toda la América, puesto que comercian por tierra y por el río de Chiagre con la mar del Norte y por el mar del Sur con todo el Perú, los Indias Orientales, México y las Honduras. Allí es donde se transportan las más grandes riquezas del Perú en dos o tres grandes navíos que echan el ancla en el puerto de Perico que está a tres leguas de la ciudad; porque el flujo y reflujo del mar es tan grande en este sitio que impide a los grandes buques el acercarse más, el flujo extendiéndose a más de una legua de la ciudad y dejando una grande extensión con mucho fango a seco, lo que hace a este sitio malsano, contribuyendo también a eso otros lugares cenagosos que hay al rededor de la ciudad.

Esta tiene cinco mil habitantes que entretienen a lo menos ocho monasterios de religiosos y religiosas. Yo temía tanto al calor, que hice todo lo posible para salir lo más pronto de allí.

Podía escoger el ser acompañado tanto por tierra como por agua para irme a Puerto Bello; pero considerando la dificultad que había para pasar las montañas yendo por tierra, me resolví a ir por el río de Chiagre; de suerte que hacia la media noche salí de Panamá para Venta de Cruces que dista diez o doce leguas.

El camino es por la mayor parte plano y unido, y muy agradable tanto por la mañana como por la tarde. Llegamos a eso de las diez de la mañana a Venta de Cruces, donde no viven más que mulatos y negros que conducen los barcos chatos de que se sirven para transportar las mercancías a Puerto Bello.

Estas gentes me recibieron muy bien, y me suplicaron tuviese a bien predicarles el domingo siguiente; lo que hice, y me dieron veinte escudos por mi sermón y la procesión.

CAPITULO X

Descripción del río de Chiagre desde Venta de Cruces, donde el autor se embarcó, hasta Puerto Bello, y lo que vió digno de notarse durante este camino tanto por el río como en el mar

Después de haber estado allí cinco días los barcos partieron; pero les costó mucho trabajo el bajar el río, porque en algunos sitios el agua estaba muy baja: siendo así que los barcos se encallaban muy a menudo, y era preciso que los negros con sus estacas empleasen toda su fuerza para sacarnos. Algunas veces también encontramos corrientes que nos llevaban bajo los árboles, ramas y arbustos que se hallaban sobre el río y nos paraban; de manera que para desembarazarnos era necesario emplear mucho tiempo para cortar estas gruesas ramas que se hallaban en el agua.

Si al cabo de ocho días no nos hubiese enviado Dios más grandes lluvias, que cayendo de las montañas aumentaban el río que por sí es muy bajo, nuestro viaje hubiera sido no solamente muy largo sino muy incómodo. Doce días después de nuestro embarque llegamos al mar, y bajamos a la ciudadela para refrescarnos la mitad de este día.

Necesario es que los españoles estén bien persuadidos que las corrientes y poca profundidad de este río son bastantes para impedir que los extranjeros vengan a atacar Venta de Cruces y de allí a Panamá; porque a no ser eso parece tendrían cuidado de fortificar y entretener esta ciudadela, cosa que no hacen: pues cuando yo pasé por allí tenía una necesidad tan grande de ser reparada que estaba a punto de caer toda en ruinas.

El gobernador de esta ciudadela era un gran bebedor, el cual nos hizo beber también mucho mientras estuvimos allí; y como tuviese necesidad de un capellán para él y sus soldados, bien hubiera querido que me hubiese quedado con él, lo que yo hubiera hecho si no tuviera negocios más importantes que me llamaban en otra parte: de suerte que me despedí de él, y al partir nos dió algunos refrescos de carnes, pescado y dulces.

Entramos en plena mar, y lo primero que descubrimos es lo que se llama el escudo de Veragua, y yendo siempre remando y bastante cerca de tierra seguimos nuestro camino hacia Puerto Bello el sábado por la noche, que anclamos cerca de una pequeña isla con resolución de entrar al día siguiente en Puerto Bello.

Toda esta noche los negros hicieron la guardia por miedo de los holandeses, que, a lo que ellos decían, se ponían muchas veces en emboscada en estos sitios para sorprender los barcos del río de Chiagre; pero pasamos felizmente la noche, y por la mañana entramos en Puerto Bello.

CAPITULO XI

Descripción de Puerto Bello y del gran comercio que se hace, como de lo que se pasa con respecto a los galeones destinados al dicho comercio

Está encerrada y muy bien fortificada por dos ciudadelas en su entrada, que están muy bien guardadas, lo mismo que otro castillo que está más adentro en el puerto llamado fuerte de San Miguel.

Cuando llegué me incomodé mucho al saber que los galeones no habían venido aún de España, porque sabía que no podía vivir largo tiempo en este sitio sin gastar mucho; pero me consolaba con saber que era la época en que debían llegar, y que no podía pasarse mucho tiempo sin suceder.

NOUVELLE •RELATION,

CONTENANT

LES VOYAGES DE THOMAS GAGE

dans la Nouvelle Espagne, ses diverses aventures,
& son retour par la Province de Nicaragua,
jusques à la Havane.

AVEC

LA DESCRIPTION DE LA VILLE

de Mexique, telle qu'elle étoit autrefois,
& comme elle est à présent,

ENSEMBLE UNE DESCRIPTION

*exacte des terres & Provinces qui possèdent les Espagnols
en toute l'Amerique, de la forme de leur Gouvernement
Ecclesiastique & Politique, de leur Commerce, de leurs
Mœurs, & de celles des Criolles, des Metifs, des Mulâtres,
des Indiens, & des Negres.*

AVEC FIGURES.

TOME I.

Quatrième Edition revûe & corrigée.



A AMSTERDAM,

Chez PAUL MARRET, dans le Beurs-straat,
proche le Dam, à la Renommée.

M. DCCXX.

Facsimile de la carátula de la edición en francés, hecha en Amsterdam en 1720.

La primera cosa que hice fué buscar un cuarto, que en este tiempo estaban tan baratos, que hubo algunas personas que se ofrecieron a hospedarme por nada, con tal que luego que los galeones llegasen dejase el cuarto o que lo pagase como los demás. Pero conocí a un caballero que era tesorero del rey, el cual me prometió hacerme encontrar uno barato aún en la época de la venida de los buques; de suerte que fuimos juntos a buscarlo, y él, interponiendo su autoridad, hizo que quedase de acuerdo con el posadero que cuando la flota llegase no podría alquilarlo a nadie, y que yo viviría solo durante ese tiempo. Esta habitación no podía contener más que una cama, una mesa, una silla o dos y el sitio necesario para abrir y cerrar la puerta; sin embargo no dejó de pedirme ciento veinte escudos durante el tiempo que la flota estuviese en el puerto, que ordinariamente es de quince días. Como la ciudad es pequeña y hay por lo menos cuatro o cinco mil soldados que vienen en los galeones para su defensa, y también muchos comerciantes del Perú, España y otros sitios, los unos para comprar y los otros para vender; esto hace que las casas, por pequeñas que sean, son muy caras; pues muchas veces sucede que no hay bastantes en la ciudad para alojar toda la gente que llega en tiempo. Yo conocí a un comerciante que dió mil escudos por una tienda regularmente grande, para expender allí sus mercancías durante quince días que la flota estuvo en el puerto.

A mí me pareció demasiado caro el dar ciento veinte escudos que se me chocó mucho y dije al tesorero del rey como no hacía mucho tiempo había sido robado en el mar, no pudiendo por ese motivo hacer un gran gasto, puesto que había que añadir a esto el de mi comida que subiría por lo menos a otro tanto.

El posadero no quiso bajar un cuarto, de manera que este buen tesoro, compadeciéndose de mí, le ofreció pagar sesenta escudos con tal que yo pagase la otra mitad; a lo que fué necesario resolverme, o bien verme reducido a dormir fuera sobre las piedras. Sin embargo no quise vivir en este agujero que me costaba tan caro, hasta la llegada de la flota; me fui a vivir a un hermoso alojamiento que se me había ofrecido de balde.

Mientras yo esperaba la llegada de la flota, recibí algún dinero y algunas ofrendas por mis misas, y algunos sermones que hice a razón de quince escudos cada uno.

También iba a ver las ciudadelas que encontré muy buenas y bien fortificadas. Pero lo que encontré de más sorprendente era el ver el gran número de mulas que venían de Panamá todas cargadas con barras de plata; de suerte que en un día conté más de doscientas que no conducían otra cosa más, las cuales fueron descargadas en el mercado público donde había montones de barras de plata como los de piedras en la calle, que dejaban allí sin miedo de que los robasen.

Diez días después llegó la flota compuesta de ocho galeones y diez navíos mercantes, lo que me obligó a meterme en mi agujero. Era una maravilla el ver la gente que había por las calles, en lugar de que pocos días

antes no se veía casi a nadie. El precio de las cosas comenzó también a subir, de manera que una gallina que muchas veces me había costado en el campo un real se vendía por doce; la libra de buey valía dos reales, en lugar que en otras partes había comprado trece libras por medio real; y las otras carnes se pusieron a proporción tan caras que no sabiendo cómo hacer me ví precisado a vivir de pescado y tortugas de que hay una gran cantidad, y aunque eran caras sin embargo era lo que podía comer más barato.

Era digno de ver cómo los comerciantes vendían sus mercancías, no al menudeo sino por mayor, a la pieza y al peso: cómo hacían sus pagos, no en dinero, no en moneda sino en barras de plata que se pesaba y tomaba por el valor de las mercancías. Esto no duró más de quince días durante los cuales los galeones no cargaron otra cosa más que barras de plata; de suerte que puedo decir con atrevimiento, y sostener, que durante esos quince días no hay una feria más rica en todo el mundo que la que se hace en Puerto Bello entre los comerciantes españoles, Perú, Panamá y otros lugares vecinos.

CAPITULO XII

Dificultades del embarque de Puerto Bello para Cartagena, de lo que sucedió al autor en este caso con otras particularidades dignas de atención

Don Carlos de Ibarra que era almirante de esta flota hizo toda la diligencia posible para hacerla partir, lo que hizo que los comerciantes se apresuraran a vender y comprar, y cargar los navíos con barras de plata.

Esta diligencia me regocijó mucho porque veía que tan pronto como cargaran sus buques tanto menos yo descargaría mi bolsa y partiría de este lugar tan malsano, donde el excesivo calor causa no solamente fiebres ardientes sino también la muerte, si cuando llueve no evita uno mojarse los pies: pero particularmente mientras que la flota está allí se puede decir que es una tumba siempre abierta y dispuesta a tragar una gran parte de este gran concurso de pueblo que se encuentra en este tiempo, como sucedió en el año que yo estuve allí: murieron más de quinientas personas entre comerciantes, soldados y marineros; tanto de fiebres ardientes como por disenterías, por comer demasiada fruta, beber agua fría y otra suerte de intemperancias: de modo que ellos podían muy bien decir que este sitio no era Puerto Bello, sino más bien Puerto Malo.

Como esto sucede ordinariamente todos los años, se ha edificado en la ciudad un hospital que es muy rico, para aliviar a los que vienen enfermos del mar o que caen malos en este sitio: en este hospital hay varios religiosos de la caridad que asisten a los enfermos y entierran a los muertos.

El almirante que temía que estos enfermos no se aumentasen más, hizo toda la diligencia que pudo para hacer partir la flota; sin cuidar del

ruido que se hacía correr de que había tres o cuatro navíos ingleses u holandeses en el mar, que no esperaban sino la ocasión de apoderarse de uno de estos buques que se extraviase un poco de los otros. Esta nueva me hizo entrar en miedo y pensar que para mi seguridad haría bien de pasar a uno de los mejores galeones; pero cuando fué cuestión de arreglar mi pasaje, encontré que se me pedía nada menos que trescientos escudos que no hubiera podido pagar sin reducir demasiado lo que me quedaba.

Esto hizo el que formase designio de dirigirme a algún dueño de un navío mercante, aunque sabía muy bien no ir tan seguro como en un galeón bien provisionado de soldados y cañones: sin embargo yo esperaba siempre en Dios, que es el refugio de todos los que le temen, y que en esta circunstancia me hizo encontrar un pasaje muy barato y seguro; porque habiendo encontrado un día a mi amigo el tesorero, éste todavía tuvo compasión de mí, y considerándome como a un extranjero que había sido robado hacía muy poco tiempo, me recomendó al patrón de un navío mercante llamado el San Sebastián; pues sabía que tenía éste necesidad de un capellán en su buque y a quien admitiría a su mesa. Apenas me dirigí a él de parte de este tesorero que era amigo suyo, que me prometió recibirme en su buque y darme su mesa sin pedirme otra cosa más, que rogar a Dios por él y por los suyos; prometiendo además satisfacerme por todos los sermones que yo hiciese en su navío. Yo alabé a Dios por las gracias que me hacía, reconociendo en esto como en muchas otras ocasiones el socorro de la providencia que me proporcionaba el medio de volver a Inglaterra.

Al instante que los navíos fueron cargados partimos para Cartagena; y al día siguiente de habernos dado a la vela, descubrimos cuatro navíos, lo que dió miedo a los buques mercantes y los hizo tenerse cerca de los galeones, teniendo más confianza en la fuerza de estos buques que en la suya. El navío en que me encontraba era ligero y corría mucho, de suerte que se tenía siempre cerca del almirante o de alguno de los otros galeones: pero todos los otros navíos mercantes que no corrían tanto venían tan despacio y atrás que hubo dos a quienes los holandeses sorprendieron y llevaron durante la noche antes que pudiésemos llegar a Cartagena.

El más grande miedo que tuvieron los españoles durante el viaje fué cerca de la isla de la Providencia, que ellos llaman isla de Santa Catalina, temiendo no saliesen algunos navíos ingleses para atacarlos. Ellos maldecían a los ingleses que la habitaban, y decían que esta isla no era otra cosa más que un asilo de ladrones y piratas, y que si el rey de España no arreglaba esto bien pronto harían mucho mal a los españoles; porque estando cerca de la embocadura del desaguadero, ponen en peligro las fragatas de Granada; y estando situada entre Puerto Bello y Cartagena, amenaza también los galeones que llevan las rentas y tesoros del rey.

Caminando de esta manera e injuriando siempre a los ingleses y a la isla de la Providencia, hicimos vela hacia Cartagena donde aún encontramos los cuatro navíos que nos habían seguido ya y nos habían apresado algunos

buques; amenazándonos todavía de coger algunos a la entrada del puerto, lo que hubieran podido hacer si hubieran querido arriesgarse a atacar el buque en que me hallaba; pues al volver el cabo para entrar en la ensenada se encalló y bien seguramente hubiese naufragado si el fondo hubiera sido de rocas en lugar de ser arenoso como lo era: pero salimos de este peligro por el mucho trabajo que se tomaron los marineros en sacarnos, y nos libramos de estos navíos que nos persiguieron lo más que pudieron, pero no atreviéndose a aproximarse del tiro de cañón de la ciudadela.

CAPITULO XIII

Descripción de Cartagena, y de lo que el autor vió allí de más notable durante su estancia; singularidad de la carne de puerco de este país, salida de los galeones del puerto de Cartagena; su camino hasta la Habana, y su salida de este último puerto

De esta manera entramos en la ensenada de Cartagena, en donde estuvimos ocho o diez días: allí encontré a algunos ingleses prisioneros que los españoles habían cogido en la mar y que eran de la isla de la Providencia, entre los cuales se hallaba el famoso capitán Reus y como una docena más que tuve mucho gusto de encontrar, pero a quien no me atreví a manifestar mucha amistad por no hacerme sospechoso. Como se había resuelto el mandarlos a España, ellos hubieran querido bien pasar en el navío en que yo estaba, y como yo no lo deseaba menos que ellos hice de manera con mi capitán, que por amor mío tomó cuatro en su buque, entre los cuales había uno llamado Eduardo Layfield, quien después al ir de San Lucas para Inglaterra fué cogido por los turcos, y me ha escrito después de Turquía a Inglaterra suplicándome que trabajase para hacerlo rescatar y sacarlo de su cautiverio.

Su conversación me agradaba mucho, y siempre lo encontré servicial hacia mí, lo que me obligó a hablar por él al dueño del buque y a los marineros que sin esto lo hubieran maltratado a él y a los otros ingleses de su compañía.

Cuando estábamos en Cartagena corrió una voz de que setenta buques holandeses esperaban la salida de los galeones, lo que no dió poco cuidado a los españoles quienes tuvieron un consejo para saber si la flota invernaría en aquel lugar o partiría para España. Pero como este ruido era falso, y que no provenía más que de los mismos habitantes de Cartagena, quienes por su provecho particular hubiesen querido que los galeones y buques mercantes hubiesen permanecido allá, don Carlos de Ibarra respondió a los que le hablaban que no temía ni a cien navíos holandeses y que no había nada que pudiese impedirle de ir a España, donde esperaba conducir con seguridad el tesoro del rey, cuya promesa cumplió.

Ocho días después de haber partido de Cartagena llegamos a la Habana, donde permanecemos también ocho días esperando la flota que debía venir de Veracruz.

Entre tanto tuve miedo de ver aquella fuerte ciudadela donde hay doce piezas de artillería que llaman los doce Apóstoles, quienes no podrían hacer gran mal a un ejército que viniese por tierra o por el río de Matanzas.

También fui a visitar a la madre del mulato que me había cogido en el mar todo lo que yo tenía, e hice todo cuanto pude para consolar a estos pobres ingleses que estaban prisioneros; pero particularmente al bravo capitán Reus, quien vino a quejarse a mí de los insultos que los españoles le habían hecho en el navío en que había venido, y que no habiendo podido soportarlos a pesar de estar prisionero, desafió a los que lo habían despreciado y los citó para batirse en el lugar que ellos quisieran, en la Habana.

Esta acción era sin duda una muestra de valor y honor en este prisionero inglés, que tuvo el atrevimiento de desafiar a un español en su país, y como dicen de atacar al gallo en su muladar. Mas luego que yo supe este asunto por conducto de Eduardo Layfield, traté de adormecerlo y terminarlo lo más pronto que pude, de miedo de que no se echasen sobre él de cólera muchas personas y lo hicieran pedazos.

Para esto lo mandé llamar al convento donde yo vivía y lo hice desistir del designio que tenía de batirse, y de manifestar su valor en un tiempo y en lugar en que su calidad de prisionero lo dispensaba de ello.

Consolé también a los otros en su aflicción y los asistí lo mejor que pude en su necesidad particularmente a Layfield.

Como tuve necesidad de tomar un corto medicamento antes de ponerme en la mar, esto me dió ocasión de aprender lo que no sabía todavía, cual era la carne que los mejores médicos de la Habana ordenaban a sus enfermos cuando éstos se purgaban; porque en lugar de que cuando mi purga hubo hecho operación, yo me esperaba que me trajesen un pedazo de carnero o una gallina, o bien alguna otra suerte de carne nutritiva, mi médico había ordenado se me diese un trozo de puerco asado, lo que rehusé creyendo me hiciese daño en el estado en que me hallaba, diciendo al médico que esto era contra la práctica de todas las naciones, porque la calidad de esta carne era de soltar el vientre. Mas él me respondió que el puerco hacía todo lo contrario en aquel lugar de lo que hacía en otras partes, y que yo debía comer de lo que me había ordenado asegurándome que no me haría ningún mal.

Así es que creen que la carne de puerco es muy nutritiva en aquel lugar, y que no hay otra que le exceda más que la de tortuga, de que todos los buques hacen sus provisiones para el viaje de España.

Cortan las tortugas en rebanadas muy delgadas y largas, como he dicho ya de los tasajos que se salan y hacen secar al viento, después los marineros se sirven de ellas en todo el viaje de España, y las comen asadas con un poco de ajo, que ellos dicen tiene tan buen gusto como la ternera.

Ellos llevan también en sus navíos algunas gallinas para la mesa de los patrones y capitanes con algunos puercos vivos, lo que según la apariencia debía infectar el buque, si no se tuviera cuidado de lavar a menudo el lugar donde duermen todas estas bestias.

En el buque donde yo estaba se mataba un puerco todas las semanas para la mesa del patrón, del piloto y de los pasajeros.

Habiéndose los buques provisto de víveres para el viaje de España, y cargado las mercaderías que pertenecían a los comerciantes y las rentas del rey, durante los nueve días que estuvimos allí, no esperábamos ya más que la flota de Veracruz que debía juntarse con nosotros en este sitio el ocho de septiembre. Pero don Carlos de Ibarra viendo que tardaba más que el término fijado y temiendo el mal tiempo y la nueva luna de este mes, que generalmente es peligrosa para el pasaje del estrecho de Bahama, no quiso esperar más y se resolvió a partir para España.

CAPITULO XIV

Salida de los galeones del puerto de la Habana, encuentro de la flota de Veracruz; presa de uno de nuestros navíos en medio de cincuenta y dos, tanto de galeones como de la flota, y de lo que sucedió hasta que la flota se separó de nosotros

Nos hicimos pues a la vela un domingo por la mañana y en número de veintisiete navíos, comprendidos los que se habían unido a nosotros de las Honduras y de las islas; salimos de la Habana uno después de otro para entrar en alta mar en donde no hicimos más en todo este día que bordear esperando que el viento fuese favorable, y que el buque que nos debía conducir en el golfo de Bahama hubiera salido de la Habana: pero a la llegada de la noche bien hubiéramos querido encontrarnos todavía en el puerto creyendo estar cercados por una fuerte flota de holandeses: hubo muchos navíos que se vinieron a meter entre los nuestros, y nos obligaron a prepararnos al combate para el día siguiente.

Se tuvo consejo de guerra y se hizo la guardia toda la noche, se prepararon los cañones, se fortificaron los buques y se mandaron las órdenes necesarias a todos los galeones y navíos mercantes, para hacerles saber el sitio y orden que debían tener. El buque en que yo me encontraba debía acompañar al almirante, y por consiguiente estábamos seguros de tener una pequeña escolta. Todas nuestras gentes eran valientes y estaban dispuestas a batirse; y como estos preparativos militares no me agradaban mucho, se me destinó un sitio en que pudiese estar oculto y seguro entre dos barriles de bizcochos. No estuve ocioso en toda esta noche pues la empleé en confesar a todos los que estaban en el buque; de suerte que por la mañana tenía una gran necesidad de reposarme, después de haber pasado toda la noche en esta penosa ocupación.

A la madrugada salimos de la duda en que estábamos; al ver que nuestro temor era mal fundado, no siendo buques holandeses sino amigos nuestros, que habían pasado el mismo miedo que nosotros y se habían preparado también para el combate: porque luego que hubimos apercibido sus pabellones reconocimos al instante que era la flota que esperábamos de Veracruz y que debía hacer vela con nosotros para España.

Esta flota se componía de veintidós velas, y lo que menos pensaba era el encontrarnos fuera de la Habana, pues creía que estábamos anclados todavía esperándola; de suerte que durante la noche habían tenido aun más miedo de nosotros que nosotros mismos habíamos tenido de ellos.

Luego que el día hubo disipado todas estas nubes y hecho conocer la verdad, se quitaron todos los preparativos de guerra, a los que sucedieron el sonido de trompetas y timbales que hacían un eco maravilloso: no se veía más que barcos que iban de un navío a otro para saludarse y gentes que brindaban deseándose un buen viaje; toda la mañana se pasó de esta manera.

En medio de todos estos regocijos nuestra flota encontrándose entonces de cincuenta y dos velas, sin que supiésemos cuántas tenía la de Veracruz, ni ellos supieran el número de la nuestra, se encontraron dos navíos entre los nuestros que eran desconocidos. Los prisioneros ingleses solamente me dijeron que uno de ellos era un buque inglés llamado Neptuno, el cual habiendo ganado viento sobre nosotros dió caza a uno de nuestros navíos que era de Dunquerque y que habiendo sido empleado al servicio del rey en San Lucas y en Cádiz, había sido cargado en las Indias de azúcar y otras ricas mercancías por valor de ochenta mil escudos: el Neptuno habiéndole enviado una descarga el otro no respondió más que con dos tiros de cañón; y le intimó a rendirse, puesto que no podía ser socorrido de la flota que estaba bastante lejos.

Este combate no duró más que una media hora; al cabo de la cual vimos llevarse este buque delante de nosotros mismos, lo que hizo cambiar todos los regocijos de los españoles en blasfemias y maldiciones. Algunos maldecían al capitán del buque que había sido cogido, diciendo que era un traidor y que se había vendido de exprofeso sin combatir por habersele obligado a hacer este viaje: los otros maldecían a los que le habían cogido, llamándoles borrachos, infames, ladrones y piratas.

Había muchos que tomaban sus espadas en ademán de hacerlos añicos; otros con sus mosquetes se ponían en posición de tirar sobre ellos; y en fin otros que pegaban patadas en el suelo como rabiosos, y corriendo sobre la cubierta como si hubieran querido arrojar al mar para ir a su socorro, y que rechinaban los dientes contra los pobres prisioneros ingleses como si hubieran querido darles de puñaladas a causa de la acción que sus compatriotas acababan de hacer: necesario es que yo confiese haberme costado no poco trabajo el impedir que todos estos fanfarrones no hiciesen daño a Layfield, que más que los otros se burlaba de su locura y respondía a las injurias que se le decían.

Inmediatamente se les dió orden al vicealmirante y a otros dos galeones de perseguirlos; pero esto fué en vano porque el viento era contrario: de suerte que estos dos buques se alegraban tanto como rabiaban los españoles, se salvaron teniendo el viento en popa, y podían alabarse de haber hecho una rica presa en medio de cincuenta y dos navíos y de las principales fuerzas navales de la España.

CAPITULO XV

De lo que sucedió desde la separación de los galeones de la flota hasta el desembarque en San Lucas de Barrameda

La flota de Veracruz se despidió de nosotros esta tarde porque no estaba habilitada para hacer el viaje de España: entró en la Habana y nosotros continuamos nuestro camino hacia Europa, no temiendo ya nada más que el golfo de Bahama, que pasamos felizmente con la ayuda de los pilotos que nuestro almirante había escogido y tomado para este intento.

Me parece inútil entrar en grandes detalles sobre la vista de San Agustín y de la Florida, de las tempestades que sufrimos durante este viaje, de los diversos grados de altura del polo bajo los cuales pasamos, donde en ciertos sitios tuvimos tanto frío o más que en los más duros inviernos de Inglaterra. Solamente diré que los más expertos de nuestros pilotos no sabiendo un día en qué sitio nos encontrábamos, por poco nos hacen naufragar sobre las rocas de las Bermudas durante la noche, si la claridad del día que vino muy a propósito no nos hubiera mostrado cómo íbamos derecho sobre ellas. Los españoles en lugar de alabar a Dios por haberlos librado de este peligro, comenzaron a maldecir a los ingleses que habitan esta isla; diciendo que ellos la habían encantado y todas las que se encuentran cerca, y que por arte del diablo hacían siempre levantar tempestades todas las veces que la flota de España pasaba por allí.

Después de haber escapado de este sitio peligroso, hicimos vela hacia las islas Terceras o Azores en donde bien hubiéramos querido tomar agua dulce porque la que habíamos tomado en la Habana estaba toda amarilla, y olía tan mal que nos veíamos precisados a taparnos las narices cuando queríamos beberla; pero el severo don Carlos, sin tener miramiento alguno por el resto de la compañía, nos hizo pasar al lado de estas islas.

Aunque en mi opinión y modo de ver estas islas no estaban encantadas por los ingleses sino habitadas por muy buenos católicos; apenas nos alejamos un poco se levantó la más grande tempestad que habíamos visto desde nuestra salida de la Habana: ésta duró ocho días enteros en donde perdimos un navío; también hubo dos galeones que tiraron dos cañonazos para advertirnos del riesgo que corrían, lo que hizo parar la flota hasta que hubieron compuesto sus maniobras y palo mayor.

Tan pronto íbamos de un lado, tan pronto de otro sin saber a punto fijo dónde nos hallábamos, y bebiendo siempre de nuestra agua corrompida en cantidad de un azumbre por día.

Tres o cuatro días antes que la tormenta hubiera cesado descubrimos tierra, lo que hizo que cada uno comenzó a gritar: "España, España".

Mientras que el consejo a bordo del almirante decidía qué tierra era hubo muchos que vendieron barriles de bizcochos; y otros agua a los que tenían sed, imaginándose que era algún punto de la costa de España. El resultado del consejo fué después de haberse acercado un poco más a tierra, que era la isla de Madera. Como hubo muchos que perdieron las apuestas que habían hecho, comenzaron a echar pestes contra la ignorancia de los pilotos: nos vimos pues obligados a tener paciencia, viendo que todavía no tocábamos el fin de nuestro viaje.

A pesar de todo eso Dios nos hizo la gracia después de haber descubierto esta isla, de enviarnos un viento favorable que nos condujese a España. Doce días después descubrimos a Cádiz. Algunos de los buques se separaron de nosotros en este sitio; pero la mayor parte continuaron su camino a San Lucas y entre otros el navío en que yo estaba.

Cuando llegamos a este sitio peligroso que los españoles llaman la barra, no nos atrevimos a confiar nuestro buque a nuestros pilotos: nos servimos de los del país, que con la esperanza de ganar vinieron en tan grande número, que cada navío de la flota tenía el suyo para conducirlo al puerto, como es costumbre de hacerlo en todas las ensenadas y radas difíciles.

El día veintiocho de noviembre de 1637, y cerca de la una del día anclamos en San Lucas de Barrameda en donde bajé con otros muchos pasajeros, después de haber sido visitado por los oficiales de la aduana.

CAPITULO XVI

Llegada del autor a San Lucas con las particularidades del acogimiento que recibió hasta su embarque para Inglaterra; y su desembarque en Duvre

Aunque hubiera podido irme desde luego al convento de Santo Domingo donde el viejo religioso Pablo de Londres vivía aún, y que sin duda alguna se volvería loco de verme de vuelta de las Indias; me pareció hacer mejor en quedarme por esta noche en compañía de mis amigos, tanto españoles como ingleses que habían hecho conmigo un viaje tan largo; y de irme a cualquiera posada en donde pudiera encontrar más reposo que en el convento, en donde no podría tener más que una cena de vigilia de religiosos, una pequeña celda y ser inquietado con cien cuestiones que me haría el viejo hermano Pablo de Londres con respecto a los indios y la larga estancia que había hecho. Me fuí pues esta noche a acostar a una fonda inglesa en donde descansé en compañía de los pobres prisioneros ingleses que el patrón del navío me había dado a guardar bajo mi palabra, y a condición de volverlos a presentar cuando se quisiera.

Al día siguiente mandé a mi amigo Layfield al convento con una carta para el religioso Pablo de Londres; el cual habiéndola recibido vino a mi encuentro con mucha alegría por verme de vuelta de las Indias: después de haber hablado juntos un poco de tiempo, me dijo cómo había en el puerto navios que estaban dispuestos a volverse a Inglaterra. Este religioso que era muy viejo y comenzaba ya a chochear tenía muchas ganas de que yo partiese de allí lo más pronto posible, imaginándose que tan pronto como llegase a Inglaterra trabajaría en la conversión de protestantes; lo que era causa de que cada día que se retardaba mi salida le parecía un año y le hacía hacer todo lo posible para la expedición de mi viaje, que lo deseaba aún más que él, estando dispuesto a partir al día siguiente si hubiera tenido tiempo y un buque a propósito. Dios que me había siempre acompañado durante cerca de noventa días de viaje sobre el mar, y que me había sacado libre de muchas desgraciadas borrascas, dispuso bien pronto todas las cosas necesarias para el cumplimiento de lo que había tanto deseado: volver a Inglaterra, mi país natal y de donde hacía cerca de veinticuatro años que estaba ausente.

La primera idea que tuve en San Lucas fué la de quitarme el hábito de religioso que llevaba, y de tomar otro con que pudiese presentarme en Inglaterra. Como tenía todavía cien escudos después de haber hecho un viaje de cerca de un año desde Petapa hasta San Lucas, me mandé hacer un vestido secular por un sastre inglés, y me dispuse a partir.

Había tres o cuatro buques que estaban dispuestos a hacerlo, y que no habían esperado más que la llegada de la flota para cargar algunas mercancías y principalmente barras de plata. Yo pensé irme en el que salía primero y en donde se embarcó mi amigo Layfield; pues todos los prisioneros ingleses fueron puestos en libertad y se les permitió volverse a su país: pero la providencia de Dios me salvó aún todavía, pues si lo hubiera hecho hoy día sería esclavo en Turquía con Layfield: porque al día siguiente de haber salido este buque, fué cogido por los turcos y llevado a Argel con todos los ingleses que se hallaban dentro.

Dios me hizo pues encontrar otro pasaje más seguro en un buque que pertenecía al caballero don Guillermo Curtín, mandado por un flamenco llamado Adrián Adrianzen que vivía entonces en Duvre, con quien arreglé mi pasaje y comida a su mesa. Este buque partió de la barra de San Lucas nueve días después de mi llegada, en donde esperaba la compañía de otros cuatro navíos más, pero principalmente algunas barras de plata de las Indias, que no se había atrevido a cargar en la ensenada bajo pena de confiscación.

Estando pues vestido de otra manera y dispuesto a hacer otro género de vida que la que había hecho hasta entonces; habiéndome cambiado de americano en inglés, el décimo día de mi estancia en San Lucas me despedí de la España y de todas sus maneras. También me despedí del viejo religioso Pablo de Londres y de todos los otros que eran mis conocidos; y me embarqué en un bote para pasar la barra e irme a nuestro navío, que se dió a la vela esa misma noche en compañía de otros cuatro para ir a Inglaterra.

Podría muy bien recitar aquí todas las atenciones que Adrián Adrianzen tuvo conmigo y los cumplimientos que me hizo durante el viaje; pero solamente diré que más bien tenía motivo de hacer notar la bondad de Dios, que nos dió un buen tiempo y un viento tan favorable que llegamos sin borrasca alguna en trece días a Duvre, donde puse pie a tierra y el navío entró en la bahía. Los otros que desembarcaron en Margaret fueron conducidos a Duvre, donde fueron visitados por los oficiales de la aduana; pero como yo no hablaba sino español, no se sospechó de mí puesto que no había nadie que me creyese inglés. Dos días después tomé la posta con algunos españoles y un coronel irlandés, para ir a Cantorbery y de allí pasar a Gravesend.

Cuando llegué a Londres me encontré muy embarazado por no hablar mi lengua materna, no pudiendo decir más que algunas palabras sueltas por aquí y por allí; de manera que esto me hizo temer el tener mucho trabajo para hacerme pasar por inglés. Con todo eso me pareció que mis pacientes que sabían que había estado como perdido durante muchos años, me reconocerían si antes de todo me dirigía a uno de ellos, hasta que pudiese explicarme mejor en inglés.

La primera persona de mi familia a quien me dirigí y de quien tuve conocimiento, fué la señora Penélope Gage, viuda del caballero Juan Gage, que vivía en la calle de San Juan; fuí a verla al día siguiente de mi llegada a Londres, para saber por su conducto quiénes eran mis otros parientes.

Sin embargo temiendo caer de necesidad durante este tiempo, y para que por medio de ellos pudiese volver a conocer el uso de mi lengua materna que había olvidado; saber qué parte me había dejado mi padre de sus bienes; y aprender las costumbres del país: me resolví por todas estas razones de informarme de ellos y procurar encontrarlos.

Como hubiese estado en casa de la señora Gage ésta no tuvo dificultad alguna en creermelo pariente suyo; pero se echó a reír diciéndome que hablaba más bien como un indio o como un *gallois* y no como un inglés. No dejó de recibirme bien en su casa y me hizo conducir a la casa de un hermano mío, que estaba en la calle llamada Longaker, el cual estaba en la provincia de Surrey; en donde habiendo sabido mi llegada me mandó un hombre y un caballo para que me condujesen a casa de uno de mis tíos, que vivía en Gatton, con quien él estaba, a fin de que pasase las fiestas de Navidad con ellos.

Este tío que me miraba ya como perdido y que estaba de vuelta después de veinticuatro años, me recibió muy bien en su casa y me trató con mucha finura: en seguida me mandó a Cheam a casa del señor Fromand que era también pariente mío, con quien estuve hasta Reyes: y después me volví a Londres con mi hermano.

Así el lector puede ver un americano, que después de muchos riesgos por mar y tierra llega felizmente a Inglaterra, en donde puede como yo lo hago, observar la gran bondad de Dios para conmigo pobre y miserable pecador.

FIN DE LA OBRA

INDICE GENERAL DE LA NUEVA RELACION QUE CONTIENE LOS VIAJES DE TOMAS GAGE

PAGINA

Prólogo de la edición guatemalteca por Sinforoso Aguilar	III
Aclaración necesaria por J. Fernando Juárez Muñoz	XXV
Prólogo de la edición última de 1699	1

Ilustraciones:

Thomas Gage, simbólicamente, recibe homenajes de los representantes de los pueblos americanos que visitó	IX
Facsimile de la carátula de la primera edición de los Viajes de Gage en 1648	XIII
Facsimile de la carátula de la primera edición española, hecha en París en 1838	XIX
Facsimile de la carátula de la edición inglesa de 1702	4
Facsimile de la carátula de la edición inglesa de 1928	171
Facsimile de la carátula de la edición francesa, hecha en Amsterdam en 1720	294

PRIMERA PARTE

Capítulo I.—Cómo y a qué provincias de las Indias orientales y occidentales, pertenecientes a la corona de Castilla, se mandan Misiones de religiosos, y particularmente: de la que fué enviada el año 1625	5
Capítulo II.—Asiento del autor para pasar a las islas Filipinas, y lo que sucedió hasta su salida de Cádiz para la Nueva España	10
Capítulo III.—De la salida de la flota de Cádiz en 1625, y de las cosas más memorables durante la navegación	14
Capítulo IV.—De las islas que descubrimos, y de lo que en ellas nos aconteció	17
Capítulo V.—Curiosa historia de un mulato nacido en España, y hallado casualmente por los jesuitas en la Guadalupe	19
Capítulo VI.—De la continuación de nuestro viaje a San Juan de Ulúa, o la Veracruz y cómo desembarcamos allí... ..	23
Capítulo VII.—Cómo desembarcamos en la Veracruz o San Juan de Ulúa, y de la recepción que tuvimos	27

Capítulo VIII.—Descripción del puerto y de la ciudad de San Juan de Ulúa, y de un terremoto, y otras cosas que sucedieron al autor hasta su salida de esta ciudad para México	30
Capítulo IX.—Del viaje que hicimos de San Juan de Ulúa a México, y de las villas y lugares que se encuentran en el camino	32
Capítulo X.—Llegada del autor a Segura de la Frontera, villa fundada por Cortés, con la descripción de ella, y el origen de su fundación	37
Capítulo XI.—Descripción de la gran ciudad de Tlascala y de su territorio	39
Capítulo XII.—Prosigue nuestro viaje desde Tlascala a México, por la Puebla de los Angeles y Guacocingo	42
Capítulo XIII.—Prosigue el autor la descripción de las cosas notables que vió en este viaje, y aprovecha la ocasión para referir varias circunstancias curiosas de la conquista	45
Capítulo XIV.—Cuenta el autor algunas particularidades del clima y de los alimentos del país, los cuales sirven de entrada para la descripción de la grande y famosa ciudad de México tal cual estaba en tiempos pasados, y cómo se hallaba después, con especialidad en el año de 1625	51
Capítulo XV.—Situación de México.—Descripción de la Laguna de México, y de las diferentes aguas de que se compone, con algunas circunstancias notables sobre este punto	53
Capítulo XVI.—Descripción del palacio de Montezuma, de sus armas, de sus muebles, de sus mujeres, de sus oficiales: de las diferentes funciones de éstos; de las diversas especies de animales que mantenía; de los jardines, de su arsenal y de otras particularidades	55
Capítulo XVII.—De la etimología y antigüedad de México, y del origen de sus fundadores, con un compendio cronológico de sus reyes hasta Montezuma	59
Capítulo XVIII.—Sucinta relación de la toma de México por los españoles	60
Capítulo XIX.—Descripción del Estado de Montezuma, de sus palacios, del templo, y del mercado, cuando entraron los españoles	65
Capítulo XX.—Descripción de las admirables y sorprendentes riquezas que se veían en el templo, y de sus abominaciones	70
Capítulo XXI.—Del repartimiento que hizo Cortés entre los conquistadores, de los principales palacios y barrios de la ciudad de México, del terreno que destinó para casa de ayuntamiento, iglesias, y otros edificios públicos, y del estado presente de esa gran capital y sus cercanías	72
Capítulo XXII.—De las frutas que se comen ordinariamente en México, y se crían en los alrededores de la ciudad	81
Capítulo XXIII.—Del estado eclesiástico, político y militar de México	83
Capítulo XXIV.—Historia memorable de una diferencia acaecida entre el virrey y el arzobispo de México, y del motín que ocasionó en la capital en 1624	84
Capítulo XXV.—Prosigue la historia de la querrela entre el virrey y el arzobispo, y de sus diferentes consecuencias	87

SEGUNDA PARTE

Capítulo I.—Mención de las provincias del Nuevo Mundo, y descripción de los lugares más señalados que se hallan en los alrededores de la ciudad de México	92
Capítulo II.—De las costumbres y usos de los pueblos de Michoacán, de sus ceremonias, del entierro de sus reyes, y de los sacrificios que en él hacían	97

Capítulo III.—Continúa la descripción de las provincias dependientes de México y de sus principales ciudades, con las conjeturas del autor sobre el origen de sus pueblos ...	100
Capítulo IV.—Descripción sucinta de la América peruana ...	104
Capítulo V.—Descripción geográfica de las islas de América pertenecientes a los españoles, y en particular de la Margarita, y de la pesca de las perlas que se hace en ella, con un estado de los principales puertos y fortalezas ...	110
Capítulo VI.—Viaje del autor de la ciudad de México a Chiapa que está al mediodía con la descripción de los lugares más notables que se encuentran en el camino. El autor cuenta las razones que tuvo para no ir a Filipinas, y cómo lo disuadió de su propósito uno de los religiosos recién llegado de aquellas islas, y las dificultades que tuvo que vencer para salir de México a escondidas de su superior ...	115
Capítulo VII.—El autor sale por último de México en compañía de un religioso de su orden para ir a la provincia de Guatemala, y hace una descripción exacta de lo que ve, digno de notarse en el camino, y del modo que lo recibieron los españoles y los indios en los lugares por donde pasó desde Guajaca que está sesenta leguas de México ...	119
Capítulo VIII.—Descripción de la ciudad y obispado de Guajaca ...	121
Capítulo IX.—El autor va a Chiapa distante de Guatemala cien leguas. Ventaja que encuentran los religiosos que transitan por aquel camino, y descripción de él llena de cosas singulares ...	123
Capítulo X.—Llegada del autor a Tapanatepeque, descripción del pueblo, resolución que el autor toma con su compañero de seguir el camino de la Sierra de los Quelenes, y relación de los peligros que corrieron de ser precipitados por los derrumbaderos de la montaña, y de perecer de hambre por las tempestades que sobrevinieron en aquellos parajes de tiempo en tiempo ...	128
Capítulo XI.—Llegada del autor a Chiapa de los Indios donde encuentra al padre Borallo; lo que éste le cuenta, y lo que les pasa a él y sus compañeros con el prior de los dominicos de Chiapa ...	132
Capítulo XII.—El autor sale de San Cristóbal con sus compañeros, después de haber perdido su libertad que jugaron al chaquete por unas cajas de chocolate con el provincial de los dominicos ...	136
Capítulo XIII.—Cómo recibieron al autor los indios de Chiapa y el prior de los dominicos, y el modo que tuvo de satisfacer lo que el día anterior había perdido al chaquete ...	138
Capítulo XIV.—Descripción de la provincia de Chiapa, y de las villas y principales lugares que de ella dependen ...	142
Capítulo XV.—Conversación curiosa de un caballero criollo con el autor ...	144
Capítulo XVI.—Del estado eclesiástico de Chiapa, de la extensión del obispado, y de lo que aconteció a un obispo que quiso prohibir en la iglesia el uso que hacían del chocolate las mujeres durante la misa, y cómo lo envenenaron ...	145
Capítulo XVII.—Descripción de la villa de Chiapa de los Indios, y de sus privilegios, de las inclinaciones de sus habitantes, de su comercio y de sus ocupaciones ordinarias ...	148
Capítulo XVIII.—Descripción de la provincia de los Zocos contigua a la de Chiapa, de sus riquezas, de su comercio, y de las ventajas que para el tráfico y acarreo de sus mercaderías lleva a las de sus vecinos ...	150
Capítulo XIX.—Del chocolate y del atole, que son dos bebidas muy en uso en las Indias y de las diferentes maneras de prepararlas, con las calidades de los ingredientes que entran en su composición ...	152
Capítulo XX.—Que describe mi jornada de la ciudad de Chiapa a Guatemala y los principales lugares en el camino ...	159

TERCERA PARTE

	PAGINA
Capítulo I.—Descripción del estado, del gobierno, de las riquezas y de la grandeza de la ciudad de Guatemala y del país que de ella depende	172
Capítulo II.—Descripción geográfica de la provincia de Guatemala, de su comercio, de sus costas y puertos y de las estaciones propicias para arribar allí, de la debilidad o fortaleza de sus plazas de mar y tierra, y de otras muchas particularidades de aquella provincia	183
Capítulo III.—Crueldad de los españoles para con los indios con respecto a una mina de oro. Historia de un negro libre y avaricia de un rico hacendado, con otras observaciones sobre la provincia de Guatemala	187
Capítulo IV.—Descripción de Petapa, del comercio que allí se hace, de los privilegios de los indios de aquella comarca y de sus diversas cosechas	191
Capítulo V.—Descripción de Vera Paz, y de una nación que los españoles no han podido aún sujetar; historia de un religioso que hizo un viaje allí, con otras muchas particularidades	196
Capítulo VI.—Descripción del estado en que se encuentran hoy día los indios del país de Guatemala, sus costumbres y manera de vivir desde la conquista y particularmente de sus fiestas anuales	199
Capítulo VII.—Método que los españoles observan con respecto al servicio que sacan de los indios, y cuál es su conducta con ellos	201
Capítulo VIII.—Vestidos de los indios, sus casas, trabajos y ocupaciones domésticas, su policía y matrimonios	204
Capítulo IX.—El autor continúa a describir el modo de vivir de los indios, su comida ordinaria y diversas suertes de bebidas	206
Capítulo X.—Descripción de una bebida extraña de los indios, manera de que abusan los españoles de su inclinación a la bebida	208
Capítulo XI.—Del gobierno de los indios y de la justicia que entre ellos se ejerce . .	210
Capítulo XII.—Artes y oficios que ejercen los indios, su exactitud y asistencia a las ceremonias de la iglesia, y sus frecuentes visitas con sus curas y otros eclesiásticos	213
Capítulo XIII.—De los derechos que los indios pagan al rey de España, y a los señores de quienes dependen	215
Capítulo XIV.—De las costumbres de los indios, de su fidelidad, de su respeto hacia los eclesiásticos, de su elocuencia natural, del apego que tienen aún a sus antiguas supersticiones o idolatría, y de la opinión que ellos tienen de la religión	216
Capítulo XV.—De la aplicación de los indios para celebrar sus fiestas, y cómo exceden a los españoles imitándolos, cuando se ejercitan en público en ciertos días del año	221
Capítulo XVI.—Diversos medios con que los españoles se aprovechan del dominio que tienen sobre los indios	223
Capítulo XVII.—De los bailes de los indios y de sus instrumentos	224
Capítulo XVIII.—Cómo salió el autor de la ciudad de Guatemala para ir a vivir con los indios	228
Capítulo XIX.—Continúa el autor la relación de su viaje	230
Capítulo XX.—Cómo he aprendido la lengua de los indios, y lo que me ha sucedido de más notable durante la estancia que he hecho entre ellos, con un detalle particular de la procedencia de las rentas de los Curas en estos países	233
Capítulo XXI.—De los hechiceros y sortilegios con tres historias remarcables sobre este asunto	245
Capítulo XXII.—El autor refiere los motivos que le impidieron de servirse de la permisión que recibió de su general para volverse a Inglaterra; cómo el conocimiento que tenía de la lengua del país le hizo aceptar el cargo de vicario de	

Amatitlán y de toda la comarca, de que hace una exacta descripción, como también de las costumbres de los indios, y de las utilidades de su vicariato ..	264
Capítulo XXIII.—El autor hace de manera que le quiten el empleo de Amatitlán para enviarlo a Petapa donde forma la resolución de valerse por último de la permisión que había recibido de su general, y la ejecuta hábilmente, a pesar de todo lo que pudieran hacer sus superiores para retenerle	267

CUARTA PARTE

Capítulo I.—Narración del viaje del autor desde el pueblo de Petapa hasta el de la Trinidad, y cosas acaecidas en el camino	269
Capítulo II.—Continuación de su viaje hasta Realejo, puerto del mar del sur, y de lo que vió digno de atención en el camino	271
Capítulo III.—Su partida de Realejo por la mar del sur; su viaje hasta Granada; descripción de un volcán, de las ciudades de León y de Granada, de la provincia de Nicaragua, y de lo que él observó allí de más considerable	273
Capítulo IV.—Su salida de la ciudad de Granada. Encuentro de un caimán o cocodrilo extremadamente grande de quien fueron perseguidos; su llegada a Cartagena, con la descripción de esta ciudad y del país por donde pasaron ...	278
Capítulo V.—De lo que les sucedió después de su embarque hasta la presa de la fragata sobre la que iban, por un mulato llamado Dieguillo, que mandaba una fragata en corso con el pabellón holandés	280
Capítulo VI.—Su desembarque en el río de Sucre de donde habían salido, de lo que les sucedió y lo que han notado de más remarcable hasta Cartago	283
Capítulo VII.—Su salida de Cartago y lo que le sucedió hasta Nicoya; el comercio que se hace allí; la descripción de una tintura de púrpura particular, y de la conducta cruel de un gobernador para con los indios	286
Capítulo VIII.—Su salida del puerto de las Salinas sobre la mar del sur, y sus varias aventuras hasta Panamá	288
Capítulo IX.—Descripción de Panamá, su situación, comercio que allí se hace, tanto con el Perú como en otros lugares, de su gobierno; y viaje del autor hasta la Venta de Cruces y sobre el río de Chiagre	291
Capítulo X.—Descripción del río de Chiagre desde la Venta de Cruces, donde el autor se embarcó, hasta Puerto Bello, y lo que vió digno de notarse durante este camino, tanto por el río como en el mar	293
Capítulo XI.—Descripción de Puerto Bello y del gran comercio que se hace, como de lo que se pasa con respecto a los galeones destinados al dicho comercio ..	294
Capítulo XII.—Dificultades del embarque de Puerto Bello para Cartagena; de lo que sucedió al autor en este caso con otras particularidades dignas de atención ..	296
Capítulo XIII.—Descripción de Cartagena, y de lo que el autor vió allí de más notable durante su estancia; singularidad de la carne de puerco de este país; salida de los galeones del puerto de Cartagena; su camino hasta La Habana, y su salida de este último puerto	298
Capítulo XIV.—Salida de los galeones del puerto de La Habana, encuentro de la flota de Veracruz; presa de uno de nuestros navios en medio de cincuenta y dos, tanto de galeones como de la flota, y de lo que sucedió hasta que la flota se separó de nosotros	300
Capítulo XV.—De lo que sucedió desde la separación de los galeones de la flota hasta el desembarque en San Lucas de Barrameda	302
Capítulo XVI.—Llegada del autor a San Lucas con las particularidades del acogimiento que recibió hasta su embarque para Inglaterra y su desembarque en Duvre	303

INDICE DE NOMBRES PROPIOS Y GEOGRAFICOS

A

- Abuida (ciudad en Colombia), 109.
 Acacis (6º monarca indígena), 60.
 Acamopitzli (2º monarca indígena), 60.
 Acapala (pueblo de México), 132.
 Acarabastlán (pueblo de indios; es Acasaguastlán), 186, 187, 198.
 Adrianzen (Adrián), 304, 305.
 Africa, 82.
 Agiaca (nombre del padre de Montezuma), 59.
 Aguilar (Sinforoso), XXIV.
 Agua Caliente (aldea), 187, 188.
 Aguatulco (pueblo de México), 124.
 Ahuachapa (hoy Ahuachapán), 271.
 Aldersgate Street, X.
 Alejandría, 135.
 Alemania, 5.
 Alonso VI de Castilla, 92.
 Almería (pueblo de México), 60.
 Alpes (montes de los), 44.
 Alvarado (casa de), 7.
 Alvarado (Pedro de), 49, 63.
 Alvarez (Fr. Pedro), 133, 134, 135, 136, 137, 140, 141.
 Amatitlán (pueblo de), significa en lengua mexicana: *Amat*, carta e *itlán*, ciudad, 54, 176, 177, 178, 191, 193, 194, 195, 198, 201, 213, 237, 264, 265, 266, 267, 270, 280.
 Amberes (Bélgica), 112.
 América, III, IV, VII, XII, XV, XVI, XIX, XXI; 1, 5, 6, 7, 9, 12, 16, 18, 19, 25, 29, 39, 43, 51, 52, 59, 64, 74, 76, 81, 82, 84, 90, 91, 93, 94, 95, 97, 99, 101, 102, 103, 104, 109, 110, 111, 112, 114, 115, 116, 120, 121, 122, 123, 124, 133, 142, 143, 151, 155, 157, 158, 176, 177, 185, 199, 200, 207, 215, 232, 237, 268, 274, 275, 292, 294.
 América peruana, 104.
 Amsterdam (Holanda), 294.
 Andalucía (España), 10.
 Antequera (México), 95, 123, 124.
 Antiguo mundo, 27.
 Antillas, 82.
 Audiencia Real de Guatemala, 179, 188.
 Aquespala, 161.

Aquetzapaia (Chiapas), 160.
 Aragón (España), 1.
 Argel, 304.
 Argentina, XXI.
 Arias (fundador de Puerto Bello, Pedro de), 107.
 Arzobispado de Lima, 114.
 Arzobispado de México, 114.
 Arzobispado de Santa Fe, Colombia, 114.
 Arzobispado de Santo Domingo, R. D., 114.
 Asia, 12, 51, 73, 101, 137.
 Astorga, 74.
 Atlancapetec (montes de), 39.
 Atlixco (México), 119.
 Austria, 92.
 Axalaca (7º monarca indígena), 60.

B

Babington (Antony), IV.
 Barrio de Santo Domingo (Antigua Guatemala), 179.
 Bautista (Fr. Juan), 137, 138, 169, 173, 199, 266.
 Bahama (estrecho de), 112, 300, 302.
 Beau lieu (M. le Sicur de), XXII; 4.
 Becerra (Prof. Marcos E.), 160, 161.
 Berberia (Africa), 165.
 Borallo (Fr. Pedro), 117, 118, 132, 133, 134, 135.
 Buena Esperanza (cabo de), 93.
 Buckingham (Duque de), IV, VI.
 Burton (Vicent), XIV.
 Bustamante (gobernador de Filipinas—Fernando), 90.
 Bradshaw, XIV.
 Brasil, XXI; 9, 78, 82, 93, 104, 105, 106.
 Bruselas, VIII.

C

Cabañas (Prior y Dr. Fr. Jacinto), 173, 174, 177.
 Cabata (Alonso), 179.
 Cabo de San Antonio, 112, 275.
 Cacuzin (Rey indígena de México), 97.
 Cádiz (España), 2, 10, 13, 14, 15, 16, 19, 301, 303.
 California, 94, 102.
 Calvo (Fr. Antonio), 10, 11, 12, 13, 14, 16, 23, 28, 31, 51, 115, 116, 117, 118, 119, 133, 134, 136, 139, 140.
 Calle del Aguila (México), 80.
 Calle de San Agustín (México), 79, 80.
 Calle la Plateria (México), 79.
 Calle de Santo Domingo (Antigua Guatemala), 179.
 Calle de Tacuba (México), 79, 80.
 Camaxtlo (Dios principal), 41.
 Camerón (Lord Fairfax), III.
 Campeche (ciudad de), 15, 103, 281.
 Canaán (tierra de), 115.

Candía (isla de Creta), 194.
 Cantorbery, 305.
 Capala (México), 100.
 Capalita (pueblo de México), 124.
 Capanabastla, 142, 160, 161, 162.
 Capanabastlán, 150.
 Capilla de Nuestra Señora del Monte Carmelo (cerrito del Carmen), 240.
 Caribe, XV.
 Carcavi (M. de), XXII.
 Carlos I, VIII.
 Carlos V, I, 302.
 Cartagena (Colombia), XVIII; 2, 4, 7, 9, 15, 24, 30, 107, 108, 109, 110, 111, 275, 277, 278, 279, 285, 296, 297, 298, 299.
 Cartago, 279, 283, 284, 285, 286.
 Cartuja (España), 13.
 Carrillo (Pbro. e Inquisidor Martín de), 15, 28, 90, 91, 113.
 Carrillo (Matea de), 245, 247.
 Casa de Jesuitas (México), 42.
 Casa de Moneda (México), 43.
 Casas (Fr. Bartolomé de las), XII.
 Casas Viejas (Chiapa), 160.
 Casalla (España), 12.
 Castilla, 10, 14, 91.
 Castilla (María de), 176.
 Castilla de Oro (provincia de), 93, 104, 106, 107, 108, 110.
 Castillo de Santo Tomás, 105.
 Cautlán (pueblo), 164.
 Centroamérica, VII, XXI.
 Cerna (Arzobispo de México, Alfonso de), 7, 84, 85, 87.
 Cerro de Sanché, 165.
 Ciudad de Acrise Kent, X.
 Ciudad del Cairo (Yucatán), 103.
 Ciudad de Campin (Yucatán), 196.
 Ciudad de Casuca, 103.
 Ciudad Real de Chiapa, 143.
 Ciudad de Megicalcingo, 50.
 Ciudad de Mérida (Venezuela), 108.
 Ciudad de Mérida (Yucatán), 103.
 Ciudad de Palma (Colombia), 108.
 Ciudad de Santiago de Guatemala, 183.
 Ciudad de Santo Domingo, R. D.
 Ciudad de Simancas (Yucatán), 103.
 Ciudad de Sodoma, XVIII, 183.
 Ciudad de Tenochtitlán, 59.
 Ciudad de Tenuchtitlán, 81.
 Ciudad de Tianguetz, 102.
 Ciudad de Tohamun, 108.
 Ciudad de Tunguía, 108.
 Ciudad de Tlaseala o Tlascalán, 37, 38, 39.
 Ciudad de Trujillo (Perú), 241.
 Ciudad Vieja (Sacatepéquez), 175, 176.
 Coacuacoyocín (Rey y señor indígena), 46, 47.
 Coapa (Chiapas), 160.
 Coarum (México), 100.
 Cobán, 196, 197, 198, 199, 228, 229, 231, 232.

Cofradía de San Basilio Pinola, 236.
 Cofradía de San Jacinto, 236.
 Cofradía de San Nicolás Tolentino, 236.
 Cofradía de la Verdadera Cruz, 236.
 Colbert (francés) XVI, XVIII, XXII, XXIII; 4.
 Colima (México), 97.
 Colindres (Juan de), 190.
 Colón (Cristóbal), III.
 Colmenero de Ledesma (Dr. Antonio), 152.
 Comayagua, 5, 8, 175, 178, 179, 185, 191, 232, 269, 275, 277, 284.
 Comitán, 142, 159, 160, 161.
 Comitlán, 142, 150, 151, 159, 160, 161.
 Compostela (México), 100.
 Concepción (Chile), 106.
 Concepción (Huehuetenango), 162.
 Conde de la Gomera, 180.
 Consejo de España, 180.
 Convento de los Agustinos (Antigua Guatemala), 181.
 Convento de los Agustinos (México), 42, 81.
 Convento de Carmelitas Descalzos (México), 42.
 Convento de la Concepción (Antigua Guatemala), 181, 196.
 Convento de San Francisco (Antigua Guatemala), 181, 241.
 Convento de San Francisco (México), 34, 41, 42, 78, 90, 143.
 Convento de los Jesuitas (Antigua Guatemala), 181.
 Convento de la Merced (Antigua Guatemala), 181.
 Convento de la Merced (México), 42, 78.
 Convento de Monjas y otro de frailes de la Merced (San Miguel, El Salvador), 273.
 Convento de Santa Catarina (Antigua Guatemala), 181.
 Convento de Santo Domingo (Antigua Guatemala), 181, 232, 237.
 Convento de Santo Domingo (San Lucas de Barrameda), 303.
 Convento de Santo Domingo (México), 28, 42, 51, 113, 122, 124, 128, 143.
 Convento de Santo Domingo (San Salvador), 272.
 Convento de Amatitlán, 265.
 Convento de San Agustín (México), 81.
 Convento de San Lucar, 14.
 Convento de la Veracruz, 29.
 Copanaguastla (Chiapas), 160.
 Copleys (Familia), VII.
 Copley (Margarita), IV.
 Copley (Sir Thomas), IV.
 Córdoba (España), 10.
 Córdoba (Hernando de), 102.
 Cortés (Hernán), XX; 27, 37, 38, 39, 41, 42, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 55, 60, 61, 62, 63, 64, 68, 71, 72, 74, 80, 81, 94, 97, 121, 200, 232.
 Corinto (Grecia), 206.
 Costa Rica, 91, 124, 179, 183, 191, 277, 278, 287.
 Cuahutichan (pueblo), 46, 47.
 Cuahutimoc (10 monarca indígena que perdió la ciudad de México), 60, 61, 62, 63.
 Cuahutimocin (señor indígena), 47.
 Cuahutipepec (pueblo), 46.
 Cualpopoca (monarca indígena), 60.
 Cuba, 30, 102, 111, 112.
 Cuchutepeque, 179.
 Cuellar (Alonso), 78.
 Cueticavatl (Dios indígena), 62.

Cueva (Fr. Juan de la), 21, 22, 23.
 Culhuacán, 46, 49.
 Curazao, XXI.
 Curicaveri (Dios indígena, México), 98.
 Curtin (Guillermo), 304.
 Crespo (Pedro), 193.
 Cromwell (Oliverio), XII, XIII, XIV, XVI, XVIII, XXII.
 Croydon (Inglaterra), IV.
 Cruz (Prior Juan de la), 164.
 Cruz (Thomas de la), 169.

CH

Chalchitán, 164.
 Chalco, 44.
 Chalevapán (hoy Ahuachapán), 271.
 Chaloner (poeta), XII.
 Chalner (Thomas), X.
 Chánutales (montañas de El Salvador), 272.
 Chapultepec (pueblo), 50.
 Chapultepec (pueblo), 53, 59, 95.
 Chautla (pueblo en México), 120.
 Chaves (Lope de), 178.
 Cheam (Inglaterra), 305.
 Chiagra, 105.
 Chiantla, 163.
 Chiapa, 5, 7, 8, 103, 115, 123, 125, 127, 128, 129, 132, 133, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 158, 159, 160, 161, 170, 172, 173, 174, 179, 192, 199, 272, 274.
 Chiapas, XXVI; 50, 159, 160, 175, 179, 183, 184, 264, 269.
 Chichimecatetl (famoso guerrero), 48.
 Chile, XXI; 93, 104, 106, 187.
 Chimalpapoca (3er. monarca indígena), 60.
 Chimaltenango, 168, 169, 170, 177.
 China, 9, 10, 73, 75, 76, 93, 102, 205.
 Chira, 285.
 Chiva (alrededores del Golfo de Salinas), 287, 288.
 Cholula, 41, 44, 93.
 Christmas, (Lee), XX, XXI.

D

Dade (padre), XIV.
 Darién (estrecho de), 93.
 Dario (Rubén), XXIII.
 David (El Profeta), 68.
 Deal, XIV, XV.
 Delva (Negro Miguel), 244, 247, 253, 254, 256, 257, 259, 260, 262, 263, 267, 268, 269, 270, 274, 275.
 Deutsch (Hermann B.), XX, XXI.
 Dieguillo, 280, 282, 283.
 Dunquerque, 301.
 Duvra (Inglaterra), 274, 303, 304, 305.
 Drak o Drack (capitán pirata, Francis), XV; 102, 107, 109, 112, 242.

E

- Ecatepeque (pueblo de México), 127.
 Ecuador, 108.
 Edschmid (Kasimir), XXI.
 Egipto, 36, 93, 115, 238.
 England, XIX.
 Enrique, VIII, IV.
 Epicuro, 35.
 Ermita de nuestra señora del monte Carmelo (Cerrito del Carmen), 189, 195.
 Escocia, IV, IX, XIII; 108.
 Escoto, 173.
 Escuintla, XXI.
 España, III, IV, V, VI, VIII, X, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII; 2, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 12, 13, 14, 16, 18, 19, 23, 24, 29, 30, 31, 33, 35, 37, 38, 39, 40, 43, 44, 45, 48, 50, 51, 52, 72, 73, 74, 75, 76, 80, 81, 83, 84, 86, 87, 88, 90, 91, 92, 93, 97, 100, 102, 104, 105, 107, 108, 109, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 120, 121, 122, 123, 133, 134, 135, 142, 144, 145, 148, 149, 152, 157, 159, 160, 161, 169, 173, 175, 177, 178, 179, 184, 185, 190, 192, 193, 196, 197, 198, 201, 205, 208, 209, 211, 215, 225, 228, 233, 237, 238, 269, 279, 282, 287, 288, 294, 295, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304.
 Espíritu Santo (México), 100, 108.
 Esquintenango, 160.
 Estados Unidos de América, XX.
 Estados de Guatemala, 201.
 Estado de Tlaxcallán, 216.
 Estepeque (México), 127.
 Esteque (México), 125.
 Etna (monte de—Italia), 93.
 Europa, VII, XII, XXII; 5, 6, 8, 9, 16, 29, 38, 51, 52, 54, 66, 73, 75, 78, 82, 92, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 109, 111, 112, 116, 121, 122, 124, 151, 152, 157, 158, 160, 164, 238, 302.
 Ezquintepeque, 181.

F

- Fairfax (Sir Thomas), III.
 Faraón, 199.
 Felipe II, IV, XII.
 Fernández (Antonio), 179.
 Fernández de Córdoba (Francisco), 102.
 Fernández de Oviedo y Valdés (Gonzalo), XXIII.
 Fernando (rey y señor de Tezcuco), 47.
 Filipinas, VII; 2, 3, 9, 10, 11, 15, 23, 50, 51, 53, 73, 84, 115, 116, 117, 118, 125, 133, 135, 137, 139, 140.
 Firlé Place, IV.
 Fuente (Fr. Diego de la), 14.
 Fuentes hermanos, 252, 253, 256, 257, 258, 261, 262, 264.
 Fuentes (Lorenzo), 262.
 Fuentes (Pablo), 260, 261, 262, 263.
 Fuerte de San Miguel (Colombia), 294.
 Flandes, V, X; 5, 106, 152, 157.
 Florentia (Jesuita), XIV.
 Florida, 100, 101, 302.
 Francia, V, IX, XVI; 5, 6, 118, 178.
 Fromand (señor inglés), 305.

G

- Gages (familia), IV, V, VII, X.
 Gage (coronel), X.
 Gage (Enrique), V, VIII.
 Gage (Francis), V.
 Gage (sacerdote George), V, VIII, XIV.
 Gage (Sir John), IV.
 Gage (Juan), IV; 305.
 Gage (Margarita), V.
 Gage (María), XV.
 Gage (Roberto), IV.
 Gage (Thomas), III, IV, V, VI; VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV; XVI, XVII; XVIII, XIX, XX, XXII, XXIII, XXIV, XXV, XXVI, 1, 4, 5, 160, 161, 162, 164, 165, 171, 294.
 Gage (Fr. William), V.
 Gagel (Penélope), 305.
 Gante, VIII.
 García Peláez (arzobispo Francisco de Paula), 160.
 Garnet (Ricardo), IV.
 Garnier (Francis Gerard), XXII.
 Gatton (Copley de), VIII.
 Gatton (Inglaterra), IV; 305.
 Gelves (virrey de México, marqués de), 7, 15, 28, 84, 87.
 Genovés (Antonio Justinian), 179.
 Girón (casa de), 7.
 Gitivaco (general indígena mexicano), 72.
 Golfo Dulce, XI; 175, 178, 179, 183, 185, 186, 189; 190, 196, 197, 285.
 Golfo de las Salinas, 124, 285, 286, 287, 288.
 Golfo de Santo Tomás de Castilla, 263.
 Golfo de las Yeguas (España), 15.
 Gomez (Juan), 248, 249, 250, 251, 252.
 Gondomar (conde de), 14.
 González Dávila (Gil), XX.
 González (Juan), 248.
 Goubaud Carrera (Antonio), XXVI.
 Guacocingo (pueblo), 42, 44, 50.
 Guadalajara (México), 100.
 Guadalete (España), 13.
 Guadalupe (arrabal de México), 87, 119.
 Guajaca, 96, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 128, 132, 142.
 Guastacan (México), 94, 96.
 Guatemala, 103, 104, 105; 108, 109, 113, 116, 117, 118, 119, 123, 124, 125, 128, 132, 133, 135, 140, 141, 142, 143, 150, 158; 159, 160, 161, 162, 164, 165, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 202, 203, 209, 210, 211, 213, 219, 223, 224, 228, 232, 234, 235, 237, 238, 240, 241, 253, 262, 263, 265, 266, 268, 269, 272, 275, 276, 277, 279, 280, 284, 285, 287, 292.
 Guatimoczin (monarca indígena), 60.
 Guaxaca, 72.
 Guevara (Fr. Hierónimo), 161, 162.
 Güetlaxcopan (antiguo nombre de Puebla), 43.
 Güetlavac (pueblecito), 50.
 Guillermo de Suecia (príncipe), XXIII.
 Guinea, 210.

Guzmán, 74.
 Guzmán (Bernardo de), 191, 194.
 Guzmán (gobernador de Chiapa, Felipe de), 149.
 Guzmán (Juan de), 224, 245.
 Guzmán (Presidente de la Audiencia de Guatemala, Juan de), 182, 263.
 Guzmán de Torres (almirante, Juan de), 113, 180.
 Guzmán (Nuño de), 43, 97, 100.
 Guzmán (Pedro de), 191.
 Guzmán (señor de Petapa), 191.
 Guzmanes (casa de los), 7.
 Gracias a Dios (Valle de), 232.
 Granada (España), XV; 83.
 Granada (Nicaragua), 3, 104, 109, 184, 273, 274, 275, 276, 278, 279.
 Gran Bretaña, 2.
 Gravesend, 305.

H

Hailind (Oxford, Inglaterra), 12.
 Haití, 113.
 Herodes (rey), 227.
 Herodías, 227.
 Herodoto, 130.
 Herrera (historiador, Antonio de), XXIII.
 Heylin, 96.
 Hidalgo (Fr. Alonso), 169.
 Hidalgo y Costilla (padre Miguel), XXIV.
 Hispanoamérica, XX.
 Hoces (Fr. Jacinto de), 113.
 Holanda, 34, 76, 106, 205, 282.
 Holland (Padre Thomas), V, VI, VIII, X, XIII.
 Holguín (capitán García de), 63.
 Honduras, XXI; 8, 15, 24, 43, 109, 184, 185, 232, 275, 277, 292, 300.
 Howard (almirante Carlos), V.
 Huacacola (pueblo), 44.
 Huajuta (pueblo), 46, 47, 48.
 Huehuetenango, 163.
 Huichilobos (Dios indígena), 70.

I

Ibarra (almirante Carlos de) 14, 296, 298, 300.
 Iglesia de Jocotenango (Antigua Guatemala), 172.
 Iglesia de San Sebastián (Antigua Guatemala), 172.
 Iglesia de Santo Domingo (Antigua Guatemala), 193.
 India (La), 176.
 Indias Españolas, VIII.
 Indias Orientales, 292.
 Infantas (Luis de las), 180.
 Inglaterra, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XIV, XV, XVII, XVIII, XX, XXII; 4, 11, 12, 14, 108, 109, 118, 134, 144, 151, 157, 158, 160, 169, 173, 177, 194, 206, 228, 233, 237, 238, 264, 265, 266, 267, 274, 282, 284, 285, 297, 298, 302, 303, 304, 305.
 Irlanda, IV, XII.
 Isabel (Reina), IV.

Islas de Acusamil, 103.
 Islas Canarias, 15, 16, 17, 180.
 Isla de Cuba, 9, 27, 110, 113.
 Isla la Deseada, 16, 17, 18.
 Isla Española, XV; 113, 114.
 Islas Filipinas, 10, 14, 90.
 Isla de Guadalupe, 17, 18, 19, 20, 22, 24.
 Isla de la Jamaica, 9.
 Isla de Madera, 303.
 Isla de la Margarita, 9, 15, 110.
 Isla Marigalante, 18, 111.
 Isla de las Perlas, 108, 288.
 Isla de Santa Catalina (Antillas), 277.
 Isla de Santa Catalina o de la Providencia, 109, 297.
 Isla de la Providencia, 109, 111, 277, 297, 298.
 Isla de San Juan (Antillas), 277.
 Isla de San Agustín, 302.
 Isla de San Lucas de Barrameda, 298, 301, 302.
 Isla de Santo Domingo, XII; 157.
 Islas Terceras o Azores, 302.
 Isla de la Trinidad, 110.
 Israel (pueblo de), 199, 200.
 Italia, VIII; 5, 6, 83, 106, 152, 157.
 Izchoatl (4º monarca indígena), 60.
 Izquintenango (Chiapas), 142, 160, 161, 162.
 Iztacmíxcotal (primitivo poblador de México), 59.

J

Jalapa (Veracruz, México), 33, 34, 35, 37, 41, 43.
 Jalisco (México), 43, 96, 97, 100.
 Jamaica, XV, XXII; 15, 24, 111.
 Japón, VII; 9, 10, 73.
 Jectán (Hermano de Faleg), 102.
 Jerez de la Frontera (España), VII; 10, 11, 12, 13, 138.
 Jicotencatl (generalísimo), 39.
 Jimeno (Fr. Juan), 174.
 Jocotenango (Antigua Guatemala), 170.
 Joctán (hijo de Heber), 102.
 Joyabaj, 165.
 Juárez Muñoz (J. Fernando), XXVI.
 Jucután o Yucatán, 102.

K

Kent (condado de), III, XIV.

L

La Antigua Guatemala, 161, 170.
 Las Casas (distrito, Chiapas), 159.
 Lago de Granada (Nicaragua), 269.
 Laguna de México, 53, 54, 67.

Laguna de Trestle, XX.

La Habana, 2, 4, 7, 15, 24, 112, 145, 196, 269, 274, 275, 277, 279, 281, 282, 285, 294, 298, 299, 300, 301, 302.

La Libertad (Chiapas), 160.

La Pimienta (Puerto Cortés), XX, XXI.

La Trinidad (Nicaragua), 179, 183, 184.

La Vieja (El Viejo, Nicaragua), 273.

Layfield (Eduardo), XVIII, 298, 299, 304.

León (Nicaragua), 93, 104, 184, 273, 274, 275.

León (Fr. Tomás de), 11, 12, 116, 117.

Lieja (Bélgica), IV.

Lima (Perú), 7, 105, 108, 114, 180.

Line (señora), V.

Lira (Pedro de), 179.

Lombardia (Italia), 83.

Londres, III, V, VIII, XIII, XIV, XX, XXIII, 32, 132, 171, 305.

Londres (Fr. Pablo de), 14, 228, 303, 304.

Long (Edward), XXII.

Longaker (calle en Surrey, Inglaterra), 305.

López de Gómara (historiador, Francisco), XXIII.

López (Sebastián), 249, 250, 251.

Los Esclavos (pueblo), 270, 271.

Los Estados de las Provincias Unidas (Holanda), 106.

M

Macaco (esclavo negro), 189.

Magistea (caudillo tlascalteca), 37, 39, 41.

Madrid, VI, XIV, 10, 17, 42, 75, 83, 84, 91, 106, 149, 161, 225, 237.

Maldonado (Lic. Alonso), 43.

Maldonado (Calipe), XVII.

Maldonado de Paz (juez, Juan de), XVII, 182.

Maldonado de Paz (Juana de), XVII, XVIII, XXV, 182.

Manila, 3, 9, 12, 14, 15, 50, 51, 90, 115, 133.

Maquilapa (cuesta en México), 129, 130, 131, 132, 134.

Maraña (Antillas), 114.

Margaret (puerto), 305.

Marret (Paúl), 294.

Martyr (Fr. Pedro), 159.

Mar Bermejo, 102.

Mar del Norte, 105, 107, 122, 274, 279, 284, 292.

Mar del Sur, 105, 107, 108, 122, 124, 125, 127, 142, 143, 178, 183, 239, 265, 273, 275, 279, 284, 288, 292, 293.

Matanzas (Cuba), 112.

Matealencia (Dios de las aguas), 41.

Mechoacán, 96.

Medina (Duque de), 14.

Medinasidonia, 74.

Meji (general indígena), 60.

Mejía (Pedro), 85, 86, 87, 88, 89, 90.

Méjicas, 59.

Mejitis (poblaciones), 59.

Mejitli (ídolo), 59.

Meléndez (Fr. Antonio), VII, 10, 11, 12, 13, 117, 120, 134, 162.

Mendoza, 74, 144.

Mendoza (virrey de México Antonio de), 43, 74.

México, VII, XVI, XVIII, XXII, XXIII; 1, 2, 3, 5, 7, 8, 9, 10, 14, 15, 25, 28, 30, 31, 32, 36, 37, 38, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 63, 64, 65, 67, 68, 70; 71, 72, 73, 74, 75, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 88, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 99, 100, 101, 102, 103, 105, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 124, 125, 128, 132, 133, 134, 135, 140, 141, 142, 143, 156, 158, 159, 160, 164, 172, 175, 177, 179, 180, 183, 184, 185, 188, 190, 216, 226, 227, 235, 269, 270, 274, 285, 292, 294.

Micoza, 287.

Michoacán, 5, 9, 29, 94, 95, 96, 97, 99, 100, 197.

Milán (Italia), 112, 286.

Milton, XV.

Milla (José), 161.

Misteca (México), 120, 121.

Mixco, XIX; 178, 179, 188, 189, 190, 191, 194, 195, 197, 198, 209, 210, 211, 213, 220, 221, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 244, 248, 252, 253, 254, 255, 256, 259, 263, 264, 265, 268, 271, 272, 285.

Mixcovalt (dios principal), 41.

Moctezuma, 48.

Molina (Fr. Pedro), 233, 234.

Molucas, 93.

Monasterio de Santo Domingo (Cobán), 196.

Montenegro (Francisco), 243, 244, 247.

Montezuma (Pedro—hijo del emperador), 72.

Montezuma (El 5º, primero de este nombre), 40, 41, 44, 48, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 64, 65, 68, 71, 72, 79, 91, 270.

Montezuma (El 9º—II que reinaba cuando llegó Cortés), 60.

Morales (Magdalena de), 159.

Morán (Fr. Francisco), 196, 228, 229, 230, 231, 232, 233.

Moteczuma, 48

N

Nahutlán (pueblo), 60.

Nápoles (Italia), 93.

Narváez (Pánfilo de), 50.

Navatalcas (tribu), 60.

Noé (patriarca hebreo), 102.

Nei (Huës O'), XXII; 4.

Nerón (emperador), 227.

Newton (Prof. A. P.), III, IV, VI, VII, X, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XXII, XXIII, 171.

New York, XX.

Nicaragua, 3, 5, 8, 93; 101, 103, 104, 109, 124, 175, 178, 179, 184, 191, 268, 269, 270, 272, 273, 274, 277, 279, 280, 284, 294.

Nicoya, 91, 183, 285, 286, 287.

Nicholas (T.), XXIII.

Nijapa (pueblo en México), 121, 124.

Niquesa (Diego de), 107.

Nizavalpícutli (señor), 47.

Nombre de Dios (ciudad y puerto), 107, 243.

Nottingham, V.

Nueva Albión, 102.

Nueva Andalucía (Colombia), 101, 108, 109.

Nueva Cádiz (ciudad), 109.

Nueva España, III, XV, XVI, XXII; 1, 2, 3, 9, 10, 24, 43, 50, 51, 54, 59, 74, 75, 84, 92, 93, 95, 96, 97, 103, 105, 112, 113, 117, 133, 294.
 Nueva Francia, 101.
 Nueva Galicia (México), 59, 94, 97, 99.
 Nueva Granada (Colombia), 9, 107, 108, 109.
 Nuevo México, 100.
 Nuevo Mundo, 2, 16, 19, 27, 35, 83, 92, 94, 101, 113, 115.
 Nueva Orleans, XX.
 Núñez (Bartolomé), 179.

O

Oaxaca, 5, 7, 8, 177, 179, 235.
 Ocosingo (México), 151, 160.
 Ocotulco (barrio de), 39, 40, 41.
 Oldfield (Sir Samuel), X.
 Olid (Cristóbal de), 49.
 Olivares (duque de), 84.
 Ometochtli (dios de los licores), 41.
 Orellana (gobernador de Chiapa, Gabriel de), 145.
 Cristán (pueblo en la isla Margarita), III.
 Ordaz (Diego de), 94.
 Ortal (Jerónimo de), 1.
 Otenco (pueblo), 47.
 Otopán (México), 95.
 Oxford (Inglaterra), V; 2, 12.
 Oxenham (capitán Juan), 107, 108.

P

Pacheque, 291.
 Países Bajos, IV, V, VIII.
 Palacio (del Marqués del Valle), 72.
 Palenque (Chiapas), 160.
 Palinha (*Ha* significa agua, y *palí* estar de pie). (Hoy Palin), 265.
 Palomeque (Diego), 190.
 Palomeque (Juan), 188, 190.
 Palomeque (Gaspar), 190.
 Palomeque (Tomás), 190.
 Pampichí (pueblo). (*Pan* significa en o dentro y *píchi* flores), 266.
 Pamplona (España), 112.
 Panamá, XXI, 3, 105, 107, 108, 124, 180, 184, 242, 273, 275, 277, 279, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 293, 295, 296.
 Pancac (*pan* significa dentro o entre, y *cac* significa tres: la 1ª, *fuego*; la 2ª, *guaiava*; la 3ª, *nigua*), 242.
 Panuco (México), 96.
 Papa Clemente, 175.
 Paraguay, 93.
 Paraíso de Mahoma (así le decían los españoles a Nicaragua), 104, 274, 278.
 París, III, XIV, XIX, XXV.
 Pardo G. (Federico), XVIII.
 Pardo G. (J. Joaquín), XVIII.
 Parson (Padre Robert), V.
 Pátzcuaro (México), 47.

Paz de Lorenzana (Gonzalo de), 180.
 Paseo de la Alameda (México), 80.
 Penac o Pinola, 243.
 Perú, 1, 7, 8, 30, 73, 93, 101, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 114, 124, 125, 179, 180, 184, 235, 241, 270, 274, 288, 291, 292, 295, 296.
 Petapa, 3, 176, 177, 178, 191, 193, 194, 201, 204, 221, 233, 234, 237, 240, 243, 267, 268, 269, 270, 273, 280, 304.
 Pie de Palo (famoso holandés), 112, 113, 281.
 Piedad (lugar de México), 95.
 Pineda (historiador, Emeterio), 161.
 Pinola o Pinula (véase Pancac), 178, 188, 190, 191, 194, 198, 201, 224, 235, 236, 237, 238, 240, 242, 243, 245, 248, 253, 267, 280.
 Pinula, XIX.
 Pocónchi (lengua), 264.
 Ponce (Fr. Alonso), 160.
 Popocanpeche (monte de), 93.
 Popocatepetl (monte de), 93, 94.
 Popoyán (ciudad), 108.
 Portsmouth, XV.
 Portobelo, 30, 105.
 Portugal, 12, 104, 106.
 Portugal (rey don Juan de), 9.
 Potosi (sierras—minas de metal), 105.
 Puebla de los Angeles, 33, 42, 43, 44, 95, 100, 121, 125.
 Puerto (Antillas), 114.
 Puerto de Acapulco, 2, 9, 50, 51, 73, 105, 117, 118, 119, 124, 133.
 Puerto Barrios, XI, XXI.
 Puerto Bello, 2, 3, 107, 109, 273, 277, 279, 280, 282, 283, 285, 292, 293, 294, 296, 297.
 Puerto Caballos, XXI; 285.
 Puerto Cortés, XXI.
 Puerto del Callao, 105.
 Puerto de Chame, 288.
 Puerto Malo, 296.
 Puerto de Perico, 291, 292.
 Puerto Real (México), 150.
 Puerto Rico, 9, 14, 24.
 Puerto de Salinas, 3.
 Puerto de San Felipe, XI.
 Puerto de Santa María (España), 13.
 Puerto de Santo Tomás, XI.
 Puerto de Tecoahtepeque (México), 121, 122, 124, 125, 127.
 Puerto de la Trinidad, 124, 271.
 Presidente de Guatemala, 231, 232, 238, 244, 258, 261, 262, 263, 265, 267, 269.
 Príncipe Carlos y Buckingham, VI.
 Provincia de Aragón (España), 5.
 Provincia de Asturias (España), 173.
 Provincia de Castilla la Vieja, 5.
 Provincia de Castilla la Nueva, 5.
 Provincia de Cataluña, 5.
 Provincia de Comayagua, 269.
 Provincia de Cibola, 102.
 Provincia de Culhua (México), 37, 38, 46.
 Provincia de Estotilandia, 93, 101.
 Provincia de la Florida, 93.
 Provincia de Guiana, 93, 104, 106.

Provincia de Guajaca (México), 116.
 Provincia de Granada (España), 83, 108.
 Provincia de Granada (Colombia), 108, 109.
 Provincia de Lombardia (Italia), 83.
 Provincia de Murcia, 5.
 Provincia de Norumbega, 93, 101.
 Provincia de la Nueva Francia, 93.
 Provincia de Surrey (Inglaterra), 305.
 Provincia de Toscana (Italia), 83.
 Provincia de Valencia, 5.
 Provincia de la Verapaz, 228.
 Provincia de los Zeldales, 142, 151, 152.
 Provincia de los Zocos, 132, 142, 150, 151.

Q

Queçalcovalt (dios del aire), 69.
 Quelenes (montañas de los), 125, 127, 128.
 Quiahuiztlan (barrio de), 39, 40, 41.
 Quiché, 165.
 Quiroga (Lic. Gasco), 43.
 Quivira (provincia de), 93, 101, 102.

R

Ramírez (Presidente de la Chancillería, Sebastián), 43.
 Ramos (Juan), 209, 210.
 Rancho de San Agustín, XXI.
 Real Audiencia de Guatemala, 196.
 Realejo (Nicaragua), XI, 124, 179, 184, 195, 271, 273, 274, 277, 285.
 Recinos (Lic. Adrián), 163.
 Reina Enriqueta María, VIII.
 Reina Isabel de Inglaterra, 52, 102.
 Reina María de Escocia, IV.
 Reino de Castilla, 1.
 Reino de Guatemala, 185.
 Reino de León, 1.
 Reus (capitán), 298, 299.
 Rinconada (paraje, Veracruz), 35, 37.
 Río de Alvarado (México), 30, 122, 124.
 Río los Anzuelos, 277, 279, 283.
 Río Artihinaco (Cuba), 114.
 Río de la Canoa, 160.
 Río de Chagre, 291, 292, 293.
 Río Chamelecón, XX.
 Río Chiapas, 161.
 Río Grande (Colombia), 109.
 Río de Grijalva (México), 30, 150, 161.
 Río Huista, 161.
 Río Juna (Cuba), 114.
 Río Lempa, 272.
 Río de Matanzas (Cuba), 113, 299.
 Río Naihus (Cuba), 114.

Río Piastle (México), 99.
 Río de San Gregorio, 160, 161.
 Río San Sebastián (México), 99.
 Río Sucre, 277, 279, 280, 283.
 Río Tabasco, 142.
 Río Tamesis, 132.
 Río de las Vacas, 188, 189, 195, 240.
 Río Tacho (Cuba), 114.
 Rocas de las Bermudas, 302.
 Rocolano (Fr. Thomas), 159.
 Roma, V, VII, X, XII, XIII, XVII, XVIII, 5, 8, 228, 238, 264, 266, 267, 270, 282, 288.
 Rubinal (hoy Rabinal), 198.

S

Sacapula, 8.
 Sacapulas, 162, 164, 165, 168.
 Sacatepeque, 198, 201.
 Sacatepéquez (montañas de), 197.
 Salazar (Obispo de Chiapa, Bernardo de), 146.
 Salazar (clérigo), 89, 91.
 Salazar (alcalde mayor de Nicoya, Justo), 286.
 Salmerón (Lic. Juan de), 43.
 Sanatepeque (pueblo de México), 127, 128.
 Sánchez & de Guise, 163.
 Sandoval (Gonzalo de), 48, 49, 62, 63.
 Santa María (Fr. Tomás de), 174.
 Sapaluta, 161.
 Sardanápalo, 35.
 Satanás, 250, 252, 254, 257.
 San Albán (Inglaterra), 32.
 San Alfonso (México), 30, 122.
 San Andrés Sajcabajá, 165.
 San Antonio (Ensenada, México), 97.
 San Antonio Suchitepéquez, 184.
 San Antonio Suchutepeque, 270.
 San Bartolomé (Cerro de), 41.
 San Bartolomé (pueblo, Chiapas), 143.
 San Felipe (Chiapas), 136, 137, 138, 139.
 San Felipe de las Islas del Asia, 137.
 San Jacinto (casa de recreación del Padre Calvo en México), 115, 116, 118.
 San Jacinto (pueblo), 50, 51.
 San Jerónimo (Baja Verapaz), 198.
 San Juan (Antillas), 114.
 San Juan Gascón (Sacatepéquez), 195.
 San Juan (calle en Londres), 305.
 San Juan Sacatepéquez, 197, 198, 254, 258.
 San Juan de Ulúa, 15, 23, 27, 30, 31, 32, 34, 36, 37, 42, 45, 73, 86, 87, 88, 96, 122, 138, 150.
 San Juan (pueblo, Verapaz), 229.
 San Lucar, VII, XVIII, 10, 14.
 San Lucas de Barrameda, 303, 304.
 San Lucas Sacatepéquez, 195, 197, 228.
 San Luis de Zacatecas (minas de), 73, 100.

San Martín Cuchumatán, 162.
 San Martín H., 168.
 San Martín Jilotepeque, 168.
 San Miguel (El Salvador), 268, 272, 273, 278.
 San Nicolás (valle de la Verapaz), 198.
 San Pablo (monasterio, Valladolid, España), 228.
 San Pablo (montañas de), 242.
 San Pedro Chiquimuseo, 161.
 San Pedro (pueblo, Izabal), 185.
 San Pedro Sacatepéquez (departamento de Guatemala), 197.
 San Pedro Sula, XXI.
 San Pedro (pueblo, Verapaz), 229.
 San Raimundo (pueblo de), 198.
 San Salvador, 7, 8, 178, 191, 233, 272, 273, 275.
 San Cristóbal de Amatitlán, 265.
 San Cristóbal (Chiapas), 133, 136.
 San Cristóbal (Sacatepéquez), 176.
 San Cristóbal Verapaz, 199.
 Santiago Buenavista, 161.
 Santiago (Chile), 106.
 Santiago (Cuba), 112.
 Santiago de Guatemala, XVIII; 175.
 Santiago de los Caballeros de Guatemala, 161.
 Santiago (Ensenada, México), 97.
 Santiago Sacatepéquez, 197, 198.
 Santiago de los Valles (México), 96.
 Santa Ana Huista, 162.
 Santa Catarina Comalapa, 161.
 Santa Cruz (capital de Acusamil), 103.
 Santa Fe (Colombia), 7, 9, 108, 109.
 Santa Isabel (Antillas), 114.
 Santa Margarita (pueblo), 108, 109.
 Santa María Joyabaj, 165.
 Santa María Zohabaj, 165.
 Santa Marta (Colombia), 9, 109.
 Santo Tomás (Antillas), 114.
 Santo Tomás de Castilla o Golfo Dulce, XI; 185.
 Santo Domingo (R. D.), 7, 8, 9, 15, 18, 24, 30, 43, 114, 180.
 Santo Domingo de Senaco, 197.
 Segovia (Nicaragua), 288.
 Segovia (España), 43, 120.
 Serralbo (Virrey de México, marqués de), 15, 28, 83, 84.
 Sevilla (España), VII; 10, 19, 238.
 Sevilla (pueblo en la isla Margarita), III.
 Shell, XXI.
 Sicilia (Italia), 93.
 Scio (Padre), 77.
 Sierra de los Cuchumatanes, 161.
 Sierra de los Cuchumatlanes, 132, 142, 160, 161, 162, 164, 165.
 Sierra de Chuacús, 165.
 Sierra de la Misteca (México), 120.
 Sierra Ordonna (hoy Cerro Redondo), 270.
 Siliézar (Tomás de), 179.
 Simón (Fr. Pedro), 1.
 Sinson (México), 97.

Soconusco, 7, 8, 125, 129, 132, 142, 143, 152, 175, 184.
 Solís, 144.
 Sonda de México, 24.
 Soto Mayor (Antonio de), 264.
 Southey (Robert), XXII.
 Suárez, 173.
 Suchitepéque, 125, 175, 184.
 Suchitepéquez, 8, 165, 184.
 Suchutepeque, 143, 152.
 Suecia, XXIII.
 Surrey (Inglaterra), IV, VIII.
 Sussex (condado de), IV.

Santos:

San Ambrosio, 86.
 San Antonio, 217.
 San Ignacio de Loyola, 16.
 San Jerónimo, 217.
 San José, 222.
 San Juan Bautista, 217, 227, 234.
 San Juan de Navidad (fiestas de), 79.
 San Marcos, 217.
 San Miguel, 141, 174, 178, 184, 186, 192, 234.
 San Nicolás de Tolentino, 239.
 San Pablo, 282.
 San Pedro, 227.
 San Sebastián, 177.
 Santiago, 234.
 Santo Domingo, 17, 217, 220.
 Santo Tomás de Aquino, 173.
 Nuestra señora del Rosario, 190.
 Santa Ana (patrona de Chimaltenango), 169.

T

Tabasco, 8, 30, 132, 144, 145, 150, 151, 152.
 Tacubaya (México), 96.
 Tamemes, 204.
 Tántalo, 130.
 Tapia (Andrés de), 71.
 Tartaria, 101, 102.
 Tasco (pueblo en México), 120.
 Tecpatán (Chiapas), 160.
 Tehuantepeque, 183.
 Temixtitlán (México), 94, 95.
 Tenuc (primitivo poblador de México), 59.
 Teodosio (emperador), 86.
 Teopisca (Chiapas), 159.
 Tepac (nombre del palacio de Montezuma), 55, 56.
 Tepanatepeque (pueblo en México), 127, 128, 129, 130, 131.
 Tepeacac (México), 37, 38.
 Tepetiepac (barrio de), 39, 41.
 Tescallan, 39.
 Teuchichimecos, 97.
 Teutecatí (indio noble), 48.

Texcatlipuca (Dios indígena), 70.
Tezcuco (pueblo), 46, 47, 48, 50, 54.
Tianquintztli (mercado de), 39.
Tierra de Corte Real, 93.
Tirol (agente del Virrey de México), 87, 88, 89, 90.
Tihuacoa (gobernador y capitán de México), 63.
Tizatlán (barrio de), 39, 41.
Tlacaetlec (rey indígena), 60.
Tlacopán (pueblo), 49.
Tlascala (pueblo de), 37, 38, 39, 40, 41, 42, 44, 45, 46, 48, 49, 50, 61, 63, 64, 94, 96.
Tlatelulco (barrio de), 59, 65.
Tlumacaztli (sacerdote indígena), 71.
Tocaio (pueblo), 108.
Tocontín (danza de los indios), 226.
Todos Santos (Huehuetenango), 162, 163.
Toledo, 144.
Toledo (gobernador de Cádiz, Fadrique de), 13.
Toledo (Juan de), 129, 132.
Toledo (Presidente de Manila, Juan Niño de), 15, 17.
Toluca (México), 95.
Toronto, XX.
Torres (Fr. Domingo de), XIV.
Toscana (Italia), 83.
Totontas (ciudad de), 102.
Thoopixca (Chiapas), 159.
Trento, VIII.
Trinidad (puerto de El Salvador), 26.
Trujillo (Honduras), XI, 7, 15, 185, 232, 269, 277, 285.
Tudor (casa de), IV.
Tupititl (indio noble), 48.
Turquía, XVIII, 298, 304.
Tuxtla Gutiérrez (Chiapas), 160.
Thurloc, XIV.
Tyburn, X, XIV.

U

Umbria (Gonzalo de), 71.
Urrutia (Ing. Claudio), 161, 162.

V

Valdivia (ciudad en Chile), 106.
Valdivia (gobernador de Chile, capitán Pedro de), 106, 187.
Valladolid (España), V, VI, VII, 10, 15, 228.
Valladolid (ciudad en Yucatán), 97, 103.
Valle de Atlixco (México), 119.
Valle de San Pablo (México), 119.
Varinas Popayán, 9.
Vásquez de Coronado, 102.
Vega (Lope de), 17.
Velasco, 144.

Velasco (Melchor de), 144, 145, 159.
 Velasco (Santiago), 112.
 Venecia (Italia), 40, 53.
 Venezuela, 109.
 Venta (casa en Jalapa, Veracruz), 36.
 Venta de Cruces, 291, 292.
 Veracruz, 1, 2, 15, 23, 27, 28, 30, 32, 33, 38, 43, 150, 233, 269, 281, 285, 299, 300, 301, 302.
 Veragua (escudo de), 293.
 Veragua (montañas de), 284, 285, 288, 293.
 Verapaz, 8, 179, 183, 196, 197, 199, 228, 285.
 Vesubio (montes de Italia), 93.
 Vidalí (Juan), 168.
 Villa de Chiapa, 137.
 Villa (Fr. Mateo de la), 10, 13.
 Villa Rica (México), 95.
 Villa Segura de la frontera (México), 37, 38, 39, 41.
 Virginia (colonia inglesa), 74, 100, 101.
 Virginia (provincia de), 93.
 Vitzlopachtli (dios de la guerra), 59.
 Vitzilovitli (primer monarca indígena), 60, 70.
 Volcán de Agua, 265.
 Volcán de Fuego, 266.

W

Weele (holandés Vander), XXI.
 Westminster, IX.
 Windebanke (Sir Francis), VIII.
 Wright (Padre Peter), VIII, XIII, XIV.

X

Ximénez (Fr. Francisco), 160.
 Xocotenango (pueblo), 170.

Y

Yermo (México), 95, 96.
 Yucatán, 7, 9, 10, 24, 27, 30, 93, 94, 101, 102, 103, 142, 150, 196, 197, 228, 231.
 Yzcuinta, 184.

Z

Zacatecas (México), 15, 30, 43, 74, 122.
 Zacatula, 39.
 Zacualpa (Quiché), 165, 168.
 Zaimos (Lic. Francisco), 43.

Zamora (España), 91.
Zaragoza (España), 1.
Zavaletas (Sebastián de), 192, 193.
Zepeda (capitán), 238.
Zerna, 144.
Zohabaj (Quiché), 165, 166, 168, 169.
Zoques, 183.
Zozocoltenango, 160.
Zumpango (México), 120.

	PAGINA
Indice general de capítulos	307
Indice de nombres propios y geográficos	313

